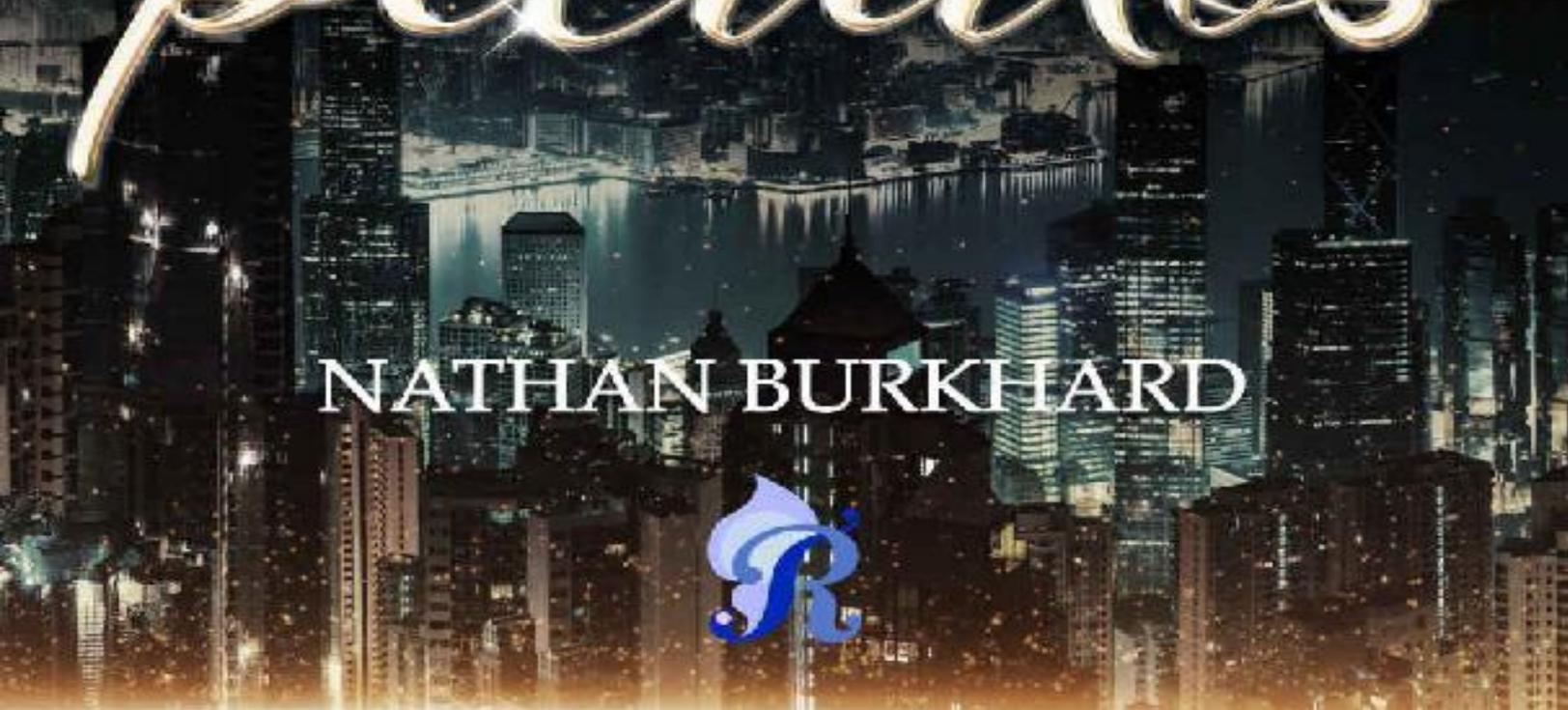




SIETE *peccados*

NATHAN BURKHARD



7 PECADOS

Nathan Burkhard



Primera edición en digital: julio 2018

Título Original: 7 Pecados

© Nathan Burkhard 2018

©Editorial Romantic Ediciones, 2018

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada ©massel.marina, ©niromarks

Diseño de portada: Isla Books

ISBN: 978-84-17474-11-9

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Menú de navegación

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[EPÍLOGO](#)

[PLAYLIST](#)

[Agradecimientos:](#)

Para ti y por ti mamá.

«Todo tiene un precio, todo tiene un límite, pero al seguir cada pista, te das cuenta de que hay grandes cosas en la vida.

»Tentado en el pasado, tentado en el presente, mi Gobierno se verá amenazado por un ser prohibido, un ser que me es negado por ser quien es.

»Me enamoré de su pasado, me enamoré de su presente, me enamoré de ella, deseando un futuro.

»Tendré que enfrentarme a ser tentado por los pecados, los siete pecados, todo por querer obtener su amor.

»Por querer obtener lo que otros jamás tuvieron, su pasión, obtener su corazón».

Nathan Burkhard.

PRÓLOGO

Hace tiempo la conocí, vi en su interior, vi más allá de lo que otros no pudieron, vi más allá de lo que ella entendía. La hice mía por un tiempo, demandé su corazón y obtuve un rincón, pero ella simplemente olvidó el intenso amor que le di; le llegué a olvidar, le llegué a odiar, pero solo trataba de engañarme a mí mismo.

Rechazado, olvidado, me obligaron a volver a la labor que me vio madurar con los años, con la marca de su amor, de su pérdida, manchado por los pecados que cometí, sin sueños de un futuro, sin un amor que dependiera de mí, sin tener la ilusión de ser feliz.

Cansado de vivir en la misma vida monótona, sentirme rendido, sentirme viejo, acabado y vacío. Cansado de caminar por el mundo que una vez fue suyo, cansado de ser aquel que nunca conocerá el amor, decepcionado, simplemente olvidado; dolía perderle y no decirle la verdad.

Con la mirada de un ángel congelaría al mismo infierno; ella me tenía envuelto, me tuvo bajo su hechizo, haciéndome depender de su amor; desconfiado de que otro pudiera arrebatarme lo que era mío; con sus intensos ojos pardos, sus labios carmesí, hizo rebotar de nuevo mi corazón. Ella iba a ser mi chica, ella iba a ser la persona que poseyera por siempre.

Hacerla mía era mi misión, misión que mantuve en secreto.

La quise para mí, volviéndome celoso, dependiente, necesitado de sus besos, necesitado de tenerla cerca para poder respirar, poder vivir.

Era mi fantasía prohibida, acabé rompiendo alianzas, firmando mi sentencia de muerte por amar así, bajo su hechizo, bajo sus dones; olvidé quién era, olvidé de dónde provenía, olvidándome del rencor que mi corazón guardó por años.

Aún tiene la llave de mi alma, tiene las cadenas de mi perdición; con una sola palabra suya obtendría mi destrucción.

Es un pecado al cual di la redención, es uno de los pecados de los cuales

volvería a caer rendido a sus pies sin importar el daño que me causara después; me pertenecía por siempre, como yo siempre sería suyo.

Y todo por hacerla mía.

«Cree, crece, equivócate, grita, llora, sonríe, vive, pero vive para ti y no el sueño de los demás».

Reed Fletcher.

CAPÍTULO 1

A MI SOMBRA

—¡Cristo! ¿Cómo diablos sucedió esto? —Nicolay Novak Kapot le reprochó a su esposa, una bella dama de cabellos rubios de inmensos ojos verdes; fácilmente no se podía dejar de lado su belleza. Nicolay apretó la mandíbula; la manera en cómo su frente se arrugaba era una clara señal de que su frustración abarcaba más límites de lo que uno podía llegar a pensar.

Los ojos de su esposa brillaban de miedo, brillaban de lo que podía llegar a pasar en esos momentos; las reacciones de su marido eran espontáneas, su carácter era fuerte. Nicolay inclinó la cabeza examinándola, sus ojos azules brillaban con malicia mientras su rostro impávido, carente de emociones, trataba de hallar una solución.

—Nicolay... Dios mío... Tú ni siquiera me amas como yo le amo a él. — Estaba sentada en el mismo sillón de siempre, su cuerpo curvado por el miedo, sus manos sobre su regazo para evitar retorcérselas de manera dañina.

—¿Amarlo? ¡Amarlo! —Sus ojos expresaban frialdad, congelándole de inmediato; de la nada tomó un sobre de manila sacando unas hojas de su interior, se acercó a su esposa y le lanzó a la cara unas fotos en blanco y negro, fotos que habían sido tomadas en el momento preciso en el que ella le daba su amor a su amante. Estaba a punto de arrancarse la cabellera platina por tantas mentiras—. Míralo por ti misma. —Las fotos cayeron al suelo junto a sus pies.

Temblando, no dudó en bajar la vista y ver con sus propios ojos la prueba de su infidelidad; no podía negarlo, se casaron sin amor, muy jóvenes e inexpertos en el amor; con veinte años ella ya sabía lo que era ser parte de la familia Kapot.

—No lo niego... ¿Por qué negar algo que es cierto, Nicolay...? Le amo... Le amo más que a mi propia vida...

Nicolay caminó de un lado a otro, tratando de aplacar su ira, su enojo; no

deseaba golpearla, no podía lastimarla ahora que ella tenía algo muy valioso para sus fines. Ella pensaba que no estaba al corriente, pero se equivocaba, así que sabía que no le diría nada en absoluto.

—Acaso te dijo la verdad...

—Sé todo lo que debo saber... Me dijo todo, yo le creo, como él me cree a mí —respondió, tratando de no entrarse las uñas en las palmas por su excesivo nerviosismo.

Sin evitarlo más, tomó asiento en su sillón blanco justo enfrente de la chimenea, dándole la espalda a su mujer. Su nerviosismo hacía que su pie rebotara en la alfombra persa; apretó la mandíbula, apoyando los codos en las piernas, hundiendo su cabeza entre sus manos, despeinando su rubia cabellera, mientras una lágrima rodó por su mejilla; lo habían defraudado una vez más, no bastaban sus propios hermanos hacer fila para su destrucción, sino que su propia esposa haría de él la burla de su familia, familia que había esperado eso durante mucho tiempo.

—¿Por qué? ¿Por qué él? —preguntó en un hilo de voz que se perdió entre el sonido de la puerta.

Nicolay volvió el rostro para ver quién era; era el desgraciado que deshonró su nombre, ese ser despreciable que se hizo pasar por su amigo por casi siete meses, protegiéndole de la ley, protegiendo y dándole información sobre los movimientos que la policía daba para poder atraparlo; toda esa información la sabía porque él era quien hacía los movimientos. La seguridad de la casa trató de impedir que entrara, pero era imposible; él siempre conseguía lo que quería, y quería a su esposa, la quería a ella, pero él se aseguraría de que no la tuviese.

Levantándose de su asiento quiso evitar que se acercara a Dayanne, pero era demasiado tarde; cayó arrodillado ante su esposa, abrazándole desde la cintura, poniendo su cabeza en su vientre.

—Dayanne... Mi amada Dayanne —dijo más seguido de súplicas silenciosas.

Eran la pareja perfecta, el hombre era fuerte, con una mandíbula cincelada, digna de raíces italianas, con cabellos castaños, ojos grandes y pardos, piel aceitunada; era todo un prototipo, pero no competía en apariencia; ambos eran fuertes, altos, pero Nicolay tenía algo que ese intruso no tenía: poder y dinero;

todo en sus manos le permitía destruir a quien se interpusiera en su camino, hasta tal punto de hacer olvidar nombres y apellidos.

Sin poder evitarlo, Dayanne le estrechó contra sus brazos, sintiendo su palpitante corazón. Nicolay tan solo se quedó petrificado ante tal imagen; no tenían nada de vergüenza, en sus propias narices estaban amándose, su amor se esparcía de tal manera que no pudo aguantar sus ganas de matarlos a ambos por empujarlo a esa situación.

La Luna iluminaba justo en ese instante a esos dos amantes distanciados por una unión que jamás debió hacerse, pedazos de polvo en espiral volaban entre las tenues luces de la Luna; sin aguantar más, caminó hacia su escritorio y sacó de unos de sus cajones esa Desert Eagle dorada que le habían obsequiado hacía muchos años; a grandes zancadas se acercó al intruso apuntándole en la nuca, obligándole a cerrar los ojos de manera impulsiva.

—Vete de aquí... ¡Vete!...

Sin miedo, se irguió, girándose y mirándole a la cara; no se inmutó en ponerse de pie y darle la cara a su oponente, a ese rival de amores, a aquel que amenazaba con separarlos para siempre; sin miedo puso el arma en la frente.

—No me iré... No la dejaré contigo... Nunca en este estado, no cuando ella está...

—Di esa palabra y juro que te volaré los sesos que creo que te faltan... ¿¡Eras mi amigo!? Se supone que eres mi mejor aliado —le reprochó, sintiendo cómo la pistola trataba de temblar y caer—. Pensé que eras mi amigo, pero lo único que quisiste era quitarme a mi esposa...

—Ella no te ama —gritó de tal manera que Dayanne no pudo evitar sollozar, al ver cómo Nicolay amenazaba con quitarle la vida a su amante.

Levantándose del sillón, se puso en medio de aquellos dos oponentes.

—No... No lo mates... Haré lo que desees, pero déjale ir... él no debe morir... —le suplicó; sus ojos estaban apagados, estaba pactando con el mismo demonio; si quería que su amante viviera, ella debía permanecer encerrada hasta el final de sus días.

—¡No!... No permitiré que hagas eso, Dayanne —le reclamó ese hombre, hombre desconocido, hombre que fingió ser su amigo—. Es como matarme a

mí también...

Ella musitó un leve «Lo siento», mientras Nicolay sujetó su brazo con fuerza y se la llevó de esa casa a rastras, casa en la que Dayanne y su eterno amor consumaron su pasión, alejándola de un futuro bueno, alejándola de lo que pudo ser una vida perfecta para ella.

Quedándose solo, no dudó por un segundo en sentirse derrotado, cayendo de rodillas pidiendo clemencia, pidiendo redención, pidiendo el milagro de verla por última vez; sin poder evitarlo, gritó su nombre con dolor y desesperación, siendo la última vez que la vio.

—¡Dayanne!

CAPÍTULO 2

INTÉNTALO

Habían pasado dos años y Nicolay le había prometido que le dejaría verla. Dayanne no podía soportar ser parte de su mundo, no quería ser más su marioneta, estaba cansada de asistir a fiestas, sonreír y fingir que eran la pareja perfecta; cansada de ser la anfitriona en cada evento, ser la perfecta y flamante esposa de un Kapot; a sus veintidós años se sentía vieja y cansada, se sentía muerta.

Pero esa noche era la última, se lo prometió antes de salir de la habitación. Había escapado hacía unas horas de una fiesta, había regresado a casa y tomado las llaves de su auto, y salió a buscarla; aunque Nicolay sabía cuál era su punto débil, lo que le obligaría a regresar a sus brazos, pero esta vez no; cansada de las apariencias le había pedido el divorcio hacía unas horas, justo en el preciso momento en que iban a una de las más grandes fiestas de caridad en Nueva York.

A Nicolay no le convenció esa petición, tan solo cerró los ojos y trató de apaciguar la fiera que traía dentro.

—Hablaremos cuando lleguemos a casa —mencionó reacio a todo; bajó del auto y esperó a su esposa, extendiéndole la mano y ayudándole a bajar.

Sabía muy bien cómo trabajaba Nicolay; esa parte de su ser le dio la fortuna y el poder que él siempre quiso; así que salir de las garras de un Kapot era arriesgado, como también salir de ese ambiente, solo se resumía en una palabra: «Muerte».

Pisó el acelerador a fondo, las luces de las calles de Nueva York se perdían, tenía que encontrarla, deseaba estrecharla entre sus brazos, había pasado ya un año y tres meses desde que la vio. Se había perdido de todo: desde su primera palabra, velar su sueño, velar su salud; la única imagen que tenía grabada en la mente era el preciso instante en que después de dos meses de dar a luz, Nicolay le arrebató a su pequeña de los brazos, sentenciándola a sufrir.

«Jamás le verás; así como yo sufrí, tú también lo harás», negó con la cabeza, deseando que cada palabra dicha se borrara de su mente, pero era imposible, y lo peor de todo es que ni sabía qué nombre le había puesto a su hija, su pequeña hija, que solo tenía de ella unas cuantas fotos de su evolución y, entre ellas, la única que pudo obtener de ella en sus brazos.

Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, su maquillaje se corría haciendo estragos en su apariencia perfecta; trató de sostener con más fuerza el volante, mientras su Jaguar último modelo derrapaba en la pista, humedecida por la ligera lluvia de esa noche, pero era buena para calmar la densidad del clima, además de refrescarlo.

Tomando el teléfono móvil en mano, no dudó en marcar el número que había aprendido de memoria; desde su último encuentro, le prometió velar por ella y su hija, le prometió encontrarla, pero no hubo noticias en semanas, le había defraudado, simplemente le había engañado, pero lo que Dayanne no sabía es que su amante gritaba cada noche su nombre, pidiendo, más bien suplicando, que regresara a su lado; ambos habían sido despojados de algo, todo por el capricho de un Kapot.

Los gritos eran escuchados por casi todo el vecindario; él no tenía mucho que ofrecer, tan solo un sueldo de 50 mil al año, además de una modesta casa, limpia y cálida, pero no en los suburbios, sino en un lugar que daba seguridad y estabilidad. Al oír el teléfono a lo lejos, despertó, irguiéndose de inmediato, se estiró sobre la mesilla y contestó.

—Hola. —Su voz aún ronca por el sueño, adormecido por las pesadillas.

—No sé dónde la tiene... Prometiste encontrarla... —bramó hecha una furia, entre el llanto y la desesperación.

—¿Dayanne? —preguntó confundido; hacía dos meses que no sabía de ella, dos largos meses que no escuchaba su voz y tenía su cuerpo sobre el suyo, pero igual que ella, hacía justo un año y tres meses que no sabía del paradero de su hija; también era su hija.

Nicolay le buscó hacía un año, advirtiéndole, más bien amenazándole, que si trataba de encontrarles, no dudaría en matar a Dayanne y a la pequeña; no podía permitirlo, no debía; trató de comprarlo, dándole una cantidad de dinero para que guardara silencio, pero se negó a recibir el precio de su felicidad, sus palabras carecían de sentimientos.

—¿Qué pasa? —Se irguió de la cama, poniendo los pies sobre el frío suelo de cerámica.

—La ocultó, no sé dónde la tiene, he tratado de buscar, pero no está... No está donde dijo, me ha engañado, nos ha engañado... Jamás estuvo aquí. —Sus sollozos desesperados le partían el corazón, deseaba tenerla cerca, deseaba estrecharla en sus brazos y amarla con delicadeza, todo con amor, ese amor que Nicolay jamás le dio.

—Cálmate... Dime dónde estás e iré por ti. —Se frotó la cara con una de sus manos libres, necesitaba respirar, despertar, tranquilizarse; ambos habían perdido algo, habían perdido a su única hija.

—Cómo me puedes pedir que me calme... No sé dónde está, es un año... un maldito año sin verle, sin tenerle entre mis brazos... ¿Dime cómo te sentirías si no tuvieras ese pedacito de cielo contigo?

«Fatal», pensó, no tenía palabras; desde que conoció a Dayanne, por primera vez era feliz, pero Nicolay Novak Kapot se encargó de hacer su vida miserable.

—Dayanne, no me digas eso... Sabes bien cómo me siento, sabes bien que las amo a las dos más que a nada, pero cómo poder encontrarla si Nicolay la tiene oculta... Cometimos un error al aceptar su trato; es un pacto con el mismo diablo; hemos vendido nuestras almas, todo por conservar la vida; si yo hubiese sido fuerte, quizás esto no estaría pasando...

—Solo quiero librarme... ¿Acaso hemos cometido más pecados que él?... —Antes de que pudiera responder, un grito ahogado y una explosión fueron parte de la conversación; por lo visto Dayanne había derrapado y volcado el auto, explotando de manera espontánea.

—¿Dayanne?... ¿¡Dayanne!?! —Se levantó de la cama, tratando de encontrar una salida a esas cuatro paredes confinadas, encontrar la manera de saber que ella estaba bien, pero era imposible, la distancia estaba en contra suya. El teléfono perdió el tono y con ello la pérdida de su amada, sintiéndose ahogado, herido. Había perdido más que su vida, su alma en el proceso, y nada podría devolverla, ya todo estaba perdido.

La noche se había hecho eterna para él, estar en esos momentos en Seattle había sido uno de los peores errores de su vida, fue la última noche que escuchó su voz, reprochándose cada día y noche por el largo de sus días el no

haberle dicho que le amaba más que cualquier cosa en el mundo.

Saliendo de su casa, llamó a su amigo Eric para que fuese a investigar, pero lo único que supo por boca de su amigo, fue que la investigación de la muerte de Dayanne Kapot recayó en las manos de su esposo, culpándole del atentado, pero al ser visto por muchas personas en la fiesta de caridad de esa noche, era imposible incriminar al devoto y ejemplar esposo.

Cerró los ojos al recordarlo todo, vaciló por un momento, no deseaba ver el ataúd a lo lejos, era un cobarde; con las manos sobre los costados hizo puños ante su impotencia, clavándose las uñas en las palmas y lacerándose las sin el mínimo atisbo de dolor.

«Vuelve el rostro y ve lo que has causado por tu ineptitud», le dijo una vocecilla, la voz de su conciencia, reclamándole. «Vuelve el rostro y ve cómo dejaste que un Kapot te arrebatara lo único que pudo haberte amado de verdad».

Al volver el rostro vio el ataúd bajar lentamente, siendo parte de la tierra; por ese breve instante se sintió viejo y cansado, dando un suspiro; pidió al cielo que le arrebatase la vida, pero solo le dio la vida para ver a su gran secreto crecer, viéndola por primera vez esa tarde.

Se pudo comprobar que los frenos habían sido cortados, la excesiva velocidad a la que Dayanne conducía, les hizo el trabajo fácil; el aceite de los frenos se había derramado antes de lo que se podían imaginar, chocando contra un camión de dinero, obligándole a volcarse y explotar en el acto. Dayanne fue reducida a cenizas, un castigo por cometer uno de los pecados, la lujuria, un pecado que él jamás se perdonó: amarla sin medida, amarla hasta que la muerte se la llevara y consumiera su alma.

«¿Qué castigo más puedo recibir?», pensó mientras observaba cómo el ataúd bajaba a la tierra; Nicolay no mostraba ninguna emoción, estaba impávido, observando cómo su mujer bajaba a la tierra. Sus hermanos, por otro lado, observaban con una sonrisa ver el costo por su ambición, pero no pensaron que Nicolay Kapot tenía un as bajo la manga; siempre estaba preparado para el juego, nunca iba sin estar preparado para una revancha; él jamás perdía, ya que la palabra no existía en su vida.

El joven —en ese entonces amante— tensó la mandíbula al ver las sonrisas de aquellos cinco hermanos Kapot, parecidos a su rival en amores;

quería bajar de la colina donde se encontraba, solo para acabar con la vida de aquellos hombres, que solo existían para dañar a gente inocente, personas inocentes y buenas como lo era Dayanne, «su dulce y angelical Dayanne».

Estaba a punto de ir hacia ellos, cuando la mano de su joven y mejor amigo Eric lo detuvo obligándole a levantar la mirada; pudo ver que una mujer de casi sesenta años se acercaba entre la multitud llevando en brazos a una pequeña niña de cabellos castaños y rizados, ojos pardos y mirada inocente; por un momento se quedó sin respiración, era su hija, era suya y solamente suya, pero aun así intentó acercarse.

—No lo hagas, sabes bien que solo la pondrías en riesgo.

—Pero es mi hija... Es mi hija —suplicó.

—No tientes a la suerte. Que esté en manos de Kapot es riesgoso, y aún más con la pérdida de su esposa.

Los hermanos Kapot, al ver cómo la mujer anciana se acercaba al viudo, supieron que habían perdido la batalla; la cláusula que impuso el viejo y patriarca Kapot había sido cumplida, y nada más y menos que todo había sido heredado por el menor de los Kapot, quien tomó a la niña en brazos dándole un fingido beso en las mejillas rosadas y regordetas de la pequeña niña de tan solo un año y tres meses.

Fue la primera vez que vio a la niña, con un lindo vestido negro, con un gorrito que ayudaba a que el frío no congelase sus pequeñas orejas, su nariz rojita por tanto llorar, mientras que su supuesto padre observaba por última vez a su mujer, pudiendo suspirar de alivio; se había deshecho de aquella mujer testaruda que le daba problemas cada vez que podía, y que pidiendo la localización de su hija cada noche, cada día, estaba harto de escuchar sus gritos incesantes, pidiendo y clamando a su hija de regreso; algo por fin había cambiado, Dayanne había muerto y, con ello, Nicolay estaba libre de la sombra del amante y de su mujer infiel.

Ella era suya, debía encontrar la manera de arrebatarla a Nicolay. Una desesperación abrumó su corazón, estaba a punto de ir, de pelear por reclamarla como suya, pero la mano en su hombro lo detuvo, tratando de darle fuerzas, el aliento que necesitaba en esos momentos.

—Eric... amigo —balbuceó bajando la cabeza, observando sus zapatos negros bien lustrados.

—Debes seguir —le dijo su amigo de rubia cabellera, trataba de darle la fuerza que necesitaba—. Es lo único que puedes hacer por ella.

—Es más que seguir, amigo mío, es dejarla a su suerte con ese hombre; él no la amaré como su madre, jamás lo hará... —Alejó la vista de sus zapatos para fijarse en un ángel esculpido a unos kilómetros, mientras una de sus lágrimas recorría su mejilla hallando su camino al pasto del cementerio, hallando su camino hacia esa tierra sagrada.

—Debiste pensar eso, amigo, antes de liarte con Dayanne; debieron pensar que todo acto trae una consecuencia... Lamento decirte esto, pero tú estás vivo y puedes velar por ella en la distancia. Sabes bien que los hermanos Kapot tratarán de matarle por la herencia, ya lo hicieron con Dayanne; no se detendrán hasta matar a la niña, y tu misión es salvarla.

Ante las palabras de su amigo, no se inmutó de volverse y abrazarle con fuerza, necesitaba el calor humano, necesitaba de un amigo en esos momentos, necesitaba por una vez en su vida dejar de ser realista y tener ese sueño que jamás pudo realizar.

—Quizás ese sea mi castigo, amigo mío, ver que esa parte de mi ser se corrompa y sea cruel. Es el castigo por mi pecado.

—Si hablamos de pecados, como tú lo haces hoy, déjame decirte que los Kapot han sobrepasado el límite; estamos detrás de ellos, necesitamos tiempo para encerrarlos, necesitamos tan solo una prueba que pueda llevarlos a prisión, y con ello tendrás a la niña contigo... Lo prometo. —Bajó su mano del hombro de su amigo, dándose la vuelta y caminando de regreso al auto negro que los esperaba en un lado del camino.

«¿¡Pruebas!?!», pensó el amante dormido; sería difícil conseguir las, él ingresó en la residencia, todo por conseguir pruebas, pero no pensó que enamorarse de esa mujer lo llevaría a su perdición, olvidando su misión.

Y hasta conseguir las sería demasiado tarde, quizás la niña ya dejaría de existir o, peor aún, sería toda una Kapot sin serlo.

—La protegeré, Dayanne, juro que la protegeré en la distancia; siempre velaré por ella a lo lejos, así como tú lo harás por mí; reza por mí, pide mi redención, mis pecados me consumen y espero que la culpa no lo haga también... Ayúdame a sobrevivir a mi propio infierno. —Levantó la cabeza, pudiendo observar a lo lejos a Nicolay; sus miradas chocaron, el muy bastardo

le dio una media sonrisa socarrona, había conseguido lo que deseaba: deshacerse de ella, y trataba de provocarlo, pero no lo permitiría; al final él ganaría y hundiría a esa familia que le había arrebatado todo.

El viento sopló fuerte, pudiendo levantar un poco su gabardina marrón. Con las manos en los bolsillos, se dio la vuelta y caminó hacia el auto en el que su amigo esperaba; sería el fin de un cuento feliz, una corta historia de amor, un romance marchitado por la avaricia de un depredador como Nicolay Novak Kapot.

CAPÍTULO 3

FLORES MARCHITAS

«Quince años y su vida terminaría», es lo que pensó cuando las llamas consumían todo a su paso en su pequeña casa. El hollín y el fuego no le dejaban ver ni respirar; buscar una salida era ilógico, el fuego caminaba y arrasaba con todo a su paso, parecía hablar mientras caminaba, parecía reclamar su joven cuerpo pidiendo su alma a cambio de vivir.

—¡Abuela! —gritó con todas sus fuerzas tratando de encontrarla, pero era difícil ante el humo y lengüetas rojas que comían todo a su alrededor—. ¡ABUELA! —repitió.

Estaba en su cama cuando el fuego comenzó, su abuela estaba igualmente en su recámara, Naval sintió el humo y despertó, corrió hacia la puerta solo para encontrar el pasillo oscuro y el humo expandiéndose.

—¡Abuela! —volvió a llamar, pero no había respuesta; corrió e intentó buscarla, pero las llamas se lo impidieron; bajó con rapidez a la primera planta de la pequeña y cómoda casa, casa que era un infierno presente hecho en la tierra.

Las puertas principales estaban cerradas; las ventanas, las cortinas, adornos y demás se hacían cenizas; gritar por ayuda no servía de nada.

—¡Ayuda! —gritó sin aliento, y lo peor de todo es que había discutido con su abuela, se habían ido enojadas a la cama, todo por una estúpida noticia, todo por algo tan insignificante para ella, que no había tenido oportunidad de decirle un «Te quiero, abuela»; todo por enterarse de que su padre estaba vivo pero no presente en su vida, todo por un apellido —Kapot—; de solo repetirlo, un escalofrío cubrió su espina dorsal, aunque estuviera rodeada de fuego; una maldición, un apellido que de solo haber sido nombrado por su abuela provocó mucho daño en solo horas.

—Debes saber la verdad, Naval —le había dicho su abuela horas antes—. Tu padre está vivo, tu padre está en Estados Unidos. Vendrá a verte la próxima

semana, ya eres mayor para saber la verdad.

Pero Naval se rehusó a escuchar.

—Yo no tengo padre, qué clase de hombre se deshace de su hija como si fuese un trapo viejo, qué clase de hombre niega a su hija rehusándose a darme su apellido.

—Él jamás se rehusó a darte su apellido, él deseaba lo mejor para ti... Deseaba protegerte.

—¿Protegerme de qué? ¿De él? ¿Del mundo? Ni siquiera sé quién fue mi madre —le reprochó.

—No entiendes, ser un Kapot implica riesgos y tú, siendo su única hija, llevar su apellido es como llevar una condena de muerte, llevando contigo una fecha de expiración.

—Abuela, ¿cómo es posible que me compares con un producto con fecha de caducidad?

—Es que eso significa Kapot, todo tiene un término en su mundo... Todo tiene un final en sus vidas.

—Es suficiente —replicó enfadada Naval, girando sobre sus talones, y subió escaleras arriba encerrándose en su habitación.

Oyó entonces su nombre en un grito desesperado a la distancia.

—¡Naval! —El fuego la reclamaba, el sonido de las brasas y su propio corazón latiendo con rapidez.

—¡AYUDA! —pidió aún más débil, hasta que cayó al suelo, débil y sin aire.

Todo había cambiado desde el momento en que el nombre de Nicolay Kapot se pronunció en voz alta; solo había sido unas horas atrás que sabía qué rol cumplía, y no gracias a su abuela, pero recordaba con exactitud que su vida había sido corta.

—¡Naval! —gritaron a la distancia, mientras alguien atravesaba el fuego sin miedo, con la chaqueta de cuero, las zapatillas blancas, lustrosas y caras, el reloj de oro en su muñeca izquierda, el pendiente de una piedra zafiro color negro en su oído derecho, la gorra de lana negra que cubría sus cabellos

rubios, pero dejaba al descubierto sus facciones varoniles, con ojos verdes como las esmeraldas, labios pequeños y carnosos, una nariz aristocrática y cejas profundas.

—¿¡Naval!?! —La vio y corrió hacia ella, tomándola de las rodillas, sosteniéndola entre sus brazos, miró a todos lados sacándola y poniéndola a salvo. Mientras la sacaba de la casa, ella entreabrió los ojos viendo al joven salvador, reconociéndole; era siete años mayor que ella, era el chico de la librería de Maratea; siempre lo veía, siempre iba para verlo, había hablado muy poco con él, pero siempre le pareció un chico guapo a la distancia, enamorándose de él en silencio; sabía su nombre, sabía poco pero en sus cortas frases de «Hola» y «Adiós» o «Te recomiendo este libro», él jamás le preguntó su nombre, pero ella sabía el suyo; su nombre era Creed, Creed Rise, le conocía tan bien que en su antebrazo izquierdo tenía un león en silueta de constelaciones tatuado.

—¡Creed! —dijo ella en un leve susurro, y automáticamente rodeó su cuello con sus brazos.

Él sonrió y en un susurró lento le dijo.

—Chiudi gli occhi, sei al sicuro con me (Cierra los ojos, estás a salvo conmigo). —Naval hizo lo que pidió, ya que en esos años aún confiaba en la gente, aún creía que la gente era buena y no actuaba con premeditación o deseaba sacar ventaja de ella, sacándola de la casa.

Cuando entreabrió los ojos, nuevamente estaba recostada en los asientos traseros de un auto nuevo, podía sentir el olor a cuero reluciente de su Mercedes-AMG GT rojo último modelo; las luces pasaban de manera rápida, estaban saliendo del pequeño pueblo donde vivía, pero nada tenía sentido.

—¿Dónde vamos? —preguntó cerrando los ojos y llevándose una mano al rostro; entonces sintió la mano de Creed intentando clamarla.

—Shhh —Volvió el rostro viéndola, mientras conducía a velocidad máxima—. Cariño... Trata de descansar... —Vio cómo Naval guardaba silencio e intentaba mantenerse calmada. Creed volvió el rostro hacia la autopista, ajustó su retrovisor asegurándose de que nadie los seguía; se había quitado la chaqueta de cuero y se había quedado con una camisa remangada hasta los codos, haciendo notar su tatuaje de león. Apretó el volante de tal manera que sus nudillos se pusieron blancos, realizó un cambio con la palanca

y aceleró hasta el fondo, quería llegar lo más rápido posible.

Sintió paños húmedos sobre su frente, sentía calor, sentía pánico.

—¡Abuela! —dijo en un leve susurro que el viento se llevó; las sábanas eran blancas y de seda, estaba cubierta de hollín pero estaba a salvo, sin quemaduras, pero sí con traumas para toda su vida.

La frescura de su frente trataba de hacerla abrir los ojos, pero se obligó a cerrarlos al sentir voces en la misma habitación, voces desconocidas, pero aún sentía las caricias tibias de Creed, quitando los mechones castaños de su rostro, aquellos cabellos que llegaban debajo de sus hombros.

—Se supone que debías protegerla las 24 horas del día, Creed —le reprochó la voz de un hombre, voz desconocida para Naval.

Despeinando sus cabellos rubios, cerró sus llamativos ojos azules tan fuerte como pudo; estaba impecable con su traje Armani hecho a la medida, de color gris; parecía seda, además de la corbata a juego y la camisa blanca. Nicolay Kapot no aparentaba tener 38 años de edad, era aún muy joven y atractivo, pero él estaba seguro de una cosa: el incendio era obra de un solo hombre y sabía bien su nombre...

—Señor... Juro que todo era normal, no había ninguna señal de peligro —respondió con tranquilidad, pero sin despegar un ojo de la joven a la que atendía.

—Pues lo ha habido, grandísimo estúpido —bramó un hombre moreno, alto, imponente, casi a la misma altura de Nicolay, pero siendo mayor por tan solo un año; tenía el cabello en un corte perfecto y pegado, una barba perfectamente impecable y bien formada entre sus labios y mejillas, además de bien vestido; sus penetrantes ojos negros le lanzaron una mirada iracunda al joven salvador.

—Xavier... Sabes perfectamente que soy eficiente, nunca en mis 23 años decepcioné al señor Kapot, y tú no eres mi jefe... Le debo explicaciones, pero no a ti —respondió sin miedo el joven rubio, mostrando su escultural cuerpo, que había quedado en camiseta, la cual ceñía a la perfección su marcado cuerpo.

—¡Maldito! —Xavier quiso acercársele y romperle todos los dientes, quiso deslizar su arma, pero Nicolay tocó su hombro y le lanzó una mirada

llena de enfado.

—Cálmate... Sal de la habitación y espérame afuera.

—Pero, señor. —Quiso objetar, pero Nicolay lo detuvo.

—¡Obedece!... —gritó. Xavier solo guardó su arma y salió de la lujosa habitación de hotel, dando un gran portazo detrás de él.

Una vez solos, Nicolay esbozó una sonrisa, pero como siempre sus sonrisas jamás reflejaban un brillo en esa mirada gélida en aquel magnate hotelero.

—Siempre supe que tenías... —Quiso decir una palabra más cruda, pero lo pensó bien—. Potencial para esto, por eso supe que eras la persona adecuada para cuidarle.

—Solo hacía lo mejor que podía, pero por lo visto no vi venir que intentaban hacerle mucho más que daño —mencionó compungido el joven rubio sin dejar de mirar a Naval. Nicolay se dio cuenta de aquella mirada, la conocía muy bien, él también vio de esa manera a su difunta esposa, cuando el amor entre ellos supuestamente entre comillas era verdadero.

—Esperemos que nana Ianthe haya mencionado mi nombre en alguna ocasión y no sea un completo desconocido para ella... —Suspiró, cruzando sus brazos sobre su pecho, mostrando que su cuerpo ya maduro se mantenía en perfecta forma.

—Lo hizo, señor Kapot —Hizo una pausa antes de continuar—. Fui a verla horas antes de que sucediera todo; como siempre, monitoreaba el lugar, asegurándome de que todo estuviese bien, le había hablado de usted, pero —Hizo una pausa al recordar la tristeza en los ojos de la abuela de 78 años—, dadas las circunstancias, no podrá mantenerla aquí.

—¡No!... Por supuesto que no. Me la llevaré a la residencia. —Ante aquellas palabras frías, Creed volvió el rostro observando extrañado y sobretodo sorprendido ante la decisión de su jefe.

—¿A la residencia?... Pero es aún más peligroso. —Intentó comprender que su jefe estaba loco o simplemente era un tonto.

—¡No!... No, si mi equipo de seguridad está detrás de ella.

—Pero... —Trató de hacer la vista gorda ante las manías y aficiones raras

de Xavier; Nicolay supo por su reacción a lo que se refería.

—No te preocupes... Tú seguirás detrás de ella. —Con ello, pudo ver que las facciones y músculos del joven Creed se relajaban; sabía que si lo separaba, se encapricharía y pondría en riesgo la vida de ambos; en cambio, si se conocían, había muy poca probabilidad que Creed cometiera un error o, peor aún, una indiscreción sobre su trabajo. Además, era más seguro que se quedara con él que con Xavier, conociendo sus aficiones a las jovencitas, adicciones, su rudeza y, sobre todo, su mordaz lengua viperina.

—Sé que no debo meterme en lo que no debo —dijo con firmeza, buscando las palabras correctas—. Pero no entiendo cómo, sabiendo de las manías de Xavier y que pueda tenerlo aún a su lado, no le da miedo que algún día todo acabe de la manera menos pensada.

—En otras palabras —Sonrió, sabía que no podía insultar la inteligencia de ese jovencillo, era demasiado listo—, que acabe traicionándome y matándome —Aspiró hondo, evitando mirarlo a los ojos y ver también a su hija dormida—. Sé que puede suceder, pero tú... Tú estarás salvando mi legado. —Señaló a su hija con la mano, gesticulando para luego cruzar los brazos, y mostrando cómo sus músculos se ceñían al traje.

Creed sonrió, sabía que él jamás defraudaría a Nicolay, jamás lo había hecho desde que lo sacó de su miseria a la edad de 14, cuando la venta de drogas y pertenecer a bandas de bajos barrios era parte de su realidad, intentando olvidar lo que tenía en casa. Nicolay lo encontró tratando de robar su auto, bueno, partes de este; lo detuvo y vio que tenía potencial; desde allí le dio un nombre, le dio un apellido, le dio un hogar, un trabajo y un modelo a seguir. Jamás mordería la mano del hombre que le dio de comer, esa era la diferencia entre Xavier y él.

—Creo que será mejor que la dejemos descansar, yo me quedaré vigilando la puerta por si necesita algo —mencionó Creed, dando un manotazo a sus recuerdos más secretos y oscuros.

—Será lo mejor, sabes bien que para cualquier cosa no dudes en llamarme, estaré en la suite de al lado —Se llevó una mano cansada hacia el rostro—. Creo que será mejor que le dé su espacio antes de que me... ¿Conozca?

Creed sonrió.

—Solo denle tiempo, es una buena niña, siempre fue buena; no tenga miedo a que lo rechace, es de muy buen corazón.

«Eso no lo heredó de mí», pensó Nicolay, cambiando rápidamente las facciones de su rostro, girándose sobre sus talones, abriendo la puerta y saliendo de la suite de su hotel.

Al verlo salir, pudo respirar con tranquilidad, dejando salir una gran bocanada de aire atorada en su garganta; volvió el rostro hacia Naval, aún estaba pálida, pero sabía a ciencia cierta que ella solo fingía dormir, y acercándose a su oído, le susurró.

—Trata de dormir, cariño... Solo descansa. —Notó cómo el cuerpo de Naval se ponía tenso, entonces se puso de pie, pero una mano sujetó su camiseta.

—Gracias —murmuró Naval, entreabriendo los ojos.

—Es mi trabajo, cariño —Sonrió, acercándose a ella y depositando un casto beso en sus labios—. Siempre fue mi trabajo. —Se alejó de ella, dejándola dormir.

Habían pasado tres horas desde el accidente, las luces del exterior iluminaban vagamente su rostro, tenía dolor en todo el cuerpo, estaba inquieta y un sudor frío cubría todo su cuerpo, obligándole a cerrar con fuerza los ojos, intentando despertar.

Creed se había quedado dormido en el salón de la suite designada a Naval, había estado mirando las noticias del día por televisión, cuando el sueño lo había arrancado de su mente en blanco con una sola imagen: la imagen de Naval en el suelo; se había reprochado desde el momento en que la vio, que su descuido le había costado la vida de Ianthe y, por poco, la vida de esa jovencilla que dormía plácidamente a unos cuantos metros de distancia. Había jurado y maldecido una y otra vez su ineptitud, había defraudado a Nicolay, pero más, le había dado motivo a Xavier para que viera a Naval como su bocadillo, como su nueva obsesión.

Fuego, el fuego corría, extendiéndose por todo el lugar, la casa, su abuela, su abuela, sentía pánico, sentía desesperación, no había salida, no había una maldita salida; más que a gritos decirle una y otra vez.

—Es el precio por ser una Kapot —decían miles de voces una y otra vez

—. El cruel precio por ser una Kapot.

Creed reconoció su voz, despertando ante los gritos bajos que daba Naval y, dejando caer el control remoto al suelo, corrió hacia la habitación sacando su arma de la cinturilla de su pantalón, pero ella estaba dormida, tenía una pesadilla, moviéndose de un lado a otro intranquila en la cama, y guardó nuevamente su arma.

Ante sus gritos, se irguió de la cama, sudorosa, mientras la mano de su Creed le daba la tranquilidad que necesitaba.

—¡Abuela! —dijo exaltada.

—Tranquila, pequeña, tranquila —Se sentó en la cama, estrechándola entre sus brazos—. Tranquila, cariño. —La estrechó entre sus brazos, algo que deseaba hacer hacía tanto tiempo.

Limpiándose el sudor de la frente, quiso ponerse de pie, pero Creed se lo impidió.

—No... no lo hagas.

Naval miró a su alrededor, viendo la habitación lujosa; esa no era lo que esperaba cuando su abuela le había dicho que su padre era un magnate, y cerró los ojos por un instante tratando de calmar su corazón, que latía desenfrenadamente a causa de esa pesadilla.

—Dios... Dios... Nadie habla de mi abuela —dijo con sus ojos arrasados en lágrimas desgarradoras.

—Por favor, no llores —Tomó su mano, apretándola contra su mejilla—. Sé que es duro, pero Ianthe dio su vida por ti, cariño... Siempre la dio.

—Pero por qué, no entiendo por qué; el accidente, no sé cómo ocurrió, yo viví allí por toda mi vida...

Creed le interrumpió.

—Has vivido fuera de la realidad, nuestra realidad por quince años, quince largos años, de los cuales yo tuve el placer de verte hace tres años atrás.

—Pero... dime ¿Quién es mi padre? —preguntó dolida, ante las mentiras que recién se daban a conocer.

—Tu padre... Tu padre es un gran hombre... Aunque no lo parezca, es alguien que ayuda y es ejemplar...

—No lo fue apartándome de su lado —bramó ella.

—Es un magnate hotelero, tiene varias sucursales, como también varios enemigos, y saben que su punto débil es su única hija —le explicó.

—No perteneceré a su mundo.

—¿Estás segura, cariño? Ten en cuenta que yo puedo ayudarte —dijo Creed viendo sus ojos pardos, viendo la belleza de aquella chiquilla, aclarándose la garganta, como la mente, y se apartó de la jovencilla con brusquedad; no podía dejar de ver sus labios rojos, aquellos labios que estaba ansioso por probar—. Ahora, descansa... Estaré en la sala por si necesitas algo.

—No te preocupes, trataré de descansar. —Le dio una sonrisa fingida, cosa que hacía muy bien: fingir que estaba perfectamente bien, cuando el miedo y, sobre todo, cuando no sabía qué hacer cada noche al cerrar los ojos.

—Naval... Por favor —Quiso explicar, tratar de hacerle entender, pero se detuvo—. Mañana vendrá a verte —le recordó.

—Solo pido que me ayudes... Y no me dejes...

—Eso jamás... Yo sé mucho de él, cariño... No olvides que es tu padre. —Sin más cerró la puerta tras de sí, dejando a Naval con sus recuerdos más escabrosos, sin saber que más adelante su vida idílica se convertiría en el infierno mismo.

CAPÍTULO 4

OVER AND OVER AGAIN

Creed le había llevado el desayuno en cuanto ella despertó, al abrir los ojos vio un vestido negro muy elegante de encaje y seda, por lo visto era de diseñador, al igual que los zapatos de tacón; no habían escatimado en gastos, pero también Creed estaba totalmente imponente con un traje negro hecho a medida.

—¿Qué es eso? —preguntó somnolienta.

—Es tu desayuno, cariño —respondió él, pero sabía a qué se refería.

—No me refiero a la bandeja, sino al vestido. —Señaló con la mano.

—Es ropa... —Hizo una pausa dejando la bandeja en la mesa y poniendo las manos sobre ella—. Escucha... Debes aprender a mantener la boca cerrada en cuanto se refiere a tu padre —dijo con cierta hostilidad, tratando de calmar sus nervios—. Discúlpame... Pero es mejor si no preguntas o dices nada por unos días... Ahora prepárate para el funeral... Será algo privado, así que tendrás que ser fuerte para que puedas despedirte de Ianthe.

Ante sus palabras, sin emoción o expresión alguna, Naval se decepcionó de Creed; pensó que era mucho más sensible ante su pérdida, pero por lo visto gente de ese mundo solo era frívola y con reacciones gélidas.

—Entiendo... Te agradecería que me dejases sola... —bramó ella, tratando de controlar su ira y frustración. Sin decir más, Creed se dio media vuelta y salió de la habitación.

Miró el vestido, se acercó a él y lo tomó en sus manos viendo los detalles. Era hermoso, pero luego recordó lo frío que había sido; entonces lo lanzó hacia la cama, cayendo al suelo de rodillas. Tenía miedo, estaba enojada, pero sobretodo confundida, y se llevó ambas manos hacia el rostro, tratando de no llorar, pero era imposible, sus lágrimas cayeron sobre sus manos.

El Sol era insoportable, pero el sombrero de diseño ocultaba su rostro

pálido, además de los anteojos oscuros que ocultaban sus ojos rojos ante las lágrimas. El vestido le sentaba bien a las curvas que comenzaban a aparecer a su edad; estaba de pie ante el ataúd, con Creed a su lado y el sacerdote enfrente, mientras esperaban a Nicolay Novak Kapot, el heredero universal de la dinastía Kapot.

Trató de respirar hondo, pero sus pulmones no se lo permitían; ocultándose detrás de los anteojos, no deseaba desmayar ante la falta de aire; entonces vio una botella de agua ante ella.

—Te ayudará a poder respirar mejor. Es por el hollín, pero estarás bien en cuanto llegemos a Estados Unidos y podrás descansar —dijo Creed sin inmutarse a volverse hacia ella.

—Vaya, qué atento —dijo con sarcasmo.

—Gracias... —respondió él.

—No es un cumplido... —le explicó

—Lo sé... —Intentó no reír ante la lucha que ella quería darle.

Entonces su atención se centró en los tres autos que se detenían, bajaron hombres con armas muy bien guardadas, resguardando a dos de ellos; un hombre de cabellos rubios y entrecanos, ocultando su mirada tras unos lentes muy finos de sol, su traje oscuro era demasiado para un funeral.

Mientras que un hombre moreno, igualmente impecable, iba detrás de él. «Ese debía ser el tal Xavier», se dijo para sus adentros al verlo; con esa figura, sintió un escalofrío y una sensación muy mala que acudió a su estómago.

Los demás hombres tomaron sus lugares, mientras que Nicolay y Xavier se detuvieron delante de Naval y Creed.

—Veo que has crecido —dijo sin emoción Nicolay—. Comprendo que en este momento las presentaciones son innecesarias, debido al momento, y también que es irrelevante repetir que soy tu padre. Suponiendo que Ianthe y Creed te hayan puesto al corriente de algunas, y no la mayoría de la historia y situación.

—No se preocupe... Me contaron lo mínimo e indispensable... —Hizo una pausa, respondiendo mordaz—. Solo me dijeron que usted es mi padre.

—Carácter, niña, carácter —respondió Nicolay con una gran sonrisa en sus labios; haciéndose a un lado, saludó al sacerdote con una leve inclinación de cabeza, pero también dándole permiso para poder continuar con el ritual.

Las palabras del sacerdote se las llevaba el viento, el Salmo 23 era repetido constantemente en su mente, no había nada más que palabras y una despedida sin llanto, solo un ritual o reunión cualquiera. Naval lloró en silencio, sin escándalos, sin dramas, tomando desde ese día el nombre de Naval Kapot. Pero ocultos entre las lápidas y estatuas, el sonido de flashes y una cámara que se fijaba en todos los presentes, pero prestando mayor atención a la nueva integrante de la familia más poderosa, influyente y peligrosa de Europa y América del norte.

Cuando el ataúd descendió, Naval sintió la mano de Creed posarse en la parte baja de su espalda; por lo visto tenía que dejar a su abuela y sus recuerdos atrás.

—Camina —dijo con la voz plana al ver a Xavier querer acercarse a ellos, pero el moreno, al ver a Creed y su vena protectora, supo que sería un problema, sería un maldito problema tenerlo pisando los talones de la joven Naval.

—¡Maldito impertinente! —juró por lo bajo, mordiéndose la lengua.

Escoltándola hacia su auto, le abrió la puerta del pasajero y esperó a que se acomodara y abrochara el cinturón de seguridad; cerró la puerta y se quitó los anteojos, lanzándole una mirada llena de reproche y furia a Xavier, quien le respondió con una sonrisa sardónica. Acomodándose su chaqueta, rodeó su Aston Martin color azul marino, tomando su lugar en el volante, arrancando y sacando a Naval del cementerio. Por un breve momento condujo en silencio, hasta que Naval preguntó.

—Veo que ese tal Xavier no es de tu agrado —le dijo, con la vista en el paisaje.

Él, ante el comentario, estacionó el auto de manera brusca, se giró hacia ella y respondió con todas las palabras crudas y explícitas.

—Aléjate de él —bramó—. Jamás estés sola con él, jamás se te ocurra dejar que te toque; ni una sonrisa, ni un maldito coqueteo —Tragó saliva—. ¿Entendiste?

Naval se quedó estupefacta por la brusquedad de sus palabras.

—¿Celoso? —se oyó decir de la nada; ni siquiera sabía que esa fuese su voz.

—No, cariño... Celoso no, solo precavido... Xavier no es buen sujeto, así que si quieres conservar tu dignidad intacta, solo mantente alejada de él —sentenció, retomando la ruta y conduciendo.

Cuando llegaron al hotel, subieron a la suite, pero no a la suya, sino a la contigua; eso quería decir que vería a su padre. Creed tocó la puerta con los nudillos, girando la perilla y abriendo la puerta para ella. Naval la observó asustada, no deseaba entrar sola a esa gran sala.

—No te preocupes... Entraré contigo —susurró entre dientes Creed, viendo cómo el rostro compungido y preocupado de Naval se relajaba.

—Navalenka, toma asiento. —Gesticuló su padre; ella dio un paso adelante, pero la mirada de Xavier la puso nerviosa, y sobre todo la sonrisa socarrona que le lanzó, haciendo que declinara al sentarse, manteniéndose firme con las manos hacia atrás; pero al sentir la presencia de Creed detrás suyo, fue un alivio, ya que sostuvo su mano con fuerza, dándole la seguridad que necesitaba.

—Nadie me llama Navalenka, soy Naval... Y prefiero mantenerlo de esa manera —respondió con cierto miedo, pero trató calmar su voz.

—Pero tu nombre es ruso, es parte de nuestra cultura; además, es lindo... —Dio un suspiro resignándose que era duro y sería duro criar a una adolescente—. Pero haré el intento de llamarte por tu apodo.

—Gracias... —Intentó retirarse, pero su padre la detuvo.

—No espero que me llames «papá»... Por ahora... Pero lo que te pido es solo respeto... Obediencia y, sobre todo, lealtad; regresaremos mañana a Estados Unidos, vivirás conmigo en la residencia a las afueras de Oregón. Es un lugar grande y bonito, podrás continuar tus estudios, pero siempre con la supervisión de Creed. Él estará detrás de ti y tú acatarás cada orden que él te dé; no quiero berrinches, no quiero dramatismo, ni lágrimas...

En ese instante, Naval le interrumpió.

—No te preocupes... Creo que eso no será problema, iré a la escuela y

trataré de mantenerme fuera de líos.

—Sensata... Muy sensata... Pero solo son normas, reglas, no quiero nada de titulares en la prensa sobre mi hija; hija que estaba fuera del alcance y mano de periódicos rosa y amarillistas.

—Pero no estuve muy lejos cuando mataron a mi abuela —insinuó ella, girando sobre sus talones, intentando salir, pero una duda carcomió su mente, volviendo el rostro hacia su padre—. Solo una pregunta... ¿Lloraste por la pérdida de mi madre?

Nicolay se entumeció, sus oídos devoraron las palabras. Dentro de su cabeza la pregunta abrió, no solo el baúl de los recuerdos, sino la misma puerta al infierno; apretó la mandíbula y acomodó su corbata innecesariamente.

—Le di unos momentos de silencio, de respeto y, por supuesto, de luto...

—Le debiste amar mucho. —No fue una pregunta, fue más bien un hecho. Volviéndose hacia la salida, Creed le abrió la puerta para que saliera y escoltarla hasta su habitación, pero Nicolay lo detuvo.

—Creed, espera solo un momento. —Naval se giró a verle, ante esa respuesta; Creed asintió con una leve inclinación de cabeza, ella obedeció y caminó saliendo de la suite de su padre.

—Veo que ella te respeta mucho —insinuó su jefe—. Solo te pido que la protejas y cuides de ella; sé que el cuidado de Ianthe era importante, pero por el momento, solo necesita a alguien al que ya ha visto más de una ocasión.

—Nicolay, sabes que yo puedo cuidarle bien —insinuó Xavier, dolido.

—No, Xavier. Naval tiene un cierto apego a Creed y eso ayudará mucho para que se adapte a su nueva vida y también vaya preparándose para lo que implica ser un Kapot.

—No se preocupe, señor Kapot, la cuidaré con mi propia vida si es necesario... —replicó Creed, observando a ambos jefes.

—Ve, Creed, ella debe estar asustada e impaciente, y eso es bueno, enséñale poco a poco lo que es nuestro mundo. —Sonrió dejando ir al joven guardaespaldas.

Una vez solos, Xavier pateó el sillón, haciendo volver el rostro a Nicolay.

—¡Maldición, Nicolay! ¿Acaso estás demente?, ¿cómo dejarás la seguridad de tu hija en manos de un estúpido chiquillo?; terminarán enamorándose y arruinando todo... ¡Todo!

—Déjalos, no pienso cometer el mismo error dos veces, Xavier, y lo sabes muy bien; así que te agradecería que no patees el mobiliario, es muy costoso y no quiero arruinar mi suite preferida. —Se puso de pie y fue hacia su habitación, no estaba de humor para aguantar los berrinches de Xavier, no ese día, no, no cuando el rostro de su hija solo le recordaba el mayor de los dolores.

Quizás eso era lo que Nicolay deseaba en el fondo: que Creed estuviera protegiéndole aún más, dando hasta su propia alma a cambio de la salvación de su única hija, porque no lo haría por un mandato u orden, sino por proteger a la persona que más amaba en la vida.

Cuando Creed abrió la puerta, Naval corrió hacia él colgándose de su cuello, temblorosa y aún más nerviosa que antes.

—¿Por qué me abrazas? —preguntó desconcertado, pero la rodeó con sus brazos, apegándola mucho más a su cuerpo; cerró los ojos al sentir el calor de ese cuerpo tan joven, frunció el ceño ante los miles de pensamientos de tenerla, obligándolo a separarse antes de que cometiera una indiscreción de su parte.

Naval le miró a los ojos, respondiendo con otra pregunta.

—¿Por qué me besaste?

Creed sonrió ante la astucia y deducción de aquella chiquilla, era aún más encantadora en persona que en la distancia y la penumbra.

—Digamos que, entre mis besos y tus abrazos, podemos llegar a redimir pecados ajenos —La tomó de la cintura con delicadeza, bajando sus labios hacia los labios femeninos y carmesí, besándola lentamente, abriéndose paso con lengua a su interior, explorando, amando cada parte de su boca. Naval respondió con un gemido, llevando sus brazos hacia su cuello, pegándose más a él. Alertándose de no sobrepasarse y aprovecharse de la situación, quitó delicadamente los brazos de ella de su cuello, besó sus párpados y, al final, su frente, con un beso casto lleno de ternura—. Así no... Así no, cariño mío, seremos uno, pero no ahora, solo me convertiría en lo que más odio, y no quiero dañarte, mas solo amarte. —Separándose, Naval supo que Creed sería

parte de su vida, le vio caminar hacia la salida.

—¡Creed! —le llamó. Él volvió el rostro, dándole una sonrisa, pero en ella había connotaciones de tristeza—. Prométeme que jamás me dejarás.

—¡Naval!

—Promételo... Júralo... Jura que jamás me dejarás.

—Solo me alejaré el día en que mi instinto me venza y sienta que tu vida corre riesgo en mis manos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó extrañada ante el cambio.

—Pronto, pronto, cariño —Hizo una pausa—. Pide servicio a la habitación, descansa y prepárate; saldremos hoy para Estados Unidos.

Y así lo hizo Naval, pidió servicio a la habitación, pero vio que Creed se había alejado de ella, dejándola sola en la enorme suite. Naval no hizo maletas, ya que todas sus cosas se habían perdido en el incendio, pero asombrosamente Creed le había dado una maleta y un neceser con todos los accesorios que necesitara: desde pijamas, ropa interior, vestidos, pantalones, peinetas; lo asombroso es que había acertado muy bien en su talla. «¿Será casualidad?», se preguntó entre leves susurros mientras adoraba las prendas finas que descansaban en la maleta y su cama. Por un lado se puso celosa, Creed ya era mayor, mucho mayor y solo podría aprender ello en el arte amatorio y de la seducción; entonces tendría amantes y ella solo sería la chiquilla ilusa que se enamoró perdidamente de un joven mucho mayor.

Creed salió de la habitación, caminó por el largo pasillo llamando al ascensor; una vez adentro, al cerrarse las puertas lanzó un gran puñetazo a la pared metálica.

—No quiero dañarla —Se deshizo el nudo de la corbata, necesitaba un trago, necesitaba una buena distracción en la ciudad, necesitaba desfogar ese fuego interno que lo devoraba lentamente, pero no podía quitar la imagen de Naval de su cabeza, no podía quitar de su mente la manera en cómo se apegaba a su cuerpo en busca de sus besos, de sus labios—. Es una niña. ¡Maldición! —bramó con desesperación haciendo del ascensor su habitación de furia y pánico—. ¿Por qué? —se preguntó pegando su espalda en la pared con los hombros hundidos y la cabeza gacha.

El llamado a su puerta solo le arrancó una sonrisa de sus labios, sabía de

quién se trataba, de la única persona que le daba seguridad; cruzó la sala y abrió la puerta, pero se quedó quieta al ver que no era quien ella esperaba.

—¿Todo en orden? —dijo el moreno con una sonrisa en sus labios.

—Sí, Xavier... Gracias. —Quiso cerrar la puerta pero su pie se interpuso.

—¿Dónde está Creed?

—Volverá en unos minutos... —respondió con un gran nudo en la garganta.

—¿Puedo pasar?

—No creo que sea muy buena idea.

—Vamos... No seas tan dura conmigo, debo asegurarme de que todo esté en orden —Se llevó una mano hacia la barbilla, mordiendo sus labios y devorándola con la mirada—. ¿Puedo pasar? —pidió entrar, nuevamente.

Ella tan solo asintió con la cabeza dándole paso a pesar de las advertencias de Creed. Xavier caminó por la suite, observando hasta el más mínimo detalle.

—¿Y bien?

—Veo que Creed está monopolizando toda tu atención. —Observó la habitación de manera rápida, viendo las sábanas revueltas.

—No es asunto tuyo, o ¿sí? —bramó la jovencita sin miedo.

—Todo asunto que te implique es asunto mío...

—No lo creo... Si solo estás aquí para molestarme, será mejor que salgas —insinuó la joven, abriendo la puerta de par en par y mostrándole la salida a esa visita no deseada.

—Bien —dijo Xavier acercándose a la puerta, pero no sin antes advertirle, le asió el brazo con rudeza obligándole a verlo—. No intentes pasarte de lista conmigo... Yo estoy a cargo de todo aquí... Y Creed no estará mucho tiempo cuidándote...

—No lo creo —clamó.

—Tú solo eres una chiquilla sin experiencia, sin nada que ofrecerle... Por eso él tiene que buscar desfogarse con una mujer de verdad.

—¡Lárgate! —Naval bajó la vista hacia esa mano que la lastimaba,

obligándolo a soltarla y salir de la habitación.

—¡Recuérdalo!... Creed no estará siempre para velar por ti... —sentenció Xavier, cerrando la puerta detrás de sí.

La joven Naval tragó saliva ante las amenazas de Xavier, llegándose a preguntar: «¿Quiénes eran en realidad?».

CAPÍTULO 5

VENENOSO

El viaje a Estados Unidos fue agotador para Naval, el avión privado de su padre era muy cómodo, pero estar bajo la mirada de todos esos hombres era abrumador, no sabía cómo actuar, cómo hablar o, peor aún, si sus modales eran los de una dama de sociedad; entonces sintió que Creed apretó su mano.

—Creo que tu nerviosismo no viene al caso —dijo con voz seductora y tranquila.

—Este no es mi mundo —intervino ella, observando a su padre hablar con Xavier, mientras los miembros de su equipo de seguridad estaban tranquilos y sentados en sus lugares; pero lo que más le desconcertaba era que todos tenían un arma debajo de las chaquetas, y eso era lo que le ponía nerviosa.

—Lo será desde hoy... Solo debes aprender a no hablar de más, a no ser llamativa o llamar la atención de los medios.

—Es por eso que todo el equipo de seguridad, incluido tú, llevan armas escondidas —afirmó con desdén.

—Tú misma lo has dicho: «equipo de seguridad»... Yo soy el encargado de velar por tu seguridad.

—Y el día en que todo salga de tus manos, como comentaste anoche, ¿qué pasará?

—Simplemente me iré...

—¿Por qué?

—Porque no sería ya una persona de fiar...

—No te entiendo. —Quería que hablara más claro y no con acertijos.

—Solo déjalo allí... Más bien deberás buscar una preparatoria, ¿o prefieres estudiar con tutores en casa?

—¿¡Casa!?! —repitió extrañada—. Es una palabra extraña ahora... Mi

hogar siempre fue con mi abuela, pero ahora sé que mi padre no es amoroso, y para mi edad y para las pérdidas que he tenido, necesitaría de su afecto, afecto que él no está dispuesto a dar.

—Afecto que yo estoy más que dispuesto a entregar —respondió el joven dándole una sonrisa, pero Naval solo giró el rostro, mirando por la ventanilla por un breve instante antes de ver a su padre.

Ante aquellas palabras duras, Nicolay volvió el rostro, observando a la jovencita de quince años que tenía casi enfrente; sus ojos azules, gélidos como la noche, le lanzaron una mirada imposible de descifrar para Naval, pero era muy claro para él. Verla solo era el penoso recordatorio de una traición y Xavier se lo recordaba a cada momento.

Naval, al ver esa mirada, levantó el mentón, dispuesta a contradecirlo, desafiándole, acción que Nicolay no pasó desapercibida.

—Solo te causará problemas —susurró Xavier, dispuesto a manipular una vez más a Nicolay, dándole en donde más le dolía, en su ego magullado.

—No necesito más comentarios de tu parte, Xavier —sentenció el ruso sin dejar de ver a aquella chiquilla que tenía enfrente—. Es mi hija y nada ni nadie podrá decir lo contrario.

—Estás cometiendo un grave error al llevarla a nuestro mundo...

—Repito, Xavier... No necesito de tus comentarios.

El vuelo fue entre cansado y agotador, el cambio en la zona horaria solo hizo que Naval se sintiera aún más insegura; aunque la mano de Creed la reconfortaba, la mirada de Xavier la acongojaba, sobre todo al recordar su visita.

Una vez llegaron al aeropuerto, las puertas del Jet se abrieron, dejándola salir de esa prisión con alas; bajó por la escalerilla metálica con ayuda de Creed, mientras su padre había subido ya a un auto, uno de más, autos y escolta los esperaban.

Sintiendo el golpe del frío invernal de Portland, estudió el ambiente solo notando árboles y prados blancos a casi kilómetros. En ese momento, Creed quitó la sobreprotectora mano de la parte baja de su espalda para acercarse a un hombre robusto y una mujer de melena rubia, vestida elegantemente con una camisa blanca con bobos, una falda negra en forma de tubo y unas medias que

hacían juego, con unos zapatos de tacón de infarto.

«¿Quién lleva tacones en medio de la pista y la nieve?», se preguntó con amargura la joven.

Creed estrechó la mano de un hombre robusto, parecía un doble de Bruce Willis, era idéntico, solo que su estatura sobrepasaba el metro noventa, además de los poderosos músculos ocultos bajo un traje color gris, mientras la mujer se acercó a Creed, besando ambas mejillas, y esos ojos lo devoraban.

—Te lo dije —le advirtió una voz amarga y venenosa desde atrás; ella volvió el rostro solo para ver a Xavier irguiéndose con una sonrisa asquerosa en su moreno rostro.

Creed regresó corriendo hacia ella, dejando a la mujer y al doble de Willis, solo para escoltarla al auto designado y tomó asiento en la parte trasera del vehículo, mientras Creed tomó su lugar como copiloto, sin decir palabra, y observó el paisaje por las lunas polarizadas; iba a ser una aburrida vida.

—Veo que es una chiquilla muy tranquila —replicó el doble del actor.

—Vamos, Sansón... Solo mantén un ojo sobre ella, no quiero que Xavier se le acerque —pidió preocupado—. No quiero que la lastimen.

—Sabes que ella saldrá herida de todos modos; en la vida que le espera, solo el sufrimiento y la muerte son parte de nuestro mundo —insinuó su calvo amigo.

El hombre llamado Sansón le miró por el retrovisor, estudiando sus rasgos, estudiando cada mueca y facción de la nueva integrante a la familia Kapot, pero no vio ningún rasgo de Nicolay o Dayanne; él los conocía muy bien, ya que iban por la misma edad, pero negó con la cabeza, tratando de no hacer alusión a ideas estúpidas que pudieran poner en riesgo la vida de la chiquilla.

—Soy Sansón Dubosky. —Sus labios se curvaron en una sonrisa. Naval, al escuchar el nombre del sujeto, volvió la vista de él hacia la ventanilla nuevamente haciendo un momento de silencio.

Sansón pensó que era una mocosa malcriada, reprendiéndose mentalmente por intentar ser amable con ella; entonces escuchó en un leve susurro, pero sin emoción alguna la respuesta.

—Gusto en conocerte, Sansón, yo soy Naval... Naval Kapot.

El chófer sonrió, saliendo de su duda en ese momento; entonces respondió a Creed.

—Cuenta conmigo... Protegeré a esta chica como si fuera mi hija.

«Te lo dije», recordó las palabras de Xavier. No quería preguntarle a Creed quién era esa mujer que babeaba al verle, no podía decir o hacer nada para reclamarlo, ya que ella no era nada, simplemente una chiquilla que deseaba tener el amor de un hombre mayor.

Las puertas de hierro forjado pintadas de blanco se abrieron en cuanto llegaron, la casa era un palacio tanto a la distancia como en la cercanía, ya que su nombre mismo lo decía, aparte de causar un escalofrío en el cuerpo de la joven al ver la monumental casa que tenía delante en esos momentos.

Estaba alejada de Portland (Oregón): grandes árboles cubrían la zona, limitando el paso a extraños e invasores. Estaba tan resguarda por perros, hombres y armas, que era imposible que una hormiga pudiera entrar sin ser detectada a tiempo o, más bien, que alguien pudiese entrar y salir con vida de ese recinto de armas y paranoia.

El camino de grava era extenso, dando al final una enorme casa de dos pisos, totalmente pintada en tonos crema y pastel, ventanales inmensos y puertas grandes; era la típica casa de un magnate, pero por la estructura parecía una casa griega moderna, aunque era más una fachada estilo mediterráneo moderno, y tenía dos columnas de piedra perfectamente talladas adornando el porche; el techo era de tejado marrón, dando un toque rústico, además de tener extensos jardines en ambos lados, y podía apreciarse que la persona que diseñó la casa, tenía un gusto exquisito por el refinamiento y las habitaciones grandes.

Cuando todos los autos estacionaron en la entrada, seguidos por una nube de grava y polvo que se levantaba de la pista perfectamente limpia de nieve, el equipo de seguridad abrió las puertas para que, tanto hija como padre, pudieran salir del auto, mientras una fila de sirvientes los esperaba a la entrada para dar una cálida bienvenida a la hija de Nicolay Kapot.

Xavier, al verla tan imponente, femenina y, sobre todo, tomando un lugar en la familia, sonrió, mientras sus penetrantes ojos negros solo demostraban lujuria, perversidad y un plan para deshacerse de Creed.

En ese instante, el equipo de seguridad de la casa se quedó sorprendido al ver a la chiquilla, ya que Nicolay jamás habló de ella, observándola con ojos tan abiertos que no podían creer lo que veían.

Entonces un jovencillo de cabellos castaños y ojos almendrados, que parecía tener 18 años, quiso acercarse a ella, pero Sansón le sujetó de la parte de atrás de la camiseta.

—Ni lo pienses, Trent; es hija del jefe, así que ni pienses en flirtear con ella.

—¿El jefe tiene una hija? —preguntó sorprendido.

—Sí... Así que, si deseas terminar la preparatoria, será mejor que tengas los pantalones muy bien cerrados. —Trent tragó saliva y se quedó al lado de Sansón contemplándola.

Sin más arreglos, Naval miró a todos con un gesto despreciativo, no necesitaba la pretensión de todos, bajando la cabeza como si ella fuese superior; era algo que jamás le pasó. En Maratea era normal, sin pretensiones, sin miedos, sin tener que aparentar algo que ella no era, así que tomó su bolso, colgándolo de su hombro y entró a la que sería su casa, la que sería su prisión por los próximos años, hasta que pudiera escapar de la vida y los secretos de aquellos hombres que no conocía, ni quería conocer.

La impresión que les dio a todos fue la de una chiquilla malcriada y presuntuosa, digna hija de su padre, digna de ser una heredera, pero estaban equivocados, ella no quería ser de esa manera.

Fue escoltada por una de las tantas personas a cargo de la residencia, como solía escuchar llamar a esa gran casa.

—Por aquí, señorita Kapot —dijo la joven morena, escoltándola escaleras arriba y girando por pasillos y puertas, hasta una puerta blanca al final del pasillo abriéndola para ella—. Es aquí.

—Gracias, puedes retirarte —dijo Naval; quería ser amable pero solo había salido una orden desdeñosa de sus labios.

Era la habitación más hermosa que había visto en toda su vida. Nada de colores rosas o tonos pastel; era, era solo blanca, la cama era King-Size y con un espaldar acolchado en tono gris, al igual que una otomana al pie de la cama a juego, dos mesillas de luz en tonos madera blancos y pintados dorados,

mientras que una alfombra afelpada color crema adornaba casi toda esa área de la habitación, pero había una pequeña sala compuesta por dos sillones únicos color perla y una pequeña mesa de centro redonda con patas labradas, que daba paso a un balcón de ventanales inmensos, decorados con unas cortinas color menta oscuro; en la esquina había un escritorio que hacía juego con toda la decoración, incluyendo las alfombras y un poco a la entrada una mesa de comedor para dos personas.

—Guau —dijo seguido de un chiflido; si así era su habitación, no quería ni pensar en el baño.

Lanzó sus cosas al suelo y recorrió con los dedos su acolchada y bella cama adornada con un edredón de plumas en tono beige, estaba totalmente deslumbrada.

—Veo que todo es de tu agrado —dijo una voz detrás de ella obligándola a dar un respingo y volverse con brusquedad; sabía a la perfección quién era.

—Sí, lo es —dijo con brusquedad.

Creed soltó el aire contenido, estaba guapo, demasiado para admitirlo, se había quitado el saco de su traje y estaba con las manos en los bolsillos de su pantalón, recostado perezosamente sobre el umbral de la puerta.

—Algo te molesta, ¿cierto?

—Vaya... No eres tan idiota como pensé.

—¿Qué sucede? —preguntó Creed sacándose las manos de los bolsillos, cerrando la puerta y caminando hacia ella.

—No te acerques —ordenó Naval.

—¿Qué sucede?

—Sucede que jamás mencionaste a una rubia de piernas largas —soltó sin miedo.

—¿Madeleine?

—Dime tú.

Cerró los ojos y llevó una cansada mano hacia su frente, mientras tres líneas surcaron su preciosa piel.

—Naval... —Quiso explicarle, decirle, pero se contuvo—. Di un

concepto equivocado en Italia.

—Es tu mejor línea —inquirió Naval mordiéndose el labio para no mostrarle lo afectada que estaba ante esa noticia.

—Sé que quizás las cosas se me fueron de las manos, pero...

—¿Pero qué? —Le interrumpió, y soltó una risa sin nada de humor, negando con ambas manos—. Sabes... Mejor... solo dejémoslo allí...

—Naval... solo déjame...

—Creed... Por favor, retírate de mi habitación...

—Naval... por favor.

—Retírese de mi habitación —ordenó.

—Está bien —respondió él evitando verle a los ojos, girando sobre sus talones y saliendo de la habitación.

Una vez sola lloró, pero en silencio, sin escándalos; caminó hacia el balcón y lo abrió, secó sus lágrimas con el dorso de su mano, ya había llorado demasiado y no quería llorar por el Concepto equivocado, «Vaya idiota», escupió; así que miró a lo lejos, sería fuerte en ese mundo que ella no conocía, pero tenía ciertas sospechas de qué se trataba, era joven pero no idiota.

Creed había aceptado que esa orden no era de una jovencilla enamorada, sino de lo que era la pequeña y joven jefa; se maldijo por no decirle la verdad, se maldijo por no decirle quién era ella, pero era mejor para él conservar la distancia, así su pasión y amor no nublaría su juicio a la hora de hacer su trabajo, y menos ahora que Xavier estaba al acecho.

Pasó dos días adaptándose a esa vida, la ausencia de Creed era aún más dolorosa, ya que no lo había visto ni una sola vez en casi 48 horas desde su llegada. Estaba sentada en su pequeña sala, los audífonos solo transmitían a Daughtry–Crashed a todo volumen; absorta de cualquier movimiento, sintió una mano quitarle los audífonos, ella tan solo volvió el rostro enfurecida con la persona que se atrevió a cruzar su línea.

—¿Qué quieres? —le dijo a Creed, que estaba sentado muy cerca suya en el otro sillón de su pequeña sala.

Él solo sonrió, amaba el carácter altanero de esa chica.

—¿Dónde quedó la chiquilla dulce?

—La chiquilla dulce murió cuando Xavier me contó tu pequeño secretito —bramó.

Creed, al escuchar ese nombre, se levantó de un salto; sus ojos habían perdido el brillo de hacía unos minutos, convirtiéndose en dos esmeraldas tan frías que, de simplemente verlas, un escalofrío cubrió la frente de Naval.

—¿Cuándo?

—¿Qué? —No entendió la pregunta.

Sin poder soportarlo, asió el brazo delgado obligándola a verlo y levantarse.

—¿Qué dijo? Y ¿cuándo? —ladró con voz plana.

Zafándose de su agarre ella lo empujó con fuerza, pero Creed era tan fuerte que solo dio un paso atrás ante el intento tan vano de aquella joven por hacerlo caer.

—Quieres que te diga que fue a mi habitación cuando veníamos para Estados Unidos... Insinuando que no soy mujer para ti, ya que tus... tus... —No podía decirlo, no así—. Que tus queridas pueden saciarte y... y... y luego esa rubia estúpida, la manera en cómo te tocaba, la manera en cómo te miraba... Y vienes luego a decirme que todo había sido una maldita confusión, un concepto equivocado... Si mal no recuerdo bien... —gritó lanzándole su Ipod al pecho.

—Te dije... claro, muy claro, que te alejaras de él... Lee mis labios, aléjate de él —inquirió enojado, más consigo mismo por dejarla esas horas.

Naval lanzó una carcajada pero sin humor, negó con la cabeza y mordió su labio.

—Solo dices eso... «¡Aléjate de él!» —lo imitó de manera brusca.

—Estás buscando pelea donde no la hay...

—Tú empezaste... Tú empezaste con toda esa mierda de concepto equivocado cuando me besaste...

—Es por eso —Creed logró aplacar la bestia de su interior, tratando de no sonreír ante la insinuación de la joven; era tan clara—. Es por eso, entonces.

—Asintió con la cabeza.

—Sí... —chilló la joven.

Sin más se acercó a ella, cortando la distancia que los separaba en dos zancadas, la tomó entre sus brazos y la apegó a su cuerpo con brusquedad, buscó sus labios y plantó un beso hambriento; Naval abrió la boca, recibiendo su lengua y permitiéndole explorar cada rincón de su dulce boca; ella emitió un gemido desde lo profundo de su garganta, gesto que Creed no pasó desapercibido, levantándola contra sí, la sujetó de sus bien formadas nalgas, mientras ella rodeó su cintura con sus piernas; sin poder más, la llevó hacia la cama sin romper ese beso abrasador.

—Creed —gimió ella contra su boca, buscando a tientas el dobladillo de su camiseta color azul, ahuecando sus abdominales, sintiendo la piel ardiente bajo su tacto.

Él tragó saliva y cerró con fuerza los ojos; estaba cometiendo un error, un grave error, así que se alejó de un solo golpe de ella, notando que no sabía en qué momento le había quitado el suéter dejándola en un top de tiras delgadas y los botones, así como la cremallera de sus vaqueros estaba abierta, mostrando una dulce ropa interior color rosa; estaba descolocado ante esa imagen, y se llevó ambas manos hacia la nuca; casi, casi había caído y sucumbido en la tentación.

—¿Qué sucede? —le preguntó ella incorporándose sobre sus codos.

—Allí tienes tu respuesta... —respondió distante.

—Creed... Por favor, dime qué sucede. —Quería una explicación a su arrebató tan seductor y animal, cosa que le encantó.

—Elige una preparatoria, no puedes estar en casa holgazaneando... —juró con un aspaviento, girando sobre sus talones y saliendo de la habitación, dejándola una vez más sola y sin una sola palabra y explicación válida.

Naval tomó una de sus almohadas y se cubrió el rostro con ella, amortiguando sus gritos de frustración; quería a Creed, amaba a Creed, pero algo le impedía a ese adonis aceptar su amor y pasión por ella.

Para lo siguiente, Creed solo se había distanciado más de ella, y evitaba a toda costa estar con Naval a solas; así que ella eligió una preparatoria; sabía que si les decía que deseaba ir a una pública, ellos solo gritarían, por lo que

optó por una que disponía de infraestructura amplia, muchas horas de estudio y quizás viajes a un largo plazo de intercambio. Pero Creed metió sus narices y aconsejó o, más bien, optó por decirle a Nicolay que la preparatoria de Trent era la más adecuada, además de que él podía supervisarla y cuidar de ella en hora escolar. Nicolay simplemente asintió y acató el consejo, a lo que Naval no estaba muy feliz.

Trent asistía a último año y tenía chance de poner los ojos sobre ella y cuidarle la espalda mientras Creed no estaba, ya que no podía pasar cuidándola las 24/7; le había hecho prometer a Trent que tendría un ojo sobre Naval y que cualquier cosa le llamaría.

—Cualquier cosa que veas, solo llámame —le advirtió.

—Vale, viejo... Aunque es más chinchosa, en verdad no sé cómo la soportas —insinuó el castaño de mal humor por tener que vigilarla en la escuela—. Aunque creo que tú y ella... —Quiso decir más, pero la reacción de Creed fue una respuesta a sus dudas y preguntas, pues al mencionarlo le tomó de la camiseta con brusquedad, haciéndole tragar sus palabras.

—Eso no es de tu incumbencia... Así que solo haz tu trabajo, no me importa que seas hermano de Sansón, pero no te metas en donde no te llaman —bramó enfurecido.

—Viejo... Tranquilízate... —Apartó las manos de Creed de su camiseta, intentando que su amigo se tranquilizara por haber hablado de más.

Y así lo hizo Trent, la vigiló por los pasillos y en clase, cerciorándose de que cumplía con sus horarios y que a la hora de salida subiera al auto de Creed.

Naval se sentía prisionera de esa gran casa; en la escuela no tenía amigos, pero solo se limitaba a escuchar las clases y esperar a la hora de salida y ver a Creed llevarla de un lugar a otro en silencio ignorándola. Podía soportar el comportamiento frío y distante de su padre, pero Creed, Creed no era así, y la evadía como si tuviera lepra o fuera una come-hombres aficionada.

—A nadie le importará que falte —se dijo a sí misma, saliendo un día de los pasillos de la escuela, pero antes de poder llegar más lejos, chocó con el cuerpo alto y bien formado de Trent.

—Sabes que faltarse a clases no es nada bueno y menos para ti.

—Nadie pidió tu opinión —bramó la jovencita, esquivándole y alejándose de él, pero no pensó que la seguiría—. No tienes nada que hacer, Drent... —dijo enojada.

Puso los ojos en blanco, «típico», pensó.

—Mi nombre es Trent... Y debo hacerlo —respondió.

Naval giró sobre sus talones, cansada de estar con alguien a sus espaldas las 24 horas del día.

—No necesito que me acompañes, no necesito una nueva sombra.

—Lo siento... Pero debo hacerlo, si quiero conservar mi vida.

Al escuchar esa disculpa, suspiró entendiendo que no era su culpa, solo recibía órdenes.

—¿Conoces algún lugar donde podamos pasar el rato...? —respondió más tranquila y serena.

—Claro... Sígueme —dijo con una gran sonrisa en sus labios; entonces la llevó a un lugar apartado, justo en el campo de fútbol de la escuela, y se sentaron bajo la sombra de un gran árbol.

—Y... ¿Cuál es tu historia? —preguntó Naval, intentando conversar civilizadamente.

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué haces en la residencia? Para comenzar. —Sacó una botella de agua y dio un sorbo.

—Estoy allí por mi hermano Sansón... Él quiere que sea distinto, así que optó por mandarme a la escuela y que forje un futuro.

—¿Sansón? ¿Tu hermano?... Vaya, pensé que el doble de Bruce Willis no tenía familia.

Trent rio a carcajadas por el apodo que le dio a su hermano.

—Tienes razón... Mucha razón.

Naval supo que los padres de Trent fueron asesinados cuando él tenía tres años y Sansón era lo suficientemente mayor para cuidarlo. Desde ese momento, Trent se dio cuenta de que Naval solo intentaba mostrarse fría y

déspota al igual que su padre, pero en realidad era mucho más dulce y agradable; eran tan distintos, que cualquiera podía decir que no se trataba de padre e hija, y entonces entendió por qué Creed la quería; ella era la antípoda de Nicolay Kapot.

Creed no solo le enseñó a amar, no solo fue la primera persona que cuidó de ella en la residencia, sino que la protegió varias veces de la furia de su padre, y la protegió de la verdad que se ocultaba tras las paredes de la residencia.

Pero ambos ya no podían negar su atracción, Naval comprendió que Creed era lo más cercano que tenía en la vida, ya que su padre solo era una imagen ausente la mayoría del tiempo.

Al ver el auto negro con lunas polarizadas que la esperaba habitualmente, suspiró, caminó hacia la puerta y la abrió, sentándose junto a Creed. Naval no podía ver sus ojos, ya que estaban ocultos detrás de sus anteojos oscuros; sabía muy bien que él trataba de mantenerse alejado de ella.

—Hola... ¿Qué tal estuvo el día?

—Bien, para variar. —Cerró la puerta del auto, abrochándose el cinturón de seguridad, aparte de sentirse confundida ante el cambio repentino en Creed. Puso en marcha el automóvil en completo silencio, mientras Naval observaba como siempre por la ventanilla el camino, dándose cuenta de que estaban tomando un rumbo diferente, pues ya habían pasado seis meses desde su llegada y hacía solo una semana que comenzó a conversar con Trent.

—Este no es el camino a la residencia. —Se volvió hacia atrás para ver bien el letrero que dejaban atrás.

—Sé que estás muy aburrida, Naval; ya han pasado seis meses desde tu llegada.

—¿Te dijo algo Trent? —dijo con disimulada furia, tratando de no ser obvia.

—¿Trent tiene que contarme algo? —preguntó Creed con amargura, ya que desde su regreso solo se había distanciado de ella, perdiendo la confianza, y todo por su temor a herirla.

—No... Claro que no —espetó la jovencita nerviosa—. Pero me dirás a dónde vamos.

—Vamos a un lugar que te será útil... Conmigo aprenderás cosas que se te prohíben; conmigo, cariño, serás libre —Estacionó y la obligó a bajar del auto—. Baja —ordenó.

Ella miró a su alrededor, insegura.

—¿Creed?

—Solo baja... No pienso hacer nada... —A regañadientes bajó solo para quedar impresionada y que su amor por Creed creciera.

La llevó a un campo de tiro, se asombró cuando llegaron, sosteniendo su mano. Le presentó a unos amigos con apodos raros, como Dog Donald, Rain Crash; en fin, personas que pertenecían al mundo de Nicolay Kapot, mundo que ella aún desconocía.

Él mismo se ocupó de ella con delicadeza, le puso los protectores, los visores y, sin poder contenerse, le robó un beso mientras ambas respiraciones se agitaban.

—¿Y el beso? —preguntó con una radiante sonrisa.

—Tengo que besar a mi chica... Siempre lo haré... Siempre... —Creed era posesivo, era celoso y muy sobreprotector. Tomó prácticamente el rol de su padre, el padre que Naval tenía, pero insistía en estar ausente; en Creed vio todo lo que ella necesitaba, vio al hombre que necesitaba que la protegiese, que la amase y, sobre todo, que siempre estuviera presente en su vida.

—Pero si me has evadido como si tuviese lepra... —Parpadeó resuelta a ahuyentar las lágrimas. Creed cerró los ojos, ya que no podía, pero sus ansias de tenerla era mucho más poderosas; quitándole los visores, tomó su delicado rostro entre sus manos, besando cada lágrima.

—No soy una buena persona, Naval —Hizo una pausa significativa—. Es que no quiero lastimarte... Sé que si tenemos una relación, conmigo solo acabarás herida... Y temo perderte de la peor manera. —Su expresión de amante fiel pasó a ser dura, mientras que su mirada verde esmeralda solo era un mal presagio para su paz mental.

—¿Herirme? Pero si me has salvado la vida —le cuestionó ella—. No eres malo para mí, Creed.

—Naval... Soy mayor que tú en siete años... Sabes que nuestra relación

es un pecado a los ojos de los demás...

—Y tú crees que no me he dado cuenta de ello, pero somos libres de cometer un pecado cuando los demás tienen al mundo en su contra, tienen al mismo diablo pisándole los talones y tentándoles con los siete pecados.

Ante esa frase, la recorrió con la mirada, mientras él se ponía pálido ante la confirmación que evitaba retrasar.

—Naval...

—Además, estoy cerca de cumplir 16 años, creo que vale mucho, ¿verdad?... —Creed tomó un mechón castaño, enrollándole en su dedo, llevandoselo a la nariz, aspirando el aroma a vainilla y canela.

—Es por eso, Naval... 16 años y aún no eres una mujer... solo eres una niña. —Tomó su mano derecha, delgada y blanca para depositar un beso sobre la parte interior de su muñeca.

—Pero tenemos el chance de poder irnos... Lejos. —Sonrió con picardía.

Creed no tuvo más remedio que emitir una carcajada y estrecharla entre sus brazos.

—Te amé desde el primer momento en que te vi. —Creed en ese instante recordó cuándo había hecho el viaje; había estado de muy mal humor, ya que no deseaba cuidar a una niñita tonta, había bajado del avión con su bolso, solo para encontrarse en una pequeña ciudad con demasiado calor y chicas hermosas, pero ninguna que logró penetrar la gran barrera que cubría su corazón. Buscó la dirección en su chaqueta de cuero quitandosela ante el intenso calor, maldijo para sus adentros y fue al lugar que sería su hogar, hasta que se designara que debía regresar, pero la vio entrar a la librería a los quince minutos que llegó, viendo sus ojos pardos, su piel tan blanca como la porcelana, parecía seda al brillo del Sol, sus cabellos castaños en mezcla con dorados; era ella, lo sabía por la foto, pero jamás pensó que iba a ser hermosa, tan hermosa que hizo martillear su corazón, sintiendo que debía ser suya.

—Me amas...

—Sabes que sí...

—Te amo, Creed... —Aquellas palabras le hicieron sonreír y llevarlo

lejos por unos segundos—. ¿En qué piensas? —preguntó Naval sacándolo de su ensimismamiento.

—Solo recuerdo el día en que te conocí...

—Ah... Ya... El día que entré a la librería y te vi, lanzaste tu bolso detrás del mostrador y estabas de un humor de perros.

—Pero lo cambiaste al momento —corrigió.

—No... ¿Por qué solo hablabas con monosílabos y jamás te quedabas a hablarme?

—Ahora lo hago —Volvió a besarla, pero recordó para qué debían estar allí—. Creo que deberíamos hacer lo que tenía planeado. —Entonces le dio su primera arma, una pistola 92 FS Beretta; no sabía lo que era hasta que lo conoció a él.

—Cariño, esta es una pistola 92 Fs Beretta, es de 9 milímetros, italiana —Comenzó a explicarle con delicadeza—. Corredora forjada en frío, de excepcional fuerza y durabilidad; tiene bloqueo de aguja percutora y evita disparos accidentales. Con esta arma no puedes tener un accidente, tiene una palanca de seguridad ambidiestra, pero tú eres diestra, así que no tenemos problemas hasta aquí. Tiene un botón ambidiestro que permite una recarga más rápida, es de aluminio ligero, estilo combate, como las que me gustan, botón de desmontaje y es simple de manejar, además de tener un simple mantenimiento. —Besó su mejilla colocando el arma entre sus manos, después de desarmarla en un abrir y cerrar de ojos mientras le explicaba.

—Creed... pero... ¿Cómo puedo disparar bien sin equivocarme?...

—Para eso estamos aquí... para disparar... —Entonces le enseñó... le enseñó a manejar armas y diferenciarlas; sus preferidas eran las pistolas, entre ellas la Desert Eagle, las plateadas; en cambio, a Creed le gustaban en negro y los rifles de precisión; era un tipo raro, pero encantador.

Le enseñó tantas cosas, que Naval se vio cegada por ese amor, por esa protección que le faltó; así que Creed aprovechó el momento, viendo que la joven Naval era vulnerable, le enseñó a disparar, como también a pelear con precisión y rudeza, le enseñó a ser parte de su mundo, pero lo único que Creed no le enseñó fue el consumo de heroína, ya que él fue un adicto en su juventud, pero Nicolay le había ayudado a estar limpio y sabía a la perfección que era

llevarla a un mundo oscuro del cual no saldría; era suficiente vivir en la oscuridad a la que su padre la arrastraba.

Uno de tantos días de práctica en el campo de tiro o en el gimnasio para boxeo, regresaron casi al anochecer. Naval sabía que su padre jamás le diría algo, ya que nunca preguntaba o se veían, así que era ilógico para ella preguntar, pero cuando llegaron no pensó ver a Xavier esperándoles en el porche de la casa. Bajaron de auto, Naval se adelantó a entrar, pero algo en la mirada lasciva de Xavier le dijo que solo podía traer problemas, así que se quedó en la entrada esperando a Creed.

Él ya estaba por subir las escaleras, cuando la mano morena le asió el brazo con fuerza.

—¿Crees que no me di cuenta de que la cuidas para tenerla solo para ti? —espetó el moreno entre dientes, con la mirada inyectada en sangre.

—Xavier... Solo cierra la boca... Estás hablando de la hija del jefe... —masculló Creed, viendo de soslayo a Naval, que comenzaba a ponerse nerviosa—. Naval... Ve a tu habitación.

—¿Creed?... —anunció con temor.

—Por favor, Naval... Ve. —Ella giró sobre sus talones pero no subió, se quedó detrás de la puerta.

—Xavier... Sabes bien que yo no soy como tú... Yo no morderé la mano que me da de comer... —espetó enfurecido ante la provocación.

—No me verás la cara... Sé que tú y ella no son solo amigos... Aunque me gustaría ver si es tan buena en la cama para que estés detrás de ella...

Al escuchar esas palabras, la ira invadió su cuerpo y, haciendo puños a sus costados, levantó uno de ellos, estallándole contra el rostro de Xavier.

Sin poder evitarlo, ambos titanes comenzaron a pelear entre patadas y puños. Con uno más hizo caer a Xavier hacia atrás, haciendo caso omiso a sus nudillos palpitantes; Xavier volvió a ponerse en pie tratando de golpearle, mientras Creed se limpió la sangre de la comisura de sus labios.

—Haré que te arrepientas de haber hablado de ella de esa manera —rugió Creed—. Ella es inocente...

—No lo creo... Es igual que todas... Una pequeña zorra.

—Maldito bastardo. —Iba tras él, pero Naval corrió a sus brazos deteniéndole.

—¡NO!... Creed, por favor... —Tomó su rostro entre sus manos, notando que sus ojos estaban desorbitados, la mirada llena de odio, adrenalina y, sobre todo, con las ansias de matar.

—Por favor... —Sus ojos y su súplica solo hicieron que Creed abriera sus manos, dejando atrás los puños, al ver el rostro pálido de Naval, además de sus lágrimas recorrer sus mejillas, y supo que había perdido el control, cosa que no deseaba que ella viera, y todo por Xavier; Xavier había logrado lo que deseaba: que Naval le viera convertido en la fiera, «el León Negro», como sus enemigos le conocían a sus veintitrés años.

Con las manos temblorosas, Naval intentó mantener el control, pero temblaba ante cada movimiento que Xavier hacía a su alrededor; irguiéndose, escupió la sangre cerca de los zapatos de Creed, quien estrechó en sus brazos a Naval.

—Prepárense, tu padre tendrá una fiesta... Comenzará a las nueve de la noche. —Urgió, dejando solos a los dos muchachos enamorados.

—¿Fiesta? —preguntó Naval, volviendo el rostro y mirando a los ojos a Creed.

—¡Cielos! —juró por lo bajo al olvidarse—. Sí... Pero no te preocupes, te dejé un vestido de noche encima de tu cama antes de ir a buscarte.

—Creo que debería preocuparme por la afición tuya de saber mis tallas o tener un gusto muy bonito a la hora de escoger mi ropa. —Trató de bromear, pero sabía que Creed era demasiado impulsivo, esa noche sería un infierno.

—Por favor —suplicó Creed; quería alejarse de Naval, temía dañarla esa noche—. Por favor, ve a cambiarte, arréglate... —La soltó de sus brazos, besando su cabeza, subiendo a su auto Aston Martin color azul marino, último modelo, acelerando y dejando a Naval entre el polvo de la grava, además de temblorosa y desconcertada por el repentino cambio de humor de Creed, aunque con la pelea de hace unos minutos atrás sabía perfectamente que eso cambiaría de humor hasta al más santo.

No pestañeó, parecía en trance, pero reaccionó, enderezó la espalda y entró a la casa, solo para cerrar la gran puerta tras de sí.

Subió a su habitación, se despojó de sus ropas, abrió la llave de la ducha y vio su imagen desnuda ante el espejo, mirando el tono de su piel color crema, suave, sin marcas. Llevó sus manos a su rostro, se había dado cuenta de la apariencia de su padre, con ojos azules, rubio, de tamaño de un titán; y ella castaña, con ojos pardos, ¿cómo podían ser tan distintos y ser parientes? Una vez en la ducha, con las manos en la pared de azulejos y la cabeza inclinada hacia delante, dejó caer el agua caliente sobre sus músculos; había sido una de las mejores tardes, pero Xavier tuvo que arruinarlo todo, y entonces llegó a la conclusión de que Xavier era peligroso, y Trent era la persona indicada para darle respuestas en torno a ese hombre moreno y de rostro duro.

Creed aceleró hasta llegar al límite, había perdido el control, algo que se prometió no mostrar a Naval, pero Xavier le había presionado tanto que cayó en ese nuevo abismo de violencia. Nicolay lo había salvado, sí, lo había hecho de drogas, de contrabando y de su faceta oscura, del infierno que fue su vida, y había golpeado a su padrastro hasta el punto de dejarlo en coma; a una edad muy joven vio cómo su padrastro maltrataba a su madre, hasta el punto de haber hecho que su hermana mayor se suicidara, y todo por no haber matado a su padrastro mucho más antes, permitiéndole que tocara a su hermana Masha. No quería repetir esa historia, tener ese odio en la mirada, ese odio y amargura al tenerla entre sus brazos; no deseaba eso para ella.

Giró y fue a su apartamento en la ciudad; se tranquilizaría e iría a la fiesta, solo para poder verla.

Naval se envolvió con una toalla, limpió el vapor del espejo con su mano, notando su ojeras y su rostro lleno de infelicidad; si no fuese por Creed, su estancia en esa casa sería una tortura en los próximos años, hasta que pudiese independizarse de su supuesto padre.

Se depiló, se hidrató la piel, para luego agregarse una crema hidratante con brillos; se maquilló a la perfección, con tonos suaves ahumados entre café y negro, rizándose las pestañas, se delineó los ojos y agregando un poco de color a sus mejillas y, como toque final, se pintó los labios con un color rojo brillante, cepilló sus cabellos dejando que sus rizos naturales pudieran favorecer al vestido, para luego sujetarlo en un moño desordenado.

El vestido que tenía en la cama era hermoso, era color melón claro, largo, era un vestido de tirantes con un corpiño de cinturilla ajustada llena de piedras brillantes; desde la cintura estaba suelto, era de seda y más largo de lo que

creía, con una abertura en toda la pierna derecha; la espalda estaba descubierta, pero los tirantes con pedrería ocultaban lo mínimo que podían; los zapatos eran dorados y plateados, con dijes y brillantes rodeando la correa hacia un lado, de tacón alto y aguja.

Se miró al espejo, estaba deslumbrante, no podía creer que era ella. Tomó la pequeña caja de terciopelo, abriéndola, y sacó pendientes en forma de gotas de plata estilo Rhinestone. Terminado su atuendo, se asomó a la ventana percatándose de que había varios autos entrando a la residencia; las suaves melodías de jazz rodeaban y daban la sensación de un ambiente cálido, solo le quedaba esperar unos minutos, quería ver a Creed.

Creed se había arreglado lo más rápido posible, había llegado a tiempo para ver el desfile de mujeres en trajes largos y cortos, con escotes provocativos y aberturas que dejaban sin aliento a cualquier hombre con sangre en las venas; pero a él solo le interesaba verla a ella, verla con el vestido que había escogido a medida para ella. Él estaba imponente con su traje color granate, le sentaba de maravilla, con la camisa blanca de puños dobles estilo italiano, corbata gris, zapatos de vestir italianos, y llevaba un chaleco debajo de la americana. Se acercó a la barra y pidió una copa de vino tinto; al tenerla, se la llevó a los labios girándose para poder observar a las hermosas mujeres que iban de un lado a otro por la gran residencia; estaba incómodo, sentía una extraña sensación y sin más se bebió la copa en un solo trago, dejando la copa a un lado.

—Deme otra, por favor.

Pero en ese instante, una copa de champagne burbujeante y espumoso apareció en la barra; frunció el ceño, pero la voz de Xavier lo alertó.

—Una disculpa... Tómalo como una disculpa, sé que me excedí esta tarde.
—Se acercó a Creed, quien le veía como si escondiera algo en la profundidad de sus oscuros ojos.

—No sé si sentirme halagado o simplemente ofendido por tu burda disculpa, Xavier... Sabes que no confío en ti respecto a su cuidado.

—Sé que cometí errores... Cualquiera los comete, incluyéndote. —Sonrió con burda ironía.

—Vamos, Xavier... Qué quieres saber, a ello debo tu cercanía.

—Solo digamos que quiero saber... Tu apego a ella. —Gesticuló con las manos, tomando su copa de whisky y bebiéndola de un solo trago, solo para pedir otra con un movimiento de la mano.

—No hay nada... En absoluto, cumplo con mi trabajo nada más —espetó el rubio.

—Entonces. —Con el dedo índice, mientras mantenía la copa entre sus manos, señaló hacia las escaleras de la entrada que daban al gran pasillo, entre la sala y la gran estancia; Creed volvió el rostro, viéndola bajar de las escaleras, y por un instante pensó que era otra mujer, pero era ella, era Naval. No era una niña, era una mujer, una hermosa mujer, quedando estupefacto y sorprendido ante la belleza de la jovencita; se bebió la copa de un solo golpe, dejándola en la barra y acercándose a ella a grandes zancadas, como si su vida dependiera de ello.

Con sus grandes ojos brillantes, aquella belleza lo dejó aturdido, sostuvo la mirada, deslizándola por todo aquel delicioso y enigmático cuerpo; sin pensarlo, más bien su cuerpo reaccionó de manera ardiente; no era de piedra, era un hombre.

—¿Naval? —susurró acercándose al pie de la escalera.

Ella levantó la mirada y, chocando con los ojos brillantes de Creed, tomó aire.

—Creed. —Las mejillas se le sonrojaron fugazmente, delatándola.

—Estás... —Hizo una pausa buscando las palabras correctas— preciosa —le susurró él, bañándola con una cálida mirada.

—Gracias... De eso se trataba cuando me diste ese hermoso vestido... Muchas gracias, Creed. —Se acercó a él rozando sus labios con los suyos; cerró los ojos ante la sensación.

Él sonrió aún más, satisfecho.

—¿Deseas beber algo? —preguntó, llevando su mano a la parte baja de la espalda desnuda de la joven escoltándola hasta la barra.

—¿Una copa de vino? —Consiguió decir con disimulada sonrisa.

—Graciosa... Tú no bebes alcohol y, por mucho que estés radiante esta noche, no conseguirás ni una copa —Dirigiéndose al barman pidió algo para

ella—. Agua mineral con gas para la señorita, y para mí, un whisky doble.

—¿No crees que estás bebiendo demasiado esta noche? —murmuró Naval.

—No... Aparte, no todos los días hay una gran fiesta como esta —Creed volvió a fijar la atención en su acompañante. Una hermosa mujer, una mujer prohibida por la edad, por ser quien era, por ser hija de su jefe—. Baila conmigo —le dijo.

—Pero... No sé bailar muy bien.

—No te preocupes, yo te guiaré —insistió. La pieza de música era una melodía muy lenta, romántica; escoltándola hacia la pista, la tomó entre sus brazos, tomando posesión de ese cuerpo que él tanto anhelaba.

Relajándose en sus brazos, sus cuerpos se movían al unísono con el de él, y olvidándose de todos en la pista siguieron bailando como eternos amantes. Creed se acercó a su oído, susurrándole con delicadeza.

—Quédate conmigo... Quédate conmigo para siempre, sé que eres joven, pero podemos iniciar una vida...

Naval le miró a los ojos, aquellos ojos que brillaban con determinación; había visto a Creed tomar, no solo una, sino varias copas de whisky, champagne, vino, pero antes de que pudiera responder, una mano se posó en su hombro, haciéndole volver, y vio a su padre de pie junto a ellos con una exuberante rubia de ojos verdes colgada de su brazo, la rubia de hace meses.

—Naval... Creed... Por favor, acompáñenme. —Escoltó a su hija fuera de la pista de baile, acercándose a los cómodos sillones crema tapizados de cuero y felpa, donde se encontraban tres hombres muy bien vestidos, pero sobretodo con rasgos muy parecidos a Nicolay.

Tomando la mano de su hija, se la llevó a los labios, mostrándose por primera vez en meses como un padre cariñoso y devoto. Naval, al comienzo, no entendió la pantomima absurda que estaba haciendo en esos momentos, pero al escucharlo después, ató cabos, decidiéndose.

—Hermanos... Les presentó a mi querida hija Navalenka Nicholanya Kapot... —Volvió el rostro con una sonrisa triunfante hacia su hija; aquel silencioso escrutinio la enervaba—. Hija... ellos son tus tíos; Vladimir... —Le presentó a un hombre corpulento, ya mayor, entre 50 a 55 años, cabellos castaños cortos y ojos grises—. Es senador de Nueva York —Sonrió con

satisfacción, mientras su tío tomó la delicada mano de Naval, depositando un beso en el dorso de la mano de la joven—. Dmitry, general del ejército de nuestra nación —Le presentó a un hombre de cabellera muy bien cortada, ojos azules, cabellos rubios, mandíbula y rasgos fuertes; él solo inclinó la cabeza en forma de saludo, Naval se obligó a saludar—. Y por último, mi hermano Sergey; es fiscal. —De igual manera presentó a un hombre de cabellos rubios, pero ojos verdes intensos, quien le dio una sonrisa a ambos.

—Nicolay... Estoy sorprendido, no sabía que tenías una hija tan exquisita y deslumbrante, es una joya, la joya de la familia —insinuó su tío—. Y sobre todo mis disculpas, querida sobrina, por la ausencia de tus tíos Boris y Svyatoslav... sus... —Hizo una pausa viendo a su hermano Nicolay—. Sus negocios son demasiado importantes, así que me disculpo por ellos por haber faltado a tan galante fiesta.

—No te preocupes, hermano —Besó la frente de su hija con un afecto jamás conocido en esos meses por Naval; ella volvió el rostro, viendo a Creed detrás de ella, quien le dio una sonrisa tranquilizadora a esos nervios.

Naval deseaba contener la ira que traía brotando en su interior, ya caía en los juegos de su padre, pero no entendía por qué, y sabía que Creed tenía las respuestas, pero no quería perderlo, ella le amaba, y presionarlo era empujarlo a que se alejara nuevamente de ella, y no podría soportar la idea de no verlo jamás.

Ese súbito acto de presencia de su padre ante su hija decía mucho, había problemas en esa familia, y Naval solo había sido el cebo para traer a los tiburones a la trampa, era un recordatorio de venganza.

—Si me disculpan... Necesito tomar aire. —Intentó recuperar su propia voz; la mujer rubia, cuyo nombre ya sabía, se apegó más a su padre pareciendo una gata en celo; los hombres o, más bien, sus tíos se levantaron, mientras Naval sonreía y salía temblorosa del lugar; al pasar cerca de Creed, rozó su mano con la suya, apretándola en un rápido movimiento, dándole una señal.

Minutos después, Creed se volvió y la siguió, pero para ello Sergey murmuró sardónicamente.

—Creo que tu hija tiene admirador... No vaya ser que la fortuna Kapot, la fortuna que tanto ansiaste, caiga en manos de un inútil guardaespaldas... Por no decir de aquel jovencito que salvaste de las drogas.

Ante el comentario ponzoñoso, Nicolay volvió el rostro mirando cómo Naval atravesaba el umbral de la gran puerta, mientras Creed le seguía.

—Yo me cercioro siempre que mis posesiones queden seguras... —respondió en tono glacial

—¿Por qué ahora?... Antes no lo hiciste... ¿Recuerdas?

Aquel mal recordatorio de su esposa Dayanne solo hizo enervar más al anfitrión; no dejaría que nada de ello pasara, jamás dejaría que su hija cometiera el mismo error que su madre; entonces torció su amplia y sensual boca en un gesto de sarcasmo, que a sus 38 años era demasiado sexy.

—No te preocupes... Ustedes son los que deberían preocuparse.

Naval bajó las escaleras del porche, la música se oía hasta afuera, el aroma a flores era fuerte, el viento sopló haciendo que su piel se erizara; entonces sintió las cálidas manos de Creed sobre sus brazos.

—Hace frío... Vamos adentro.

Naval volvió el rostro, percibiendo en él un brillo lleno de peligro; por una parte, quiso apartar la mirada, ya que era lo más prudente, pero ansiaba más perderse en aquellos ojos brillantes esmeralda, lo necesitaba con ardiente furor.

Estuvo a punto de volverse hacia él, pero Creed la detuvo, abrazándola desde atrás, abrazándola desde la cintura; ambos no deseaban que esa noche terminara, ansiaban disfrutar del poco tiempo de libertad que les quedaba.

—Quédate así... Quédate conmigo...

—Sabes que lo haré... Vámonos lejos, Creed...

Hizo que se volviera en un solo movimiento quedando frente a frente, no podía dejar de observarla, era como si deseara grabarse su rostro angelical en su memoria. Naval tenía los ojos clavados en el hombre más guapo que había visto en su vida, anhelaba sentir sus besos, sus manos rodeando su cintura. Como si le hubiera leído el pensamiento, él inclinó la cabeza, besándola, aquella boca era de seda, suave y sensual; derritiéndose se apretó contra él, sintiendo su fuerte torso, musculoso y cálido, debajo de su chaleco.

Naval cerró los ojos y se entregó a ese beso que la llevó lejos de allí, absorbiendo cada pizca de temor, entregándose a las sensuales caricias de

aquel candente caballero. Creed sabía cómo besarla, cómo tomarla entre sus brazos, cómo tocar su boca con la lengua, sus labios, sus dientes, profundizando el beso como un gran maestro y experto que era.

Perdiendo la noción del tiempo, se aferró a su chaleco; no deseaba apartarse de él, no deseaba que la alejaran de él. Creed se separó, dejándola con los labios entreabiertos y deseosa de más, con ojos embelesados y mejillas sonrojadas.

El rostro de él era indescifrable, aunque su mirada escondía una sombra que ni él mismo podía entender; sentía su cuerpo explotar, pero permaneció en silencio ante esa sensación que reconocía muy bien.

—Creed... Estás sudando —dijo Naval, preocupada al verlo un poco raro e irritable.

—Larguémonos de aquí. —Tomó su mano y la jaló hacia el aparcamiento, varios metros adentro de la residencia, donde varios autos se encontraban estacionados, incluyendo el suyo.

CAPÍTULO 6

TONALIDADES

Sacó la llave de su auto, presionando el localizador; el auto emitió su conocido bip, y entonces vio el Aston Martin a una muy buena distancia; abrió la puerta del copiloto, girándola para besarla con pasión.

—La diversión comienza ahora.

Naval vio que Creed estaba sudando, inquieto, ansioso, impulsivo, pero pensó que quizás era la efusión del momento, tratando de tranquilizar sus nervios.

—Eso espero... —Ambos se dieron un beso en los labios, Creed succionó sus labios, sus dientes mordieron con delicadeza su labio inferior, mientras con la lengua se abría paso al interior de su boca, sentándole en el capó de su auto, y él se posicionaba en el interior de sus piernas, las cuales estaban abiertas; pudo sentir sus manos sujetar su nuca, mientras le besaba con fuerza, con frenesí y lujuria, y sus manos recorrían su espalda, de tal manera que le hizo volar.

Los besos eran calientes y húmedos, rodeó la cintura de Creed con sus piernas, sin poder resistirse; Creed la levantó de los muslos y la llevó al auto recostándole con delicadeza, hasta que las cosas salieron de control.

Una mano subió su falda, tocando la piel, sintiendo su mano caliente ante su piel fría por el nerviosismo, hasta que toda la delicadeza se fue por el caño, la brusquedad apareció, ya que no quería llegar tan lejos.

—¿Creed?... Creo que vamos muy rápido... Detente, por favor —Quiso apartarle con las manos, pero él no hizo caso; sujetó sus manos sobre su cabeza, obligándole a quedarse quieta, prisionera—. Por favor, Creed... Por favor... Detente.

—Sé que tú quieres esto... Para eso estamos aquí... Serás mía, Naval... Siempre serás mía... No permitiré que te alejen de mí... No permitiré que otro te tenga.

—¡No!... Detente... Creed... Detente, por favor... —Entonces mordió su brazo, pero lo único que consiguió fue que le diera una bofetada, y con ello, rasgara todo su vestido, mostrando su ropa interior; sus ojos estaban desorbitados, sus pupilas dilatadas, sus ojos habían perdido ese brillo que amó por esos meses; algo estaba mal con Creed esa noche.

Naval entró en pánico, iba a violarla, era la única respuesta que entraba en su mente y Creed conseguiría lo que siempre deseó de ella, pero era prácticamente su culpa; ella lo llevó al extremo, le dio la confianza y las alas para continuar, aunque no era excusa por sus actos de esa noche.

Sus gritos nadie los podía escuchar, su peso le ahogaba, hasta que de la nada sintió que ese peso desapareció; abrió los ojos y vio a su padre tomar a Creed de la parte trasera de la chaqueta, lanzándolo al suelo arenoso de un solo movimiento.

—Valiente e intrépido, como siempre... Te advertí desde el primer día que te mantuvieras tus pantalones cerrados.

Creed se levantó y trató de golpear a Nicolay, pero él le dio más bien un puñetazo en la cara que le partió el labio, haciéndole probar su misma sangre. Creed se volvió a levantar, con las fosas nasales dilatadas, sus ojos ardientes, siniestros y sombríos.

—Creed... ¿¡Te drogaste!?!... —afirmó Nicolay al observar sus reacciones, y llevó una de sus manos hacia su rostro—. Se supone que toda esa mierda debe mantenerse alejada de mi hija...

—No me alejarás de ella —advirtió Creed, acercándose a Nicolay para golpearlo, pero él fue más rápido, abrió su brazo izquierdo hacia afuera y dejó caer un golpe en la mandíbula, aterrizando el golpe directamente en la cara de Creed, y derribándole.

—Lárgate... No quiero verte... Tuviste tu oportunidad. No quiero verte más, y mucho menos que intentes acercarte a mí... o a Naval... Y tú, sal del maldito y jodido auto. —Sujetó su mano y la sacó a la fuerza, quitándose la chaqueta de su traje y poniéndola en los hombros de su hija, para que no mostrara más de lo que ya había mostrado.

Creed estaba furioso, no entendía lo que había pasado; entonces recordó la copa que Xavier le había dado, de la nada quiso acercarse.

—Naval... No quise hacer eso... Me drogaron, juro que lo hicieron... Te quiero, desde que te conozco, te amo... Solo quería tenerte, quiero tenerte... Sé que tú sientes lo mismo por mí, conectamos desde el primer día que nos vimos, lo sé; por eso estás aquí, por eso viniste a mí esta noche... Te amo...

Ella no tenía palabras para responder, pero su padre sí.

—Lo único que esta jovencita buscaba era hacerme enojar y lo ha conseguido, así que Creed, te doy la oportunidad de irte con la dignidad intacta por no hablar de qué más intacto.

—Por favor... Nicolay, te ruego que me escuches... Fue Xavier... —rogó.

En ese instante, Xavier apareció acercándose a Creed, dándole un golpe en el rostro y luego en el abdomen; iba a matarlo, pero Naval se giró sobre sus talones, intentando acercarse y proteger a Creed, y Nicolay se lo impidió.

—¡Creed!... Suéltalo, maldito imbécil... Creed... Defiéndete —le suplicó.

—Xavier... Ya basta —ordenó Nicolay, viendo cómo Xavier se enderezaba y acomodaba su chaqueta.

Creed se acercó a su auto, sin antes verle por última vez.

—Te amo, Naval... Te amo a mi manera, pero te amo... —Indudablemente evitó verle—. Te protegeré... Aunque tu padre no quiera... Siempre te protegeré. —No quería verle, no quería verle a la cara, tenía vergüenza; sus actos le llevaron al borde de la peor cosa que le pudo haber pasado, llegándose a preguntar qué demonios había hecho en su vida para atraer tipos violentos, tipos que solo querían acostarse con ella.

—Vete ya, Creed... —amenazó Xavier. Sin más opciones entró a su auto, encendió el motor y aceleró; le vio alejarse en su Aston Martin dejando atrás solo grava y polvo, dolor y el sinsabor de que su padre la viera vulnerable.

—Escóltala hacia su habitación —ordenó su padre sin expresión o sentimiento alguno.

—No te preocupes... No saldrá de allí. —Sonrió sardónicamente, tomando del brazo a Naval con fuerza y obligándola a caminar por la entrada de servicio; no deseaba más escenas esa noche.

La pobre sentía en la cara que iba a explotar, no tuvo agallas para verse al

espejo. Su padre siempre fue duro y crítico, así que evitó darle consuelo o, más bien, el calor que necesitaba en esos momentos, el calor de un padre; sin opciones, tuvo que abrazarse a sí misma para no sentirse desprotegida, no sentirse nada; básicamente eso era, era nada.

Xavier abrió la puerta de la habitación, empujándola para que entrase, cerrando la puerta tras de sí; Naval estaba temblorosa, sentía miedo de ese hombre moreno de treinta y nueve años; él quiso acariciar su rostro, pero ella instintivamente retrocedió, dándole a la vez un manotazo para que apartara su inmunda mano de ella.

—Eres una fiera... —insinuó.

Naval le vio con asco.

—Váyase de mi habitación —ordenó.

—Muy hermosa... Atrevida... —Se acercó a ella, enroscando en su dedo un mechón suelto en su dedo moreno. Alejándole de un manotazo ante esa caricia repugnante, escupió en su cara, sin saber que ante esa acción, Xavier levantó la mano y la dejó caer con mucha más fuerza de la habitual sobre la boca de Naval por dos ocasiones. El duro sonido del contacto, acentuado con el silencio de la habitación, le proporcionó una grata satisfacción.

Naval trató de salir de su habitación.

—Papá —gritó, pero el dolor en su cuero cabelludo era indicio de que Xavier la tenía en sus manos, pues el hombre la había acercado a él tirándole de los cabellos; se acercó a su oído mordándole el lóbulo.

—Gracias a la impertinencia de Creed, cosa que no fue demasiado difícil para mí, me dejó el camino tan libre... que ahora no podrás alejarte de mí...

—¿Qué le hiciste a Creed? —preguntó ella sintiendo la lengua de Xavier lamer su mejilla.

—Su copa... Un poco de éxtasis... hace que pierda el control total de sus acciones, ansiedad, inquietud, irritabilidad, tristeza, impulsividad, agresividad, sudoración... Más cuando eras adicto. —Aspiró su aroma a vainilla y canela, pero Naval cerró los ojos al sentir la presión de su mano apretar significativamente su rostro.

—¿Por qué? —preguntó, intentando encontrar una razón.

—¿Por qué?... ¿¿Por qué!? Por el simple hecho de que yo te deseé desde el primer momento en que te vi... Pero Creed tuvo que marcar su territorio... Obligándome a apartarme de ti... —Hizo una pausa, llevando una de sus manos hacia la pierna de Naval—. Tranquila, fiera —dijo él, al sentir que Naval oponía resistencia ante aquellas caricias sucias.

—Si no te vas de aquí... juro que le diré a mi padre —sentenció ella; en ese mismo instante Xavier la soltó, empujándola con tal fuerza que cayó al suelo de bruces, ante la violencia de su empuje.

—No creas que te suelto por miedo a Nicolay... Pero serás mía. —Arrastró las palabras.

—Soy de Creed... Siempre fui suya... Así que no creas que te dejaré tocarme nuevamente.

—Eso no lo dijiste cuando comenzaste a gritar en la parte trasera de su auto...

—Eso no te incumbe... Maldito imbécil —bramó ella, pero no midió la reacción de Xavier, quien a grandes zancadas se acercó a ella, que intentaba alejarse retrocediendo en el suelo; al alcanzarla, tomó su cuello con fuerza y le abofeteó una y otra vez, solo para dejarla tendida sobre la alfombra, mientras unos hilos de sangre corrían de la comisura de sus labios rojos, pero no por los besos ardientes de Creed, sino por los golpes incesantes de Xavier.

Entre lágrimas ardientes y el dolor de los golpes, se quedó recostada en medio de su habitación, llorando ante la pérdida de su abuela, quien le hubiese defendido por ser lo suficientemente estúpida por caer en las redes de Xavier y permitir que Creed se alejara de ella.

Todo había cambiado desde el momento en que el nombre de Nicolay Kapot se pronunció en voz alta; solo había sido unos meses atrás, que sabía qué rol cumplía, y no gracias a su abuela, pero recordaba con exactitud que Creed le había sacado de su miseria, solo para arrojarla lejos y estar en manos de Xavier, quien no se detendría hasta tenerla.

Se ocultó en su habitación, cerró las cortinas y no permitió que nadie entrara, no necesitaba nada de nadie. Trent era quien le dejaba las bandejas de comida en la puerta, tocando con los nudillos una y otra vez, pero no había respuesta. Nicolay la dejó sola, ya que ella misma se lo había buscado, y porque no le importaba lo que pasase con su hija mientras se encontrara en su

poder hasta que la cláusula del testamento se cumpliera.

Había pasado ya dos semanas encerrada en su habitación, Naval no deseaba ni levantarse, ya que al verse al espejo notaba las raspaduras y cardenales, sobre todo el gran hematoma de su ojo derecho a causa de los golpes de Xavier, pero necesitaba hablar con alguien, necesitaba hablar con alguien de su edad, estaba deprimida, sola, cuestionándose por qué su padre no le amaba y se había ido de viaje justo cuando ella le necesitaba más que nunca; sintió nuevamente que Trent tocaba a su puerta.

—¡Naval! —susurró el joven, preocupado, pero, como siempre, nada; iba a dejar la bandeja, pero sintió que el pestillo y el seguro de la puerta eran corridos; se irguió viendo a Naval de pie, abriéndole la puerta, y su mirada se posó de inmediato en el ojo morado, la herida de sus labios, y lo peor de todo era el orgullo y el ego heridos.

Trent quedó en shock al verla en ese estado; sin importarle nada, empujó la puerta y la estrechó entre sus brazos. Era el único amigo en kilómetros a la redonda en la que ella podía confiar; abrazándola, la dejó llorar sobre su pecho.

—Tranquila... Tranquila —susurró, cerrando la puerta tras de sí.

La llevó a la cama, sentándola en una esquina, y se acuclilló ante ella examinando su rostro con delicadeza.

—Naval... ¿Qué te sucedió? Esto no lo pudo haber hecho Creed... —afirmó el joven castaño de 18 años.

—No fue él... —dijo en un hilo de voz deshecha por las lágrimas—. Fue Xavier... Es él quien me preocupa... Él me lo había advertido hace meses ya.

—¿Qué? ¿Advirtió qué? —preguntó atónito el joven—. No le dijiste a Creed... ¿Por qué?... Debes decirle a tu padre...

—No puedo... Ni siquiera subió a verme... No entiendo por qué no me quiere; entonces, ¿para qué me trajo aquí?... —Quiso saber la joven deshecha en llanto.

—No puedo dejarte así... Le diré a Sansón... él sabrá qué hacer... —Se levantó, pero Naval lo detuvo.

—No... Xavier... Xavier es peligroso...

—No parará hasta conseguir lo que desea de ti... —Trató de tranquilizarla, entonces dedujo—. A menos que ya... —Sus ojos se abrieron como platos.

—No, por favor... —Naval no deseaba que Xavier le golpeará nuevamente por segunda vez—. Solo vete... Estaré bien... Iré a clases y volveré a hacer mi rutina igual que antes.

—Prometo que te ayudaré. —Tomó su magullado rostro entre sus manos, depositando un casto beso en su frente. Deslizó de su bolsillo de sus vaqueros un frasco, extendiéndoselo.

—No más promesas... No más —dijo ella, tomando el frasco.

Trent asintió, pero no se quedaría con los brazos cruzados ante la imagen destruida de Naval.

Al salir de la habitación y cerrar la puerta tras de sí, una mano poderosa lo tomó del cuello golpeándole contra la pared.

—¿Qué hacías con ella? —Urgió la voz inconfundible de Xavier.

—Solo le traje la comida. —Trató de explicar mientras la mano se apretaba aún más en su cuello.

—Mantente alejado de ella —bramó Xavier, pero una mano poderosa logró zafarlo de ese agarre; Trent cayó al suelo con los ojos tan abiertos que parecían platos, su gorra de lana negra se había caído, pero solo lograba ver a su hermano Sansón darle un golpe en la mandíbula a Xavier, haciéndole caer hacia atrás.

—Tú debes mantenerte alejado de ellos, maldito —bramó Sansón, viendo de soslayo a su hermano—. Sal de aquí, Trent...

—Pero... ¿Y tú? —Se levantó del suelo tratando de detener aquella pelea, ya que Xavier estaba sentado en el suelo, con una mano tratando de acomodar su mandíbula, mientras un hilo de sangre sobresalía de la comisura de sus labios

—Solo vete de aquí —le urgió su hermano; Trent trató de quedarse, pero la mirada fulminante de su hermano le hizo retroceder y salir corriendo del pasillo escaleras abajo.

—Veo que tienes las agallas para retarme... ¿No es así, Sansón?

—Creo que estás sobrepasándote con Naval... Y no permitiré que le hagas daño —rugió Sansón.

Levantándose del suelo, sacó su pañuelo blanco, limpiando cuidadosamente la sangre de sus labios.

—Nada podrá evitar que Naval esté bajo mi mano. Su padre, él no está aquí ahora... Su inesperado viaje me ha dado todo el poder necesario sobre ella.

—No te creas que por un solo momento permitiré que la quiebres física y mentalmente —Sansón no deseaba verla en manos de Xavier—. Creed te manda un mensaje... Aléjate de Naval.

—Dile a tu amigo que su pequeña perra es mía; ni él ni nadie podrá impedir que la tome hasta verla rota por dentro y fuera.

Sin poder evitarlo, Sansón deslizó su arma, una Beretta PX4 Storm, apuntando directamente a la cabeza de Xavier; su mano no tembló ante la amenaza, pero la risa ronca y estridente de Xavier solo hizo mella en su autocontrol.

—No lo harás...

—¡Pruébame! —Quitó el seguro, listo para disparar.

Naval, ante la discusión, salió de su habitación corriendo hacia Sansón; le miró a los ojos, suplicando silenciosamente que guardara su arma, tomó su mano y le pidió que la bajara; ante el frío de su tacto sin palabras, con aquella mirada lo decía todo, estaba sin salida, no había escapatoria ante Xavier.

Sansón tragó saliva ante la apariencia de la joven, su mandíbula se tensó de tan solo pensar que Xavier había estado abusando de ella; bajó su arma, guardándola, mientras Xavier no quitaba de su rostro la sonrisa sardónica, tenía a Naval en sus manos y nada podría impedir que ella sobreviviera.

Xavier, sin previo aviso, asió el brazo de la joven arrancándola del lado de Sansón, quien por la impotencia y las súplicas de ella, cerró los puños a sus costados.

—Ve a tu habitación, Navalénka —ladró el moreno; ella tan solo se soltó y se encerró en su habitación, pero sin antes pensar en una manera de escapar; su padre no estaba en la residencia, se había ido y ella no sabía cómo

contactarlo, dándose cuenta nuevamente de que su padre no la amaba y solo la utilizó para fines mezquinos.

Xavier pasó a un lado de Sansón, empujándole con el hombro, pero el joven hermano de Trent tan solo se mordió la lengua y trató de no decir más. Tenía que avisarle a Creed, a menos que ya fuese demasiado tarde.

—¡Creed! —logró susurrar en la oscuridad; un sudor frío cubrió su frente, estaba intranquila en la comodidad de su cama, las sábanas de seda se cayeron a un lado—. Es un sueño —susurró; volviéndose en la cama, veía a Creed a la distancia, y corrió hacia él, colgándose de su cuello; él la sostuvo de la cintura, apegándola más a su cuerpo.

—¡Naval! —susurraba en su oído una y otra vez, un susurro lleno de seducción; tomando su rostro entre sus manos, intentó ser fuerte, pero él le seguía abrazando—. Juro que nadie te hará daño... Juro que te sacaré de aquí...

—Por favor... Por favor... No quiero regresar... Xavier ha intentado abusar, pero al resistirme solo desató su furia y me golpeó... —narró la joven, desesperada.

—Maldito bastardo... —bramó Creed, sin dejarla ir de sus brazos.

Sin embargo, la sensación era reconfortante, se sentía segura en sus brazos, aunque el lugar no era conocido, hasta que una voz ronca e inconfundible la llamó a la distancia.

—Hola, Navalenka... —le llamó, seguido de un disparo que retumbó en sus oídos, seguido de un cuerpo a su lado—. ¡Creed! —le llamó—. ¡CREED!

—Basta de nombrarlo —ladró Xavier.

Naval se llevó una mano a la cabeza, pensando que las voces y disparos solo eran parte de un muy mal sueño; se incorporó bruscamente de su cama, intentando dejar atrás la pesadilla, pero al abrir los ojos vio que esa pesadilla era mucho más real de lo que pensaba; entonces lo vio sentado en su sillón, estaba con las piernas cruzadas y una botella de whisky en mano.

—Te deseo tanto... Pero tú tan solo me rechazas —afirmó en tono dolido—. Sabes que Creed y yo no somos muy diferentes.

—Sal de mi habitación... ¡Ahora! —ladró con inconfundible ira, mientras

sus manos temblorosas trataban de aplacar el miedo que rodeaba su cuerpo.

—Yo tengo 39 y Creed solo es un crío que no sabrá cómo hacerte disfrutar...

—Lárgate... Lárgate o llamaré a mi padre en estos momentos —gritó.

—¿Tú padre?... —La miró con desdén, dando un sorbo a la botella—. Tu padre es más que un hombre de negocios. —Estaba ebrio.

—Lárgate de mi habitación, Xavier... Sabes bien que no eres bienvenido aquí —Lo miró con odio y rabia; Xavier la deseaba—. No sabes lo que dices... Estás borracho...

Levantándose, caminó torpemente hacia la cama de Naval, ella se encogió al verlo caminar como un leopardo a su alrededor, acechando a su presa, viéndola como un alimento de una sola noche, pero ella jamás lo permitiría.

—Tu querido padre es un narcotraficante, es un Kapot... ¿Acaso no sabes a qué se dedican los Kapot?... Nunca te dio curiosidad buscar tu apellido en internet. ¿Eres tan ingenua y tonta acaso?... Mira a tu alrededor, preciosa —Cayó sentado en su cama rebotando; estaba asqueada, trató de levantarse, pero Xavier se lo impidió, sujetó con una mano su barbilla estrujándola con fuerza; tendría de seguro un moretón al día siguiente, uno más a su colección—. Tu querido Creed no se queda atrás, es peor que yo... Es el León Negro... el mejor sicario contratado, el más joven en esta profesión, el más joven en sobrevivir a nuestro mundo de mentiras, muerte, sexo y drogas...

—¡Mientes! —Logrando zafarse de su agarre de muerte con un manotazo, pero eso fue un error; Xavier le golpeó el rostro con una gran bofetada. Xavier era como un proxeneta, en otras palabras: lo era, tenía distintas chicas en la ciudad; por lo visto trabajaba no solo con Nicolay, sino también con Boris Kapot.

Tratando de borrar y quitar el ardor de su mejilla, su mano no alcanzaba a calmar ese dolor; se quedó estoicamente sentada en su cama, no podía enfurecerlo más; así trataba a las chicas con las que él trabajaba, pero ella no era una de ellas, le debía respeto, ella era la hija del jefe.

—Eres igual que tu madre... Una zorra barata... —Sin resistirse más, no podía permitirle que insultase a su madre, no de esa manera, y poniéndose de pie de manera rápida, tomó el frasco de gas pimienta que Trent Dubosky le

dio, rociándole en el rostro.

Xavier gritó de manera estrepitosa ante el ardor, Naval corrió hacia la puerta; si no salía de allí, todo estaría acabado para ella, pero de la nada, la puerta se abrió de un solo golpe ante sus gritos.

Naval cayó de bruces al suelo, viendo la imponente silueta de su padre entrar por primera vez a su habitación. Nicolay pudo verlo en el suelo retorciéndose por el ardor que tenía en los ojos, mientras su hija estaba en el suelo intentando retroceder, con los ojos casi desorbitados, temblando de manera estridente, y podía escuchar el rechinar de sus dientes que castañeaban sin parar.

—¡Naval!... Ve a mi habitación de inmediato y quédate allí —Fue la primera vez que trató de ayudarle. Naval no podía moverse, así que caminó hacia su hija; al ver a su padre caminar furioso hacia ella, se encogió, pero sintió los brazos de su padre en sus hombros ayudándole a caminar—. Ve... Ahora —ordenó.

Naval observó a Xavier que chillaba como una niña en el suelo, mientras insultaba y pateaba.

—Maldita perra. —Insultos tan vulgares como el traje que Xavier utilizaba esa noche.

Nicolay se acercó a Xavier, tomándolo de la chaqueta; eran casi de la misma altura, aunque el señor Kapot era un poco más alto; lo levantó con fuerza sin antes decirle algo.

—Maldito desgraciado... Te di mi confianza, eras mi mano derecha, ibas a ser mi sucesor en parte de mis negocios.

—¡Nicolay!... Yo no hice nada, ella me provocó... Ella fue...

—No hables estupideces, ¿crees que soy ciego? Has estado desviando algunos fondos a tu cuenta privada, aparte de golpear a mi hija una y otra vez cuando se te antojaba. Espero que solo le hayas golpeado, porque si me entero que fuiste más allá, te buscaré y te mataré, desgraciado cerdo. —Lo empujó con fuerza haciéndole caer encima de la pequeña mesa de noche, rompiéndola en pedazos...

—Es una zorra, igual que su madre. ¿Acaso no te acuerdas ya?...

—Maldigo la hora en que te mandé a vigilarla, maldigo la hora en darte trabajo. —Volvió a golpearlo con fuerza, tomándole del cuello y empujándolo contra la pared; estaba enfadado y Nicolay Kapot no medía sus fuerzas cuando estaba molesto.

—Sabías que estaba con ese tipejo, en tu propia casa, estuvieron en tu propia casa... Era una zorra y su hija lo es también. —No aguantó las ganas y le dio un puñetazo en el abdomen; debía callarlo, no podía permitirle que hablase así de su difunta esposa, y menos cuando su hija estaba a unos cuantos metros.

—Tienes suerte, Xavier... Debido al aprecio y años de servicio a esta casa, no te mato como el animal que eres... Lárgate de aquí... Lárgate de mi propiedad y no te atrevas a volver a tocar a mi hija —ladró con una mirada glacial; esos ojos azules completaban su misión de persuasión.

Xavier, tambaleándose, se puso de pie, unas gotas de sangre manchaban su labio, le había reventado el labio y la nariz. Aunque era poco por todo lo que hizo, caminó hacia la puerta y, enfurecido, no dudó en amenazarlo mientras dejaba la gran residencia.

—Te arrepentirás... Verás que sí... Y ella será mía... Y desearás haber terminado el trabajo esta noche.

—Esperaré impaciente, Xavier... Y ella jamás lo será —gritó, mientras se apoyaba en la pared, apretando el puente de su nariz; nada más podía hacer, más que decirle la verdad a Naval.

Regresando a su habitación, encontró a su hija sumida en un miedo total, sentada en un sillón reclinable abrazando sus rodillas, protegiéndose de una manera sin igual; no podía evitar compararla, tenía las agallas de su madre, tenía la fuerza de su padre, pero cuando la veía podía ver a ese amigo que una vez lo traicionó; era su viva imagen, era digna hija de su padre, digna hija del que «fue su mejor amigo».

—¡Naval! —balbuceó, tomando una manta y poniéndola en sus hombros; por primera vez en su vida, su conciencia reclamaba paz, y al escuchar su voz, levantó su cabeza, que se encontraba escondida entre sus rodillas, viendo a su padre—. Naval... Necesitamos hablar. —Vio a la penumbra de la luz los varios moretones y los hilos de sangre que caían de sus labios ante los golpes que Xavier le había dado esa noche.

—¿De qué?... ¿De cómo eres un narcotraficante?

Con tan solo escuchar esa palabra, maldijo para sus adentros a Xavier, el maldito le había contado a qué se dedicaba; caminó hacia ella, pero como siempre, ella retrocedía con miedo. «¿Qué le ha hecho?», pensó Nicolay al ver lo dañada que estaba su hija.

—¿Naval?... Yo pensaba decírtelo... Pero no ahora, no de esta manera — No sabía qué deseaba en ese momento—. ¿Cómo estás? Veo que ya estás más tranquila —Se acercó a su bar, sirviendo una copa de whisky y entregándosela a su hija—. Bebe un poco, te calmará y te ayudará a entrar en calor. —Ella tomó el vaso y dio un sorbo seguido de gestos de asco; Nicolay se sentó al pie de su cama, pudiendo observarla mejor.

—¿En serio? ¿Quieres hablar de eso en este momento? —No pudo evitar mostrar su enojo, ese enojo que tenía contra su padre—. Creed... ¿Dónde está Creed?

—¿Naval!... No sabes cuánto lo siento... Él está bien... Sansón me llamó, explicándome la situación y me suplicó que regresara de mi viaje... —Enarcó las cejas—. ¿Estás mejor? —Llevándose ambas manos hacia el rostro cansado con las marcadas arrugas de su edad.

—Creo que sí... Aunque no creo que me tengas aquí para saber cómo estoy, después de que tu mano derecha tratara como siempre de abusar de mí. —Sus palabras le cayeron como un cubo de agua fría, sus ojos se abrieron más de lo normal, no podía dejar de lado eso, debía matar a ese desgraciado.

—No sabes cuánto lo siento, Naval... Jamás pensé que esto sucediera... —Hizo una pausa significativa, tratando de escoger muy bien las palabras que deseaba pronunciar—. Pero él... Él no... —No sabía cómo decirlo y preguntarlo de la manera más delicada posible—. Él no logró... —Cerró los ojos, no deseaba verla cuando ella lo afirmara—. ¿O sí?

—¡No!... No, papá... Mi virtud está intacta y creo que no debes preocuparte por ello...

Nicolay cerró los ojos, dando un «gracias» silencioso al cielo; no deseaba lidiar con un tema tan delicado como ese, y mucho menos hablar de esos temas tan delicados.

—Cuando recibí la llamada de Creed y de Sansón, me preocupé... Me

preocupé por ti.

—No lo creo...Tú qué vas a saber... Me has dejado abandonada a mi suerte por años, tuviste la oportunidad de cuidarme solo unos meses y eres un fiasco como padre; ¿cómo puedo confiar en ti cuando hace dos semanas que Xavier me golpeaba? —le recordó.

—Tu tono... Cuida tu tono, muchachita... No me tientes a hacer algo de lo que ambos nos arrepentiremos.

—Por favor... Tú reprenderme a estas alturas de mi vida, de tu vida... ¿Estás en broma? ¿Verdad? Si no fuera por Creed, no hubiese ido a la preparatoria, no tendría nada si no fuese por él; compró mi ropa, todo mi guardarropa es gracias a él. Creed se asemejó a un padre y quizás lo que siento por él es más cariño paternal que cariño o atracción. Ni siquiera te has dado cuenta de que he abandonado mis estudios en la preparatoria, simplemente no quiero una vida miserable como la tuya... Santo cielo, ¿tan ciego estabas?

—Lo lamento —dijo en voz alta, reprochándose a sí mismo por todo lo que estaba pasando la hija de su esposa—. Entonces, ¿crees que tengo una vida miserable? —Se incorporó, cruzando los brazos y se quedó observándole; aún era joven para tener casi cuarenta años, cabellos rubios, ojos azules, labios carmesí, todo lo opuesto a su hija.

Recordando a su esposa, la conoció con tan solo 20 años, la madre de su hija, su imagen vino a su mente como muchas otras noches antes de dormir; sin embargo, no se parecía a ninguno de los dos, tenía los cabellos rizados castaños, no usaba cerquillo, su corte de cabello era liso y sobrepasaba en caída a los hombros, tenía ojos pardos, labios rojos, orejas pequeñas, nariz respingada... Era diferente, era diferente en todos los sentidos, no tenía ni un atisbo de rasgos de su madre.

Sin escuchar nada de la boca de su hija, no dudó en continuar.

—Ya veo... Creo que ya eres toda una mujer y tienes derecho a hacer lo que te plazca... En conclusión... No te puedes quejar de cómo vives, vives bajo mi techo, bajo mis normas, bajo mi tutela...

—Pero no bajo tu cuidado... Fui ultrajada en tus propias narices y no me defendiste. ¿Qué clase de padre eres? Me dejaste al cuidado de un psicópata, dejaste que Creed comprara mi ropa... Tú ni te preocupaste por ello —le

reclamó.

—Creo que es hora de qué entiendas, de una vez por todas, la situación, Naval...

—¿Crees que me interesa?... Después de lo que pasó... ¡Después de esto!

—¡Debería!... Tu madre perdió la vida por ello. —Su mirada se hizo aún más sombría, Nicolay no tenía brillo en esos ojos de hielo, pero esa vez un tono casi osado apareció en ellos; furia, ira, era soberbia, no le conocía, era una persona extraña para ella, aunque fuese su padre; su sangre, su corazón era tan frío como el hielo, era tan frío como esa noche.

—¿Sabes?... Creo que no quiero saber... No quiero escuchar nada sobre esa trágica historia... Mi madre murió en un accidente de tránsito, algo salió mal, algo salió muy mal. —Trató de levantarse del sillón pero su padre tomó su brazo con fuerza obligándole a sentarse.

—Siéntate... Obedece... —No respondió ante su orden, pero estaba temblando, tenía miedo, tenía pánico de estar allí, de estar cerca de una persona que no le quería—. Debes saber la verdad de todo y sobre todo nuestro alrededor, los intensos viajes, la frialdad, el egoísmo mismo tiene una explicación, el alejamiento de mi familia.

—Pues debe ser una muy buena historia que no deseo escuchar ahora, padre... Creo que el anonimato de tus trabajos y asuntos de negocio ciertamente no me incumben... No después de esto...

—Siéntate, Naval... no quiero volver a repetirlo... —Su tono era sereno, pero sabía que no era así, no quería hacer estallar su ira en esos momentos y no quería averiguarlo. Naval tenía miedo de saber la verdad, miedo de que le dijera que su madre en verdad lo engañó; quizás su odio hacia ella era por el engaño de su madre, la posibilidad de no ser su hija acudió a su cabeza—. Sabes bien que somos seis hermanos (incluyéndome, por supuesto): el mayor es Vladimir; Dmitry, Boris, Svyatoslav, Sergey y yo —Se sentó justo enfrente de su gran peinador, con la cabeza apoyada en las manos, mientras sus hombros trataban de no flaquear en ese momento; no podía demostrarle a su hija que los recuerdos le dañaban de esa manera, no después de perder la oportunidad de amar—. Nosotros venimos de una gran familia rusa, como debes de saber; nuestro padre, tu abuelo Aleksandr, un hombre poderoso, inteligente, respetaba las tradiciones familiares y aún muerto nos ha obligado a

mantenerlas a raya... —Dio un suspiro, como si recordar le causara dolor, un dolor que era visible para Naval—. Tu abuelo, mi padre, hizo un gran imperio de dinero, una fortuna sin límites para todo aquel ser común y corriente, pero al fallecer junto a mi madre Svetlana, las cosas cambiaron para nosotros seis. Mi padre dejó una herencia muy fuerte, y con ella, un testamento con una cláusula, diciendo en ella quién obtendría el poder de esa dinastía. Para ese entonces, yo, al ser el menor y al estar casado, tenía cierta ventaja, ya que tus tíos aún no formaron matrimonios estables.

—Pero me equivoqué, al abrir la cláusula decía que el primero en dar un heredero sería el dueño de todo ese imperio, y para mi suerte, tú ya estabas en camino, pero tus tíos aún no sabían nada. Te mantuve oculta por un año, lejos de toda esta maldita catástrofe, para luego llevarte a un lugar seguro después de la muerte de tu madre; Ianthe se encargó de todo —Pero de un momento a otro su rostro cambió, dando paso a un hombre siniestro y tétrico—. Tú eres mi punto débil, Naval... Por ti llegarán a mí, por ti muchos tratarán de destruirme... Hay veces que desearía no haber dejado que nacieras, pero necesitaba de tu creación para poder acceder a una fortuna, la fortuna de los Kapot —dijo ocultándose detrás de su armadura, detrás de ese rostro carente de expresiones y ese corazón carente de sentimientos—. No debiste nacer... Nunca debió pasar, jamás se lo perdonaré —mencionó con amargura.

—¿Perdonar? —Negó con la cabeza ante esas palabras crueles—. Entonces... Yo soy... un maldito y sucio secreto... Un plan estratégico para conseguir un imperio de dinero... —La decepción, simplemente eso le dolió.

—Déjame terminar, Naval... Eso no es todo; al año de que tu madre falleciera, mis hermanos me creían ya destruido, pero tu nana te llevó al cementerio; al verte a mi lado y, como estrechabas tus manitas hacia mí, pudieron atar cabos: tenía una hija y yo recibiría la herencia. Tu madre no falleció por un accidente normal, fue planeado, fue provocado, pusieron una bomba en su auto la misma noche que... —Hizo una pausa, cerró los ojos y evitó decirlo para continuar con otra parte de la historia—. Lo que te quiero decir, Naval, es que no somos comunes como los demás, somos Kapot's... Somos la familia más adinerada de Estados Unidos y Rusia... ¿Pero sabes acaso qué son tus tíos...? —Ella negó con la cabeza—. Son una escoria al igual que yo, conoces ya a Vladimir, Dmitry y Sergey; sin embargo, Boris es contrabandista, uno de los más ricos; contrabandea con mujeres y armas; Svyatoslav estuvo en las fuerzas especiales, pero es un asesino, un sicario, le

pagan para matar, le pagan fortunas por deshacerse de personas como nosotros —Su español era vano, pero el acento ruso siempre marcaba sus «r», así que Naval quedó casi fría al escuchar lo que decía—. Y yo... ¿Sabes lo que soy? ... —Volvió a negar con la cabeza—. Soy un narcotraficante, uno de los más poderosos, abastezco a millones aquí, en México, en Colombia, en muchos países; esa era la fortuna que mi padre, el que tu abuelo hizo; ese es el imperio que me dio, el ser sucio, corrupto, avaro, vil, cruel, vanidoso; yo soy aún peor... pero tus tíos son aún más que yo...

Por un segundo Naval dejó de respirar, parecía que la habitación daba vueltas y el suelo se movía, palideció de escuchar toda esa historia macabra; entendía ahora por qué tenía siempre un arma en sus manos.

—Creo... Creo que todo... Todo esto puede que... Puede que... —No tenía palabras para describir cómo se sentía, pero un escalofrío cubrió su cuerpo, erizando los pelos de su nuca; estaba en lo cierto, todo era cierto, su mirada se lo decía, era la primera vez que su padre le vio de esa forma, de una manera fija, sin nada que apañara la verdad, sin paredes que los ocultara, debían enfrentar la realidad.

—Yo quisiera creer lo mismo. —Se apoyó sobre una mano, mientras con la otra trató de peinarse y arreglar aún más sus cabellos; no podía soportar más, en un intento por levantarse estaba decidida a dejar de hablar, estaba decidida a no ver más allá, bajó la mirada y se fijó un rumbo ciego.

—Creed... ¿Cuándo volverá Creed? —exigió la joven—. Lo quiero aquí.

—Lo siento... —Levantó la vista viendo a los ojos a su joven hija; sus ojos azules en contraste con los ojos pardos de ella—. Él no... No desea regresar... No, por ahora.

—No... No... —No quería aceptar esa respuesta—. ¿Por qué?

—Creo que tú y yo sabemos la razón. —Suspiró, sabía que su hija merecía una explicación, una explicación que solo lograría confundirla más de lo que ya estaba.

Levantándose del sillón dio unos pasos hacia la puerta y, antes de que pudiera salir de la habitación de su padre, le preguntó.

—Mi madre... Mi madre, ella ¿alguna vez acaso?

—No... Jamás... Tu madre siempre fue fiel a sus sentimientos —dijo la

verdad, su madre fue fiel a sus sentimientos, amaba a su amante en secreto, pero decirle a una chiquilla que hacía media hora había visto más sangre, dolor y golpes que en toda su vida, y que su madre le fue infiel, sería demasiado cruel, aún para él—. No merecía morir así.

—Ella no se merecía morir, morir de esa u otra manera... Era tu esposa... ¿Acaso no amabas a tu esposa?... ¿A mi madre?...

—Pides mucho... Simplemente me pides mucho... —Bajó la cabeza y le permitió marcharse, pero no a su habitación, sino a la habitación de invitados; solamente de pensar en regresar a esa habitación y dormir allí, le daba una sensación de miedo y repulsión.

CAPÍTULO 7

TUTELA

Naval había visto demasiado en los siguientes diez años después de saber la verdad de su origen, pero lo que más deseó desde que entró a ese nuevo mundo fue pertenecer a una sociedad limpia, donde los juegos, apuestas, drogas, prostitución, muerte, sangre, dinero, armas y, lo peor de todo, la soledad, estuvieran marcadas no solo con su apellido, sino también en su piel, su sangre y su alma.

Había terminado la preparatoria con mucha suerte, Trent le había ayudado mucho en la transición de adolescencia a juventud, había sido ese fiel amigo y confidente que la estrechaba entre sus brazos cuando algo salía mal, tomando el lugar de Creed como protector y hermano mayor, ya que en esos días de soledad y dolor lo que necesitaba era estar en brazos de ese amor que solo se alejó de ella por años; por ello culpó a su padre de apartarlo de ella, pero con el tiempo entendió y supo darle sentido a las palabras de Creed: se alejaría de ella cuando perdiera el control y estuviera en peligro en sus propias manos, y lo había cumplido, Creed se había ido, aunque seguía en constante comunicación con su padre en cuestión de sus trabajos de organización y control de negocios; supo que se merecía con todas sus letras y formas ese apodo: «El León Negro».

Había intentado dejarlo en su baúl de recuerdos hermosos, pero siempre la sombra de Xavier la obligaba a cerrar los ojos e intentar ver la realidad de su vida. Había asistido a la universidad intentando tener una vida alejada de su origen, de su padre y, sobre todo, de sí misma, solo para descubrir que nada era verdad, nada podía ser verdadero viniendo del mundo del que ella provenía. Su apellido no solo infundía desconfianza a quien lo escuchaba, sino que daba motivos para que todos se alejaran de ella, y otros para querer sacar provecho de la situación.

Aunque ya no había motivos para seguir estudiando, dejó todo a un lado para seguir con la vida que odiaba, con la faceta que ella mostraba; se odiaba

a sí misma por haberse convertido en lo que más odió en un pasado. Estaba rota, dañada y, no era para menos, le habían arrebatado su inocencia en un abrir y cerrar de ojos, mostrándole la cruda verdad de una sociedad consumista y dependiente de drogas, alcohol, sexo y dinero.

No existía normalidad para ella, siempre pensaba en cómo disfrutar de su vida sin los excesivos lujos que no eran para ella, siempre pensaba en encontrar una casa alejada con un viñedo cerca, donde el aroma a uvas y vino fresco consumiera sus mañanas, pero era ilógico, no con la vida que llevaba; no podía tener esa vida siendo una Kapot, un nombre maldecido desde hacía mucho tiempo, una maldición que a ella le tocó vivir.

Siempre sintió envidia por sus compañeras de preparatoria y universidad, ellas podían disfrutar de una vida cómoda y sin excesivos lujos, dependiendo no solo de un salario y propinas, sino que también dependían del cariño y voluntad de padres amorosos que las esperaban al terminar las clases, mientras a ella solo la esperaba una habitación vacía, un padre ausente y el cariño y cuidado de un guardaespaldas; aquel apego que Naval tenía hacia Sansón, aquel hombre rudo que le salvó más de una ocasión de las garras de Xavier en el pasado.

Y ante todos esos recuerdos, conmemoraba a esa madre que misteriosamente no conocía; no había fotos familiares, pequeños recuadros o retratos pegados en la pared u ocultos en algún álbum, ya que, según Sansón, desde su muerte Nicolay había arrancado cada recuadro y foto de Dayanne, dejándola en el más oscuro y siniestro de los olvidos, y eso era lo que enfadaba a Naval: no tener la mínima idea de cómo era su madre, y eso, en instantes breves, la volvía loca de impotencia y furia.

Aunque los sucesos de hace diez años habían hecho cambiar la perspectiva que tenía de su vida dando un giro inesperado, volviéndose sombría, tenebrosa y sobre todo violenta, haciéndose famosa por las bromas que realizaba en la residencia, apostando por deshacerse de los nuevos guardaespaldas que su padre le imponía, ya que Sansón había pasado a ser parte de su equipo de seguridad, y tras la ida de Xavier tomó su lugar.

Nicolay le había impuesto un guardaespaldas para su cuidado; no pudo resistir a apostar cuánto duraban los nuevos en ese trabajo y, aunque se le pasaba la mano, siempre ganaba, pasando de ser encantadora a ser el dolor de cabeza de Nicolay Kapot en todos los sentidos; de esa manera había logrado

llamar su atención de la peor manera.

Siempre apostaba con Sansón, le gustaba derrotarlo y ver cómo le quedaba el ojo después de botar a cada guardaespaldas que le asignaban, especialmente cuando hacía de las suyas en los clubs nocturnos, ya que recordaba a Xavier y deseaba ser libre de ese sinsabor y amargo de boca que tenía cada vez que lo recordaba, aunque le daba gracias al cielo y a su madre por haberle quitado a ese energúmeno de encima. Su padre, a quien jamás le interesó su bienestar, por una vez en su vida le había salvado de ser brutalmente ultrajada, aunque no fue la primera vez que le salvó y sacaba cuentas de ello.

Naval Kapot se convirtió en la fiera de la residencia, conocida por asistir todas las noches a clubs nocturnos, en especial el club de su padre Mayestic y Advance, asegurándose de que él viera cómo llevaba una vida desordenada, donde la danza era parte de su rutina, aunque las copas de vino siempre le acompañaban en su rutina nocturna y, más aún, cuando algún pillo deseaba o intentaba flirtear o conquistarla en la noche para llevarla a la cama; le encantaba que aquellos hicieran el intento de coquetear y seducirle hasta el punto de ver adónde llegaban, para luego dejarlos en la estacada después de bailar hasta el cansancio.

Le encantaba el volumen alto de la música, le permitía olvidar, dejar de escuchar y simplemente soñar; siempre se movía al compás de la música, moviendo las caderas, mostrando sus largas piernas, aunque para su estatura de 1,57 eran largas y esbeltas.

Como toda chica de 25 años, deseaba tantas cosas, deseaba regresar a la universidad y seguir con su carrera en arte, pero solo era un sueño que acabaría aplastándolo con el tiempo, pero lo que más le dolía era estar sola, sin hermanos, primos, amigos, novios; vivía en la misma miseria emocional desde que mencionaron en voz alta el nombre del diablo, y ese era Nicolay Kapot. Teniendo cinco tíos, de los cuales ninguno era capaz de visitarle o apreciarla, un padre ausente y una madre muerta, era lo menos que podía esperar siendo quién era, aunque tenía un consuelo, su hogar, su lugar de juegos: la llamada «La Residencia».

CAPÍTULO 8

FALLIDOS

Después de una noche alocada en Majestic zona vip, Naval estaba en un sueño profundo, aún sentía la música correr por su cuerpo, además del alcohol que corría por su sistema. Con las cortinas ocultándola de la luz solar, luz que detestaba, ella se permitía decir que la luz solar no era su favorita; en cambio, la noche era su parte del día más divertida, en ella podía hacer todo lo que deseaba sin inhibiciones, además de despertar a cierta hora del día, aunque el ama de llaves la despertaba obligándole a desayunar; después de eso tomaba una ducha y leía un buen libro acompañado de buena música, que le ayudaba a imaginar más allá de lo que el autor trataba de transmitir; después de esa rutina o, más bien, ese ritual para comenzar su casi día, iba a su gimnasio personal luchando contra el enorme saco de boxeo en el gimnasio de los chicos, clases exclusivas de Sansón hasta que aprendió a seguir la rutina por sí sola.

Con la cabeza en la almohada, trataba de dejar de lado a Deorro-Cayendo, que se repetía una y otra vez en su cabeza; desde que había oído la canción en el club, no podía dejar de tararearla una y otra vez.

La puerta se abrió dando paso a una anciana de 70 años, con cabellos canos sujetos a un moño, piel olivácea, pero con facciones de haber sido una mujer hermosa en sus años de juventud; se acercó con paso firme hacia la ventana, abriendo de par en par las cortinas, abriendo las ventanas para que el aire de la mañana entrara en esa habitación cerrada; entonces vio el desastre que había en la habitación, botellas de vino «Flor de Pingus» de la Ribera del Duero regadas por doquier, la ropa tirada por el suelo, zapatos altos encima de la mesa; negó con la cabeza ante el desastre que había, obligó a Naval a despertarse ante el ruido de sus pasos, y a cubrirse con las almohadas y cobertores ante la potente luz solar.

—¡Maldición, Iona! Tratas de dejarme ciega —farfulló Naval.

—Vamos... Vamos... A levantarse —gruñó la anciana.

Tenía una resaca monumental, había bebido más de la cuenta, necesitaría

más de una aspirina para poder calmar el dolor punzante de su cabeza, prometiéndose mentalmente no volver a beber más ese vino color carmesí, dando un pequeño quejido al sentir cómo retiraban las mantas.

—¡IONA! —bramó entre dormida y despierta, intentando mantener los ojos abiertos.

—Vamos, nebol'shoy kukly (pequeña muñeca rusa), es hora de que te levantes, te he dejado descansar hasta mediodía, así que tienes suerte de que esté de muy buen humor. —Se sentó al pie de la cama con un vaso de jugo de naranja fresco y unas dos aspirinas entre sus manos avejentadas, dándole una sonrisa. Siempre pensó que Naval le devolvió la vida cuando cayó en sus brazos hace años; le dio una nueva oportunidad de criar o, más bien, guiar a una niña problemática, y esta vez para bien, no cometer los mismos errores que cometió con Dayanne, aquella chiquilla que fue obligada a casarse con Nicolay por dinero; Dayanne era ambiciosa, pero su corazón la traicionó casi al final de su vida.

—Iona... ¿No me puedes dar cinco más...? —Tomó una de sus almohadas y se cubrió el rostro con ella.

—¡No!... Vamos... Tú y tus fiestas nocturnas... Si quieres dormir bien, acuéstate temprano como toda chica normal...

—¿Normal?... —Dio una risa—. No es una palabra muy usada aquí... No somos normales... ¿Recuerdas? Jamás lo seremos... —Quitó las almohadas, incorporándose y quitándose los cabellos del rostro, dando un suspiro lleno de frustración—. Eres muy mandona, ¿lo sabías?

—Deja de decir tonterías —Palmeó su pierna obligándole a erguirse—. Vamos, niña, toma...

De muy mala gana, obedeció, tomando el vaso de jugo entre sus manos y las aspirinas, deslizándolo por sus labios y bebiendo todo el contenido del vaso en unos minutos; con un suspiro le entregó el vaso.

—Gracias, Iona... Estuvo delicioso... —Le dio una sonrisa tranquilizadora, arrodillándose para besar la mejilla avejentada de su nana, levantándose para ir al baño.

—Tu padre quiere verte —dijo de la nada, haciendo que Naval se detuviera en seco al oír esas palabras; su padre jamás pedía verla—. Ya que

estás de muy buen humor, tu padre está en casa, llegó anoche de ese viaje, y bueno, espera poder almorzar contigo... ¿Sabes? Quiere verte...

—Pero ¿para qué me quiere ahora?... No pensé que regresaría tan rápido.

—Por lo visto necesita de tu apoyo, sus negocios han ido más mal que bien esta vez... pero ya sabes cómo es...

—Para eso tiene a Creed...

—Naval... Conoces su rutina.

—Sí... Conozco esa rutina de aislamiento y evasión... Él nunca me ha querido. —Bajó la cabeza en señal de tristeza y pena, se sentía tan sola, y lo peor es que no tenía a nadie en quien confiar, aguantando las ganas de llorar.

—No digas eso... Tu padre es... Eh... Cómo decirlo...

—Un hombre muy ocupado... Tan ocupado para no darse cuenta de lo que sucede a mi alrededor —dijeron al mismo tiempo, robando una de cuantas risas por cada cosa que decían.

La anciana simplemente asentó con la cabeza.

—Ahora... Ve y háblale, sé que es frío... Debe ser por lo que es: ruso y alemán...

—Ay, nana... Qué cosas dices... Creo que un ruso y un alemán tienen más sentido del humor y de la ironía que mi padre —Suspirando y tomando una gran bocanada de aire, fue hacia la puerta del baño tomando una toalla para darse un baño—. Deséame suerte...

—No la necesitas para una ducha... Nunca la necesitarás, tú eres una gran chica con suerte...

—¡Ojalá! —Cerró la puerta con rapidez ya que Iona le lanzó un cojín, ella sí que tenía sentido del humor.

Una vez en el baño, abrió la canilla y dejó el agua caer, se desvistió quedando frente al espejo; había cambiado tanto en diez años, se había quitado el cerquillo dejando crecer un poco más su cabello y alisándolo. Entonces vio sus marcas, los siete tatuajes en forma vertical que tenía en la espalda, justo en la columna, con letras góticas, leyendo casi en voz alta.

Revenge

Justice

Truth

Honor

Glory

Victory

Freedom

Era el credo para ella, esas palabras le daban la fuerza, se las tatuó cuando cumplió veintiuno. Eran siete, justo siete palabras que aplacaban a los siete pecados que en su familia regían, justo cuando a los veintiuno su padre le dio la peor noticia del mundo; estaba saliendo con su horrible y estúpida secretaria, ya la conocía; en un comienzo vio que ella posiblemente estaba interesada en Creed, pero no podía desperdiciar amasar los billones de su jefe ante los millones de Creed.

Esperó a que el agua de la ducha entibiara, necesitaba un baño caliente, un baño que le permitiera despertar de aquella fiesta descontrolada; mojó su cabello, para luego lavarse con aquel jabón olor a vainilla y canela, además de ese shampoo de hierbas que le dejaba el cabello suave y liso.

Enjabonó sus pechos con suavidad, hasta llegar a su cadera, donde no pudo aguantar seguir las líneas de su octavo tatuaje: «Without Mistakes».

Después de tener una pluma con aves volando detrás de la oreja derecha, las aves iban bajando hasta parte de su cuello, envolviendo la clavícula y la palabra «Someday», mientras el símbolo de infinito envuelto en aves viajaba hasta su dedo meñique en la muñeca derecha y una cruz simple en la izquierda.

Los tatuajes eran una expresión de rebeldía para ella, algo que no se borraría, que recordaría hasta el final de sus días; pero con la ciencia moderna, esos tatuajes podían ser borrados, pero ella los quería para siempre, aunque a su padre no le agradaba la tinta; para ser ruso, decía que parecía tener mugre en la piel.

Lavó su cabello, lo trató con cuidado y lo dejó tan limpio que el aroma a hierbas llegaba a sus fosas nasales; le encantaban las duchas, aunque de niña siempre lloraba y trataba de escapar de las duchas que su abuela Ianthe trataba de darle. Cerró los ojos con fuerza al recordarla, hacía mucho que no decía su

nombre en voz alta, aunque unas buenas nalgadas eran parte del trato.

Al terminar, se secó con cuidado y se miró al espejo nuevamente, observando cómo sus ojos habían perdido ese brillo, sus cabellos estaban opacos, su piel seca y sus labios sin ese color carmesí que solían tener; con una mano limpió el espejo que se había cubierto de vapor, mientras con la otra sujetaba con fuerza su toalla; estaba rota, estaba herida, necesitaba una salida de ese mundo que la estaba consumiendo.

Al salir del baño, vio que Iona le había dejado ropa limpia encima de su cama, unos pantalones color caqui y una camisa blanca, además de ropa interior a juego de color blanco, unos zapatos bajos, ya que los zapatos altos siempre eran para la noche; cambiándose de inmediato, volvió al baño para peinarse y cepillarse los dientes, dándose cuenta de que la nana le había dejado una bandeja con huevos revueltos y tocino, además de un café caliente; siempre tan atenta con ella.

Se sentó en la pequeña mesa, desayunando sola como siempre siguiendo la rutina, comió despacio, tomándose el tiempo para examinar cada pedazo de huevo y tocino al ser llevado a su boca. Naval siempre desayunaba sola, se acostumbró a ello, desplazó sus ojos con dolor hacia la ventana, pudo escuchar las risas y conversaciones del personal, ellos eran tan felices con esa vida.

Al terminar, no dudó en bajar, caminó por los grandes pasillos de esa maldita residencia; con cuidado comenzó a bajar, no quería romperse el cuello con esas gradas endemoniadas. La casa era fría y oscura, aunque los ventanales eran tan grandes, la luz parecía desaparecer por tan solo caer al suelo de mármol italiano, y ni qué hablar de la seguridad que tenía la casa: parecía el mismo Parlamento o hasta la mismísima Casa Blanca; en conclusión, su vida entera era resumida a una sola palabra: «locura».

Al llegar al pasillo principal, vio la puerta del estudio, titubeó por un momento, no quería verlo, aunque Iona le dijo que deseaba verla, y eso no ocurría con frecuencia; se acercó a la puerta e intentó tocar, pero antes de que pudiera hacerlo, la voz ronca y gutural de su padre la hizo asustar.

—Naval... Pasa.

Antes de que pudiera darse cuenta, ella asomó su cabeza por la puerta, observando a su padre en su gran escritorio italiano, acompañado de un juego

de sillones de cuero blanco, la alfombra persa que abrigaba el suelo y diversos adornos en la pared; era tan masculino, tan sombrío.

—Buenos días, Naval... Espero que te hayas divertido anoche. —Seguía concentrado en su portátil último modelo, escribiendo y evitando verle a los ojos.

—Buenos días, padre...

Nicolay se dio cuenta de que dejó su Desert Eagle dorada sobre su escritorio, y tomándola entre sus manos la guardó en uno de sus cajones.

—Siéntate... por favor... —Caminó hacia el mismo sillón de siempre, tomando asiento y poniendo sus manos sobre su regazo para evitar retorcerselas.

—¿Para qué me has llamado? —Fue al grano, no quería más cordialidad fría.

—Bueno... ¿Acaso un padre no puede desear ver a su hija? —dijo con un leve tono de sarcasmo y un poco de sutileza, pero a Naval no le parecía nada gracioso que pretendiera ser un buen padre cuando en realidad no lo era.

—Dejemos las bromas... Dejemos de pretender que nos llevamos bien... ¿Te parece?

Su padre negó con la cabeza, tenía los codos apoyados en la mesa, mientras que una mano acunaba su barbilla y su dedo índice acariciaba su labio. «¿Acaso todo tiendo a hacerlo mal?», pensó al ver a su hija enfrente de él.

—Naval... eres mi hija... Sabes que siento cariño por ti... ¿Acaso no te lo demostré?

—Creo que no has hecho un buen intento; tener lujos caros y dejarme hacer lo que quiera no es signo de que tú me quieras, simplemente es signo de que te has olvidado de mí y pretendes compensarlo dándome todo lo que se me antoja...

—¿Crees que es demasiado tarde para intentar recuperar a mi hija?... — Le miró a los ojos, aquellos ojos azules; mientras los ojos pardos de Naval trataban de no derramar lágrimas, su padre estaba pidiéndole una oportunidad, y ella cómo podía negársela.

—Creo que intentarlo no está mal, pero recuperar algo que jamás pudiste valorar... Puede que sea demasiado tarde para intentar... Son demasiados años sin tu cariño... No sé ni cómo es un abrazo tuyo, no sé cómo es estrecharte en brazos, solo me has dado la espalda y eso duele.

Nicolay bajó la cabeza y evitó que su hija viera cómo una lágrima suya se deslizaba sobre su mejilla; había perdido a su esposa, había perdido su amor y no pudo ni siquiera mantener vivo el cariño hacia su hija; todo estaba perdido, todo para él estaba perdido, era parte de su castigo, para él no habría redención, para él no habría un mundo distinto, se quedaría siempre solo, contemplando cómo su mundo de drogas, corrupción, muerte y desconsuelo lo consumía lentamente arrancándole el alma sin contemplaciones; era parte de sus 7 pecados.

Sin mirarla, le dijo con su mano que se retirara; Naval, al ver esa señal, sabía que su padre se había rendido.

«Quizás debí darle una oportunidad», pensó, pero cómo dársela si después la defraudaba; siempre esperó que tocara a su puerta y le dijera que la amaba, que la quería y que siempre sería su hijita, pero nunca pasó, jamás pasó, no había nadie detrás de esa puerta esperándola, jamás hubo alguien esperándola.

—Pero haz el intento... Merecemos siempre segundas oportunidades, papá... ¿Qué te parece si almorzamos una tarde...? Tú y yo... Solos... Sin nadie más.

Nicolay levantó la cabeza y vio que la triste mirada de su hija trataba de ocultar una sonrisa genuina, pero su dolor era aún más fuerte; sin dejar que su tristeza opacara esa oportunidad, esbozó una sonrisa, notando que su hija estaba cansada, cansada de esa vida miserable a la que él la indujo.

—Claro... Eso estaría muy bien.

—Ok —Hicieron unos minutos en silencio, hasta que Naval se puso de pie —. Debo hacer algo y tú debes estar demasiado ocupado. —Sin recibir respuesta de su padre, caminó hasta la salida, volviendo el rostro hacia él, notando que había envejecido, tenía canas, sus ojos estaban cansados, y una nube de tristeza lo rodeaba, pensó.

—¡Naval! —le llamó de repente antes de que saliera. Ella se volvió.

— Creed... Él desea verte... Quiere hablar y salir contigo...

— Pues yo no quiero verle... No ahora, no después de diez años sin saber de él... Diez años sin recibir una llamada o tan solo una visita suya... Solo me ignoró, me arrancó de su vida... Ni siquiera contestó mis mensajes o llamadas... ¿Por qué ahora?

—Él te sigue queriendo... —confirmó su padre, y era verdad, Creed tenía 32 años y aún no se había casado o tenido una relación formal; simplemente se dedicó a verla por ella en la distancia.

—Lástima... Yo dejé de quererlo hace mucho.

Al verla salir de su estudio Nicolay se reprochó en silencio, entre susurros leves.

—Debo darle la felicidad que se merece, puedo aún tener el perdón, puedo tener la redención si ella me lo permitiera; una familia para ella será mi salvación ante esta maldición que llevo detrás de mi espalda, darle una familia, darle la familia que ella merece, a la que ella tiene derecho.

Naval salió lo más erguida posible del despacho de su padre, pero una vez sola en el pasillo se derrumbó en una pared; nunca pensó saber de Creed, jamás pensó ver a su padre tan sombrío y desesperado por tener su atención; había asumido que con la presencia de Madeleine en su vida hacía las cosas más fáciles para él, y no tener que lidiar con una chiquilla molesta como ella, pero se equivocó.

—Por lo visto, Madeleine no tiene toda tu atención. —La rubia de exuberantes curvas y piernas largas que conoció hace diez años atrás, la farsante más grande de la historia llamada Madeleine, había comenzado a pasar a segundo plano; de ser su secretaria a amante, y ahora a solo ser parte del olvido o segundo plano, una amante despechada; ella intentaba obtener el título de señora Kapot, pero Nicolay se había negado a dejarla entrar, decidido a respetar la memoria de su difunta esposa, no por él, sino por Naval; debía mostrarle que su madre había sido buena, no quería que la chiquilla pasara por otra depresión e intentara suicidarse; debía cuidarla, aunque ella no quisiera.

Madeleine siempre le daba la diversión que él necesitaba, las caricias, los besos, la pasión frenética, pero nunca daba su corazón; Madeleine lo demandaba, pero Nicolay siempre se negaba a dar su corazón, ya que Dayanne se lo arrancó y no se lo devolvió jamás, simplemente se lo llevó consigo a la

tumba, como castigo por quitarle a su hija.

Ella siempre llegaba a la casa los viernes, quedándose hasta los domingos, y regresaba a su supuesto piso en Nueva York, como una gran mujer de negocios. Simplemente enfermaba a Naval con solo verla, entraba en la residencia pavoneándose como la dueña de casa; eso hacía que Naval saliese aún más temprano los viernes por la noche y regresara aún muy tarde, o quizás no regresaba; eso sí que molestaba a su padre, estaba exponiéndose a tantos peligros desde que él estuvo en posesión de esa herencia, y si no fuera por esa maldita cláusula, todo sería distinto. ¿Quién en su sano juicio pondría como cláusula que los bienes se repartirían si Nicolay y su hija fallecían...? Era una locura, pero el viejo Kapot estaba más loco que una cabra vieja.

Ante ello, Madeleine estaba mucho más que enojada por ello; convertirse en la señora Kapot no era suficiente, necesitaba aún más, necesitaba que Nicolay Kapot le diera parte de la fortuna, fortuna que le pertenecía a su única hija y heredera.

CAPÍTULO 9

INFÍLTRATE

El ser miembro de la familia más influyente en parte de Europa y de América, era para ser objeto de investigación; el FBI iba tras los pasos de la familia Kapot, y eso solo sugería problemas para Nicolay, ya que entre todos y todo, él tenía un punto débil, y ese era su hija Navalenka, además de perseguir las irregularidades a manos del senador y juez; para ser exactos, eran observados y estudiados en Washington, estaban buscando la manera de desenmascararlos y obtener las pruebas necesarias para poder tener bajo arresto al poderoso clan del narcotráfico.

La sala de conferencias de esa tarde solo era una más de las reuniones que necesitaban para poder entrar al círculo de los Kapot, pero como siempre, ellos no dejaban ni un cabo suelto, ni una abertura para el paso de una insignificante hormiga, y eso enfurecía al jefe de la división a cargo, que había estado detrás de los Kapot por más de 27 años, pero no había logrado ninguna prueba.

Las carpetas sobre la mesa, las fotos que eran estudiadas con profundidad en ese momento por su equipo, pero no había nada; sabían la historia, pero jamás obtenían las pruebas.

Escuchaban atentos y observaban la gran pantalla blanca iluminada con el cañón multimedia, y un hombre de casi cincuenta y cinco años, con cabellos castaños canos y ojos pardos hablaba ante el personal.

—Señores... Como podemos observar aquí, tenemos a la familia Kapot— Señalaba con el puntero láser—. Ninguno de ellos puede ser detenido, sus trabajos están bien hechos, no hay pruebas; estos malditos se encargan de limpiar muy bien; tenemos a Vladimir, senador de Nueva York —Mostró la foto de un hombre corpulento, ya mayor en edad, entre los 60 y 65 años, con cabellos castaños cortos y ojos grises, imagen de un senador respetado, pero era un error—. Sucio... Trabajos ilegales, compra a jueces a su favor; ha estado implicado en cargamentos ilegales de armas y drogas, abastece a

nuestros enemigos, pero no tenemos pruebas —Presionó el botón del control remoto, apareciendo o, más bien, resaltando la segunda foto de las siete que se encontraban en esa gran pizarra blanca iluminada por el cañón de la oficina, mostrando a un hombre de piel olivácea, ojos entre azul y grises, y cabellos casi afeitados, mientras una gorra de militar impedía que se viera su cabeza completa, sin bigote, bien afeitado; era pulcro, era demasiado pulcro, así que continuó con su presentación—. Dmitry... Militar, general de las fuerzas armadas; igual que su hermano, está sucio, ha estado ayudando a su hermano Vladimir a encubrir muy bien sus pasos, sin mencionar que tiene ojos y oídos en todas las agencias, y es posible que en esta también —siguió con su exposición, mostró la foto de un hombre de cabellera hasta el hombro, los ojos eran casi los mismos, eran hermanos y el parecido entre ellos era algo muy inusual; por el ángulo de la foto, esta había sido tomado entre el anonimato y el silencio de la ocasión—. Boris... Contrabandista, uno de los más ricos, trata de blancas, como podemos saber, es un proxeneta y tiene miles de casas en nuestro país —Cambió de imagen, mostrando a un hombre de cabellera corta, castaña, con lentes oscuros; de igual forma se encontraba de perfil, hablando con un sujeto desconocido a las afueras del país—. Svyatoslav, perteneció a las fuerzas armadas y estuvo de francotirador en Vietnam, es un asesino, uno excelente, tiene un exquisito gusto por las armas, le pagan fortunas por deshacerse de personas con cierto nivel económico, se sospecha que este mató al fallecido candidato a senador de Nueva York; fue así como su hermano obtuvo el puesto. Por otro lado está Sergey, fiscal, da fallos a favor y creo que es irrelevante mencionar más —De la nada mostró la foto de Nicolay —. Por último, Nicolay es el menor de los hermanos, narcotraficante, delega la mayor carga de sustancias en nuestro país, Europa y América latina, además de recibir la fortuna de los Kapot por tener a un heredero antes que sus hermanos —Luego mostró una foto de la joven Naval, que estaba de perfil, con la cabeza gacha, perdida en sus pensamientos, ocultándose en una gorra de béisbol; la foto había sido tomada hacía ya mucho, pero no había cambiado mucho para ser exactos—. Navalenka, hija de Nicolay, heredera de la fortuna Kapot, posible blanco de sus propios tíos. Por eso debemos infiltrarnos en su casa, saber sus movimientos de cerca; por lo poco que podemos saber de ella, parece que Naval sigue ya los pasos de su padre, la misma rutina, aunque «La Residencia», como muchos suelen llamar al hogar Kapot, ha sido vigilada, y la muchacha no sale para nada, excepto a los clubs nocturnos, le gusta la vida nocturna —Cambió hacia una fotografía donde podían observar a Creed Rise

hablar por teléfono, y otra fotografía más antigua, cuando Creed la abrazaba y ella era inocente—. Y quien le abraza en la foto, es a quien aún no conocemos y esperamos ver, es el ayudante y aprendiz de Nicolay; no se sabe nada de él, excepto su nombre: Creed Alfred Rise; debemos averiguar si es el «León Negro»... Ya que es el que dirige y maneja todo desde el exterior solo para la protección de Navalenska.

Entonces uno de los escuchantes habló.

—¿Cómo podemos infiltrar a alguien en un lugar como ese? Sospecharían de los mejores, sospecharían hasta de mi hija de quince... Ellos son hombres con experiencia, vienen de una familia que se dedicó a ello por años, por décadas. Es imposible, Stromhod... Tú mismo lo sabes, estuviste en el caso desde los 28 y saliste a los 30 sin pruebas.

—Lo sé... Y gracias por poner en evidencia mi edad. Pero no lo será para Fletcher... Reed Fletcher...

—¿Fletcher? El chico aún cumplirá treinta y dos... ¡Estás loco!...

—No, Collins, es apuesto, encantador con las damas, un donjuán, no habrá problemas con él, tiene experiencia en casos como este; ha sido siempre pedido por la DEA, y ni qué hablar de la CIA; es una mente joven, el chico tiene técnica, es fresco...

—Sí, sí que la tiene... Pero eso desapareció cuando Svyatoslav fue culpable de la muerte su padre, por Dios... Eran compañeros en Vietnam... No obligarás al chico a ir tras la familia del asesino de su padre, esto se volverá personal... Arruinará el caso, años en este caso... Tú fuiste parte del caso hace casi veintisiete años, Nolan... Y esperas dejarlo en manos de Fletcher... El chico debe ordenar su mente primero... Es un desastre...

—¿Pretendes que enamore a la joven...? Suerte con eso —deseó uno de los agentes.

—Sí sé que es un desastre, pero es uno de los mejores —Hizo una pausa significativa—. Se volvió personal hace años, Collins, démosle una oportunidad al chico... Se la debemos —dijo Eric, aquel amigo de ese amante perdido, en el que las canas ya habían hecho su labor, sus ojos ya estaban cansados y sus marcas de expresión aún más definidas; ese grupo de amigos ya estaba por la etapa de dejar atrás la juventud y dejar las locuras de verano, así como olvidar a esos amores de juventud.

—Espero que no lo estés proponiendo por haber sido tu pupilo, sabes que eso va contra las reglas —insinuó uno de ellos.

—No... Él es excelente para esta misión, no olviden que logramos detener a Zaragoza gracias a él...

—El tipo casi caminaba como un demente por las calles —explicó uno—. Tuvo suerte de novato.

—Pero Zaragoza solo trataba de despistarnos... Fletcher supo desde el comienzo que solo era una coartada —insinuó Eric—. Nos lo entregó en bandeja de plata... Las armas, las drogas...

—Sí... En bandeja justo al hospital, le disparó en la maldita mandíbula, el hombre no pudo hablar por meses...

—Y... ¿cómo se infiltrara? —preguntó un segundo sujeto a Nolan Stromhod

—Cameron Bergenson... Será su nombre dentro de la residencia.... Veremos la manera de infiltrarlo, hoy es viernes y hoy es el día en que Cameron salvará a la chica; sabemos que Kris Doile estará, él ha intentado siempre estar con Naval, pero tenemos que arrestarlo por posesión, además está acusado de violar a una muchacha de 16.

—Es la edad en la que uno puede dar consenso para tener intimidad... ¿Estás seguro de que es violación y no relación por consenso mutuo? —preguntó Eric.

—Sí —Lanzó un expediente—. Eric, ábrelo; la golpeó tan fuerte que ha perdido la visión del ojo derecho, así que será la oportunidad de nuestras vidas, Navalenka tendrá un nuevo amigo.

—¡Si es que le dura! —expresó Collins—. Sabemos que ha estado jugando con apuestas dentro de la residencia, apuesta quien puede más, los nuevos o ella, es una loca igual que el padre... Solo deben verla... Debe ser una psicópata que no para acostándose con uno y otro, y no puede mantener las malditas piernas cerradas.

Nolan apretó la mandíbula, se mordió la lengua y formó puños a sus lados, tenía ganas de lanzar a Collins desde el quinto piso, estaba teniendo la lengua demasiado suelta y tenía ganas de callarlo. Collins era el típico sujeto al que todos despreciaban por creerse superior, había conseguido el puesto por ser

hijo de uno de los jefes, por así decirlo; en conclusión, su padre era el Ministro del Interior del país. Collins siempre deseó el puesto de Nolan, pero la señora Dorothy Patiño no lo permitió, le tenía demasiada estima; además de ser considerado uno de los mejores en el campo, no podía permitir una injusticia de tal magnitud.

Steven Collins era solo una sanguijuela más, estaba allí por favores y no por su capacidad, además de que varios en la oficina querían darle una buena reprimenda por ser entremetido y no cumplir con las bases que se necesitaba para ser un buen agente del FBI.

Después de que Nolan le pidiera con una mirada glacial a Collins de «cierra tu maldita boca», este continuó hablando.

—Continuando, señores: Navalenka tiene una tendencia extraña a hacer muy malos juegos a los nuevos, además han sido amenazados con tres atentados en lo que va de estas dos semanas: dos bombas y veneno... Y digamos que tenemos al indicado... cartas de referencia tenemos algunas, tenemos todo cubierto, será un operativo grande, nuestros nombres saldrán en la prensa, seremos héroes. —Presionó el botón de un intercomunicador, oyendo la voz de una mujer.

—¡Amanda!... Por favor, avísale a Reed Fletcher de que queremos verle...

—A la orden, señor —respondió la mujer, estando al otro lado de la oficina; era una mujer esbelta de cabellos negros, con un moño que no dejaba escapar ninguna hebra; se levantó de su asiento y caminó hasta la oficina de Reed, encontrando a un grupo de chicos gritar y reír, mientras uno de ellos era la atención, estaban jugando cartas los muy cretinos.

Entre risas, abucheos y dinero, el suelo parecía un pequeño patio de niños pequeños o, más bien, de hombre inmaduros. Al verlos en medio de su juego de apuestas, la mujer morena carraspeó suavemente llamando su atención.

—Fletcher, deja eso y ve a la oficina de juntas... Por lo visto requieren tu presencia de inmediato.

Un joven atractivo, imponente con su metro noventa, tenía un perfecto cuerpo de boxeador, podrían describirse sus hoyuelos, una sonrisa matadora pero infantil, una sonrisa que ocultaba perversidad, además de lujuria, mandíbula oscura y desalineada, labios rojos y carnosos, ojos intensamente

azules, cabello castaño oscuro pero cortado a la perfección al ras del cuero cabelludo, pómulos fuertes, musculoso sin ser demasiado amplio, cuerpo largo y delgado, caderas estrechas, hombros anchos, se podía ver debajo a través de su camisa su estómago plano, tenía un eighth pack, además de tener una sexy V de sus oblicuos, poderosas piernas, gruesos muslos; era todo un adonis moderno, la perfección hecha carne.

Reed se levantó del suelo, lanzando las cartas a un lado, se acomodó la camisa que la traía fuera de lugar, trató de arreglar su corbata, pero era imposible para Reed, él era un hombre demasiado altanero.

—Lo siento, muchachos... El jefe llama... —Todos comenzaron a abuchear, mientras Reed se movía al lado de la morena con los movimientos de una pantera, erguido, mientras con un guiño hizo la despedida para su grupo de compañeros.

En medio de los pasillos, la morena comenzó a hablar, cerciorándose de que nadie escuchara su conversación.

—Se supone que me llamarías... Después de... —Se dio la vuelta tratando de arreglar el desastre de corbata que Reed llevaba en esos momentos, mientras él trataba de ajustar sus pantalones y poner la camisa en su lugar; era un desastre andante.

—Cariño, sabes bien que las llamadas no son lo mío... —dijo frunciendo el ceño, haciendo un gesto sexy con la nariz.

—¿Sabías que eres un cretino? —La mirada de la joven morena era fría, estaba perturbada por el comportamiento de Reed, pero también dolida, así que se alejó de él, haciendo caer sus manos con brusquedad hacia sus costados.

—No sé de qué te quejas... Obtuviste lo que deseabas, lo que fuiste a buscar... Y tú sabías bien que yo no quiero compromisos... Nunca busco compromisos... Amanda, fui claro desde el primer momento, quería sexo y nada más... Y eso a ti te gustó, no me digas que no... Ya que arañaste mi espalda cuando te hice venir.

De la nada, Amanda se giró y le dio una bofetada, volteándole la cara.

—Espero verte algún día llorando por una mujer...

Reed trataba de acomodar su barbilla, como también hacer desaparecer el

ardor de su mejilla.

—Créelo, cariño... Nunca pasará... En mi maldita vida, eso jamás pasará —Dejó de lado a la morena, abriendo la puerta de la oficina donde estaban reunidos todos los jefes del FBI—. Buenas noches, señores... ¿Me llamaban? ... —Amanda se quedó mirándole fijamente, lanzándole dagas con la mirada, pero a Reed eso no le importaba, solo habían tenido sexo ocasional y nunca más se repetiría.

—¡Reed!... —dijo Nolan; le señaló el asiento vacío que había a su lado —. Siéntate, por favor... Justo estábamos mostrando a todos aquí a la familia Kapot. —Señaló con la mano a la gran pantalla, donde la foto de Naval lo llevó instantáneamente a una fantasía, quedando impresionado, y no pudo evitar preguntar.

—No me digas que ella es parte de los Kapot... —Frunció el ceño, no podía creer que una maravillosa criatura estuviera implicada en el mundo de las drogas, de la trata de blancas, de compra de armas, entre otras cosas; implicada en siete pecados al mismo tiempo.

Nolan, al verle casi hipnotizado por la foto, no dudó en esbozar una sonrisa, tratando de calmar sus recuerdos, los recuerdos que traía por casi veinticinco años.

—Navalenka Nicholanya Kapot, es la hija de Nicolay Novak Kapot, narcotraficante, como ya pude explicar aquí. —Le lanzó una carpeta con varias fotos de los familiares, además algunas fotos exclusivas de Naval en distintos ángulos, siempre agachada, con una gorra sobre su cabeza tratando de ocultar sus cabellos y sus ojos; tenía toda su información, además de lo que hacía y no, las cosas que le gustaban y disgustaban, y una lista de novios con un solo nombre: Creed Alfred Rise.

—¿Quién es este sujeto? —preguntó al observar la foto; estaban abrazados, mientras ocultaba su rostro en el pecho de un muchacho alto, fornido.

Pero la foto, al ser en blanco y negro, ocultaba los secretos más profundos, la belleza de la realidad.

—Su nombre es Trent Dubosky, es la persona que se encarga de su cuidado... Aparte de ser su confidente, es la única persona en la que ella confía. Le hemos seguido, pero anda con cuidado... Puede ser solo un señuelo

o simplemente un amante del dinero y la fortuna de Naval.

—Pues ella le abraza como si lo conociese de toda una vida...

Reed se quedó observando la imagen, sin darse cuenta de que estaba acariciando su rostro automáticamente, como si esa caricia fuera íntima, deseada, además de poder sentir el calor que emanaba lentamente a sus dedos; parecía que la conocía de toda la vida.

Había quedado hipnotizado, pero aún en su costumbre de ser un mujeriego y encantador agente del FBI seguía en su espalda; tenía un equipaje pesado y estar con alguien sería simplemente empujarla a un abismo que él mismo hizo con sus propios actos; no era apto, no tenía la fuerza ni la madurez necesaria para una relación, estaba roto, herido; era igual a Naval Kapot, ambos eran iguales, ambos debían intentar buscar su propia liberación.

CAPÍTULO 10

NOCTURNA

VIERNES

La estación cambiante, el invierno se acercaba a casa y nada podía detenerlo, era la estación favorita de Naval, estaba observando por su ventana cómo el Jaguar de Madeleine se estacionaba con velocidad, dejando detrás de ella una gran neblina de polvo y grava.

—Le encanta lucirse a la muy maldita —bramó Naval; la observó salir del auto con su cabellera suelta, con lentes oscuras y un ridículo sombrero de marca, además de esa blusa color crema, combinada con esa diminuta falda negra, y ni qué hablar de esos tacones Louboutins negros; le encantaba el negro como a Naval le enfermaba.

Con un suspiro no pudo evitar esperar con ansias la noche, no quería escuchar cómo el rebote de la cama de su padre y los gemidos de Madeleine se escuchaban por toda la maldita residencia, era su única salida.

—Dios... Gracias de que es viernes... Si no estaría muerta al estar viéndole —se dijo a sí misma, hasta que la puerta se abrió, por Iona para ser exactos.

—Niña... —Caminó hacia ella—. Veo que acabas de ver a Madeleine venir a casa.

—Sí... La pesadilla de Madeleine... De seguro se quedará hasta el domingo por la mañana, la muy perra —abucheó en descontento.

Iona vaciló por unos minutos, dudaba en decirle la verdad, una verdad que no le gustaría a Naval para nada.

—De eso quería hablarte, Naval... Sus maletas llegaron anoche.

Ella volvió el rostro irritada.

—Creo o eres demasiado propicia para dar las malditas malas noticias,

Iona —Se enfrentó a su nana, casi tratando de pensar y analizar lo que dijo Iona, señalando con el dedo índice; estaba a unos centímetros de golpearla con él—. ¿A qué te refieres con «maletas»? —Cerró los ojos tratando de poder asimilar lo que escuchó—. Ella se queda siempre los fines de semana nada más...

—Está vez es diferente, mi niña...

—¿Diferente en qué manera...? —Sus ojos se abrieron, no quería ni pensarlo—. No me digas...

—Sí... Naval... Al fin consiguió lo que quería. —Sin pensarlo dos veces, Naval giró sobre sus talones y salió de su habitación hecha una furia.

—Naval... Espera, niña... ¿Adónde vas? —Su nana trató de alcanzarle, pero Naval era joven y sus pies respondían a la perfección; bajó con tanta prisa por esos escalones que casi tropieza y se traga sus propios dientes, pero logró sujetarse de la barandilla; debía verlo con sus propios ojos, caminó tan de prisa que ni se dio tiempo de ver un par de cosas nuevas en la residencia.

Habían quitado el retrato de su madre de encima de la chimenea, cuadro que ella había puesto hacía un año, hacía solo doce meses atrás; eso era un crimen, era un sacrilegio para su memoria, y Naval no lo permitiría.

Al estar frente a la puerta del estudio de su padre, empujó las puertas con fuerza sin importarle si interrumpía algo; su padre, al verla entrar, levantó la vista, dejando de lado sus actividades, levantándose a toda prisa de su sillón; la violencia de Naval le había sorprendido.

—Naval... ¿Por qué entras a mi estudio de esa manera?

Dando unos pasos hacia adelante, no dudó en enfrentarse a ese hombre al que llamaba padre.

—¿Me estás preguntando que qué me pasa? Lo que me pasa es que esa zorra ocupa el lugar de mi madre.

Su padre golpeó con sus puños la mesa, haciendo vibrar todo lo que se encontraba encima de ella.

—Cuidado con esa boca... No te permitiré que hables de esa manera de ella.

—¿Y qué se supone que me harás? —Estaba al borde de un colapso

nervioso.

—Nada que no quieras, cariño. —Naval se quedó quieta, la voz de Madeleine flotó en el aire, como si fuese un montón de hienas hambrientas buscando la presa de la tarde.

Dándose la vuelta, la enfrentó, estaba cara a cara y Naval no permitiría que esa zorra ganase la partida.

—Con que tú, zorra desgraciada, has logrado entrar a esta casa.

—¡Navalenka! —gritó su padre tratando de detenerla.

—Tranquilo, cariño... No pasa nada, es normal que quiera canalizar su ira contra mí —Trató de sonreír, había conseguido lo que por años no pudo—. Naval... Cariño —Intentó acariciar su mejilla, pero Naval apartó su mano delgada y bien cuidada bruscamente con un manotazo—. Creo que no es necesario una escena, y mucho menos los insultos.

—Vete a la mierda —respondió con fuerza, para luego sentir un ardor especial en su mejilla; Madeleine le había dado una bofetada.

—Aunque me golpees, nada cambiará; seguirás siendo la misma zorra avara que trata de ocupar el lugar de mi madre.

—¡Mocosa! —Volvió a levantar la mano ante Naval, pero fue detenida por una mano arrugada y cansada; Iona sostuvo su muñeca con fuerza logrando marcar sus dedos en la carne de Madeleine, zafándose con brusquedad de ese agarre de muerte, obligándole a mirarle a los ojos, que estaban estupefactos por el repentino cambio de roles.

—Creo, señorita, que con una basta; usted no es nadie para golpear a mi niña.

—Iona... Por favor, no se meta —habló a favor de su nueva amante.

—Señor Nicolay, creo que usted está llevando esto demasiado lejos; primero, usted permite que saquen el retrato de la señora, y ahora, que golpeen a su hija delante de usted... ¿Acaso no ve, señor?

—Nicolay, ¿ve lo que tiene que ver...? Desde hoy yo me haré cargo de todo.

—¿El retrato? ¿Estás hablando del retrato de mi madre? —preguntó Naval,

saliendo despavorida del estudio para ir a la sala en busca de la verdad; al estar en medio de la sala, se percató de que ese retrato, el único que había visto, el único que pudo ver y solo hacía un año, había desaparecido; no podía creer lo que estaba pasando, su padre estaba negándole el ver (aunque fuera en retrato) a su madre otra vez, ya que hablar de ella en casa estaba prohibido.

Su padre fue tras ellas, ya que Madeleine y Naval habían salido juntas; debía impedir una locura, pero fue demasiado tarde; al estar detrás de su hija, además de tener una amplia sonrisa socarrona llena de satisfacción, sin decir nada y sin esperarlo, Naval se giró de la nada, dándole un buen puñetazo en la nariz, haciéndola trastabillar y caer de bruces hacia atrás por la intensidad del golpe.

Su padre se quedó quieto, jamás imaginó una reacción así, jamás lo vio venir de esa manera. Sus ojos parecían haber perdido el control, la ira y la cólera estaban corriendo por sus venas; por su mente las imágenes de una Madeleine a más de mil metros bajo tierra paseaban como imágenes de ovejas en medio de la noche. Su padre, al reaccionar, corrió hacia su amante y la ayudó a levantarse, pero no pudieron detener el sangrado de nariz; le había desviado el tabique de su preciosa y costosa nariz plástica.

—Naval... Quiero que te vayas a tu habitación...

—¿De verdad me dices que vaya a mi habitación? ¿Cuántos años crees que tengo? Quince... ¿En qué malditamente estás pensando?... —Miró de soslayo a Iona, y sabía que si no paraba su dramatismo, ella pagaría los platos rotos; asintiendo con la cabeza, aceptó su pronta derrota—. Ok... Me iré... Madeleine, siento lo de tu nariz, pero es bueno saber que podrás arreglarla una vez más con cirugías, pero que no te cueste mucho, Nicolay... No vale la pena.

—Me debes respeto... Soy tu padre... —bramó enfurecido ante la irracionalidad de su hija.

—Creo que es un privilegio que perdiste hace mucho tiempo...

—Naval! —gritó una vez más.

Dándose la vuelta volvió a subir esas gradas, mientras los gritos de Nicolay se escuchaban por toda la casa. Esperando a que la noche cayera sobre sus hombros una vez más, se asomó a la ventana y vio cómo su padre llevaba a Madeleine del brazo hacia su auto. Por lo visto el golpe era peor de lo que esperaba, eso la alegró pero no podía cantar victoria, buscaría la

manera de vengarse... Madeleine era mucho más peligrosa de lo que aparentaba.

Como siempre, tomó un baño, se cambió de ropa, cambiándolo por un vestido color rojo; tenía un corpiño decorado en pedrería fina, dejando al desnudo su abdomen y espalda, para luego bajar en una falda corta hacia arriba de la rodilla en seda ligera y fina, calzándose con unas sandalias altas doradas; se hizo una coleta alta, se maquilló un poco, resaltó sus ojos, delineó sus cejas y párpados, un poco de rubor a sus mejillas y un poco de lápiz rojo intenso para darle vida a sus labios, pendientes en forma de lágrimas, y ya estaba lista. Tomó su chaqueta de cuero de color blanco, dinero, su bolso y su móvil, y se fue. Necesitaba bailar, tomar y despejar su mente de la fatalidad y dramatismo taciturno.

Tomó su Ipod y presionó play; entonces la canción Whethan–Savage feat. Flux Pavilion & MAX comenzó a sonar tan fuerte que podía incluso dejarla sorda. Sin que Iona se diera cuenta, bajó a toda prisa, mientras caminaba por el césped hacia la caseta de seguridad; necesitaba sus llaves, necesita irse en su moto, una Ducati negra, esa sería su noche... ¿Pero con el vestido? Encogió sus hombros, a ella le daba igual.

Trent, como siempre, le daba las llaves y le permitía salir; hizo rugir el motor, se puso el casco y aceleró. La brisa intentaba hacer volar su vestido pero estaba muy bien sentada, le encantaba la emoción y su viaje de 45 minutos a su centro nocturno favorito. Sansón conocía muy bien al guardia de seguridad, a Rick, así que ella podría entrar sin que nadie objetara.

Al llegar a esa discoteca, las luces de colores podían verse desde la entrada. Estacionó su motocicleta, bajó con cuidado y se quitó el casco, guardó sus llaves y caminó hacia la entrada. El guardia, al verla, le sonrió y le abrió el paso; siempre tenía entrada libre y nadie le decía nada, y Naval lo aprovechaba al máximo. La música y la voz de Usher-Euphoria, rebotaba en su piel, la gente bailaba al ritmo, y otros, simplemente parecía que tenían un ataque. Era divertido para ella ver a los demás, caminó hasta la barra y pidió como siempre una copa de vino tinto, necesitaba relajarse después de pelear con Madeleine. No pasaron ni cinco minutos cuando vio a Kris Doile pavonearse por las pistas; estaba como siempre, con pantalones ajustados y rotos, camisa a cuadros y su ridículo peinado, sus cabellos negros estaban ya mojados por su sudor; sus ojos grises estaban cerrados, era alto, pero no tanto

como el que ella recordaba cada noche.

Al verlo, se volvió, dándole la espalda; era lo menos que necesitaba, era un asco, no podía mantener sus manos quietas, siempre encontraba un motivo para ponérselas encima.

Naval, de tan solo de imaginar sus manos sobre ella, quiso vomitar, pero no dejaría que eso le afectara en ese momento, pero no estaba sola en la barra; un hombre con pantalones vaqueros que colgaban de sus caderas y una camiseta blanca, además de una chaqueta de cuero; la observaba con detalle, con mucho detalle.

Naval, al sentirse observada, volvió el rostro viendo al desconocido y sonrió con delicadeza.

—Soy o me parezco —farfulló con ironía. El desconocido solo levantó su cerveza y realizó un brindis silencioso ante ella.

En respuesta, Naval puso los ojos en blanco, no necesitaba nada de este tipo de distracciones.

No pudo evitar sentirse excitado por ver cómo Naval llevaba la copa de vino hacia su boca dando sorbos pequeños y probando con demasiado ímpetu el vino; quería disfrutarlo, además de verla cómo movía el cuello y la cabeza al ritmo de la música. El desconocido podía ver a Naval fruncir el ceño, claro signo de preocupación o estrés, mientras observaba a Kris por el rabillo del ojo; estaba en su salsa el muy ingenuo, no sabía que en esos momentos sería atrapado, pero el muy vivo se percató de la presencia de Naval, dándose a sí mismo una sonrisa socarrona, dejando la pista para acompañar a Naval Kapot, su chica preferida.

—Hola, Naval... Hace mucho que no nos vemos. —Su voz repugnante dio un escalofrío a la espalda de Naval; estaba perdida, nadie la salvaría de alejar a ese bribón.

—¡Oye, Kris!... No puedo decir lo mismo. —No se volvió a verle, no deseaba tener una arcada en medio, pero Kris se apoyó a un lado para observar su perfil.

—Oh... Naval... ¿Por qué dices cosas como esas?... Sabes que te quiero en buena onda... Quiero que seas mi chica... Eres mi preferida.

—¡Hurra! —dijo con sorna—. Piérdete, Kris... No necesito tu mierda en

este momento... Estoy... yo estoy... —Trató de que parase en ese momento para dejarlo solo, pero en ese momento el extraño que la observaba se levantó y dijo con voz gutural y seductora.

—Ella está conmigo, amigo... Busca a otra que molestar... Ella es mía. — Naval levantó la vista para encontrarse con unos profundos ojos azules que la cautivaron en ese momento. No sabía qué decir, pero le siguió el juego, quería a Kris fuera de su alcance y haría lo que fuera por alejarlo todo lo que podía.

—¿En serio? —Miró a Naval—. ¿Estás con este tipejo?...

—Eh... Sí... Lo estoy —dijo con rapidez—. Como te puedes dar cuenta, Kris, estoy acompañada esta noche y tus proposiciones no pueden ser bien aceptadas ahora... Ni nunca. —Tomó su copa dándole un sorbo y bebiendo de un trago todo su contenido, y se acercó al extraño héroe poniendo un codo sobre su hombro como si se conocieran de toda la vida.

—¡Maldita perra! —balbuceó Kris, dándole la espalda a esa pareja ficticia, pero el desconocido no podía dejar pasar el insulto.

—¡Oye, Kris! —El muy idiota se volvió, recibiendo un gran puñetazo en la cara, haciéndole sangrar la nariz, y retrocedió unos pasos llevándose las manos al rostro, amortiguando la caída de la sangre, sin saber que quien la protegió era nada más y nada menos que «Reed Fletcher».

—¡Mierda! ¡Qué gancho! —Amortiguó Naval, se había quedado petrificada, fue el mejor gancho que había visto en su vida, nada comparado a los leves golpes que le daba a su saco de boxeo; estaba casi con la boca abierta cuando escuchó nuevamente al sujeto desconocido.

—Cierra la boca, muñeca... Puede que te entre una mosca. — Obedeciéndole, cerró la boca sin chistar, mientras observaba cómo Kris trataba de recuperarse; de seguro que estaba por comenzar una pelea.

El desconocido se preparó para el ataque de Kris, y así lo hizo, corrió con furia hacia él tacleándole, pero pudo detener a Kris con un solo movimiento, un gran puñetazo en la espalda, que lo hizo caer al suelo antes de que Naval pudiera gritar.

No pasaron ni dos minutos en que un grito hizo que todo el mundo saliera despavorido del local.

—Los cerdos... Corran. —Era la policía, y buscaban a los abastecedores

del lugar, los que vendían éxtasis y cocaína, y Kris era uno de ellos, y Naval sabía las consecuencias, sabía muy bien qué pasaría si a ella la encontraban cerca de Kris, y si decía su apellido, solo era sumar más problemas.

—¡Maldición! —Soltó juramentos nada propicios para una señorita, no dudó en ver salidas de escape, pero todas estaban bloqueadas; este sería su fin. Maldijo por un momento el haber ido, todo por escapar de la maldita zorra que su padre había llevado a la residencia, hasta que sintió una fuerte mano rodear su cintura y sujetar su brazo llevándola hacia afuera; era el sujeto desconocido.

—Anda, vamos... Camina, a menos que quieras que la policía te lleve a una linda celda —le dijo, mientras ella estaba con dos piernas izquierdas; la policía atrapó a Kris de inmediato, haciéndole arrodillar y levantar las manos encima de la cabeza. Al fin se sacó a Kris del camino, era lo mínimo que podían hacer, era una escoria total, además de repulsivo.

Fueron atrapados otros también, por lo visto no solo Kris fue atrapado, sino algunos vendedores menores de drogas, y ellos no querían a los peces pequeños, querían al pez grande, a Nicolay Kapot, y la única manera de llegar a él era a través de su única hija.

Encontrando un pasillo oscuro, la policía estaba haciendo una redada, y eso significaba que nadie estaría a salvo; así que ese extraño hombre la llevó a unos de los pasillos oscuros, donde la policía no podía encontrarlos.

—Oye, suéltame, me lastimas. —Trató de soltarse, obligándole a parar, tomando su propia muñeca, frotándola por el dolor que ese desconocido le había producido al sacarla del club casi a rastras.

—Lo siento, es que no podemos dejar que la policía nos atrape... —Trató de acercársele, pero ella retrocedió, mirándole con miedo, con terror; Reed, al ver esa mirada, comprendió que era un desconocido.

—Lo lamento, no te dije mi nombre... —Extendió su mano, ofreciéndola como un cordial saludo; Naval dudó, mirando con escrutinio la mano del desconocido salvador—. Mi nombre es Cameron Bergenson... Pero llámame Cam.

—Creo que mi nombre no es necesario... —respondió Naval, negándose a estrecharle la mano, así que Reed no tuvo más remedio que bajar la mano.

—No hay problema, ya lo sé —respondió con una sonrisa seductora, mostrando los hoyuelos de sus mejillas.

Naval levantó la cabeza y le vio con una mirada glacial; el brillo de sus ojos pardos se convertían en un verde fangoso, estaba enojada.

—¿De qué me hablas?

—Quién no conocería a la hija del gran Nicolay Kapot. —Reed inclinó la cabeza, examinándole, no sin antes poder esbozar una sonrisa perversa; el cretino sabía lo que hacía.

Naval no podía creer lo que escuchaba en esos momentos y, para colmo, una llovizna de muerte comenzó a mojar sus cabellos, haciendo que su ropa fuese un desastre andante.

—Bien... Entonces... Date vuelta y lárgate de mi vista; no necesito más admiradores de la mafia, así que adiós, Sam...

—Es Cam...

—Como sea —Se giró sobre sus propios talones y comenzó a caminar por el largo pasillo oscuro, pero el nuevo amigo que había conseguido le izó del codo obligándole a volverse con brusquedad—. Espera, muñequita, creo que estás yendo por el camino equivocado.

—Y tú tienes la mano en la chica equivocada —Bajó la vista hacia la mano que sostenía su codo y volvió la vista hacia él; era «demasiado atrevido», pensó, para luego sentir cómo los dedos que la sujetaban se aflojaban con lentitud.

—Si quieres seguir viva, sígueme; yo te llevaré a casa.

—¿Acaso escuchas lo que sale por tu boca? En toda la maldita vida me iría con alguien como tú; puedes ser un delincuente, un... un... secuestrador... un... —Se quedó sin palabras para seguir describiéndole.

—Cariño... En la vida secuestraría a la hija de un narco famoso; estaría poniendo en juego mis bolas, y créeme, las aprecio demasiado para poder perderlas.

—Como si te sirvieran de mucho —dijo con sarcasmo.

Reed no dudó por un segundo en enarcar sus cejas, haciendo de sus ojos

aún más bellos; dio cierta impresión en Naval, pero ella nunca daba su mano a torcer.

—Me remito a las pruebas, cariño... O mejor dicho... señorita Kapot. — Se acercó demasiado a ella, algo que ningún hombre debía hacer si apreciaba su vida.

—Solo hay una palabra para ello: «primor». —Naval levantó sus manos poniéndolas en los hombros de su salvador, trataba de seducirlo; el muy cretino estaba creyendo en sus juegos, pero lo siguiente no lo vio venir, ya que Naval le dio un rodillazo en la entrepierna obligándole a caer de rodillas, doblándolo; eso sí que era doloroso.

—Tenías razón... Es mejor conservar las bolas en su lugar. —Sonrió saliendo del lugar como si nada hubiese pasado, dejando a Reed arrodillado en el suelo tratando de acomodar su entrepierna o lo que quedaba de ella.

—¡Bruja desgraciada! —bramó él entre dientes al verla alejarse y tratando de poner en control... su dolor.

Naval caminó tranquila por ese desolado pasillo, mientras la lluvia mojaba su cabello; le encantaba la lluvia y aún más cuando era la entrada del otoño. Reed, al ver que había perdido parte del juego, pidió refuerzos para la ocasión, hablando con el pequeño micrófono incorporado.

—Dylan... Maldita sea, está yendo por el pasillo del club, salida oeste, me dio un rodillazo en la entrepierna. —Dylan era uno de sus mejores amigos, fue quien le convenció a entrar en las fuerzas del FBI, era su mejor amigo, aún lo era y era quien levantaba su trasero borracho de varios lugares cuando iba a algún bar a olvidar sus penas y traumas.

Dylan Dupree era alto, con cabellera rubia, ojos verdes, labios carnosos; era parecido a Reed, solo que a él le gustaba utilizar siempre una barba pequeña y mañanera; le encantaba utilizar un estilo desaliñado, pero en la casa era tan ordenado y limpio que hasta al mismo Reed le incomodaba tanta limpieza y orden.

—Amigo... ¿No eras demasiado listo para caer en las redes de una muchachita como ella...? —No pudo evitar echar unas cuantas carcajadas, estaba imaginándose a su amigo doblado por el dolor que Naval le había producido.

—¡Maldición, Dylan!... Ve por ella... —bramó, tratando de controlar el dolor.

—¡Dios! Qué genio... Veo que encontraste la horma de tu zapato, Reed... —Dylan bajó de la camioneta que esperaba en una esquina del club; bajó todo uniformado, con su chaleco antibalas, sus pantalones y botas de combate, todo un agente especial; caminó por la calle desolada y esperó en el pasillo unos minutos bajo la llovizna; debía asegurarse de que Reed pudiera ingresar en la residencia.

Hasta que por fin Naval apareció, estaba caminando y chequeando a cada minuto si le perseguía; sin darse cuenta, chocó con un tronco, temía levantar el rostro y ver quién le asió de la cintura para que no cayera de trasero, así que dudó unos segundos pero levantó la mirada cerrando un ojo, no quería ver el desastre por completo.

—Vaya... Vaya... Vaya... ¡Miren qué nos trajo el conejo de Pascua! o, más bien, ¿santa Claus se adelantó y nos trajo un regalito?

—¡Suéltame! —ladró Naval, al sentir cómo ese extraño la llevaba contra un auto y la arrinconaba contra el capó; iba a esposarla, además de contemplar cómo la falda subía mostrando unas piernas torneadas, así como un trasero redondeado y perfecto, todo ceñido a la seda mojada.

Dylan era hombre y no pudo evitar mirar el trasero de la chica.

—Señorita... ¿Conoces tus derechos?

—Claro que sí, imbécil... Ahora, suéltame —ordenó.

—Lo pensaré... Pero tienes derecho a guardar silencio; si renuncias a este derecho, todo lo que digas puede y será utilizado en tu contra —Naval repasaba cada palabra, vocalizándola y poniendo los ojos en blanco, como si no conociera sus derechos—. Tienes derecho a un abogado, el que estará presente en tu interrogatorio; si no tienes uno, el Estado te proporcionará uno sin costo. ¿Entendido? —Estaba llevándola hacia una patrulla.

—¿Qué parte? La que eres un imbécil o la parte en la que te crees policía...?

—Graciosa... Muy graciosa.

—¿Y de qué se me acusa?

—Creo que ya lo sabes...

—Si lo supiera, no te preguntaría, perverso... Y deja de mirarme el trasero...—ordenó enfurecida—. Acabo de salir de un callejón... Puede que viva por allí.

—Muy lista... Pero no...

—Entonces... Estoy esperando... ¿De qué se me acusa?...

—¡Prostitución! —Dudó en decirlo, pero tenía que decir algo.

—¿Estás hablando jodidamente en serio? ¿Crees que soy prostituta? Debes de utilizar anteojos, amigo... Ni tengo la pinta de ser una...

—Solo cállate. —Estaba a punto de hacerla entrar a la patrulla, cuando un golpe llamó su atención. Reed había fingido darle un buen golpe a su amigo Dylan; aunque el dolor agudo retumbó en sus oídos, se vio obligado a caer al suelo fingiendo estar desmayado por el gran golpe que le habían proporcionado esa noche. Abriendo las esposas con cuidado, Naval no podía creer lo que tenía detrás de ella, a Cam nuevamente salvando la noche.

—¿Tú de nuevo?

— Esperaba un «gracias, Cam» —dijo con sarcasmo—. Pero creo que lo tomaré ante la falta de tus modales... De nada...

—¿Terminaste de preguntar y responderte a ti mismo...?

Dando un suspiro alto, trató de controlar a la fiera, ya le habían advertido de ella.

—Creo que no comenzamos con el pie derecho... Ahora vamos, antes de que despierte... ¿En qué viniste? —preguntó Reed haciéndola girar para que lo mirase a la cara; ella estaba pálida, de seguro asustada.

—En moto... Está al final de la calle, es una Ducati negra. —Señaló para el lado opuesto de la calle.

—¿Hablas en serio? —La observó, subiendo y bajando la mirada—. ¿En moto, con vestido?

—¿Eres lento o quieres que te lo dibuje en una servilleta? —bramó Naval—. Lee mis labios con cuidado... M.O.T.O.

—Dame las llaves...

—En la vida...

—No podrás conducir si estás temblando como una hoja.

—¡Maldición! —Rodó los ojos; tenía razón, estaba asustada; si la policía la atrapaba, estaba muerta, ya que Nicolay la dejaría pudrirse en la cárcel; era la regla número 1 en su lista. «No meterse con la poli... Nunca, jamás». Sacó las llaves de su bolsillo, lanzándoselas. Reed las tomó y ambos corrieron hacia la moto. Él se montó y la encendió a toda prisa, mientras Naval estaba imposibilitada para poder hablar por los nervios, subió a la moto y se sujetó con fuerza de la cintura de Reed; sus manos estaban heladas, y de seguro no podría abrirlas al llegar a casa.

Conduciendo por la ciudad a toda velocidad, Reed escuchó por su audífono.

—Golpeas como una niña... —Ante aquel comentario no pudo evitar sonreír, mientras llevaba a la chica a casa, aquella chica que era un enigma para él; opuestos y compatibles, distintos pero iguales.

CAPÍTULO 11

DIGNO ESPECTADOR

—Detente aquí —ordenó Naval; habían llegado a la residencia, pero al ver a los guardias vigilando la carretera, era una mala señal. Entonces vio las grandes llamaradas de fuego en la parte de atrás de la casa, era cerca del jardín donde ella paraba en ocasiones, donde la soledad era aún más relajante que el dramatismo de su padre y su falso paternalismo, era el columpio... El columpio de su madre.

Sin pensarlo dos veces, se bajó de la moto y corrió hacia las puertas, mientras la voz desesperada de Cam le gritaba que se detuviera.

—Oye... Detente... —Al ver que ella no se detenía, maldijo en voz alta, bajando y siguiéndola—. ¡Maldición!

Estaba por entrar a la zona de la residencia cuando Sansón la tomó de la cintura, evitando que corriera hacia la zona; mientras Naval solo pensaba en una cosa: «Iona», ella se columpiaba allí...

—Iona... Iona... —repetía entre gritos desesperados.

Cam corrió hacia ella.

—¡Suéltala! —espetó, pero Trent lo sujetó con fuerza, inmovilizándole con un arma en la cabeza.

—Iona... ¿Dónde está Iona? —repitió pálida y muerta de miedo, al tener que recibir una de las más trágicas noticias... La historia se repetía.

—Ella está en la casa... Ella está en la casa —le repetía sin soltarla—. Ella está a salvo.

—¡Maldición! —repitió, mientras su alma regresaba literalmente a su cuerpo—. Sansón... Suéltame... —Trató de escabullirse, pero Sansón no lo hizo, y volvió el rostro viendo a su nuevo amigo inmóvil—. Él vino conmigo; suéltalo, Trent.

—No puedo, Naval... Hubo un atentado, por lo visto alguien puso un explosivo justo en la parte trasera de la casa, en tu patio favorito.

—El columpio —afirmó.

—Sí... Ya pudieron neutralizar el peligro, pero no sabemos cómo demonios llegó ese explosivo a esa parte de la casa sin que detectásemos nada; tú padre está enfurecido y fue a buscarte como loco; casi muere de un infarto al no encontrarte, pero después se enteró de que estabas afuera y eso lo enfureció más... Por lo visto, la bomba era para ti.

Quedando callada ante las palabras de su amigo, no pudo evitar sentirse mal por lo ocurrido esa tarde; odiaba a Madeleine, esa mujer era una codiciosa, lo único que quería era tener la dinastía Kapot a su disposición, y no dudaba ni por un segundo de que ella deseaba verla muerta.

—¿Y ahora? —preguntó mordiendo su labio inferior ante el nerviosismo.

—Quiere verte... Dio órdenes de que cuando llegaras, te llevásemos ante él...

—¿Y esa perra? —preguntó por Madeleine.

—Esa está más asustada que tú... Además, ella estaba justo en ese perímetro, pensando que estabas allí; iba a verte, pero todo explotó.

—Mala suerte...

—Sí, muy mala suerte. —Seguían caminando, mientras Trent seguía amenazando con el arma a Cam, quien tenía las manos sobre la cabeza.

—Viejo... Puedes dejar que camine sin mis manos en la nuca... Me siento atrapado por la poli. —Lo miró de soslayo, reconociéndole.

—Créeme, querrás estar con la poli antes que con nosotros —afirmó Trent.

Sansón logró soltar su agarre, escoltándola junto a su acompañante hacia el despacho de su padre, pero cuando llegaron a la casa, Nicolay estaba esperando con Madeleine en el porche. Naval se detuvo al ver a su padre totalmente cubierto de hollín; estaba morado del enojo, bajó las gradas y, antes de que Naval pudiera verlo venir, recibió un bofetada que la dejó tambaleante y, por no decir, le obligó a voltear la cara; ella abrió la boca, por la sorpresa, por el dolor; jamás pensó que su padre le golpearía de esa forma delante de Madeleine, quien sonreía al ver cómo era golpeada; ambas se odiaban, ambas

buscarían la forma de deshacerse una de la otra. Automáticamente, Naval sostuvo su mejilla enrojecida, sin duda habría un moretón en esa parte de su cara, dando un paso atrás, pero su padre no iba a detenerse, estaba preparándose para darle otra bofetada, pero Cam hizo acto de presencia, siendo percibido por Nicolay.

—Ya basta... Déjela... —gritó con fuerza, pero Madeleine fue quien examinó al muchacho de pies a cabeza; por lo visto, con un gusto y paladar exquisito, sería su postre.

Nicolay se abrió paso hasta Cam, empujó a su hija haciéndola caer encima de la grava y el polvo; era lo menos que se merecía por darle un susto de muerte, y con paso firme se detuvo delante del desconocido.

—¿Tú te atreves a detenerme?

—Me atrevo porque puedo... Si tengo que hacerlo... Sí... Por supuesto que sí.

Antes de que pudiera pensar, Nicolay le quitó el arma a Trent y le apuntó a Cam en medio de la cabeza; se quedó con la boca abierta, con las manos en los extremos formando puños.

—Basta... —ordenó Naval—. ¡Detente!

—¡Dispara! —ladró Cam sin miedo, aunque su sudoración decía todo lo contrario.

—Si es lo que quieres —mencionó Nicolay quitando el seguro del arma, mientras los gritos de Naval para que se detuvieran hacían eco en el ambiente cargado por la tensión y el miedo—. Tienes bolas, niño... Las bolas que muchos han perdido. —Miró de soslayo a su hija, ya que ella nunca estaba dispuesta a gritar y defender a nadie, pero esa noche había dejado su egoísmo a un lado.

—Vamos, dispara ya —Volvió a gritar, y justo cuando estaba por jalar del gatillo, Naval gritó con fuerza—. ¡NO!... ¡Detente!... ¡No lo hagas! —Naval se levantó a toda prisa empujándole y poniéndose delante de su nuevo amigo—. No dejaré que lo hagas... él... él me salvó esta noche, él me ayudó... No lo mates... Por favor, te lo suplico.

Su padre, obligado a bajar el arma, se la entregó a Trent nuevamente.

—¿Te salvó? —Por primera vez su hija ayudaba a alguien a sobrevivir, era muy valiente, aunque también testaruda.

—Sí, lo hizo... La policía me detuvo... Iban a llevarme, pero él me ayudó... Siempre dices que la primera regla es no meterse con la policía...

En ese momento su padre volvió a abofetearle, pero esta vez Reed se puso delante de ella recibiendo una bofetada que iba directo a Naval.

—Eres tan idiota para que la policía te atrapara... Qué pensabas en esos momentos; si te tienen a ti, me tienen a mí, pero ni creas que te ayudaré si caes de nuevo en sus redes; dejaré que te pudras y negaré rotundamente que eres hija mía.

—No creo que te cueste mucho trabajo negarlo... Siempre lo has hecho... Siempre lo hiciste, así que no habría ningún problema, jamás te pedí nacer, y créeme, desearía no ser tu hija —Dejando todo de lado, comenzó a caminar en dirección al interior de la casa, pero frenó en seco, se volvió y dijo—. Cam... Ya sabes dónde vivo, espero que me visites. —Un brillo cubrió su ojos, las lágrimas se vieron reflejadas a la luz de la Luna, pero apartó la vista y se perdió en el interior de la casa; el estar vulnerable era su peor pesadilla y traición; pasar vergüenza era tan doloroso para ella, que no perdonaría ni a su ser más querido la humillación.

—Veo que tienes agallas, muchacho —insinuó Nicolay, observándole con detenimiento.

Cam estaba con la boca apretada y el corazón martilleando a mil por hora, pero debía calmar sus nervios, así que simuló estar tranquilo, se encogió de hombros y se cruzó de brazos; era lo mínimo que podía hacer para quedarse allí más tiempo, aunque fuese con vida.

Trató de formar unas palabras coherentes, pero fue interrumpido por Nicolay.

—Quiero contratarte para que seas el guardaespaldas de Naval... Ella es muy... —dudó en decirlo— ¡Libre!... Y le gusta ese estado, así que ya que has empezado a hacerte su amigo, qué mejor que la cuides y salgas con ella; Naval tiende a... —Frotó su barbilla pensando en las palabras correctas—. Tiende a ser rebelde, a deshacerse de todos los guardaespaldas que se le asignan; ni por más que conociera a Sansón le permitió cuidarle.

—Créele, muchacho... Puso a una pitón en mi cama —recordó Sansón con dolor, aunque su risa jamás desaparecía de su rostro.

—Bueno... Quiero que hagas tu vida normal... Solo que debes poner un ojo en ella.

—Creo que podré... Mi nombre es Cam Ber...

—¡Cállate!... —continuó—. Has demostrado tener bolas para enfrentarte a mí... Me conoces, no lo niegues, todos aquí me conocen; además, aquí los apellidos no son necesarios. Eres justo lo que necesito, un chico que daría todo por Naval sin miedo a perder algo en el proceso. Podrás... Pero deberás mudarte aquí, a la residencia... Puedes irte por ahora... Eso es todo. —Se dio la vuelta y lo dejó con Sansón y Trent.

Dio un suspiro y sus mejillas comenzaron a tomar color; por unos segundos se garantizó ser hombre muerto, pero el ver a Naval enfrentarse a su padre por él, le dio un pequeño empujón a sus sentimientos.

—Por lo visto, tú eres el nuevo...

—Eso creo —dijo en tono neutro...

—Necesitarás suerte y un arma.

Cam volvió el rostro hacia Trent.

—¿Tanto peligro corre?

—No, amigo... La necesitarás tú para protegerte de ella. —Enarcó las cejas.

—¿Sabes manejar un arma? —preguntó Sansón, levantando las cejas; era muy metiche o entremetido, aunque le encantaba apostar al igual que a Naval.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Claro...

—La necesitarás cuando comiences a cuidarla, es el demonio mismo, tiende a hacer cada cosa; yo apostaré por ti... ¡Ah! Por cierto, ten cuidado con Speed... Tiende a ponerla en cualquier sitio o la saca de su caseta cada vez que quiere para ver correr a la gente.

—Estamos hablando de... —Estaba poniéndole nervioso, no le advirtieron de un niño travieso, aunque le advirtieron que Naval ahuyentaba a todo aquel que quisiera acercarse a ella...

—Naval Kapot... La pesadilla de la residencia; no te topes en su camino más de dos veces, aunque si pasas desapercibido y solo tiendes a ser su amigo, creo que tendrás todo en su lugar... Aunque recibes buena paga cuando renuncias... Pero no es igual llevarte un cheque con varios ceros y un miembro menos...

—¿Miembro menos?... —Sus ojos casi salieron de sus órbitas, ya que Trent le señaló los bajos con su mirada; Reed sabía que hablaban en serio.

—Sí, hermano... Puso galletas de perro en los bolsillos de Tanner y el perro le mordió los bajos —Reed hizo un sonido ahogado de tan solo imaginar—. Solo tiene un testículo... Según se... Por eso, amigo... Vete con cuidado, la fiera estará suelta dentro de poco... Aunque su atención ahora está fija en Madeleine y debes aprovecharlo.

—Vamos, Trent, deja al chico en paz, tiene que irse. —Sansón esbozó una sonrisa y tomó la chaqueta a su hermano bocón, jalándolo para que dejara de hablar, era lo menos que podía hacer en esos momentos, para luego quedar solo en medio del camino, dejándolo solo en medio de la residencia.

Naval, sin embargo, subió a su habitación, sentándose en el sillón que daba a la ventana, hasta que la voz de Iona la trajo a la realidad.

—Para que sepas, mi niña... Yo estaría orgullosa de tenerte como mi hija. —Naval volvió el rostro viendo a su nana; estaba con los ojos brillantes por las lágrimas, así que corrió hacia ella, abrazando las piernas de su nodriza y llorando como una niña pequeña; Iona acarició la cabeza de su niña, mientras ella desfogaba todo lo que tenía adentro.

—Él jamás me quiso... Jamás lo hará.

—Shh. —Trataba de calmarla, trataba de hacerla sentir mejor, pero la única manera de que se calmara era que su mismo padre la amara y comprendiera, pero eso también la nana lo sabía; su padre jamás la amaría como debía de ser.

Ayudándole a levantarse, la llevó hasta la cama, abrigándole y acobijándola; sus lágrimas mojaron su almohada, pero le ayudó a descansar, le ayudaron a no ver hacia atrás, como solía hacer cada noche al cerrar los ojos.

Reed caminó hasta la salida, caminó unos cuantos metros alejándose de las cámaras y guardias de la residencia, solo para confirmar su posición.

—Ya está... Estoy dentro de la residencia —dijo a su amigo Dylan, quien estaba al otro lado de la línea de su audífono.

—Estamos dentro de la residencia —Dylan anunció a los oyentes de la camioneta. Reed caminó unos kilómetros más, donde lo esperaba Dylan.

Tocó la puerta y escuchó su voz.

—¿Quién es?

—Abre la jodida puerta, hombre, que me estoy helando aquí —Dylan abrió la puerta de la camioneta dándole la mano y jalándole para subirlo; Reed al estar dentro se aseguró de cerrar la puerta y frotar sus manos para calentarlas de frío.

—¿Y? —preguntó Dylan sentándose.

—Bueno... Estoy dentro... —Se sentó en el suelo, girando la cabeza a un lado evitando ver a su amigo; no podía quitarse esa imagen de la cabeza, de cómo el padre golpeaba a Naval, ella no se merecía eso, pero ¿él qué sabía sobre ese asunto y sus vidas, llenas de extraños fetiches y rutinas?

—No me refiero a eso, idiota... Naval... ¿Qué tal ella?

—Bueno... Vi cómo su padre la abofeteaba y a mí me apuntaba con un arma en la cabeza; la chica me salvó el pellejo esta noche, su padre estaba dispuesto a matarme.

—Diablos, hombre... Mírame.

—¿Para qué? —Evitó voltear a verle.

—Porque creo que ella te gusta. ¿O me equivoco, amigo? —Sonrió con disimulo.

—Estás loco. —Se levantó del suelo y caminó hacia un lado, mientras un agente conducía directo a las oficinas.

—Anda, viejo, te conozco muy bien, no me digas que no... Porque es mentira y una mierda... Solo no arruines el caso.

—No digas tonterías, Dylan; a mí no me gusta, yo no me enamoro, yo no amo, solo me gusta el sexo, y a las mujeres les gusta eso, así que no tengo compromisos.

—Como Amanda, ¿cierto?

—Exacto, como Amanda... Yo no le prometí flores y un anillo de diamantes...

—Vamos, Reed. —Puso los ojos en blanco.

—Así que, por favor, deja esa conversación y dejémoslo como está; estoy cansado, aunque me dicen que debo tener las bolas de Iron Man... Y no lo dudo, el rodillazo que me dio en la entrepierna me dobló de verdad.

Dylan no pudo evitar matarse a carcajadas, era la primera vez que los encantos de Reed no funcionaban con una mujer, ya que él había sido testigo de cómo las mujeres se echaban a sus pies por tener una noche con él; en cambio, él no podía hacer eso, estaba casado hacía tres años y esperando a su primer hijo, amaba a su esposa, amaba a su hijo no nato y esperaba o, más bien, deseaba que Reed encontrara esa felicidad algún día.

Una vez en la oficina, hicieron el habitual papeleo; Reed se quitó el audífono y el micrófono incorporado lanzándolo encima de su escritorio, se quitó su chaqueta y la lanzó igualmente, sentándose en su silla giratoria con brusquedad, se pasó las manos por el rostro, había sido una noche difícil, pero no podía dejar de recordar una y otra vez a esa chica retando a su padre y todo por protegerlo a él. Dio un suspiro cansado ante la idea que revoloteaba a mil por hora en su mente, no podía comprometer el caso, pero ese rostro asustado, con lágrimas centellantes en su mirada, jamás lo olvidaría.

Sin poder aguantar más, se levantó de golpe, tomó su chaqueta y salió de la oficina, pero llevándose el expediente de los Kapot entre sus manos.

Reed llegó a casa o, más bien, su departamento, encendió la luz, dejó su placa, su arma y sus llaves en la pequeña mesa de la estancia, caminó hacia la cocina, abrió el refrigerador y sacó una cerveza con un trozo de pizza del día anterior; se sentó y puso la cerveza en la mesa de la cocina o isla, e intentó concentrarse en comer y no pensar en Naval Kapot.

—Cómo es posible que su padre la golpee así de esa manera... No creo que ella tenga nada que ver con su trabajo, sabe sobre ello, pero no hace lo que un hijo de un narcotraficante haría... ¿O sí? —habló en voz alta—. ¿Tú que dices, Perla? —Vio a su gato ronronear entre sus piernas, era un gato blanco con motas cafés, era muy tierno, era lindo; además era una gata, castrada, pero era una gata tierna para él; dejó la pizza mordisqueada y abrió una lata de comida para gatos, dándosela a su mascota.

—Miau —respondió su gata, aunque sería simple poder imaginarlo; volvió a su asiento y siguió comiendo y disfrutando de su cerveza fría, para luego ir a dormir y dejar de pensar en Naval Kapot.

—Navalenka... Naval Kapot.

CAPÍTULO 12

ENTRETENLA

Sentía la calidez de su cuerpo, sus labios recorrían cada rincón de su cuerpo, su piel dulce y sudorosa, el calor húmedo de su boca lo elevaba a un nivel no conocido por Reed, envolviendo sus manos en sus suaves curvas; los sonidos de sus resbaladizos besos, cuerpo contra cuerpo, gemido contra gemido, amaba sentirse de esa manera.

—Cuidala, Reed... Protégela, ámala como yo siempre lo haré. —Fueron las palabras de una mujer a la distancia, seguidas de los gritos desgarradores de su joven amante, empujándolo a una realidad solitaria.

Reed se incorporó bruscamente de la cama con el corazón latiéndole a mil por hora, su cuerpo estaba tensionado, aturdido por ese sueño, sus pensamientos eran vanos y confusos, pero había tenido el sueño más apasionado y excitante en toda su vida, hasta que esa mujer apareció en sus sueños; no la conocía, pero no la recordaba con exactitud. Los observaba detrás del dosel que los cubría, observaba cómo le hacía el amor dulcemente a la joven Naval, recordaba con detalle cómo sus labios recorrían el cuerpo femenino y cálido, mientras sus delgados dedos acariciaban sus músculos, pero las palabras fueron un eco para él, grabadas, casi tatuadas en su memoria, hasta que de la nada sintió el grito de Naval, un grito lleno de dolor, lleno de angustia para luego despertar atemorizado.

Miró su reloj y eran las cuatro de la mañana, su gato aún dormía, y él estaba asustado y sudoroso y ni qué hablar de excitado; miró a su alrededor sintiendo que era real, pero su dormitorio estaba tan vacío como siempre, a excepción de las fotos del expediente, todas de Naval esparcidas por su cama y su alfombra.

No había nada excepto su gato durmiendo plácidamente entre las mantas, pero la voz de la mujer se sintió tan clara, tan próxima.

—¿Qué demonios había sido eso? —pensó; se destapó y caminó al baño, tenía que darse una ducha, no dejaba de pensar en ella y en su sueño, que parecía tan real; no podía olvidar cómo ella se envolvía entre sus brazos,

abrazándolo, amándolo, haciéndole el amor. Reed estaba confundido o simplemente estaba excitado por la ternura y rudeza que le daba ella, era posible que su corazón por fin reclamara algo, o era nada más la adrenalina del momento, pero tenía que averiguarlo.

Naval despertó en ese momento, asustada de igual manera; siempre soñaba con lo mismo, siempre tenía esa pesadilla, estaba perdida entre el bosque y el fuego, perdida entre los gritos y la voz de su abuela que gritaba para encontrarla.

—Naval... ¿Dónde estás? —Sabía que era ella; irguiéndose en la cama, vio que aún era temprano, demasiado temprano para levantarse, suspiró y quitó el sudor de su frente con el dorso de su mano—. ¿Qué me pasa? —Cerró los ojos, resignada a recordar ese fatídico día de hacía ya diez años.

Obligada a levantarse, caminó hacia su ventana, apoyándose en el umbral, pudiendo observar cómo la seguridad rondaba cada perímetro de la casa con los perros sueltos inspeccionando; ese era el trabajo de Sansón Dubosky, ella lo conocía tan bien, y la alentó a seguir con sus clases de boxeo y a defenderse; los recuerdos siempre estaban a la orden del día, no importaba el momento o lugar. Naval tendía a recordar y quedarse en el vacío, pensando, analizando la situación, hasta que vino a su mente Madeleine; estaba consiguiendo lo que deseaba y uno de sus objetivos era hacer que su vida en su propia casa fuese un infierno.

Eso estaba claro, no había ninguna duda, ambas estarían en guerra y Naval no se lo pondría fácil, su estancia sería corta; sin poder aguantar su cólera, golpeó con sus pequeños puños el borde de la ventana y sus lágrimas nublaron su visión. Tenía que alejarla de la residencia porque opacaría el recuerdo de su madre, sería la señora de la residencia y eso era inaudito.

Tenía que seguir la rutina, seguir con sus planes. Volvió el rostro hacia la habitación, estaba vacía, opaca y fría; con un suspiro, cerró los ojos tratando de no recordar los golpes de la noche anterior; por lo visto tenía parte de la mejilla morada, mientras que parte de su ojo estaba yendo a un color entre casi rosa y verde; no podría ocultarlo con maquillaje y no intentaría hacerlo, no se avergonzaba, no tenía miedo a ver a qué se enfrentaba, pero estaba visto que Madeleine sería una rival poderosa, no sería nada fácil deshacerse de ella.

Caminó hasta su baño privado, examinó su rostro, era como lo esperaba:

un gran hematoma morado a tonos verdes en toda su mejilla expandiéndose por su ojo derecho; su padre sí que atinaba, trató de tocárselo, pero el dolor era insoportable, no podría de seguro ver a nadie en ese estado; abriendo la canilla esperó a que el agua se calentara para darse un baño.

Al terminar, se envolvió con su albornoz y se peinó, aunque siempre observaba el moretón de su rostro; era tan desagradable, pero era necesario para recordarle a su padre que cometió un grave error, un grave error del cual se arrepentiría.

Buscó en su clóset (armario empotrado), eligiendo unos vaqueros ajustados y un suéter superholgado y largo que le llegaba casi a los muslos, dejaba al descubierto su hombro izquierdo y su piel tan blanca y sedosa como la porcelana.

Se calzó con unos botines cortos de color caqui de cuero, se vio al espejo una vez más y se hizo una coleta alta; de la nada sintió el crujido de una puerta y el rechinar de las maderas pulidas del suelo hicieron lo suyo delatando al intruso; se volvió hacia el reloj, notando que eran cerca de las cinco de la mañana, y sonrió para sus adentros: de seguro era la quisquillosa de Madeleine.

Abrió con cuidado la puerta asomándose, notando la figura de Madeleine bajar por las gradas de la casa.

—Algo tramas, desgraciada —se dijo a sí misma; entonces decidió seguirla.

Caminó con cuidado, era ilógico caminar por su propia casa como si fuese un intruso; eso era lo que la enfurecía más, su padre no le daba el derecho de mandar en su propia casa; en cambio, a su amante la trataba como la dueña y señora de toda la propiedad.

Al bajar sintió su voz, estaba conversando con alguien en voz baja y Naval quería saber con quién; dio unos pasos, pudiendo ver su bata de satén blanco rodearla, estaba de espaldas hacia ella en el estudio de su padre.

—Sabes que estoy haciendo lo posible... La muy perra es más que fuerte. —De un momento a otro se volvió.

Naval retrocedió ocultándose, pero Madeleine habló.

—Te llamaré después. —Colgó, dándose la vuelta, Naval se mordió la

lengua y miró hacia los rincones del pasillo, viendo como única opción el bar de la salón, se quitó los botines y, a grandes zancadas, se ocultó detrás de la barra.

Naval cerró los ojos tan fuerte que aguantó la respiración, rezando mentalmente para que no la encontrara; sintió los pasos de Madeleine, que observaba con detalle el salón, y al no ver a nadie siguió su camino hacia las escaleras, subiendo a su habitación.

Con un gran alivio, tomó una gran bocanada de aire, pegando su cabeza y espalda hacia la pared de madera.

—¡Maldición! —Sabía que Madeleine tramaba algo y estaba sucia; ella no era lo que aparentaba y estaba dispuesta a descubrirlo y desenmascararla antes de que su padre cometiera la peor locura de su vida.

Esperó unos minutos, gateó hacia la entrada del bar e inspeccionó el salón; al estar segura de que estaba libre de intrusos, se puso de pie y subió a su habitación. Faltaba poco para que amaneciera; además de estar ya lista, se acercó a su ventana nuevamente apoyándose contra el umbral, se abrazó a sí misma mirando hacia el horizonte, donde los primeros rayos del Sol salían; era tan hermoso que la brisa mañanera hizo estremecer su cuerpo, pero no era la única; se volvió y se sentó en su otomana, llevándose las rodillas debajo de su barbilla, esperó y esperó.

Reed se encontraba de igual manera en la ventana de su apartamento, sentado en su viejo sillón con un café en mano; el amanecer era tan hermoso que los primeros rayos del Sol iluminaron su mirada haciéndola brillar; no eran azules comunes, eran azules cielo, entre motas de gris y oscuridad, era la mirada más bella que podía tener un hombre.

Naval se había quedado dormida en su otomana hasta que una fuerte mano le izó de brazo, obligándola a levantarse.

—Veo que soy parte de tus apuestas. —Su voz la paralizó, no podía moverse, no sentía sus piernas, todo su cuerpo la había traicionado.

No se dio cuenta de quién era hasta que la vio enfrente con su mano sobre ella; Madeleine estaba ya vestida y maquillada.

—Que seas la perra de mi padre no te da derecho a que entres en mi habitación...

—¿Qué hacías escuchando mi conversación hace unas horas...? ¿Me crees tan estúpida?

—En realidad sí lo eres —se mofó de ella.

—¿Crees que puedes encontrar algo contra mí?... Pues créelo... No hay nada... Absolutamente nada —dijo con desdén, apretando los dientes y la mandíbula.

—Vete a la mierda, Madeleine... —bramó Naval, quitando de un manotazo la mano de Madeleine—. Lárgate de mi habitación.

—¿Qué te pasó? No puedes decir nada... ¿El gato te comió la lengua o fue Xavier quien lo hizo?

Enderezó la espalda, no pestañeaba, parecía estar en trance. «¿Cómo sabía ella?», se preguntó Naval sin poder articular palabra alguna; sin poder aguantar las ganas de zarandearla, levantó la mano para abofetearla, pero la mano de Madeleine asió su muñeca sujetándola con fuerza hasta el punto de dejar marcados sus dedos delgados y huesudos.

—¡Suéltame! —ordenó Naval.

—Di en la llaga, ¿no es así? —Sonrió con sorna.

—Ni creas por un maldito segundo que te tengo miedo, Madeleine.

—Quién habla de miedo... ¿A quién quieres engañar Naval?... Solo muestras esa faceta de rebelde y testaruda, cuando solo veo a una mocosa inmadura de 25 años, que tiene miedo a todo lo que se mueve... Me sorprende que sigas con vida y no hayas terminado suicidándote.

Los ojos de Naval estaban brillantes a las lágrimas rebosantes que amenazaban con salir.

—No tienes idea de lo que hablas... —farfulló.

—¿En serio? ¿Y Creed? ¿Dónde dejaste a Creed?... Por lo que sé, desde la vez que ambos estuvieron juntos, ya no son tan cercanos como antes; lo habrás visto en dos ocasiones nada más cuando trató... —Hizo una pausa, burlándose del rostro pétreo y asustado de Naval—. Digamos cuando trataban de divertirse, y la segunda cuando trataste de suicidarte; un intento muy idiota por lo visto, y fue Creed quien lo impidió...

—Madeleine, ¿no te envenenas tú misma cuando te muerdes la lengua...?

Sonrió al ver la vulnerabilidad de Naval, su altanería había quedado en el suelo y no iba a desperdiciar la oportunidad.

—Yo seré la señora y tú no podrás impedirlo, tu padre es mío y tú simplemente desaparecerás de su vida, y tenlo por seguro que desde hoy tu vida será miserable.

—Yo no diría eso, señorita —Una voz se escuchó en un rincón de la casa —. Ahora baje esa mano y ni se atreva a tocarle —Madeleine se vio obligada a ver quién era, así que no tuvo que buscar; Iona entró a la habitación con la boca fruncida en un gesto despreciativo, además de su tono casi amenazador —. Usted no es nadie en esta casa... No es la esposa, solo es la amante, ya que el señor es viudo; además, si usted llega a ponerle una sola mano encima a mi niña, no tenga la menor duda de que se arrepentirá, «пята барата» (puta barata); no trate de averiguar de qué soy capaz, defenderé a esta chiquilla aunque me cueste la vida... con uñas y dientes como una leona... Así que salga de esta habitación y no se atreva ni a volver el rostro a verla. —Los ojos de ambas lanzaban dagas, pero Madeleine nunca se quedaba callada.

—Eres ya una vieja decrepita... No me amenaces porque puede que estés más cerca de la muerte; no durarás para toda la vida, no estarás mucho en esta tierra; además, no podrás proteger toda una vida a Naval —La miró de soslayo, con una mirada glacial, con la boca en una amarga línea—. Te queda bien el morado, querida.

Naval quiso hacer algo ante la amenaza vacía de Madeleine, pero su nana la sujetó para que no continuara con la discusión, viendo cómo esa arpía se pavoneaba saliendo de la habitación sin cerrar la puerta tras de sí.

—Gracias, Iona —soltó una voz estrangulada e indignada por todo lo que pasaba; su padre jamás creería lo que ella pudiera descubrir de su prometida, sería ilógico conseguir pruebas, jamás le creería.

—No dejes que esa perra francesa te intimide, Naval... Eres fuerte, eres la chica más fuerte que he conocido en mi vida; no dejes que te lleve al abismo al que tu padre está orillado.

—Mi padre se orilló solo, está buscando su propia perdición.

—Solo quiere encontrar su redención. —Sintió cómo las manos

avejentadas acunaban su rostro, le daban el calor que necesitaba en esos momentos.

—Pues está muy lejos de obtenerla —confirmó con amargura y desdén; su padre la orillaba a ello, su padre le estaba empujando a ese vacío que por años vio venir; la odiaba a ella, como odiaba a su madre, jamás le amó, y si lo hizo, jamás fue capaz de reconocerlo; se dio la vuelta y salió por la puerta principal, ese día desayunaría afuera, encontraría la manera de salir con vida de esa guerra, aunque tuviera que destruir la residencia para que no cayera en manos de esa mujer, de esa cazafortunas que, sin lugar a dudas, era Madeleine.

Salió al porche de la casa, escuchando sus pasos por la grava y deslizó sus lentes oscuros sobre sus ojos, intentado ocultar el hematoma que se expandía por su rostro. Trent, al verla acercarse, le abrió la gran reja, permitiéndole salir.

—¿No te llevarás el auto, Naval? —preguntó; ella abrió la boca para responder levantando el rostro, pero vio a Cam frente a la gran puerta de reja con una moto negra, una MTT Turbine Superbike Y2K; estaba apoyado sobre ella con los brazos cruzados sobre su pecho, mientras una sonrisa escapaba de la comisura de sus labios; el corazón de Naval se aceleró de tan solo verlo tan cerca, quiso sonreír pero tan solo mordió su labio inferior, no quería demostrar que parecía nerviosa como una chiquilla de 15 en su primera cita.

—¡No!... Hoy no... —respondió con la voz plana, haciendo el intento de parecer normal. A grandes zancadas salió por las grandes rejas que separaban su dependencia a su libertad y sonrió al acercarse a él, por fin alguien venía a rescatarla de su miseria.

Cam sonrió al verla acercarse con paso agigantado, segura, mientras la brisa del día hacía volar sus cabellos sueltos; era tan caliente... Al tenerla de pie delante de él, se concentró en mantener su libido bajo control, ya le habían advertido de mantener la bragueta bien cerrada en ese caso, pero le costaría mucho poder mantenerse alejado de esa escultural belleza de menos de metro sesenta.

—Veo que estás de mejor humor. —Dio unos cuantos pasos hacia adelante.

—Digamos que tienes suerte de ver mi lado más tranquilo. —Se llevó las manos hacia los bolsillos de su chaqueta, tratando de ver hacia un lado, no quería sentirse perdida con la mirada de azul intenso de Cam.

Él se fijó en sus lentes oscuros.

—Pero creo que en este clima nublado... Los lentes de sol no son apropiados. —Se acercó a ella aún más, levantando sus manos y quitándole los lentes; por un momento ella se resistió, pero no podía impedirselo, no de manera brusca, así que apartó su mejilla mala, mostrándole la buena.

Naval evitó mirarle a los ojos, pero él tomó con suavidad su mentón y le obligó a mirarle; un destello de cólera se formó en la profundidad de sus inescrutables ojos azules, al ver el daño que había causado la mano de Nicolay Kapot. Murmuró enseguida una violenta imprecación y tragó saliva, ya que deseaba escupir unas cuantas cosas en la cara de Nicolay, pero refrenó la ira interior que traía haciendo un esfuerzo hercúleo de no pasar por esas rejas y patear su trasero directo a la cárcel; una vena protectora fluyó en él en ese momento, algo que no conocía de sí mismo.

Naval tomó la mano de Cam, fingiendo una sonrisa.

—Estoy bien... Lo juro.

Se sintió culpable por un momento por haber causado aquellos golpes en el bello rostro de la joven, sintiendo una amarga punzada de dolor en la boca de su estómago, pasándose una mano temblorosa sobre sus cabellos cortos y cerró los ojos intentando tranquilizarse.

—Solo te he traído problemas... No puedo hacerlo —dijo en voz alta, sabía que no podía infiltrarse en un caso como ese, y mucho menos sabiendo que había fuertes emociones debido a la muchachilla que intentaba ser fuerte.

—Por favor, Cam... —Posó una de sus delgadas manos sobre el brazo del intrépido joven.

—Naval... —Estaba decidido a retroceder, subir a esa moto y alejarse lo más posible de ella, era lo mejor; quizás Dylan, al ser un hombre casado, pudiera aguantar la tentación de estrecharla entre sus brazos, probar esos labios seductores, tomar esas caderas voluptuosas y poder sentir en carne propia cómo esas piernas se enroscaban en sus caderas; quería tenerla, quería hacerla suya, dejar la huella, su huella dentro de ella.

Ella, al verlo indeciso en seguir, vio el miedo en sus ojos, la ira controlada; era la primera vez que alguien se preocupaba y solo hubo una persona que de igual manera se preocupó y ocupó de ella, hasta que su padre

los separó, o más bien, Xavier. Creed había sido la única persona desde la muerte de Ianthe, su abuela, que se preocupó hasta el más mínimo detalle, y en el momento en que lo perdió, fue el momento en que se sintió vulnerable ante Xavier y no tuvo quien la defendiese; solo hubo una salida, pero fue Creed quien, como última compensación, la salvó.

—Por favor, Cam, no te vayas... No —Dudó en decirlo, pero no quería que más se alejaran de ella—. No me dejes... —Tendió las manos hacia él en un gesto de súplica.

Sin poder evitarlo, la estrechó entre sus brazos; Reed era hombre y ningún hombre con sangre en las venas no vería la verdadera vulnerabilidad de esa chica pidiendo a gritos ayuda y salir de ese mundo al cual quizás ella no deseaba pertenecer; estaba rompiendo uno de los códigos del FBI: no confraternizar demasiado con el objetivo. «Al carajo el código», pensó él en sus adentros, sintiendo el calor del cuerpo de Naval, y bajó la cabeza besando la coronilla de la joven.

—No te dejaré... Lo prometo —sentenció, aunque sabía que esa promesa podía ser vacía.

Se apartó de él después de unos segundos, tratando de hacerse la dura.

—Estoy bien... Estoy bien... Además, creo que tarde o temprano debió de pasar —Le quitó de las manos sus lentes oscuros, volviéndoselos a poner—. Y dime... ¿Qué te trajo por aquí tan temprano?

Flexionó sus manos, cruzándolas sobre su pecho, inclinó la cabeza tratando de descifrar en qué pensaba Navalénka Kapot, y sin poder evitarlo, sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Bueno... Para ser sincero, deseaba verte; anoche no dejé de pensar en ti; así que, digamos que quería asegurarme de que pudiéramos vernos esporádicamente.

—Y... ¿Adónde vamos? —Sonrió.

—¿Ya desayunaste?... —preguntó.

—No... —Dio una sonrisa fingida, no le gustaba expresar sus sentimientos a nadie, y mucho menos a alguien a quien no conocía demasiado; pero al verlo, al tenerlo cerca, la sensación confortable de seguridad le invadía, dándole el impulso de contarle tantas cosas, de mostrarle que detrás de esa máscara solo

había una jovencilla rota, con miedo y, sobre todo, con necesidad de ser amada.

—Entonces... —Gesticuló con ambas manos libres tratando de hacerla sonreír—. A qué esperamos... Yo invito... —Se montó en su moto, encendiéndola, y esperó que Naval subiera; al sentirla abrazarlo con fuerza de la cintura, aceleró.

Condujo por la autopista hasta llegar a la ciudad, estacionó en un restaurante al cual él concurría en ocasiones; además de que el día estaba nublado, era una buena ocasión para tener cierta intimidad y poder conocerla mejor, o más bien, poder sacarle información referente a su familia.

Escogió una de las mesas alejadas, Naval se sintió cómoda, se quitó la chaqueta y respiró hondo; una vez sentados no tuvieron que esperar mucho, ya que una mesera se acercó para pedir su orden.

—Buenos días. ¿Qué les sirvo?... —dijo con una sonrisa en su rostro.

—Hola... bueno... ¿Qué deseas, Naval?... —Miró a su acompañante con emoción.

—Bueno... Solo un café, no tengo mucha hambre, ¿sabes?

— Que sean dos, y dos raciones de panqueques con crema, por favor —La mujer apuntó y se retiró, dejándoles solos—. Y dime, ¿quién era la mujer que acompañaba a tu padre anoche?

—¿Ella? —Sopló—. Ella es... Es la futura esposa de mi padre, una zorra, en fin —Hizo una pausa, suspirando, y volvió el rostro, tratando de no recordar su discusión hacía unos minutos atrás—. Quiere su fortuna y con ello deshacerse de mí... La típica madrastra, pero no le dejaré hacer lo que le plazca en la casa, quiere ocupar un lugar que es sagrado para mí. —Trató de controlar su furia, además de parpadear varias veces para ahuyentar las lágrimas.

—El lugar de tu madre, ¿cierto? —Extendió su mano, cubriendo la mano de Naval; un gesto íntimo, un gesto de bondad, quería que ella confiara, quería darle su apoyo, aunque deseaba darle algo más que palabras.

—Anhela más que eso... Quiere todo lo que mis pies pisan, quiere más de lo que mi padre puede ofrecerle —Cerró los ojos deseando que todo fuese una pesadilla, un mal juego del destino—. Dime... ¿En qué trabajas? —le

preguntó de la nada Naval, intentando cambiar de tema.

Cam la miró a los ojos, pero no dudó en decirle.

—Yo tengo trabajos temporales por aquí y por allá; si no es manejando camiones de licores, soy guardia de seguridad en algún club nocturno... —Hizo una pausa, intentando estudiarla mejor—. Puedo llevarte a algunos gratis... —Sonrió—. ¿Y tú?

—¿Yo? —Sonrió con ironía—. Traté de estudiar arte, me encanta, pero debido a mi apellido... Tuve que dejarlo, solo me faltaba un año y medio —Se encogió de hombros—. Pero bueno... Así se dan las cosas.

El desayuno llegó, así como el silencio que cubrió sus cuerpos, un silencio incómodo, el silencio que Naval siempre temió.

—Eso es simplemente estúpido... Tú eres su única hija, no debería tratarte así —dijo de la nada, dejando sus cubiertos a un lado. Naval mordió su labio inferior, un típico gesto de nerviosismo en ella—. Sé que no debo presionarte en confiar me mí, pero puedes contarme; quizás de una manera u otra puedo ayudarte o aconsejarte en algo... Quiero hacer algo...

Por un momento Naval vaciló en hablar, pero de la nada su voz salió, sin saber que lo que había pensado estaba diciéndolo en voz alta, recordando los detalles después del supuesto ataque de Creed y Xavier.

—Intenté suicidarme —dijo de la nada; ante aquellas palabras, Reed se quedó helado, su cuerpo había quedado paralizado, no pestañeaba, parecía estar en trance—. Hace diez años, estaba demasiado presionada, demasiado sola; me di cuenta de que nunca tuve la atención debida por parte de mi padre. A esa edad estás confundida y necesitas de la figura paterna; estaba demasiado sola, presionada en varios aspectos... —Hizo una pausa, intentando dejar de lado el tenebroso recuerdo de Creed y Xavier intentando abusar de ella a esa edad—. Mi familia, mi padre... Como te has dado cuenta, no es cariñoso y muy comunicativo; estaba sola y, como siempre, las conversaciones con él siempre terminan en discusiones y reproches, por no decir gritarle y hacerle comprender que me dejó por quince años fuera de su ala protectora, para luego estar intentando ganarme su cariño, pero solo obtenía... —Tenía miedo de continuar, jamás hablaba de ese tema—. Obtenía la espalda literalmente de mi padre, estaba cansada, había pasado los ocho meses más terribles de mi vida; había llegado de Maratea, donde vivía con mi abuela, pero ella murió, y

tratar de adaptarse a esa vida era difícil —Se llevó ambas manos hacia su rostro—. Había tomado demasiado esa tarde, él se había ido a uno de sus viajes con Sansón; estaba sola, aún Iona no estaba en nuestras vidas. Como estaba sola, intenté investigar un poco, fui a su despacho y busqué en su escritorio; entonces encontré la única fotografía de mi madre, cuando él me decía que no había ninguna. La saqué y, en un impulso, vi a mi alrededor. ¿Qué ganaba viviendo en una residencia? Que lujos caros me rodearan, cuando no tenía lo importante, el cariño de un padre y madre, y subí a mi habitación —Sonrió mofándose de aquellos recuerdos—. Comencé a beber, y para una adolescente sabes que es fatal cuando no se está acostumbrada a beber; para ese entonces me habían recetado «Xanax», tomé todo el frasco con whisky, tenía la ventana abierta de mi balcón, la brisa era sumamente refrescante, sentía calor. Trent había tocado a mi puerta miles de veces, las cortinas parecían velas que me llamaban y decían que me acercara, y así lo hice —Cam sintió un leve escalofrío al imaginarse a una Naval confundida—. Me quité los zapatos, estaba ebria y drogada —Se limpió sus delgadas manos sobre su pantalón ante el sudor por su nerviosismo—. Subí a la barandilla, iba a lanzarme, pero de la nada, Creed Rise... Me sujetó de la cintura, arrancándome de allí; no sentí que había pateado mi puerta, entró y me llevó directo al baño y, al ver las pastillas y el bote regado, metió los dedos en mi garganta, obligándome a vomitar...

Reed, al escuchar Creed Rise, recordó el nombre y quién era, un novio, pero en el fondo sabía que ese tipo era más que un novio.

—¿Y él cómo supo que estabas en casa? Y... —Evitó decirlo en voz alta.

—Trent... Al ver que no respondía, optó por llamar a la persona que me cuidó en esos meses.

Por un instante, Reed se sintió celoso ante la mención de Creed Rise; sabía que guardar silencio era mejor antes que decir o herirla de alguna forma por sus celos, él era posesivo, pero jamás lo fue con respecto a una mujer.

—¿Cuántos años?

—Mi cumpleaños es el 27 de julio, y bueno, ya había cumplido los 16 ese mismo día.

Reed tuvo que relajarse; que la dejaran sola era una cosa, pero que el día de su cumpleaños lo pasara sola era lo más cruel. Intentó alejar la imagen de

una Naval joven al borde del suicidio, y la mejor forma fue hablándole del verdadero, de la persona real, de Reed Fletcher, de su pasado real.

—Yo quedé huérfano a los 15 cuando mi padre murió en un atentado en Vietnam; mi madre murió de cáncer cuando yo tenía 8, su enfermedad la degeneró tanto que ya no me reconocía... Fui a casas de acogida... Hasta que me dediqué a consumir drogas y alcohol... Pero en una de esas tantas redadas, me encontraron con una onza de cocaína; es ilegal, siendo menor y huérfano todo está arruinado para esa edad, pero un... —dudó decirle el cargo de Nolan, así que cambió el cargo—. Un... consejero me ayudó, me ayudó a limpiarme y me brindó una mano, me aceptó, me presentó a su familia; fue allí donde conocí al que sería mi mejor amigo, el hijastro de su hermana, Dylan... —La miró al rostro, notando que ambos tenían cosas en común: un mismo enemigo, un mismo culpable; ambos eran víctimas de un mismo nombre—. Sé qué se siente al estar solo, sin nadie con quien apoyarte o pedir ayuda cuando la necesitas...

Naval intentó ahuyentar sus lágrimas, pero no pudo; Cam se aproximó, acunó su rostro entre sus manos, enjugando sus lágrimas con sus pulgares.

—Lo siento... Sé que es difícil... pero puedes confiar en mí...

—Me pongo emotiva a esta hora de la mañana.

Cam sacó unos billetes.

—¿Dónde quieres ir? —Pagó y la escoltó hacia afuera.

—A la residencia... Quiero irme ya... —Presionó el puente de su nariz, Reed se dio cuenta de ello y preguntó por su repentina falta de ánimo y altanería.

—¿Te encuentras bien? —Frunció el ceño.

—No... —contestó, pero cambió—, Quiero decir sí... bueno... Estoy cansada, quizás debería irme ya...

—Te llevaré... —Pero Naval lo detuvo.

— No te preocupes... Tendrás cosas que hacer... Puedo irme sola —Se mostró hosca y reacia con él; algo le sucedía, Cam lo había notado, podía ver que algo le sucedía; de la nada, la tomó entre sus brazos, ya que Naval parecía desmayar, pero ella era fuerte, se sujetó de sus brazos intentando con caer—.

Lo... Lo siento... —Mojó sus labios secos.

—No... Insisto, yo te traje... yo te llevaré de regreso —Sacó las llaves de su moto y se subió, esperando que Naval hiciera lo mismo—. Vamos...

—Cameron... No es el mejor momento... En verdad, gracias por el desayuno, pero prefiero irme a otro lugar, en verdad...

—Yo te llevo donde quieras, pero por favor no me digas que te deje aquí —Su silencioso escrutinio la enervaba, pero estaba más que dispuesto a apoyarla, o eso creía ella—. No así...

Dando un suspiro, agachó la cabeza y en un susurro casi inocente pudo articular palabras.

—Llévame al cementerio; está lejos, pero quiero ir allí.

Reed no preguntó para qué deseaba ir, sabía exactamente para qué, había estudiado el caso, así que había cosas de las cuales no necesitaba preguntar.

—Entonces sube... Te llevaré... —Haciendo por un momento caso omiso a su propia petición, Naval subió a la moto, obligada a abrazar el cuerpo de Reed o Cam, como en esos momentos se hacía llamar.

Estuvieron en la autopista como media hora; el camino era largo, pero el viaje para Naval era necesario, necesitaba salir de ese conflicto emocional; cuando aparcó, bajó enseguida, Reed iba a hacer lo mismo, pero Naval lo detuvo poniendo la mano en su hombro.

—Por favor, déjame a mí... No necesito que vayas conmigo...

—Está bien... Ve... Te espero aquí. —El frío ya estaba haciéndose presente, Naval no tenía un abrigo confortable, y esos lentes oscuros opacaban su mirada, protegiéndola de mostrar sus verdaderos sentimientos.

Al recorrer el pequeño camino empedrado del cementerio, vio una única rosa blanca, mientras que las hojas de ese rosal estaban secas a la falta de sol y quemadas por el frío; así que la arrancó sin importarle la pequeña punzada que una de las espinas le produjo; entonces siguió su camino buscando la tumba de su madre.

Encontró la lápida en un lugar alejado a los demás, su nombre había sido borrado por el tiempo, mientras que la fecha ni aparecía en ese mármol dañado y gastado; había sido olvidada, como también su recuerdo había sido

marchitado por la mujer que se encontraba ahora en su casa. Observó la lápida de su madre con detenimiento, sintiéndose curiosamente insensible por un momento. El olor a tierra mojada cargaba el ambiente a olores entre flores marchitas y días devastadores; por lo que sabía, había muerto muy joven, no había llegado a cumplir ni siquiera los 22, era demasiado joven. Se arrodilló ante la tumba y dejó la rosa en un lado, necesitaba rendirle tributo aunque fueran unos minutos; hacía años que no iba, años que le prohibieron venir, y esa era una de las pocas oportunidades que tenía de visitarla sin un guardaespaldas detrás; era libre de hacer lo que deseaba, libre de visitar aunque fuera una vez al mes la tumba de su olvidada madre.

Naval quería por un momento sentirse fuerte, pero las lágrimas brillaban en sus ojos pardos; trataba de apartarlas, pero era imposible. Deseaba no sentir nada, no deseaba sentir esa rabia que la consumía, que la cercenaba; el dolor por la pérdida de alguien a quien no conoció más que por simples fotos quemadas y un retrato arrebatado del que era su hogar, sencillamente no tenía que sentir nada.

—Ayúdame, por favor... —Bajó la cabeza derramando lágrimas sobre la tumba, mientras una brisa fría la cubrió, haciéndole sentir un escalofrío que erizó su piel; sin nada más que una chaqueta delgada, se abrazó a sí misma, cubriendo su delgado cuerpo del frío—. Lo que siempre quise saber es... Por qué mi padre no me quiere y ahora... Madeleine quiere tu lugar... no me abandones, por favor —suplicó antes de que su voz se perdiera en un hilo sencillo cubierto en un sollozo por el dolor.

Las lágrimas caían por sus mejillas, mientras las lentes no permitían que nadie viera su dolor, su desesperación; debía encontrar una salida urgente antes de que fuera demasiado tarde.

Reed, al contemplarla a lo lejos, verla tan frágil, tan sumisa, había dejado de lado a esa fierecilla a la cual conoció en ese club nocturno, recordando las palabras de esa extraña mujer a la cual no pudo reconocer; sin darse cuenta, caminó hacia Naval, quería estrecharla entre sus brazos, protegerla; era instinto, un instinto que no conocía hasta que la conoció.

Sintiendo el roce de unos dedos grandes sobre su hombro, no se atrevió a darle la cara; estaba demasiado dolida, tanto física como emocionalmente.

—Ya está comenzando a lloviznar, Naval —dijo con cuidado de no

herirla.

—Un minuto más, por favor —afirmó con tono dolido, aunque más pareció una petición, un ruego—. Un minuto más... Es la primera vez que visito a mi madre después de tantos años.

«Qué clase de padre le prohíbe a su hija visitar la tumba de su madre», pensó Reed con amargura; sin más, se acuclilló junto a ella, dándole un poco de calor.

—Vamos, Naval... ya se está haciendo tarde. —Le ayudó a levantarse, aunque estaba totalmente derrumbada, así que sin más, la estrechó entre sus brazos y la acurrucó en su pecho tratando de tranquilizarle; sus lágrimas mojaban su camiseta blanca, mientras sus pequeños puños se aferraban a su chaqueta con fuerza; sus sollozos le partían el corazón, ella necesitaba protección, la necesitaba pero de su propio padre, de su propia familia.

De un momento a otro, Reed la apartó con delicadeza de ese gesto tan íntimo, ella aún seguía con la cabeza gacha, así que con ambas manos acunó su rostro y enjugó sus lágrimas con sus pulgares; no podía verla así en ese estado tan depresivo para él mismo.

—Naval... Háblame, por favor...

Mirándole a los ojos, quedó por un minuto aturdida y perdida en sus inmensos ojos azules; él la afectaba mucho, le hacía perder el poco aliento que tenía, su expresión contenía cierto sentimiento de culpabilidad.

—Era mi madre... Y la mujer que hoy se acuesta en su lugar es la amante de mi padre, Madeleine Bates; está un día en la casa y ya ha causado estragos en ella; debo irme por mi bien, pero no permitiré que esa mujer opaque el recuerdo de mi madre, el único recuerdo que tengo de ella.

—Naval...

—Por favor, Cam... No me mires de esa forma, como si tuvieses la culpa, solo mi padre la tiene; además, lo que en realidad debería hacer... Es escapar. Madeleine aún no sabe la verdad, y cuando la sepa, todo estará de nuevo en mi contra.

Reed abrió los ojos.

—¿Qué verdad?

—Una que me convierte en un séptimo pecado, una verdad que me condena más que a todos; simplemente estoy perdida. —Naval no deseaba decirle que era ella la heredera de una fortuna maldita que la convertía en lo peor; era heredera de un dinero que había sido obtenido con la sangre, dolor, sufrimiento y muerte de muchos; ya nada estaba a nombre de Nicolay, y eso nadie lo sabía.

—Explícate mejor, mujer... —Sus manos la sujetaron con cierta fuerza de sus brazos.

—No entenderías, nadie lo haría, nadie lo hace. —Se soltó de su agarre y comenzó a caminar en dirección a la moto.

—¿Qué escondes, Naval? —gritó de la nada.

Ella se detuvo en seco, se giró sobre sus talones y caminó a grandes zancadas hacia él, enfrentándose.

—Lo que escondo puede costarte a ti también la vida... Solo conoces el apellido, pero no conoces la realidad de nuestro mundo...

—Quiero saberlo... Quiero ser parte de tu mundo... —exigió él.

—No lo harás... Todas las personas que han entrado en mi mundo no han salido jamás, y si lo hacen, regresan muertos... —Señaló hacia la tumba de su madre con la mano—. ¿Ves esa tumba? Ella entró y mira cómo salió; mi abuela Ianthe entró y jamás salió con vida, y eso me espera a mí... La salida es solo la muerte... ¿Y tú quieres entrar? Entonces eres un estúpido cretino... Y yo una tonta, por creer que quieres estar cerca de mí porque te agrado...

—Me gustas... Me agradas. —Trató de tranquilizarla, tomando su mano, pero ella la quitó con brusquedad.

—No... Lo que tú quieres seguro que es estabilidad y dinero, sin saber que luego hallarás la muerte y no... Entonces aléjate de mí... Llévame a casa y no vuelvas más...

—¿Te preocupas por mí? —preguntó curvando sus labios en una sonrisa.

—Sí... —gritó en tono amargo—. Me importas... Ahora llévame a casa.

Aquellas palabras no tenían sentido para Reed, esa no era una verdadera imagen de un hogar estable, ella intentaba sobrevivir a esa vida sin estabilidad.

Naval deseaba regresar a casa y hallar la forma de deshacerse de Madeleine aunque le costase la vida, aunque era exactamente lo que deseaba esa intrusa: que ella perdiera la vida.

Ambos caminaron distanciados, subieron a la moto y recorrieron la autopista nuevamente, de regreso al infierno, de regreso a la residencia.

CAPÍTULO 13

OBSÉQUIAME

Para cuando estuvieron de regreso en la mansión, Sansón les abrió la puerta. Naval bajó de la motocicleta a grandes zancadas, no quería saber nada de Cam, no de su manera absurda de codiciar ser parte de un mundo ilícito y fraudulento. Al verla alejarse, dejó la moto al cuidado de Sansón y corrió detrás de ella pisando sus talones; al volver el rostro, notó que la seguía.

—Te dije que te fueras...

—Sabes que no lo haré... Prometí no dejarte... —dijo rojo de ira e impotencia.

—Esa solo fue una promesa vacía.

—No lo era... —gritó desesperado.

—Estoy acostumbrada a ello.

—Naval, es verdad. —Por lo visto, ser amigo de Naval Kapot no era tan fácil como muchos creían, se necesitaba cierta fuerza para no dirigirse al despacho de Nicolay y romperle todos los dientes perfectamente blanqueados de un solo golpe por ser tan rudo con su propia hija.

—¡NAVAL! Escúchame, por favor... —suplicó él; alcanzándola, le asió el brazo, deteniéndola—. Espera... Deja que te explique, quizás me explique mal...

—No lo hiciste... Fuiste claro... Me buscas por ser una Kapot y no por ser solamente Naval —inquirió ella con dureza.

Iona se percató de la discusión entre ambos jóvenes, saliendo de la casa aún con el mandil y la toalla de cocina en manos.

—Hey... ¿Qué pasa aquí? —preguntó.

Ambos jóvenes se distanciaron, Cam la soltó y Naval retrocedió unos cuantos pasos llevándose las manos a los bolsillos.

—Nada, Iona, él ya se iba —respondió sin expresión alguna.

Iona le dirigió una mirada centellante a Cam. Su silencioso escrutinio lo ponía nervioso, aunque la mujer de canas y manos envejecidas no mostraba señal de que era de su agrado o caso contrario; observándolo de arriba abajo, él no pudo evitar un cierto revoloteo de nerviosismo; jamás en su vida lo habían mirado de esa manera tan profunda, pero de pronto la mujer esbozó una sonrisa, mostrando aún más arrugas.

—¿Quién es este muchacho tan apuesto?

Cam tragó su propia saliva, mientras su alma regresaba a su cuerpo por el susto que se había dado al ser examinado con detenimiento; por un momento pensó que la mujer lo descubriría, o peor aún, lo desenmascararía delante de Naval.

—No es nadie... Ya se iba —repitió.

Él sonrió y se acercó a Iona, extendiéndole la mano.

—Señora, soy amigo de Naval; soy Cam, Cameron Bergenson.

—Entonces... No es nadie, he... —Miró a su niña enarcando las cejas.

—Iona... Él es Cameron... Me salvó de mí misma ayer por la noche. Cameron —Evitó mirarlo a los ojos al pronunciar su nombre—, esta es Iona, mi nana. —Entonces la anciana regresó la vista a su niña, dando un soplido y grito de frustración, al ver su rostro magullado.

—Jesús, niña... Ese moretón... No me digas que es de la golpiza de anoche.

—Digamos que sí... Digamos que no... No importa ya.

—Sí que la tiene —dijo Cam con un tono hosco; no soportaba verle ese moretón, deseaba sacarla de allí y protegerla, llevarla a su casa, y quizás hacerla suya y no dejarla nunca jamás. «¿En qué piensas Fletcher?», se dijo a sí mismo, tratando de quitar esas imágenes eróticas de su mente; estaba cavando su propia tumba con Naval Kapot.

—Bueno, como tienes visitas, vamos a comer, niña... Ya es tarde, tu padre y su... Su... están ya terminando en el comedor principal; los muchachos ya están terminando en el comedor de atrás... Dime dónde quieres comer... ¿Quizás en la cocina o prefieres unirme con los muchachos? Tu amigo puede

quedarse.

—Si a Naval le parece buena idea, me quedo. —Sin saber dónde poner las manos, ya que comenzaron a sudarle; era la segunda vez en esos dos días, había dejado de ponerse nervioso desde la secundaria, y ese hábito asqueroso había regresado, así que no tuvo más alternativa que tener las manos en los bolsillos.

—Por mí no hay problema... Puede quedarse... Yo he perdido el apetito... Lo siento, Iona... debo irme, no me siento del todo bien. —Sin decir más, caminó hasta el interior de la casa, perdiéndose entre las sombras y las tenues líneas de la poca luz que iluminaba la casa.

—Déjala... Después le llevaré la cena... Aunque por lo visto está aún más afectada de lo que pensé... Gracias por traerla, Cam, pero pasa, pasa; te llevaré con los chicos. —Escoltó al joven Reed hacia la parte trasera de la casa, donde una casa de dos pisos alejada de la residencia tomaba forma, notando que era como un edificio para el personal de seguridad.

Todo el personal ya estaba sentado a la mesa del gran comedor de la primera planta, todos comían juntos; por un minuto se sintió mal por ser alguien que no era. Se volvieron todos quedando en silencio al verlo de pie junto a la pequeña Iona, que le llegaba casi al pecho y quizás aún menos.

—Señores... Recibamos a un nuevo amigo de Naval... Su nombre es Cam... Saben bien aquí que los apellidos sobran en la residencia, así que nos acompañará a comer.

Trent se quedó mudo, pero una sonrisa socarrona corrió por su rostro; en ese momento iba a decir algo.

—Iona, él no es... —Entonces Sansón apareció y le dio un gran golpazo en la nuca; por lo visto, Trent no podía mantener la boca cerrada.

—Calla, bocazas —Tomó asiento, sirviéndose un gran filete—. Santo cielo... ¿Que habré hecho para tener un hermano tan bocón...?

—Yo no soy bocón... —espetó Trent.

—¿En serio? —Enarcó las cejas su hermano, negando con la cabeza cada vez que su hermano menor abría la boca.

Reed, con un poco de miedo tomó asiento, Iona le sirvió un filete grande con

guarniciones, comió en silencio hasta que Sansón rompió el incómodo silencio que había en la mesa.

—Bueno... Cam, como puedes observar, esta es nuestra casa privada, aquí estamos todos los de seguridad y los de servicio; aunque Delia y King se encargan de ayudar a Iona, ellas duermen en la residencia por si se les ofrece algo a los señores. La casa aquí es como cualquiera: sala, comedor, cocina, baños, gimnasio, y arriba están las habitaciones de todos; tenemos cada uno nuestra privacidad además de una buena paga.

Reed no respondió a la explicación de Sansón, quien le cerró un ojo cuando Iona giró sobre sus talones para dejarlos y traer más ensalada, apareciendo luego con una bandeja en mano.

—Voy a dejarle algo de comer a Naval... —Reed, al ver que Iona iría a verla, se levantó a toda prisa y decidió acompañarla.

—Permítame ayudarle... También quiero verle —dijo sosteniendo la bandeja de comida y dándole una sonrisa, quien solo dio un asentamiento de cabeza.

«Empezaba a gustarme ese muchacho, tan atento, tan genuino», pensó Iona, aunque en cierta manera se equivocaba.

El interior de la residencia era mucho más fabuloso de lo que creía. Pensaba que las fotos no le hacían justicia a esa obra de arte; sin embargo, la joven Naval estaba mucho más cómoda en su encierro. Entre sus recuerdos y su nostalgia, prefería la soledad, ya que el confiar en las personas era sencillamente imposible, pero con Cam, la palabra imposible no existía.

—Eres una estúpida —se reprendió ella, mientras que la canción de Banks—Mind Games resonaba en sus audífonos al volumen más alto—. Debía haberlo sabido antes —se repitió; Cam solo buscaba lo que otros deseaban, ser parte de ese mundo al que ella aborrecía; sin contenerse, abrió la puerta de su balcón y recordó el suceso de su intento de suicidio. Su padre le había prohibido rotundamente ir al cementerio, era como si quisiera que su madre, aún después de muerta, pagara lo que había hecho—. Qué idiota soy —se reprendió mentalmente, y cerró los ojos al ver esa lápida olvidada y desgastada, sin que nadie pueda decirle aún muerta que había alguien que la amaba.

Todo estaba en su contra, entonces vino la imagen de su padre a la mente; a

sus 48 años seguía siendo implacable, sus ojos carentes de expresión, de demostraciones de cariño; cómo podía ella seguir viviendo en un lugar donde solo era menos que una persona; Nicolay ni siquiera la tomaba en cuenta, siempre la había dejado sola.

Sus nudillos se volvieron blancos ante la fuerza que realizaba al sujetarse de la barandilla; no podía dejar de escuchar sus propios latidos desenfrenados, la música se repetía una y otra vez dentro de su cabeza, era como si hubiese corrido un maratón; por más que hacía el intento de enfocarse en la letra de la canción, se llevó una mano al pecho intentando tranquilizarse, pero no daba resultado. El mundo se estaba haciendo pequeño, sus manos temblaban; la vista borrosa y la falta de aire la hicieron caer al suelo, golpeándose la cabeza en la barandilla metálica, desmayándose por algo que ella no entendía. El mundo de pronto se volvió negro, más oscuro que su realidad misma.

Reed caminó detrás de Iona con la bandeja en manos, lo dirigió hasta la habitación de Naval, sin percatarse de que eran observados por Madeleine, que no dejaba de seguirlo; por lo visto, a su creciente obsesión ya tenía un punto fijo en la residencia.

Iona abrió la perilla dejando la puerta abierta para que Cameron entrara, él sonrió ante la atención de la nana, pero cuando levantó la vista vio a Naval tambalearse de adelante hacia atrás; de la nada la vio caer golpeándose la cabeza contra la barandilla, y Cam soltó la bandeja, gritando su nombre.

—¡NAVAL! —Corrió hacia ella, sosteniéndola antes de que pudiese hacerse más daño del que ya se había hecho.

—¡Jesús! —Iona ahogó su propio grito al morder su mano hecha puño.

Cam temía moverla, pero debía hacerlo.

—Llame a un doctor —La revisó con la mirada, percatándose de la herida de su sien que no paraba de sangrar—. ¡Ahora! —gritó con desesperación.

—¡Dios mío! —No paraba de decir y ahogarse con su propia voz; salió corriendo en busca de ayuda, pero Reed solo quería que los dejaran solos.

—¡Maldición! Llame a un médico —gritó Cam, levantándola en brazos para luego acostarla en la cama; corrió al baño, tomó una toalla y volvió con ella. La herida era profunda y necesitaba atención; verla tan indefensa, tan

frágil, hizo que desistiera de seguir con esa misión, pensando en llamar y pedir que lo cambiaran, o él cometería una estupidez. Estaba tomando el control de su raciocinio, Reed Fletcher no se enamoraba, no sentía pena, amor, tan solo tenía romances de una sola noche.

—Naval... Naval... Dios Santo, qué estabas haciendo... —Cubrió la herida con delicadeza, necesitaba parar la hemorragia; sabía que si le decía a su padre lo del incidente, no le tomaría demasiada importancia. Estaba más obsesionado con su nueva amante, eso era fácil de percibir cuando ella estaba a su alrededor. Nicolay se convertía en un maniquí, un trapo utilizado al antojo de esa joven rubia voluminosa y con curvas de infarto, que solo deseaba tener dinero y poder, mientras le gustaba degustar jovencillos como platos principales.

Mientras revisaba la herida, no pudo contenerse y acarició su mejilla con tanta delicadeza, que ese acto era tan íntimo que se asustó de haberlo hecho. Reed Fletcher no amaba, no podía sentir amor, pero al conocerla las cosas cambiaron a su alrededor, al igual que pensaba su corazón. De la nada la imagen de una Naval joven e indefensa apareció en su mente, volvió el rostro hacia la barandilla y apretó con fuerza la toalla.

—Por favor... Por favor, espero que no hayas intentado hacer una locura —suplicó el joven agente; en el fondo temía perderla de una manera atroz. Logró que la hemorragia parara, dio un suspiro hondo, pero no podía controlar sus manos temblorosas, era algo que jamás le había pasado con una chica.

De inmediato apareció Iona con un hombre avejentado; por su apariencia era el doctor de la familia, o algún conocido cercano. Tenía el cabello cano, ojos negros al igual que su tez, era un hombre sencillo, pero sus ojos no decían lo mismo.

—Jovencito... Déjame a mí —Se acercó con un maletín en mano, sacó algunos utensilios y le inyectó algo en la frente; la herida estaba muy cerca de la sien izquierda, pudiendo terminar en un trágico final—. Estuvo muy cerca de la sien, de milagro que aún respira; de lo contrario no estaría asistiéndola ahora, sino más bien dando mi examen final sobre la causa de muerte.

Reed, al escuchar esas palabras, sus manos se formaron en puños, dándose vuelta de golpe hacia la ventana; no podía imaginar un mundo sin la joven Naval Kapot; sus masculinos pómulos se tiñeron de rojo, mientras sus ojos

tenían un brillo particular. Iona, al verle de esa manera, vio que estaba un poco pálido.

—Cameron... ¿Te encuentras bien? ¿Quieres algo fuerte para tomar? Estás más pálido que el papel, hijo... —preguntó la anciana, pero no recibió respuesta de él, volviendo a llamarle—: ¡Cam! ¡Cameron!

Él volvió el rostro.

—Sí... —No supo de dónde sacó esa voz, era tan frágil, tan preocupada, que no llegaba a pensar con claridad la situación en la que se encontraba—. Estoy bien.

—Bien... —dijo el doctor guardando sus utensilios; por lo visto le dio unos cuantos puntos y cubrió la herida con gasa para que no se contaminara—. Le he dado tres puntos, está desinfectada —Sacó un recetario, escribiendo rápidamente con su pluma dorada—. Estos analgésicos serán para el dolor, y otros para la inflamación; que esté en reposo máximo 48 horas para evitar otro tipo de desmayo, pero esta muchacha deberá tener más cuidado y, por favor, no la exasperen demasiado o presionen tanto; tendrá una jaqueca formidable cuando despierte, aunque ahora está sedada para que el dolor no la martirice; suficiente dolor recibe estando enjaulada como un perro en la residencia.

—Vamos, Franklin... No está enjaulada como perro... —dijo la nana con calma y paciencia.

—No trates de engañarme de esa manera; primero su madre, y ahora ella... Muy conveniente, todo para asegurar la fortuna Kapot, aunque la aseguró aún más pronto de lo que uno podría imaginar... No te das cuenta que sufre, Iona, no ves cómo su padre la trata, y no me digas que la mujer que será su nueva madrastra es un pan de Dios; es una arpía interesada por el dinero... Una perra.

—¡Franklin!... Jamás te escuché hablar de esa manera. —Llevándose una mano al pecho, indignada por el calificativo tan propio que le había dado el doctor a Madeleine.

—No trates de defenderla... —Tomó sus pertenencias saliendo de la habitación casi enfurecido por cómo veía a Naval, sin antes pararse a decirle dos cosas—. Nicolay fue el culpable, mató a su esposa, así como está matando a su hija lentamente, y tú, Iona, estás ayudándole con ello... Obséquiale su libertad, obséquiale la tranquilidad; ella merece algo mejor, no este mundo

lleno de drogas, violaciones, alcohol, muerte, su propia muerte.

Reed descubrió que no tenía palabras en esos momentos, deseó mitigar ese dolor abrazando a Naval con todas sus fuerzas, protegerla de las personas que le dañaban, hasta protegerla del amor que estaba formándose en el interior de su corazón.

El doctor negó con la cabeza, no estaba conforme con el papel que desarrollaba en esos momentos Iona; por lo visto, se conocían desde hace muchos años. Franklin ayudó a Dayanne a tener a Naval en la casa, para luego, meses después, Nicolay le llevase a un lugar apartado de la civilización, un lugar fuera del continente, una isla, donde nadie podría arrebatarse la vida.

Iona acompañó al anciano hacia la puerta, no deseaba que Madeleine se enterara de semejante susto; estaría más que contenta por lo que pasó en esos momentos.

—Vamos, Cameron —dijo la anciana.

—No... Lo siento, pero deseo quedarme con ella... —dijo él mordaz; caminó hacia la cama y se sentó en un lado, donde pudiese estar cerca de ella, donde nada pudiese apartarle del pequeño mundo que Reed Fletcher había creado por única vez.

Iona no dijo más, tan solo retrocedió dejando a Cameron con la joven y frágil Naval, cerrando la puerta para que no fueran interrumpidos. La observó, viendo con detalle sus ojos cubiertos por una sombra oscura, sus labios rojos cerrados, su respiración lenta, pero nada de ello podía quitarle lo bella y quizás inocente; quedó distraído ante la ternura, hasta que una voz ronca y sensual lo sacó de su ensimismo.

—No dejes que te engañe... —espetó Madeleine; estaba con un vestido de satén que acunaba muy bien sus pechos, pero había metros y metros sueltos debajo de este; por lo visto, una prenda depredadora, una prenda sensual, lista para la seducción de un jovencillo como Cameron, aunque tenían la misma edad—. Veo que la pobrecilla no resiste la presión... —Dio unos pasos hacia él, tratando de seducirlo con las manos, poniendo su mano en su hombro; estaba buscando lo que necesitaba en esos momentos—. Pero ella no es mujer para ti... Jamás lo será...

Cam sabía muy bien de qué trataba toda esa actuación; resistiendo a la tentación, se puso de pie, tomó la mano seductora y suave como la seda y la

apartó, o más bien, la arrancó de sí mismo con brusquedad, mientras sus ojos expresaban más que frustración, reflejaban decepción, odio. ¿Pero qué esperaba al entrar en el mundo de la mafia? En el mundo de los pecados, de los siete pecados, como otros decían.

—Es joven... es linda, es inocente... Algo de lo que tú careces. ¡Inocencia! —respondió él con el rostro tenso y los ojos relampagueantes.

—¿¡Inocencia!?! —No dudó en reír maliciosamente, estaba provocándole de una manera vil—. ¿Me hablas de inocencia? —espetó la rubia—. Por lo visto, no conoces a Naval; en cuanto despierte, pregúntale por Xavier, o por Creed Rise, tal vez Sansón... O Trent; pasó parte de su adolescencia con él —Examinó el rostro del joven que comenzaba a cambiar de colores—. Creo que allí tendrás la respuesta, más bien verás qué tan inocente es Naval Kapot. —Levantó su delicada mano para darle una caricia, pero Cam le sostuvo a tiempo de la muñeca antes de que esa caricia quemara su piel, pero no por deseo, sino por asco; el tan solo pensar que una mujer como esa había pasado tantas veces por su cama, hasta el recordarlo le dio asco de sí mismo, ganas de vomitar en ese momento.

—Pero al menos ella no me seguiría por don dinero, poderoso caballero para las damas como tú. —La dama endurecida quitó su mano con brusquedad, lanzándole una mirada reacia.

—¡Cameron! —pronunció su nombre con toda la seducción que pudo darle a entender—. Vendrás a mí... Todos lo hacen. —Se giró sobre sus talones para salir de la habitación, no sin antes detenerse en el umbral de la puerta al escuchar su nombre.

—¡Madeleine! —dijo Cam con una voz impávida—. ¿Segura? —preguntó—. Debería Nicolay prestar más atención a tus... ¡Necesidades!

La rubia siguió su camino cerrando la puerta con brusquedad y fuerza; era bastante hosca, reacia y frígida, pero utilizaba su sexualidad para encantar a los hombres, tal y como había hecho con Nicolay Kapot, al que sedujo hasta que él se convenció de que era la perfección hecha mujer.

Cam se dio la vuelta y cerró los ojos, no podía asimilar lo que había pasado en esos momentos, estaba en shock por todo lo que había pasado en menos de una hora. «¿Acaso la mujer de Nicolay se le había insinuado descaradamente?». «SÍ», respondió una vocecita en su cabeza. «Lo ha hecho y

tú le has rechazado, cosa que nunca sucede a Reed Fletcher. Reed Fletcher jamás rechaza a una mujer».

—Pero no soy Reed Fletcher aquí; en la residencia soy Cameron Bergenson —se respondió a sí mismo.

«Estás viviendo una vida que no te pertenece, y eso es peor que cometer homicidio», volvió a escuchar esa vocecita en su interior; «Tú estás matando a la única persona que logrará amarte tal y como eres... Estás matándote a ti mismo esta vez...».

Volvió la vista hacia la pobre y frágil Naval, se acercó y le dio un casto beso en los labios, arropándola con cuidado y diciéndole palabras de amor, palabras que para él estaban perdidas, perdidas al igual que él.

—Naval... Necesito que seas fuerte... Nuestra propia batalla puede que comience antes de tiempo, para ello necesito que confíes en mí, debes hacerlo... Necesitas hacerlo para poder salir de aquí con vida y no en un saco de basura como muchos. —Entonces se alejó de ella, necesitaba pensar, necesitaba hablar con Nolan Stromhod sobre Naval, sobre Madeleine y su escena de seducción, de cómo Nicolay le había dado la golpiza de su vida a su frágil y joven hija.

Vaciló por un momento en salir de la habitación, parecía que sus pies habían quedado clavados al suelo.

—Descansa —susurró, saliendo de la habitación y cerrando la puerta detrás de sí con mucho cuidado. Salió por la puerta principal caminando hacia su moto, mientras que en lo alto Madeleine lo observaba irse; sabía qué papel jugaba Cameron, pero para ello debía hacerlo entrar en el tablero, para poder mover sus piezas favoritas, entre ellas, Nicolay.

CAPÍTULO 14

TRANSFORMACIÓN

Recorrió la carretera de Portland de prisa para llegar a las oficinas, necesitaba hablar con Nolan y Dylan, debían cambiar la estrategia, una que incluyera a Naval, una que le diera su libertad. Cuando llegó a la enorme puerta de la casa donde estaban por esa temporada, entró a la gran casona, pero uno de los nuevos guardias dudó en hacerlo pasar; estaba desquiciado y necesitaba hablar o, por el momento, golpear al joven novato, que era una mejor idea y una de las opciones que no deseaba reconsiderar antes de enfrentarse a Nolan y Dylan

—Señor... Su identificación...

—¿No sabes quién demonios soy? —Su paciencia se estaba agotando—. Entro y salgo de aquí casi todos los jodidos días... ¿Y me pides identificación?

—Señor, por favor... Son reglas, normas, tenemos instrucciones de no dejar entrar a nadie sin su identificación. —Reed tenía su identificación, pero no deseaba dársela; necesitaba desfogar la tremenda ira y frustración que se habían acumulado en su cuerpo por esos dos últimos días, todo por tener sentimientos por Naval, y eso le daba un miedo irrefutable. No estaba listo para sentirse vulnerable ante una mujer, pero sí estaba listo para hacer un verdadero escándalo, cuando la voz de Dylan lo calmó en ese momento.

—Déjalo... Es Fletcher... —El joven novato tan solo bajó ambas manos, haciendo que Reed continuara con su camino.

Reed se acercó a grandes zancadas sobrepasando a Dylan, quien aún le hablaba aunque le diera la espalda.

—¡Hombre!... ¿Por qué no simplemente dejas de ser un verdadero asno y enseñas tu credencial? Todos tenemos que hacerlo.

—Nolan... Nolan... Quiero hablar con él. —Sus ojos inexpresivos, al igual que su tono, daban mucho que pensar al joven Dylan Dupree.

—Está en su despacho... Pero tranquilízate... —Trató de acercarse a él, pero Reed se mostró a la defensiva, algo que era inexplicable para Dylan; jamás lo había visto en ese estado y mucho menos cuando trabajaba. El estrés era poderoso en ese trabajo, tenías que tener tacto y mucha inteligencia para salir de los líos, pero sobretodo necesitabas tacto para poder solucionar los problemas a los cuales te podías enfrentar en ese tipo de trabajo; Reed siempre sobrellevaba muy bien las cosas, pero esa vez estaba fuera de control.

—Estoy tranquilo —rugió él.

—Sí, claro... Cómo no... —dijo con sarcasmo, pero al verle continuar no dudó en detenerlo y asió el brazo con fuerza de su amigo; Reed volvió el rostro mirándole con el ceño fruncido y el rostro rojo—. Si no quieres escucharme como amigo, como compañero, entonces como familia, no alteres a mi tío...

—¡Suéltame, Dylan! —Se soltó con brusquedad siguiendo su camino.

Al estar frente a la puerta de Nolan, ni siquiera tuvo la delicadeza de llamar, tan solo entró como alma que llevaba el diablo; se paró enfrente del escritorio, Nolan levantó la cabeza viendo el rostro inexpresivo de su joven pupilo, un rostro casi pulido en granito, sus ojos estaban fuera de control, estaba totalmente desquiciado, una faceta nueva que Nolan tuvo que solucionar o más bien tranquilizar.

—Quiero salir de la misión —dijo sin titubear—. Quiero sacar a Naval y darle protección de testigos, pero no quiero seguir más... No necesito esa mierda de misión —gritó.

—¿Dé que hablas, Fletcher?... Has esperado años para entrar en este caso, no me digas que te has arrepentido. —Se levantó.

—Me arrepiento... Sí... Lo hago, tú no tienes que soportar cómo Nicolay Kapot golpea a su hija sin sentir pena por ella; acabo de dejarla desmayada en su habitación... ¿Quieres un motivo más para no entrar y matar al hijo de puta? —Sus gritos eran escuchados casi por todos, Dylan estaba parado en el umbral de la puerta, obligado a cerrarla para que el escándalo del arrepentimiento de Fletcher no llegase lejos, y cruzó sus brazos sobre su pecho, mientras negaba con la cabeza por tan absurda discusión.

—Creo que estas exagerando, Reed —insinuó Dylan—. Cálmate y deja a mi tío en paz.

—Cierra la boca, Dylan —bramó el joven.

Nolan se quedó petrificado al escucharlo, sus manos temblaban y no pudo evitar que las lágrimas ardieran en sus ojos. Nicolay golpeaba a su hija, golpeaba a la dulce e inocente Naval; sin soportarlo más cayó sentado sobre su silla, sintiendo una opresión en el pecho que no lo dejaba respirar.

—La golpeó... Él... Él... la golpeó —La imagen de la joven vino a su mente, no podía pasar nuevamente por ello, había visto cómo Nicolay acabó con la vida de Dayanne Gibbins, y ahora estaba empeñado en acabar con la vida de Naval; él había prometido no acercarse a Naval, pero las circunstancias eran otras, no podía dejar que la hija de Dayanne corriese con la misma suerte—. No... No... Naval... ¡NO! —Negó con la cabeza, mientras le venían los recuerdos de una Dayanne amorosa, de una mujer que adoraba a su hija. Antes de que Reed pudiera reaccionar, Nolan cayó de su silla, en medio de un ataque al corazón.

—¡Carajo! ¡Nolan! —Reed corrió a su lado tratando de clamarlo; tratando de ayudarlo deshizo el nudo de su corbata, mientras Dylan pedía a gritos un doctor; las palabras de Reed le habían afectado más de lo podía creer, no podía permitirlo dos veces, había dejado que Nicolay Kapot le arrancara a Dayanne de su vida, pero no permitiría que hiciera lo mismo con Naval.

Nolan sujetó con fuerza la mano de Reed, mientras con palabras balbuceantes y palabras dolorosas, trataba de darle un mensaje a su joven amigo y compañero; mientras la visión de Reed se veía nublada por lágrimas que no pensó derramar jamás, tenía que decir la verdad.

—Tienes que sacarla de allí... ti... ti... tienes que llevártela lejos... Nos... nos... nos necesita, debo cumplir... Cumplir... Quiero... Quiero... promesa, debo... Ella, Naval es... Ella es... Es mi... —Pero simplemente las palabras no lograban salir coherentes, más que simples balbuceos entre palabras e intentos por tomar aire.

—Shhh... Shhh, por favor... No hables más, no digas más... Tranquilízate —En ese momento, los paramédicos entraron en la sala, alejaron a Reed y Dylan sujetó su hombro; necesitaba tranquilizarlo, pero también necesitaba tranquilizarse, no quería abrir la boca y dañar su relación con Reed—. ¿Seguirás con la misión? —preguntó su amigo.

—Seguiré... Pero todo será bajo mis condiciones esta vez... —Vieron

cómo estabilizaron al viejo Stromhod, para luego llevárselo en una camilla directo al hospital.

—Reed... Creo que estás involucrándote demasiado en este caso — aseguró Dylan.

Reed le lanzó una mirada de enfado.

—¿En serio? —Sonrió con ironía—. Debías verla... Tenías que estar allí para ver cómo Naval estaba en un pequeño charco de sangre... ¿Y si eso pasara con Clare?... ¿Qué harías tú?

Dylan, sin pensarlo dos veces, lo sujetó con fuerza de la solapa de su chaqueta; estaba furioso, a él no le gustaba que nombraran a su esposa, y mucho menos en casos como esos.

—Ella es mi esposa... Ella es la madre de mi hijo... Es diferente, a ella la protegería hasta con mi propia vida.

Reed le obligó a soltarle con brusquedad.

—Yo creo que es lo mismo. —Intentó irse, pero Dylan lo detuvo con una sola palabra.

—¡Admítelo!

Reed no se amilanó ante su tono implacable y se volvió hacia él.

—¿Admitirlo? ¿Qué debo admitir?

—Sí... Sé hombre... Sé hombre por una vez en tu vida; probar tu virilidad, tu masculinidad, acostándote con toda aquella falda andante no te hace hombre, Reed... Me cansé de sacarte de esos líos, me cansé de sacarte de esa vida miserable —Negó con la cabeza—. Admite que te has enamorado de ella.

—No puedo... Porque es imposible que admita algo que no siento — sentenció con firmeza.

—Entonces, vete... No puedo seguir llamándote amigo cuando tratas de protegerla de algo, para que tú luego la dañes más... Déjala con los suyos, su indiferencia es mejor que un corazón roto que tú mismo provocarás.

—Jamás... —confirmó con amargura, mientras salía por la misma puerta por la que ingresó al gran local del FBI; tenía que ver a Nolan, ver cómo

seguía, él fue el único que le dio algo por que luchar en tantos años con Eric, ambos le ayudaron a sobrevivir.

Cuando caminó por los pasillos de las oficinas, tan solo recalcó algo en que Dylan tenía razón.

—Es imposible que admita algo que no siento —se repitió una vez más—. Cuando la verdad es que siento que mi vida cae a pedazos, cada vez que la veo al borde de la destrucción. —Él no quería admitir que se sentía subyugado por primera vez en su vida.

Ese día Reed y Dylan estuvieron pendientes de la salud de Nolan, hasta que su joven amigo tuvo que irse a ver a su esposa. Reed esperó en la sala por horas, hasta que, sin poder esperar más, preguntó a una de las enfermeras.

—Disculpe, quisiera saber si el señor Nolan Stromhod... —No terminó la frase, ya que la enfermera habló.

—Lo sé... lo sé... Nolan; sí, está en el tercer piso, ya está fuera de peligro, pero su corazón es débil... No sé qué le ocasionó ese preinfarto, pero le detectaron a tiempo ese problema hace ya unos años, la fibrilación atrial y, por lo visto, ha estado dejando de tomar su medicación.

—¿Qué? —No podía creer lo que escuchaba, Nolan llevaba ya varios años enfermo, pero ¿por qué no se retiró?; sabía que en esos casos podían pedir su baja y, ya por los años de servicio de Nolan, tenía 55 años y casi 35 años en el servicio—. Gracias... —Corrió por el pasillo, subiendo al ascensor; necesitaba ver a Nolan.

Sin embargo, el deteriorado Nolan abrió la palma de su mano, observando aquel collar que una amante suya le dio alguna vez; era una cadena de oro, con un corazón en medio de dos manos, un Claddagh, era lo único que pudo conservar de ella.

—No sabes cuánto te amé... —Sus ojos pardos se llenaron de ardientes lágrimas, que corrieron por sus mejillas cansadas. Nolan sufrió ante su separación, por su muerte y no poder decir la verdad, eso era lo que lo mataba lentamente... No poder admitirlo ante la gente, ante los demás, ya que su vida, la vida del único ser que le quedaba estaba en riesgo.

Reed estaba en el umbral de la puerta, observando cómo sus tristes ojos contemplaban algo oculto entre sus manos, aunque trataba de ignorar la

parafernalia médica que había alrededor de Nolan, además del comentario de la enfermera y su enfermedad; trató de pasar el nudo que se le formó en la garganta, necesitaba hablar con él y tener una explicación concreta del porqué de su preocupación ante el caso, del efecto que causó en él saber la verdad detrás de la residencia, y Naval Kapot, aunque ciertamente a él mismo le afectó, le enfureció hasta el punto de imponerse ante un Kapot, pero para Nolan, que había vivido largos años solo, en ausencia de un esposa, de una familia, carecía ciertamente de importancia.

Aunque los rumores hablaban de una amante, a la cual dejó embarazada en sus años de agente de campo en el FBI, pero se encargaron de que no tuviera un final feliz, ya que ambas murieron en un trágico accidente; quizás por eso se sentía tan sobreprotector debido a las circunstancias tan trágicas que acompañaron a Nolan en su larga vida.

—¿Nolan?... —dijo Reed en un tono de voz difícil de predecir; sentía dolor, pena y frustración, quizás Naval le recordaba a la joven amante.

Volvió el rostro hacia su visitante, tratando de apaciguar sus lágrimas.

—Reed...

—Quería ver cómo seguías, ya que por mi culpa casi te mando al otro lado. —Esbozó una cálida sonrisa.

—Nada de eso... Es solo que tarde o temprano tenía que pasar, mejor que haya pasado estando contigo que con Collins; el desgraciado me hubiese dejado morir por obtener mi puesto, aunque pienso retirarme después de terminar con este caso.

Sus palabras le sorprendieron, jamás imaginó que el agente más famoso del FBI renunciara de esa manera, y peor aún, después de un caso que le llevó casi toda la vida consumiéndole.

—¿Qué?... Pero Nolan, no puedes retirarte, estás casi en la cumbre de tu carrera como agente del FBI.

No pudo evitar dar una sonrisa sardónica.

—Hijo... Creo que ese momento será tuyo y no mío... Además, por no decir que ya estarás enterado de mi situación... De mi enfermedad.

—Sí... Pero no es para que te retires... No entiendo por qué te preocupas

tanto por ella...

—Acércate —Extendió su avejentada mano hacia Reed, dándole la oportunidad de acercarse a él sin temor alguno; Reed lo hizo sin titubear—. Mi hija tendría la misma edad que Naval... —Esa noticia lo dejó perplejo, enderezó la espalda y dejó de pestañear, jamás esperó esa confesión—. Esa chica me la recuerda, eran idénticas, dos gotas de agua, es buena... Cuídala... Protégela... Sálvala de su miseria... La he visto crecer todos estos años y he visto que es diferente a las demás; ella no se inclina por lujos caros, ropas de diseñador, ni un exquisito deleite por manjares costosos en los mejores restaurantes del país; simplemente ella es ajena a ese mundo, es ajena a los Kapot, aunque Nicolay la utiliza para llegar a la fortuna que Naval tiene en sus manos.

—Entonces ¿qué quieres que haga en conclusión? No te entiendo, creo que ni yo mismo entiendo lo que me pasa.

—Huye... Llévatela lejos de aquí... —le pidió en buenos términos.

La incoherencia de sus palabras llevó a Reed a abrir los ojos como platos; en un vago intento de recuperar la atención, no podía creer lo que Nolan le decía o más bien le aconsejaba.

—¿Acaso escuchas lo que dices, Nolan? Eso es ilógico, loco, desquiciado —Retrocedió unos cuantos pasos, negando esa propuesta ilógica—. Aún estás bajo los efectos de la anestesia.

Nolan dejó caer su mano en señal de que la propuesta no era nada alentadora, pero continuó.

—Entonces vete... Sigue con ese trabajo... Pero escúchame bien, Reed Samuel Fletcher... Llega a hacerle daño a Naval, y juro por mi vida y mi corazón roto que tu carrera y tu vida serán las más miserables. —Ante esa amenaza retrocedió inconscientemente hasta chocar con la puerta, mientras el enfermo se daba la vuelta para contemplar la ventana y, sobre todo, contemplar el recuerdo que yacía entre sus manos avejentadas, el recuerdo de una amante delicada y llena de pasión, el recuerdo de una familia y el triste recuerdo de ser arrebatada de su lado sin compasión.

CAPÍTULO 15

VEN A MÍ

La cama estaba ocupada, las sábanas mostraban que había un cuerpo cubierto, aunque la manera en cómo se movía de un lado a otro daba a entender que estaba en medio de una pesadilla más, no podía tener tranquilidad ni en sus más íntimos sueños, todo la llevaba al borde de su capacidad para soportar.

Con un sonido estruendoso, seguido de su nombre en un hilo de voz femenino que se apagaba con la brisa fresca, la hizo despertar de golpe.

—¡Naval! —Ese llamado la obligó a despertarse, era la misma pesadilla donde miraba a todos lados intentando escapar del caos y el fuego.

Las llamas se expandían, el humo no le dejaba ver el camino, estaba en el mismo lugar de hace diez años, mientras el grito de su abuela era claro y el viento no ayudaba, ya que expandía el fuego, las cenizas y el humo.

Envuelta entre sus sábanas, de manera horrorosa y sudorosa, despertó irguiéndose, aunque un dolor espantoso la hizo detenerse y tocar su frente magullada, pudiendo notar que no recordaba nada, absolutamente nada de lo que pasó en el día.

Por la oscuridad de su fría y tétrica habitación, supuso que ya era tarde, el Sol se había ocultado, la Luna ya había hecho su aparición; todo venía a su mente en pequeños fragmentos borrosos: la visita al cementerio, la conversación de Reed, la invitación, hasta que después todo desapareció.

Quitó las sábanas de sus piernas y pisó la alfombra afelpada, sintiendo que su cabeza pesaba; el golpe que se propinó no era tan bueno que digamos, la aturdió.

—¡No te levantes! —Escuchó una voz inexpresiva; sin duda era su padre, oculto entre las sombras, apoyado en la barandilla que hacía horas la vio caer inconsciente; se dio la vuelta y caminó hacia ella, pudiendo notar su rostro, tan serio que parecía tallado en granito por su frialdad y su escrutinio

escalofriante, además de su mirada glacial.

—¿Cómo te encuentras? —Por un momento Nicolay quería acercarse a su hija, pero su orgullo le impidió hacerlo; con los puños apretados trató de no ver lo mal que estaba, tan pálida, frágil. «¿Qué daño le he hecho a tu hija, Dayanne?», juró para sus adentros con un aspaviento, pero al verla, solo podía decirse una cosa: era idéntica a él.

—Bueno... —Levantó ambas manos intentando descifrar lo que le pasó—. Aún no sé qué pudo haberme pasado; estaba aquí, y de pronto, no sé... Creo que... —En ese momento Madeleine abrió la puerta de la habitación, moviendo las caderas como si estuviese en una pasarela; Naval no pudo disimular su enojo, ya que se limitó a apretar los dientes, haciendo que se le marcara bien la mandíbula.

—¡Oh! Ma chérie... Veo que estás recuperada de ese pequeño percance —Caminó hasta Nicolay obligándole a que la estrechara entre sus brazos; simplemente esa escena le dio náuseas a la joven muchacha; ver esa imagen tan repulsiva, a esa rubia desteñida tratando de ocupar un lugar que por años fue respetado. Al verla, su rostro se tornó lívido como la cera y sus ojos reflejaron muerte y tristeza, rompiendo el único destello de ilusión al tardío interés de su padre—. Estaba demasiado preocupada, cariño... —Se llevó una delgada mano al pecho intentando sonar como una madre preocupada, pero todo era mentira.

—Estoy cansada... Quiero dormir; por favor, ¿podrían dejarme sola...? Díganle a Iona que no necesito nada y que puede descansar tranquila.

Madeleine, como siempre, cumplía su cometido: apartarla lo más posible de su padre, así que no escatimó en decir lo que pensaba.

—Tiene razón, cariño... Déjala sola. —La miró con un fino brillo de odio que Naval no dudó en reconocer por un momento.

Nicolay quiso acercarse, pero su bella dama se lo impidió sujetando con fuerza las solapas de su chaqueta. Naval, al ver cómo se llevaba a su padre como si fuera una marioneta, simplemente cerró los ojos, sintiendo cómo cerraban la puerta tras ellos; la maldijo diciendo improperios, no muy comunes para una señorita.

Se levantó con delicadeza, no quería desmayar nuevamente, el dolor se hizo más intenso, así que tuvo que apoyarse en la pequeña mesa de luz que

tenía en su amplia habitación; esperó unos minutos hasta que su nublada vista a causa de sus lágrimas le permitiera seguir de pie.

Dio unos lentos pasos hacia el umbral de su gran ventana bloqueando las luces claras de la Luna, observándola en toda su majestuosidad, tan brillante, tan grande; por eso siempre le encantó esa habitación, además de recordar a una persona en especial que le ayudó a superar cada dificultad años atrás; con los ojos llenos de lágrimas, se permitió decir en un hilo de voz casi perdido dirigido a la Luna.

—No permitas que se haga realidad, jamás lo permitas. —Sintió la brisa del viento acariciar sus cabellos, la fresca y el olor a pinos que rodeaba la casa, además de sentir a escasos metros la libertad; ella siempre quiso libertad, pero su padre la mantenía esclava de esa vida tan rudimentaria, además de escalofriante.

Para poder calmar los nervios y el intenso temor que esos recuerdos traían a su mente, tomó sus audífonos y su pequeño iPod y comenzó a escuchar a Rachel Rabin-Raise The Dead, recordando el día en que Xavier la golpeó e intentó abusar de ella; en aquellos tiempos en los que prefirió morir, no podía dejar de pensar en esa escena, lo que conllevó saber la cruda verdad sobre su padre y su oficio, para después ser despojada de sueños inocentes, al ver la crueldad que una persona puede llegar a hacer en una mente sana y ausente de todo mal.

—«Te mantuve oculta por un año, lejos de toda esta maldita catástrofe, para luego llevarte a un lugar seguro después de la muerte de tu madre; Ianthe se encargó de todo —Pero de un momento a otro su rostro cambió, dando paso a un hombre siniestro y tétrico—. Tú eres mi punto débil, Naval... Por ti llegaran a mí, por ti muchos tratarán de destruirme... Hay veces que desearía nunca haber dejado que nacieras, pero necesitaba de tu creación para poder acceder a una fortuna, la fortuna de los Kapot —dijo ocultándose detrás de su armadura, detrás de ese rostro carente de expresiones y ese corazón carente de sentimientos—. No debiste nacer... Nunca debió pasar, jamás se lo perdonaré —mencionó con amargura».

Naval recordó cada detalle de las facciones de su padre; cómo olvidaría una hija cuando su padre prácticamente la llamaba aberración, una equivocación, algo que jamás debió pasar, además del destello de pura cólera que pudo presenciar en la profundidad de sus ojos azules casi grises; con un

tono además de desdeñoso, su boca formaba una cruda línea, un gesto despreciativo; eso jamás lo olvidaría, nunca lo olvidaría.

Reed había regresado a su departamento; estaba recostado boca arriba con la cabeza apoyada entre sus musculosos brazos, miraba fijamente un punto en el techo que se estaba descascarando; debía de remodelar el departamento, era todo un departamento de soltero, pero era soltero y nadie podía cambiar eso, ni la ternura e inocencia de Naval.

Perla ronroneaba en un lado de la cama y él no le prestó atención, estaba sumergido en sus pensamientos, recordando esa escena que le marcó para toda su vida; si no hubiese sido por Nolan y Eric, su vida no hubiese sido nada comparada a la que llevaba, pero algo lo llevó a recordar aquel casto beso, ese beso que aprovechó en su proximidad con Naval, aunque hubiese preferido que ella estuviese en sus cinco sentidos para poder saber con profundidad adónde los hubiese llevado ese leve signo de deseo y sensualidad.

Hasta que las palabras de Madeleine vinieron a su mente, no podía ni pronunciarlas; levantándose de golpe, caminó hacia la ventana y se apoyó en el umbral, con la cabeza entre los hombros; temía que eso fuese verdad, y cerró los ojos para poder quitar esas palabras labradas.

—¡Dios! ¿Por qué demonios me afecta tanto lo que dijo? No debería afectarme, ella es como la hierba mala que sacan del jardín, la llama de fuego a la que tus padres te prevén para que no te acerques o te quemarás, como la enfermedad a la cual tienes que alejarte, o si no saldrás contagiado.

Giró sobre sus talones para tomar algo de licor, necesitaba algo fuerte; había guardado en sus estantes un Jack Daniels, así que se sirvió una copa y regresó al umbral de su ventana, necesitaba ver la Luna antes de que las nubes la opacaran.

Acercó la copa a sus labios, sintiendo inmediatamente el ardor que bajaba hasta su garganta.

—¡Maldición! —Pudo repetirse mentalmente las palabras de Madeleine, la mujer era venenosa, pero le ganaba a las cobras.

—«¿Me hablas de inocencia? —espetó la rubia—. Por lo visto no conoces a Naval; en cuanto despierte pregúntale por Xavier, o por Creed Rise, tal vez Sansón... O Trent; pasó toda parte de su adolescencia con él —Examinó el

rostro del joven que comenzaba a cambiar de colores—. Creo que allí tendrás la respuesta, más bien verás qué tan inocente es Naval Kapot».

Sin previo aviso, lanzó la copa hacia el otro lado de la habitación, obligando a Perla a saltar y gritar, en protesta ante la escena de violencia que su amo había dado en esos minutos.

—¡Maldición!... —repitió, seguido de una retahíla llena de juramentos; su puño aterrizó en medio de la ventana dejando su marca, además de los cristales rotos sobre sus nudillos, todo por un ataque de locura.

Ambos estaban inmersos en sus pensamientos, mirando por la ventana, mirando la Luna, la única que podía conectarlos, ayudarlos a encontrar su camino, un camino que ambos habían perdido en un pasado, arrebatados de un presente y borrando un futuro.

Naval sí que pensaba en Cam; a pesar de ser quien era, le dio la mano para poder continuar en un momento desastroso, pero ella siempre huía de esas muestras de cariño y comprensión, quería estar sola y no dañar a nadie, aunque ella lo conocía como Cameron, y con tan solo 48 horas, él había logrado poner su mundo al revés; sonrió al recordarle, al sentirle cerca, aunque jamás podría permitirle entrar en su vida; era como si le diera paso a la muerte, para que se lo arrebataran en el mejor momento de su vida; necesitaba alejarse de él, necesitaba olvidarse de él.

Reed, antes de que pudiera reaccionar, se lavó y envolvió la mano con una toalla de cocina; tomó su chaqueta, sus llaves y salió de su casa. No podía pensar, no podía dejar de pensar en ella, por otro lado; Naval deseaba verlo, pero no podía, no debía, así que retrocedió unos cuantos pasos y fue directa al baño, necesitaba cambiarse, darse una ducha y poder sacar todo pensamiento malo de su cabeza, incluyendo a Cameron Bergenson.

Desnuda ante la ducha, el agua tibia cubría su cuerpo; lo limpió de las impurezas del día, pero era una lástima que no pudiera limpiar así su mente y su espíritu roto. Intentó ser suave con la nueva herida de su sien, pero el dolor era parte de la vida y nada ni nadie podría evitarlo, era lo único que lograba diferenciarla de sus demás familiares, el dolor era lo único que la conectaba con la realidad, su realidad.

Reed condujo como loco por las calles, la llovizna había vuelto a empezar; así que no le importó mojarse, necesitaba aliviar ese malestar y él

sabía cómo hacerlo, debía sacarla de su sistema y de allí ver si funcionaba, ver si funcionaba que su mente reaccionara.

Cuando llegó, se bajó de la moto y la dejó a un lado de la casa. Trent, al verlo, solo sonrió, dejándole pasar, pero al no ver a Sansón por ninguna parte, pensó en lo peor; con los puños sobre sus lados, corrió hacia la ventana de Naval; debía decidirse: seguir o renunciar.

Naval se peinó como siempre, se miró por un instante al espejo, llevando una mano hacia su ojo morado y su más reciente adquisición: tres puntos ya secos.

—¡Dios! No podré salir así por semanas —susurró, volviéndose para ponerse sus pantaletas rosa y el sujetador a juego, ya que nunca le gustó dormir sin ropa interior, además de su camiseta de dormir; siempre dejaba los pantalones en la cama, ya que no quería que se mojaran ni arrugaran por el vapor del baño.

En cuanto salió del baño, se encontró con Cam, que había escalado el balcón; estaba empapado por la fina llovizna, respirando con dificultad como si hubiese corrido un maratón de miles de millas; sus fosas nasales se dilataban pidiendo a gritos más aire, además de aquellos ojos azules que la cautivaron, que estaban fuera de sí, como si su mera presencia lo hiciera sentirse drogado.

Sin que ninguno dijera nada, ambos caminaron para encontrarse en medio de la habitación, colisionando sus cuerpos en pura pasión, fundiéndose en un beso, la mezcla de sus alientos, la suave seducción de sus labios expertos; Reed la tomó de la cintura, obligándole a acercarse más a él, cortándole el paso y la respiración al mismo tiempo. No la dejaría esta vez, necesitaba estar con ella, la necesitaba desesperadamente.

Sin darse cuenta, Naval sujetó sus hombros con fuerza; sus diferencias de altura no era problema, mientras ese beso la mareaba de tal manera que la dejaba lívida y sin voluntad propia para pensar; el sabor de su boca era tan agradable, además de saber a whisky, a menta, a él.

Sin darse cuenta, sus manos bajaron, acariciando sus pectorales de manera suave, mientras él profundizaba el beso, sujetándole de la nuca y la cintura sin darle la oportunidad de apartarse.

Retrocedieron hasta caer en la cama, uno encima del otro.

—¡Detenme, Naval!... Detenme antes de que te arrepientas... Porque, créeme, yo nunca lo haré —dijo apoyándose sobre sus manos, enjaulándola entre sus brazos fuertes, mirándola a los ojos con un deseo desenfrenado.

—Entonces continua, porque jamás te detendré. —Volvió a besarla con tanta pasión, que sus lenguas jugaban una danza en su interior, una danza que Naval no estaba dispuesta a detener.

Naval le quitó la chaqueta con inquietante desesperación, mientras sus manos se deslizaron debajo de su camiseta, sintiendo el calor de su cuerpo, lo bien formado que estaba y, a pesar de que una parte de ella le decía que cometía un error, al permitirle entrar de esa manera, no solo a su habitación, sino también a su vida y a su interior.

Se sentía tan bien entre esos brazos, sus besos y caricias, además de sentir su evidente excitación resultándole increíble, sin saber que podía afectar a Cam de ese modo. Así que no objetó a que la amara de esa manera, acariciando cada centímetro de la piel de su amante, quitándole la camiseta, viéndole el torso desnudo y lo magnífico que era verlo de cerca.

¿Era acaso justo que un hombre fuera tan impresionante? Debía estar prohibido que un hombre como Cam estuviera suelto por la calle; era un pecado que, con gusto, le encantaría probar sin tener el mínimo arrepentimiento de ser suya.

Sus ojos lo devoraban mientras lo acariciaba con las manos, añadiendo más placer al mirarlo; entonces él agarró la camiseta y se la quitó con un solo movimiento de mano.

Sus caricias iban desde el cuello hasta sus pechos, su estómago y vientre, repartiendo los besos más cálidos, dejando su huella, dejando su aroma y haciéndola suya.

—Esto nos estorba —dijo, y con un solo movimiento le quitó el sujetador; «manos de un experto», pensó la joven, pero no debía pensar en ello; este era su momento, un momento agradable, algo que no sintió con recuerdo de aquel, jamás sintió esa atracción y necesidad con él.

Al tener los pechos descubiertos se ruborizó e intentó cubrirlos con sus manos, pero él no se lo permitió.

—No... No... Eres perfecta, eres tan perfecta... Dulce... Mi dulce Naval.

Se inclinó hacia delante y besó cada uno de ellos con delicadeza, tomándose su tiempo para amarlos a los dos; Naval tenía los ojos húmedos de la emoción y sollozó su nombre con el mismo sentimiento.

—¡Cam! —dijo en un suave susurro.

Aunque él hubiese preferido que dijera su verdadero nombre, no se inmutó y continuó; quizás parte de su conciencia tenía razón, «Vivir una vida que no le pertenece es peor que cometer homicidio», así que alejó ese pensamiento al amarla de la forma en cómo lo hacía esa noche.

Él la tocó de nuevo, proporcionándole tanto placer que Naval se estremeció con las sensaciones que sus caricias le provocaban. Arqueándose para él, sintiendo el calor y la pasión derretirla ante sus ojos; de algún modo le quitó el resto de la ropa hasta que ambos quedaron desnudos, cuerpo a cuerpo, alma con alma.

Reed deseaba algo más que la satisfacción del deseo sexual; deseaba total intimidad, la deseaba a ella, la deseaba tanto que le dolía su propia excitación, necesitaba poseerla, necesitaba quitársela del sistema para continuar, aunque algo dentro de él le decía que parara, que ella no se merecía esa mera forma de amar, ella necesitaba mucho más, pero también sabía que una sola noche no bastaría para saciarse de poseerla, una noche no bastaría; la deseaba pero no por una maldita noche, la deseaba para toda la vida.

Las piernas de Naval rodearon a Cam, se besaban exigiéndose mutuamente algo que ambos podían darse en esos momentos; ante esos movimientos, ambos sonrieron.

Al estar desnudos, mientras la única luz que los iluminaba era la de los rayos de la Luna, Naval separó las piernas, mientras sus bocas no se separaban en ningún momento; ninguna mujer lo había llevado a la desesperación como aquella pequeña mujercita, que no lo dejaba en paz ni un minuto.

—¡Te deseo! —le dijo con la voz ronca antes de posicionarse entre sus piernas; Reed jamás olvidaría su expresión tan dulce y tierna, llena de emoción y pasión, de entrega total.

—Yo también te deseo... Cam... te... te... amo. —Dudó en decirlo, pero tenía que hacerlo, lo amaba, lo amó la primera vez que lo vio en el club: la vez que la vio en el pasillo oscuro; y cuando la salvó de la policía, y lo amó

más cuando la llevó a ver a su madre y se enfrentó al propio Nicolay Kapot.

Sus inocentes reacciones, la sorpresa con la que respondía a cada una de sus caricias, su mera entrega sin pedir nada a cambio, daba como resultado una verdad a la que apenas podía dar crédito. Madeleine mentía descaradamente. Pero de alguna manera se sintió completo ante la verdad; no hubo, ni habría otro, y él se encargaría de ello.

Se inclinó y besó sus labios, enternecido por los sentimientos que lo colmaban; ambos se miraron a los ojos, brillantes y deseosos, y su corto cabello castaño, libre sobre la almohada, lo excitó aún más.

Con un movimiento, consiguió penetrarla centímetro a centímetro; cuanto más se hundía en su cuerpo, más difusos eran sus pensamientos, más se olvidaba de quién era él en realidad. Había deseado por un minuto estar perdido en un bosque y quedarse dentro de ella para siempre, era una sensación abrumadora, indescriptible, era la primera vez que se sentía de esa manera tan humana, tan débil; no estaba en automático ni regido solo por placer, era más que eso, era amor.

Le hizo el amor en un estado de aturdimiento mental, sobrecogido por la intensidad del placer que lo recorría de arriba abajo. Ella se movía debajo de él, y los gemidos que brotaban de su garganta le avisaron de que estaba por alcanzar el clímax, y con potentes contracciones que presionaron sus cuerpos, haciéndolos vibrar y ansiar aún más, para que luego se uniera a ella totalmente, y durante unos segundos solo fue consciente de aquel inmenso placer... Fue consciente de que la amaba pero lo negaba; no quería amarla, deseaba no amarla, pero era tarde, había sido hechizado, había sido atrapado, estaba en la jaula que Naval había forjado exclusivamente para él.

Cuando recuperó la consciencia, se dio cuenta de que estaba tumbado encima de ella, ambos entrelazados, aún unidos de manera íntima. Reed ocultó su cabeza en el hueco de su hombro, mientras ella aún tenía las piernas enredadas sobre su cintura, y le daba tiernas caricias en la espalda, relajándolo, aunque haciéndolo vibrar de nuevo; se sentía débil de un modo que tiempo atrás se había jurado a sí mismo que jamás se sentiría, era la primera vez que se sentía exhausto, completo y saciado.

Quedando exhaustos y quedando dormidos uno en brazos del otro, despertaron en medio de la noche para poder continuar una y otra vez,

entregándose en un delicioso abandono que los llevó a olvidar por primera vez quiénes eran y de dónde provenían, hasta que la mañana comenzó a hacer partícipe de esa admirable unión. Naval estaba despierta abrazada a Reed, que se aferraba a ella, acurrucándola a su lado; era perfecto, tan perfecto que se amoldaba a él sin dificultad; ambos jugueteaban con sus manos, acariciándose, mientras Reed no podía dejar de respirar el aroma de la joven amante, estaba ebrio por su fragancia, ebrio de pasión y locura, estaba tan ebrio que admitió algo que era inevitable: la había amado desde el día en que la vio, desde que Nolan puso su foto delante.

Hasta que ella se dio cuenta de la mano herida de Reed, vendada con una toalla de cocina; se apoyó en su mano libre, mientras que con la otra cubría su desnudez.

—Cam... ¿Qué te pasó en la mano?

—No es nada, cariño... Vuelve conmigo...

—Estás sangrando... Déjame curarte... —Le miró con ojos llenos de súplica; el dolor que sentía también ella lo sentía, estaban conectados; más allá de entregarse en cuerpo, Naval le había ofrecido su alma y corazón.

—¡No!... Cura mis heridas, pero no esta... Cúrame con tu amor —Señaló su corazón, para luego envolverla entre sus brazos para volver a hacer el amor desenfrenadamente.

Cansados, agotados, Naval se quedó dormida aferrándose a su cuerpo, hasta que los primeros rayos lo despertaron; tenía que irse, pero Reed no se iría fácilmente de su vida, ambos lo sabían.

Se irguió en la cama con delicadeza de no despertarle, vio su espalda descubierta, así como sus suaves curvas; estaba atrapado y no podría salir más de ese callejón en el que Naval lo había encerrado. Cogió su ropa, se vistió y salió por donde había entrado; no quería salir por la puerta, ya que los problemas podrían aferrarse a ambos por no pensar bien, aunque anoche no lo había hecho con claridad; había hecho el amor con Naval tantas veces que se había olvidado por completo de todo su alrededor, quizás sus gemidos y hasta quejidos pudieron ser percibidos; por ello salió muy temprano, no deseaba escuchar a Madeleine y hablar basura de Naval, no después de verla, de sentirla y saber que él había domado a la fiera de la residencia y la había reclamado como suya.

Pero era demasiado tarde, Madeleine lo había visto salir por la ventana, podía imaginarse muy bien lo que había ocurrido en el interior de esa habitación; ella lo deseaba, pero el muy estúpido había escogido a una chiquilla sin experiencia para seducir. Siguió con la mirada a Cam, hasta que se perdió entre los arbustos y la grava, se volvió mirando a un Nicolay dormido profundamente, que estaba boca abajo, abrazando una almohada.

—¡Que patético! —susurró con ira, estaba cansada de tener que meterse en la cama con ese hombre al cual ella no deseaba, fingir que la excitaba, que le agradaba que le tocara; lo único que Nicolay producía en ella era asco y náuseas; en cambio, Cameron la hacía sentirse viva, deseada, aunque él también la detestaba, pero se encargaría de que ese joven seductor se volviera contra su joven e inexperta amante, y ella sabía cómo.

CAPÍTULO 16

INDESEABLE

Naval abrió los ojos y sintió la ausencia de un calor exquisito; dándose la vuelta de inmediato, vio que el lugar que Cameron había ocupado en la noche estaba frío, aunque su aroma aún seguía impregnado en la almohada; él la había dejado.

Se cubrió de nuevo con las sábanas y trató de dormir nuevamente, aunque el dolor que sentía en algunas partes de su cuerpo la habían asustado un poco; ese dolor no lo había sentido ni cuando bailaba y ejercitaba hasta el cansancio.

Dolida por su temprano abandono, se levantó y fue directa al baño, necesitaba un baño caliente para que el dolor se fuera, o más bien la relajara, aunque la repentina ausencia de su amante la había dejado atontada, ya que pensó despertar con el sonido de su voz, con sus caricias y un camino de besos por su cuerpo, pero lo único que encontró a ese sueño roto fue el silencio y el vacío frío que Cameron Bergenson había dejado en su cama.

—Espero que tengas una buena explicación para esto Cameron... —Se obligó a cerrar los ojos y esperar que el agua caliente cayera en sus músculos doloridos, mientras su mano acariciaba sus labios, recordando cada beso, cada sensación tan fascinante; había encontrado una manera de desinhibirse, además de entretenerse ahora que Cameron la había iniciado en el juego de la sexualidad y la pasión.

Se llevó ambas manos hacia el rostro, mientras imágenes vivas de su noche venían a susurrarle su estupidez e ingenuidad.

—«No sabes ni siquiera quién es en realidad» —dijo una voz en lo más profundo de su interior.

—Sí... Sí sé quién es —respondió.

—«¡Mentira!... No tienes ni su número móvil...» —volvió a repetir la voz.

—¡Maldición! —juró Naval; había cometido una maravillosa estupidez.

Intentó recordar algún mínimo detalle sobre él, pero era difícil; solo recordaba sus caricias, sus labios. Le había entregado su virginidad a un desconocido, un desconocido que solo llevaba 48 horas en su vida y ya se había acostado con él; rogó y suplicó que Madeleine no lo viese, ya que no dejaría de recordárselo.

—«Y si hay consecuencias... ¿Qué harás?» —Se llevó las manos a sus oídos, era imposible callar a su conciencia, a sus miedos.

—Sobrevivir... —susurró—. Siempre sobrevivo.

Reed, sin embargo, llegó a su departamento dándose una buena ducha, pero su vago intento de sacarla de su sistema no dio resultado; aún la deseaba con doloroso ardor, la necesitaba cerca, tenía que tenerla cerca, recordó cómo la joven amante se había entregado a él sin remordimiento y culpa; simplemente se dejó ir por los besos, las caricias, llevándolos a ambos a un mundo que Reed conocía, pero no a tanta perfección como lo había hecho con Naval.

Al estar listo, bien afeitado, perfumado y listo para salir nuevamente, tomó una rápida taza de café, además de darle a Perla la comida del día y dejándole la comida de la tarde; no quería que pasase hambre, le cambió el agua de su tazón poniéndole fresca y abrazó a su gata tan fuerte, que esta le dio un mordisco por ser tan mimoso con ella.

Empacó unas pocas prendas y salió de su departamento, estaba contento; una sonrisa tonta estaba prendida de sus labios, jamás se le había visto de esa manera, no desde aquel incidente que marcó su vida. Bajó las gradas del porche, deslizó sus llaves por sus dedos, montó su moto y estaba listo para salir de nuevo a la residencia, pero una voz lo detuvo en ese momento.

—No te he visto sonreír como un tonto desde la escuela, Reed —Él volvió la cabeza a un lado, viendo a su amigo Dylan apoyado en su auto convertible negro—. Por lo visto te divertiste ayer...

—¿Dylan? —se preguntó en voz fuerte, que su amigo pudo escuchar.

—Sí, idiota, soy yo... ¿A quién esperabas? ¿Al conejo de Pascua? —Dylan se irguió, estaba immaculado con un traje oscuro, la corbata bien puesta en su lugar, bien afeitado y limpio; Dylan era de las personas a las que le encantaba tener todo preparado.

—¡No!... —Se rascó la cabeza como signo de nerviosismo clásico en él

—Solo que... No te esperaba. —Tardó en decirlo, ya que su amigo mismo le había advertido que no se metiera con su objetivo, y mucho menos que se acostara.

—No esperabas encontrarte como bobo distraído y soñando... —Trató de ser paciente, pero el simple hecho de que Reed estuviera mucho más involucrado de lo que debería lo molestó—. O que te encamaras con Naval Kapot —Su sonrisa se borró, Reed había pasado los límites y Dylan lo sabía perfectamente—. Te revolcaste con ella... Cosa que te dije que no hicieras, cosa que te advertí que no hicieras —gritó con frenesí, repitiéndole una y otra vez.

—Dylan... —Trató de objetar, pero su amigo no se lo permitió.

—No... Escúchame tú a mí, Reed, te dije... Te supliqué que no te revolcaras con ella, que mantuvieras tu cremallera cerrada... pero aun así, fuiste anoche... —espetó con la voz plana—. Una más a tu lista de revolcones...

Ante la negativa de su amigo, Reed no podía permitir que a Naval la tratase como el revolcón de la noche, pero supuestamente eso era, no era más que un revolcón de una sola noche, el plato que no volvería a repetir. Enfurecido por la manera en cómo su mejor amigo se expresó de Naval, bajó de la moto hecho una furia, soltando una retahíla de juramentos y avanzó hasta su amigo tomándolo de las solapas de su chaqueta con fuerza.

—No vuelvas a hablar de ella de esa forma... No te lo permitiré, Dylan... No te atrevas a hablar mierda de ella —espetó enfurecido—. De ella no...

—Entonces... No fue un revolcón —Sus labios rectos se torcieron en una amplia y sensual sonrisa—. Eres un bastardo... No es un revolcón... Te enamoraste de ella... —sentenció su amigo—. En buena hora, amigo... —El cambio repentino de humor de su amigo lo sorprendió, soltándolo de manera brusca y frunció el ceño ante su desconcierto.

—¿De qué carajo hablas, Dylan? —Lo soltó con brusquedad, aunque le extrañó el cambio repentino de su amigo; primero parecía enfurecido, y al instante, un hombre nuevo y feliz—. ¿Te drogaste?

—¡No!... No, nada de eso... Dejé esa mierda hace mucho y lo sabes bien, ambos lo hicimos... —Gesticulaba con las manos, estaba en un mundo paralelo—. Nunca pensé verte de esa manera, tan alegre, tan feliz, tan nuevo...

Esa chica sí que debe hacer maravillas en la cama.

Cometió un grave error al decir eso, ya que sin verlo venir, recibió un buen rechazazo de Reed.

—No te atrevas a mencionarlo de nuevo...

Dylan chocó contra su auto, mientras trataba de acomodarse la barbilla.

—Hombre... Esa no fue mi intención, no medí mis palabras, no pensé en el sentido que podía dar...

—Entonces a la próxima no sueltes la lengua por las puras... ¡Piensa!...

—Pero te has liado con la chica equivocada... Ella no es para ti, Reed —le insinuó.

—¿Por qué? ¿Por qué no es para mí, Dylan? —Intentó obtener una respuesta.

—Por el simple hecho de que ambos son enemigos; su familia y la policía no se han llevado bien por décadas... Cómo piensas que termina todo esto, si en un descuido saben quién eres, o peor aún, que lo de anoche traiga consecuencias.

—¡No!... No pasará nada...

—Reed... ¿Qué pasará con ella cuando el caso termine y obtengamos las pruebas...? Te odiará.

—No lo hará... Porque... Porque puede que se lo diga...

—No, Reed, comprometerías a todos; ella jamás te elegiría a ti sobre su padre...

—No tienes ni una maldita idea de cómo es ella —gritó enfurecido—. No la conoces.

—Sí... No la conozco, y tú tampoco... Solo espero que tengas cuidado.

—¿Cuidado en qué?

—Ya que estás con ella... Asegúrate siempre de usar protección, amigo... ¿Cómo crees que mi esposa concibió a nuestro hijo...? Creo que eres ya lo bastante grandecito para saber cómo se hace un niño.

Su rostro pareció ponerse de todos los tonos, había olvidado todo por

completo.

—No...No... Ella de seguro toma la píldora... Tiene veinticinco... — Aunque jamás pensó en nada cuando estuvo con ella, ni siquiera preguntó o se dignó en sacar un preservativo; estaba tan eufórico y excitado por poseerla que todo había sido olvidado.

—¿No le preguntaste? —Su amigo abrió los ojos como platos; en verdad Reed no había pensado en ello—. No usaste nada... ¿Eres idiota?...

—Naval... Naval... Ella no es una chiquilla... Ya es una joven hecha y derecha...

—Espero que estés listo y dispuesto para ponerte de rodillas sobre la alfombra para hacer el caballito o el avioncito mientras te jala los cabellos hasta dejarte calvo, Reed... —Negó con la cabeza y se dio la vuelta; Dylan no podía seguir escuchando eso, el Reed que él conocía era precavido; aunque fuese una sola noche, siempre llevaba protección en sus bolsillos, pero por lo visto esta vez estuvo fuera de control; pero no podía dejarlo así, se volvió hacia él intentado saber qué es lo que Reed deseaba de ella—. Si se diera el caso... ¿Qué harías?...

—Deja de bromear... Ella... ella —No estaba seguro—. No lo sé...

Dylan se volvió y lo enfrentó.

—¿Le preguntaste sobre sus otros amantes?

—No... ¿Cómo demonios crees que lo haría?... ¡Maldición! —Después de jurar, pero por lo alto, se llevó las manos a la cabeza, preocupándose.

La expresión de Dylan cambió de dura a inflexible, no podía entender la manera de pensar de Reed.

—Y luego me dices a mí que cuide mis palabras, cuando el idiota eres tú... ¿Crees que tiene otros? ¿Por eso nada más aprovechaste la oportunidad y te encamaste con ella?...

—¡No!... Dylan, deja que te explique... —trató de detener a su amigo que caminaba enfurecido rodeando su auto listo para irse.

—No... No —Lo detuvo con las manos—. No, Reed... Eres detestable, la mayoría de veces trato de pensar que simplemente eres así por criarte solo... Pero ciertamente creo que tú naciste así —Abrió la puerta—. Y por favor, no

comprometas el caso... Nolan trabajó muchos años en esto para que tú vengas y arruines todo por tu calentura de verano, o más bien, tus polvos repentinos... pero —Le señaló—, no le hagas daño; si ves que ella te ama, aléjate... Porque tú jamás corresponderás de esa misma forma, Reed, sé que tú jamás amarías... Solo obtienes lo que deseas cuando lo deseas. —Antes de que pudiera hablar y responder, Dylan subió a su auto y se marchó con rapidez.

Dylan nunca estuvo de acuerdo con la vida que su amigo llevaba, además de su manera de tratar a las mujeres. Su amigo había formado su familia, se casó, se estabilizó emocionalmente, hasta el punto de anhelar ver al hijo que su esposa tenía en el vientre; se sentía emocionado, deseoso de poder estrecharlo sobre sus brazos, algo que él jamás sentiría, algo que jamás él podría tener... A menos que...

Naval bajó a desayunar como siempre, pero el repentino dolor que sentía no la dejaba tranquila; estaba un poco pálida, además de no tener mucho apetito. Caminó hasta la cocina encontrando a Madeleine sirviéndose un vaso de jugo, estaba aún con su albornoz de seda, aunque impecablemente maquillada y peinada. Naval se sentó primero con cuidado, percatándose de que su enemiga estaba detrás de la puerta del refrigerador.

—Buenos días, Madeleine... Veo que saliste temprano de tu sarcófago.

Madeleine cerró la puerta y sonrió al verla tan mal, aparte de patética.

—¡Oh! Ma chérie... ¿Passé une bonne nuit? (Oh, linda. ¿Pasaste una buena noche?).

Naval no estaba con ánimos para asimilar lo que su futura madrastra le decía, así que reprimió decirle unas cuantas palabras en español que ella misma estaba pidiendo a gritos; así que se mordió la lengua, con los labios rectos, apretados en un gesto hosco, digno de esa mujerzuela.

—En mi idioma, por favor...

—Lo siento, querida... Veo que no estás de ánimos para hablar... ¿Te sientes bien? Porque te encuentras fatal... —Llevó el vaso hasta sus labios pintados tomando delicadamente un sorbo.

—¿Sí...¿ ¿Qué te hace pensar que estoy mal?...

—No lo sé... Quizás tuviste una... Muy mala noche —espetó la rubia con una sonrisa malévola, dejando el vaso en el lavabo; Naval no podía articular

palabra alguna—. Comme c'est la vie. Et mon m'insulter pourquoi (Cómo es la vida. Y a mí me insultan por ello). —Giró sobre sus talones y salió de la cocina.

Al ver que estaba sola, dejó caer su cabeza en la mesa golpeándose de manera dramática.

—Te mataré, Cameron... Eres un idiota... —Dio un quejido de dolor; era insoportable, como un cólico premenstrual. Se levantó y sacó un poco de leche fría tomándosela de la botella, hasta que sintió la voz de Sansón.

—¡Niña! ¿No hay vasos acaso en esta casa?... No tomes de la botella, es asqueroso. —Naval dejó de beber y guardó la leche, sonriéndole como siempre.

—Buenos días primero, ¿no crees? —Sonrió; él siempre la sacaba de los malos días, la entendía perfectamente.

—Sí... Lo lamento... Buenos días, muñeca... ¿Por qué tan pálida hoy?

—Quizás porque me topé con esa víbora...

—¡Ouw! —dijo acercándose a ella para abrazarla; la estrechó entre sus brazos como si fuesen padre e hija, se respetaban, eran muy buenos amigos y era su confidente en ocasiones, pero Reed no lo vio de esa manera cuando llegó y vio la escena; distorsionando todo, dejó caer su bolso al suelo, negando con la cabeza.

—¿Interrumpo algo? —indagó desdeñoso, frunciendo la boca en un gesto despreciativo, además de tener los ojos ligeramente rojos por la cólera; estaba celoso, jamás había sentido la necesidad de marcar su territorio, pero, oficialmente, Naval era suya y solamente suya.

Naval saltó apartándose de Sansón de inmediato, viendo a Cameron parado en el umbral de la puerta observándolos fijamente.

—Cam ¿qué haces aquí?... Pensé...

Él miró a Sansón, que estaba tranquilo tomando de la botella jugo de naranja.

—¿Qué? ¿No puedo venir a ver a mi chica, o más bien...? ¿...A mi mujer después de haber tenido sexo con ella anoche...? ¿O pensaste que no volvería...?

Sansón, al escuchar esas palabras, escupió el jugo con tanta brusquedad que los ojos se le llenaron de lágrimas por la manera tan brusca y vulgar de Cam en hablar.

—Mejor me voy. —Dejó la botella en su lugar y salió de la cocina; sabía perfectamente que ese asunto era de dos y debían arreglarlo, pero si llegaba a algo más, lo mataría.

—¿Qué demonios pasa contigo? —bramó Naval con la boca literalmente abierta, ante la brusquedad de Cameron...

—¿Por qué Sansón te abrazaba de esa manera? —En un esfuerzo hercúleo de aplacar su ira, su rostro estaba rojo.

—Por la sencilla razón de que Sansón es como un padre para mí, ¿sabes cuantas veces llegó a salvar mi trasero? —Quiso continuar, pero revelar a Xavier solo era traer problemas, además de que nadie sabía sobre lo ocurrido hacía diez años.

—No... Yo no me refiero a ello... —Se rascó la cabeza—. ¿Te atrae?

—¿Estás hablando malditamente en serio? —Naval no estaba muy bien para hablar, y menos de la manera de expresarse delante de Sansón—. No hablaré contigo después de esto. —Caminó tratando de no tambalearse, llegando a preguntarse por qué le afectaba tanto ver a Cameron.

Antes de que pudiera dejarlo, él la sujetó con fuerza de la muñeca y con la boca apretada en una amarga línea, y preguntó atrayéndola hacia él, estremeciendo involuntariamente la mandíbula como señal de enojo.

—¿Por qué no? Responde...

—Suéltame, Cameron... No sabes lo que dices... Y no responderé a esa acusación absurda.

—¿Absurda? ¿Te parece absurda? ¿Te acuestas también con él? ¿Es mejor que yo en la cama, te hace gritar como lo hice yo anoche, o mejor aún, es más rudo cuando está dentro de ti? —Reed no sintió la bofetada pero desde luego que la sintió unos segundos después; el ímpetu de la bofetada le obligó a dar vuelta a la cara haciéndolo trastabillar, estaba ofuscado por los celos—. No vuelvas a golpearme, ninguna mujer se ha atrevido a golpearme de esa manera —dijo apretando la mandíbula y mirándola a los ojos con un destello aterrador, una expresión indescifrable.

—Entonces no vengas a pavonearte aquí por la casa diciendo que te acostaste conmigo —Vio la marca roja de su mejilla, producto de su bofetada—. Y no me acosté con nadie... Ya que tú fuiste el primero. —Trató de tranquilizar su voz, aunque estaba rota por las lágrimas.

—Me crees estúpido... No caeré en tu juego... Suficiente con una vez... Crees que porque tuvimos sexo me arrodillaré ante ti y te pediré matrimonio... —En realidad Reed no sabía qué decía, ya que tenía miedo y terror por lo que sentía; jamás en su vida había sentido amor por una mujer, tanto amor y deseo como sentía por Naval.

—Vete a la mierda. —Ese comentario sí que dolió, dolió más que la muñeca sujetada con brusquedad y que su palma ardiendo por la bofetada que le propinó; volvió a alzar la mano dispuesta a otro golpe, pero él sujetó con fuerza su muñeca, casi lastimándola, a lo cual ella no se quejó; aguantó el dolor además de aguantar el de su corazón hecho pedazos una vez más; una vez más se había equivocado.

—Una vez, solo una vez en la vida... Tú ya perdiste la opción de darme otra bofetada; vuelve a intentarlo y juro que te golpearé. —Le soltó la mano y Naval retrocedió, pero no bajó la cabeza, irguió los hombros y no dejó de mirarlo a los ojos.

—Ya que hoy tienes mucho que decir... ¿Por qué no me acusas de más cosas? Creo que la lista que tenías preparada es aún más larga. —Llevó una mano instintivamente hacia su vientre, acto que no pasó desapercibido por Reed, queriendo atar cabos que no existían, aunque las palabras de Dylan volvieron a su cabeza y entre ellas se marcó en rojo la palabra: «bebé».

Tomó una gran bocanada de aire, debía hacer frente a la realidad.

—¿Te cuidas... O algo por el estilo? —dijo nervioso.

—¿A qué te refieres? —Intentó hacer caso omiso a esa pregunta.

—Control de natalidad —afirmó.

Al ver el rostro pálido de Naval, sus ojos tan abiertos como platos, supo que la respuesta era «No»; ante ello, solo soltó una sarta de juramentos; Dylan tenía razón, no estaba preparado para ello.

—No —respondió en un hilo de voz apenas audible—. No —Tragó el duro nudo que se formó en su garganta—. Y por tu pregunta, me supongo que tú

tampoco. —El rostro de Naval no solo se puso más pálido, sino que optaba a cambiar de colores; un sudor frío cubrió su cuerpo, pero era como si un calor interno quisiera salir.

—Mira... Si lo que te preocupa es alguna enfermedad —Se llevó la mano a la garganta—. Estoy limpio... Me hago pruebas con frecuencia... Además de que tú eres la primera con la que no he usado protección...

—Yo... Yo... —No podía articular palabra alguna.

—Si hay un bebé podemos solucionarlo... Es muy temprano para saberlo; además, podemos ir a una farmacia y comprar anticonceptivos de emergencia... No podemos tenerlo, ¿verdad? —Reed supo que, al verla tan mal por la noticia, era de suponerse que si hubiesen creado un bebé, ella se desharía de él, y eso a Reed le dolió en lo más profundo de su ser. Por un breve instante imaginó a un pequeño niño con sus ojos y su tono de piel correr por una casa alejada de toda la mierda de la mafia, pero Naval no pensaba así. Se había equivocado, ella no dejaría su vida de lujos y caprichos, no por él, no estaba dispuesta a recibir una bala por él, ni mucho menos a huir.

Naval había dejado de escuchar todo, no entendía lo que salía de la boca de Cameron, en su interior sabía que él jamás aceptaría a un bebé, no era material para padre, solo buscaba acostarse con ella. «Que idiota fui», se reprendió mentalmente ante su ingenuidad; creyó por un instante que Cameron regresaba para verla, besarla y decirle que la quería, pero no, todo lo contrario; había regresado a la casa solo para preguntarle sobre control de natalidad, claro indicio que odiaría al niño, tal y como su propio padre hizo con ella.

Lo que sí entendía era que un dolor ligero cubrió su cuerpo, un adormecimiento que caminaba lentamente, haciéndole temblar. ¿Y si le pedía deshacerse del niño?

—¡Lárgate!... —Se sorprendió que esas palabras pudieran salir fuertes de su propia boca, no tenía la fuerza para discutir—. Lárgate de mi casa... No quiero verte nunca más aquí... Yo no te pedí nada, Cameron... —Las crudas palabras de Cam, la hicieron marear de tal manera que su corazón martilleaba más de lo normal, se sentía muy mal, pero no lo admitió; no deseaba ser débil delante de él, jamás lo haría, jamás se lo permitiría una vez más; recordó entonces que no usó protección y que ella no tomaba nada de anticonceptivos,

pero que él opinase que lo que pudieron crear anoche juntos era una aberración, era lo más imperdonable.

Respiró profundo para darle una respuesta a su insulto.

—Y si lo estuviera... Jamás te lo diría... Y no necesito un empleadillo de segunda que se haga cargo de mí... No te necesito... Y no creo que lo esté...

Cam abrió los ojos como platos con expresión de evidente disgusto, su comentario sí que le movió el suelo, dio un paso adelante como si quisiera golpearla, pero ella no retrocedió, levantó la cabeza dispuesta a todo; nadie la volvería a tocar.

—Vamos... Golpéame... Y verás cómo te arrepentirás de ello, Cameron... Ahora lárgate. ¡LÁRGATE! —gritó con desesperación, o más bien, desquiciándose—. No quiero verte nunca más... ¡LÁRGATE!

Él retrocedió y tomó su bolso, asintiendo con la cabeza varias veces, sin dejar de mirarla; ella estaba allí de pie sin expresar ninguna emoción; por lo visto dio en el clavo, no pensaban igual. Temía por lo que sentía, se sentía confundido, pero el miedo provino desde que Dylan le dijo la verdad: él estaba enamorado de Naval Kapot, pero ese amor jamás podría ser verdadero o basado en la sinceridad; habían comenzado una relación a base de mentiras, empezando por él.

Naval, al verlo de espaldas, salió de prisa hacia la gran sala; debía subir a su habitación, exiliarse, esconderse. No había pensado ni por un segundo que ese amor, esa pasión que le había dado con mucha entrega y confianza, se viera arruinada por malas conclusiones. «Solo la había utilizado», pensó con dolor.

Su padre estaba hablando con Sansón en el salón-bar, volvió el rostro para verla; parecía confundida, así que con el ceño fruncido la siguió con la mirada mientras seguía hablando con Nicolay.

—Señor, cree usted que es buena idea que el chico... Cameron, sea el guardaespaldas de Naval.

—¿Acaso crees que es mal material...? Me enfrentó por ella, ¿cuantos harían eso por Naval?

—Yo, señor... Estoy dispuesto a recibir una bala por ella.

—Lo sé, Sansón... Pero no estás dispuesto a desobedecerme con tal de que ella se encuentre bien. ¿O sí?

—No, señor...

—Por eso, es buen material...

—Pero... Ambos son jóvenes y si pasa algo entre ellos... —inquirió Sansón.

—Sabes perfectamente que Naval es lista... —O eso creía.

Esa opresión en el pecho no la dejaba tranquila, sentía que el aire se le acababa, sus oídos no dejaban de palpar, subió las gradas en un estado de trance y, justo cuando iba a llegar al segundo piso, apareció Madeleine con una gran sonrisa entre sus labios, cerrándole el paso.

Naval se sentía muy mal, estaba muy mal, su palidez y manos temblorosas lo decían todo, pero esa bruja no tenía corazón; parándose delante de ella impidiéndole seguir.

—Veo que no te dijo que tu padre lo contrató para que te cuidara... Te liaste con tu guardaespaldas, «ma chérie», y esto que tú trataste de no encamarte con Xavier y con Creed... Y mira cómo has acabado... Liándote, o más bien revolcándote, con un guardaespaldas de segunda... Eres tan patética... Solo habría que verte, ¿crees que él puede amarte? Solo te utilizó, ya que tú estabas más que dispuesta a abrir las piernas para él.

Naval no pudo resistir más la humillación, la pena, el dolor y la mentira; le había abierto su corazón a Cameron, comentándole detalles que no conocían de su intento de suicidio; le había suplicado que no la abandonara, como también le había suplicado que le hiciera el amor anoche. Su mundo se volvió oscuro; sin poder más, cerró los ojos y se dejó llevar, por la profundidad. No había a quien esperar.

Madeleine la vio rodar por las grandes escaleras de la casa; asustada por contribuir a ese accidente, tan solo corrió para ocultarse en su habitación; sabía que las consecuencias serían graves, sabía que Nicolay la mataría si descubría que ella había sido la causante de ese accidente.

Su padre y Sansón sintieron cómo algo caía por las escaleras, corrieron al salón para poder ver qué pasaba, viéndola rodar.

—¡NAVAL! —Corrió hacia el cuerpo inerte de su hija—. ¡Naval!... Pide ayuda... Pide ayuda —le gritaba a Sansón, que tomó su radio y pidió de inmediato una ambulancia; este ya no era un caso para el doctor Franklin.

Reed, al escuchar los gritos desesperados de ayuda, se giró bruscamente corriendo hacia la residencia, entró por la cocina y corrió hacia el salón, encontrando a Naval en el suelo, su padre tratando de levantarla y a Sansón pidiendo una ambulancia.

La respiración de Reed se cortó de inmediato, sus pies parecían estar clavados al piso, sus manos no tenían movimiento. Sansón, al verle parado en medio de la gran sala contemplando la escena, caminó hacia él tomando su camiseta entre sus manos. Sansón podía llegar a ser tan intimidante, tipo Bruce Willis.

—No sé qué pasó... Pero espero que se recupere y no sea nada grave... Porque patearé tu trasero hasta que mi pierna se ampute sola... Me interesa una mierda que su padre te haya contratado... pero no le harás daño. —Reed tembló... No por la amenaza de Sansón, sino por la gravedad de Naval; era algo grave.

Regresó al lado de Nicolay, que temía moverla, pero tomó el control levantándola entre sus brazos; estaba inerte, como muerta, su respiración era dificultosa y su rostro muy pálido y cansado. Reed bajó la vista hacia el suelo, jamás se lo perdonaría, él había sido parte de ello, él había logrado afectar tanto a la joven hasta el punto de llevarla a derrumbarse.

Dio un paso atrás al ver que la mano de Naval cayó inerte a un costado; quiso decir algo, pero no pudo articular palabra alguna, tan solo su mentón tembló, su cuerpo tembló.

Nicolay salió de la residencia, Iona ahogó un grito, temblando ante la imagen inerte de su niña, la ambulancia llegó varios minutos después, los paramédicos bajaron la camilla, pero Nicolay no quería perder más tiempo, el tiempo era todo en ese momento.

Tras ser llevada al hospital más cercano, los doctores la atendieron de inmediato, pero pidieron que esperaran afuera, querían hacer un buen trabajo; Reed fue al hospital, pero quería estar alejado, temía escuchar lo peor, sus desmayos no eran normales.

El doctor revisó a Naval con el mayor de los cuidados, tenía un par de

costillas lastimadas, además del golpe de su cabeza; quería estar seguro, pero lo que más le preocupó no fueron las costillas ni la cabeza, era algo aún peor de lo que podía imaginar, y sobre todo para una jovencita como ella, a sus cortos veinticinco años.

—Naval... —dijo en un susurro, mientras ella recuperaba la conciencia, tenía suero y estaba con máscara de oxígeno, algo mayor a su anterior caída.

—¡Sí! —dijo débilmente arrastrando las palabras—. Me duele. —Quiso llevarse una mano a la cabeza, pero el doctor se lo impidió.

—No... No toques tu cabeza, se abrieron los puntos.

—El pecho... y el vientre... Duelen.

Naval había recuperado la conciencia, aunque estaba confundida, pero no podía olvidar aunque quisiera cómo Cameron la había tratado, aunque la expresión seria del doctor no le ofrecía ningún consuelo y temía.

—Naval... no sé cómo decírtelo... pero primero contesta estas preguntas, ¿sí...?

—Sí...

—¿Has tenido relaciones sexuales en estos últimos meses?

—Ayer... Bueno... mi... mi primera vez. —El doctor la vio confuso; cómo una chica tan linda y de veinticinco recién cumplidos se haya deshecho de su virginidad.

—¿Tomas algún método anticonceptivo?

—No...

—¿Él tomó las precauciones del caso?

—No... Bueno, sí —dijo con confusión, no estaba muy segura de nada desde esa noche, todo era confuso.

—Entonces es difícil saber con certeza si es que has logrado concebir; podemos darte la pastilla de emergencia para que no haya concepción...

—¿Tiene que hacerme todas esas preguntas incómodas? ¿No estoy embarazada...? —inquirió ella molesta.

—Sí... Son importantes por tu enfermedad. —Ella abrió los ojos como

platos, no podía estar escuchando eso... Debía ser un error, un terrible error.

—¿Enfermedad?

—Naval... Creo que será mejor que le expliquemos a tu padre...

—NO.... —dijo con ímpetu.

—Pero... —El doctor estaba extrañado por el repentino comportamiento de Naval ante la noticia.

—Soy mayor de edad y mi historial clínico es privado, a menos que yo dé un consentimiento por escrito que autorice a que revelen mi estado de salud a otras personas... no quiero que nadie sepa... Solo dígame qué precauciones debo tomar.

—Para ello queremos que tomes pastillas anticonceptivas, para evitar que haya el riesgo de un embarazo... No lo soportarías... En tus condiciones... Las posibilidades son una entre un millón, no lo soportarías, ambos no lo soportarían.

—No lo haré... Si es que lo estoy, cosa que es imposible... No permitiré que dañen a ese bebé... Sí es que existe... Entonces formaré parte de ese uno entre un millón.

—Está bien... Es tu decisión, pero creo que puede ser demasiado apresurado; puedes tomar un anticonceptivo de emergencia para poder evitar cualquier problema posterior...

—Es que yo no quiero...

—Eso me indica que planeaste el bebé...

Pasaron horas, casi dos horas de intensa espera y agonía. Reed estaba sentado en un lado lejano de Nicolay, y Sansón había regresado a casa, ya que Iona no dejaba de llamar. De pronto salió el doctor, su rostro era reservado, pero Reed sospechó que ocultaba algo más; así que se acercó con Nicolay.

—¿Cómo está, doctor? —preguntó el avejentado hombre; estaba totalmente deshecho, pálido, con la corbata deshecha y la camisa arrugada, no tan desastroso como Reed.

—Bueno... —Dudó por un segundo—. Ella tuvo... Tuvo un desmayo...

—Díganos algo que no sepamos —bramó Nicolay.

—Es provocado por mala alimentación, estrés... Además —Comenzó a gesticular con las manos—. Tiene que estar en reposo, no tener estrés, se ha lastimado dos costillas; además, los golpes que ha recibido en la cabeza la han dejado aturdida, abriendo ya los puntos que tenía.

—¿Puedo verla...? Necesito verla... —dijo Nicolay, desesperado.

—Creo que, por el momento, no... Será mejor dejarla descansar... Necesita descansar... Necesita... Más bien el estrés está provocándole serios problemas... Desmayos, quiero decir. —La manera en cómo hablaba el doctor era una clara señal de que escondía algo.

Reed levantó la mano sujetando el hombro de Nicolay; estaba preocupado, era la primera vez que se preocupaba por su hija y era la primera vez en que Reed se sentía totalmente miserable.

Nicolay se dio la vuelta y se sentó en la pequeña sala de espera del hospital, con los codos apoyados en las rodillas; sostuvo su cabeza entre sus manos despeinando sus cabellos, se le notaba desesperado, sacó de su chaqueta su celular y marcó, hasta que la otra línea contestó.

—Hola... Por favor, no digas nada. Sé que en el pasado no hablamos en buenos términos, pero creo que deberías saber esto... Sé que ella rehusó verte hace unos días, pero ella te necesita... Va en contra de todo lo que pienso... Pero... Yo no puedo darle lo que ella necesita... Y tú se lo ofreciste una vez... Por eso... Creo que será mejor que vengas...

Reed vio a Nicolay hablar por teléfono, de seguro con Madeleine, pero la duda sobre el diagnóstico del doctor no lo convencía para nada; él trabajaba en el FBI y sabía cuándo alguien mentía, aunque ciertamente su habilidad para detectar una mentira se vio afectada desde que conoció a Naval; así que le pidió unos momentos a solas.

—Por favor, quisiera hablar en un lugar privado con usted.

—Claro... —Dudó por un segundo, pero debía comportarse con normalidad, Naval le había pedido confidencialidad ante su estado de salud.

Alejándose, para que nadie los viera, el doctor lo llevó a un cubículo; Reed se encargó de cerrar las cortinas, mientras el doctor estaba de pie en un lado del cubículo. Entonces se volvió hacia el doctor y lo sujetó de las solapas de su mandil blanco.

—¿Qué le pasa?

—Quiero la verdad...

—Con qué derecho...

—Con el derecho de ser... De ser... Su novio. Ahora dígame. —Por primera vez había hablado de más.

—No tiene una orden... Si no la tiene, yo no puedo hacer nada; además, es privado el historial de un paciente y sobretodo cuando me piden confidencialidad. —Trató de quitar las manos pero era imposible.

—¿Orden? Aquí está mi orden. —Desenfundó su arma, apuntándole en medio de las cejas, quien abrió los ojos como platos

—Hágalo... No importa... Si quiere saberlo, averígüelo usted mismo. —Tomó valor y quitó bruscamente las manos de Reed, saliendo del cubículo y alejándose de allí. Guardó su arma en un intento vano por saber algo, pero sabía que si iba a verla, ella lo rechazaría; sus deseos por verla eran intensos, sus deseos por estar con ella eran aún más grandes a las emociones que sentía en esos momentos; sabía perfectamente que había arruinado el momento por ser un estúpido, sus acciones en el día lo habían despojado de ese derecho.

Naval despertó viendo primero a la enfermera cambiar la bolsa de suero y poner más medicamentos; su mirada se fijó en la bandeja de comida que había a un lado, se notaba totalmente repugnante, además el apetito se le había ido, así que se recostó, deseaba dormir, hasta que sintió una voz conocida.

—Deberías comer. —Levantó la vista y fue el momento en que lo vio; no había cambiado nada desde la última vez.

Seguía igual de guapo, seguía siendo parte de su vida también.

CAPÍTULO 17

REVANCHA

—¿Qué haces aquí? ¿Quién te dijo? —dijo Naval con preocupación, era raro verlo después de casi diez años.

—Naval... No seas así —rogó.

—¿Qué haces aquí? —repitió.

—Creo que no nos despedimos en buenos términos, Naval. —No había cambiado para nada.

Creed seguía igual de apuesto, con el cuerpo de un nadador, aunque su oficio era otro. Sus cabellos cortados a la perfección, aunque despeinados a un clásico estilo moderno, dándole la sensualidad que alguna vez Naval vio en él, pero ahora quería estar sola y olvidarse para siempre de Cameron Bergenson.

Le vio caminar despacio hacia ella, queriendo tomar su mano, pero ella la quitó antes de que el pudiera tomarla.

—Te lo vuelvo a preguntar: ¿Qué haces aquí? Se supone que no volverías, Creed.

—Naval... Por favor... Nicolay me llamó, está preocupado, yo estoy preocupado, así que no me apartes de tu lado, no ahora que tengo la oportunidad de estar contigo. —Eran más que palabras, eran súplicas sumidas en dolor, su mirada decía dolor, decía amor, decía perdón.

—¡Creed!... Nunca estuvimos juntos de verdad... Jamás me dijiste la verdad sobre mi padre... —Hizo un pausa—. ¿Cómo crees que me sentí? —le reprochó—. Confíe en ti —gritó.

—No eres justa, Naval, no lo eres...

—Me mostraste una faceta, tu verdadera faceta... O más bien tu verdadera personalidad... Ya no podía confiar en ti.

—¿Sabes la verdad de esa noche?, no era yo... —Creed trataba de mantener el control, él era explosivo, pero no podía darse el lujo de poder perder el poco control que le quedaba.

No era justo, todo se le había juntado en ese mismo día. ¿Acaso el mundo conspiraba contra ella para quitarla del camino? Llegándose a hacer esa pregunta una y mil veces más.

—Pero... Deja que te explique... Aunque sea dame la oportunidad de que pueda remediarlo —Sus ojos expresaban dolor, además de culpa—. Sé que yo tuve la culpa... Lo admito... Debí decirte la verdad en su momento, pero tu padre me hizo prometer que te lo diría a su momento... Yo no podía intervenir en la manera de pensar de tu padre.

—Lo hubieras intentado, Creed... Si me hubieses dicho tan solo la verdad, hubiese guardado el secreto... Pero no confiaste en mí, como yo ahora no confío en ti —Pero ella no quería escuchar, lanzándole una mirada de enfado, así que no se amilanó, no tenía tanta suerte ya—. ¡Tuviste la culpa! Tú... Tú tuviste la oportunidad, pero te alejaste de nuevo, tenías la oportunidad de enmendarte, pero... ¡Huiste! —Su voz estaba entrecortada por la lágrimas ante ese recuerdo tan espantoso; la historia se volvió a repetir después de que Xavier fue despedido—. Yo te necesitaba y solo... Te fuiste.

—Lo sé... Y lo siento... Sé que no merezco que me perdones... —Gesticulaba con las manos tratando de hacerle entender, pero todo estaba muy claro—. Pero a pesar de todo... Sé que lo que siento por ti, jamás cambió.

—Terminó, Creed... No más, no más...

—Por Dios... Naval... —Puso una rodilla encima de la cama, deseaba su perdón, así como su amor para cerrar el vacío que su desastrosa separación ocasionó—. Dame una oportunidad, aunque sea la oportunidad de ser amigos... Comenzar...

—¿Cómo comenzar?... Contigo aprendí a andar y desde lo que pasó... simplemente olvidé cómo hacerlo... No, Creed... No puedo ya... Las cosas han cambiado.

—Juro por Dios que puedo cambiar... Cambiaré por ti... Haré lo que me pidas... Si quieres que deje el trabajo que tengo para hacer una vida a tu lado... Lo haré sin titubear...

—Pero las cosas no funcionan de esa manera... No funcionan así, Creed —gritó enfurecida.

—Naval, no seas tan obcecada...

—¿Obcecada?... Cambiar porque te lo digo yo... Tuviste que cambiar por cómo te comportaste, porque entendiste, supiste que estaba mal lo que hiciste, además. ¿Renunciar?... Creed, no puedes renunciar a un trabajo que no es trabajo... Ya no confío, Creed... No confío ni en mi padre, que me odia, me aborrece; peor ahora que se casará con Madeleine.

—¿Madeleine?

—Sí...

—Pero... ¿Cómo?

—Pregúntaselo a él... Yo me pregunto lo mismo desde hace días —Negó con la cabeza, no quería decir ya más... No quería empezar una discusión con Creed—. Por favor, necesito descansar... —Trató de despedirlo con un gesto de mano, pero no entendía, insistía.

—¿Naval?... —Sus ojos rogaban una oportunidad, pero una voz ronca los interrumpió.

—Dijo que quería descansar... —espetó Cameron; estaba de pie en el umbral de la puerta con los brazos cruzados sobre su pecho, no quería formar puños, bastaba con una expresión para nada indulgente.

Creed se puso de pie, y ambos eran casi de la misma contextura, de la misma talla; ya entendía por qué Cameron le atrajo tanto.

— Naval... ¿Este tipo te está molestando?

—No... Él ya se iba...

—¿Quién es este? —preguntó Creed al ver cómo Reed lo observaba con un minucioso escrutinio, y veía a Naval como si ella le perteneciera.

—Un guardaespaldas... Contratado por mi padre... —Las palabras de Naval le cayeron como un balde de agua fría a Reed, que inspiró tratando de controlar sus emociones, no podía moverse, las palabras de Naval lo afectaron mucho más... Lo había descubierto, pero ¿Quién le había dicho sobre ello? Él tuvo cuidado con no decirlo a nadie, aunque los únicos que lo sabían eran el

padre de Naval, Sansón y Trent, ya que ni Iona estaba enterada.

Ella, al verlo pálido y paralizado en medio de la puerta, aprovechó la oportunidad de humillarle.

—No es así, Cameron... Eres mi guardaespaldas... Entonces espero ganar la apuesta... Esta vez apostaré mucho más que antes.

—¿Sigues con las apuestas? —sonrió Creed—. Esa es mi chica.

—¡Exacto! —Sonrió Naval con malicia, aunque no trató de aclarar las palabras de Creed en ese momento; ya no importaba lo que Cameron pensara de ella, él ya había dejado en claro el concepto que tenía.

Creed se acercó a ella para darle un beso en la frente, pero Naval levantó el rostro ofreciéndole los labios.

—Gracias por venir, Creed. —Él no desaprovechó la oportunidad, dándole un casto beso en aquellos labios dulces que tanto anheló de la joven que le robó el corazón años atrás y jamás se lo devolvió.

—Nunca te dejaría sola... Cariño. —Sonrió para alejarse de ella, pero al salir le dio un empujón a Reed con el hombro; ambos se masticaban pero no se pasaban, eran rivales y solo necesitaba la revancha para poder ganar terreno.

Justo cuando pasó por su lado y le vio, recordó una de las fotos; habían tratado de localizar al famoso León Negro, poderoso, temible, pero jamás visto, Naval tenía en sus manos y bajo control al famoso León, y era nada más y menos que Creed Alfred Rise.

Una vez solos, Cameron no pudo resistirse; cerró la puerta tras de sí apoyándose en ella, cruzó los brazos sobre su pecho, enarcó una ceja y no evitó poder preguntar.

—¿Creed?

—Sí... —respondió con amargura.

—Él es Creed... Entonces, ¿debería preguntarme qué número ocupó en tu lista de amantes? ¿Creed qué número es? —Estaba enfurecido; se apartó de la pared en donde estaba apoyado con una explosión de movimiento, no sabía cómo poder dañarla y, sobre todo, cuando le había visto besar a Creed.

— Ah... Cierto... ¿Y después estás tú? El último de mi larga lista de amantes... —Estaba provocándole—. Si te preguntas si eres bueno en la cama... te diré... Creed es más inventivo, más excitante, más sucio... Hace cosas nuevas... No tan tradicional como tú... Que va lento; él va rápido, fuerte y sin control alguno... —Naval debió recibir un premio por su actuación, Reed estaba rojo por la ira, podían notarse las venas de su cuello a punto de estallar, pero estaba controlándose por encontrarse en un hospital, y los escándalos no le iban muy bien, en especial si él los comenzaba y todo por una mujer—. ¿Contento?

Cameron se acercó más a ella, enjaulándola con sus brazos.

—Sí... Mucho... Creo que has probado mi masculinidad y virilidad... Me has dejado más que satisfecho... Aunque, para ser sincero... No eres tan fiera en la cama como yo pensé... Eres simplemente como otras... tan... —No llegó a terminar la frase.

—Calla... Calla... Y lárgate de aquí... —bramó.

—Te divierte, ¿no es así?

—No sabes cuánto me divertí... —dijo con asco—. Después de saber que me encamé con el guardaespaldas... —dijo dolida, ante la mentira que Cameron soltó.

—Te da asco saber que te acostaste y disfrutaste con alguien que no es de tu nivel.

—No... No me interesaba que fuese rico o pobre... Confíe en ti... Pero no fue así, solo hacías tu trabajo... —Cameron, al saber que Naval confió en él, solo hizo que enderezara la espalda, irguiéndose.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó.

—Eso ya no importa... El daño ya está hecho.

—¡Maldición, Naval! —Intentaba tener un diálogo civilizado, pero con ella era imposible, con Naval todo era negro o blanco, pero jamás intermedio, o gris.

—Estamos a mano...

—¿En qué sentido?

—En todo, Cameron, en todo.

—No me vengas con esa mierda ahora... Sé que fui el primero, así que no trates de decir lo contrario... —bramó, gesticulando con ambas manos libres.

—¿Eso es lo único que pudiste rescatar de toda esta conversación? — Sonrió con ironía—. Eres increíble... ¿Qué?... ¿Qué si no fue así, Cameron? ... ¿Lastimé tu ego de macho o algo así?

—Naval... Naval —Intentaba mantener el control.

—Solo vete de aquí, Cameron. No quiero volver a verte. —Trató de tranquilizarse.

—Es una lástima... Me verás todos los días en la residencia. —Intentó sonreír con sarcasmo, pero Naval no se lo permitiría.

—Eso si permito que te quedas...

—Amenazándome...

—No... Yo no amenazo, yo cumplo mis promesas. Solo digo... Los guardaespaldas nunca se quedan...

—Claro... Pero tus amantes sí...

—Depende... Si hacen lo que yo les digo...

—Eres una... —Antes de que pudiera terminar la frase, entró una enfermera para revisar el suero y administrarle los medicamentos.

—Usted ya no debería estar aquí... La señorita necesita descansar... — dijo con el ceño fruncido; por lo visto estaba enojada por la indiscreción e irresponsabilidad del visitante no deseado.

—Lo siento... Ya me iba de aquí... Hasta mañana, Naval...

—No te molestes en venir... Espero no verte jamás —replicó llena de odio, mirándole con ojos desafiantes, hasta que se retiró de la habitación.

—Disculpe, enfermera... ¿Podría llamar al doctor...?

Dándose la vuelta, la miró a los ojos extrañada.

—Claro... Enseguida. —Se giró sobre sus talones y fue en busca del doctor, quien después de diez minutos entró en la habitación.

—Naval... ¿Cómo te encuentras?

—Deje de decirme cómo estoy... Estoy bien... Pero lo quiero es pedirle que firme mi salida... Quiero irme de aquí lo más antes posible.

—Pero... —objetó el doctor—. No puedes irte.

—Claro que sí...

—Es bajo tu responsabilidad...

—Firmaré lo que tenga que firmar; ahora vaya... Que quiero irme.

—Naval... Debemos controlar tu presión arterial, que está demasiado alta; además, debemos empezar con tu tratamiento; no podrás vivir mucho sin un tratamiento adecuado para tu enfermedad... Tu corazón no puede resistir trabajar de esa manera.

—No... Haga lo que le digo... ¡Maldición! —espetó enfurecida; su corazón ya estaba roto y ningún medicamento podía arreglarlo.

El doctor negó con la cabeza tal disparate, no podía detenerla, era mayor y ella sabía lo que quería, pero iba a poner en riesgo muchas cosas, incluyendo su salud.

Naval se sentó y tomó el pequeño teléfono de la mesilla marcando el número de Sansón.

—Sansón... Quiero que vengas al hospital... ya me dieron de alta y quiero regresar, pero no le digas nada a nadie de la casa, no quiero que me abrumen con preguntas tontas; suficiente tengo con las preguntas disparatadas del doctor.

—Naval... pero...

—Deja de darme peros... Si escucho uno más... Juro que te dispararé y no querrás saber dónde... Así que ven a recogerme dentro de media hora. — Colgó el teléfono con brusquedad, dando un soplido de frustración; era una muñeca, era matrioska (muñeca rusa), pero no de cristal; era Russkaya Knyazhna (princesa rusa), pero era fuerte y enérgica, y todos la trataban como si fuese a romperse, cosa que la enervaba.

Casi una hora después, Naval estaba sentada a lado de Sansón, quien manejaba un Ranger Rover negro deslizándose por la carretera a gran

velocidad; él siempre se comportaba con mundana cortesía. Naval estaba perdida en sus pensamientos observando por la ventanilla, quería olvidar aquellas palabras de Cameron.

—¿En qué piensas, Naval?

—¿Qué? —Intentó recuperar la atención rompiendo el silencio incómodo del auto.

—Dije... ¿Qué sucedió con Cameron?

—No tengo que decirlo...

—Vamos, Naval... Desde cuándo aquí me ocultas cosas, sabes que soy tu mejor amigo... tu confidente... Yo supe desde el comienzo lo de Xavier y te ayudé a enfrentarlo. —Sansón trataba de no recordarlo, así que apretaba el volante con todas sus fuerzas haciendo que sus nudillos se pusieran blancos por la fuerza.

—Me acosté con Cameron. —Entonces un sonido estruendoso mandó a Naval hacia adelante, ya que Sansón frenó de repente, con los ojos tan abiertos que parecía una lechuza.

—¿Qué mierda dijiste? —No pudo ocultar su sorpresa con malas palabras—. ¡Repítelo!

—No me hagas decirlo... No hagas que me arrepienta una vez más. —Encogió sus piernas abrazando sus propias rodillas sobre el asiento.

—Pero, Naval... Pensé que era una absurda broma lo de la cocina.

—No me reproches nada... por favor. —Se volvió para mirarlo; en su expresión se adivinaba cierto sentimiento de culpabilidad. Sansón no pudo más y quiso mitigar su dolor abrazándola con fuerza, estrechándola entre sus brazos.

—Pero solo se conocieron como... Hace 72 horas... —Suspiró, cerrando los ojos—. Por eso la discusión de esta mañana...

—Sí —No pudo responder ante sus propios sollozos—. Por las dudas que tiene, alguien le ha debido contar sobre Xavier y Creed... Creyó que tú estabas conmigo. —Sansón no pudo evitar dar una carcajada, eso sí que le resultaba una broma.

—Qué decepción se llevará el chico... Será mejor que le digas la verdad...

—La sabe... Pero no quiero recordarle o decirle que me crea... No tiene sentido alguno ya. Que crea lo que le parezca...

—¿Naval? Tarde o temprano tendrás que afrontarlo, debes ser fuerte... ¿Dónde quedó la chica ruda que conocí?

—Sus insultos han sido devastadores; solo de recordar su conversación me pone enferma, y eso jamás se lo perdonaría...

—¿Qué te dijo ese desgraciado? —preguntó por segunda vez—. Pero él fue el primero, ¿cierto?

—Claro que sí, Sansón... ¡Dios! ¿Crees que me voy encamando con cualquier imbécil que veo...? Ya de por sí es vergonzoso saber que estás al tanto de mi nula actividad sexual hasta ahora.

—Bueno, con ese tarado lo hiciste... —Levantó los hombros, refiriéndose a Cameron—. ¿Seguirás con esos juegos, Naval?...

—Sí.... Claro que sí...

—Espero que lo hagas gritar... ¿Cuánto apostarás?...

—Apostaré 50 grandes...

—¡Mierda! —Se rascó la cabeza rapada—. Eso sí que es una apuesta. ¿Y qué trucos usarás?... Dame pistas, corazón...

—Ya sabes... Las usuales, aunque creo que se merece el plan de contingencia.

—¡Diablos!... No me digas que soltarás a Don otra vez...

—Podría ser... Me encantaría que le pasara lo mismo que al otro, pero quisiera que se las arrancara las dos. —Sansón rio con más fuerza, tan fuerte que sus ojos no aguantaron las lágrimas de diversión.

—¿Naval?

—Dime...

—¿Qué te pasó al caer y qué te dijo el doctor?

—Nada... No me dijo nada... No te preocupes por mí, estoy muy bien. —

No quería decirle que todo había sido ante la presión y la discusión, pero el detonante fue Madeleine.

—No mientas... Te conozco muy bien. —Se frotó los ojos en señal de impaciencia.

—Sí, y eso es lo malo, me conoces mucho mejor que mi propio padre...

—Yo te críe, Naval... Desde pequeña... Creciste a mi lado...

—Me conociste cuando tenía quince... Creo que es una exageración.

—Y vale... ¿Acaso ya no recuerdas cuando te enseñé a trepar por los árboles, perfeccioné tu técnica de pelea, además de usar un arma en casos de contingencia? —Naval no dudó por un segundo en recordar esos momentos tan felices de su vida—. Pulí todo lo que Creed te enseñó.

—Lo sé... —Sonrió.

—Hay algo más, Naval... —Por su tono y expresión plana de repente, Naval supo que traía muy malas noticias—. No quiero que te tomen por sorpresa, pero el compromiso de tu padre con Madeleine se hará público; no sé la fecha exacta, pero esos son los planes de la víbora francesa.

—Eso ya no importa... Mi padre está demasiado encaprichado por la juventud y belleza de esa arpía, será imposible hacerle ver la verdad.

Trató de cambiar el tema, ya que no importaba nada, ya no importaba absolutamente nada.

—¿Dónde está él ahora? —Al preguntar su rostro se llenó de amargura y odio; por lo visto, un hombre más la había defraudado a sus cortos años de vida.

—Está en la residencia, ocupando una de las habitaciones de la casa de seguridad; acaba de mudarse hoy después del accidente.

—Creo que saldré por la noche...

—Naval, tienes que descansar... Tienes aún el vendaje de tus puntos frescos.

—Ya lo hice... Estuve postrada en esa maldita cama de hospital por horas... Son casi las seis, así que tengo tiempo para estar un rato en ese gimnasio...

—Naval... —Volvió a encender el coche, lo puso en marcha y siguieron en silencio hasta la prisión a la que Naval fue confinada desde muy niña.

Al llegar, las puertas se abrieron y el auto entró a la casa; aparcó en la parte trasera de la mansión, entrando por la puerta trasera en el mayor de los silencios.

—¿Estarás bien sola, Naval? —preguntó con cierta preocupación.

—Estaré bien, solo pido que nadie vaya al gimnasio por esas horas, todos los días. ¿Entendido?

—Está bien... Jefecita —Trató de bromear, pero se arrepintió de inmediato; Naval no estaba de humor para ningún tipo de bromas—. ¡Buenas Noches, kukla! (muñeca).

—Spokoynoy nochi (Buenas noches). —Trató de sonreír, pero era imposible, su sonrisa no llegó a sus ojos.

Giró sobre sus talones y cruzó la cocina y el salón, hasta que llegó a las gradas que la vieron caer; subió despacio y con cuidado hasta que, al llegar, giró la perilla y entró con cuidado, caminó en medio de la oscuridad hasta que entró nuevamente al baño, encendió la luz y abrió el grifo de la bañera; mientras llenaba la tina comenzó a desvestirse, para luego entrar y descansar en el agua, poniéndose sus audífonos mientras la canción de Banks–Crowded Places la hacía sumergirse en recuerdos.

No quería ser hipócrita, pero había disfrutado cada instante con Cameron; la manera en cómo la había besado, en cómo la había hecho sentir, de una manera que ni ella misma podía explicar.

Sentía tantas cosas, tenía miedo, pánico, además de que pronto de seguro Madeleine se encargaría de dar una gran fiesta anunciando su compromiso, y eso alteraría sus planes y también futuros planes que sus supuestos tíos tenían, llegándose a preguntar: ¿Qué pasaría si Madeleine tuviese un hijo de su padre? ¿En qué plano quedaría ella?

—Ninguno —se dijo a sí misma, ya que su padre jamás la quiso; más bien sus días en esa casa estaban contados.

Intentó no recordar las palabras de Cameron, su afán y preocupación por un embarazo no deseado, su intento vano por ocultar la verdad cuando había confiado en él, y solo le pagaban por su fingida preocupación, había caído y

pisado fondo.

Hubiese preferido que él solo fuese un aspirante a seguridad del club, aunque recordó que él mismo le había dicho que deseaba entrar en su mundo, un mundo donde la muerte era el límite, y eso, eso ella no deseaba para él.

—No tengo la mínima idea de lo pienso. —Suspiró, cerró los ojos al escuchar la música, llevando una mano hacia su vientre acariciándolo en pequeños círculos; de una u otra manera le encantó la idea de poder tener un bebé, un pequeñito al que dar tanto amor, un pequeño cielo que haría de su infierno algo por que vivir.

CAPÍTULO 18

ABSOLUTAMENTE CONFUNDIDA

—¡Naval! —Escuchó su nombre a la distancia, era la misma pesadilla donde miraba a todos lados intentando escapar del caos y el fuego. Las llamas se expandían, el humo no le dejaba ver el camino, estaba en el mismo lugar de hace diez años, mientras el grito de su abuela era claro, y el viento no ayudaba, ya que expandía el fuego, las cenizas y el humo.

Intentaba ver la salida, pero todo estaba rodeado de fuego; entonces sintió la presencia de alguien más dentro de esa habitación, y vio a Cameron a lo lejos, que estaba cubierto de hollín y tosiendo por el humo.

—¡Naval! —volvió a gritar.

—Cam... Cam... —Corrió hacia él.

—Naval... Debemos salir de aquí. —Tomó su rostro entre sus manos, ella tan solo apretó aquellas manos sobre su piel.

Antes de que pudiera responder, el sonido estruendoso de un disparo retumbó en sus oídos, viendo a Cameron no solo paralizarse, sino convertirse en polvo frente a ella; estaba atrapada y sabía las consecuencias de haberse acostado con él; al hacerlo le había hecho firmar una sentencia de muerte, ya que él era importante para ella.

Abrió los ojos, pero al tratar de erguirse se dio cuenta de que estaba en la bañera; miró a todos lados, pero estaba sola; se llevó las manos hacia el rostro, debía controlarse, ya que se encontró temblando ante esa pesadilla, pero sus sueños eran premonitorios: Cameron había firmado su sentencia de muerte al pertenecer al mundo de los Kapot.

Tomando una toalla, se envolvió en ella, tomó su Ipod y conectó la música a su equipo de sonido por bluetooth sin dejar ir a Banks; no tenía ganas de nada, así que solo caminó hacia su habitación y, cuando levantó la vista e intentó encender la luz, algo la detuvo.

—No, por favor —rogó; ella dio un respingo al sentir su voz, llevándose una mano al pecho; así que lo hizo, no encendió la luz, pero vio a alguien sentado al pie de su cama, y que estaba con la cabeza gacha.

—¿Qué haces aquí? —preguntó apretando la toalla con fuerza sobre su pecho.

—Por favor... No digas más... Lo siento —rogó él—. Yo solo lo siento, Naval.

Naval se acercó, y él, al tenerla cerca, le abrazó de la cintura, pegando su cabeza en su vientre; ella instintivamente llevó sus manos hacia su cabeza, ansiando su toque.

—Cam... ¿Qué haces aquí?

—Solo trato de pedirte perdón... Pero sé que no me escucharías... Así que me tienes aquí.

—¿Quieres disculparte? —preguntó ella.

—Sí...

—Pero, por qué...

—No sé cómo decírtelo, Naval... Pero tengo miedo, tengo miedo por lo que siento... Sé que ambos saldremos heridos... —Sabía perfectamente que estaba mintiéndole, estaba abusando de ella, de la peor manera y, de alguna forma, se sentía terrible, se daba asco, pero lo que era extraño es que nunca había sentido ello con alguien más; era la primera vez que había sentido que todo se detenía, pero que también todo se destruía por sus mentiras, por su trabajo, por ser quién era, por ser del FBI.

—Sabes perfectamente que en mi mundo eso es inevitable.

—Sé que pedirte que nos vayamos lejos es ilógico... Pero no puedo ofrecerte nada, absolutamente nada, más que dolores de cabeza y mentiras...

—Por favor... —rogó ella intentando apartarse, pero Cameron la apretó con fuerza.

—Al verte en el suelo y luego en brazos de tu padre —Hizo una pausa, apretándola más contra sí—, no sabes cómo me sentí, casi me da un infarto y, lo peor de todo, es que yo fui culpable de todo... —Tragó saliva, intentando

ser sincero por una vez en su vida—. Estoy asustado...

—¿Asustado? —repitió ella.

—Sí... De ti, de lo que siento, de lo que te puedo hacer en un futuro... Claro, si es que lo hay... Eres la primera mujer a la que no me pude resistir... No soy buena persona, Naval. —Levantó el rostro, viéndola fijamente.

Naval sonrió, sus ojos estaban brillantes en lágrimas, recordando que no era la primera persona que decía eso.

—No digas eso... Nadie es bueno, Cam.

—Tú no has sido mi única amante... Y lo que temo, es que tú hagas lo que yo he hecho con muchas... Que tú no sientas lo que yo siento...

—Pero tú, en la cocina comenzaste con lo de no protegerme y del control de natalidad... Sabes bien que soy novata... pero si hubiese una consecuencia... Créeme... La amaría demasiado.

Reed, al escuchar esa confesión, levantó la vista viéndola con una sonrisa en sus labios; amaba la idea, adoraba esa maravillosa idea.

—Pero el punto es que si hubiese una consecuencia... No deseo que viva como tú...

—¿Crees que yo no he pensado en lo mismo...? Quiero que sea libre y tenga lo que yo no tuve durante estos 25 años; quiero que sea libre, que no se preocupe y no tenga que sufrir lo que yo sufro hasta hoy. —Sus lágrimas surcaron sus mejillas aún húmedas por su baño.

—¿Quién te lo dijo?

—Madeleine...

—Debo... Te debo una explicación...

—No... Es tarde para todo —dijo ella en un susurro ante sus lágrimas silenciosas.

—No... No lo es, yo no era nadie hasta el día en que te conocí en el club, pero cuando vine y te protegí, tu padre me ofreció el puesto... Acepté por el simple hecho... —Hizo una pausa, sabía que seguía sintiéndole y las palabras de Dylan seguían en su mente; su relación solo se basaba en mentiras—. Por el simple hecho de que me encantó estar cerca de ti...

—¿Me mentiste...? —Inquirió ella contra él.

—Créeme... Me odio por hacer esto.

—¿Hacer qué?

—Sentirme celoso ante todo aquel que esté a tu lado...

—¿Creo o eres posesivo?...

—Lo soy. —Se puso de pie, tomando el rostro de Naval entre sus manos, besándola con pasión; sabía que era tarde para salir de allí, tenía que aceptarlo, se había enamorado de Naval Kapot y nada ni nadie le diría qué debía hacer.

Quitó la toalla de sus manos, admirando su cuerpo por un momento a la luz de la Luna; sin poder aguantarlo más, la tomó entre sus brazos llevándola a la cama y la recostó con sumo cuidado.

—Jamás podré saciarme de ti —susurró al besar el cuerpo de Naval, mientras se desprendía de sus ropas—. Hasta la elección de música es idónea, es perfecta al igual que tú.

Una vez desnudo, estuvo encima de ella, besando, amando cada parte del cuerpo de su joven y bella amante, mientras ella trataba de abrazarlo cada vez más fuerte; no deseaba dejarlo ir.

Con ojos brillantes, intensos y deseosos, reclamó sus labios de manera febril, como si el mundo se acabara en ese instante; había tanto en ese beso, desesperación, amor, locura y pasión. Naval lo recorrió con la mirada, podía ver su cuerpo a la perfección, su torso, sus pectorales bien definidos, sus magníficos abdominales, su piel; era él, era perfecto, sus labios danzaban juntando sus lenguas, mientras sus cuerpos respondían por sí solos.

Reed besó desde sus piernas subiendo por el estómago, besando cada punto sensible, tomándose su tiempo al amarla lentamente, memorizando y reclamando cada parte de su ser; nada importaba ya, querían pasar así toda la eternidad.

El cuerpo de Naval se arqueó contra él, lo necesitaba con urgencia; mientras oía sus gemidos, solo pronunciaba un nombre.

—¡Cam! —Por un instante, Reed cerró los ojos; hubiese dado todo por que dijese su verdadero nombre, que le llamase Reed.

Se deslizó por su cuerpo, separó sus muslos con delicadeza y se deslizó dentro de ella centímetro a centímetro, tomando más que tiempo; estaba tratando de hacerlo eterno, deseaba paralizar el tiempo y que fuese de noche para toda la vida.

Naval envolvió sus brazos alrededor de su cuello, mientras sus besos no se detenían; lo hacían de manera lenta, pausada, sin temor, tomando más que tiempo. Las lágrimas de Naval surcaron sus mejillas, rodando hacia sus sienes, eran lágrimas de felicidad ante la sensación, la presión dentro de ella que empezó a sentirse tan bien, levantó las caderas tentativamente; lo necesitaba tanto...

Cam gimió su nombre.

—Naval... —Acunó sus caderas empujando hacia adelante; ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura llevándolo más profundo; la intensidad cada vez era mayor hasta que se convirtieron en uno solo, una sola alma y cuerpo.

Sus corazones golpeaban juntos, la piel estaba resbaladiza por la humedad y el sudor; gimieron sintiendo que su liberación estaba cerca, explotando en miles de pedazos y sensaciones.

Pasaron minutos, quizás horas, quietos intentando seguir juntos, pero cuando se retiró lentamente, lo hizo con sumo cuidado, besándola de una manera que solo podía describirse en una palabra, estaban «completos».

Naval descansaba sobre el pecho de Cam, mientras él realizaba círculos en su espalda; la vio dormir, con su respiración pausada, la imaginó así, tranquila, sin miedo y sin hacer preguntas sobre la verdad, donde las mentiras no existían, solo ellos dos en su pequeño mundo creado. Abrió los ojos lentamente, curvando sus labios en una sonrisa.

—Hola ahí...

—¿Cómo estás, Naval? —preguntó, preocupado por ser brusco o quizás ir demasiado rápido.

—Bien... ¿Y tú? —Sonrió acercándose hacia él, rozando sus pechos sobre su cuerpo solo para besar sus labios.

—Intenté hablar con el doctor... —dijo de repente, omitiendo que había amenazado al doctor.

Naval se incorporó, cubriendo su desnudez con la sábana; su rostro se volvió sin expresión de repente, dejando de lado las horas intensas que habían pasado hacía un rato.

—No tienes derecho a hacer esto, Cameron.

—Solo... solo me preocupo por ti —Tomó sus bóxer, poniéndoselos—. Solo quiero velar por ti... y lo sabes...

—No... No —chilló enojada—. Lo que tú haces es solo tu maldito trabajo...

—No... Naval, no seas así conmigo, sabes bien que lo que hacemos aquí es diferente... Este es nuestro momento, no hay nada después de esto...

—Mientes... Solo tenemos sexo... Y no es de tu maldita incumbencia. —Tomó una camiseta y se la puso, encerrándose en el baño.

Reed, al verla aislarse nuevamente, maldijo para sus adentros; no había manera de mantenerla contenta: o era negro o blanco, pero jamás le daba la oportunidad de poder explicarse. Supo entonces que si sabía la verdad, lo odiaría, lo despreciaría, y no habría nada en el mundo que le hiciese cambiar de opinión.

—Dylan tiene razón. —Entendió por fin su posición; en el mundo de Naval y el suyo no había un «felices para siempre».

Con los hombros hundidos, los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos, no había otra oportunidad: era alejarse o permanecer en ese mundo hasta que lo inevitable llegara a pasar. Volvió el rostro hacia la puerta del baño, negó con la cabeza, se puso los pantalones, las zapatillas, y se dio cuenta de que Naval se había llevado puesta su camiseta.

—¡Maldición! —Tomó su chaqueta y salió de la habitación de la misma forma que entró: por la ventana del balcón.

Naval se vio al espejo, sus mejillas estaban sonrosadas, sus labios rojos y cálidos, su piel mantenía el calor, los besos y las caricias calientes; miró su cuerpo, parecía diferente, se mordió el labio inferior y sonrió.

—¡Qué estúpida soy! —afirmó; tenía razón, él no demostraba una preocupación tardía o fingida; se preocupaba porque era así, temía por su salud, lo había demostrado tomando su tiempo amándola, no había sido rápido

o brusco, lo había hecho tan lento que Naval sintió que moriría, pero lo mejor de todo era que la persona que veía en el espejo era distinta, era una Naval mejorada, una mujer nueva; sonrió como tonta, tenía que disculparse, abrió la puerta del baño.

—¡Cam!... Yo soy una estúpida... —dijo con una sonrisa en labios, pero al ver la habitación y la cama vacías, supo que nuevamente había cometido un error; la sonrisa se borró lentamente, estaba sola, nuevamente.

Sus ojos rojos ante las lágrimas rebosantes, se las secó con las palmas, no quería ser vulnerable; entonces vio que traía puesta su camiseta; ante su soledad, se abrazó a sí misma, manteniendo el olor y calidez de Cam sobre su cuerpo.

La noche fue larga para ambos. Reed se quedó mirando el techo, el dormir en una cama que no era suya había sido relevante, solo podía pensar en ella, era difícil sacarla de su cabeza, tan difícil que si muriese, en el cielo o el infierno la tendría presente.

Naval se acurrucó en su cama, abrazando las almohadas que Cam había ocupado esa noche, mientras sus lágrimas la mojaban; había sido una torpe al dejarlo ir de esa manera, haciéndole saber que era una chiquilla caprichosa, que no sabía lo que deseaba, y solo daba mérito a que sospechase que solo era diversión lo que buscaba.

—¡Naval! —Escuchó su nombre a la distancia; ella no deseaba despertar, no le importaba que al abrir los ojos fuese la misma pesadilla donde miraba a todos lados intentando escapar del caos y el fuego.

—¡Naval! —volvieron a llamar.

—Cam... Cam... —susurró, pero no era así, era Iona que tocaba a su puerta; Naval había echado el seguro, ya que no deseaba que nadie interrumpiera su noche de pasión con Cam.

Al abrir los ojos, sintió una niebla invadiendo su cerebro; trató de hacer caso omiso a las incesantes llamadas de Iona.

—Estoy bien... Estoy bien —gritó, pero el latido incesante de sus sienes no la dejó.

—¿Naval?

—Maldición, Iona... Que estoy bien... no deseo ver a nadie —chilló malhumorada, presionando la palma de su mano en su frente mientras parecía que la habitación giraba, estaba sudando.

Se levantó y caminó lentamente hacia el baño, levantó la tapa del inodoro, sintiendo leves calambres y escalofríos, obligándola a arrodillarse, vomitó lo que no cenó, siendo leves arcadas.

Apoyándose en el lavabo, abrió la canilla lavándose y mojándose la cara; sentía que su cabeza iba a explotar a una presión que no existía; era oficial, estaba enferma por tanto coraje, pero también aceptó que debía controlar su enfermedad y comenzar a medicarse.

Se arrastró hacia la cama y se sentó contemplando el amanecer; por primera vez en su vida había despertado sola y temprano. Ante su negativa a abrir, Trent llamó a su puerta.

—Navi —Solía decirle con cariño—. Por favor, abre la puerta...

—Trent... Estoy bien, solo necesito estar sola y, por favor, si traes el desayuno, déjalo allí.

—Naval... Tan solo déjame verte, quiero estar seguro de que estás bien.

Refunfuñando, fue hacia la puerta, abrió y encontró a Trent con la bandeja del desayuno.

—¿Contento? —Le quitó la bandeja—. ¿Y qué traes en la bolsa? —preguntó.

—Al saber que no saldrías, te traje crema de maní y mermelada de fresa, pan blanco y jugo de naranja. —Sonrió.

—Gracias... —Le devolvió la sonrisa, pero esta no llegó a sus ojos—. Solo por favor, no se preocupen, estoy bien, solo necesito mi espacio, quiero unos minutos o horas a solas.

—Dirás días...

—Lo sé... Suena absurdo, pero necesito salir de aquí o quedarme a solas aquí.

—Solo avísame si necesitas algo.

—Lo haré... —Tomó la bolsa y cerró la puerta.

Les había pedido tiempo a Iona y Sansón, pues solo necesitaba un día para poder relajarse y estar sola, y así lo hizo, pero los ánimos de Naval bajaron con la noticia de la boda de su padre, ya que la fecha de la recepción estaba ya más cerca; estaba dispuesta a enfrentarse a Madeleine, esa mujer tenía algo que ella no: la confianza de Nicolay.

La fecha de la recepción era un día antes de la boda, era dentro de cuatro semanas y media, siendo algo apresurado, aunque tantos años de amoríos y visitas habían compensado el cortejo y el conocerse; no podía creer que dentro de pocos días su padre y Madeleine serían marido y mujer, y eso la dejaba en uno de los últimos planos en la vida de su padre. Quizás el espontáneo compromiso llevó a Naval a una profunda depresión, llevándola lejos de buenos recuerdos y encerrándola a revivir momentos desagradables de su vida.

Sansón sabía bien que parte de su encierro era por parte de Cameron, así que unas horas después de tratar de hablar con ella, Sansón supo que Cam estaba en el gimnasio con los demás; sin pensarlo dos veces, a grandes zancadas abrió de par en par las puertas del gimnasio, fijando su mirada en Cam, que estaba con una camiseta blanca y pantalones de deporte; sin poder controlarse, le tomó de la camiseta, arrinconándole en medio de todos.

—Lárgate de aquí... Ella no sale de su habitación por tu culpa... —Lo sujetó de las solapas con fuerza, mientras sus ojos expresaban ira pura.

—No es mi culpa que sea una maldita malcriada... Quizás no te quiere a ti después de tenerme a mí en su cama. —Sin previo aviso, Sansón le propinó un puñetazo, rompiéndole el labio.

Reed cayó hacia atrás tratando de acomodarse la mandíbula, escupiendo su propia sangre; había cometido un grave error, había hecho enojar a Sansón, cosa que era peligrosa.

—¡Maldición, viejo! —Escupió.

—Cuídate... Porque en el momento en que estés solo... Desaparecerás de este puto mundo. —Ante su odio y negativa, escupió en los pies de su contrincante.

—Cuando quieras. —Se acomodó la barbilla, levantándose y saliendo del gimnasio detrás de Sansón.

—Dime... Tan solo dime qué hago malditamente mal con ella —gritó enfurecido detrás de Sansón, que caminaba apresuradamente por el campo.

—Solo largarte de aquí...

—Vamos... Dime...

Sansón se giró sobre sus talones, mirándole fijamente.

—Lo que ella quiere es ser libre, no tener que temerle a la mitad de la gente que la rodea, incluyéndote; no sé qué carajo vio en ti para acostarse contigo... Eres un maldito idiota igual que Creed... —bramó enfurecido.

—¿Creed? ¿Qué tiene que ver él aquí?

Sansón se maldijo por ser tan idiota.

—Él la amó, pero de igual manera terminó haciéndole tanto daño que Naval nunca más fue la misma... ¿Cómo te sentirías tú si tu padre no te prestara la mínima atención posible? ¿Que tus familiares solo trataran de destruirte? —Hizo una pausa—. Pero cuando te vio a ti y tu preocupación —dijo entre comillas—, pensó que contigo era distinto, que había encontrado a alguien con quien conversar y estar... Pero se equivocó, eres solo un zoquete que la utilizó para llegar a Nicolay y sus grandes referencias.

—Te equivocas —chilló él.

—No... No sientes ni lo mínimo que siente ella por ti.

—No sabes lo que siento...

—Entonces ¿por qué malditamente no sale de su habitación?

—No lo sé... —Claro que lo sabía, ella no salía tras la discusión que habían tenido al hacer el amor, pero Sansón no necesitaba saberlo; él se preocupaba por ella y no por estar tratando de sacar información, sino porque desde el momento que la vio, supo que ella era idéntica a él; estaban luchando contra su soledad y tratando de acostumbrarse a poder abrir su corazón y amar con sinceridad.

—¡Ves!... Si la amaras y no solo fuesen revolcones de una sola noche, sabrías con exactitud por qué no ha salido.

Cam se llevó las manos hacia la nuca, mordiéndose la lengua; Sansón, al ver que no tenía ninguna respuesta, se volvió y comenzó a caminar, pero la voz

de Cam lo detuvo.

—No la dejaré... Jamás lo haré...

Sansón sonrió, pero no dejó ver su rostro.

—No lo hagas...

—No la dejaré jamás...

—Ella ya escuchó demasiadas promesas...

—Es verdad... —afirmó Reed.

—No es la primera vez que escucho esa frase...

—Es cierto... No la abandonaré... No lo haré.

—Solo es una promesa vacía...

—No... No lo es...

—Entonces prepárate porque viene lo peor —espetó siguiendo su camino.

—¿Prepararme para qué? —preguntó, pero era demasiado tarde; Sansón solo siguió caminando y, como respuesta, le sacó el dedo medio.

—Vaya idiota —murmuró; nadie sabía que Reed también estaba siendo consumido, deseaba ir, estrecharla entre sus brazos, amarla, besarla, hacerla nuevamente suya, pero solo complicaría las cosas; Dylan tenía razón, estaba comprometiendo el caso, y enamorarse de ella no era buena idea, solo terminaría haciéndole más daño.

Sansón no podía hacer nada ya, Naval estaba pasando por una situación crítica y nadie era capaz de ayudarla.

CAPÍTULO 19

FUNDIDA

Kanye West-Wolves sonaba tan fuerte que no había otro ruido aparte de esa canción. Con la toalla envolviendo su cuerpo, mientras sus cabellos mojados caían sobre su espalda, no dejaba de mirar por la ventana, mientras apretaba el mando del estéreo apretándolo contra sí para repetir la canción; estaba intranquila, tenía que salir de allí o se volvería loca, y era martes.

Por un instante supo que lo que sentía por Cam era aún más fuerte de lo que alguna vez sintió por Creed. Recordó que, al estar con Creed, no sentía esa necesidad y angustia que le oprimía el pecho de verlo, de tenerlo. Por un momento trató de convencerse de que era solo sexo, pero no era así; había sido una pasión tan extrema que no le había importado perder la virginidad con él, por el simple hecho de que al momento de verlo ese viernes sentado a la banca de la barra y sonriéndole, había caído subyugada ante él.

Pero se había equivocado esta vez, nuevamente, pero con la única diferencia de que esta vez no deseaba dejarlo ir, quería su atención, sus mimos y caricias todo el tiempo; pero en su vida solo implicaba una cosa: estar en peligro las 24 horas, y con ello, podrían arrancarlo de su lado en un abrir y cerrar de ojos; era más fácil verlo lejos que muerto.

Caminó por su habitación; sin poder evitarlo fue a su clóset y buscó algo atrevido. Poniéndose un lindo vestido de color rojo, que era de mangas largas, pero con la espalda totalmente descubierta en una v; era de falda pegada en forma de tubo muy arriba de la rodilla; parecía sencillo, pero era un hermoso vestido, además de costoso.

Se calzó con unos zapatos tipo botines de color negro y pedrería de plata, dándole un toque sofisticado, dejando sus cabellos sueltos haciéndolos a un lado y ocultando así su herida, además de que deseaba que vieran esa noche su espalda tatuada con su credo, al igual que haciendo notar el tatuaje de su cuello. Se maquilló con tonos opacos, resaltando sus pestañas y facciones, pintando sus labios de un rojo intenso, y terminó con pendientes pegados a sus

oídos; ya estaba lista para una noche alocada y para despejar su mente de todo, incluyendo de Cameron.

Tomó su pequeño bolso negro y salió rumbo hacia su Bugatti de color plateado, que estaba estacionado junto a su Aston Martin rojo, a la Kawasaki Ninja ZX-11/ZZ-R1100 de color negro y a su adorada Ducatti negra, justo donde los quería.

Tomó sus llaves, subió al auto y encendió el motor, pero antes de que pudiera irse sin dar explicación alguna, la puerta del copiloto se abrió, y un enfadado Cameron se sentó de golpe.

—Ni creas que te dejaré ir sola —bramó él.

—Baja... —ordenó Naval.

—Conduce...

—Baja de mi jodido auto —espetó Naval—. No te necesito.

—No... No me bajaré.

—¡Oh! —Hizo una pausa, ya sabía lo que pasaba—. Claro, cumples con tu trabajo... —Miró su rostro en un silencioso escrutinio, notando que tenía un golpe cerca de la mandíbula que estaba ya de un color rojizo; quiso preguntar, pero solo tendrían una pelea más, pues ambos eran testarudos, sin saber en realidad que lo que ellos deseaban era lo mismo.

—Sí... lo hago, pero también me preocupo por ti... —Tragó saliva—. Pero me vale que no me creas.

—No... no —Lo detuvo, y quitando el freno de mano de su auto, aceleró—. No lo hagas, Cameron... No me arruines la noche... No quiero saber nada de tu trabajo, mientras te mantengas alejado de mí... —Se encogió de hombros.

—Mira, mocosa. —Le señaló con el dedo; estaba harto de tratar con ella de esa manera, intentaba ser suave y comprensivo, pero había un momento en que solo deseaba golpearla y hacerla entrara en razón.

Naval dio una carcajada, acelerando y saliendo de la residencia.

—¿Mocosa? ¿Cuántos tienes tú, viejo?

—Tengo 32 años... Y sí, soy más maduro que tú. Así que espero que no te

alejés de mí, no hagas ya mi trabajo en sí más difícil de lo que es.

—De eso se trata...

—Eso no lo dices cuando te hago el amor... —Sonrió, dándole un golpe bajo.

Naval, ante su insinuación, realizó un cambio brusco haciendo que el auto frenara a toda velocidad, haciendo que el cuerpo de Cameron se fuera hacia adelante, golpeando su cabeza contra la guantera del auto último modelo; tomó el volante con aún más fuerza y aceleró.

—¿Qué mierda te pasa? —inquirió Cam, llevándose una mano a la frente, dolorida por el golpe. Pero ella no respondió, condujo en el más enervante de los silencios, mientras el único sonido que los separaba era el de la radio, con la canción de Charlie Puth—Attention.

Cam volvió el rostro y contempló sus facciones; estaba seria, con la mirada hacia la autopista, las manos apretaban con fuerza el volante, mientras los cambios de luces de las calles iluminaban de manera muy idónea su rostro, elevando así la libido de Reed. Era oficial, estaba atrapado y nada ni nadie podrían sacarlo de allí.

—¿No tienes nada más que hacer que mirarme?... —espetó mordaz.

—Bueno, es la única fascinante vista que hoy me tocó contemplar.

—No trates de endulzarme... —Hizo un giro violento, haciendo que Cam se golpeará la cabeza contra la ventanilla, y acercó su mano al mando aumentando más el volumen.

Cam no podía soportar que lo ignorara de esa manera, además del sonido de la canción que se repetía una y otra vez, mientras el volumen era más alto de lo normal; no aguantaba el no poder conversar con ella, así que, enojado, bajó el volumen y se volvió hacia ella.

—Si tienes un maldito problema con ello, quéjate con tu padre... Pero a mí no me jodas con tus malditos problemas...

—Debería aplaudir por tu manera tan expresiva de comunicarte... Espero que te guste la velocidad. —Condujo tan rápido que pensó por un instante que Cameron se haría en sus pantalones, pero no, era igual de cínico que ella.

Pero el silencio era aún más abrumador de lo que pensaba.

—Aunque sea, deja que detenga la repetición automática de la canción — Presionó repetición aleatoria del sistema de música; entonces la canción de Loreen—Paper light revisited comenzó a fluir desde los parlantes del auto.

Cam tomó el cinturón de seguridad, abrochándose, no quería otro golpe en la cabeza, aparte del que Sansón le propinó el lunes por la tarde.

—Abróchate el cinturón —dijo.

—No... No soy aburrida como tú... —Realizó el cambio, acelerando más.

Rindiéndose, se relajó en su asiento intentando mirar por la ventana, pero las luces de la vía pública y pasar por los extensos campos de pinos, solo podía recordar a una Naval sumisa, desnuda y debajo de él; no podía quitársela de la mente, sonrió como tonto, mordiendo su labio inferior. Volvió nuevamente la cabeza, mirándola detalladamente: estaba tan linda con ese vestido tan corto de color rojo, su cabello tenía ondas tan naturales, sus labios rojos, sus manos delicadas y delgadas apretaban el volante, hasta el extremo de dejar sus nudillos blancos, claro indicio de que estaba nerviosa con su presencia, tan cerca, solos y con la oportunidad de no regresar nunca más a la residencia.

—Haces mucha presión en el volante —afirmó tratando de no sonreír, pero no recibió respuesta, ya que estacionaron enfrente de un club, con un inmenso letrero neón: The Black and White; puso el freno de mano, sacó su pequeña cartera negra y bajó del auto sin decir palabra alguna. Cam rodó los ojos al verla en plan de ley del hielo.

Era de suponerse al mirar el edificio, las luces azules y verdes ascendían por la fachada mostrando parte de la diversión, las personas hacían cola para poder pasar, mientras que dos porteros mantenían el orden y tachando los nombres. Él se acomodó la chaqueta de cuero, llevándose las manos a los bolsillos, la siguió mientras ella caminaba con sus inmensos tacones, haciendo ver a sus piernas más largas y estilizadas; estaba tan sexy con ese vestido, que deseaba tomarla entre sus brazos y hacerla suya.

—Naval... Este club no sueles frecuentarlo... ¿Por qué ahora?

—No es de tu incumbencia... Además, tú qué sabes a cuáles asisto con frecuencia. —Siguió su camino.

Al estar frente al guardia de seguridad y ver la inmensa cola de espera.

—Nombre —dijo el hombre de la puerta, que era alto, moreno, y sus cabellos estaban ocultos en una gorra de lana marrón.

—Este es mi nombre. —Le ofreció un fajo de billetes; el hombre la miró de pies a cabeza, dudando, pero en su auricular alguien le dio una orden, negándose a recibir el dinero y dejándoles entrar; Naval sonrió y entró con Cam pisándole los talones.

Ambos se abrieron paso en la multitud, mientras la canción de The Glitch Mob—I Need My Memory Back sonaba tan fuerte que hacía vibrar hasta el más pequeño nervio de su ser, mientras rayos azules revoloteaban por los rostros, y los cuerpos bailaban al ritmo de la melodía, pegados, saltando, con las manos hacia arriba, otros refregándose de manera muy sensual.

De tan solo ver a la gente que había allí, no tenía que ser adivino para poder darse cuenta de que allí corría más drogas y alcohol de lo imaginado, aunque las chicas que había eran tan sensuales que llamaron la atención de Reed, sonriendo ante la variedad de bellezas que bailaban mostrando sus más sensuales movimientos; muchas de ellas fijaban sus miradas sobre él, mientras Reed tan solo esbozó una sonrisa al ver que deseaban llamar su atención.

—Variedad de chicas. —Miró cómo una asombrosa morena de piel intensamente oscura meneaba las caderas hacia él, y se mordió los labios al ver a esa exótica belleza comerlo con la mirada.

Cuando entraron al lugar, ambos se dirigieron a la barra; Naval pidió, como siempre, vino tinto, tomándose de un solo trago, mientras la canción de Banks—Trainwreck comenzó a sonar.

—Iré a bailar, si no te importa. —Dejó la copa y se fue a la pista de baile.

Reed la vio caminar hacia la pista, abriéndose paso entre la multitud hasta estar rodeada de gente que bailaba entre ella. Con los brazos en alto, los cuerpos en movimiento, saltando, bailando, las luces y reflectores de colores hacían sobresaltar una belleza oculta, mostrando movimientos sensuales. Sin poder aguantar, se pasó la lengua por los labios al imaginarse ese cuerpo contorsionarse junto al suyo; ante la boca seca se pidió una cerveza fría, pero estaba tan caliente que no podría aguantar más.

Se pasó la mano libre por el cabello, mientras su pie tamborileaba sobre el piso; no podía aguantar más, se llevó nuevamente el pico de la botella hacia la boca, bebiendo un sorbo largo sin dejar de mirarla. Estaba hipnotizado por

aquellos movimientos, movía las caderas de manera tan sensual, era una invitación oculta a que se acercara, pues tomaba su cabello subiéndolo, mostrando su espalda descubierta, su cuello largo y tatuado, pero lo irónico era que ella le miraba de reojo; sonriendo ante la provocación, estaba volviéndole loco, y Reed se obligó a acomodarse la entrepierna, que comenzaba a notarse además de molestarle.

—Hey, amigo... Te mandan esto —Reed volvió el rostro hacia el barman, quien le entregó una copa de whisky doble—. La dama de la esquina te lo envía. —Señaló a una dama morena con un top plateado y falda a juego; Reed, sin poder evitarlo, tomó la copa haciéndole un brindis silencioso pero también una invitación a que se acercara, dando un sorbo, y la mujer sonrió acercándose de inmediato.

—Hey, guapo... —Posó una delgada mano sobre su brazo—. Veo que el whisky es de tu agrado.

—Yo creo que veo mucho más, que es de mi agrado. —Le dio una sonrisa sensual y seductora, observándola de pies a cabeza; estaba tan bien proporcionada que Reed no pudo mantener los ojos alejados de ella; era hombre y no podía ignorar a una belleza morena.

—Vienes solo. —No preguntó, afirmó.

—Claro. —Se mordió el labio inferior, mientras dejaba que los coqueteos de aquella mujer le ayudaran a liberarse de la adicción que había logrado tenerle a Naval, y tomó el vaso bebiéndose el contenido de un solo trago.

—Y se puede saber... ¿Qué hace un lindo chico como tú tan solo...?

—Bueno, tan solo intento pasar un buen rato...

—Has venido al lugar correcto... —Sonrió ella.

—Además de tener a una chica... Qué es más que correcta... —La mujer no evitó dar una carcajada, Reed era sumamente astuto en asuntos de flirteos.

Sin embargo, Naval logró ver a Cam coquetear con la mujer, vio perfectamente cómo ella llevaba una mano hacia el pecho masculino y bien torneado, incitándolo a que lo acompañara. La ira inundó sus mejillas, caminó hacia él, acercándose de inmediato, se sentó a horcajadas sobre él, tomando su rostro y besándolo con frenesí, su lengua exploró la suya, adentrándose a las profundidades de su aliento; bajó su delicada mano hacia la entrepierna

abultada de Cam, incitándolo, mientras ella sintió cómo las manos de su joven amante y guardián bajaban por su espalda, hasta llegar a sus nalgas apretándolas más contra él; ambos cerraron los ojos dejándose llevar por la música, por las sensaciones, por el placer de tocarse sin inhibiciones y miedos.

—Baila conmigo —le rogó Naval, y tomando su mano lo jaló hacia la pista de baile; Naval sintió cómo las caderas de Cam se apegaban a su trasero, mientras una mano se deslizó sobre su vientre. Los movimientos encajaban a la perfección, la mano de Naval se posó sobre la de él, mientras con la otra sujetaba su nuca, moviéndose en un solo ritmo, sintiéndose tan cómoda; era perfecto bailar en una sola pieza y un solo cuerpo.

Ella cerró los ojos dejando caer su cabeza hacia atrás, mientras Cam la apretó contra su pecho; no deseaba dejarla ir, se acercó a su oído, dejándole notar su cálido aliento sobre ella.

—No sabes cuánto me afectas, Naval.

Ella, en respuesta, se mordió el labio, apretando más la mano de su amante sobre su vientre; quería sentir el calor de su piel, el calor de su aliento sobre su cuerpo.

Sin poder evitarlo, comenzó a besar el cuello de Naval, inyectando fuego en su piel, en sus venas y su sangre.

—Ese vestido... Ese vestido es corto.

—¿Te gusta? —Jadeó clavándole las uñas en la nuca.

—Me fascina... ¿Es solo para mí? —Su mano se deslizó por su cadera.

—Solo para ti... —Ladeó la cabeza, mientras su mano entrelazaba sus dedos largos y masculinos; no deseaba que la soltase.

—No sabes cuánto te deseo... —rugió él. Ante la sensación del clímax, Reed cerró los ojos, se sentía mareado, como si hubiese tomado tanto que estaba a punto de caer, su cuerpo estaba caliente, pero un sudor frío cubrió su frente.

—Dame unos minutos —dijo Cam; Naval se volvió hacia él besándolo con pasión, dejándole ir.

Un poco aturdida ante el cambio, lo vio alejarse, pero continuó bailando al

ritmo de la música de Banks; las luces del clubs parpadeaban, mientras intentaba seguir el ritmo de la música tan elevada que inundaba sus sentidos.

No se dio cuenta de que era observada al otro lado de la pista, se mordió el labio ante la sensualidad de la muchacha, llevando la copa de vino a sus labios, mientras una sonrisa socarrona se curvaba en sus labios.

—Vaya... Sí que ha crecido —dijo Xavier sin dejar de verla.

—Y tú... Sigues obsesionado con ella —afirmó Svyatoslav, bebiendo un sorbo de su cerveza.

—¿Y quién no lo estaría? Observa sus movimientos, observa cómo seduce a cualquiera con ese cuerpo. Incita a cualquiera a ser un bruto con tal de poseerla una y otra vez con rudeza —afirmó; dejando su copa en la barra y levantándose de su asiento, caminó entre la pista de baile, abriéndose paso, todo para acercarse a ella.

Al tenerla cerca, le abrazó de la cintura, tomando posición de su cuerpo; Naval detuvo sus pasos, observando la mano morena cubrir su cintura, y tragó saliva, abriendo los ojos como platos.

—Eres tan bella como lo recuerdo —mencionó esa voz, esa voz que dejó sin habla a Naval, dejándola tan pálida como si hubiese visto un fantasma. Intentó volverse, pero no lo consiguió ante la fuerza del agarre de Xavier; su cadera estaba clavada literalmente detrás de ella, sujetándola con fuerza hasta el punto de hacerle daño.

—No intentes escapar —susurró en su oído—. Esta vez no te lo permitiré.

—Suéltame —bramó con rudeza.

—No lo creo, acabas de venir a mi mundo... —Al no escuchar palabra alguna, la sacó de su error y confusión—. Creíste que tu padre era el único que podía tener clubs exclusivos, pero este es mi club, preciosa —afirmó.

Naval, al escuchar ese «preciosa», no pudo evitar las náuseas.

—Solo déjame... —Buscó con la mirada angustiada a Cam, intentando quitar la mano de Xavier, pero solo logró que este le abrazara por completo desde atrás, inmovilizándola.

—No... No. No intentes buscar a tu nuevo guardián, está demasiado ocupado intentando llegar al baño...

—¿Qué le has hecho?

—Nada... Absolutamente nada... Comparado con lo que le sucederá.

—Él solo es un guardaespaldas como Trent y Sansón, como Raise y Stevi —afirmó ella sin dejar de luchar en sus brazos.

—No... No lo es —Besó su cuello, pasando la lengua—. Ese nuevo amiguito tuyo te hace vibrar en las noches, haciéndote el amor, estando dentro de ti... ¿Crees que no lo sé, Naval? —Sonrió—. Sé todo, sé todo sobre la mujer que yo amo... Pero me ha sido arrebatada cruelmente.

—Tú no puedes amar ni a tu madre —bramó ella, pero ante esa afirmación solo sintió las manos de Xavier apretarla más contra él, haciéndole daño en la muñecas.

—No, Naval, ese maldito desgraciado me ha quitado a mi querida mujercita... Veo la preocupación en tus ojos, tu cuerpo está tenso al no verlo cerca, al sentir que puede estar muriendo en el pasillo de los baños...

—No es así...

—Claro que lo es... Por la simple razón de que te has enamorado de él, lo amas tanto que temes perderlo y lo proteges de ti misma también... Pero no lo lograrás, lo llevarás al borde del colapso y la desesperación... Y yo estaré dispuesto y gustoso de terminar con su vida y su adicción... Con su patética vida... Y todo por ti.

—Jamás seré tuya...

—¿Ni a cambio de su vida, la vida de tu adorado Cameron Bergenson? — Aquellas palabras solo dejaron a Naval en estado de shock, pero recuperó la compostura, mientras la música de Niki & The Dove-DJ, Ease My Mind comenzó a sonar.

—Maldito desgraciado bastardo... ¡SUÉLTAME! —rugió, arrancando de su cuerpo las sucias manos de Xavier, corriendo entre los cuerpos sudorosos que comenzaban a bailar, empujando a unos cuantos; se abrió paso, pero volvió el rostro viendo a Xavier aún de pie con su oscura mirada y su sonrisa socarrona, pero volvió a seguir, tenía que encontrarlo, tenía que hacerlo.

Las luces neón seguían un rumbo, iluminando por momentos su camino hacia los pasillos; entonces lo vio, estaba al final, de pie, recargándose en las

paredes.

—¡Cameron! —gritó preocupada, mientras su corazón martilleaba tan fuerte que parecía que se iba a detener en cualquier momento.

Cam no podía escucharle gritar su nombre, ya que la música era tan fuerte que no podía oírse nada, pero algo dentro de él le suplicó que levantara el rostro; entonces la vio, estaba de pie a unos metros.

—¡Naval! —susurró; ella, al verlo en tan mal estado, corrió hacia él, sosteniéndole a tiempo.

—Te sacaré de aquí... Te sacaré de aquí —le prometió Naval, intentando calmarse, intentando detener el castañear de sus dientes.

—Me drogaron... Me drogaron —repetía una y otra vez...

—Lo sé... lo sé... —Naval lo ayudó a incorporarse, intentando sacarlo de allí, mientras volvía el rostro esperando o, más bien, rogando al cielo que Xavier no los siguiera.

Lo guio hacia fuera del pasillo, caminando por el borde de la pista, mientras pasaba por cuerpos sudorosos entre saltos y bailes exóticos. Al llegar al otro lado de la salida de emergencia, empujó la puerta con su pie, sacándolo de allí; entonces recordó cómo se volvía a repetir la historia: él la había rescatado una vez y, en esta ocasión, era ella quien lo sacaba del peligro.

Cam trató de ser fuerte, apoyándose en el auto, mientras Naval buscaba torpemente las llaves de su auto, haciéndolas caer al suelo con las manos temblorosas; no podía dejar de temblar y recordar cómo los labios de Xavier quemaban en su piel, mientras sus manos le apretaban tan fuerte que solo lograba opacar las manos y caricias que Cam le había dado momentos antes de ese encuentro fortuito y desagradable.

—Tranquilízate, Naval... Estoy... Estoy bien. —Logró articular Cam.

—No trates de ser condescendiente conmigo...

Respiró y recuperó el control de sus emociones, abrió la puerta del copiloto ayudándole a sentarse, abrochó su cinturón de seguridad y cerró la puerta, ocupando su lugar tras el volante. Sin esperar mucho, encendió el motor y aceleró lo que más pudo, sacándolos a ambos de ese lugar; había

cometido un grave error, se había metido en la boca del lobo, se había mostrado vulnerable y le había mostrado a Xavier su punto débil... Había confirmado sus sospechas... Ella estaba enamorada de Cam... Era su Cam.

Mientras conducía, el silencio era tan arrebatador que encendió la radio y solo para que la música de Niki & The Dove-DJ, Ease My Mind siguiera; cerró los ojos por un instante, intentando olvidar esas caricias repugnantes, pero lo que más le dolió y asustó fue aquella amenaza, pues Xavier siempre cumplía sus amenazas y promesas. Volvió el rostro hacia Cam, contemplándolo; estaba recostado, tratando de descansar, mientras su ceño fruncido y el sudor que corría por su frente era claro indicio de que se sentía fatal, y con una mano libre, apartó de un manotazo sus lágrimas que surcaban sus mejillas.

Realizó los cambios, apretando aún con más fuerza el volante. Las luces del alumbrado público iluminaban su rostro de manera fugaz, pero lo único que temía en esa noche, era por la vida de Cameron; volvió el rostro nuevamente hacia él, pero no podía, no podía perderlo a él también.

—No... No puedo perderte a ti también... —Sin aguantar más, tomó la decisión más dura y difícil, no podía permitir que Xavier le hiciera daño a él también—. No... A ti no... —Tomó su móvil y marcó con su mano libre el número de Trent, esperó unos segundos, hasta que contestó.

—Trent... Trent —No le dejó hablar—. Escúchame bien, quiero que me esperes en el árbol de cerezo que hay a unos kilómetros antes de llegar a la residencia. No le digas a nadie... Ni a Sansón.

—Naval... ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí... Sí... estoy bien —No dejaba de hacer pausas al intentar controlar sus sollozos—. Por favor, ve..... Pero que nadie, absolutamente nadie te vea o siga.

—Maldición, Naval... ¿Qué ha pasado? —gritó desesperado.

—Es Cam... Está muy mal...

—No te preocupes, voy para allá... No te preocupes por Sansón, él salió a una cita, así que es la menor de nuestras preocupaciones.

—Ok... ok... Estoy a veinte minutos de llegar, colgaré... —Y así lo hizo, finalizó la llamada, condujo hacia su casa, pero esta vez regresaba con el

corazón y alma bajo sus pies; la sensación de miedo aún permanecía en ella, y entonces sintió una mano tomar la suya, entrelazando sus dedos de manera suave.

—No te preocupes... Estoy... Estoy bien —murmuró Cam, tratando de sonreír, pero ambos sabían que estaba muy mal—. No llores, por favor.

Naval sujetó su mano, mordiéndose el labio inferior para tratar de dejar de llorar.

—Falta poco... Falta poco, Cam... Resiste, cariño.

—¿Me dijiste cariño? —Tosió.

—Sí, te dije cariño... Te quiero, Cam... Te quiero y sé que soy testaruda y caprichosa; quizás mucho más que berrinchuda, pero te quiero a mi manera, pero me niego... Me niego a perderte.

—No me perderás —susurró Cam—. Jamás lo harás. —Sonrió ante la confesión. «Yo también te quiero... te quiero tanto que creo enloquecer», pensó él, sin saber que lo había dicho en voz alta, ya que Naval tragó saliva y siguió conduciendo sin apartar la mirada de la autopista.

Trent, al finalizar la llamada, tomó una sudadera, las llaves de su moto Aprilia RSV 1000R de color rojo brillante, se montó en su motocicleta colocándose el casco, encendió el motor haciéndole rugir y mostrar sus 141 caballos de fuerza, y salió tan rápido de la residencia que estuvo en el lugar de encuentro en menos de diez minutos.

Vio el gran árbol de cerezo, aquel árbol en el que Naval, Creed, Sansón y él habían colocado sus nombres, haciéndose amigos, confidentes y protectores; se quitó el casco y esperó.

Habían pasado casi quince minutos, hasta que vio el Bugatti de Naval acercarse y señalar con sus luces delanteras; estacionó el auto bajando de él.

Trent, al verla, bajó de su bestia roja y se encontró con ella, quien lo recibió con un fuerte abrazo; estaba tan fría como si hubiese visto un muerto, sus dientes castañeaban y sus ojos estaban tan rojos por las lágrimas, que había hecho correr su maquillaje, mientras ella no dejaba de sollozar.

Trent tomó el rostro de su joven amiga entre sus manos, intentando calmarla.

—Navi... Navi... Navi... Por favor, tranquilízate —Hizo una pausa intentando verla y examinarla, pero físicamente estaba bien o eso creía—. Dime... ¿Qué pasó? ¿Por un carajo, qué pasó?

—Xavier...

Trent cerró los ojos, ya que ese nombre no podía ser para nada bueno, era como mencionar al diablo y este traía su peste y su destrucción sin compasión y contemplación.

—Te hizo algo... Te tocó... —Intentaba saber algo, pero ella solo negó con la cabeza.

—No... Pero es Cam... Lo drogó... Nos encontró, me encontró...

—Sabes perfectamente que él jamás te perdió de vista, y mucho menos cuando te rehusaste a irte de aquí, Naval... —La estrechó entre sus brazos, dándole su calor, quitándose su sudadera y obligándole a que se la pusiera—. Póntela... Estás tan fría.

Ella obedeció, solo para ir ambos hacia el auto y ver a Reed, entre quejidos y malestares.

—No sé qué le dio... Mi padre, Madeleine, Iona o Sansón no pueden verle así... Lo matarán o lo despedirán...

—Madeleine se aprovechará de él.

—Eso no es gracioso —espetó Naval.

—No sé qué pudo haberle dado, pero posiblemente su droga favorita, la droga de la violación, Roach o éxtasis, o todo junto según como está... Debemos llevarlo dentro, dejarlo descansar y que tome agua, mucha agua...

—Pero... ¿Qué si se pone más mal de lo que está?...

—Entonces deberíamos llevarlo a un hospital... Pero llevémosle a la casa.

—En mi habitación estará bien... Yo lo cuidaré.

—Claro que sí —murmuró Trent; sus labios se curvaron en una pícaro sonrisa—. Naval, lo llevaremos por la parte trasera de la casa, yo llevaré tu auto y lo subiré, mientras tú llevas mi motocicleta y la estacionas... —Ella solo asintió con la cabeza, le entregó sus llaves, y él su casco.

Trent tomó su lugar detrás del volante, observando a un Cam demasiado

descompuesto; Naval se montó en la motocicleta, no le importó la incomodidad que ocasionaba su vestido, se puso el casco en la cabeza y aceleró, tenían que poner a salvo a Cam.

Naval estacionó la motocicleta en su lugar, en el edificio de los chicos, mientras que Trent estacionó en la parte trasera de la casa, asegurándose de que todo estuviese oscuro; además de la hora, era de suponerse que Iona estaba descansando. Bajó del auto rodeándolo para ayudar a Cam a ponerse en pie.

—Vamos, viejo... Debes cooperar. —Lo recargó en su hombro.

—Naval... ¿Dónde está Naval? —susurró.

—Ella está bien... Está dejando la motocicleta... —Entró por la cocina, aunque los pasos de Cam eran torpes y parecía tan flácido como un muñeco de trapo. Caminaron por el pasillo subiendo por las escaleras con sumo cuidado, abrió la puerta del dormitorio de Naval, y torpemente logró recostarlo en la cama, yendo al baño a por un vaso de agua.

Naval se quitó los zapatos de tacón y corrió hacia la casa; subió las escaleras, abrió su puerta y encontró a Trent sentado a un lado intentando darle agua a un Cam desorientado y semiconsciente.

—¿Cómo está? —preguntó cerrando tras de sí.

—Necesitará tiempo y descanso... El efecto tarda entre seis a ocho horas, el cuerpo eliminará por sí solo la sustancia, pero hasta ello deberíamos esperar entre 24 y 48 horas para saber —murmuró, mientras Cam rechazaba el último sorbo de agua, solo para recostarse nuevamente en la cama.

Naval miró su reloj: eran cerca de las nueve y media; nunca en su vida había llegado tan temprano a casa, esa noche había sido tan horrorosa para ella, que de tan solo ver a Cam postrado en la cama, su piel se erizaba.

—Pude haber sido yo... —dijo para sus adentros.

Trent se levantó y dejó a Cam descansar.

—Naval —Dejó el vaso sobre la mesa—. Necesitas descansar...

—Lo haré... No te preocupes. —Sonrió, abrazando a su amigo, mientras él besó la coronilla de su cabeza. Al sentir que todo estaba en orden, abandonó la habitación dejándolos solos.

Naval se acercó a Cam, sentándose a su lado; acarició su rostro aún sudoroso, tenía el ceño fruncido, sus labios estaban secos.

—Lo siento... Lo siento, pero será necesario que lo haga. —Desató los cordones de sus zapatillas, quitándoselas y dejándolas a un lado, desabrochó su camisa para que no le apretara el cuello y pudiera estar cómodo, tomó una de las mantas y lo cubrió; abrió los ventanales de su balcón, dejando que el aire fresco entrase, ya que Cam necesitaría refrescarse.

Se quitó el vestido quedando en ropa interior. Necesitaba sacarse el aroma, la saliva y los manoseos asquerosos y repugnantes de Xavier. Tomó su toalla, se desvistió y entró a la ducha, dejando que el agua fría cubriera de repente su cuerpo desnudo. No supo cuánto tiempo se quedó allí, pero sus manos comenzaron a tiritar y a hormigear, sus labios comenzaron a ponerse morados, al igual que su piel. Habían pasado casi cuarenta y cinco minutos bajo el agua, tomó el jabón de tocador y refregó cada parte de su cuerpo hasta dejar marcas, no deseaba sentir esas caricias, y sus lágrimas se combinaron con el agua.

Cerró la canilla, tomó una toalla envolviéndola sobre su cuerpo, se paró frente al espejo y se miró; estaba limpia aunque sentía que las caricias de ese repugnante hombre le quemaban la piel; no bastarían miles de baños para quitarle la sensación tan desagradable.

Tomó la camiseta que Cam se había olvidado y se la puso, regresó a la habitación y lo vio dormir.

—De seguro no recordarás nada. —Sonrió, acercándose y robándole un beso de los labios, temía perderlo de la peor manera. Vio su sillón junto a la ventana, se sentó abrazando sus rodillas observando a Cam, hasta que sus ojos no le permitieron verlo más.

—¡Naval! —Sintió un grito tan terrorífico que al escucharlo a la distancia la obligó a incorporarse, estaba cubierta en sudor, pero no por haber soñado algo, sino por la sensación de vacío que sintió de la nada; se dio cuenta de que había dormido en el sillón abrazando sus rodillas, mientras Cam seguía dormido; pegó su cabeza en el espaldar intentando olvidar por un solo momento aquellas palabras que venían a su mente a cada minuto, que incluso dormida se repetían una y otra vez. Una sensación en su estómago subió tan rápido que la obligó a levantarse e ir corriendo hacia el baño, vomitando todo

lo que contenía su estómago.

Cam parpadeó, irguiéndose de la cama; estaba desorientado, no sabía cuánto tiempo había pasado dormido. Se llevó una mano a la cabeza, que parecía que explotaría en cualquier momento, se quitó la manta y notó que estaba en la habitación de Naval; entonces recordó fragmentos de la noche, un baile sensual, la bebida que esa mujer le dio, luego las caricias y besos de Naval y luego nada; desesperado por recordar algo, se encorvó con los codos sobre las rodillas, los hombros caídos y la cabeza entre las manos.

—¡Maldición! —juró por lo bajo; observó la habitación, buscando una señal de Naval; percatándose de la luz encendida del baño, miró el reloj de la mesilla y vio que eran cerca de la tres de la mañana.

Naval deseaba descansar, se apoyó con ambas manos sobre el lavabo, enjuagó su boca y, al levantar la cabeza, vio a Cam reflejado en el espejo; se acercó a ella y la abrazó desde atrás, apoyando su barbilla sobre su hombro.

—Deberías descansar —dijo ella tomando ambas manos y entrelazando sus dedos con los de él.

—Lo siento...

—¿Cómo te sientes, Cam?

—Yo debo cuidarte, y no viceversa... Te puse en peligro y todo por mi estupidez.

—Por favor... Solo olvídalo... ¿Sí?

—No puedo... Simplemente no puedo... No recuerdo ni lo que pasó.

—Es así... Prometo que recordarás después. —Sonrió frente al espejo, que servía como mediador entre los dos.

—Si te hubiese pasado algo, Naval... —Cerró los ojos de tan solo pensar que algo malo pudo haberle pasado por su estupidez, mientras la piel se le erizó ante la idea.

—Cam...

—Dime... —Deseaba permanecer así con ella para siempre, abrazados, sin nada que los preocupase, pero ante su silencio la hizo volverse hacia él, levantando su mentón, y acarició su rostro, observando cómo cerraba los ojos.

—Hazme el amor —suplicó ella.

Cam se acercó a sus labios, besándola con pasión, la tomó de la mano y la llevó hacia la cama; con los ojos fijos en los suyos, empezaron a desnudarse con lentitud, tomándose su tiempo, besándose, dejando rastros de sus besos y caricias sobre la piel, y él tomó la camiseta, quitándosela.

—Me parece que esa camiseta es mía —dijo con una sonrisa curvando la comisura de sus labios.

—Sabes que sí. —Sonrió mientras él hacía magia con su cuerpo; encima de ella no dejaba de besar sus pechos, su vientre bajando hacia sus muslos, adorando cada parte de ella. Naval no dudó en dar todo de sí, gimiendo su nombre con lágrimas ardientes amenazando con salir.

Los besos pasaron a ser ardientes y necesitados, el cuerpo reclamaba más de aquellas sensaciones profundas. Naval se arqueó contra él, lo necesitaba con urgencia, y durante sus gemidos solo pronunciaba un nombre, un solo nombre que quedaría grabado en su corazón, en su alma y en su mente para siempre.

—¡Cam!

Deslizándose dentro de ella centímetro a centímetro, tomando más que tiempo, entrelazaron sus dedos, intentando que la sensación no fuese brusca u olvidada; deseaba que esas caricias no se olvidaran, que la sensación satisfactoria al estar en sus brazos jamás pasara inadvertida con el tiempo.

Naval envolvió sus piernas alrededor de su cintura, haciendo intensa la presión dentro de ella; levantó las caderas tentativamente, lo necesitaba tanto, tanto que dolía.

Cam gimió.

—Naval... Dulce Naval. —Acunó sus caderas empujando hacia adelante; la intensidad cada vez era mayor hasta que se convirtieron en uno solo, una sola alma y cuerpo.

—Te amo —susurró Naval a su oído—. No lo olvides... Jamás lo hagas —murmuró.

Cam apoyó su frente con la de ella, deslizado sus manos por su espalda, mientras gotas de sudor corrían por sus cuerpos.

—Sabes que jamás lo haría... —Pero no respondió a esa declaración, no dijo un «Te amo», o simplemente: «Yo también».

Naval se sintió decepcionada, pero no podía obligarlo a que la amara, solo hicieron el amor tantas veces hasta que sus cuerpos quedaron agotados por el esfuerzo, la pasión y el frenesí ante las sensaciones. Naval deseaba que Cam sobreviviera, pero para ello debía alejarlo y hacer que se fuera por voluntad, o acudiría a que lo despidieran; no quería que Xavier tomase su vida como tomó la suya con tan solo quince años.

Con los corazones desbocados, intentando ya controlarse, Cam le abrazó desde atrás, pegándola a su cuerpo aún desnudo y cubierto por las sábanas, sus manos entrelazadas, mientras Naval tenía los ojos cerrados, estaba cansada y ya eran casi las seis; la luz del Sol comenzaba a entrar a la habitación, formando espirales de polvo y luz.

—Creo que debería irme, Naval —insinuó Cam.

—No... Quédate... Quédate conmigo hoy, todo el día...

—No puedo, Naval... No puedo. Tu padre puede verme, Madeleine o Sansón.

—Entonces vete —dijo sin volverse; no deseaba que viese sus lágrimas correr por sus mejillas mojando la almohada. Había estado llorando desde que empezaron con esa sesión de amor eterno, pero aun así Naval se sentía vacía.

Cam se irguió de la cama y tomando sus ropas se vistió, observándola recostada en la cama, cubierta con la sábana.

—¿Estarás bien?

—Puedo apañármelas sin ti... —dijo sin emoción alguna. Él no respondió, tan solo tomó sus cosas y salió de la habitación.

Cubriéndose con la sábana, se levantó de la cama, acercándose al balcón; la brisa de la mañana la hizo estremecer, erizando su piel, helando su cuerpo. Entonces le vio caminar e ir hacia la residencia de los chicos; al verle con su camisa arrugada, pantalones vaqueros, sus zapatillas en mano y su chaqueta sobre su hombro, sonrió al verle así, era como si evitara dar la caminata de la vergüenza.

Sintió la puerta, pero evitó volverse y ver quién era, necesitaba estar sola,

prefería estarlo después de todo lo que había pasado en casi doce horas, y entonces oyó la bandeja sobre la mesa.

—Buenos días, Naval —dijo Iona.

—Buenos días... —respondió sin volverse.

—Te traje el desayuno... ¿Cómo amaneciste?

—Iona... Disculpa que sea grosera... Pero necesito estar sola, te llamaré en cuanto necesite algo —La interrumpió—. Por favor, dile a Trent que necesito que venga.

—Está bien, le diré que suba enseguida. —Caminó hasta la puerta, intentando no preguntar por qué estaba tan callada y nerviosa; podía sentirlo, algo le pasaba.

Esperó de pie, quería quedarse más tiempo con el calor, sudor, las caricias de Cam sobre ella; entonces sintió cómo llamaban a su puerta.

—Pase —dijo, sintiendo a Trent entrar a su habitación.

—Buenos días, Naval... ¿Cómo estás? —preguntó.

—Trent, no le digas nada de Xavier a Cam; él no sabe nada y no quiero que se entere...

—Pero Naval... —Quiso hablar, pero ella le interrumpió, siendo cortante.

—No... Trent, no le digas nada, y diles a los demás que doy diez mil a que Cam Bergenson se va de la residencia...

Trent, al escucharla, frunció el ceño confundido por el repentino cambio de Naval; ayer la había visto preocupada por la salud de Cam, pero ahora solo deseaba que se fuese o lo despidieran—. ¿Estás hablando en serio?

—Jamás he hablado tan en serio en mi vida.

—Naval, ello implica que se vaya o lo despidan, como a los últimos que te cuidaron.

—De eso se trata...

—No... no, de eso no se trata. —Caminó a grandes zancadas hacia ella y, asió su brazo obligándola a volverse; quería que le explicara.

—¡Expílicate! —Miró sus ojos, intentado ver algo, alguna señal, algo que

le mostrara que Naval no deseaba hacerlo, pero no, sus ojos, su rostro, su expresión era plana y tranquila, algo en ella había cambiado, y Trent podía notarlo.

—No hay nada... Absolutamente nada que explicar —espetó ella, quitando su brazo del agarre de Trent con brusquedad.

—¿Es por lo de anoche? O ¿pasó algo con Xavier? —espetó Trent; era la única respuesta al cambio repentino de Naval.

—No pasó nada... —Hizo una pausa, volviéndose hacia la ventana—. Diles a todos que apostaré contra Cameron Bergenson... Son diez mil por una semana.

—Sabes muy bien que él durará mucho más que una semana... —espetó el castaño, enojado ante la desconfianza que tenía su amiga con él—. Apuesto quince mil a que él durará más de un mes.

—Bien...

—Bien. —Gesticuló con ambas manos libres; estaba enojado con ella, enojado por cerrarse y no confiar en él, hiriéndole en silencio.

Sin más que decir, salió de la habitación, cerrando la puerta con un gran golpe detrás de sí. Pero Naval, una vez sola, se recostó en su cama y lloró, lloró hasta quedar dormida nuevamente.

CAPÍTULO 20

TRAMPOSA

Abrió los ojos ante la sensación de hambre, necesitaba comer, habían pasado dos horas desde la visita de Trent; su padre y Madeleine de seguro habían salido a ver todo para los futuros preparativos de su próxima boda. Sentándose en su cama, llevó una mano hacia sus cabellos haciéndolos hacia atrás.

—¡Mierda! —juró; no había pensado en nada para detener esa boda, prometiéndose a sí misma conocer el punto débil de su futura mamá. Hizo a un lado las sábanas y, sentándose a la pequeña mesa, se dispuso a disfrutar de su deseado y exquisito desayuno.

Con pantalones deportivos, un bra negro deportivo cubierto por una sudadera ploma, se hizo una coleta en lo alto y salió hacia el gimnasio; estaba casi separado de la casa de los chicos de seguridad, así que era fácil no molestar y hacer lo que deseara. Entró en la gran habitación, encendiendo la luz, estaba rodeada de espejos y maquinaria para hacer toda clase de ejercicios.

Encendió el equipo de sonido, escuchando a Papa Ya-Sunny a todo volumen, mientras se observó en los grandes espejos; se envolvió las manos con vendas para poder golpear el saco de arena con toda la fuerza que necesitaba. Sus brazos se balanceaban con una precisión perfecta: cada golpe que le daba al saco de arena hacía que se balanceara hacia atrás, y el sonido rítmico era relajante para ella.

Entre saltos, pasos y expresiones de desesperación, golpeaba el saco una y otra vez, mientras las lágrimas ardían en sus ojos; era imposible poder olvidar las palabras de Xavier, la desesperación que sentía al no encontrar entre la pista a Cam.

Y luego... Verlo de esa manera...

—Dios —rogó.

Hasta que la canción cambió a Banks-Waitting Game, que comenzó a sonar con fluidez; entonces no pudo resistir más, le dio un gran puñetazo al saco de arena y se alejó de él, mirándose al espejo y, al ver su reflejo, se dio cuenta por primera vez de que no era nada parecida a Nicolay Kapot, no tenía ni un atisbo de lo que su padre era, tanto de joven a lo que era de adulto.

La soledad de esa gran habitación la oprimió aún más, de tal manera que cayó de rodillas deshecha en lágrimas, con el rostro demudado y los hombros hundidos; se mordió el labio tratando de no sollozar, pero solo logró hacerse daño, mordiéndose el labio haciéndole sangrar, pero sus ganas de desfogar fueron más fuertes; dio un grito, un grito que casi rasga sus cuerdas vocales, pero fue fundido en el sonido de la música que ocultó perfectamente su dolor. Quedándose en el suelo no pudo evitar derrumbarse y llorar, jamás en su vida se había sentido tan atada y amenazada, pero tenía una opción: hacer que Cam saliera de la residencia y no volviera, pero eso implicaba que ella jamás debía volverle a verlo por más que lo deseara, debía olvidarse de él para siempre, por su bien, todo para que conservara su vida.

Terminó de golpear, de gritar, llorar y maldecir, teniendo una idea clara de lo que debía hacer con Cam; regresó a su habitación encontrando el almuerzo; sonrió ante los detalles de Iona y, para no despreciarla, comió todo con un hambre feroz.

Era hora de empezar con el juego, tenía una buena opción, una que amaría al comenzar el juego, pero que odiaría al llegar al final del día. Las duchas largas habían terminado, así que tomó una ducha rápida, poniéndose un vestido de top en forma de v que cubría sus pechos, dejando al descubierto la piel de delante, de corte ancho color plata de seda con una abertura en el lado derecho dejando ver su pierna. Sujetó sus cabellos rizados en un moño deshecho, con unos hermosos zapatos Jimmy Choo negros con brillantinas; estaba provocativa como siempre, pero esta vez, quería provocar a Cam, llevarlo al borde de la desesperación y darle algo con qué jugar hasta poder ganar la partida.

Bajó las escaleras y vio a Sansón en la puerta principal.

—¿Saldrás, pequeña? —contempló su vestido—. Piensas hacer... Hacer, ya sabes... —Levantó las cejas, dándole una sonrisa socarrona.

—Sí... ¿Comenzamos ahora?... Serás parte del juego, Sansón, no me

decepciones —dijo Naval sonriendo con cinismo; por lo visto, estaba decidida a cumplir y vengarse, ya que la primera palabra de su credo era Revenge.

—Entonces, lo llamaré... —Tomando su radio, se comunicó con los demás —. Cam, trae el Ranger Rover; esta noche habrá baile, puerta principal... ¡Ahora! —En menos de cinco minutos un auto rojo estaba estacionado delante de la puerta principal. Para cuando Reed bajó del auto, la música flotó en el aire: Chris Brown—Privacy retumbó; entonces pudo contemplar a Naval con detalle, la examinó con un detallado escrutinio, pasó saliva con dificultad, estaba hermosa, además de sentir un malestar en todo el cuerpo.

Naval pasó enfrente de él, ignorándolo por completo, sentándose en la parte trasera del auto muy cómoda, mientras Sansón iba delante con él.

—¿Hacia dónde vamos?

—Conduce al club nocturno Advance... —dijo Sansón; Reed no podía dejar de verle por el retrovisor, se sentía tan excitado que trató de acomodar su entrepierna, no podía dejar de pensar en ella, y cómo se había entregado a él con tanta pasión, dulzura y sin miedo las noches pasadas.

Sansón observaba la incomodidad de Cam por el rabillo de su ojo, tratando de no sonreír y dar carcajadas por ver a ese par de amantes inmaduros y frustrados, así que, evitando cualquier tipo de conversación, viajaron en el mayor de los silencios; subió el volumen a la radio y dejó que la música de Chris Brown resonara en el auto, concentrándose en no mirarlo y tratando de no reír.

Naval no miró para nada a Cam o Sansón; estaba callada mientras movía la cabeza lentamente al ritmo de la música y observaba por la ventana, no deseaba ver a Cam y luego arrepentirse de lo que haría esa noche.

El viaje se hizo largo, pero al estacionar el auto en un lugar libre del club, Reed trató de tragarse su furia y miedo, deseando en lo más profundo que el viaje hubiese perdurado aún más tiempo de lo debido, ya que verla bailando y tomando en un ambiente como Advance lo mataba lentamente. «Señor, dame fuerzas», se dijo a sí mismo, contemplando por un momento el cielo nocturno; al bajar del auto para abrirle la puerta a Naval, tenía que poner más de sus cinco sentidos en Naval, no deseaba repetir la experiencia de anoche.

Sansón estuvo a su lado en un abrir y cerrar de ojos, extendiéndole la

mano a la joven princesa rusa para ayudarla a salir; ella pasó por su lado sin darle importancia, pero Reed estaba atontado, ese vestido era totalmente matador y estaba volviéndolo loco.

Sansón llevó una mano firme a la parte baja de la espalda que estaba totalmente descubierta, escoltándola hacia la entrada del club donde las luces neón jugaban adentro enloquecidas. Reed pudo admirar con mayor visibilidad los tatuajes de su espalda, notando detalles que en la noche apasionada no pudo observar; era tan excitante, tan sensual.

Observó cómo Sansón le dio un firme apretón de manos al guardia de seguridad, pudiendo verla alejarse de su vista, adentrándose a un mundo lleno de ruido y oscuridad, luces de neón y licor y la canción de Blake Mcgrath-Debonair sonaba tan fuerte.

Naval se alejó de sus guardias y caminó a la barra pidiendo una copa de vino tinto, mientras la música invadía sus oídos; sonaba tan fuerte que no pudo resistir más, dando un solo trago a su copa y acabando su contenido de manera inmediata para luego adentrarse a la pista de baile, sintiéndose libre, sintiéndose única; cerró los ojos y movió las caderas de manera seductora; cada movimiento era tan lento, tan erótico, la música iba en perfecto unísono con su cuerpo.

Reed de manera rápida buscó un lugar cerca de la barra; primero la buscó con la mirada, pero era imposible perderla de vista con ese vestido; sin dejar de mirarla, pidió una cerveza.

—Dame una cerveza, pero por favor que esté bien sellada —ordenó; el barman le entregó la botella y él estuvo más que contento con destaparla, llevando el pico a su boca y tomando a sorbos sin quitarle la vista de encima a Naval.

Aunque el momento se volvió más intenso, cuando la canción de Wolfgang Gartner-There and Back empezó; la tensión creció cuando un hombre atractivo de tez morena, tan oscura como las sombras, y con ojos negros se acercó a Naval por detrás, sosteniéndola de la cintura y pegándola a su cuerpo, mientras ella no hacía nada para impedir tal tocamiento.

Su mano delicada y tatuada fue hasta el cuello del desconocido, ofreciendo más sensualidad y pasión en ese baile, pero aún seguía con los ojos cerrados; estaba provocando a Cam, pero también trataba de imaginarlo junto a ella, con

un leve susurro cerca de su oído, y pudo escuchar cómo pronunciaba su nombre: Liam.

Sentía la música y olvidó todo lo demás. Las manos del Liam se deslizaron a través de sus caderas, sosteniéndola cerca y moviéndose con ella a paso lento; el pulso de Naval tamborileó de ansiedad, se movía contra él, mientras la música le hacía olvidar cómo era estar en manos de Cam en esos momentos. Quería tener una gran noche, permitiendo que la acariciara por completo, tocando todo su cuerpo de manera cálida, mientras ella tan solo pensaba que esas caricias las propinaba Cameron.

Reed estaba sentado, había tomado cinco cervezas ya, mirándola desde el otro lado de la habitación; sus ojos viajaban hacia las manos del desconocido, quien agarraba con fuerza las caderas de Naval, y su mirada azul hielo se mantuvo fija en ella. Con una expresión indescifrable y lleno de ira, quería ir ante ellos, tomar al tipo con apariencia de Ken moreno y golpearlo hasta cansarse, pero no podía hacerlo, no después de lo que sucedió ayer en la noche en The Black and White.

Sansón no estaba por ninguna parte. «¿Acaso ese hombre tan musculoso y atrevido no sentía celos por cómo otro hombre acariciaba de manera promiscua a Naval?», se llegó a preguntar, pero qué le importaba a él si solo eran amantes fugaces, como lo sería ese plástico moreno esa noche.

La canción cambió a Deorro-Cayendo, la música fluía entre los cuerpos de todas esas bellezas que trataba de llamar su atención, pero todo terminó cuando vio que los labios de Naval gimieron en un sonido ronco y seductor; sin poder soportarlo más, lanzó su cerveza al suelo y se acercó a grandes zancadas hacia la pareja, que prácticamente estaba teniendo sexo en medio de la pista; empujó a todo aquel bailarín sin importar las quejas y malas palabras que había detrás de él, sujetó al hombre de la camiseta y lo arrancó del lado de Naval en un abrir y cerrar de ojos, con tanta fiereza que ella no fue capaz de poder hacer nada, ni decir que se detuviera a tiempo.

—Oye, imbécil ¿qué te pasa? —preguntó el jovencillo moreno, que estaba dispuesto a pelear.

Naval trató de intervenir pero Cam la miró con ojos impasibles llenos de ira obligándole a retroceder.

—Ni te atrevas a defenderle. —Sin previo aviso, su puño golpeó con

fuerza la mandíbula de Liam haciéndole caer hacia atrás, cayendo semiinconsciente, con un solo golpe y un buen K.O.

Naval ahogó un grito al ver caer a su compañero de baile, perdiéndose entre los recuerdos de aquella mirada furiosa y desafiante; había sido la misma mirada de Creed y de Xavier de hace diez años, era como si todo volviera a ella como un círculo vicioso; además, la noche anterior en el club The Black and White se había topado sin querer con Xavier metiéndose en la boca del lobo; de solo recordar cómo la acarició y la inmovilizó pegándola a su cuerpo, hacía que se sintiera mareada y con náuseas.

Sin poder evitarlo retrocedió instintivamente unos cuantos pasos, giró sobre sus talones y, tratando de buscar refugio, empujó a los demás cuerpos sudorosos por el baile, tratando de hallar un lugar tranquilo en ese club lleno de ruido y lleno de recuerdos, teniendo la necesidad de escapar de él.

«Es idéntico a él —se dijo sin dejar de empujar—. Es idéntico a él, eran tan parecidos, sus ojos expresaban los mismo, lo mismo que expresó aquella noche».

Reed no se quedó atrás, la buscó pero ella había huido, la buscaría siendo Cam, iría siendo Reed; ya no importaba decirle la verdad de quién era, nadie se la arrebataría; la siguió pisándole los talones sin dejar de gritar su nombre, aunque aquellos gritos se perdían con la música tan elevada.

—¡NAVAL!

Entró al baño observando a varias chicas que se retocaban el maquillaje frente al espejo, no podía estar allí mucho tiempo. En un intento de querer salir del lugar, Reed empujó la puerta y entró, viendo a las demás jóvenes.

—¡Largo de aquí! —bramó enfurecido; las demás tomaron sus cosas y salieron del baño tan rápido como les fue posible.

Naval estaba asustada, intentó resguardarse en un cubículo, pero Reed fue demasiado rápido; entró y echó el cerrojo al cubículo arrinconándola.

—¿Qué haces aquí? Este es el baño de damas...

Sus ojos, de un bello tono azul, fueron opacados por un color turbio, oscuro.

—¿Qué crees que hacías con ese tipejo en medio de la pista? —preguntó

con las manos hechas puños.

—Esa pregunta es tonta... Bailar, estaba bailando... —respondió con un leve tartamudeo.

—Más bien creo que has estado tratando de llevártelo a la cama... —En ese instante, Naval levantó la mano con la intención de pegarle, pero Reed asió con fuerza su muñeca.

—Solo una vez, y te lo advertí... —respondió con los ojos brillantes de ira, y su voz tenía un tono de odio tan profundo que Naval se estremeció por la violenta respuesta; así que retrocedió, pero estaba atrapada en un cubículo con él.

Cogiéndola de los brazos, la arrinconó en la pared del baño besándola con locura, mordiéndole el labio; era la manera más ruda de castigo, de dejar la marca que le pertenecía solo a él.

—¡Detente! —Trató de quitárselo de encima, pero Reed estaba decidido a tomar más que el control aquella noche, con las manos casi clavadas en la pared y el cuerpo duro de él contra el de ella.

—Eso no le dijiste al tipo con el que bailabas; ahora no te quejes, cariño... —dijo con desdén mientras la sujetaba de las muñecas; separó sus piernas con la rodilla sin dejarle mover las manos, y con la mano libre subió la falda de seda y satén acariciando su muslo, subiendo con furia más y más—. ¿Esto es lo que buscabas? ¿Esto es lo que deseabas, Naval?... Deseabas enfurecerme... ¡Qué perdiera el control!... ¿Provocarme acaso? —Estaba perpleja por la rudeza que Cam le proporcionaba con esas caricias, así que en un sollozo le pidió que se detuviera.

—Por favor... Cam. —Reed abrió mucho los ojos al ver que Naval tenía los ojos llenos de lágrimas que amenazaban con rebozar.

«¿Acaso eran lágrimas de ira y decepción, o simplemente le hizo daño?», se dijo a sí mismo, pudiendo ver lo contrario.

—¿¡Naval!?... —La soltó de repente, dando un paso atrás, viéndola asustada y confundida—. Naval, yo... —Quiso explicarse, pero era tarde, Naval lo empujó y salió del cubículo con tanta prisa que la perdió a medio camino entre tantos cuerpos que bailaban.

—¡Naval! —gritó su nombre, pero era imposible que lo escuchara ya que

la música opacaba toda clase de gritos.

Intentó buscar a Sansón, pero la multitud y la falta de luz hacían que su búsqueda fuera definitivamente difícil; caminó desorientada, las luces de neón reflejaban rostros y más rostros, y entre ellos vio a Xavier de nuevo, oculto entre los demás cuerpos, observándola, deseándola; ella negó con la cabeza, necesitaba buscar la salida, trataba de buscar una salida pero era imposible.

—¡Cam! —Recordó la amenaza de Xavier, era una promesa que no tardaría en cumplir; a él no le importaba estar frente a gente inocente y hacer su trabajo, con tal de obtener lo que deseaba.

Llevando ambas manos a su cabeza, vio que toda la habitación estaba dando vueltas sin control, era una jaqueca de no poder más, la música parecía estar distorsionándose o repitiéndose una y otra vez. Un intenso mareo la obligó a cerrar los ojos y tambalearse, pero unas manos fuertes la sostuvieron de inmediato.

—¡Naval!... ¡Naval!... ¿Estás bien?

—No... No lo sé... —Su cabeza cayó hacia atrás en el hombro de Reed, quien desesperado la levantó en brazos y buscó un lugar seguro para poder recostarla; lastimosamente no había ninguno, de la nada Sansón hizo una milagrosa aparición y, al ver a Naval en brazos de Cam, corrió hacia ellos, abriéndoles el paso entre la multitud para que pudiesen salir de inmediato del local.

Abrió la puerta del auto, Cam la mantenía entre sus brazos sentándola en su regazo, además de intentar tranquilizarse al realizar esa escena de celos y golpes, insultos y caricias de despecho, que le habían causado ese desmayo.

—¿Qué pasó? —ladró Sansón apretando con fuerza el volante y cerrando la puerta para poder encender el motor.

—Nada... Nada pasó... —respondió Cam nervioso.

—Si me entero de que mientes, ten por seguro que te mataré, hijo de puta... ¿Qué le hiciste? ¡Responde! —gritó con furia, mientras le observaba por el retrovisor conduciendo de regreso a casa.

—¡Dios!... Ella estaba bailando con un tipo... Se dejaba manosear con él, perdí el control y le propiné un puñetazo al tipo; seguí a Naval y la traté muy mal en el baño... La arrinconé, quise besarla, pero ella se aterró... —Trataba

de repetirse una y otra vez que había perdido el control por nada, pero se engañaba a su mismo; perdió el control porque simplemente no soportaba que nadie la tocara, no podía imaginar cómo ese desconocido la estrechaba y la hacía suya, Naval Kapot era solamente suya.

—¿Qué hiciste qué?! —Frenó en seco, haciendo que Reed se obligara a proteger el cuerpo inerte de Naval.

—¿Qué mierda...? —Levantó la vista solo para observar a un Sansón mucho más que enfurecido, que estaba totalmente cabreado, y no quería imaginar su cuello entre los puños que apretaban el volante en esos momentos.

—Eres un imbécil y espero que no digas de esto nada... Sé que Madeleine te advirtió de Creed Rise... Y no lo niegues, esa víbora hace que Naval lo recuerde día a día... Es un milagro que se haya entregado a ti sin inhibiciones después de ese trauma.

A Reed se le heló la sangre de tan solo pensar.

—¿Qué?... ¿Qué le pasó? —tartamudeó; al no recibir una respuesta inmediata gritó—. Por un demonio ¿qué pasó? —Tenía miedo de saber por qué Naval era tan fría y después cálida, miedo de saber que quizás algo terrible le haya pasado, algo que él mismo iba a repetir esa noche descontrolada.

—Naval... Ella siempre escoge a los peores, creo —Maldijo por lo bajo—. Creed le fue asignado para que cuidara su espalda hasta los quince años; justo cuando su nana Ianthe falleció, regresó con él a Estados Unidos; Creed le hacía todo, tomando el rol que Nicolay nunca tomó, la cuidaba... La ayudaba, incluso elegía y compraba su ropa —Hizo una pausa intentando mantener el poco férreo control que le quedaba—. Le enseñó a portar y manejar un arma, a pelear, a vivir. Pero el muy idiota intentó violarla una noche; supimos que Xavier había puesto éxtasis en la bebida de Creed esa noche minutos antes de que la agrediera, todo para sacarlo del camino... Xavier nunca fue su tipo, era mucho mayor que ella, la mano derecha de su padre por ese entonces, así que Nicolay, enojado ante lo que pasó, hizo que Xavier la llevara a su habitación, donde la golpeó por primera vez; en ese trágico episodio de golpes solo intentaba tenerla, la deseaba a ella, siempre la deseó desde el día en que la vio, pero se negó rotundamente a ser su amante. Al no obtener lo que deseaba trató de violarla una noche, pero su padre pudo rescatarla, alejó a Xavier, pero sé que no lo detendrá por mucho tiempo —Observó a Reed por el

retrovisor, viéndole palidecer; inspiró tratando de no perder el control ante las palabras de su confesor—. Luego apareciste tú después de 10 años que ella no salía, y mucho menos involucrarse con tipos como tú. —Comenzó a recordar como si hubiese pasado ayer.

—¡Dios! —dijo en un leve susurro, intentando no llorar o abrazarla.

—Yo lo viví, ya que Trent y yo la atendimos esos días; sentí sus lágrimas sobre mi hombro, mientras mis brazos no eran lo suficientemente de consuelo, o mi cariño hacia ella fuese lo más inmenso para poder borrar cada recuerdo amargo —Los miró por el retrovisor, dando un suspiro—. ¡Maldición, Cam! Ella solo tenía 15 jodidos años... ¿¡Cómo puede pasarle eso a una chiquilla!?! —Hizo una pausa—. «Naval juró no amar, juró no sentir nada por nadie, pero por lo visto, apareciste tú y no entiendo cómo es que... Cielos...» —Se replicó a sí mismo.

Reed había entendido que se había portado de igual o peor manera; su reacción y comportamiento cambió, estaba tan pálido que bajó la vista para ver a Naval; ella estaba respirando profundamente, aunque sus ojos estaban cerrados; podía sentir su dolor, quizás ira, y entendía si ella lo odiaba después de ello. Habían estado jugando, tira y afloja la cuerda invisible, sin saber que él era quien ponía un muro ante ella; se mordió la lengua, no podía decir más, no podía opinar cuando él también había caído en lo mismo.

Por un instante, deseó haber sido Sansón intentando calmar esa pena, dolor y miedo a los demás. Recordó entonces a Dylan y sus palabras, terminaría haciéndole daño, un daño que jamás podría ser reparado, quizás era hora de tomar una decisión.

Cuando llegaron a casa, Cam se encargó de subirla a su habitación, la recostó en la cama, le quitó los tacones y la cubrió con una manta, pero antes de irse, se tomó un momento, acarició su rostro de manera delicada, jugó con sus rizos y se los llevó detrás de su oído.

—No puedo ofrecerte nada, Naval... No soy quien digo ser aquí, soy un hombre que solo ve rojo cuando te tiene lejos, y un hombre que mira blanco cuando estás a mi lado, pero cuando no te tengo cerca simplemente mi mundo se convierte en oscuro... Estoy muy dañado, soy lo que tú odias, soy lo que tus padres son... Perdóname por abrir viejas heridas, pero aún más, te pido perdón por haber permitido que aquella noche fuera para ti la primera,

mientras que para mí solo fue una más. —Dándole un beso, un último beso casto en la frente, la dejó en su habitación, aquella que era más oscura que la noche misma, aquella que resguardaba los secretos más profundos y tétricos.

Naval seguía en la oscuridad cuando sintió las caricias y sus besos recorrer su cuerpo desnudo, esos labios que la reclamaban como suya, ese cuerpo que le había hecho sentir extasiada, completa, uniéndose en una sola persona y alma, parecía tan real. Solo eran los dos, eran Cam y ella en un mundo donde no existían Creed, Xavier, Sansón, su padre, Madeleine, sus tíos; estaban los dos y nada podría separarlos.

Pero de la nada, alguien apartó a Cam de su lado, mientras gritaba su nombre a la distancia.

—¡NAVAL!

Despertó sobresaltada, sudorosa, observó a su alrededor, pero como siempre, estaba sola, en su cama. Se irguió de prisa, llevaba el vestido de esa noche, aunque los recuerdos de las caricias bruscas de Cam le hicieron recordar el infierno que vivió con Creed, recordando el día a día de esa relación bella que se convirtió en un tormento, y luego estaba Xavier que había vuelto para reclamarla como suya, cuando ella jamás le incentivó o incitó a ese amor enfermizo.

Cerró los ojos, acurrucándose a sí misma, abrazando sus rodillas, mientras sus lágrimas corrían por sus mejillas; estaba perdida, mañana sería otro día perdido, además de que su padre estaba por casarse con Madeleine Bates, que se convertiría en un miembro de la familia, tomando el lugar de su madre; ante su furia tomó el retrato que yacía en su mesa de luz, el retrato de su padre y ella, el primero que se tomaron cuando llegó a Estados Unidos. Tomándolo entre sus manos, lo arrojó con fuerza hacia la puerta mientras un grito de frustración acompañó su pequeño acto de locura.

El retrato de vidrio chocó contra la puerta, haciéndose añicos; sin poder sentirse tranquila, se levantó de un brinco de la cama, arrojando todo lo que estaba en su escritorio con sus brazos, desde retratos, obsequios, esferas de cristal, pequeños adornos decorativos de porcelana, todo cayó al piso.

Fue hacia su clóset, arrancó toda su ropa de los percheros, arrojó sus zapatos, todo aquello que le fue dado como acto de una inexistente preocupación, hasta que cayó el arma que Creed le regaló: era una Beretta 92

Fs Inox; la tomó entre sus manos temblorosas, deslizó el cargador, tomando las balas y cargándola en su totalidad.

Tenía tantas ganas de cometer una locura y acabar con su vida de una vez por todas, que llevó el arma hacia su cabeza, con sus lágrimas brillantes surcando sus mejillas. Estaba cansada de vivir con miedo, vivir preocupándose de un mañana, preocupándose y viviendo una vida que no le pertenecía. Con su dedo en el gatillo cerró los ojos, pero no pudo, levantó la vista y se miró al espejo; era un desastre completo.

—No puedo... Soy cobarde... Soy una tonta, la única forma es dejarme llevar por el dolor hasta que mi corazón no pueda resistir más —gritó lanzando el arma sobre su espejo de cuerpo entero, haciendo que los pedazos de vidrio volaran por la habitación.

CAPÍTULO 21

MALA REPUTACIÓN

Reed salió de la casa cabizbajo, no pertenecía a ese mundo; por más que él deseara y la amara, solo provocaría en Naval frustraciones, miedos y quizás hasta el odio mismo, quizás era momento de hacer su trabajo y enfocarse en conseguir las pruebas que necesitaba el FBI para atrapar a esa familia. Se sentó en la cama que le habían dado en la residencia; la habitación era cómoda, amplia, pero faltaba algo importante, faltaba Naval.

Se llevó las manos hacia el rostro, no podía dejar de pensar en lo que Sansón le había confesado; entonces recordó lo que pasó la noche anterior. «Me drogaron al igual como hicieron con Creed», pensó con el ceño fruncido.

Intentó recordar algo, pero las mismas imágenes de ella bailando contra su cuerpo, la manera en cómo sus manos se unían, las respiraciones entrecortadas, los gemidos...; no podía más, se llevó ambas manos hacia la nuca, le faltaban solo pocos segundos para volverse totalmente loco; entonces supo a quién preguntar y así salir de dudas.

—Maldito Trent... —Levantándose hecho una fiera, fue en busca del hermano menor de Sansón; él sabía exactamente lo que había pasado esa noche y Naval le había pedido algo, estaban jugando con algo peligroso, entonces recordó el expediente...—. ¡Mala reputación! Ella tenía mala reputación por hacer apuestas y despedir a sus guardaespaldas; Trent y Sansón me lo advirtieron el primer día... Ella... Ella. —No quiso decirlo en voz alta, pero intuía que trataba de alejarlo por algo y ese algo comenzaba con la noche que pasaron en el club The Black and White.

Corrió por los pasillos encontrando a Trent en su habitación; él estaba escuchando música y, sin previo aviso, lo tomó del cuello, obligándole a volverse para lanzarlo al suelo; subiéndose a horcajadas sobre él le propinó un buen derechazo, sin darle tiempo de poder defenderse, necesitaba saber.

—Di todo... Di todo y no ocultes nada —gritó enfurecido, sujetándole en el suelo.

—No sé de qué demonios hablas...

—Lo que pasó... Lo que pasó anoche... —bramó Cam, volviendo a golpearlo.

—No pasó nada... Nada...

—¡Mientes! —Desenfundó su arma y le apuntó directo en la cabeza—. No fue Sansón quién le ayudó... Él no dijo o mencionó nada de lo que pasó.

—Maldición... Baja el arma... baja el arma —chilló Trent—. No es un maldito juguete, Cameron.

—¡DIME!

—Me hizo prometer que no te dijera nada... Cam... No lo haré —rugió Trent.

Sin evitarlo, Reed tomó su arma, quitó el seguro y estaba ya por apretar el gatillo; el joven asustado supo que Cam no bromeaba, estaba cabreado y dispuesto a todo.

—Irás a tu cabeza.

—¡Carajo! —juró Trent—. Quita la puta arma y te diré...

—No... Comienza y, si decido creerte, la quitaré —prometió.

—¡Cameron!... Te drogaron... ¡Vale! Ella me pidió no contarle a Sansón sobre lo ocurrido por miedo a que te hiciera algo, pero desde allí volvió a los juegos, subió la apuesta, comenzó a apostar, apostó que tú te irías en menos de una semana... —Hizo una pausa—. Y yo aposté que durarías un mes...

—¿A quién vio en el club? —bramó.

—A nadie —Cam apretó con fuerza el arma, pero Trent gritó—: Xavier... Vio a Xavier Scott.

—¿Hablaron?

—¡No!... Ella no me dijo nada de que hablaron...

Quitó el arma de la cara de su amigo, se irguió y supo que Naval no le había dicho la verdad a ninguno de los dos; Xavier le había visto, pero también se había acercado y ella estaba ocultándolo. «¿Por qué?», se preguntó Reed, saliendo de la habitación de Trent.

Corrió por los campos de la gran residencia de los Kapot, volvió a subir hacia la habitación de Naval, abrió la puerta y miró el desastre que había en la habitación; se había ido por tan solo quince minutos y, al regresar, todo estaba roto y en el suelo. Estaba sentada en su otomana con un cigarrillo en mano y en la otra un arma, no se había quitado el vestido, ella estaba tratando de luchar con algo que ni ella misma podía.

Cam tomó su arma en manos, acercándose sigilosamente hacia ella, pero Naval sabía que era él, ya que lo había visto correr hacia la casa.

—¿Qué te dijo Xavier anoche? —preguntó ronco.

—No sé de qué hablas —respondió ella dándole una larga calada a su cigarrillo, limpiándose la boca con la otra mano que aún sostenía el arma.

—No me vengas con esa mierda de no saber... Me contaron todo, sobre Creed, sobre Xavier... Todo... Así que no intentes alejarme ahora.

—¡Cameron!... ¡Por favor! —suplicó con los ojos rojos ante las lágrimas—. No me dijo absolutamente nada, solo lo vi... Nada más.

—No... No más, Naval —Negó él con la cabeza; intentó acercarse, pero ella se negó a caer—. No más mentiras. No te creo nada.

—¡NO!... ¡No te acerques! —Lo detuvo mostrándole el arma.

—Ni pienses por un segundo que te dejaré... —Guardó su arma en la parte trasera de sus pantalones y levantó las manos, mostrándole que estaba desarmado—. Por favor, baja esa arma.

—Aposté contra ti... Tienes que irte... Debes irte. —Bajó el arma.

—Entonces sube la apuesta... Porque estoy dispuesto a quedarme —sentenció él.

—Aun sabiendo que ya me cansé de ti... Aun sabiendo que solo quería pasar un rato contigo... ¿Qué te hace pensar que tendremos un futuro cuando ninguno de los dos está seguro de lo que quiere? —Se levantó de su asiento volviéndose hacia él, dejó el arma en su mesa y dio otra larga calada a su cigarrillo botando el humo por la nariz.

—Cállate... Porque no sabes lo que dices... —Gesticuló con sus manos libres—. No sabes lo que yo siento... No tienes una maldita idea de lo que yo siento.

Todos estaban en un círculo vicioso de mentiras, calumnias, drogas, avaricia, infidelidad, obsesión, todo era una mentira. Sin más, Naval respiraba entrecortadamente, debía controlarse, debía tomar las cosas con calma, ya que las consecuencias serían fatales si perdía el control.

Reed sintió una extraña punzada en el pecho al verla así, tenía que sacarla de allí pero se negaba a confiar en él, sabía de Xavier pero jamás supo que él intentase violarle, sabía que él era un militar dado de baja deshonrosa por mala conducta; en otras palabras, por ser un psicópata y, era ilógico que lo viera en el club; dudaba mucho de que él no se le acercara o la acorralara, Naval estaba mintiendo.

Cerró los ojos e intentó hacer un esfuerzo más que hercúleo para poder controlar la ira interna que comenzaba a desatarse poco a poco.

—¿Naval? —dijo en un leve susurro seductor—. No digamos o hagamos cosas de las cuales nos arrepentiremos después...

—Déjame... —Reed cambió al ver su expresión dura y fría; era otra vez la reina del hielo.

—No me mires como el enemigo... Yo no lo soy. —Se acercó a ella tratando de tocarle.

—Quítame las manos de encima —le advirtió ella—. Solo te usé... Quería a alguien en mi cama y tú fuiste la mejor opción. Trent es muy joven, Sansón es como mi padre y Creed no está aquí... Le rogué venir pero rehusó...

—¡Naval! —le advirtió, abriendo y cerrando las manos.

—Sí, Cam... Solo encontrarás en mí desprecio y asco... —espetó enfurecida.

—¡Tranquila! No desperdiciaré mi tiempo y mi libido con una chiquilla lívida y reacia como tú... Solo se tropieza una vez con la misma piedra... —sentenció arrastrando las palabras para mayor escarnio, pero Naval no tenía ánimos para competir con ese hombre.

Sin palabras para defenderse, ese hombre había acabado con todas sus defensas y destruido sus muros en un solo chasquido, así que levantó la barbilla mostrándose indiferente, tratando de demostrar que no le dolió ese comentario duro.

—¿Acaso te comió la lengua alguno de tus amantes? ¿O ellos también piensan que eres demasiado frígida para ellos? —En un arranque de locura, Naval levantó la mano, pero Reed asió su muñeca, haciéndole daño al tratar de liberarse de su agarre.

Él la miró, tratando de ocultar su sonrisa; ya sabía la verdad pero quería jugar, quería saber que Naval era capaz de amar; notó su expresión dura y su mirada, que era un mal presagio para su salud mental.

—¡Maldito! Te odio... —Sacudió la cabeza, pero él no la dejó ir fácilmente, la tomó de la cintura, pegándola a su cuerpo, haciéndola aguantar la respiración.

—Veo que ya no piensas lo mismo...

—Simplemente evito hacerlo...

—¿Hacer qué? —Sonrió con sorna.

—¡Maldito!... Arrogante... Descarado, desgraciado...

—Deja de ponerme tan hermosos calificativos, porque lo que pienso hacer contigo es aún más entretenido que ponerme absurdos nombrecitos despectivos. —La atrapó con sus brazos y aplastó su boca con un beso apasionado y devastador; sin dejarla ir sujetó sus cabellos apretando su cuerpo contra el suyo.

Naval trató de oponer resistencia a sus besos golpeándole, pero era imposible; sin poder más, levantó los brazos y abrazó los hombros de Cam, enredando sus dedos sobre sus cabellos.

Sin poder más, se separó de ella por unos minutos, pero no soltó su agarre; la tenía envuelta entre sus brazos, no le permitiría escapar, no lo volvería a hacer.

—¿Qué dices ahora? —preguntó Reed besando su frente con dulzura—. Estoy celoso de Sansón, celoso de Creed, incluso celoso del bobo de Trent, celoso de todo aquel que te mire, y más aún si se atreven a tocarte —Tragó saliva intentando no arrepentirse de soltar y desahogar sus sentimientos—. Te entregaste a mí y serás mía... Eres mía, siempre mía.

—¿Qué dijiste? —Levantó la vista, observándole con asombro.

—Nada. —Sus cejas negras como el ébano, se enarcaron en un gesto

elegante, disimulando no haber dicho eso en voz alta.

—Repítelo si eres hombre... ¿O acaso no lo eres? —Quiso sonar fría, aunque una sonrisa trataba de aparecer en la comisura de sus labios; no podían evitarlo, ambos se deseaban intensamente, pero eran demasiado testarudos como para aceptarlo.

—¡Oh! Por Dios, no trates de probar nuevamente mi virilidad y masculinidad, Naval —Se aferró a ella nuevamente, besándola con pasión—. Estás matándome lentamente, jamás deseé a una mujer como te deseo a ti, te necesito, me vuelves otro; antes tenía control, pero desde que te conocí, no sé si podré controlarme tanto, si estás a mi lado provocándome.

De la nada sintió cómo Naval se tensaba entre sus brazos, poniéndose pálida y fría nuevamente. «¿Había cometido un error acaso?».

—Naval... ¿Estás bien?

Había recordado por qué lo hacía.

—Si en verdad me quieres... Como dices, vete, vete de aquí... Aléjate y no regreses más a la residencia —le pidió con ojos suplicantes.

—¿Por qué quieres que lo haga? —pidió una respuesta sin soltarla.

—Solo aléjate de mí... Yo no siento lo mismo por ti, Cam.

—Sé que mientes... Sé que tratas de cuidarme; si no fuese así no le hubieses pedido ayuda a Trent para ayudarme a recuperarme de ese ataque en el club; sabías bien que Sansón y tu padre me hubiesen matado por lo que pasó.

—Tú no entiendes —Se alejó de él bruscamente—. ¡NO SABES NADA!

—Naval... por favor... ¿Por qué? —Por lo visto, no era tan hábil con las palabras como lo era con las manos.

—Vete al infierno y déjame en paz. —Se giró sobre sus talones, pero Reed le cerró el paso obligándole a verle.

—No te dejaré salir de aquí sin que me des una maldita explicación... ¿Eres la reina de hielo acaso, fría y luego tan apasionante?, pues no me arrepiento, me provocas... Estás volviéndome loco —gritó Cam, tratando de no arrancarse los cabellos de desesperación—. ¿Qué quieres de mí, Naval? —

suplicó mirándola a los ojos con ternura.

—Quiero que te alejes de mí, que te marches, que me dejes sola, olvídate... olvídanos, solo ¡VETE! —Se abrió paso, pero en un arranque de furia, Reed le asió el codo, obligándole a parar.

—¿Alejarme? Puede ser... ¿Marcharme? Lo dudo por un segundo, pero ¿olvidarte?, jamás. Jamás olvidaré cómo tus manos se aferraban a las mías cuando te hacía el amor; no olvidaré el dolor convertido en pasión y placer... No olvidaré cómo arañabas mi espalda cuando te llevé a la cima del éxtasis, pero aún mejor, Naval... No olvidaré tus palabras, tus gemidos, cómo pronunciabas mi nombre y gemías que me amabas. Sé que me amas... Tú me amas pero tienes miedo de decírmelo, porque eres una maldita cobarde, temes sentirlo, pues yo no soy Creed, no soy Xavier, y mucho menos tu padre...

Naval no dudó en sonrojarse, sus mejillas ardían, quizás de vergüenza, quizás por obligarla a recordar aquellas imágenes eróticas, el recorrido de besos que dejaba sobre su piel o por recordarle que había recibido demasiados golpes en su vida, decepcionándola y aislándola, pero Cam no sabía y nunca sabría el verdadero motivo.

—Por favor —suplicó Naval entre sollozos—. No me dañes más, Cameron... —Sus ojos estaban atormentados, además del brillo de lágrimas que surcaba sus mejillas—. Vete de aquí... Vete, sal de mi vida, de esta vida.

Reed se vio obligado a soltarla, no llegaría a nada en esa conversación absurda; ella no deseaba confiar en él y él no daría más de lo que estaba dispuesto a darle, tenía un límite y estaba excediéndose.

—¡Naval!... —Cerró los ojos, no tenía el valor para dejarla ir, así que la soltó con los dientes apretados—. Lo siento... No lo haré... —Hizo una pausa—. No me iré y, si quieres apostar... Hazlo, pero no me iré de aquí —sentenció él dejando la habitación y cerrando la puerta tras de sí; la dejaría sola si eso ella deseaba tanto.

Naval era demasiado testaruda para decirle la verdad, y todo se reducía a una sola palabra: Xavier. Él la había coaccionado para que reaccionara y se comportara de esa manera, pero con qué podría amenazarla para temer de esa manera; la respuesta se había ido hacia minutos dejándola sola y cerrando la puerta tras de sí, cerrando cualquier otra oportunidad de poder continuar con lo que fuera que estaban haciendo.

Quedándose de pie en su habitación, solo necesitaba dejarlo ir, ella podría dejarlo ir, pero le amaría; no deseaba que saliese herido, lo amaba demasiado como para dejar que muriera en manos de aquel hombre que solo deseaba destruirla por una obsesión enfermiza.

Reed caminó por los pasillos, llevándose una de las manos hacia la boca; había visto la habitación hecha un desastre, en un claro indicio de que estaba tratando de liberarse de algo, pero no confiaba en él lo suficiente como para decirle la verdad; solo le había pedido, más bien suplicado, que se alejara de ella, pero también que no la dañase más. «¿Acaso tenerla entre sus brazos, estrecharla y desearla era dañarle?».

Todo tomaba un giro inesperado, nada parecía real para ambos; sin embargo, Reed tenía que mantenerse alejado por el bienestar mental de Naval y también el suyo, aunque su deseo era más poderoso; debía aprender a controlar sus emociones, pues conocer a Naval lo había sacado de su burbuja de protección; con ella no había apariencias, con ella no había palabras indicadas, ni monosílabos, con ella era todo real, todo fuera de límites.

Cuando estaba en la cama, como en muchas ocasiones, con ella las palabras abundaban, pero las dañinas eran las que provocaban que Naval se alejara de él como si su contacto quemara; tratando de crear una excusa a su comportamiento, dedujo que era caprichosa.

—¡Caprichosa!... Eres una caprichosa... Una niña que solo quiere lujos caros y autos último modelo para enrostrárselo a los demás... Debería quitarse el bate de béisbol, así caminaría normal sin que tratase de verse con problemas en la espina dorsal —se repitió a sí mismo tantas veces que no pudo recordar cómo llegó a su habitación, llegando a una sola conclusión: obtendría las pruebas y se largaría de allí lo más rápido posible.

Nolan aún estaba en el hospital, tenía que recuperarse, aunque la posibilidad de un bypass coronario era la única alternativa de supervivencia, y él necesitaba sobrevivir por ella, por aquella mujer que amó y por ese fruto que jamás estrechó entre sus brazos y se lo arrebataron sin piedad.

Madeleine estaba despierta, sujetando con fuerza la balastrada con todas sus fuerzas; tener que casarse con un hombre que no amaba y que le proporcionaba un tremendo asco era totalmente repulsivo; ella deseaba a Cameron, de la misma manera que Naval lo hacía, pero sin embargo, Naval

despreciaba ese amor, no quería salir herida, su corazón ya no resistiría nada más.

Nicolay estaba absorto en su despacho, con la puerta cerrada, los ruidos del exterior no le importaban, pero lo que llamaba su atención eran las fotografías de Naval en su niñez; sonrió al verla, era tan idéntica a él, aquel hombre que le arrebató a su esposa y la oportunidad de tener una vida gloriosa y no ese infierno en el que se había convertido su existencia. Ese traidor le obligó a convertirse en lo que era, un cínico y sin corazón. Tomó entre sus manos la única foto de Dayanne y la carta que le escribió su amante; aun muerta le seguía haciendo daño, pero también él seguía haciéndole daño a su exmujer, no le dejaba descansar en paz. Mientras su hija no supiera la verdad, él había ganado la partida y Dayanne solo se retorcería en su tumba pagando el precio a su traición, un precio demasiado bajo aún para Nicolay.

Iona estaba observando por su ventana la luz encendida del despacho de Nicolay; estaba cometiendo un error, volverse a casar con una mujer que tampoco le amaba; había cometido el mismo error con Dayanne y lo volvía a cometer: casarse con mujeres que solo se fijaban en su dinero. Pero su exmujer lo amó en su momento, solo que conoció al hombre que la hizo sentir completa y no le hizo sentir como un accesorio al que lucir; todo se volvía a repetir, pero esta vez Naval sería quien saldría perdiendo.

Abrió la puerta de su habitación, salió tan rápido que nadie podía detenerla; caminó a grandes zancadas por la casa y fue al salón donde el bar, muy bien abastecido, le abría las manos para que pudiera consolarse. Tomó unas cuantas botellas de whisky y regresó a su habitación, cerró la puerta con seguro y encendió lo único que no había lanzado, su querido estéreo, que retumbó con Lecrae-I'll Find You ft. Tori Kelly. Era normal escuchar música tan fuerte en la residencia, que ya no les llamaba la atención a los demás integrantes del equipo de seguridad de la familia Kapot, tan solo volvían el rostro y miraban la ventana. Naval estaba perdiendo el poco control que le quedaba, y todo por la próxima boda de su padre.

—¡Maldición! —bramaron Sansón y Trent; sabían perfectamente lo que pasaba cuando Naval encendía su equipo de sonido a todo volumen: quería esconderse tras la música, el alcohol, y quizás los cigarrillos.

Destapando una de las botellas comenzó a beber del pico, mientras la música fluía y le rodeaba; sentándose en su otomana, encendió un cigarrillo

mirando a través del humo la ventana, iba a ser una larga noche.

Dándole una gran calada a su cigarrillo, expulsando el humo por la nariz, seguido de un largo trago de whisky, era la única forma de poder mantenerse en pie, ya que no le quedaba más por qué vivir; se quedó sentada por horas contemplando la vista que le daba su balcón, mientras en una mano traía el whisky y en la otra el cigarrillo.

Pasó una semana entre música intensa, alcohol, cigarrillos y fiestas descontroladas, solo para ver a Cameron abrirle la puerta del auto y comportarse como un guardaespaldas profesional y con un saludo muy cordial cada vez que la veía.

—Señorita Kapot. —Asintiendo con la cabeza de manera arrogante, sin una sonrisa, sin una pequeña curva de esos labios que tanto Naval anhelaba besar; aquellos dedos que apretaban el volante deseaba que la acariciaran, como solían hacerlo una semana atrás; su cuerpo erguido, sin un atisbo de duda al verla, era tan distante que a Naval solo le causaba furia, frustración, temor y dolor.

Él jamás se iría, eso era muy claro. No podía aguantar sus miradas distantes y frías, no podía aguantar estar tan cerca de él y que no la tocara; pensó en un momento que él, al verla salir, beber y bailar desenfrenadamente haría que se pusiese rojo y muerto de celos, frustrado o que le dijese algo, tan solo una palabra para confirmarle a Naval que él aún la deseaba, que aún sentía algo por ella, pero se equivocó, él solo se mostró distante, él jamás le amó, solo la usó para poder desahogar sus necesidades.

Para la siguiente semana, al ver que sus planes no salieron como esperaba, se encerró en su habitación bebiendo y fumando hasta que su estómago se lo permitió. Iona no podía hacer nada, ya que Naval se rehusaba a obedecerle, y Nicolay estaba demasiado ocupado en los preparativos de su boda.

Para la cuarta semana, su rutina seguía igual, hasta que la puerta de su habitación se abrió. Naval supuso que era su nana dispuesta a hacerla reflexionar sobre sus últimas locuras y berrinches, pero se equivocó.

—Iona... Puedes irte —murmuró intentando no erguirse, pero al no escuchar una respuesta, se incorporó notando entre la oscuridad de su habitación una sombra esbelta.

Su visión estaba borrosa, se restregó los ojos intentado ver, pero una mano

delgada asió su brazo con tal fuerza que clavó las uñas largas en su piel, era Madeleine.

—Ni creas por un maldito segundo que con tu comportamiento extraño de fiestas, drogas y luego música elevada por las noches, y botellas correr por el balcón, hará que tu padre venga a verte.

—¡Suéltame! —bramó Naval; estaba demasiado descompuesta como para luchar contra esa víbora, con bolsa bajo los ojos, labios secos, pálida y un poco delgada.

—Crees que no conozco tus tretas de drogadicta... Veo que no me conoces... —espetó la rubia.

—Exacto, Madeleine... No te conocemos, pero ten por seguro que no ocuparás su lugar.

—No me vengas con esa mierda de que no ocuparé su lugar, en dos días seré la nueva señora Kapot, y ni tú ni tu madre muerta podrán hacer nada —rugió imponiéndose ante una débil Naval, y soltándola, giró sobre sus talones lista para salir.

—Haz lo que te venga en gana, nunca serás ella —le dijo al verla alejarse, pero Madeleine se detuvo, volviéndose hacia ella.

—En eso tienes razón... Jamás seré ella... Nunca engañaría a tu padre con otro, no sería capaz de verle la cara...

—¡Cállate, maldita! —bramó, levantándose de la cama y caminando a grandes zancadas hacia ella; un sudor frío cubrió su frente, se sentía débil y muy mal—. Cállate, antes de que te haga tragar tus propias mentiras...

—¡Oh! —dijo con fingida preocupación y admiración—. ¿No lo sabías? ¿Cierto? Ellos estaban separados porque tu madre fue una furcia barata que no resistió mantener las piernas cerradas, así como tú. —Madeleine no lo vio venir, pero una bofetada le hizo volver el rostro; Naval levantó la mano otra vez volviéndole a golpear de manera repetida, pero Madeleine tan solo curvó sus labios en una sonrisa despectiva; limpiándose con la mano la comisura de la boca ante los hilos de sangre, le lanzó una mirada furiosa pero llena de regocijo, había plantado en ella la duda y solo debía esperar a que esta la carcomiera por dentro.

—¡Lárgate! —repitió. La novia retrocedió saliendo de la habitación y

cerrando la puerta detrás de sí con un gran golpe haciendo retumbar las paredes, pero también dejando temblorosa y vulnerable a Naval.

Cubrió su boca ante la punzada de dolor que cubrió la boca de su estómago; las rebotantes lágrimas surcaron sus mejillas y, sin poder más, corrió hacia el baño vomitando todo lo del día, quedando abrazada al retrete; estaba de mal en peor.

—Debo ir al médico —sentenció, volviendo a vomitar.

CAPÍTULO 22

REGRESIVA

34 HORAS PARA LA BODA

El Sol la despertó, aunque grandes círculos morados debajo de sus ojos le decía lo mal que había pasado la noche, en corridas al baño y ganas intensas de golpear algo o a alguien, aunque los mareos vespertinos la obligaban a tomarse con calma el erguirse en la cama y poder levantarse.

Todos en la residencia sabían que necesitaría más que tiempo para calmar la ira interna que traía, pero la única que se enfrentaba a todo era Iona, ya que era la única de la casa que no se llevaba jarrones por la cabeza, patadas y peleas a puños. Naval estaba fuera de control, respetaba demasiado a Iona como para desobedecerle o hacerle algo para dañarla, era como la madre o abuela que le arrebataron por ser una Kapot.

La puerta se abrió, sabía perfectamente que era ella, entró con una bandeja en mano, trayéndole tostadas, café, jugo de naranja y huevos con tocino.

—Buenos días, preciosa. —El olor de la comida y el café hizo que el estómago se le revolviera, el apetito se le había ido por algunos días.

—Iona... No tengo hambre... —Hizo un gesto de asco al ver la bandeja llena de comida al incorporarse y saludar a su nana.

—Un «buenos días» creo que es lo mejor para empezar el día. —Sonrió con dulzura.

—No me encuentro demasiado bien... —dijo Naval llevándose ambas manos hacia la cabeza.

—La emoción, por lo visto...

—¿Emoción? —replicó levantando la mirada; estaba llena de odio, odio a su padre, a su madre por morir joven, y a ella misma por no saber cómo

impedir esa maldita boda.

—Cómo sentir emoción, cuando esa zorra ocupará su lugar... Solo quedan 34 malditas horas para que sea la señora de la casa.

—¿Qué te dije sobre ese vocabulario? —le advirtió.

—Bueno... Esa meretriz barata, que solo cobra monedas para dar placer, aunque no entiendo quién podría pagarle a esa cara de rana... por dar un poco de sexo oral... Yo no le pagaría nada...

—¿¡Naval!?! —chilló Iona,

Ella sonrió ante el llamado de atención tan vano de su nana, aunque no sabía explicar los repentinos cambios de humor que había tenido; primero quería golpear, gritar, maldecir a lo que a su vez lo llamó cierta frustración por ser quién era, por vivir como lo hacía y tener que lidiar con una familia que ella ni siquiera sabía quiénes eran en verdad, pero luego venía la melancolía y las ganas desesperantes de llorar y llorar, y eso ponía más histérica a Naval.

—No grites, por favor... —Se llevó una mano hacia la cabeza—. No estoy sorda... pero ¿por qué ella?... —Se levantó, pero de la nada tuvo que aferrarse con fuerza a la cama; el mundo le daba vueltas, todo estaba moviéndose de manera estrepitosa.

—¡Naval! —chilló la nana acercándose a ella, tratando de sostenerla—. ¡Dios!... Estás pálida... ¿Qué te ha pasado, niña?... Eso es por no comer y dedicarte a beber hasta caer.

—Es solo que me enfurece la boda de mi padre... Es demasiado pronta.

—Pero eso no es excusa para casi caer al suelo... —Ayudándole a sentarse al pie de la cama, tocó su frente con un toque maternal—. Estás con fiebre, niña... Será mejor que llame al doctor...

—¡NO! Estaré bien... Solo necesito una ducha y nada más.

—No, señorita... Quizás es un resfrío y eso no es nuevo, así que quédate en cama; además, tu papel en la boda es tan ridículo e innecesario que Madeleine obtendrá toda la atención; además, por segunda vez, tus tíos asistirán a la boda y también lo hará Creed. —Le acomodó una almohadas, arropándola como a una niña pequeña.

—Tienes razón... Será mejor que me quede en cama... No quiero enfermarme más. —Se recostó, poniendo la cabeza en la comodidad de la almohada.

—Además... Cuando venga Creed puede subir y verte... Sabes bien que él te quiere mucho.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, extrañaba esa faceta de su vida, donde Creed solucionaba todo; él la comprendía, la ayudaba y, sobre todo, la tranquilizaba.

—¿Iona?

—Sí, pequeña. —Se volvió hacia ella, acariciando el rostro de la joven.

—¿Me abrazas? —rogó la joven desecha en sollozos.

Iona frunció el ceño, pero no dudó ni por un segundo en estrecharla entre sus brazos, acunándola como si fuese una niña.

—Mi niña... No sabes cuánto extrañé estos abrazos —Sintió las lágrimas rebosantes caer sobre su pecho, así que solo le quedó abrazarla—. Shhh, mi niña...

—No sé qué me pasa últimamente —expresó la joven entre hipos y sollozos. Naval cerró los ojos, esperando con paciencia que toda esa charada de amor y devoción marital terminara lo antes posible; necesitaba salir de la casa, necesitaba ir a ver a su madre antes de que su vida se convirtiese en más que un infierno.

—Solo relájate y descansa. —Iona depositó un beso tierno en la frente de su niña acurrucándola con delicadeza, retirándose sin hacer el más mínimo comentario acerca de lo que venía o simplemente de lo que veía.

Al sentir la puerta cerrarse con el ligero clic, abrió los ojos y buscó su reloj; eran casi las once de la mañana, y deshaciéndose de las sábanas, se irguió levantándose. Buscó unas zapatillas y una sudadera, sabía muy bien lo que tenía que hacer. «Paso número uno: que Cam fuese despedido; paso número dos: que la boda fuese suspendida y todo en un solo movimiento».

—Madeleine, creo que después de todo no tendrás boda... No después de lo que mencionaste de mi madre —espetó para ella misma.

La idea de que su madre le fuese infiel a su padre causó una duda muy razonable ante la conducta fría y distante de Nicolay a través de los años.

—¿Y si tiene razón? —Dudó, lloró, pensó, intentó razonar y pensar con la cabeza fría, pero todo concordaba con las palabras de Xavier; era posible, todo era posible.

Con pantalones deportivos, una sudadera y zapatillas, tomó dinero de su billetera poniéndoselo al bolsillo; tomó las llaves de su motocicleta y abrió la puerta con el máximo de los cuidados; sacó la cabeza por la abertura de la puerta y se cercioró de que nadie estaba en el pasillo; caminó hacia el barandal, no había nadie en los salones, eso quería decir que Nicolay no estaba en casa, y sonrió ante su deducción más que obvia.

Corrió escaleras abajo, saliendo por la puerta de la cocina y de servicio, que daba directamente hacia donde seguro Trent y Cam habían aparcado su motocicleta; entonces la vio, con su Kawasaki Ninja ZX-11/ZZ-R1100 color negro; sonrió al verla, abrió la pequeña puerta sin llamar la atención y corrió solo para montarse en ella. Se puso sus audífonos mientras la canción de The Glitch Mob—Carry The Sun comenzó a sonar tan fuerte como podía. Poniéndose el casco, encendió el motor haciéndole rugir y que los demás notaran su presencia, y aceleró dejando atrás solo grava y polvo.

Trent corrió hacia la dirección al sentir el rugir particular de esa motocicleta.

—¡NAVAL! —gritó, pero era tarde, tuvo que cubrirse el rostro y retroceder ante el polvo y piedras que volaban ante la potencia de la moto—. ¡NAVAL! ¡NOO! —gritó Trent llevándose ambas manos sobre la nuca; estaba perdido, y eso era lo que Nicolay advirtió: que impidieran que ella desapareciera antes de la boda.

Naval no escuchaba ante el volumen elevado de sus audífonos, no escuchaba ni los truenos que comenzaban a vibrar más allá de las colinas, iba a haber una tormenta muy pronto. Entonces vio el auto de su padre y de los de su equipo de seguridad, de seguro habían llegado de los últimos preparativos de la boda; haciéndole rugir nuevamente, aceleró rebasando a los autos y aprovechando que la puerta estaba abierta, logrando su liberación. Era libre y ni Nicolay ni su equipo pudieron detenerla, era la primera vez en años que salía sin que alguien cubriera su espalda, aunque el día que conoció a Cam estuvo sola, ya que era el club de su padre.

Condujo tan rápido que se olvidó de que estaba alejándose lo más posible

de su casa; no quería regresar, Cam estaba demasiado metido en su corazón y en su mente, y no dejaría que nadie la volviera a dañar, pero era demasiado tarde. «¿Cómo deshacerse de ese sentimiento?», se interrogó ella misma, pero también tenía dudas sobre su parentesco con Nicolay, una duda que Madeleine había clavado muy profundamente en su mente, así que aceleró aún más.

El aire rebotaba en el casco, haciéndole sentir tan fuerte y libre, que no había nadie que pudiese obligarla a regresar; la velocidad era parte de su vida, así que no le temía, y menos con esa sensación de euforia. Una leve llovizna comenzó a mojar la autopista, así que aceleró, haciendo rugir nuevamente el motor; estaría en el lugar donde nadie la buscaría: el cementerio, y de allí hacia cualquier lado, menos a la residencia.

Reed estaba terminando de hacer pesas, cuando de la nada, Trent entró corriendo al gimnasio alertándoles sobre la huida de Naval.

—Cam... Cam... Debes ir tras ella, Naval acaba de salir en su motocicleta como una demente; no dijo nada, solo salió... Está sin escolta —dijo entrecortadamente, ante la falta de aire por correr—. Su padre está furioso...

—¡Maldición! —maldijo por lo alto, había dado un golpe bajo, justo en el momento exacto, justo delante de las narices de Nicolay, y eso solo ameritaba una cosa: su despido de la casa Kapot, y con ello, solo quedaría el fallido intento de obtener pruebas contra la familia Kapot; todo se había ido al garete por culpa de esa niña caprichosa—. ¿Quién le dejó salir?

—Estaban abiertas, Nicolay y Madeleine habían entrado minutos antes.

Cam soltó una retahíla de juramentos de lo más furiosos; corrió hacia la salida, Naval se había ido de casa, había salido de la residencia sin escolta.

—¡Carajo! —Tomó las llaves de la motocicleta de Trent y salió corriendo, montándose en la moto; arrancó tan rápido como pudo, debía alcanzarla, tenía que hacerlo.

Había corrido tan solo unos cuantos kilómetros cuando vio por el espejo retrovisor de la izquierda a un Cadillac Escalade negro acercándose sigilosamente a ella; Naval volvió el rostro, haciéndose a un lado pero aceleró más, percatándose de que el auto también había acelerado.

—¡Carajo! —bramó ella, inclinando la moto pasando una de las curvas y

acelerando hacia la pendiente del camino; estaba en problemas, muchos problemas. Volvió nuevamente mirando el auto, notando que sus lunas eran polarizadas; entonces, al volver la vista hacia la autopista, notó la matrícula: Queen; esa no era una matrícula muy particular, hasta que recordó que el Aston Martin de Xavier era Queen. Estaban siguiéndole, el pánico comenzó a apropiarse de ella y trató de salir de la visión del tipo que estaba detrás del volante, pero era imposible, estaba a su lado y trataba de rebasarla.

El claxon sonaba desesperadamente, y al estar bajo la presión de una persecución absurda, le hizo perder el control de sí misma, estando casi al borde de perder el control de la moto.

En un movimiento, el auto quiso quitarla del camino, pero Naval hizo un movimiento ante la nueva curva de la autopista, librándose de ser embestida.

—¡Idiota!... ¿Tratas de matarme? —vociferó—. Qué pregunta tan estúpida... Claro que trata de matarme —se respondió ella sola, acelerando aún más.

En ese momento, la ventanilla del copiloto se abrió lentamente, pero ella no tuvo tiempo de fijarse en el conductor; su vista se fijó en una CZ SP-01, esa era una pistola diseñada para abarcar todos los objetivos posibles; estaba apuntándole a la espalda, estaba en graves líos en ese momento, había cavado su propia tumba y no había nadie que pudiera salvarla de ese apuro.

—¡Cariño! Creo que saliste en el momento equivocado... —No escuchó la voz, pero pudo saber cuáles eran sus intenciones; en ese momento, un sudor frío cubrió por completo su frente. No tenía opciones, no sobreviviría a ese atentado; aunque si diera la vuelta, no le daría la oportunidad de poder ir hasta la residencia, y le dispararía de tan solo tenerla en esa posición.

—Anda y jódete, capullo. —Aceleró, pero era tarde; el auto ya estaba a segundos de rebasarla y dispararle, pero una explosión hizo que auto perdiera el control ante la pérdida de una llanta trasera, además del disparo fallido que solo raspó el costado de Naval; pero no fue por eso que perdió el control de la moto, el auto embistió a Naval expulsándola hacia la acera de grava y la vegetación de esa colina pequeña, haciéndola rodar cuesta abajo.

Intentó sujetarse de algo pero le fue imposible, la moto cayó de la nada en un impulso sobre ella, salvándose de milagro de que la aplastara; hizo el intento de sujetarse de la vegetación, pero le fue imposible, hasta que el

propio destino la ayudó a no morir, ya que paró en seco antes de que su rostro pegara por completo en una enorme roca, que de seguro hubiese remplazado su cráneo con mucho gusto.

Con las manos sobre su rostro, Naval se detuvo en seco; temblorosa, abrió los ojos como platos admirando la roca que destrozaría su cráneo; tragó saliva, quedándose tan quieta como si se tratara de un animal venenoso delante de ella.

Reed había llegado en el momento justo cuando el arma había salido de la ventanilla apuntándole; observó a la distancia la moto y cómo el auto intentaba sacarla de la carretera; así que aceleró, deslizó su arma de la parte trasera de su pantalón, y no tuvo más opción que disparar a las llantas traseras del Cadillac Escalade negro; en su intromisión, en vez de ayudar a Naval, la lanzó de lleno cuesta abajo, seguido de un disparo que no sabía si le había llegado a tocar.

El auto se remolcó ante los disparos; Reed, al ver el accidente, saltó de su motocicleta, apuntando con el arma hacia su objetivo, pero antes de que pudiera hacer un movimiento, sintió los disparos provenientes de una camioneta blanca que venía atrás a toda velocidad. Ocultándose detrás del auto remolcado, no tuvo más opción que resguardarse de los disparos, sin más que observar cómo tomaban a su compañero herido, subiéndole a la camioneta, para desaparecer de su campo de visión lo más rápido que pudieron.

Juró por lo bajo al perder al sospechoso de intento de homicidio.

—¡Maldición! ¡Carajo! —gritó al verlos alejarse, se levantó y corrió pendiente abajo, lanzándose cuesta abajo; entonces la vio, quieta ante la piedra; al verla así, tragó saliva, mientras que ideas venían a su cabeza: el disparo le había dado, o la piedra golpeado.

Naval sintió el leve cosquilleo de su costado, temía ver, pero de seguro ante el calor proveniente de allí, una bala o rama se había incrustado en su costado, se había salvado de milagro. Tomando valor estaba lista para moverse, pero unas manos fuertes la levantaron de un solo movimiento; entonces vio sus ojos, aquellos ojos azules que le cautivaron, pero estaban oscuros, sus cejas arqueadas, casi juntas y sus labios rectos.

—¿En qué carajo pensabas? —Le quitó el casco, viéndole un pequeño

raspón en la mejilla, las hojas y ramas secas en su ropa, además del lodo por la llovizna; con un escrutinio aterrador la examinó, notando que parte de su sudadera tenía una línea fina de sangre; levantó la sudadera con brusquedad notando el roce de la bala, pero nada grave, nada que alcohol y una venda no curaran.

—No deberías decir... ¿Naval, te encuentras bien? Esa piedra no reemplazó tu cara... —Quitó la mano de Cam de su sudadera; su tono sarcástico lo enfureció aún más, evitando soltarla; ella se retorció en sus brazos tratando de salir de su contacto.

—Suéltame... Me haces daño...

—Más daño te iba a causar ese loco, casi te mata... —La sacudió tratando de hacerla entrar en razón, pero con Naval Kapot jamás se sabía—. Vamos, estate quieta... Ya basta —gritó—. Casi haces que te maten por tus estúpidos juegucitos y tretas...

—No jodas... —bramó ella.

—Crees que con ese estúpido intento suicida ibas a sacarme de la residencia... —Curvó sus labios en una sonrisa sardónica—. Bien pensado... pero te equivocaste... ¡Idiota! ¡MADURA, CARAJO!

Pero no se lo pondría fácil, Naval ansiaba lo que otros tenían, libertad, poder hacer lo que ella quisiera sin que alguien tratase de matarle por la espalda, tener amigos sin que ellos se vieran amenazados o tentados por la fortuna Kapot; crecer, necesitaba crecer, florecer y respirar, algo que jamás aprendió por sí misma. Un trueno retumbó en lo alto, haciendo levantar las miradas de ambos hacia el cielo.

—Andando, Naval... Quiero que pongas tu trasero en esa moto y dejes de comportarte como una niñita chiquita a la que hay que darle una buena tunda para que escarmiente y se deje de tonterías.

—¡NO! —dijo ella ahogada por sus lágrimas.

—¡Maldición! ¡SUBE A LA JODIDA MOTO! —bramó, lanzándole una mirada de enfado.

—No lo haré... Así que lárgate de mi vista.

—Tú lo quisiste —espetó Cam, que sin avisar la levantó sobre su hombro,

cargándola colina arriba, mientras ella chillaba y gritaba, dándole golpes en la espalda—. ¡Basta! —Le dio un buen palmazo en sus nalgas, haciéndole gritar aún más.

—No... Chulito... Ni creas que subiré a esa moto contigo... Preferiría estar muerta. —De un solo tirón la puso sobre el suelo, sujetando sus hombros con más fuerza.

—Hace cinco semanas no dijiste eso... Más bien me pediste que compartiéramos cama... Cariño. —Arrastró las palabras, haciéndolas más seductoras, pero sin quitarles la sátira de ellas; Naval, enfurecida, trató de abofetearle, pero Reed ya conocía sus histéricas reacciones, así que asió sus muñecas con agilidad, dándole una sonrisa irónica.

—Eres... Eres... —Se quedó sin palabras, por primera vez se quedó sin palabras.

—¡Oh! Cielos... No lo creo, Naval Kapot sin palabras... Eso sí que es bueno... Pero esto será mejor. —La besó de una manera desesperada, como si hubiesen pasado décadas, siglos; su boca ansiaba la de ella, ansiaba tocar sus labios, probar su dulce aroma y sabor a frescura y fresas; estaba volviéndose loco por ella, o eso era lo que trataba de hacerle pensar.

Por unos minutos, Naval se resistió, pero luego sujetó la camisa de Reed, y este a su vez la atrajo con fuerza, y evitando que se alejase rodeó su cintura.

—Tienes unos labios tan dulces, seductores... ¿Qué me has hecho, Naval? —La estrechó entre sus brazos, dejando que su varonil barbilla descansara en su cabeza, mientras ese abrazo se hacía eterno.

—Eso mismo digo. —Estaba agitada, como si hubiese corrido miles de kilómetros; sus fosas nasales se expandían en busca de más aire y su corazón palpitaba más de lo normal; Reed pudo notarlo, así que frunció el ceño, eso no era normal.

—¿Te encuentras bien? —Le levantó la barbilla, para poder mirar a sus ojos; entonces al verla, se dio cuenta de que ella cargaba algo que le era imposible decir—. ¿Qué pasa?

—Nada... Es solo que recién el susto ha venido a mi sistema.

—Entonces... ¿A dónde ibas?

—A... Bueno, quería ir por allí... Pasear, no sé... Estar sola.

—No sé qué hubiese hecho si te hubiese pasado algo, Naval... Casi me infarto cuando te vi tratando de quitarte al loco de encima, y al verte caer, juro que mi corazón se detuvo por no sé cuánto tiempo. —Tomó el rostro de la joven entre sus manos, besándola con desesperación, comiéndole la boca en un beso intenso.

—Entonces... Vámonos ahora... —dijo Naval, buscó la mirada de Cam tratando de hacerle entender que no deseaba regresar a la residencia—. Huyamos... Podemos irnos de aquí —logró decir, entre un nudo que se formó en su garganta ante el rostro de Cam y su desconcertado rostro por el pedido; tuvo miedo de su respuesta.

—Naval... ¿De verdad quieres irte? ¿Salir de esa vida? —Tomó sus brazos, deseaba verla al rostro ante esa respuesta.

—Yo jamás pertencí a su mundo, Cameron... Jamás.

Cam no supo si reír o llorar, pero la respuesta de Naval solo hacía infundados los comentarios de Dylan; ella jamás sería igual a su padre, o lo odiaría al obtener pruebas contra él; entonces supo la verdad, podían irse juntos y empezar lejos. Con una sonrisa, subió a la moto y, al verla que estaba parada como una estatua, le dijo:

—¿Qué esperas? Sube... Nos largamos de aquí.

Naval sonrió, pero era tarde, ese pequeño momento de felicidad duraría poco, ya que los autos de la residencia y el auto de su padre estacionaron rodeándoles.

—Ya es tarde...

Cam volvió el rostro y maldijo nuevamente; echó la cabeza hacia atrás, estaba en problemas, ambos estaban en problemas. Nicolay bajó de su auto, erguido, imponente, se alisó el traje de manera tan rápida y elegante, haciendo sus cabellos hacia atrás, era una clara señal de enojo; caminó hacia ellos, mientras los demás inspeccionaban el vehículo.

Caminó hacia su hija y, sin previo aviso, levantó la mano abofeteando a Naval una y otra vez, hasta que trastrabilló hacia atrás. Cam bajó de la moto, intentando acercarse, pero Nicolay lo detuvo, señalándole.

—Ni te atrevas a interferir, porque te llevarás una bala igual que ella —bramó el ruso.

Pero él no hizo caso, iba a acercarse pero Sansón levantó su arma y le apuntó directo en la cabeza; sabía que eran órdenes de Nicolay.

—Cam... Cam —le llamó ella; deseaba que la viese—. Por favor... No interfieras —suplicó; ante su pedido Cam apretó la mandíbula con fuerza, formando puños a sus lados, y solo observó cómo Nicolay gritaba enfurecido.

Naval se puso de pie, irguiéndose y mostrándose altanera con su padre.

—¿Crees que te temo? —rezongó, curvando sus labios en una sonrisa—. No lo hago... Jamás lo hice.

—¡Calla, Calla, Navalenka! Porque juro que...

Pero ella lo interrumpió.

—¿Qué harás? ¿Matarme? ¿Golpearme? Hazlo, porque eso es lo que quiero, que me mates y acabes con mi maldita y desastrosa vida, vida que tú mismo hiciste; me empujaste a manos de Creed, de Xavier y ahora... ¿Dónde estoy? Por qué no puedes ser... Por tan solo un maldito y jodido minuto un padre, un verdadero padre, no un enemigo... —gritó enfurecida.

Nicolay se mordió la lengua, acercándose a grandes zancadas hacia ella; Cam, al verlo de esa manera, intentó protegerla, impedir algo; no le importaba llevarse una bala, pero sintió la mano de Trent en su hombro deteniéndole. Cam le lanzó una mirada amenazadora quitando su mano con brusquedad.

—Sube al auto —urgió su padre; tratando de guardar la compostura, Naval se mordió la lengua y caminó hacia el auto, entrando y cerrando la puerta con fuerza—. Abróchate el jodido cinturón —bramó, solo para observar a sus hombres y tratar de decir algo, pero no lo hizo, solo giró sobre sus talones, rodeó su auto y tomó su lugar tras el volante, encendiendo el motor y dirigiéndose nuevamente hacia la residencia.

Cam cerró los ojos, pero entonces no pudo más y enfrentó a Sansón.

—¿Por qué no haces nada? —bramó.

—¿Hacer qué?... Según tú... ¿Qué?...

—Evitar que la golpeará...

—Tiene suerte... Tiene suerte de que solo la golpee y no la mate...

Reed intuyó que se refería a Dayanne Gibbins, la esposa y madre de Naval; entonces él le había matado, tragó saliva y volvió a su moto, yendo detrás del auto, seguido de los demás del equipo de seguridad.

Naval se llevó una mano hacia su costado, sentía el leve cosquilleo y ardor, carraspeó ante la garganta seca y siguió mirando por la ventanilla y el retrovisor de al lado viendo a Cam seguirlos.

—No creas por un segundo que cancelaré mi boda con Madeleine por esto...

—Y yo creo que no me interesa... —contestó sin dejar de mirar a Cam.

—También me dijo que tú y... Cameron... Son más que amigos... ¿Desde cuándo? —preguntó sin dejar de mirar hacia la autopista.

—Creo que Madeleine debe dejar de meterse en mis cosas...

—Responde a la pregunta...

—Somos amantes... Sí, lo admito, tengo sexo con él todas las noches... Justo cinco semanas exactas.

—¡Maldición, Naval! —rugió su padre dando un golpe al volante, acto que hizo dar un respingo ante el acto violento de su padre.

—¿Qué?... ¿Qué esperabas? —Hizo una pausa—. No tengo a nadie... Solo una madre muerta, un padre ausente, equipo de seguridad a mi alrededor, es lo único que pude conseguir...

—Supongo que estarás tomando medidas con él... ¿Cierto?

Naval curvó sus labios en una sonrisa sin nada de humor, negando con la cabeza.

—Sí.

—¿Le amas?... —preguntó.

—Creo que estás confundido, papá. —Arrastró las palabras.

—Solo lo hiciste para hacerme enojar, ¿verdad?

—Sí... Tú tienes a tu secretaria, que parece mi hermana, y yo tengo a Cam, el guardaespaldas.

—Naval... Por favor...

—¿Por favor, qué?

—No juegues con el muchacho... No es justo, él te quiere, su mirada al verte caer por mis golpes lo dice todo... No juegues con su corazón...

Naval, al escuchar esa confesión, supo y se sintió más segura ante el cariño de Cam; ella lo amaba, pero temía que lo lastimaran, temía por su vida.

—Entonces despídelo...

—¿QUÉ? —Volvió el rostro para verla—. ¿Que lo despida?

—Sí... Haz que se largue... —le pidió, pero su padre no dijo más, dando por terminada esa conversación que no les llevaría a nada.

Estacionó el auto a la entrada de la casa, pero antes de dejarle salir le advirtió.

—No salgas de tu habitación, Naval —ordenó Nicolay.

Ella se quitó el cinturón de seguridad, bajó del auto y, antes de cerrar la puerta, se inclinó y le dio una respuesta a su padre.

—Jamás te diste cuenta, pero yo jamás salgo de mi habitación... Jamás lo hago. —Cerró con fuerza la puerta, subiendo las gradas del porche.

Cam estacionó su moto y corrió hacia la puerta de servicio, entró tan rápido que nadie pudo percatarse de su ingreso a la casa grande; subió a grandes zancadas hasta la habitación de Naval, quien estaba de pie frente a la puerta, con los brazos cruzados sobre su pecho y una sonrisa en sus labios; cuando Cam abrió la puerta y entró cerrando de tras de sí, ella recién habló.

—Creo... O te tardaste mucho...

—Una eternidad —respondió él corriendo hacia ella y besándola con desesperación. Naval levantó las piernas rodeándole la cintura estrecha de aquel ardiente amante, retrocediendo hasta chocar con la cama; se deshicieron de la ropa arrancándose tan rápido como les fue permitido, mientras sus labios y manos no dejaban de tocarse.

—¿Cerraste la puerta con seguro? —preguntó Naval.

—Al carajo la puerta... —Siguió besándola mientras sus sonrisas se mezclaban, sus gemidos florecían de sus gargantas, e hicieron el amor tantas

veces que perdieron la cuenta.

Despertó ante la sensación de unos cálidos besos sobre su espalda desnuda, sonrió ante la intromisión, girando lentamente y encontrándose con los ojos azules de Cam. Le retiró el cabello del rostro con toda la delicadeza posible, besándola con pasión.

—Buenas noches —dijo; habían pasado toda la tarde haciendo el amor.

—Por un momento pensé que ya había amanecido.

—No... Todavía. —Siguió besando con delicadeza la espalda de su joven amante.

—¿Cam? —preguntó ella.

—Sí... —Trazó su rostro con sus dedos expertos.

—¿Qué es lo que más deseas en esta vida? —le preguntó acomodándose entre sus brazos.

Cam lanzó un suspiro; por un momento dudó en responder, temía decir algo que hiciera que Naval se alejara, como siempre lo hacía.

—Bueno... —Hizo una pausa intentando buscar las palabras adecuadas—. Yo, en realidad, busco un lugar... Busco a una mujer que me ame, me respete, me acepte, sin miedo a su rechazo por lo que soy y lo que hago, que sea la madre de mis hijos. —Posó sus labios sobre la frente cálida de la joven.

—¿Nunca has deseado tener fortuna, éxito?

—Sí, pero todo cambió desde que te encontré a ti; me diste la libertad y la redención, además de hacerme pecar, pequeña muñeca rusa... —La estrechó aún más entre sus brazos, volvió el rostro mirando hacia la ventana y la oscuridad que azotaba las afueras de la residencia—. Estamos atrapados aquí... —Sonrió acariciando parte de su rostro—. Sobre irnos...

Por un momento pensó que él se había arrepentido, pero era todo lo contrario.

—¿Qué pasa con ello? —Tragó saliva.

—Podemos irnos en cuanto la boda empiece, así tendremos tiempo de poder escapar y que no nos encuentren...

—Está bien... —Asintió con la cabeza; de la nada se levantó de la cama,

sin miedo a mostrar su desnudez, pero Cam tan solo sonrió, deseando desviar la mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó Naval al verle sonrojado, o más bien embelesado... Por primera vez le vio avergonzado.

—Es la primera vez que te levantas de la cama sin cubrirte...

—Creo que es ilógico cuando ya conoces mi cuerpo a la perfección. —Se encogió de hombros.

—Sabes que corres un peligro muy grave al pasearte así delante de mí. — Levantándose de la cama, se acercó a ella tomándola de la cintura, apretándola contra sí, mostrándole ya cuan afectado estaba.

—Eres incorregible... —Sonrió sobre sus labios, regresando nuevamente a la cama.

Abrió los ojos con desesperación, la sensación de haber hecho algo malo la inundó, miró a su alrededor, encontrándose a Cam desnudo recostado junto a ella; sonrió al verlo, entonces vio los primeros rayos del Sol iluminando todo a su paso. Se levantó de la cama, cubriéndose con una bata de seda blanca, caminó hacia el balcón abriendo las ventanas, y pudo observar el amanecer por primera vez en su vida; había observado un amanecer sobria y feliz, con un hombre en la cama, un hombre que seguía allí y no le temía a nada. Se abrazó a sí misma ante la brisa que cubrió su cuerpo, faltaban solo doce horas para que su padre se casara, doce horas para que el recuerdo de su madre se borrara para siempre y que ella se fuese con Cam muy lejos; al irse con él, alejarse de ese mundo podrido lo salvaría sin arriesgarse a perderlo, era la única opción de tenerlo y salvarlo.

Cam se desperezó con un bostezo, buscó a Naval en la cama, encontrado su lado aún tibio y volvió el cuerpo para buscarla; entonces la vio de pie ante el balcón, estaba hermosa, sus cabellos volaban con la brisa, mientras sus ojos cambiaron de color ante los rayos del amanecer; sin poder evitarlo, tomó sus bóxer poniéndoselos. Se acercó a ella, abrazándole desde atrás, entrelazando sus dedos en el vientre de la joven, aquel vientre plano, aún.

Cam recargó su mentón sobre el hombro de la joven, sonriendo al imaginarse juntos, imaginándose una vida con ella y unos pequeños rebeldes corriendo de un lado a otro; estaba más que embelesado ante esa imagen de estrechar a Naval entre sus brazos con un prominente vientre.

—Te prometo que seremos felices... Sin mentiras, sin miedos, sin represalias...

—¿Lo prometes? —preguntó ella.

—Sí... Lo juro —Hizo una pausa; si quería cumplir con esa promesa, debía decirle la verdad, y ya era momento de decirle quién era—. Naval... Yo no soy quien...

—Sí, lo sé, Cam —Se volvió hacia él abrazándolo—. Tú no eres como ellos... Por eso, desde el momento en que te vi, supe que había algo en ti que me había obligado a subyugarme ante ti.

Cerró los ojos con fuerza, sabía que decírselo solo acabaría con lo que tenían y correría a brazos de alguien más, y ese alguien era Creed; estaba celoso de él por haberla visto tan joven, haciendo que dependiera en todo sentido de él. Pero tuvo la fortuna de conocerla y hacerla y reclamarla suya, cosa que otros no podrían.

—¿Deseas que te traiga algo? —preguntó Naval—. Tengo un hambre voraz...

—¿Quieres que te acompañe...? —La acunó entre sus brazos.

—No... Tú quédate aquí... Pero no te vayas... —le advirtió.

—No me iría jamás... —La besó; para dejarla ir mientras la esperaba, quería pensar cómo decirle la verdad sin que se arrepintiera de irse con él.

Bajó hacia la cocina, estaba tan contenta de poder tenerlo a él, suspiró mientras tomaba la botella de jugo de naranja, pan cortado, crema de maní y jalea en mano; estaba por subir pero regresó a por un cuchillo, dejó las cosas en la mesa para poder buscarlo, cuando de la nada sintió la voz de Madeleine, obligándole a retroceder y esconderse en la tenue oscuridad del momento, mientras la pared lograba ocultarla.

—Amor... Lo sé... Todo está saliendo a la perfección, solo tengo que deshacerme de la mocosa, esa alterará nuestros planes...

El hombre detrás de la línea pareció no estar de acuerdo con los planes furtivos de la novia, ya que ella tuvo que calmarlo.

—Vamos... No te pongas así... Cuando crea que será padre, las cosas cambiarán; Naval quedará aún más en último plano y, si es un varón, Nicolay

no tendrá ojos para nadie y cambiará todo el testamento; ella no será necesaria para nadie —Hizo una pausa, escuchando al emisor—. Sabes bien que Nicolay es tan estúpido que cree lo que yo le digo, y hace lo que yo ordene... Pronto lograré que se deshaga del nuevo amiguito de Naval.

Naval se puso roja de cólera, estaba lista para salir de su escondite, pero el nombre que pronunció, la dejó perpleja.

—Xavier. —Aspiró hondo, sus ojos se abrieron más de lo necesario; entonces una mano cubrió su boca; asustada, intentó luchar, pero entonces vio a Cam calmándola y pidiéndole silencio con una seña.

—Shhhh —La calmó, tapándole la boca para no hacer algún ruido, ya que las náuseas que le provocaron ese nombre, además del dolor agudo en su pecho, no la dejarían tranquila; ardientes lágrimas nublaron su vista, mientras mordía su lengua para evitar ruidos. Su padre no le creería, la culparía de difamación, de calumniarla con tal de que ese matrimonio no se realizase; su padre la repudiaría aún más si le confesaba que Madeleine Bates era una cazafortunas, una arpía que estaba detrás de la herencia Kapot, y con Xavier detrás de ello.

—Cariño... Tengo que irme, Nicolay debe preguntarse dónde estoy... Te amo... Sabes que la mocosa será tuya, aunque ella se revuelca con su guardaespaldas día y noche.

Entonces un ruido llamó la atención de los tres, alguien estaba cerca de ambos.

—Después te hablo, alguien viene. —Frunció el ceño ante el ruido, saliendo del lado de la pequeña estancia.

Ambos muchachos se quedaron quietos, sin hacer ningún ruido que hiciese notar su presencia; Naval temblaba en sus brazos, mientras Cam solo la estrechó contra su pecho lo más fuerte que pudo; sabía que esa conversación cambiaría todo, cambiaría sus planes de huida, y negó con la cabeza mientras Naval sollozaba sobre su pecho desnudo.

Regresaron a la habitación asegurándose de que nadie los viese; Naval le miró a los ojos, con esa mirada le suplicaba que le diera tiempo, tiempo para no dejar que Madeleine se casase con su padre.

—Haz lo que debas hacer, Naval...

—¿Estás seguro?...

—Sí... Seguro de todo, seguro que aun viviendo lo que vives, haciéndote lo que te hace, él sigue siendo tu padre.

—Solo déjame salvarlo de las garras de Madeleine y Xavier... Luego podremos irnos, irnos tan lejos que nadie nos podrá encontrar.

—Lo sé. —Pero supo que esa respuesta no iba a ser posible, se había equivocado, Nicolay era su padre, Nicolay era su único pariente; aunque su manera de preocuparse por ella era ortodoxa, aún seguían siendo padre e hija, no había futuro para ellos, no había nada para ellos si el apellido Kapot estaba sobre ellos.

CAPÍTULO 23

PRECEDENTES

Con la caída del Sol, además de una música aturdidora y lenta, se fijó en el reloj de su mesita y vio que eran casi las tres de la tarde y los invitados comenzaban a llegar. Nicolay había optado por pasar el día en uno de sus clubes para poder cumplir con las tradiciones, entre ellas no ver a la novia.

El martirio había empezado. Desde la ida de Cameron por la mañana, maquinó una manera desesperada de poder impedir la boda; sabía que Xavier mataría a su padre, así que se levantó, esperó unos minutos y fue directo al baño, dándose una ducha rápida; tenía que ver la charada de ese compromiso que entre comillas era puro amor.

Tomó uno de los vestidos que había comprado, era demasiado escotado mostrando mucha piel, era una v tanto adelante como atrás, sus pechos solo eran cubiertos por tiras de un top lleno de pedrería fina, perlas de cristal y brillantes, con una sexy abertura en el medio hasta la cinturilla que desplazaba a metros de seda y paño casi transparente color plata, y una matadora abertura desde centímetros de la cadera hacia abajo, mostrando mucha piel además de su pierna derecha. Ese vestido hecho para matar de placer a cualquiera dejaba al descubierto mucha piel, desde toda la espalda hasta el frente mostrando sus tatuajes.

Sujetando sus cabellos en un moño deshecho, se maquilló con tonos opacos, resaltando su mirada y sus cejas; sus zapatos eran sandalias con tacón alto color plata; sus labios, tan rojos como la sangre; perfumándose, arreglándose con el objetivo de opacar a la embelesada y alegre prometida y futura esposa, qué mejor que haciendo una aparición y deshacer todo sueño de boda perfecta.

Al estar lista, preparada para el ataque, salió de su habitación, bajando las

gradas, pero justo en ese momento vio a Madeleine venir en su dirección, pero muy concentrada en algo y alguien detrás de ella; sin percatarse de su presencia, Naval abrió la primera puerta que vio, siendo el despacho de su padre.

Corrió hacia el escritorio tratando de poder controlar su respiración, pero lamentablemente todo se complicó; la perilla de la puerta comenzó a girar y eso era un gran problema.

—¡Mierda! Lo que me faltaba. —Soltó una retahíla de juramentos por lo bajo, nada propios para la dama que trataba de ser esa noche; así que sin más remedio, cayó sobre sus rodillas, agachándose hasta quedar oculta en el escritorio de su padre.

Entonces sintió a Cameron, que iba a salir, pero la voz de Madeleine le advirtió de que no interviniera; asomó la cabeza viéndole a él.

—¿Para qué me llamaba, señorita Bates? —inquirió desdeñoso Cameron.

—Cameron... Pero qué guapo estás. —Acarició su espalda, sintiendo la tela suave de su traje color gris.

—¿Solo llamaste para decirme eso? —Trató de retirarse, pero Madeleine lo sujetó del brazo; Reed achicó los ojos ante aquellas caricias, sabía que Madeleine era una arpía, así que quitó su mano con la mayor de las delicadezas, no quería tener el calor de su piel sobre la suya.

—No... —Sonrió—. ¿Eres tan bueno en la cama como parece ser...?

—Creo que eso es una pregunta muy subidita de tono. ¿No crees? —Frunció el ceño ante las insinuaciones de la novia.

—Me gustaría saber...

—¿Tú qué crees? —Hecho una carcajada—. ¿Te gustaría probar? —dijo con desdén y odio en su mirada; sabía qué tretas estaba utilizando, pero no caería.

—Me encantaría... —Se acercó a él—. Soy más mujer que Naval; con ella solo puedes cubrir muy poco tus necesidades.

—Creo que eso no importa.

—Claro que sí importa. —Caminó hacia él como toda una viuda negra,

como la mujerzuela que era, abalanzándose sobre él y besándolo con ardiente pasión; él por un momento se dejó besar.

Naval movió la cabeza viendo la escena del beso, llevando una mano hacia su boca intentando no hacer un ruido que denotase su presencia ante esa escena que solo le dio náuseas y asco.

Cam estaba con Madeleine pero no vio que asió las muñecas de la fiera y las retiró con brusquedad; sin decir más se alejó de ella y cerró la puerta de un tirón. Madeleine se acomodó el vestido largo color perla, se arregló el labial fuera de lugar y salió del estudio.

Naval no podía creer lo que había escuchado y visto, llegándose a preguntar si Cameron mantenía alguna relación con Madeleine; ella era hermosa, era como una supermodelo; además, qué hombre opondría resistencia si ella se entregaba en una bandeja de plata. Naval se incorporó con furia y no midió bien, y al hacerlo su cabeza golpeó el escritorio, abriendo un cajón secreto arriba de su cabeza, haciéndole gruñir ante el dolor y percatándose del compartimiento secreto, así que no dudó en revisar qué era.

Frunció el ceño al ver el sobre color manila; abriéndole leyó cada documento, quedando atónita ante lo que decía. Había un documento en el cual era una herencia a nombre de Dayanne Gibbins, una pequeña fortuna; era pequeña, pero suficiente para poner una empresa y poder subsistir de manera cómoda y sin preocupación, pero todo ya estaba a su nombre, al nombre de su única hija, Naval Kapot...

—¿Sabía que moriría? —Intuyó.

Siguió con su búsqueda encontrando el testamento de su abuelo, el viejo Kapot; era una copia legalizada del original, una fiel copia de su sentencia, y leyó las cláusulas, hasta que encontró la cláusula que estipulaba y decía bien claro que si su hijo, el heredero de todo, se divorciaba todo pasaría a manos de sus hermanos, y eso pondría fin al imperio Kapot, pero todo se puso peor cuando cayó una hoja de papel doblada muy cuidadosamente; tomándola entre sus manos, la abrió con cuidado solo para quedar aturdida, encontrado la respuesta a todo lo que necesitaba.

«Amor mío:

»No sabes cuánto te echo de menos, no puedo dormir pensando en ti; la soledad aún me marca, el olvido no puede ser parte de mi vida, aun teniéndote entre mis recuerdos.

»Cómo olvidar las noches maravillosas en las que hicimos el amor, te entregaste a mí con tanta docilidad, con tanto amor; te sentí temblar en mis brazos, te encontré herida, pero te di la fortaleza y la protección que necesitabas, te entregué todo de mí, te entregué mi vida entera; lástima que, al ser descubiertos, todo llegó a su fin.

»Aunque no todo es perdido, tenemos la oportunidad de escapar, de encontrar una vida juntos, hacer una familia, tener una familia, poder tener más hijos, tener hijos propios y amarlos como te amo a ti.

»No permitas que nos separen, he luchado para hacerte llegar esta carta, he luchado contra todo el mundo para estar contigo.

»Cómo olvidar la primera vez que te vi cuando entraste a la residencia; estabas tan sonrojada por el calor, llevabas los cabellos sueltos, así como un hermoso vestido veraniego, tan joven, inocente y perdida; desde ese momento supe que tú tenías que ser mía y me diste el regalo más grande de toda mi vida; lástima que no pude gozarlo, lástima que no pude verte más... pero quiero que sepas que siempre te amaré, pase lo que pase, te amaré; en la vida y en la muerte, mi corazón siempre será tuyo.

»Por siempre tuyo...

»N.

»Diciembre 1993».

Todo concordaba, todo tenía sentido, su madre había descubierto su infidelidad. Asqueada de la vida que su padre le había dado, trató de divorciarse, pero su madre murió en un accidente de tránsito, todo para huir de Nicolay Kapot; no podía permitir que su esposa lo abandonase, eso sería renunciar a la fortuna, renunciar a tantos millones. Todo fue un engaño, él la había matado, no sus tíos; él mató a su esposa sin piedad, todo porque deseaba a otra.

En un arrebato de furia, apretó la carta entre sus manos, levantándose erguida, sin hacer una escena violenta, secándose las lágrimas que intentaban

rebosar.

—Te mereces a esa mujerzuela... Te mereces a esa prostituta barata —se recriminó a sí misma; sus gritos fueron opacados por la música, caminó hasta la puerta y salió del estudio de su padre, caminando hasta la recepción. Sus lágrimas, junto con un destello de cólera, se podían ver detalladamente en la profundidad de sus ojos pardos; parándose de inmediato al verlos en medio de la pista, mientras un vals llenaba el ambiente, al otro lado pudo ver a Cameron con el ceño fruncido, mientras que hacia otra dirección vio a sus tíos con rostros serios y escrutinios extremos hacia la novia; a ellos no les sentaría bien otro heredero, no después de que Nicolay Kapot matase a su esposa para estar con otra, llegándose a preguntar: «¿Quién habrá sido esa otra? ¿Acaso Madeleine era más vieja de lo que trataba de negar?».

Respiró tan profundo que sus lágrimas cayeron por sus mejillas, mientras que, al lado opuesto, Creed estaba observándola de igual manera con el ceño fruncido; la conocía bien, conocía cada movimiento en un arranque de furia, y esa boda sacaba de Naval lo peor; así que debía prepararse para sacarla de allí al mínimo movimiento. Estaba formando puños a sus costados, sin percatarse de que aún mantenía la carta donde su padre daba a relucir sus más íntimos sentimientos.

Su tío Boris, al ver su rostro compungido ante la escena romántica, se acercó a ella, parándose detrás; se acercó con lentitud, casi susurrándole al oído.

—Veo que siempre estarás en segundo plano, a menos que decidas luchar por obtener un lugar en esta familia. Obtener el lugar de su hija, papel que te han arrebatado desde la muerte de tu madre. Querida sobrina: unos nacen siendo basura y quedan siendo basura, otras nacen para tener dinero y eligen ser grandes, Naval —espetó su tío muy cerca.

Queriendo reprimir su dolor y las náuseas, supo qué responder.

—Te equivocas, querido tío; yo nací y elegí tener poder...

—Cabe la posibilidad de que me agrades, muchacha... —Curvó sus labios en una genuina sonrisa.

—Cabe la posibilidad de que a mí no me importe. —Arqueó las cejas, devolviéndole la sonrisa; por un instante no se sintió despojada, pero no debía hacerse vanas ilusiones; los Kapot no tenían corazón, llegando a pensar que

quizás ella también nació sin uno.

Ante esa respuesta rápida, giró sobre sus talones, tomando o, más bien, arrebatándole al mozo la botella completa de champagne Dom Pérignon Rosé. Dando un sorbo largo, caminó contoneándose hacia los enchufes del equipo de sonido, quitando la electricidad. La música se detuvo, al igual que las parejas en la pista de baile.

Cam la buscó con la mirada, notando que tenía la botella en mano y se acercaba hacia la pista; apretó la mandíbula y mantuvo su posición, sabía que acercarse ameritaba un escándalo y quería evitarlo, así que solo la siguió con la mirada.

Dando un sorbo más a la botella, se acercó al salón, levantó la botella llamado la atención de todos los presentes.

—Hola, amigos... —Todos se volvieron hacia ella, incluyendo su padre y Madeleine, que dejaron de bailar—. Buenas tardes... Como saben, soy la única hija del novio... —Se llevó la botella a los labios—. Como decía... Soy la única hija del novio, ya que mi querida y muy sensata madre murió antes de poder joder a mi padre con el divorcio... —Los invitados comenzaron a cuchichear, algo que a Nicolay le hizo ponerse rojo de ira—. Bueno, señores, brindemos hoy por la boda... Por el novio —Levantó la botella—. Que es lo demasiado estúpido como para haber caído en los brazos de una zorra mercenaria, que lo engaña con su exsocio, y por la novia, que es una prostituta barata que se cogió a mi chico... Un brindis por los novios más suertudos y patéticos de la historia —Volvió a tomar un sorbo largo de la botella—. Y... ¿Madeleine, cuánto cobrabas por un oral?

Nicolay hizo una seña, justo en el momento exacto antes que Naval hiciera una locura más a su apertura de esa noche; Cam se iba a acercar, pero las manos de Creed la arrancaron del lugar, sin antes hacer caer un florero con lirios al suelo a propósito, obligando a todos a seguirla con la mirada al ser arrastrada afuera de la recepción; Madeleine achinó los ojos sentenciándola a muerte además de cambiar a todos los colores y tonos posibles. «Me las pagarás, mocosa; Xavier estará encantado de domarte», pensó en silencio; muchos problemas estaba trayéndole a su vida, sobre todo estaba poniendo en riesgo su futuro matrimonio.

Creed le asió del brazo con fuerza llevándola fuera de la casa; ella solo le

siguió, ya que no deseaba enojarse más con su viejo amigo. Pero no contó con que Cam les viera salir del lugar, siguiéndoles.

—¿Qué crees que haces, Naval? —preguntó Creed sacándola de la fiesta, soltándola.

—Solo impedir la boda...

—Sabes bien que no lo harás... —espetó él—. Naval, son años de relación, y por un capricho tuyo no desharás ese matrimonio.

—Antes me apoyabas, Creed... —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Naval, he madurado... Y no puedes hacer esas cosas ya... No eres una niña... No somos unos niños... —Se apretó el puente de la nariz—. Sabes bien eso... —Se pasó la lengua por los labios.

—Sí... Tienes razón... Ya no soy una niña —No pudo evitar sollozar, a lo que Creed la estrechó entre sus brazos al verla como antes, vulnerable—. Se supone que jamás hieres a las personas que amas...

—Sabes que lo que hice fue un error.

—No me refiero a ello, Creed... Me refiero a que tú me ocultas y me ocultaste muchas cosas. —Intentó irse, pero la detuvo.

—Ven aquí. —La tomó de la muñeca obligándola a acercarse para poder así abrazarla.

Cam asomó la cabeza, escondiéndose detrás de la pared del porche; al verles abrazados, no tuvo más remedio que cerrar los ojos y pegar su cabeza a la pared; apretó la mandíbula, formando puños a sus costados, mientras escuchaba la conversación.

Tomándole de la mano, la detuvo.

—Por favor... No te pongas así... Sabes bien que te quiero, Naval —declaró seguro—. Te amo... Siempre te he amado.

—Lo demuestras de una manera tan extraña... —Sonrió sobre la chaqueta Armani de Creed—. Yo también... Te amo.

—Entonces... ¿Por qué él?... ¿Por qué Cameron Bergenson? ¿Por qué fuiste suya y no mía?

—Sabes bien que a él no le quiero. —Hizo una pausa, mordiéndose los

labios antes de admitir la verdad.

Cam juró por lo bajo ante la respuesta que le había dado Naval a su exnovio, sonrió ante su idiotez al pretender creer que ella le amaba; le amaba hasta el punto de renunciar a todo por él, ya que a diferencia suya, estaba dispuesto a dejar todo, desde la investigación, el FBI, su vida de agente, todo, todo por ella, cualquier cosa por ella.

—No necesito escuchar más —dijo para sus adentros, irguiéndose y alejándose del lugar, volviendo al salón a su posición, a la posición que Nicolay le dio.

—No te entiendo, Naval... —Frunció el ceño Creed, mirándola a los ojos.

—No lo quiero de esa manera, en la que una solo quiere tener algo por el momento, por el calor, por un sentimiento momentáneo o por el simple hecho de no quedarse sola, sino que yo simplemente... Lo necesito para poder respirar, y la palabra amar se queda muy corta a lo que siento... Es como si mi alma y mi corazón se han quedado con él y de tan solo pensar que le puede pasar algo... —Hizo una pausa, buscando alguna emoción en los ojos de Creed, pero solo vio decepción—. Creo que moriría con él... Por ello debo sacarlo de la residencia... Debe salir de aquí.

Creed sonrió, mientras sus ojos brillaron ante la emoción que Naval derrochaba ante Cam.

—No quieres que se convierta en lo que soy, en lo que somos... Y eso es lo que más me ha dejado conmovido... Siempre quise que sintieras eso por mí, pero luego comprendí que tu amor es más paternal, más amical. Soy como un padre demasiado joven, soy como un hermano, un maestro y mentor, el que te enseñó a caminar y correr —Tomó su rostro entre sus manos, dándole un casto beso en la frente—. Entonces... Ámalo... Protégelo y sé feliz... La única opción que puedes tener es irte... Así como hace diez años nosotros nos fugaríamos, hazlo con él, por él... Por ese amor, que es el más desinteresado que he visto en toda mi vida.

—Sabes que debe ser así... Por su bien, por el mío... —Sonrió Naval.

—Toma... Es mi número móvil, llámame cuando desees y así podremos hablar tranquilos... Debes planear bien tu huida con él; yo te ayudaré en todo... Lo prometo.

Ella asintió con la cabeza en respuesta.

—Ahora... Ve a tu habitación... Ve y quédate allí.

—Pero la boda... —Negó con la cabeza.

—Ya es tarde... Demasiado tarde —replicó él—. Llegamos diez años tarde, cariño. —Girándose sobre sus talones y dejando a Naval sola afuera.

Cerró los ojos ante su desesperación; si Madeleine entraba a la casa, Xavier también lo haría, y con ello implicaba que se desharía de Cam. Entró por la cocina, abrió la puerta de la vinoteca de su padre, sacando de allí más botellas de champagne; las tomó sin mucho cuidado, subiendo tan rápido como sus pies le permitieron a su habitación, exiliándose en su mundo, exiliándose en el dolor, no quería ver el desastre que venía.

Reed vio a Creed regresar a la fiesta, pero Naval se había ido, ella no estaba por ningún lado; apretando la mandíbula, lo insultó de muchas maneras sin quitarle la vista de encima. Creed se sintió observado y volvió el rostro fijándose en el penetrante escrutinio al que el novio de Naval lo sometía, y sonrió ante esa demostración de celos públicos; eran tan para cual.

Cerró con fuerza la puerta de su habitación, destapó la primera botella y se tomó un sorbo, cerrando los ojos con fuerza por el ardor que provocaba en su garganta, aunque no estuvo sola, la canción de Halsey-Dont play la ayudó a contornear sus caderas, mientras bebía más y más, sin dejar de apretar la carta entre su mano libre; no dejaría de recordar ese momento, jamás olvidaría cómo se enteró de que Madeleine era una cazafortunas, y lo peor de todo es que su padre se lo permitía, como Cam había dejado que esa rata asquerosa le besara. ¿Desde cuándo?

Entonces el coro de la canción retumbó tan fuerte que los vidrios de la casa retumbaron ante la potencia; los invitados y los novios levantaron la vista hacia el techo sintiendo el gran ruido y el grotesco coro, además de que los candiles del techo comenzaron a vibrar.

Las palabras de aquella carta revoloteaban por su mente, palabra por palabra, punto a punto y, sobre todo, algo que su padre jamás le dio: amor, estaba llena de amor.

Al estar por su tercera botella, las cortinas de su habitación se abalanzaban por la fuerte brisa de la noche, fijando su vista en la barandilla de

su balcón abierto; la tentación era tan extrema que se quedó inmóvil unos segundos, mordiendo su labio inferior hasta hacerse un corte con los dientes; aunque quisiera advertir a su padre, este no le creería; ya le había levantado la mano en dos o tres ocasiones, no buscaría una tercera. Madeleine era más fuerte que ella, tenía un as bajo la manga, un par de ases que ella no tenía, a causa de su inexperiencia en la vida; tenía a los dos hombres que ella más quería comiendo de sus manos.

Leyó la carta tantas veces que se sabía de memoria cada línea, cada expresión de amor, cada rendición; ya no había escapatoria. Madeleine se enteraría a fuerza de su mal y lo aprovecharía, nadie podía saber que en su organismo había un punto débil dispuesto y abierto para ser atacado; había una salida, ir a su madre y no regresar; al irse todo acabaría: el sufrimiento, el temor, la pena y el desprecio de su familia; iría en paz, ella y lo único que guardaba dentro, ella y lo único que le quedaba en el corazón: un poco de amor; secó sus lágrimas al recordar las palabras de Cam y Madeleine, mientras que el beso no lo podía quitar de su cabeza, estaba perdiendo la poca cordura que le quedaba.

Mientras la canción retumbaba, caminó a paso lento hacia la barandilla, mientras que Reed, al ver su impulsivo ataque de nervios, perturbado, abandonó todo pensamiento de diversión, centrándose en Naval y su conversación tan íntima con Creed; tratando de rebasar a las personas de su alrededor, se dispuso a salir del gran salón, mientras una corazonada le advertía de que podía haber peligro. Dejó a un lado su furia, pero al sentir la música tan elevada que opacaba en cierto modo la música suave del salón, ameritaba que debía estar alerta a cualquier situación.

Su mirada también buscó a Creed, pero no estaba por ningún lugar; sin embargo sabía dónde estaba y con quién, ya que después de ver cómo su padre se casaba con otra mujer, después de ver que en pocos o breves momentos firmarían el acta de matrimonio, su despecho era más grande. Cerró los ojos, no quería imaginarlos juntos... «Haciendo el amor».

Naval cerró los ojos al imaginar cómo su padre y esa mercenaria firmaban el acta, estaba perdida. Se deshizo de sus tacones, caminó a paso lento en dirección al balcón, la puerta de su clóset se abrió lentamente, sin percatarse de que entre las sombras una H&K USP Compact con silenciador negro, sujeta de una mano envuelta en una guante negro, estaba justo a casi dos metros de

distancia de ella, apuntando justo a su cabeza. El desconocido, dispuesto a matar, tenía el dedo en el gatillo, la mirilla con el objetivo y la bala dispuesta a salir del compartimento.

Se subió a la barandilla, con la botella aún en mano, al igual que la carta, respiró profundo, levantó la cabeza hacia el cielo oscuro, alzó la botella de licor e hizo un silencioso brindis al cielo.

—Por ti, mamá... Pronto estaré contigo, pronto estaremos junto a ti. — Llevó el pico de la botella a sus labios, consumiendo de un tirón lo que quedaba; no había manera de rectificar la maraña en la que su vida se había convertido en un solo día, no había solución para un corazón roto, una vida destruida y lo que quedaba de un miserable futuro.

Una de las tantas parejas que asistieron al evento, salieron a los jardines a tomar un poco de aire fresco; el ambiente estaba cargado de tensión, su conversación era amena, pero todo cambió cuando la botella de Naval cayó a pocos centímetros de ellos. En un grito ambos levantaron la vista viéndole suspendida en el aire, mientras la barandilla comenzaba a moverse, ya que no podía mantener el equilibrio, era una casa antigua, tanto techos como habitaciones eran altas y, al caer, Naval tenía su boleto directo a la otra vida.

La mujer dio un grito sordo que alertó a todos, haciendo salir a los invitados y a los novios afuera; Nicolay levantó la vista a la dirección a la que señalaron, quedándose paralizado y exaltado al ver a su hija al pie de la barandilla; si ella moría, todo se iría al caño, ya que era su única hija y la única que podía tomar posesión de los millones del viejo Kapot.

Madeleine se quedó viéndola con una sonrisa oculta en su rostro, pero se aferró a la manga de su prometido, esperando que se decidiera a saltar, pero había un inconveniente: aún no se había casado con Nicolay, y su muerte traería graves consecuencias; una vez más Naval había logrado estropear sus planes, pero no por mucho tiempo.

Reed no pudo aguantar más el imaginarlos juntos, corrió hacia las escaleras, subiéndolas de dos en dos; al llegar al pasillo a grandes zancadas, tenía ya la perilla de la puerta entre su mano, pero esta estaba con el seguro puesto; no tenía tiempo que perder, no se inmutó en darle una buena patada, partiéndola en dos y pudiendo entrar; buscó entre las sombras mirando a Naval en el barandal, mientras que la mano con la pistola desapareció al ver

cómo Reed entró a la fuerza a la habitación.

Sin decir nada, corrió hacia ella y la tomó de la cintura, obligándola a bajar, cayendo encima de él mientras lloraba pidiéndole que la dejara saltar.

—Déjame... Déjame, estúpido, imbécil, te vi... Te vi... Te vi con Madeleine; eres un traidor, eres como todos.

—Y tú... ¡Maldición! ¿Dónde quedas?... Te escuché... Te oí hablar con Creed...

—No somos iguales... Tú eres el peor de todos... —gritó.

—¡Maldición, Naval! Deja de luchar... Solo estás haciéndote daño...

—Quiero hacerlo... Déjame saltar... Por favor... Por favor —rogó deshecha en lágrimas.

Reed cerró los ojos ante su estupidez, ambos estaban de rodillas, la estrechó en sus brazos para que no se hiciera más daño de lo que se estaba haciendo, no la dejaría ir fácilmente, logrando abrazarla con todas sus fuerzas. Por primera vez sintió que su vida podía tener un propósito, y ese era hacer vivir a Naval; la había encontrado muerta y desde su primera noche juntos, ambos se habían devuelto un poco de la vida que ambos habían perdido con el tiempo; dos personas sin vida, sin rumbo, hasta que ambos unieron su alma, convirtiéndose en corazón.

—¿Me viste? Entonces entenderás que ella fue la que me besó.

—Pero no te alejaste...

—No quería ser brusco; si ella quiere, puede despedirme, y con ello me tendría que apartar de tu lado, y no quiero eso, Naval... No quiero apartarme de tu lado... Nunca, jamás.

—Eres un buen mentiroso... —Trató de alejarse, pero no se lo permitió—. Suéltame de inmediato.

—No lo haré... —Abrazándole con más fuerzas, Cam trataba de tranquilizarla, pero también tranquilizar su corazón, que martilleaba con fuerza ante el miedo de casi perderla por una vez más.

—Déjame... —Levantó la mirada viendo a Cam con ojos llorosos, pálida, además de ebria, no quería sentir—. Por favor... No... No quiero sentir

esto... No quiero tenerte cerca... Me hace daño tenerte cerca. —Cam se dio cuenta de que estaba ebria, y que decía la verdad con facilidad aunque arrastraba las palabras; tenía un lado tierno, pero también estaba destruyéndola, ambos se estaban destruyendo lentamente.

—¿Por qué? —Quiso preguntar y saber la verdad de esos labios que tanto amaba, pero quería escucharlo, escuchar la verdad de sus labios.

—Porque te amo... Yo no quiero... ¡Pero, maldición! Te amo tanto, que no puedo dejar de pensar en ti, te tengo grabado en mi mente, tus besos, tus caricias... —Reed se quedó mudo ante aquella confesión, aunque en cierto modo le dio la seguridad que necesitaba, Naval era suya completamente y Creed no era nada para ella, solo un mal recuerdo de su juventud, un mal recuerdo de una vida, una vida del que Reed la rescataría.

—¿Y Creed? —preguntó celoso.

—Él solo quiere que sea feliz... Él... —Pero la interrumpió.

—No... No más —Ante esas emociones efímeras no dudó ante aquella confesión; así que decidió no decir nada que pudiera alterarla más, tan solo le quedó arrullarla entre sus brazos pidiéndole que se calmara con una voz suave y besos lentos y castos—. ¡Shh!... Calma... Calma. —Besó la corinilla de su cabeza.

Antes de que pudieran parpadear, Nicolay entró en la habitación hecho una furia, arrancó a Naval de los brazos de Reed, listo para propinarle una buena bofetada, pero él sujetó con fuerza la mano de su jefe, impidiendo que le hiciera más daño del que había hecho esa noche, sin saber que él se llevaría el golpe esa noche.

—¿Cómo te atreves a interponerte? —escupió Nicolay, dispuesto a pasar por cualquiera esa noche, dándole a Cam la bofetada partiendo el labio del joven. Él apretó la mandíbula ante el ataque, sabía que perder los estribos solo ameritaba su salida de la residencia y también alejarse de Naval. Limpiándose con el dorso de su mano la comisura de sus labios, le lanzó una mirada llena de ira a su jefe, mientras las manos de su joven amante le sujetaron en una silenciosa súplica.

—Cam... Por favor. —Cerró sus manos en puños.

—Me interpongo porque ella es importante para mí... Y no dejaré que le

haga daño...

Naval volvió la vista hacia su padre, quien mantenía su agarre con más fuerza de la usual, dejándole marca y proporcionándole un dolor sordo, pero de repente una furia inexplicable se apoderó de ella, sus ojos tenían un brillo de ira, además de su voz, que era una octava más alta.

—¿¡Tú!?!... Tú le mataste, mataste a mi madre por tu amante. —Le lanzó la carta en la cara, mientras Nicolay se quedó perplejo ante el repentino cambio de su hija; lo único que hizo fue soltarla, tomando la carta entre sus manos; sabía qué era y de quién era, pero era innecesario corregir ese malentendido; Naval se tambaleaba ante su ebriedad y falta de equilibrio.

Nicolay, sin palabras, bajó la mano, mientras Cam la sostenía de la cintura para que no cayera de bruces.

—¡Navalenka! No colmes la poca paciencia que me queda.

—Asesino... Asesino —gritaba sin miedo a que su padre tomara represalias; estaba dispuesta a gritarle, a decir y saber la verdad, mientras Cam hacia lo posible para controlarla, sujetándola de la cintura y evitando que hiciera más locuras esa noche.

—Navalenka... No sabes lo que dices. —Tragó saliva ante la acusación de su hija.

—Sabes perfectamente de lo que hablo... No intentes negarlo —espetó.

En ese instante Madeleine entró a la habitación, caminó hacia el estereo, lo desconectó para luego lanzarlo contra el piso con rudeza; estaba enojada, le habían arruinado los planes de boda, aunque Naval, al verla, no pudo contenerse. Una carcajada menos estridente pero más ronca salió de su garganta, un sentimiento extraño recorrió la columna de Madeleine al verla, sus planes habían dado un giro inesperado del destino, el nerviosismo de la prometida era evidente, ya que sus ojos se abrieron de par en par.

—Miren que nos trajo el gato, no podías ser más oportuna, futura mami... ¡Dinos cómo va tu relación con Xavier!... Por lo visto a mi padre le gusta compartir, dejando al novio esperando para hablar en su despacho con tu amante. ¡Qué oportuna, querida!... —La señaló con el dedo índice—. La palabra zorra te queda corta... pero como sé que mi padre no me creerá, entonces no queda otra... ¿Papá? —Le miró a los ojos, estaba consternado por

la actitud de su hija—. ¡Se merecen! —Comenzó a aplaudir con un leve indicio de torpeza—. ¡Se merecen!... Ella no te ama... Como tú no amaste a mamá... Cómo es la vida... Gira... gira y gira, y mira dónde has caído, en manos de una prostituta. —De la nada no sintió la bofetada, pero desde luego que el ímpetu al dársela le volteó la cara, haciéndole trastabillar, pero las manos de Cam impidieron que cayera al suelo.

Madeleine tenía los ojos rojos de ira, su mirada era glacial, sin decir que sus labios eran una línea recta de tensión.

—Cuida tus palabras... Mira primero, ¡zorra!... ¿¡Zorra!?... Creo que deberías verte en el espejo... Te acuestas con tu guardaespaldas. El mismo error que tu madre —gritó al borde de la histeria, sin darse cuenta de que había cometido un grave error—. Arruinaste mi boda, arruinaste mi vida... Por tu culpa estaré de boca en boca en todos los círculos sociales...

Su padre tomó a Madeleine del brazo, llevándosela de allí, sin antes decirle unas palabras a su Cam.

—¡Cúidala! —El joven enamorado asintió con la cabeza, mientras Nicolay arrastró a Madeleine por los pasillos y algunos curiosos trataban de ver qué pasó, aunque la sospecha de la cancelación de la boda era más que afirmativa gracias a Naval.

Nicolay empujó a Madeleine obligándole a entrar a su despacho, para luego cerrar la puerta detrás de sí, mientras su mirada era mucho más oscura de lo que su joven amante conocía; sus ojos azules estaban negros ante la ira y adrenalina, al ver la reacción de Madeleine ante su hija, que decía muchas cosas.

—No vuelvas... Jamás, nunca jamás en tu vida a tocar a mi hija —espetó él sin dejar de verla.

—Cariño... ¿Qué pasa? Soy tu esposa, tomaré el lugar de su madre, y con ello las responsabilidades y obligaciones de ejercer mi derecho como esposa y madrastra a reprenderla cuando sea necesario... Naval siempre estuvo fuera de control.

—Tú jamás ocuparás el lugar de Dayanne...

—Claro que no... Ella no fue una buena mujer para ti... No después de engañarte de esa manera tan vil. —Cometió un error al expresarse así de su

difunta esposa, ya que nadie, absolutamente nadie sabía de los problemas conyugales que tuvo. Sus labios rectos se curvaron en una sonrisa desdeñosa, había intuido algo, pero jamás hizo caso a su instinto; estaba cegado por la belleza y juventud de Madeleine, ella había hablado con personas que no debía. Y solo una sola persona sabía eso, con exactitud.

—Veo que hiciste muy bien el trabajo, Madeleine... ¿Desde cuándo?

Ella al oír esas palabras tragó en seco, su boca se abrió pero no pudo articular palabra alguna; Nicolay le había descubierto.

—No sé de qué me hablas...

—Sabes mucho más de lo que yo imaginé...

CAPÍTULO 24

ESCÉPTICO

Naval tan solo agachó la cabeza, cerró los ojos, y respiró profundo tratando de tranquilizarse, pensando que quizás su padre decidiera continuar con la boda, quizás su padre creía que era una mentirosa, hasta que Cam al ver su preocupación le habló con suavidad.

—Le diré a tu padre sobre la conversación con Xavier, incluso que Madeleine me besó y que tú nos viste... Le diré todo lo que sé de ella... Todo con tal de que tú estés tranquila.

Naval levantó la cabeza y vio a Cam, estaba más que seguro en hacerlo.

—No puedes... No... Cameron, no... —El ir ante su padre y afirmar que fue seducido por su prometida, ameritaba no solo una golpiza, sino una bala en medio de las cejas.

—Lo haré, Naval... Es la única manera de que te crea —Tomándola de ambos brazos, le ayudó a sentarse y se arrodilló ante ella, tomando el rostro de la joven con ambas manos—. Es la única manera... La única forma de no hacerte más daño, ya que te amo... Te amo, Naval. —Sin más, se levantó y dejó a la jovencita, saliendo a toda prisa del dormitorio, yendo al despacho de Nicolay.

—¡No! ¡Cameron, no lo hagas! —Sabía que las consecuencias de ese arrebato serían grandes, así que, entre su mal equilibrio y su visión a un paso a ser borrosa, fue corriendo detrás de él, pisándole los talones mientras gritaba su nombre—. ¡Cameron! ¡Detente! —Sus gritos se volvían roncós, pero él estaba empeñado a cometer esa locura, llegando demasiado tarde.

Cuando entró al despacho, vio a Madeleine arrodillada en el suelo, mientras que Nicolay estaba asqueado; Naval chocó con la poderosa espalda de Cam, quién se volvió para verla; ambos estaban totalmente exaltados al ver

a Madeleine llorosa, suplicante y arrodillada.

—¡Nicolay! Tú me conoces... ¡Dios! Ella miente. —Hizo una pausa significativa, pero en ese momento Cameron intervino.

—Señor Kapot, Naval dice la verdad... Minutos antes Madeleine me besó... Naval nos vio... Fue deliberado, aunque sería una canallada decir que me obligó, pero fue así, señor Kapot...

—¡NO!... No, Cameron —gritó Naval, sujetando el brazo de su amante, pero era tarde, ambos habían entrado hablando, sin saber que Nicolay ya había dado por terminada su relación.

—Entiéndeme, por favor... Nicolay... Ellos mienten... Cómo puedes creerle a ella antes que a mí... —Sollozaba por la pérdida de su prometido, aunque lloraba más por la pérdida de una jugosa fortuna de millones que su marido pondría a su nombre—. Ellos son amantes... Ellos son amantes y por eso tratan de quitarme de enmedio... —Buscando la manera de desacreditar a Naval, sin medir sus palabras—. Así como lo fue de Xavier, como lo fue de Creed... Ella es la mujerzuela... Ella es la que se acuesta con ellos.

Naval quedó paralizada, sintiendo el brazo de Cameron apoderarse de su cintura y pegándola a su cuerpo, dándole la fuerza, dándole valor, pero ante aquella confesión, Nicolay ató cabos, confirmando sus sospechas; Madeleine había cavado su propia tumba, había cavado tan profundo en pocas horas y en sus propias narices.

Ambos jóvenes se quedaron sin habla, Naval bajó la mirada, no podía ver a su padre, pero se sujetó con fuerza de la chaqueta de Cam dándole la razón a una mujer engañosa; en cambio, Nicolay caminó hasta su prometida, asió su brazo con firmeza obligándole a ponerse de pie.

—Jamás dije... O más bien conté... Que Xavier trató de abusar de mi hija... Ese secreto solamente lo saben Iona, Sansón y Trent... pero dudo por un segundo que ellos te lo hayan dicho; ellos aman a Naval y la protegen de todo... Te vendiste, Madeleine... Te vendiste muy barata. Pensé que eras más astuta, pero por lo visto no fue así.

Naval no podía creer lo que escuchó, así que miró a su padre a los ojos, aunque él jamás expresaba nada.

—Tienes media hora para sacar tus cosas de mi casa, puedes quedarte con

el anillo... Es un recuerdo a tu traición, sé feliz con Xavier... Pero sé feliz sin mi dinero, o más bien, todo el dinero es de Naval... Yo no tengo nada a mi nombre ya.

Alejándose de esa mujer, se acercó a su hija y su joven novio, curvó sus labios en una sonrisa que se borró al pasar y salir del estudio para disculparse con los invitados, pero dándoles la oportunidad de que pudieran degustar de los manjares preparados, así como la música; no había motivo para estar tristes.

—¡Señores!... Me permiten su atención, por favor —Hizo una pausa significativa, carraspeando para mayor escarnio en sus palabras—. Disculpen el imprevisto, pero la boda por motivos mayores se ha decidido cancelar, pero por favor, no hagan mella de su presencia en esta casa, disfruten de su estancia en «LA RESIDENCIA». —Gesticuló con las manos, mostrándoles a sus invitados su cordialidad.

Los cinco hermanos no resistieron formar sonrisas sardónicas y disfrutar del breve momento, habían destruido a su hermano una vez más, habían destruido a Nicolay Kapot, la fiera del narcotráfico, así que no tuvieron que hacer nada más allí, retirándose ante el imprevisto; agradecieron mentalmente a su sobrina y su recelo al ver a otra mujer ocupar el lugar de su difunta madre, pero solo quedaba un paso más, deshacerse de ambos.

Nicolay salió de la casa, bajó las escaleras del porche y vio su Audi R-8 negro en medio, y sonrió. Sansón pensaba en todo, abrió la puerta, tomando su lugar tras el volante y, arrancando a toda velocidad, salió de aquella pantomima barata a la que supuestamente llamaban la gran boda; aceleró aún más, haciendo rugir el motor, encendió la radio y la canción de Chase Atlantic–Triggered retumbó en su interior; sabía perfectamente donde ir.

Madeleine se levantó mirándolos con odio, lanzándoles dagas con la mirada, tratando de calmar su ira, pero era imposible.

—Ya estarán contentos... Pero juro, Naval, que me las pagarás... —Salió a toda prisa del estudio, empujando con los hombros a ambos jóvenes.

Naval se tambaleó pero logró estabilizarse, Cam solo la estrechó entre sus brazos.

—Lo siento... Lo siento tanto.

—¿Qué es lo que lamentas? —preguntó en un hilo de voz casi audible.

—Que tu padre se enterara de esa mala manera sobre nosotros. —Besó la coronilla de su pequeña cabeza con ternura.

—¿Nosotros? —preguntó Naval un poco aliviada, pero también confusa.

—Sí, Naval... Nuestra relación... ¿Acaso es muy pronto para ti?... —Acunó su rostro con ambas manos, besándola con pasión; sus labios encontraron los suyos, mientras deslizó una mano en la cintura y otra en la nuca, acercándola más a su cuerpo; necesitaba su contacto, su calor, su olor, necesitaba su amor—. En retrospectiva, debería estar protegiéndote... No llevándote a un abismo... Y menos llevándote a la cama.

—Entonces llévame a ese abismo, cariño... Quiero estar contigo. —Cam sonrió ante su respuesta, rozó sus labios sobre su frente, sin dejarla ir.

—¡No!... Hoy no... No lo disfrutarías como debería ser...

—No me dejes, Cameron... —rogó aferrándose a las solapas de su chaqueta.

—No te dejaré... Estaré contigo... Vamos arriba, necesitas descansar. —Sujetándola de la cintura, evitando que caminase tambaleándose, la llevó a su habitación.

Naval, al llegar, se quitó el vestido, quedándose en ropa interior y acostándose en la cama, mientras Reed se quedó atontado al ver cómo la joven chica que cautivó su corazón, estaba tan ebria que no se acordaba de que tenía compañía.

—No te quedes ahí parado mirándome, como si nunca lo hubieses hecho, Cam...

Sonrió ante el comentario de la joven y se despojó de la ropa quedándose solo con sus bóxer negros, recostándose junto a ella, abrazándose, aunque Reed no pudo conciliar el sueño y se quedó despierto contemplándola dormir. Ella era suya y siempre lo sería, Naval Kapot le pertenecía y nadie se la quitaría.

Llevó su mano hacia ese vientre plano, quería saber si había vida allí adentro, quería saber si sus noches de pasión habían dado fruto; sonrió ante la idea, pero la sonrisa se borró de sus labios al recordar que estarían

sentenciados a muerte por ello.

Madeleine estaba tan furiosa que no pudo evitar romper cada objeto que se hallaba en su habitación; sus planes habían fracasado y todo por hablar con el cretino de su amante. Hizo las maletas y salió por la puerta de servicio, yéndose muy lejos de la residencia.

Entre tanto Nicolay se exilió en su estudio de su club nocturno Advance, y sentado en uno de los sillones, con una copa de whisky en la mano, mientras con la otra contemplaba las fotos de su mujer con otro hombre; ellos sí eran felices, encontraron la felicidad; en cambio, él tuvo que pagar por obtenerla, pagando un gran precio por ello: la traición y no tener familia, un precio demasiado alto para algo simple, para algo que él jamás obtendría; pero luego sonrió, al ver a Naval proteger al joven Cam, y viceversa. Se dio cuenta de que estaría más segura que con él, levantó la vista y se miró en el gran espejo de su pared; estaba ya viejo, con canas y arrugas, intentando creer que aún era muy joven y vigoroso como para poder satisfacer y tener a una jovencilla como Madeleine.

—¡Qué ciego fui! —Lanzó su copa con fuerza a ese espejo haciéndolo trizas, mientras la música tamborileaba en los grandes parlantes del club, los cuerpos moviéndose, bailando; todo seguía igual, menos él.

Nolan, sin embargo, aún estaba en el hospital. La operación fue un éxito, aunque ese músculo aún sangraba por la pérdida de aquella mujer que amó; obligado a hacer a un lado su pena, la visita de Eric disipó sus dudas y penas, aunque él deseó que sus recuerdos también tuviesen el mismo camino.

—Veo que estás repuesto, Nolan.

—Claro que lo estoy... Tengo motivos muy fuertes para seguir con vida...

—Es solo por ella, ¿verdad? —Dio unos pasos sentándose en una silla.

—Sí... Nunca romperé mi promesa... Ella me necesita... Siempre me necesitó.

—Sé que no debo decirte esto... pero ¿por qué tuvo que ser ella? —Se inclinó hacia su amigo, necesitaba saberlo, necesitaba hablar.

—¿Es acaso una pregunta capciosa?

—No... Simplemente es curiosidad.

—Ella era infeliz con él, querían hijos, pero no los había; entonces cuando la vi llegar, mi mundo colapsó —Dio un suspiro lleno de nostalgia—. Ella regresaba de un viaje en Alemania —recordó el avejentado Nolan—. Era tan joven, mucho más joven que Naval... y cuando entró por la puerta, simplemente me enamoré, ella se fijó en mí y me dio una sonrisa, esa sonrisa de las cuales te hechizan, te cautivan, y abrió la puerta a la posibilidad de poder amar. Sabes bien que por eso me agrada Reed, viví lejos de poder amar, me acostaba con mujeres por doquier; sin pensar en las consecuencias, viví una vida desordenada y fuera de control, hasta que la conocí.

—Pero Reed es diferente, su madre murió de cáncer, su padre en la guerra; todo señaló que Kapot tuvo la culpa al dejar su puesto y dejarlo solo en medio de un ataque. —Trató de marcar una diferencia.

—Lo sé... —Llevó una de sus manos avejentadas a su barbilla.

—¡Nolan! —Se acercó a su amigo, pasándose ambas manos por el rostro, no sabía cómo empezar con el tema en esa conversación—. Sé que es difícil lo que puedo decirte en estos momentos, pero no pensaste que cabe la posibilidad de que Reed deseara vengarse de los Kapot por lo que hicieron a su padre.

—No... Yo no puedo pensar eso de Reed... Sabría, lo sabría.

—Sabes bien que Naval es una Kapot para él, es la única manera de encontrar venganza por lo que su familia le hizo a la suya. —La deducción de Eric era muy dura, pero realista.

—¡No!... No lo haría...

—Lo hará... ¡Créeme!... Él no sabe la verdad, Nolan, no sabe absolutamente nada de ello.

—No puedo decírselo... Prometí no hacerlo, sabes bien lo que Nicolay le haría si lo sabe alguien.

—Debes hacerlo... ¡Nolan! Debes hablar...

—No... Eric, no puedo hacerlo...

—Entonces... Serás capaz de ver cómo destruyen a la única persona que te queda en la vida.

—Eso no pasará —dijo con firmeza.

—No lo creo. —Al ver la negativa de su amigo, se levantó de la silla y caminó al umbral de la puerta.

—No puedo...

—Entonces serás cómplice de una muerte más... —Le dejó solo; Nolan volvió a recostarse sobre sus almohadas, no pensó que Reed pudiera tener en mente una venganza contra los Kapot.

¿Acaso ese era el objetivo de Reed? Vengarse de la peor manera de la joven Naval. Nolan no lo permitiría, tenía que salir del hospital ya y poner orden a todo, si esa decisión conllevaba sacar a Reed Samuel Fletcher de la misión, además de darle una buena tunda si se enteraba de que se había burlado de Naval; la idea de enviarlo era que la ayudara a salir de la residencia de las garras de Nicolay y traerla a los brazos, a sus brazos.

Sentándose de un salto, al pensar en esa absurda venganza, encendió la pequeña luz tomando el teléfono casi a la misma vez, y marcó de prisa el número de Dylan.

—Ven de inmediato al hospital, necesito que me ayudes.

—Pero... ¿Eric no está contigo?...

—Creo que me ha dado la espalda esta vez... Así que confío en ti. — Colgó de inmediato, esperando a su joven delegado.

No pasó ni media hora en que Dylan se presentó en la puerta, con una mirada llena de confusión.

—Pasa —le dijo Nolan, al sentir el llamado de los nudillos del joven en su puerta.

—Hola... ¿Cómo te sientes?

—No tengamos esta charla, por favor, y pasa.

—¿En qué puedo ayudarte, Nolan?

—Sé que tú eres amigo de Reed, su mejor amigo, y sé que no te ocultaría nada de nada; por eso espero que contestes esta pregunta con la mayor honestidad posible.

—Claro... No hay problema —respondió con extrañeza ante los interrogantes de su jefe.

—¿Reed se vengará de Naval Kapot? ¿En ella encuentra la salida a su venganza? —Dylan abrió tanto los ojos que quedó pálido ante tal suposición, no lo había pensado, jamás pensó que Reed pudiese ser capaz de hacer algo semejante, aunque recordado los días anteriores y sus ideas enfermizas sobre la joven observada, lo llevaron a aclarar su mente.

—Nolan... Juro por lo más sagrado... Que no sabía absolutamente nada de esto... —tartamudeó ante las suposiciones, más bien afirmaciones, que su jefe le daba; en ese momento Nolan lo interrumpió.

Tomando una gran bocanada de aire, tomó la única decisión antes de que fuese tarde para ambos.

—Estarás a cargo de la misión, se suspende; saca a Reed de la residencia antes de que sea tarde.

—No será tan fácil... Hoy Nicolay Kapot celebra su matrimonio con Madeleine Bates en la residencia. Sus familiares, incluyendo sus hermanos, asistieron; estuvimos allí, hasta que me llamaste y me pediste venir. Crawford está a cargo, será ya difícil, está demasiado infiltrado en la casa; sacarlo será un riesgo, un riesgo para todo, un riesgo inclusive para Reed.

Madeleine condujo hasta la ciudad, hospedándose en el primer hotel que vio, donde firmó y tomó su llave con rapidez; necesitaba pensar, Xavier la mataría al enterarse de que sus planes habían fracasado. Con el maquillaje corrido y sus ojos rojos por tanto llorar, juró vengarse de la peor manera.

—Maldita... Maldita mocosa entrometida, has arruinado años de trabajo, años de soportar a tu padre y a ti, y cuando finalmente lo consigo, tú echas todo a perder, pero yo me encargaré de que tu cuento de hadas y romance acabe antes de lo que creas; Cameron será mío y tú no tendrás más alternativa que sufrir como lo estoy haciendo yo. —Caminó hasta el espejo y se observó detenidamente, sonriendo histéricamente; la mujer se había desquiciado, pero aun así deseaba a Cameron en su cama.

Entre su monólogo y su imaginación retorcida, su móvil sonó; de seguro era él, su mano tembló al sostenerlo, pero debía contestar.

—¡Hola! —dijo con voz temblorosa.

—¿Cómo demonios es eso de que la boda fue cancelada? —gritó histérico.

—No es mi culpa —se defendió—. Tu adorada Naval es demasiado lista

de lo que parece, hizo una maldita escena suicida y arruinó todo...

—Eres una idiota.

—Claro que no... ¿Sigues obsesionado con tu virginal Naval? Cuando sabes que se ha estado revolcando con Cameron Bergenson, el guardaespaldas que le asignó su padre; por lo visto, los gustos de Naval van más allá de lo mero físico, teniendo en cuenta que casi viven juntos y que contigo mostró desprecio y asco...

Por un minuto Madeleine pareció ganar, pero se equivocó.

—Mañana vendrás a mi apartamento, quiero tenerte vigilada; además, veremos qué podemos hacer con esa niñata. —Colgó sin más, Madeleine temblaba, teniendo el celular en mano no dejaba de temblar.

Los primeros rayos del Sol comenzaron a salir iluminando a los jóvenes amantes recostados en la cama, abrazados, con sus piernas enredadas entre sí; el canto de las aves, el olor a pino fresco y la brisa mañanera los obligó a despertar, pero la flojera y sin mencionar la resaca de la noche anterior, hicieron que el dolor de cabeza de Naval se intensificara; ni qué hablar de las repentinas náuseas.

—¡Buenos días! —Sintió el aliento de Cameron en su oído, obligándole a abrir los ojos; se volteó y vio a su joven amor a su lado, pero él se fijó que algo andaba mal con Naval, ya que de pronto abrió los ojos y se lanzó directo al baño a vomitar.

Reed se levantó de inmediato, arrodillándose ante ella y sosteniendo su cabello, mientras arrojaba todo lo que tenía en el escusado.

—¡Dios!... Recuérdame no beber jamás —le dijo poniendo su frente en su brazo, se sentía cansada.

Reed tomó su barbilla y lo obligó a verle, notando sus pronunciadas ojeras, sus labios un poco morados, además de su notoria palidez.

—Creo que será mejor llamar a un doctor.

—¡NO! —Se negó de inmediato—. No es para tanto, Cam... ¿Acaso estoy tan mal, hombre? Tomé tres botellas... Es lógico estar más que mal.

—Vamos... Recuéstate, te traeré el desayuno —La tomó entre sus brazos recostándola en la cama, tenía que decirle sus dudas—. ¿Estás segura de que

solo es la resaca?

Ella parpadeó intentando asimilar su pregunta. ¿Dé qué hablaba? ¿De su enfermedad o de un embarazo?

—Sí... Es resaca.

Por un momento Reed se sintió decepcionado, así que se acercó para besarla, no podía más con las ansias de poseerla, su cuerpo le pedía tenerla de nuevo entre sus brazos, pero se detuvo.

—¡Mierda!... ¿Qué pasa aquí? —La voz de Iona los hizo levantarse de un salto, ambos estaban en ropa interior.

—¡Iona! —dijeron al unísono.

—Una explicación... Ninguno de los dos se moverá de aquí —Dejó la bandeja en la mesa y cruzó los brazos esperando impaciente algunas palabras—. Quiero una explicación.

—Yo soy el culpable, Iona... —mencionó Cam.

—Eso es encomiable... —Comenzó a aplaudir y asentir con la cabeza en señal de aprobación—. Por lo visto, Naval, debo felicitarte, encontraste un chico de verdad... —Sonrió hacia los jóvenes—. Traeré otro desayuno, pero por favor, que sea la última vez que los veo así. Está bien que estemos en una época distinta, más liberal, pero no es para que demuestren esa manera de afecto sin vergüenza alguna y mostrarse en ropas íntimas...

Ambos se mostraron más tranquilos cuando la vieron salir de la habitación, aunque Naval se llevó un gran susto, no pudo evitar sentir el corazón en los oídos, así que se sentó, no quería preocupar a Cameron.

Cuando él giró, vio a Naval sentada, perdida en sus pensamientos. ¿Acaso hizo algo mal?

—¡Naval!... ¿Te encuentras bien? —Quiso acercarse pero Naval era aún más rápida que eso.

—Sí... Creo que será mejor que me dé una ducha... —dijo secamente, sin prestar atención mínima a la expresión desconcertada de Reed.

Se encerró en el baño, llevándose una mano a la frente, se sentía totalmente mal, sentía que su cuerpo se debilitaba de una forma casi anormal,

se miró al espejo, vio sus prominentes ojeras, su palidez y, sobre todo, una mirada carente de brillo; entonces fue el momento en el que sintió miedo, miedo a que descubrieran su mal, debía ocultarlo, no podía ni decírselo a Cameron... Todavía no.

Llevando su mano hacia la pegatina que había debajo del lavabo, y sacando las píldoras que le recetaron, tomó un vaso cercano, lo llenó de agua y tomó una de las pequeñas píldoras que le dieron en el hospital.

Sin poder más, abrió la canilla de la ducha y se dio un largo y extenso baño; estaba relajada a causa de las pastillas, así que esperó a que estas hicieran parte de su trabajo, aunque la tranquilidad era indispensable para llevar su vida a un nivel con más calidad.

Envuelta con una toalla, salió encontrando a Cameron dando un sorbo a su vaso de jugo; estaba tan apuesto en ropa interior a la luz del Sol, haciendo brillar su piel, y al verla le sonrió. Naval se acercó a su amante, quien le extendió la mano invitándola a sentarse en su regazo.

—¿Cómo te fue allí adentro? —le preguntó dándole un beso en los labios.

Dando un suspiro sonrió.

—Me fue muy bien. —Acarició su pecho, notando que tenía una pequeña cicatriz en su brazo; su mano tembló al notar de qué era, pero Cam tomó su mano con suavidad para llevársela a los labios, depositando un beso tierno.

—Fue una bala hace siete años, era joven, tenía 25 años, un... —Hizo una pausa, no sabía cómo explicarle que esa bala iba directa a la cabeza de su amigo Dylan en un operativo que incluía armas, bombas y muchas drogas, pero gracias a Dios tenía chaleco, solo que la bala fue directo a su brazo—. Un incidente, un trabajo que salió mal... Pero no te preocupes... Fue hace años.

Naval se levantó tan rápido que ni Cam pudo detenerla, estaba con la espalda erguida y los ojos abiertos que no pestañeaba; parecía en trance y lo estaba, de pensar que una bala de esas hubiese caído unos centímetros más abajo, hubiera impactado directo a su corazón, no quería eso para él.

—Cam... Cam, por favor.

—¿Qué pasa? —preguntó frunciendo el ceño ante el cambio tan repentino de Naval—. Vamos, desayunemos... Iona trajo el desayuno... —Sonrió.

—Es que... —No deseaba decírselo—. No podemos seguir haciendo esto... Tienes que salir de mi vida... De esta vida.

—Naval, no estás hablando en serio ¿o sí?... —Apretó el puente de su nariz—. Podemos pensarlo un poco más... Podemos hablarlo, como te digo...

—No, Cam... Esa bala, esa bala... Tuviste suerte, pero en este mundo no...

—¿Es eso lo que te preocupa? —Dio una carcajada, abrazando a Naval desde atrás, su corazón se hinchó de tan solo pensar cómo ella se preocupaba tanto por su bienestar; «eso era», pensó Reed, temía que lo mataran—. Naval, fue hace años... Fue hecho en el trabajo...

—Pero puede ocurrir de nuevo...

—No... No pasará. —Cómo explicarle que si se iban juntos dejaría todo por ella, dejaría el riesgo de su oficio, las armas, balas, mujeres, el FBI, todo, todo por estar con ella.

—Cameron puedes decir lo que desees, pero la realidad no cambia... No quiero tenerte más aquí... Es mi última decisión... —bramó ella.

Cameron apretó la mandíbula, llevándose ambas manos hacia la nuca; sin decir más tomó sus cosas y salió de la habitación, dejándola sola; quería irse de la residencia, pero no solo, quería llevársela a ella.

Naval se mordió la lengua, cerró los ojos y se reprendió por llevar al borde a Cam, él solo deseaba alejarla de los problemas y ponerla a salvo; necesitaba pensar, necesita salir de allí, buscar la manera de salir de allí con la vida de Cameron intacta y no en pedazos, ni con su cuerpo sin vida; de tan solo imaginarlo muerto, una desesperación acudió a ella, obligándole a vestirse de manera rápida, y tomando su móvil, marcó el número de Creed, sintiendo su voz roca al contestar.

—¿Cómo estás? —preguntó él.

—Hola, Creed... Bien, creo que bien, pero necesito verte... Debemos hablar sobre cómo sacar a Cam de aquí.

—Está bien... Ve a la heladería de la ciudad, a la que solíamos ir...

—Está bien, nos veremos allí —Hizo una pausa—. Gracias, Creed.

Reed había tomado su ropa del suelo y había salido, pero al estar en medio del pasillo, se reprendió ante la brusquedad de sus actos, maldiciéndose por su torpeza. Ella solo intentaba alejarlo de las balas y el peligro, pero Naval no sabía que eran gajes del oficio, y giró sobre sus talones dispuesto a regresar. Tomó la perilla pero escuchó algo, algo que lo llevó a sus límites; escuchó la voz de Naval citarse con Creed, formó puños y retrocedió, quería saber qué era lo que tramaba con Creed. Acaso deseaba quitarlo del camino, las inseguridades y la conversación de la noche anterior lo atormentaron de nuevo, aunque ella había gritado y aceptado su amor por él, pero no se fiaba de Creed Rise.

Naval se vistió con unos vaqueros y un suéter largo, salió al porche encontrando a Trent, quien al verla supo que debía acompañarla y traer el Lincoln Town negro, y así lo hizo. Naval subió a la parte de atrás, mientras su amigo tomó su lugar detrás del volante.

—¿Adónde, Naval?

—A la heladería de la ciudad, a la que solíamos ir con Creed...

—¿Y Cameron? —preguntó.

—Él no... —Hizo una pausa, negando con la cabeza—. Solo vamos. —Trent asintió con la cabeza, encendió el motor y aceleró.

—¿Puedo saber para qué vas? —dijo el joven viéndole por el retrovisor.

—Creo que tu trabajo de hoy será cerrar la boca y conducir...

—Naval... Estoy hablando como amigo... ¿Qué sucede contigo?

—Lo que sucede, Trent, es que debes aprender a no meterte en ciertos asuntos —inquirió la joven—. Y estoy hablándote como amiga.

Reed, al verlo salir por la reja de la residencia, se llevó una mano hacia la boca, se puso el casco y aceleró, siguiéndoles a una distancia muy prudente; estaba dispuesto a no perderla de vista, dispuesto a saber qué deseaba de Creed y qué harían en esa cita tan misteriosa.

Vio a Naval bajar del auto, le agradeció a Trent, y por su rostro le había pedido que se fuera, aunque se negó en dejarla sola; Naval tan solo le obligó a irse.

—Solo vete, Trent, estaré bien.

—No... Me rehusó a dejarte... —le dijo de pie apoyado sobre la puerta de su auto.

—Vamos, Creed vendrá, necesito hablar con él...

—Entonces me quedo, con mayor razón.

—Vete... No te lo estoy pidiendo a buenas... Te lo exijo.

—Estaré cerca —Abrió la puerta de mala gana—. Sé que Creed es buena persona, pero no me fío de nadie por ahora. —Subió y aceleró, dejándola de pie en la acera.

A esas horas de la mañana la heladería-cafetería ya estaba abierta, tomó asiento en una de las mesas de afuera y pidió un latte de chocolate. Cam estacionó a unos metros, alejado de su objetivo, se quitó el casco y encendió un cigarrillo viéndola a través del humo tan tranquila tomando un latte; dio una larga calada al cigarrillo, lanzando humo por la nariz mientras bajaba los párpados con fría indiferencia.

Pasaron veinte minutos y nada, entonces la vio tomar el móvil y hacer una llamada, pero por lo visto la comunicación no pudo ser realizada. No pudo más, lanzó la colilla, bajó de su moto, caminó a grandes zancadas hacia ella y se acercó a la mesa enfrentándola.

—¿Qué jodidas madres haces aquí? —espetó furioso Cam.

—¿¡Cameron!?!... Yo... yo —tartamudeó—. ¿Qué haces aquí?

—Solo dices eso... ¿Qué es lo que hago aquí? Esperas a Creed... ¿no es así? —Se sentó a su lado.

—¿Escuchaste mi conversación?... —Lo acusó la joven.

—No me cambies el tema. —Sacudió la cabeza, sus cejas formaron una línea baja.

—Por favor, no lo tomes así. —Le suplicó.

—¿Por qué, Creed? —Sus cejas se elevaron hacia el nacimiento de sus cabellos, estaba enojado, demasiado con exactitud.

—Cameron, sabes bien que Creed es parte de mi pasado...

—Tú misma lo has dicho, pasado... Yo soy tu presente y tu maldito futuro...

—No seas todo un prepotente...

—¿Y? —La miró de arriba abajo, Naval se sintió incómoda, además de sentir un revoloteo en el estómago y un calor en todo el cuerpo, enfadándose aún más por sentirlo.

—¡Basta! —respondió ella.

—¿Basta qué? —dijo en tono pausado.

—De mirarme así... Como si fuera algo nuevo, o que algo quieres descubrir...

—Pero eres algo nuevo para mí...

—Pero, de todas formas, deja de mirarme así...

—¿Y se puede saber cómo te estoy mirando?

—Ya te lo dije... Como si fuera algo nuevo, como si yo fuera tuya y de nadie más, como si tú supieras todo de mí...

—Pero eres mía, Naval... Eres algo nuevo, eras virgen y me entregaste ese tesoro preciado, y lo sé todo de ti... Sé todo... Y Creed sale sobrando en esta ecuación.

Naval no dudó por un minuto en reír, así que dio una carcajada sin humor.

—No lo creo...

—¿Entonces algo me ocultas? —respondió con el rostro tenso y los ojos relampagueantes; Reed no entendía por qué todo cambiaba cuando se trataba de Naval, sus celos lo cegaban de una manera atroz, de tal manera que era hasta capaz de matar por ella—. ¿Acaso hay algo que no me quieras decir? ¿Acaso confías más en Creed que en mí?

—Sí lo hay, y no hay motivo alguno para que te lo diga... A menos que tú tengas un secreto que no quieras compartir... Pero tienes razón, hay algunas cosas que aún no sé de ti y me reservo mi derecho al silencio.

—Eres mi mujer... Eres mía —dijo con autoridad.

—No, cariño... Solo mi amante. —Se levantó de la silla, pero en ese momento Reed golpeó con el puño la mesa.

—Pon tu jodido trasero en esa silla; si no lo haces, no respondo de mí,

Naval... —Sus ojos estaban rojizos de la cólera, pero Naval no hizo caso alguno—. ¿¡Naval!?! —Se levantó con tanta furia que hizo caer la silla.

—IN-TÉN-TA-LO —deletreó cuidadosamente, pero no pensó en cómo lo tomaría—. ¡Si puedes, muñeco! —Rodeó la mesa en un segundo, Naval no vio venir su movimiento, además de que asió su codo lastimándole; entonces, de un solo empujón la obligó a sentarse a la mesa.

—Te lo advertí —Naval lo examinó, ya que una sombra oscura cruzó por su rostro y sus labios se pusieron tensos—. ¡Ahora dime qué no sé de ti! ¡Dime por qué cojones te citaste con Creed aquí!

—No es asunto tuyo...

—Claro... Es mi trabajo, es mi deber velar por tu seguridad... ¡Carajo! Creo que eso se sobreentiende.

—Como si yo supiera demasiado de ti, Cameron... No me vengas con esa mierda de velar por mí... No eres nadie... ¿Me escuchaste...? ¡Nadie! —Ante los gritos y las amenazas, la gente se volvía a ver el espectáculo.

—Naval... Estás comportándote como una chiquilla...

—Entonces, qué haces con una chiquilla como yo... ¿Mendigando sexo nada más? —Se arrepintió por un momento de haber dicho semejante acusación. Cam asintió con la cabeza y retrocedió unos pasos.

—Tienes razón... No sé qué me pasó al estar con una niñata como tú... Madeleine es más mujer, lástima que fuese una avariciosa... —Giró sobre sus talones y caminó rumbo a su moto; Naval abrió los ojos, tragando sus lágrimas con puños apretados, viéndole cómo se alejaba de ella.

Ambos no sabían lo que deseaban en la realidad, Naval y Reed mentían para salvarse, para ocultarse, para estar juntos, pero ninguno daba su mano a torcer; ella era una jovencilla confundida, aunque tenía el temor de amar, no quería entregarle su corazón a nadie, no quería que le pagaran como su padre le pagó a su madre, que la humilló, la orilló al escape sin saber que encontraría su muerte unos kilómetros lejos de la residencia; temía que eso le pasara con Cameron, amarlo de tal manera que perdiera la poca cordura que le quedaba, o más bien, el poco corazón que le dejaron al arrebatárselo sin piedad.

Sin embargo, Reed era demasiado celoso y posesivo desde que conoció a

Naval. Por un instante deseó no haber admitido que estaba enamorado de ella, tan enamorado hasta el punto de enloquecer de celos y miedo, miedo a perderla como perdió a su familia, miedo a hierirla de la peor manera, hacerle más daño del que le hacía, y más cuando su misión llegara a su fin. Cómo enfrentarla diciéndole la verdad, cómo irse sin poder siquiera apartarse de ella por unos minutos, alejarse con mentiras o la verdad, ambas solo causarían su odio y repulsión... La amaba hasta la locura y no sabía cómo tenerla, amarla y protegerla sin que él mismo la matara lentamente en el intento.

Naval agachó la cabeza y no le quedó otra alternativa más que seguir esperando a Creed; volvió a llamarle, pero el buzón saltó de inmediato.

—Creed —suplicó; de repente un niño tocó su mano, un pequeño niño afroamericano, muy tierno, con un helado en la mano—. Disculpa, me pidieron que te entregara esto... —Le alcanzó un pedazo de papel con su nombre escrito.

Naval miró confundida al pequeño dándole una sonrisa, temía preguntar.

—¿Quién te lo dio, corazón? —Se acuclilló ante el pequeño para verle mejor y poder escuchar mejor su respuesta.

—Un señor... Se fue por allá. —Le señaló con su manita llena de helado hacia el lado opuesto que Cameron había tomado.

—Gracias, precioso. —Le dio un beso en la mejilla, haciendo que el jovencito de cinco años se fuera contento a manos de su mamá, quien pedía en la barra un café.

Naval se enderezó y buscó con la mirada por cada rincón de la calle, pero era imposible, la gente iba y venía de un lado a otro; con la mano temblorosa, abrió el sobre, encontrando una hoja blanca impresa, no era una amenaza, era una advertencia.

«Confías demasiado en la persona equivocada».

Al leerlo su piel se erizó, además de hacerse un nudo en la garganta que no le permitió pasar saliva; alguien la observaba, alguien trataba de matarle o ayudarle, o simplemente asustarla, pero... ¿Qué conseguiría asustándole? Quizás nada o quizás mucho.

Sin poder articular palabra, intentó calmar sus nervios. Cameron la había dejado sola; quizás sus arrebatos por querer obtener el control estaban

dejándola en una zona desconocida, una zona que ella no conocía.

—¡Naval! ¡Naval!... —sintió su nombre, giró buscando entre la multitud a la persona que gritaba su nombre; entonces vio a Creed en su Audi R8 amarillo; iba a acercarse, pero la placa «Queen3» la obligó a detenerse. Se puso pálida, sin que su cuerpo reaccionara, haciendo un intento hercúleo de poder mover su cuerpo, recordando que era la misma placa, la misma inscripción del auto que intentó matarla el día anterior.

Creed se bajó del auto; al verla tan mal quiso acercarse a ella, pero Naval retrocedió al verle.

—¿Qué sucede, Naval? ¿Acaso no me reconoces? —Le mostró las manos, mostrándole que no tenía nada entre ellas—. Quedamos para hoy... —Sonrió.

—Eso es lo que me pregunto, no te conozco tan bien como pude imaginar una vez; así que aléjate de mí...

—¡Naval!... ¿Acaso te volviste loca?

—Sí... Claro, dilo... Estoy esquizofrénica, pero ¿qué me dices de ti, Creed? ¿No estarás más desquiciado que yo...? Caminas por las calles con una maldita arma siempre cuidándote la espalda. —Creed se quedó impávido, pero estaba tratando de no perder el control.

—Por favor... Naval... No sé de qué hablas, yo jamás trataría de hacerte daño... Por la simple razón de que aún te sigo amando. —Dio un paso hacia ella, pero Naval estaba a un solo paso de pisar la autopista; por un momento perdió el equilibrio, pero pudo mantenerse.

—No te creo...

—¡Por Dios Santo, Naval! Tú sabes todo sobre mí —afirmó en un tono dolido—. Sé que soy aún mejor de lo que imaginas... Necesitas ayuda... Te llevaré a casa y podremos conversar tranquilamente.

—¡NO! Aléjate de mí... —Giró sobre sus talones y salió corriendo; chocaba con algunos transeúntes que le daban la denominación de «Loca», tenía que escapar; sin embargo, Creed no se quedó atrás, comenzó a seguirla, mientras gritaba su nombre como todo un desquiciado. «Creed... Cómo era posible que Creed intentara matarla; por un instante recordó el escabroso episodio de hace diez años atrás; era capaz de todo».

Corriendo hacia un lugar alejado, Naval iba a bajar por una grada resbaladiza, pero unas manos avejentadas y fuertes la sujetaron antes de que cayera.

— Niña... ¿Qué haces?

Levantó la vista encontrándose con unos ojos pardos y avejentados, casi idénticos a sus ojos; la sensación de ver a ese hombre fue como si algo en su interior le permitiera relajarse, como si le conociese de años, pero no era verdad, era la primera vez que lo veía en su vida, o eso creía.

—Ayúdeme... alguien... Alguien...

—Primero... Respira... Respira, estás hiperventilando...

—Alguien... Me sigue... —Respiró hondo, volviendo la vista hacia atrás.

—Pequeña... Vamos... Vamos a ese restaurant, allí podrás respirar mejor...

—¡No!... ¡No!... Usted, usted... —Temía verse involucrada en algo más, temía por su vida y la del amable transeúnte que deseaba protegerla.

—No te preocupes... Soy de los buenos... Aunque estoy en descanso. — Sacó su placa de identificación del FBI, mostrándosela.

—Es que usted no entiende... Yo no soy como las demás chicas a las que usted puede ayudar —Miraba hacia todas las direcciones, viendo cómo Creed se acercaba por una de ellas—. Aunque se lo puedo explicar, si aún está pendiente lo del restaurant.

El hombre sonrió.

—Claro... Vamos. —La ayudó a caminar hasta el restaurant que había detrás de ellos, sentándose en una mesa aislada de ventanas, un lugar íntimo, un lugar privado que dejara a Naval respirar; mientras, Creed no tuvo más opción que regresar por donde vino; frustrado de perderla de vista, soltó toda una retahíla de juramentos por lo bajo, viéndose obligado a regresar a su auto.

Naval cubrió su rostro con una mano, intentando no mostrar la huella del golpe de Madeleine mirando hacia la pared. Se sentía humillada, estaba temblando, pero no de frío, sino de miedo.

—Pequeña... No te he dicho mi nombre. Soy Nolan, Nolan Stromhod...

Así que explícame por qué no eres como las demás.

—Naval... Soy Naval Kapot... Claro que me conoce, o a mi familia; bueno, si se puede llamar familia... Su departamento los ha estado investigando por años.

—¿Y? ¿Qué tiene que ver eso con que estés conmigo? —preguntó tratando de tomar sus manos, pero Naval se apartó de su toque.

—Eres del FBI... Eso es el problema, me matarán si me ven hablando con un agente.

Nolan se alegró de verla, pero al verle leves rastros de golpes, las bolsas debajo de sus ojos, los labios secos y su palidez extrema, sus ojos brillaban por la emoción, pero también por el dolor. Trató de apartar las lágrimas pero fue imposible, una lágrima rodó por su mejilla apartándole de inmediato antes de que ella lo viera en ese estado de depresión; no podía soportarlo, no podía ver cómo había terminado la hija de Dayanne Gibbins, cómo había terminado la hija de la mujer que él tanto amó en vida y después de su muerte prematura.

—Puedo ayudarte —se dijo a sí mismo pero hablando con la voz ronca.

—¿Cómo dice? —Ella le miró a los ojos, sus mismos ojos.

—Puedo ayudarte, puedo ayudarte a salir de ese mundo, a ser libre, a disfrutar de una vida normal... Claro... Si es que lo deseas.

—¿Por qué harías eso? ¿Acaso te gustan las jovencitas? ¿Eres una especie de perverso?

Nolan no pudo evitar dar una carcajada de alegría.

—No... Porque yo conocí a tu madre, Naval... Conocí a Dayanne. —Al escuchar el nombre de su madre se quedó atontada, parpadeando varias veces, suponiendo que era un mal juego, una alucinación, pero no, Nolan Stromhod era real.

Él era el único que podía hablarle de su madre, era el único que podía darle detalles de su madre, hablarle de todo sobre ella y ayudarla a poder encontrar la paz que necesitaba.

CAPÍTULO 25

I'LL BE RIGHT THERE

—Usted conoció a mi madre —Aspiró hondo tratando de tranquilizarse—. ¿Cómo es posible? —Conversaron mientras tomaban un café, necesitaba algo para mantener el calor, para despejar la mente.

—Fuimos amigos, pero todo eso terminó cuando quedó embarazada de ti. Nicolay controlaba todo a su paso, incluyendo a su esposa... Intentaba mantener a Dayanne alejada lo más que podía de todos, incluyéndola de sí misma; sabes muy bien sobre la cláusula de su padre, o más bien de tu abuelo. Nicolay aseguró demasiado bien para mi pensar su fortuna, teniéndote a ti aislada por quince años; tú estuviste fuera del país, nadie sabía de tu nacimiento, hasta que tu padre te trajo de regreso para poder tener su fortuna. En el funeral de tu madre fue donde supe que estabas bien... Luego ya sabes lo demás.

Naval supo en ese instante que su padre era capaz de todo, así que no podía perder tiempo, tendría que salir de sus manos antes de que fuera demasiado tarde.

—Dices que tratarás de ayudarme a comenzar de nuevo, pero ¿estás seguro de que podré rehacer mi vida después de lo estropeada que ha estado? —afirmó en un tono dolido.

—Claro que lo harás, yo te ayudaré a iniciar, yo te ayudaré a seguir... Solo debes confiar en mí.

—Pero yo quiero llevar a alguien... Quiero sacarlo de esa vida antes de que tenga una bala en medio de las cejas.

—Sí... Podremos sacarlo... —Sonrió ante el buen corazón de Naval—. Ahora debemos irnos, te llevaré a casa... ¿Cómo viniste aquí?

—Trent me trajo, pero Cameron... Un imbécil... Me dejó aquí, todo por una cita... —Hizo una pausa, no tenía la suficiente fuerza para decirle que se encamaba con un guardaespaldas—. Un amigo demasiado sobreprotector. —

Prefirió no seguir. Pero Nolan, al ver su expresión, supo de inmediato que Reed Fletcher se infiltró no solo con una misión en específico, su misión primordial era la venganza.

—Vamos a casa, pequeña. —Pagó la cuenta y acompañó a Naval a su auto rojo, un Chevrolet 2014 cruze 2.0 DT. Caballerosamente le abrió la puerta del copiloto para que se acomodara lo mejor posible, rodeó el auto y ocupó su lugar en el volante, encendiendo el motor con rumbo a la residencia.

El camino fue silencioso, pero fue demasiado rápido para Naval, sentía algo por ese extraño al que conoció, como si lo conociera de años, o estaba confundida, ya que su madre confió en él; Nolan era el único lazo que aún podía mantener con su madre.

Naval, al ver que se acercaban a la residencia, hizo que se detuviera unos metros antes.

—Por favor, detente, no quiero que te vean y ni a mí bajar del auto de un policía.

—¿Estarás bien, pequeña?

—Sí... No te preocupes... Gracias por traerme —Se detuvo antes de abrir la puerta—. Quiero decir... Nos veremos... Intentaré estar continuamente en contacto...

—Claro —Sacó una tarjeta de su chaqueta y se la entregó—. Llámame a cualquier hora, yo siempre estaré disponible, pero no le digas a nadie, incluyendo a ese Cameron; ten cuidado... Mucho cuidado de personas como él.

—Gracias. —Se inclinó sobre su asiento, le dio un beso en la mejilla y salió del automóvil; tenía que irse, tenía que alejarse de él para que no lo dañaran.

Sin embargo, ninguno de los dos se dio cuenta de que Nicolay estaba en un Lincoln Town blanco observando toda la escena.

—Sansón, sigamos...

—Pero señor... ¿La señorita Kapot? ¿Qué pasará ahora?

—Ya me las arreglaré... Por lo visto, Stromhod ha regresado nuevamente a nuestras vidas... Y eso solo complicará las cosas. —Al decir eso, Sansón

sujetó el volante.

—¿Debería preocuparme por el bienestar de Naval? —preguntó intranquilo.

—Nada bueno viene de Nolan... La salud mental de Naval está en juego... Vamos, Sansón. —Aceleró, llevando a Nicolay a su destino.

Trent le abrió el portón, pero le llamó la atención.

—Hey... Te busqué como loco, pero te habías ido... Quedamos en que te recogería...

—No es el momento, Trent. —La dejó pasar como era costumbre, caminó hasta el interior de la casa, subió a toda prisa hacia la habitación de Cameron e irrumpió en ella sin tocar, topándose con él justo cuando salía del baño con una toalla colgando de sus caderas, mostrando su verdadero atractivo físico, músculos definidos, abdominales matadores, pero ya no le afectaría, se repitió mentalmente Naval.

—¿Qué haces aquí? —Su tono fue más directo, más brusco.

—¿Qué te pasa, imbécil? —dijo en un tono desdeñoso y la boca con un gesto tosco.

—¿Me preguntas en verdad eso?... —Se encogió de hombros y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Sí, cretino, cerdo, asqueroso... Bastardo. ¿Quién te crees tú para dejarme en medio de la calle? —Tomó el jarrón de la pequeña mesa y se lo lanzó, gracias a Dios que su puntería no fuera certera, porque de ser así, le habría roto la cabeza a Reed.

—Maldita loca... ¿Intentas matarme? —se quejó.

—Ojalá pudiese... —le advirtió con la boca apretada y el corazón martilleando a mil por hora, mientras la terrible sensación de asfixia comenzaba a desatarse, su respiración se hizo dificultosa, así que intentó controlarse antes de que Cameron se diera cuenta de su estado de salud deteriorado.

—Eso no dijiste cuando me suplicaste que me acostara contigo... Pero, sabes, fue eso para mí... Un revolcón...

Naval, sin pensarlo dos veces, caminó hacia él dándole un buen puñetazo en el rostro; no podía creerlo ella misma, cómo se había atrevido a darle un buen rechazazo, además de hacerlo trastrabillar.

Cam volvió la mirada hacia ella, acomodándose la barbilla por el golpe, un golpe muy fuerte debido a la adrenalina que corrió por sus venas; tomó nota mental, recordó que hablarle de sus sesiones en la cama la sacaba de sus casillas, la ponía histérica, pero aun así le agradó la potencia y la fuerza de Naval. Estaba demasiado excitado y quería ver de qué era capaz, pero notó su palidez; intentó preguntarle, pero como siempre, ella se negaría a confiar en él; pero sí confiaba en Creed, eso solo provocó que su ira abarcara límites monumentales.

Lanzándole una mirada de enfado y se acercó a ella con paso amenazador, como un leopardo al ver a su presa, un encanto felino que estremeció a Naval; sujetando sus manos, la lanzó a la cama enjaulándola con sus brazos fuertes y su cuerpo, sosteniendo sus brazos encima de su cabeza.

—¿Qué me pasa? Muñeca, tú no vendrás a hacerme numeritos como esos en medio de la calle, no jugarás conmigo, Naval; me tienes asqueado, primero me buscas, luego me rechazas...

—Con que es eso... ¿Lastimé tu ego ya magullado acaso?

—No... Pero yo te lastimaré más, si es que no dejas de jugar conmigo.

—¿Jugar?...

—Sí, preciosa... Me tienes asqueado con tus malditos tratos raros... Me buscas, me rechazas, me amas, y luego me odias.

—Nunca hubo trucos... Pero tú ¿hablar de amor?... Eso sí que es raro....

—¿Me amas o amas a Creed? ¿O simplemente me usaste para poder llegar a él?

—Con que de eso se trata... Creed. —Sonrió ante los celos de Cameron.

—No, cariño... Nunca he tenido celos, solo que Creed no te hará sentir lo que yo —Se inclinó más hacia ella, juntando su nariz con la suya, intentando jugar con sus labios, mientras Naval abrió la boca deseosa de que la besase, de que le hiciera sentir arder por dentro, algo que Cameron solo podía hacer, algo que solo podía sentir con él—. ¿Te hace desear y arder por dentro como

lo hago yo? —Besó sus ojos, besó la punta de su nariz, bajando por sus mejillas, y estuvo a una distancia corta de aquellos labios que lo volvían loco, pero no deseaba besarla, se mordió el labio y la vio respirar hondo con los ojos cerrados, esperando que él tomase la delantera, pero quería que ella lo hiciera, que ella lo besara, que ella fuese quien le hiciese el amor.

Abrió los ojos, viendo sus labios, sus ojos azules llenos de un brillo socarrón.

—Quítate de encima, Cameron —le dijo con voz inexpresiva.

—Yo no soy un trapo, ni muñeco de niña rica, así que mejor será que te vayas de mi habitación, necesito cambiarme.

—Qué te hace pensar que eres tan especial para mí, tú no eres más que un juguete, no eres nada; si quiero divertirme me lo pensaría muchas veces antes de elegirte a ti... —Trató de luchar, pero Reed la sujetó con fuerza, hasta que sintió su mano en la cadera, aferrándose a ella.

—Muñeca... El que se divertirá seré yo. —Posó su labios en su cuello; Reed tenía que alejarse de ella, debía encontrar la manera de sacarla de su sistema, tenía miedo de que ella descubriera quién era en realidad, todo por sus celos hacia Creed; soltarla fue un gran esfuerzo, una tarea hercúlea, ya que su cuerpo se amoldaba al de ella perfectamente, la deseaba, la amaba con locura, sin embargo una vocecilla interior le advirtió: «Pero Reed Fletcher no ama, solo seduce para tener el control durante algunas horas, para luego desaparecer». Cerró los ojos por un momento, nada de lo vivido era real.

Irguiéndose, la observó con detenimiento, Naval tenía los ojos cargados de lágrimas que no quería soltar.

—Felicitaciones... Te divertirás, pero tú solito, lindo... —Se levantó de un salto lista para salir de la habitación, pero se detuvo en seco y se volvió hacia él—. Quiero que te largues de mi casa... Quiero que hagas tus cosas y te largues...

—Sabes... No entiendo tu maldito afán y obsesión con que me largue de aquí... —Se pasó una mano por la cabeza—. Lo lamento, muñequita... No lo haré.

—Entonces sufrirás las consecuencias de ello... Cameron.

—¿Por no tocarte o por botarte esta mañana?

—Por ser un completo imbécil.

—Siempre lo fui... No sé qué te sorprende.

—¿Sabes qué...? Te arrepentirás... Juro que te arrepentirás.

—No lo creo... Ya estoy arrepentido —juró Cam, viéndola salir de la habitación, dando un impresionante portazo y haciendo retumbar su oídos; Cam golpeó con un puño la cama, no sabía qué hacer con ella.

¿Qué les pasaba a esos dos? Naval lo amaba pero debía alejarse de él, por su bien, sintiéndose siempre dolida por no escuchar de sus labios la palabra que deseaba, la palabra que jamás escuchó de labios de su padre: «amar». En cambio, Reed sabía qué sentía por ella, la deseaba hasta no poder más, pero no iba más allá del mero deseo y excitación, sentía amor por ella, pero ella no demostraba lo mismo, y eso lo exasperaba: que solo lo utilizara, que lo dejara por Creed, temía estar siempre bajo la sombra de Creed Rise.

Naval corrió escaleras abajo, caminó hacia su casa; estaba a punto de entrar, cuando de la nada escuchó su nombre.

—¡Naval! —Se volvió hacia ese llamado, su padre bajó de su auto y caminó hacia ella.

Aturdida por lo que había pasado allá arriba, no tuvo tiempo de pensar qué deseaba su padre, así que se acercó a él.

—Hola... Lamento en verdad el espectáculo que di allí adentro el viernes, lamento que tu boda con Madeleine no se llevara a cabo tanto como tú querías. —Trató de disculparse por entrometerse en ese asunto, pero no lo sentía de verdad, estaba orgullosa de lo que había logrado.

—Quiero que hoy me acompañes a las bodegas, esta noche quiero mostrarte mi trabajo, quiero que seas parte de ello, Naval —No tenía palabras. ¿A qué se debía ese repentino cambio? ¿Acaso había claudicado ante el indicio de fracaso por obtener un hijo varón?—. ¿Naval? —susurró su nombre, levantando su mentón, aparte de acariciarlo para que dejase de temblar por la emoción.

—Es... es... ¿Estás hablando en serio? o ¿es solo una broma de muy mal gusto?

Su padre arqueó las cejas, intentando no sonreír.

—Acaso crees tú que es una broma de muy mal gusto llevar a mi única hija a ver mis negocios, que observe todo, que se ocupe en cierto momento de ello... Ya es hora de que seas parte de tu legado.

—No... No, es solo que... Jamás me pediste que te acompañara, jamás me dijiste nada.

—Bueno, ya es hora de crecer, de madurar; dentro de tres días nos iremos a Colombia, de allí a Brasil y a otros lugares, quiero que vayas conmigo... Creo que es hora de que podamos iniciar de nuevo.

—Pero... ¿La casa? ¿La residencia?

—Se quedará a cargo de Iona y Sansón, ellos sabrán qué hacer... —Era lo mejor, era lo mejor para todos, un viaje para los dos, aunque los motivos de ese viaje iban más allá de una compañía paternal. Tendría la oportunidad de estar cerca de su padre y estar lejos de Cameron, pero ¿a qué precio?—. Alístate para las seis, no vayas con nada provocativo, ve con pantalones no holgados y una camisa; ve como toda una ejecutiva, ve como la hija que eres, ve como mi adorada Navalenka Kapot.

—¡Claro! —El brillo de sus ojos expresaba una emoción indescifrable, por primera vez su padre la quería a su lado.

—Acaso... ¿No abrazarás a tu padre, muchacha? —Extendió sus brazos recibéndola con cariño, recibéndola con ternura, apretándola entre sus brazos, dándole el calor que una vez pidió, que él tanto rechazó darle. Sus brazos le rodearon, su mentón acunaba su cabeza, mientras las manos de Naval se aferraban a la chaqueta cortada a medida de Armani.

—Gracias... Papá...

—Gracias por salvarme de mi miseria, Naval... Además, esta noche iremos a ver a tus tíos; por lo visto, están encantados con ese rompimiento, pero no veo por qué negarles una función de primera mano, cariño. —Nicolay dio un movimiento certero, ya que la aparición de Nolan en la vida de Naval ponía en riesgo muchas cosas, incluyendo su fortuna, pero sobre todo ponía en riesgo su secreto, el secreto que le costó demasiado guardar.

Regresó a su habitación con una sonrisa en sus labios, Nicolay jamás le había propuesto algo así, siempre le dejó al margen de sus negocios, pero había un problema; debía hablar con el doctor antes de poder tomar la

decisión de acompañar a su padre, sus mareos y vómitos matutinos solo le hacían temblar de pensar en las consecuencias de sus actos. Tomó una toalla y se encerró en el baño; cuanto más pronto saliera de dudas, mejor. Se bañó intentando calmar su mal humor, además de quitar la frase de Cameron: «Un revolcón»; cerró los ojos e intentó tragar saliva, pero un dolor agudo le hizo llevarse la mano a la garganta.

—¡Maldición! ¿Gripe? No —se quejó, sabía bien que las etapas de gripe y congestión para ella eran eternas, siempre dolor, malestar, horas sin dormir o descansar, medicamentos a cada instante y cambios de estos al no resultar efectivos.

Se vistió con unos vaqueros y un suéter largo, se hizo una coleta alta y salió de su habitación con las llaves de su auto; bajó pero fue interceptada por Sansón.

—¿Adónde vas?

Dando un respingo al oír la voz de su amigo, se llevó una mano a su acelerado corazón.

—Por qué mejor no me disparas... Casi me da un infarto...

—Eso no responde mi pregunta...

—Voy al doctor... Tengo dolor de garganta y quiero asegurarme de que estaré bien para el viaje con papá.

—Está bien, sube al auto, está afuera...

—Más bien... Te llamaré para que puedas buscarme... Puedo demorar...

—No te preocupes, yo espero...

—Vamos, Sansón...

—Está bien... Está bien. —Rodó los ojos ante la petición de la jovencita.

Naval corrió al auto, abrió la puerta, tomando asiento del copiloto, abrochó su cinturón de seguridad y esperó a Sansón con sus pasos lentos tomar su lugar tras el volante.

—¿Y qué pasará con Cameron? —preguntó Sansón encendiendo el motor.

—¿Qué pasa con él?

—Sabes que irás con Creed, ¿cierto?

—En realidad no sabía que él iría...

—Bueno, Cameron se quedará en la residencia... ¿Pensaste en él y cómo verá tu viaje con Creed?

—Tú también... —Bufó—. Puede pensar lo que desee, ya estoy hasta el copete con sus celos enfermizos.

La risa de Sansón no pasó desapercibida mientras conducía a la ciudad, una risa ronca y estridente.

—Sí... Lo sé... Cameron está que revienta con la sola idea de verte con Creed.

—Lo sabías...

—Claro, Naval... El chico te sigue a cualquier hora... Salió como un loco desquiciado detrás de ti, regresó tan cabreado que prácticamente lanzó su moto —Hizo una pausa—. Lo bueno de todo, Naval, es que él te quiere proteger a toda costa... Incluyendo si tiene que resguardarte con su vida misma.

—Y eso es lo que no quiero... —bramó ella.

—Sabes bien que ese es nuestro trabajo... Protegerte.

—Pero no a costa de su propia vida... Quiero que viva, por eso quiero que salga de la residencia.

—Yo creo que deberías hablar con él, decirle la verdad y poner fin a sus pleitos románticos.

—Cameron es muy testarudo...

—No puedo imaginarme qué tan testarudo es. Tanto como tú... Naval, son la pareja ideal.

Ella sonrió ante su comentario.

—Creo que debería poner en claro mis inquietudes, aunque con él no sé qué esperar luego.

—Sabes bien que con él puedes esperar mucho más —insinuó Sansón.

—Está bien, hablaré con él... Le diré el motivo tan fuerte que tengo para

que se vaya de la residencia.

—¿Crees que yo no sé cuál es el motivo...? —Hizo una pausa volviendo el rostro para verla mejor—. Xavier, Xavier siempre fue el motivo...

—Lo matará... Lo matará... —exclamó asustada.

—No lo hará... Cameron no es idiota... Sabe muy bien cómo pelear, tomar un arma, el chico está entrenado... Yo diría que fue parte de las fuerzas especiales.

—¿Qué dices? —Frunció el ceño ante aquel comentario.

—Cameron está muy bien entrenado... No coge el arma como nosotros, él es más seguro, máxima concentración... ¿Pregúntale de dónde aprendió a disparar a la perfección?

—Nunca... Nunca me fije o di cuenta de que Cameron pudiera estar entrenado.

—¡Dios! —Rodó los ojos—. Llegamos... Ve y llámame en cuanto termine tu visita guiada por el hospital.

—Lo haré. —Sonrió bajando del auto y perdiéndose en la entrada.

Estar sentada esperando al doctor la ponía más nerviosa de lo que estaba; volvió el rostro mirando la habitación y todo el instrumental médico, entonces sintió la puerta detrás de sí, y quedándose quieta vio al doctor caminar y sentarse detrás de su escritorio.

—Buenas tardes, Naval... —Hizo una pausa, abriendo el historial médico de la joven—. ¿Cómo te has sentido últimamente? —le preguntó señalándole la camilla, para que se sentara y auscultarla.

—Bien...

—Desmayos...

—Bueno... Desde esa vez que vine al hospital, no, ningún desmayo —respondió mientras medía su presión.

—Malestares...

—Solo leves mareos y náuseas...

—Por lo visto, tus familiares no saben la verdad...

—No necesitan saberlo, pero más bien quería saber si puedo realizar un viaje indefinido... ¿Habría algún riesgo...?

—Para ello debemos hacer unas pequeñas pruebas y ver si tu sistema ya es apto para el tratamiento, pero tenemos que hacerte una prueba de embarazo... Ya que, si el resultado es positivo, tendrás que interrumpirlo, no podrás soportarlo.

—No lo estoy...

—De todas formas... La enfermera te hará las pruebas pertinentes, tu presión está baja. ¿Cansancio, mucho sueño?...

—No, nada... Solo quiero salir rápidamente de aquí... —dijo exasperada ante tanta parafernalia médica; la enfermaba más de lo que era debido, cerró los ojos y los volvió a abrir en un gesto de absoluta exasperación e impaciencia. En ese momento entró una enfermera, tomó muestras de sangre y volvió a salir tan rápido como entró.

Naval estaba nerviosa. «¿Qué tal si daba positivo?», se dijo a sí misma. «¿Sería quizás maravilloso o quizás algo desastroso?». Un frío la estremeció, aunque la idea de tener un ser que dependiera de ella le daba algo de alegría. «No tendría el suficiente corazón para matar a ese pequeño que espero de Cameron». Sentada en la camilla, entendió claramente que lo amaba; la noticia causaría desastres, pero ella obtendría algo, el amor de un niño o niña, y lo amaría tanto, que le daría su vida por ello. ¿Pero acaso no estaba su vida en peligro, si es que estaba embarazada? ¿Quién se quedaría con el niño? ¿Cameron estaría dispuesto a hacer el rol de padre si algún día le pasaba algo a ella? ¿Nicolay amaría a su nieto? «Claro que no», se dijo a sí misma después de tantos interrogantes; le haría la vida más dura de la peor forma, casi idéntica de cómo Nicolay le hizo la vida difícil y carente de cariño; sin poder más, sus ojos se llenaron de ardientes lágrimas, las cuales rodaron por sus mejillas, cayendo directas en sus manos, manos que estaban posadas en el vientre aún inexistente.

Si fuese positivo, ¿en quién confiaría? No tenía a nadie, Iona no viviría para siempre, sus achaques de la vejez ya estaban en camino más antes de lo previsto; Sansón era el guardaespaldas y él siempre haría lo que su padre le dictara; Cameron, de seguro que no amaría a su hijo, ¿o sí? No sabía la reacción que podía traer la noticia, podría culparla de querer quedar

embarazada; entonces pensó en el único nombre, un hombre que quizás era capaz de ayudarle: Nolan Stromhod.

Antes de que el doctor volviera a entrar, marcó el número de Nolan esperando que contestara.

—¡Stromhod! —respondió con una voz ronca y sin expresión alguna, mientras se sentían distintas voces de fondo.

—¿Nolan?...

—Pequeña... ¿Estás bien? —La preocupación cubrió la línea al reconocerla.

—Yo... Estoy en el hospital... He... No sé si podrás venir, quiero hablar contigo...

—¿Pero estás bien?

—Sí... ¿Puedes venir?

—Sí... Estaré allí de inmediato. —Cuando colgó, el doctor ingresó al consultorio, se sentó detrás de su escritorio y temió hablar.

—¡Naval!... Sabes muy bien que si llegas a estar embarazada, no hay posibilidades de que el embarazo culmine con éxito. Según tu estado, lo veo imposible, puede que pierdas al bebé, puede que mueras en el momento; así que lo mejor sería que abortaras lo más antes posible por tu bien... Aunque saldremos de dudas dentro de unos minutos, así que... Ve pensándolo.

Naval reaccionó de manera tan violenta que asustó al médico.

—Ni crea que lo haré... ¿Sabe qué...? No quiero que usted se responsabilice de nada; si es necesario que firme algún documento donde yo me considere la única responsable, lo haré; no tiene los resultados, así que me niego a tomar una decisión como esa; usted no es Dios, y no tiene por qué jugar con ello, así que... No vuelva a llamar a mi casa, ni se atreva a dar explicación alguna sobre mi estado de salud, porque juro que lo demandaré si usted rompe la relación doctor-paciente y revela mi estado de salud a cualquiera, incluyendo mi familia. —Con las manos temblorosas, tomó su bolsa y salió del consultorio, sin darse cuenta de que Madeleine estaba esperando a ser atendida por un tocólogo.

Al verla casi pálida y temblorosa, la siguió, pero se detuvo al ver al

doctor que la atendió tras salir ella; la conocía muy bien, Naval era muy caprichosa, orgullosa; fuese cual fuese su mal, ella lo descubriría. Se acercó al doctor y no dudó en preguntar.

—He seguido a Naval... Y he visto que estaba muy mal...

—Creo que será mejor que entre... Debemos hablar en privado... ¿Señora? —preguntó dudoso por un segundo.

—Dayanne Kapot... Soy su madre... Me preocupo por ella, aun ahora que se siente mal porque le daremos un hermanito. —Se tocó el plano vientre en un movimiento delicado.

—¡Entiendo! —dijo el doctor con el ceño fruncido, todo comenzaba a tener sentido.

—Doctor... Los análisis de la señorita Kapot... —Una enfermera le entregó un sobre, recibéndolo con preocupación, a lo que Madeleine tan solo sonrió.

Naval salió del hospital, viendo a Nolan que recién bajaba de su auto; al verla fue hacia ella con rapidez y la sujetó de los hombros auscultándola con los ojos.

—Dios mío. ¿Estás bien? ¡Dios! Casi muero cuando me dijiste que estabas en el hospital.

—No... Yo estoy bien, solo... Solo que tengo algo que hacer... ¿Podemos parar en una farmacia?

—¿Por qué? —Se limitó a preguntar apretando los dientes y haciendo que se le marcara bien la mandíbula; temía saber la respuesta.

—Nolan... Creo que estoy embarazada... Creo, no es fijo... No lo sé. —Nolan la estrechó entre sus brazos, abrazándola con todo su amor y comprensión, limitándose a preguntar.

—¿Quién? ¿Quién es el padre? —dudó por un segundo. «¿Quién es el maldito que se aprovechó de ti?», pensó entre dientes, aunque no tenía el valor de mirarla a los ojos; temía saber la verdad, pero su corazón le decía quién se había aprovechado de ella.

—Cameron... Cameron Bergenson, pero no sé si él me ama como yo a él; tuvimos una discusión donde denomina nuestra relación como «un revolcón»,

una noche de aburrimiento; para él no significó nada y no significaría nada este bebé para él... Claro, si es que estoy embarazada...

—No te preocupes; si es el caso, yo te ayudaré con el bebé... No me perdería por nada a ese pequeño... —La abrazó con más fuerza.

—¿Por qué? ¿Por qué está ayudándome? No lo entiendo. —Entre sus hipos y sollozos no podía calmar su angustia.

—Porque yo... Porque yo, Naval... Yo soy —Vaciló por un momento, deseaba decirle, anhelaba poder contarle la verdad y no fracciones distorsionadas de su verdadera historia; abrió y cerró la boca sin poder articular palabra—. Eres como la hija que perdí hace tanto tiempo... Ella tendría tu edad, ella sería idéntica a ti... Por eso, pequeña mía...

—Gracias, gracias... No sabía en quién confiar... Ahora que Nicolay quiere llevarme a sus viajes de negocios... No entiendo su repentino interés en llevarme, pero si estoy embarazada no podré hacerlo... No puedo poner en peligro a mi bebé.

Alejándose de ella, la miró a los ojos; Nicolay quería apartarla una vez más.

—No puedes ir... No debes ir... Si vas no regresarás, fue así como hizo con tu madre, fue así como hará contigo...

—Entonces... Él quizás sabe... Lo cree y quiere hacer lo mismo conmigo como lo hizo con ella. ¿Eso es lo que tratas de decirme? —Abrió los ojos, expresando el terror que sentía al llegar a esa conclusión—. Por favor, llévame a una farmacia. —Sabía perfectamente que si Nicolay sabía de la existencia de un posible bebé, se lo quitaría, se lo arrebataría como hizo con su madre; pero en este caso, ella no lo soportaría, no podría vivir sin tener a su hijo en brazos.

Reed no pudo aguantar más estar en la residencia, no sintiendo el aroma de Naval en su cama, en su habitación, así que tomó su chaqueta y sus llaves; tenía que ver su apartamento de soltero y a su gata.

Llegó a su casa más rápido de lo que él mismo creyó, abrió la puerta y vio a su querida mascota correr hacia a él a recibirlo con un ronroneo; lanzó sus llaves en la mesita de entrada, donde su placa estaba. Se quitó la chaqueta lanzándola en su cómodo sillón y se llevó las manos hacia la nuca, estaba

cansado, agotado física y mentalmente de batallar contra Naval y su ilógica manera de demostrar lo que fuese que demostrara hacia él.

Estaba enfurecido caminando en círculos en su cómodo y pequeño apartamento, hasta que su móvil sonó, era un número desconocido, así que contestó de inmediato pero sin identificarse.

—Diga.

—Querido... Espero que hayas pensado en mí... —Era Madeleine.

—Cómo es que tienes este número —la cuestionó.

—No eres él único que tiene contactos...

—¿Qué quieres ahora? —preguntó con desdén.

—¿Yo?... Simplemente avisarte de que tu querida Naval tiene una relación demasiado afectuosa con un hombre mayor, por lo visto... Vinieron juntos a la consulta del doctor... Para ser exactos, un tocólogo... Sabes lo que significa, ¿verdad?

Reed no pudo aguantar más, deseaba gritarle, pero tuvo que contenerse.

—¡No sé de qué hablas! Estás loca.

—En serio... Yo sé mucho de ella, como también de ti... ¿En tu apartamento todo está en orden?... Creía que debías poner más atención a Naval... Si es lo que sospechas, ¿por qué decírselo primero a ese hombre mayor en vez que a ti?

—Será mejor que no te acerques a Naval, porque juro que te daré una paliza, y no me importará que seas mujer.

—No pensé que te gustara compartir.

—¡Vete a la mierda! —rugió él.

—Ahora que tu joven y adorada Naval está en brazos de un hombre mayor, un hombre que tú conoces, y sé que tú serás quien haga la parte que Xavier desea. —Ante la advertencia, Madeleine colgó dejando en ascuas a Reed sobre Xavier y sobre ese nuevo hombre en la vida de Naval, su Naval.

De pronto nuevamente su móvil sonó, recibiendo una fotografía que sus manos temblorosas no pudieron resistir de la incertidumbre, la cólera y sobre todo la traición; lanzó el teléfono contra la pared haciéndolo añicos; era Naval

en brazos de Nolan, su inocente y dulce Naval, en brazos del viejo Nolan Stromhod...

—Todo cobra sentido —dijo en voz alta, tomando su chaqueta y saliendo de su apartamento.

—¡Creo que necesitarás un espacio privado para hacer la prueba! —le dijo Nolan mientras se aferraba al volante mirándola de soslayo; Naval tenía en sus manos la cajita rosa, temía saber la verdad, temía que todo se convirtiera en una mala pesadilla, en algo que ni ella misma podía controlar.

—No lo sé. —Tenía sus manos sobre su regazo, sostenía la caja con fuerza, ya que quería evitar retorcérselas de manera brutal por el nerviosismo.

—¿Te importaría si vamos a mi oficina? Allí estarás cómoda... Mientras, yo hago unas llamadas.

—Si nadie te dice nada, está bien... Quiero salir de dudas en cuanto antes; además, si es positivo ¿qué haré? —Bajó la cabeza tratando de contener sus lágrimas, pero fue imposible, resbalaron por sus mejillas cayendo en sus manos. Nolan, al ver cómo Naval estaba de afectada, soltó una retahíla de juramentos, iba a matar a Reed, lo haría trizas... «¡Maldito hijo de puta!», pensó.

—Naval... —Apretó su mano con delicadeza, dándole la calidez que ella necesitaba en esos momentos—. Juro por lo más sagrado, por la memoria de tu madre que, si estás embarazada, yo me haré cargo de ustedes dos...

—Pero... ¿Nicolay? —La nobleza de Naval le sorprendió, ya que aún se preocupaba por su padre.

—Él se las podrá apañar solo... Además, no voy a permitir que te separe de tu bebé, así como él hizo con tu madre... No, esta vez. —Volvió su mirada hacia la autopista, mientras sus nudillos se volvían blancos de tanto apretar el volante.

Se mordió el labio inferior ante la presión, estaba asustada, asustada del diagnóstico del doctor, asustada de no poder soportar el embarazo.

—Es algo normal que estés nerviosa... Pero cuando sepas con certeza... Créeme... Todo cambiará, desde el concepto que tienes ahora de la vida, la noticia te hará llorar por un momento ante el miedo de llevar una nueva vida dependiendo de ti, pero luego sabrás que esa sensación es la más

maravillosa... No podrás esperar a tenerlo entre tus brazos... Amar a esa personita sin ni siquiera conocerla oficialmente y preguntarte: ¿Cómo es posible eso?

—Veo que tú sí sabes lo que dices... —Sonrió con los ojos empañados de lágrimas.

—Yo amé y amo a mi hija sobre todo, aunque no pueda estar cerca de ella; sé qué daría todo por protegerla. Cuando supe que venía de camino, deseé tanto tenerla entre mis brazos, deseé tanto que ese día llegara solo para conocerla y besarla...

—Eres una buena persona —Sonrió Naval, sintiéndose más tranquila—. Un buen padre.

Nolan por un momento intentó creerlo, pero sabía muy en el fondo que no era un buen padre, había dejado a su hija en manos de un hombre que no sentía nada de amor por la vida de los demás, fue un cobarde al dejar que Nicolay le arrebatara la vida misma con ese pacto, con un pacto que en realidad era su miedo al compromiso y miedo a afrontar la verdad de los hechos, era ya un padre.

Cuando llegaron a las oficinas, Nolan le abrió la puerta con cuidado escoltándola con una mano en la parte baja de su espalda, haciéndola entrar a un gran sinfín de oficinas acopladas y otras a puerta cerrada. Subieron al segundo piso, aunque Naval sentía que era el punto de miradas, pero tan solo bajó la cabeza y siguió caminando.

—No te avergüences, Naval, no tienes por qué avergonzarte —Abrió la quinta puerta del segundo piso y cerró detrás de él, no quería que escuchasen la conversación; sin embargo Amanda, al verla entrar, sospechó y dedujo que era Naval Kapot, pues había trabajado varios años con Nolan y recordó que su jefe guardaba unas cuantas fotos de ella, las atesoraba y cuidaba y no dejaba que nadie tocara el primer cajón con llave de su escritorio, ya que allí siempre las guardaba. ¿Acaso Nolan Stromhod tenía una obsesión, quizás un romance con una jovencilla?; esbozó una sonrisa y volvió la mirada hacia su ordenador, tenía la respuesta correcta a los rumores que tanto escuchó, y sabía perfectamente a quién afectaría. Reed Fletcher era como un hijo para Nolan, le había criado prácticamente, y saber que ese hombre al cual amaba, al que le era leal, estaba llevando un caso de manera muy personal, y sobre todo por un

Kapot, explotaría.

—¿Y qué pasa si no lo estoy? —Afirmó, mirando a Nolan sentado a su lado y tomando sus manos para confortarla.

—¿Te dolería no estarlo?... —preguntó, dándose cuenta de que Naval deseaba un bebé.

—Creería que sí... Es algo que me gustaría, lo protegería, lo amaría, sería mi todo, pero si no es así... ¿tú?

—Simplemente seguiré a tu lado... Ya sabes mis motivos, así que no hay nada oculto en ellos. —Sonrió, estrechándola entre sus brazos, sabía que estrecharla por breves momentos no recompensaría tantos años alejados, pero podía sentirla viva y no tener ese miedo, ese pavor al despertar cada noche viéndola bajar y pertenecer a la tierra en un ataúd, al igual que su hermosa y adorada Dayanne.

—Lo sé... lo sé, solo que estar aquí, siendo quién soy, es como si traicionara a mi padre.

«Su padre», se reprendió mentalmente Nolan, esa frase le dolía, esa frase lo lastimaba hasta el punto en el que deseaba ver muerto a Nicolay.

—Cariño... Mi pequeña... —La abrazó con fuerza—. Puedes estar tranquila, hay unos servicios higiénicos al final del pasillo, puedes ir allí y tomarte todo el tiempo que necesites... Mientras, yo haré unas cuantas llamadas, y así luego podemos ir a almorzar algún lugar tranquilo para luego llevarte a casa.

Naval asintió con la cabeza.

—Está bien, necesito relajarme. —Aspiró profundamente diciendo con vehemencia. Tomó la pequeña caja y salió de la oficina, pasando por el escritorio de Amanda, quien no pudo evitar ver la pequeña caja; ella sabía muy bien qué eran, ya que en distintas ocasiones al tener relaciones con Reed buscaba atarlo con un bebé, pero ese plan había sido fallido, no podía concebir por más que rompiera los preservativos.

—Una joyita, la pequeña Kapot... ¿Qué dirá Reed cuando se entere de que su jefecito tiene un romance con la espía? —Tomó el auricular, marcando el número de Reed, quien contestó de inmediato.

—¿Qué quieres, Amanda? —respondió con un tono hosco lleno de desdén.

—Querido... Veo que estás de muy mal humor... Pero no creerás lo que vi... Creo que Nolan tiene un amorío, esas aventuras que tienen casi a la mitad del siglo... Tú me entiendes, estar detrás de muchachitas jóvenes...

—Por Dios, si es para eso... Ahórratelo, Amanda...

—¿Seguirías así si te digo que acaba de entrar con Naval Kapot del brazo...? ¿Crees que jamás me enteraría de tu aventurilla con ella?

Reed maldijo primero a Madeleine y luego a Amanda y sus cotilleos, y colgó sin preguntar más detalles; él estaba yendo hacia las oficinas, no era necesario aguantarla, con tenerla que ver unos minutos en la oficina bastaba para aplacar su obsesión y sobre todo su enojo, y aceleró hasta el punto de sentir vibrar su cuerpo ante la velocidad.

Naval entró al baño, utilizando el cubículo para discapacitados, respiró profundo y sacó el pequeño tubito, haciendo exactamente lo que las instrucciones decían; al terminar, salió del cubículo privado y lo dejó a su vista, y mientras se lavaba las manos, sus nervios crecían más al ver el segundero avanzar.

—¿Tanto demoran estas cosas? —Urgió nerviosa ante la respuesta final.

Al sentir la puerta abrirse, tomó la prueba haciéndola a un lado, ocultándola con su cuerpo, y siguió lavándose las manos, pero la figura de Amanda se reflejó en el espejo, que abrió la canilla y se lavó las manos.

—Vaya... Vienes con Nolan, ¿cierto?

—Supongo... —dijo con desdén.

—Eres Naval... Naval Kapot. —Le dio una sonrisa fingida.

—Es demasiado obvio...

—No sé qué dirá mi prometido, Reed, al verte con Nolan... Es como un padre para él y verte muy... —Hizo una pausa significativa—. Muy apegada a Nolan, como que da una imagen muy errónea.

—Veo que esta conversación no es de cortesía... —Se volvió enfrentándola—. ¿Supongo que hay un mensaje detrás de esto?

—Eres muy astuta... —Se volvió de igual manera.

—Pero no tanto como tú... Perra —Se giró sobre sus talones, intentando salir, pero la mano delgada de Amanda le asió el brazo con fuerza. Naval bajó la vista, lanzándole una mirada iracunda a esa mano que intentaba detenerla—. ¡SUÉLTAME! —sentenció.

—No te creas muy lista, cariño... Solo aléjate de él... No te necesita, no necesita tu drama, ni tus niñerías... No eres suficiente para él.

—No tengo ni puta idea de lo que hablas... Así que será mejor que me sueltes antes de que una de las dos salga herida. —Amanda la soltó.

Naval, temblorosa, caminó hasta la puerta pero la última frase de esa secretaria fisgona no pasó inadvertida.

—Ni creas que con ese bebé podrás atarlo y detenerlo.

—Maldita loca —bramó, saliendo del baño y dando un portazo detrás de sí. «¿Dé quién diablos hablaba?», pensó Naval saliendo.

Reed estacionó y bajó de su moto; a grandes zancadas recorrió las instalaciones del FBI, encontrando la oficina de Nolan. Madeleine ya sabía toda la verdad, había descubierto quién era y cuál era el motivo de su engaño; subió las escaleras y abriendo la puerta encontró a Nolan a punto de llamar y, al verlo, sus ojos cambiaron. Con un destello de cólera en la profundidad de sus ojos, la boca fruncida y la mandíbula tensa, no le gustaba nada ver a Reed Fletcher allí y, sin previo aviso, se puso de pie con furia y, al hacerlo, la butaca se cayó hacia atrás, mostrándose violento.

—Te advertí que te alejaras de Naval Kapot... ¿Qué crees que haces? ¿Eh? —Se acercó a Reed con pasos amenazadores, Reed no pudo controlar su boca.

—¿Qué demonios creías que hacías al acostarte con ella? ¡Maldito bastardo!

—¿Qué? ¿Quién diablos te dijo eso? ¿Dylan? ¿Qué? Ahora tú estarás pendiente de mis ligues, de mis revolcones...

—Calla... cállate... Porque si no, yo no responderé de mis actos...

—¿Qué te afecta tanto, Nolan? ¿Qué yo pueda gozar de la vida?... Qué yo pueda gozar de tener a cualquier mujer en mi cama, y tú no puedes... Por el simple hecho que estás viejo... —ladró casi escupiéndole a la cara.

—No me digas, Reed... Celoso de un mocoso aficionado... —No pudo evitar soltar una carcajada llena de menos estridente, más ronca.

—¿Por qué? —preguntó al borde de la locura—. ¿Por qué ella? —gritó enloquecido.

—Le quiero, más de lo que tú podrías —bramó Nolan sin importarle las consecuencias.

—¿Que no te ves en el espejo?... Le triplicas la edad... —Hizo una pausa haciendo un esfuerzo hercúleo de no caminar y romperle la cara a Nolan—. Te respetaba, Nolan, siempre fui leal, intentaba no hacerte quedar mal en cada misión, por el simple hecho de agradecerte lo que hiciste por mí... Pero con esto... Tú... ¡Me das asco!... —bramó el joven desesperado.

—No me vengas con esa mierda... ¿No será por venganza?... Quieres vengarte de su familia de la manera más cruel...

—Eso no llegaría ni a cubrir lo que su familia hizo con la mía... ¿Venganza?... ¡Déjame pensarlo! —gritó—. ¡SÍ!... —dijo en un arranque de furia, ya que no tenía ni la mínima idea de lo que Nolan hablaba, pero quería herirlo como él lo estaba haciendo al pretender quitarle a Naval.

—Reed... Estás cometiendo un grave error... Ella no es una...

—¿Qué no es?... ¿Tan inocente como creí?... —Siguió con sus mentiras—. Me vengué en parte, quería que se sintiera deseada para luego usarla a mi antojo... Desecharla como a tantas... Mi desprecio a ella es más grande aún... Su familia destruyó a la mía... No sé cómo puedes defenderle... Es una zorra como todas... ¿Es eso lo...?

—¡Cállate, Fletcher!... —le advirtió acercándose a él a grandes zancadas y sujetando de manera agresiva su chaqueta; no le permitía que hablase de esa manera de Naval.

—¿Qué pasa, Nolan? ¿Toqué una fina fibra de conciencia? La quieres para ti. ¿Cierto?

—No, maldito hijo de puta... Tocaste algo que te estaba prohibido por ser quien era... ¡Te advertí! Ella era diferente... Ella es mi... —Iba a decirle, pero Reed le interrumpió.

—Pues créeme que disfruté tenerla debajo de mí, haciéndola gemir y

repetir mi nombre... Una y otra vez... ¿Repites tu nombre cuando la llevas al borde o el mío? —bramó con asco de tan solo imaginarlos en la cama.

—¡Reed!... —sentenció con ira—. Eres un hijo de...

—¿¡Nolan!?! —le llamó Naval al verle discutir con un agente; Reed, al escuchar su voz, cerró los ojos obligado a volverse, y Naval se quedó pálida y rígida; la prueba de embarazo se deslizó de sus dedos y cayó al suelo, sus manos temblaban de ira, de dolor y tantas emociones, de las cuales la llevaban a una sola conclusión: el engaño. Trató de articular alguna palabra, pero era imposible, no podía, sus pies parecían estar clavados en el piso—. ¡NO!... ¡NO es cierto!... Esto no puede estar pasándome... Ustedes dos... Tú eres un federal... ¿Tú?... —dijo viendo fijamente a Cameron o Reed.

—¡Naval!... —dijeron ambos al unísono, tratando de acercarse a ella, pero se lo impidió, retrocediendo instintivamente, mientras las lágrimas cubrían su visión y su corazón martilleaba sin control.

En ese momento Amanda entró al despacho, acercándose a Reed, intentando calmarlo o, en otras palabras, dando una clara señal de que ese hombre le pertenecía.

—Cariño... Cálmate... Amor, por favor —suplicó ella, pero Reed se quitó la mano de Amanda de encima.

—¡Naval! ¡Escúchame, por favor! —suplicó, pero ella simplemente retrocedió.

—¡Qué ciega fui! —Tragó saliva sintiendo su boca aún más seca—. Un agente... Un federal...

—Naval... Por favor... —Quería explicarle, deseaba hablarle, decirle que todo era un error—. Intentaba contártelo, iba a decírtelo...

—Mentías... Mentías cada minuto... ¿Y cuándo me lo ibas a decir? ¿Después de que nos fuéramos...? —Tragó saliva, sintiendo que su garganta ardía—. ¿Cuándo me ibas a decir que eres un federal?...

—Juró que iba a dejar todo... Todo...

—¿Y Ella...? —Miró a Amanda, que no dejaba de tocar a Reed.

—No... No... Juro por Dios que no me he acostado con ella desde que te conocí... —Trató de defenderse, pero solo había logrado enfurecer y

confundir a Naval, empeorando las cosas.

Ella tan solo soltó una risa amarga.

—Debería sentirme halagada... O solamente usada como un revolcón de una sola noche... —sentenció la joven dolida, repitiendo la frase, sonriendo sin nada de gracia.

Ambos hombres intentaron acercarse, pero ella los detuvo, no quería saber nada de ambos

—No... —Elevó las manos, negando lo que estaba pasando—. No quiero que ninguno de los dos se me acerque. ¿Nolan?... —Hizo una pausa, señalando a Reed—. Y menos tú... Quien quiera que seas. —Cubrió su boca con sus manos, las náuseas regresaron con fuerza ante toda la conversación que había escuchado. Antes de que los dos hombres pudieran reaccionar, se volvió solo para salir corriendo de allí; los gritos de ambos hombres al gritar su nombre eran opacadas por su propia conversación, donde revelaban todo, y casi cayó en los últimos escalones, pero no la detuvieron de seguir, ya que la discusión seguía entre Nolan y Reed, enfrentándose.

Las frenéticas llamadas de Nolan le llegaban desde arriba, estaba ida, no podía creer lo que escuchó; se había acostado con un extraño, le había dado su virginidad a un desconocido.

—¿Cómo fui tan estúpida? —Al encontrarse en la vía pública comenzó a correr, sin medir su tiempo, sin ver los peligros que la rodeaban, deseó tranquilizar su alterada respiración, no quería caer en el suelo de la calle desmayada por un mal sinsabor; ella era fuerte y sabría cómo salir de ese problema.

—¡Maldición! —bramó Reed; quiso ir tras ella, pero no le fue permitido; sus gritos llamaron la atención de todos sus compañeros, y fue la gota que rebasó el vaso.

—NO te acercarás a ella... Nunca más. ¿Entendiste? —Nolan lo sujetó del cuello, impidiéndole el paso; sus ojos estaban rojos de ira, deseaba matarlo, pero no podía.

—No puedes prohibírmelo... Ella es mía, ella es mi mujer... Siempre será mía. —Le dio un gran empujón a Nolan, obligándole a soltarlo.

—Claro que sí... Puedo lastimarte de todas las maneras inimaginables y

todas serán posibles. —Sin previo aviso, Nolan abrió su brazo izquierdo hacia afuera y dejó caer un golpe en la mandíbula, aterrizando el golpe directo en la cara de Reed y derribándolo.

Las fosas nasales dilatadas, sus ojos ardientes, siniestros y sombríos; se acomodó la mandíbula limpiando los hilos de sangre de la comisura de sus labios.

—Joder, Nolan... —Hizo una pausa—. No quiero herirte —chilló el joven desesperado.

—Ya lo hiciste... Eras como un hijo para mí... ¡Gamberro de mierda!

—Por favor, Nolan... —Intentó calmarse, pero era imposible; sin previo aviso ambos estaban lanzando golpes y puñetes, mientras Amanda retrocedía y gritaba por ayuda, y viendo en el suelo la prueba de embarazo, la pateó hacia afuera levantándola disimuladamente.

—¡AYUDA! —gritó en la puerta, mientras la pelea estaba fuera de control, cayendo cosas y retratos sobre el piso; en ese instante, Eric y Dylan entraron a la oficina separándolos de inmediato.

Nolan forcejeó para quitarse de encima a su mejor amigo, Eric, quien lo sujetaba desde atrás con fuerza.

—Ya suéltame...

—¡Cálmate, Nolan! —bramó Eric.

—No me mancharé las manos matando a un imbécil cerdo como él.

—Ambos cálmense —pidió Eric, al mismo tiempo que Dylan sujetaba a Reed—. No sé qué diablos pasa aquí, pero es una estupidez que causen un revuelo como este en medio de la oficina; esto, señores, es una oficina del FBI, no un mercado ni un bar barato.

—Este imbécil se acostó con Naval... ¡Eric!, con Naval... ¿Sabes cómo me siento? ¿Sabes acaso cómo me siento? Y el desgraciado admite que fue una venganza personal. —Trató de calmar su ira, pero su dolor era aún más grande, mientras sus lágrimas se resbalaban por sus mejillas, lágrimas de dolor e ira.

—Solo lo dije... Por el puto calor del momento... No es así. ¡MALDICIÓN! —gritó ante la frustración—. ¡CARAJO! —juró, todo lo había

hecho para herir a Nolan—. Y tú... ¿Qué diablos quieres con ella?... ¡Ella es mía, Stromhod! —sentenció Reed.

—Fletcher... No sabes lo que dices, ella es su... —Eric estaba a punto de decirle, pero Nolan lo detuvo.

—¡No!... No vale la pena, él no merece saber la verdad. —Llevó ambas manos a su rostro, limpiando sus lágrimas; no tenía tiempo que perder, debía buscar a su hija, hablar con ella y decirle la verdad; intentar explicarle antes de que fuese tarde, y logrando zafarse del agarre de Eric, bajó a toda prisa, mientras su amigo lo siguió.

Eric conocía muy bien a su amigo, sabía que era demasiado atrevido, envalentonado, y no se daría por vencido hasta proteger a Naval Kapot de las garras de quien fuese.

—Nolan, espera... No te precipites, deja que pueda tranquilizarse y podrás decirle la verdad.

—No... Puede ser muy tarde... No tengo tiempo...

—Solo cálmate... Ella debe estar camino de casa.

Dylan seguía aún atrapado con su amigo en la oficina, y mientras lo observaba con una expresión con cierta culpabilidad, Reed había puesto en peligro su trabajo, todo por acostarse con Naval.

—No sé en qué pensabas... Pero te has ganado un enemigo... No sé cómo pudiste hacerle esto.

—Me importa una mierda —rugió—. No me importa... —Se llevó las manos al rostro, desesperado por ir tras ella, pero Dylan se lo impidió.

Su amigo se apartó de él, y negó con la cabeza.

—Nolan es como tu padre, nos dio una oportunidad, Reed... ¿Y tú cómo le pagas?... Te desconozco... O quizás jamás te conocí cómo eras en verdad... Lo siento, pero esta vez yo no pondré las manos al fuego por ti... Se acabó, Reed.

—Nadie te está pidiendo que me protejas... No te necesito... No te necesito... No necesito a nadie —repitió más veces de lo que se pudo imaginar, ya que no quería convencer a Dylan de ello, sino a sí mismo; quiso ir tras Naval, pero su orgullo, su ego de macho se lo impidió, así como sus celos

enfermizos.

—No trates de engañarte, Reed... Lo único que dices es para convencerte a ti y no a mí.

—Tú solo tratas de darle la razón porque es tu tío...

—No, Reed, solo trato de hacerte entender que estás equivocado con respecto a Nolan... ¿En serio lo crees capaz de una bajeza como esa?

—Ya no lo sé... No lo sé... —Se llevó las manos hacia la nuca, no podía pensar con claridad, todo era una nube gris que opacaba la verdad.

—Sabes bien que él perdió a una hija de la edad de Naval... Es... Es solo que quizás le recuerda viéndola.

—Nolan jamás ha llevado un caso de manera personal... —Negó con la cabeza—. Han estado viéndose —aclaró.

—No lo creo... Tu mente está jugándote de una manera retorcida... Admite que le amas y temes perderla... —bramó—. Sé un maldito hombre... Demuestra que tienes cojones, carajo.

Reed se acercó a su amigo sujetando las solapas de su chaqueta.

—Si tratas de enfurecerme, lo has conseguido... Y por un demonio... La quiero... Y ni tú, Nicolay, Creed, y mucho menos Nolan, logrará apartarme de ella.

—Entonces ve a por ella... Si le quieres sácala de allí; su padre se la llevará lejos...

—No lo hará... Sobre mi cadáver —sentenció, girando sobre sus talones, intentando salir; mientras los demás volvían a sus lugares, Amanda corrió hacia él y asió su brazo impidiéndole que bajara.

—Por favor, Reed... Ella no es para ti... —suplicó

—Amanda —Hizo una pausa, intentando relajarse—. Sabes muy bien que lo nuestro solo fue sexo... Pasajero y sin compromiso... Lo dejamos claro, Amanda... Solo era para poder disfrutar de unas noches de soledad.

—Sabes que yo te quiero —dijo al borde de las lágrimas, tentada a entregarle la prueba de embarazo y decirle que era suya, pero algo en su interior la detuvo.

Nolan se detuvo en el umbral de la puerta principal, mientras Eric lo acompañaba.

—No sé qué rayos pasa... Sé que te duele que Reed se haya aprovechado de ella, pero quizás hay una razón... ¿Consentimiento mutuo, tal vez?...

—No solo es eso, Eric... La... Él posiblemente la embarazó... Naval estaba preocupada por ello.

Su amigo se quedó sin habla, no podía creerlo, no podía creer lo que escuchaba.

—¡No puede ser!... ¡Dios santo!... ¿Que ha hecho qué?

—Ya escuchaste... Me llamó preocupada... Puede que esté embarazada... Puede que tenga a mi nieto y que el padre sea el maldito de Fletcher —aclaró sin miedo; por primera vez en su vida no tuvo miedo de decirlo en voz alta.

—¡Maldición! —juró Eric por lo bajo, todo había salido de control— ¿Qué mierda pasa con ustedes?... Tienden a querer a la chica equivocada... O hay escasez de mujeres.

—La historia se repite...

—Y sabes bien que no tiene un final feliz —sentenció Eric.

La buscó con la mirada, estaba desesperado de poder encontrar a su hija, debía ir tras ella, hablarle, explicarle. Entonces la vio a unos metros, no estaba muy lejos y sonrió a su gran suerte. Iba a ir tras ella, pero Eric levantó la vista, dándose cuenta de un Range Rover negro que se acercaba extrañamente hacia ellos; la ventanilla se abrió, mientras un encapuchado sostenía una Skorpion VZ apuntándoles.

—¡Agáchate, Nolan! —Se lanzó cubriendo a su amigo con su cuerpo, escuchando de inmediato la lluvia de balas que cayó sobre ellos, además de los gritos de los transeúntes, que se lanzaban al suelo. Los disparos comenzaban a sonar de manera estridente, chocaban contra el acero de los autos, la pared, hacía explotar una lluvia de yeso, hormigón y madera, sin mencionar polvo y vidrio.

Naval seguía su camino por la calle como una zombi, mientras la conversación se reproducía una y otra vez. Iba a cruzar la calle, justo en el momento en que el semáforo estaba en verde, hasta que alguien la sujetó de la

cintura impidiendo que cruzara; su espalda chocó con un cuerpo duro y grande, que la sostuvo antes de que cayera al suelo.

—Lo... Lo siento —le dijo al desconocido, queriendo seguir con su camino, pero no la dejó, asió de manera ruda su brazo obligándola a volverse y que le viese a la cara; justo en esos instantes, los disparos que se producían detrás de ella no le llamaron la atención, sus oídos estaban tapados, estaba en un shock, además de un trance que no le permitió ver la realidad.

—Veo que estas muy mal... Naval —Esa voz... Esa voz ronca y gutural, era de él, no podía equivocarse; levantó la barbilla de inmediato pudiendo ver que ese desconocido era nada más y nada menos que Xavier; deseaba luchar, pero estaba demasiado agotada para ello; podía correr, pero sin previo aviso Xavier le inyectó en el cuello un tranquilizante, y cayó rendida a su brazos; no había manera de escapar de Xavier, nunca había una salida, jamás la había.

Levantándola entre sus brazos, esperó a que un BMW serie 4 Gran Coupé negro de lunas oscuras, parara en la calzada, y le entregó a Naval a uno de sus hombres, mientras él subía a su lado; al fin consiguió lo que tanto anheló.

Nolan miró cómo Xavier la cargaba y se la llevaba, y sin poder hacer nada, simplemente gritó hasta quedarse afónico.

—¿¡NAVAL!?! —Cubriéndose la cabeza con los brazos de las balas que no paraban; todo era una trampa, era un plan realizado con anticipación, y no había nada en el mundo que pudiera hacer para rescatarla de Xavier.

—¡Vámonos, vámonos! —dijo, volviendo al auto y huyendo del lugar; no había matrícula, no había un pequeño indicio de su paradero después de ese atentado y secuestro.

Los estruendos se escucharon de repente.

—¡Abajo! —gritó Reed, y ordenando al personal que se cubriera, tomó su arma y bajó de inmediato en compañía de Dylan; cubriéndose sintieron los disparos, vieron al auto acelerar, y Reed salió y logró disparar, protegiendo a Nolan y Eric; ambos estaban en el suelo cubriéndose del ataque—. ¡Pide refuerzos! ¡Una ambulancia! —gritó sobre el ruido a Dylan; aunque pocos agentes estaban arriba, no eran de mucha ayuda.

Dylan tomó su móvil y marcó.

—Necesitamos refuerzos en la base de Oregón... Paramédicos, posibles

heridos de bala —Inspeccionó el lugar, y efectivamente había heridos, los guardias que resguardaban la puerta estaban heridos, posiblemente de gravedad—. ¡Maldición, rápido!

Lo primero que le vino a la mente a Reed fue Naval.

—¿Qué pasó? —preguntó encolerizado por demorar, casi gritando aún con el arma en mano, pero era tarde para seguirlos, demasiado tarde, había llegado muy tarde.

—Se la llevaron... Se la llevaron... —respondió Nolan tratando de controlar sus lágrimas, golpeando con los puños el hormigón; la había perdido una vez más, había fallado en protegerla.

—¿Quién? —Observaba a todos lados sin tener una clara señal de su raptor; por lo visto, Reed estaba perdiendo la capacidad de pensar claramente, todo lo que concernía a Naval nublabá su buen juicio, claro... ¡Si es que alguna vez lo tuvo!

Las patrullas y sirenas de las ambulancias se detuvieron en la puerta, ayudando a los heridos. Nolan se levantó y regresó con prisa a la oficina, sabía a quién llamar, debía localizarla, encontrarla antes de que fuese tarde; esperar en ese momento no servía para nada, aunque la policía comenzaba a hacer lo suyo para atrapar a los atacantes, moviéndose rápido.

—¡Eric!... ¿Estás bien? ¿Estás herido? —preguntó Dylan, ayudándole a levantarse.

—Sí... Solo el susto... —Levantó la vista buscando a Nolan, pero este ya había desaparecido—. ¿Nolan? ¿Dónde está?

—Regresó, regresó a la oficina, la policía ya está rastreándolos en estos momentos.

Reed, en ese instante, trató de subir a las oficinas y preguntar de qué se trataba todo eso, por qué el imprevisto ataque a Nolan, la visita de Naval, pero Eric lo detuvo sujetando su hombro.

— Vete, Reed... Ya has hecho suficiente por ahora... Nolan no querrá verte y él no descansará hasta atrapar al desgraciado que se llevó a Naval, y también no descansará hasta verte hundido por burlarte de su... —Hizo una pausa, recordando las palabras de su amigo—. Solo vete —susurró Eric al levantarse.

—Sabes bien que no puedo quedarme de brazos cruzados, Eric —
intervino.

—¿Por qué no puedes? —preguntó—. ¿Por qué? Si acabas de decir que solo fue un revolcón de tantos.

—No, Eric... ¡Por favor! —rogó.

—Entonces no me queda más remedio que este —Dio un suspiro que le llegó a lo profundo de su ser—. Reed Fletcher... Está suspendido por setenta y dos horas por atacar a su superior y armar un escándalo en una oficina gubernamental; hágame entrega de su placa y su arma, retírese hasta nuevo aviso y estudiaremos su caso.

—Eric... ¡Maldición! ¡No me jodas! Estás cometiendo un grave error —gritó enfurecido, pasándose ambas manos por los cabellos en señal de frustración—. ¡No puedes hacerme esto!

—El error fue llevarte a ese caso, pensé que madurarías, pero solo destruiste la operación.

—Aunque sea, solo déjame buscar a Naval... ¡Te lo suplico! —Trató de conseguir algo.

—Lo siento... Fletcher, no podrás arreglar ya las cosas, así que sal de mi jurisdicción. ¡Ahora! —dijo exasperado un ya no tan amable Eric.

—Ya escuchaste, Reed... Vete ya —sugirió Dylan.

—Por favor, Dylan, no me hagas esto tú también... Necesitamos encontrarla.

—Este ya no es un caso que nos concierne a nosotros, debe hacerlo un especialista y SWAT es el indicado para ello —respondió Eric.

—Saben bien que si los llaman, ellos negociarían con los Kapot y los secuestradores, saben bien que Naval no saldrá viva de allí.

—No sé el porqué de tu repentino interés... Dejaste claro que no la amabas, dejaste claro que ella solo fue una más en tu gran lista de amantes sin derecho a una segunda oportunidad... Pero Naval ya no es nuestro problema. —Esas palabras, aquellas que Eric le soltó sin la menor duda, hicieron que Reed valorara por primera vez en su vida lo que tenía, que viera y supiera qué deseaba de ella.

—Entonces iré a hablar con Nolan... Él... Él quizás —sugirió, pero solo logró exaltar aún más a Eric.

—Fletcher, sal de mi vista ahora mismo, o si no, estarás despedido —gritó.

Sin más remedio que resignarse, asintió con la cabeza y regresó enervado hacia su moto; debía pensar, quizás recapacitar y encontrarla antes de que fuese tarde.

CAPÍTULO 26

TRIGGERED

Nicolay observó el reloj por enésima vez, su cita con Naval estaba retrasándose más de lo debido.

—¿Cómo puedo esperar a que venga? Si jamás le presté la debida atención. —Estaba frente a su ordenador; en ese instante, tomó el intercomunicador intentando llamar a Iona y poder preguntar dónde estaba su hija, pero al parecer el destino conspiró en su contra; colgando al verla entrar con el rostro lleno de una preocupación, su instinto le dijo todo.

—Señor, lo siento... Pero se ha metido a la fuerza. —Trataba de detener a Madeleine; ambas mujeres luchando para poder llamar la atención de Nicolay.

—¿Qué ocurre aquí? —Se levantó con brusquedad, observando a las dos mujeres que estaban delante de él—. Si esto es una broma, Madeleine, no tiene nada de diversión... Te pedí de buenas maneras que te largaras de mi casa y de mi vida.

—Como siempre, tan egoísta y tan intransigente... Pensando que el mundo está bajo tus pies, Nicolay... Pues tendrás que despertar, muñeco —le gritó con desesperación, dejándolo anonadado por unos minutos.

—¿Qué buscas aquí? No tienes nada que hacer en esta casa... Lárgate de inmediato... —Gesticuló furiosamente con las manos, mostrándole la salida.

—¿Estás seguro?... Por qué no levantas el teléfono, escuchas lo que dicen y te sacaré de tu burbuja de ensueño. —Esbozó una sonrisa, viéndose la malicia que traía encima.

—No sé de qué demonios hablas, pero será mejor que te expliques, o sino, lárgate antes de que cometa una locura por tener que ver. —En ese instante, el teléfono de su estudio sonó y Nicolay miró el teléfono como si fuese de otro mundo; sin explicación alguna ante la llamada, cerró los ojos, pues sabía perfectamente de qué se trataba.

—¿No vas a contestar, querido? —Tomó asiento en unos de los sillones.

Al ver que Madeleine estaba más que propuesta a hacerle la vida a cuadros, no tuvo más remedio que contestar.

—Hable...

—¡Nicolay!... —Era la voz de Xavier.

—¿Qué quieres? —dijo con desdén, reconocía esa voz.

—Anda, Nicolay... ¿Es así como saludas a los viejos amigos?

—Xavier... No intentes manipularme...

—Entonces... Al grano —Hizo una pausa—. ¿Acaso no ves que te hace falta algo...? ¿La casa no ha perdido algo?

—No sé adónde quieres llegar, Xavier...

—Me doy cuenta de que ni siquiera te interesa. —Se mofó de su contrincante.

Al percatarse de la ausencia de su hija, tapó el auricular y le informó a Iona.

—Vaya a la habitación de Naval... Búsquela, debe estar en la casa.

—No... No está, señor... Salió —respondió mamá con los ojos llenos de preocupación.

—Creo que ya te diste cuenta de que te falta algo... Si quieres verla, tendremos que hacer un trato...

—No estoy dispuesto a hacer un trato contigo...

—¿Tratarás de jugar con la vida de tu hija...? ¡Qué buen padre eres! Madeleine te dirá todo... Así que, por tu bien, o más bien, por tu hija, te conviene cooperar. —En ese momento colgó.

Nicolay tenía la boca apretada, se frotó la mandíbula con un súbito gesto de cansancio; lo desconcertante de todo eran los escalofríos que subían por sus terminaciones nerviosas, estaba en manos de Madeleine, estaba en manos de Xavier, y con ello estaba perdido.

—Veo que has perdido las palabras, Nicolay... Vaya sorpresa.

Sin pensarlo dos veces, avanzó hacia ella con un rostro impasible, cargado de ira; ella dio un salto, obligándose a sí misma a levantarse y retroceder, siendo testigo de una faceta secreta de Nicolay Kapot; habían acertado, su punto débil era Naval.

Sin más, le asió los brazos con brusquedad, sacudiéndola.

—¿Dime dónde está mi hija?... Maldita zorra. ¿Dónde está mi hija?

Madeleine se retorció entre sus brazos, y tratando de liberarse, consiguió que Nicolay la empujara, trastabilló y cayó al suelo sentada; la había humillado por segunda vez, y esta vez él pagaría por ello.

—Vuelve a hacerlo y llamaré a Xavier para que le dé un disparo en la cabeza... Créeme, lo hará con gusto.

Tenía ganas de golpearla, pero se detuvo, no podía permitirse que la ira influyera en él, trayendo graves consecuencias, así que no le quedó más remedio que apretar sus manos en puños, clavándose sus propias uñas, controlándose antes de hacer una locura de la cual podía arrepentirse después.

—¿Qué quieres a cambio de su vida?

Se levantó con delicadeza; por lo visto, Nicolay había perdido su caballerosidad, así que solo se permitió escuchar.

—Xavier quiere que hagas una transferencia a su cuenta personal... Ya sabes cuál, y le traspases los negocios de Colombia y México, así como darle un porcentaje de todos tus negocios... En otras palabras, quiere convertirse en socio, accionista, poder mandar. —Al ver su rostro pálido y la mandíbula tensa, supo que Nicolay sufriría más de lo debido.

—Sabes que eso llevará tiempo... ¿Cómo sé que ella aún vive? ¿Cómo sé que ella está bien y no le ha hecho daño?... —Gesticuló con las manos—. Sabes muy bien la obsesión que tiene Xavier por Naval... Así que, ¿cómo creerte? —Aspiró hondo, manteniendo el control.

—Nicolay... Mi amado Nicolay... ¿Crees que Xavier la quiere después de cómo se ha estado revolcando con Cameron...? ¿Crees que la querrá ahora?... —Esbozó una sonrisa maléfica, sacando de su cartera los análisis de Naval, entregándoselos a su exprometido—. No solo salvarás la vida de tu hija, sino de un ser que es inocente. Salvarás dos vidas.

—¿De qué hablas? —Frunció el ceño ante la consternación y declaración de Madeleine.

—Tu hija y tu nieto no nato.

Nicolay tragó saliva, abriendo los ojos como platos y llevándose la mano al pecho; había fallado en todo, en proteger a su esposa, en proteger a su hija, y ahora, la vida de dos seres estaba en sus manos; mirando el sobre como algo peligroso, lo tomó con mano temblorosa, temiendo ver el contenido de aquel sobre blanco.

—Ve por ti mismo... Te darás cuenta de que la obsesión de Xavier ya se desvaneció... Te aseguro que no tendrá motivo alguno para retenerla junto a él después de su pequeño desliz...

Él abrió el sobre y leyó su contenido, era una prueba de embarazo, era positiva.

—NO... eso es imposible... No... Esto es mentira... —Trataba de negarlo, trataba de hacerle parecer una mala jugada, una intervención maléfica de Madeleine; sabía que Naval era mucho más lista que eso, le había hablado, le había preguntado; no, jamás tuvo tiempo para hablar con ella de nada.

—¡Pero no termina allí! Es peor aún... Cuando el padre del niño no es quien aparentó ser, su nombre es Reed Samuel Fletcher... Y adivina, la historia se vuelve a repetir... ¿Coincidencia? ¿Destino? ¿O simplemente castigo? No lo sé... Pero Reed es agente del FBI; departamento que, por lo visto, conoces muy bien, y sabes muy bien de que hablo, Nicolay.

—Deja de hablar... ¡Calla!... —Se puso rojo de ira—. Tu ponzoña es venenosa... Peor para ti... Peor... Ten cuidado, pequeña víbora, no vayas a morderte la lengua y mueras con tu propio veneno, maldita... —Apretó los análisis, haciéndolos trizas con sus manos. «¿Cómo podía ser?»—. Ya has cumplido con tu cometido, darme la intranquilidad, darme el peor de los males y las desgracias, perder a mi única hija, ¿cómo perder a mi nieto...? Dile a Xavier que lo haré lo antes posible... Esperaré instrucciones...

—Así me gusta... Qué seas dócil, sumiso; por fin consiguieron que Nicolay Novak Kapot bajara la cabeza... Al fin has sido derrotado...

—Preferible por un desconocido, antes que mis propios hermanos... Ustedes solo querrán dinero... En cambio, ellos reclaman su vida...

—Quizás trabajen en el mismo bando... —Se giró sobre sus talones y se retiró del estudio, así como de la mansión, dejando a un Nicolay derrumbado, un hombre que perdió la confianza en sus negocios, y la fe en un futuro, había perdido todo.

Madeleine se pavoneó por la casa, casa que iba a ser suya, consciente de la mirada inquisitiva de los guardaespaldas de Nicolay, que vigilaban cada uno de sus movimientos, llegándose a preguntar qué hacía ella allí después del escandaloso rompimiento. Ella no podía evitar sentir el triunfo; ante la humillación que sufrió a manos de Naval, estaba costándole caro a ambos; juró una venganza y la estaba llevando a cabo con la mayor de las satisfacciones. Había cumplido con su objetivo la muy astuta, así que enderezó los hombros y alzó la barbilla; con ojos brillantes de satisfacción y con paso seguro fue hacia el automóvil que le esperaba en la entrada de la casa.

Nicolay estaba aún de pie ante la presencia de Iona. En ese momento se oyó el inconfundible ruido de cristal estallando en pedazos. Nicolay había tomado el retrato de su esposa junto a una Naval recién nacida, lanzándolo hacia la pared, haciéndole estallar en miles de pedazos.

—¡Maldita!... Maldita seas, Madeleine, has arruinado mi vida... Espero que ni en la muerte puedas estar tranquila —sentenció.

Nicolay no podía hacer llamadas, sería arriesgado, conocía muy bien a Xavier y él tenía todos sus puntos amenazados; salir sería una opción, pero lo conocía demasiado bien, Nicolay jamás salía sin escolta y sin chófer, aunque esta vez tendría que hacer una excepción. Toda la culpa la tenía una sola persona y la enfrentaría, así como hizo hace más de veinticinco años.

—¡Señor!... —dijo en un susurro Iona; por lo visto se había quedado allí contemplando el espectáculo, así como la conversación; le había roto el corazón a la anciana el saber que su niña estaba embarazada y en riesgo de muerte; hacía que la situación fuera aún más terrible y difícil de controlar.

—Dile a Sansón y a los demás que se preparen y, mientras lo hacen, quiero el BWN blanco polarizado y blindado, sin chófer, sin escolta... Será una noche ajetreada...

—¿Pero señor... la niña? ¿Cómo la rescatará?

—Tendré que hacer algo que jamás pensé hacer... Pedirles a mis hermanos que me ayuden... Aunque sería para ellos conveniente que Naval muriera...

peor aún si se enteran de que un nuevo heredero Kapot viene en camino.

Ante el comentario, la anciana caminó a paso rápido hacia su jefe, tomándolo de su chaqueta, suplicante.

—No te arriesgues, Nicolay, ni a Naval... Ve donde tengas que ir, excepto donde tus hermanos; harán más pronta la ejecución con ellos de tu lado...

—Entonces ¿qué me pides, Iona? —gritó desesperado, llevándose las manos hacia la cabeza, despeinando sus cabellos.

—Ya sabes a quién acudir... Sé que él tiene algo que ver con Cameron... O como se llame... —Tomando sus manos junto a las suyas, como muestra de apoyo—. Tráela de vuelta... Sabes bien que si no lo haces, mi corazón no resistirá la pena... Él es el único que puede ayudarte sin miedo... Porque sabes bien que él daría hasta su alma por traerla con vida.

—Iona, sabes bien que esta vez todo está fuera de mis manos, por eso sabes qué hacer.

—¿Y de qué sirve eso? —Iona se giró sobre sus talones y dejó a Nicolay pensativo... ¿A quién acudir? ¿Al enemigo que pensó que era su amigo, o a sus hermanos que siempre fueron los buitres que trataron de apuñalarlo por la espalda?

No tuvieron piedad con Dayanne, la mataron aun sabiendo que esperaba un nuevo bebé, pero no sabían que ese bebé era producto de su antiguo amorío que seguía actualizado sin que él lo supiese... Aunque la llegada de ese bebé era tan dichosa como el de Naval, era aún mejor, ya que tenía cinco meses de gestación y era un niño; ese niño heredaría todo, heredaría la fortuna Kapot.

Tomó su chaqueta y se la puso, se peinó con los dedos, para luego acomodarse bien el traje cortado a la perfección. Aunque sus ojos cansados mostraran lo contrario, podía valerse por sí mismo, sacó el arma que siempre tuvo, esa Desert Gold Eagle con su nombre grabado, revisó si aún estaba cargada, guardándola en la parte trasera de la cinturilla de su pantalón, tomó la SIG SAUER P238 plateada, guardándola en su pantorrilla como arma de apoyo; debía ir lo más seguro y preparado posible, pues con Xavier era pisar terreno peligroso, era pisar tierras movedizas y solo complicaba el rescate de su hija; se volvió hacia su estudio, observando cada detalle de esa habitación y suspiró llevándose ambas manos hacia el rostro con manos temblorosas, algo en su interior le decía que las cosas no podían ser peor.

Caminó a paso erguido hacia la puerta y salió de su hogar, aquella casa que fue suya por casi 48 años; a grandes zancadas hizo sonar la suela de sus costosos zapatos, mientras el Sol del atardecer golpeó su rostro al abrir la puerta principal, haciendo de sus ojos aún más azules de lo que eran, encontrando a Sansón y su gente preparándose para una batalla infernal, sacando y probando sus armas, todo había sido muy bien escuchado.

—Señor, su auto ya está listo, lo registramos y está limpio —le dijo Sansón—. Cualquier cosa... Cualquier cosa, señor... Estoy a su disposición... Le ayudaré a encontrarla... —Nicolay observó a su fiel amigo, dándole una sonrisa, una sonrisa que no llegó a sus ojos; tomó su lugar en el volante, arrancó y se fue del lugar, dejando solo una nube de polvo y grava; mataría a quien fuese... incluyendo a sus hermanos.

Condujo hasta estar fuera de su propiedad, su mente no estaba del todo clara, aunque sabía que si Nolan era culpable de esa charada en la que vivió su hija, sería él quien pagaría las consecuencias de ello, sería quien pagase por meter a ese idiota a su casa, a su vida y a su cama... Había repetido la misma historia; ante su impulso, golpeó con fuerza el volante; las curvas y el clima predecían mucho de ese día, iba a ser el más largo y tétrico.

—¡Qué Dios me ayude! —suplicó siguiendo su camino, acelerando y haciendo rugir el motor de su auto último modelo.

Nicolay estaba tan ensimismado en cómo poder lidiar con esa pantomima, que no se dio cuenta de que había llegado a su destino. Estacionó como pudo en una parada, abrió la puerta y rodeó su auto dirigiéndose a la puerta; entró a las oficinas como todo un personaje imponente. Proyectaba un poder animal, un magnetismo físico, Nicolay era un poderosos magnate, un hombre de negocios que era cruel con sus oponentes y enemigos, no daba su mano a torcer, además de que nunca se le vio tan rendido como ese día; aunque intentaba proyectar ser el mismo hombre seguro y decidido, sus ojos decían lo contrario.

Caminó por los largos pasillos del departamento del FBI, todo el mundo se ponía en pie solo para verlo mejor, nadie podía dar crédito a lo que veía, al gran mafioso de Oregón, al ruso Nicolay Novak Kapot caminar por las instalaciones federales; era una locura, todo ese día había sido una tremenda locura. Subió las gradas de manera automática, erguido, sin curvar la espalda, sin mostrar un solo movimiento que le hiciese débil o vulnerable; con su

mirada indescifrable y gélida, solo demostraba problemas, dando lo mejor de sí como siempre, y estuvo de pie delante de la puerta que tenía el nombre grabado del hombre que le arrebató todo hacía 26 años y lo volvía hacer nuevamente.

Sin poder evitarlo la abrió de un solo golpe, viendo a su rival de amores avejentado y cansado detrás de un escritorio, con el teléfono en una mano y con la otra sujetando su frente cansada. Haciendo todas las llamadas posibles, había contactado a la policía aérea para que pudiera ubicar el automóvil, pero sus intentos, tanto en tierra como en cielo, eran con resultados nulos; Naval había desaparecido de la faz de la tierra.

—Te dije que te mantuvieras alejado de ella... —gritó a todo pulmón, cerrando la puerta detrás de él con tanta fuerza que hizo retumbar hasta los cimientos—. Te lo advertí, Nolan...

—¡Nicolay!... —Se sorprendió al verlo, pero intentó guardar la calma—. No vengas a gritar a mi oficina... Créeme, estoy igual de desesperado que tú por encontrarla.

—¡Claro! Se nota... Estás tan preocupado que no dejas de estar llamando por tu maldito teléfono, sentado en tu maldita silla de detective... —Golpeó con sus puños la mesa del escritorio, debía deshacerse de tanta tensión, era insoportable.

—Nicolay... por favor... —Se levantó de su silla, poniéndose frente a frente con su oponente—. Yo estoy más afectado que tú... Tú me quitaste todo, me arrancaste de su lado, yo debía escuchar cada mañana esas palabras, pero tú ni siquiera te sientes orgulloso de ellas, te envidio, te odio... Daría lo que fuese porque ella me quisiera como a ti, pero tú no tienes ese sentimiento, naciste sin ese sentimiento, no eres capaz de amar, nunca amaste a tu esposa, nunca amaste a su hija, como nunca amarías a mi otro hijo.

—¿Tú qué sabes de amar?... Solo te encontrabas con ella para revolcarte y luego dejarla de lado... No luchaste, eres un cobarde, siempre lo fuiste...

—Pero cómo podía vivir con ella si estaba casada y no le concedías el divorcio... Nos arruinaste a todos...

—Habla por ti mismo, Naval es mi hija y lo será siempre, ella es todo para mí, y eso jamás lo entenderás porque ¡TÚ NO TIENES HIJOS! —dijo con determinación y la mirada inexpresiva.

—Calla antes de que te mate...

—Abusando de tu poder como federal. ¡Nolan!... No me provoques.

—Vete a la mierda, Nicolay... —La discusión comenzó a tornarse violenta y ofensiva.

—¿En serio!... Dices que la quieres... ¿Y qué hiciste? Pusiste en su cama a un desconocido... Naval se enamoró de ese bastardo, pero juro que si lo veo lo mataré —bramó enfurecido.

—¿Crees que le pedí que sedujera a Naval?... Qué equivocado estás; le advertí de no acercarse a ella, pero el desgraciado no hizo caso... ¿Qué querías que hiciera? El chico tiene un historial con tu familia, Svystoslav fue culpable de la muerte del único pariente vivo del chico... ¿Cómo quieres que se sintiera?

—Yo no lo hice... Y no tenías ningún derecho de poner en riesgo la vida de Naval.

—Pues por lo visto siempre intentabas tapar el sol con un dedo... Tus hermanos son unos malditos hijos de puta... —sentenció.

—¿Crees que no lo sé...? Mataron a mi esposa y... —Hizo una pausa significativa, no quería repetir las palabras de esa noche. Entonces Nicolay ató cabos, no le había dicho a nadie aquel secreto que ambos guardaban con su propia vida—. Él no sabe la verdad, ¿cierto?...

—Qué crees, que voy caminando por la calle y gritándolo a los veinte mil vientos. Me sorprendes, Nicolay...

—Debías advertirle, debías decirle la verdad... Que guardara el secreto... ¿Sabes el daño que le harán a ella y al bebé?, ¿acaso no has pensado en mi nieto...? ¡En mi nieto!... —gritó.

Nolan se quedó sorprendido ante la confesión, preocupándose aún más.

—¡Calla!... No quiero escucharte más, Nicolay... Ella también es... Dios, no me hagas decirlo...

Nicolay esbozó una sonrisa cínica.

—No tienes las agallas, nunca las tuviste, no tienes los cojones para admitirlo... Nunca fuiste un hombre.

—Me hiciste jurar que no debía decir nada... Yo no rompo una promesa...
—habló arrastrando las palabras, sujetando las solapas de su chaqueta obligándole a callar, pero Nicolay jamás era intimidado, tenía los nervios de acero.

—No me vengas con esa mierda barata... Rompiste tu promesa al hacer entrar a ese idiota a mi casa... a su cama...

—Yo no te pedí que le abrieras la puerta... Tú lo contrataste... Tú tienes la culpa de todo.

—Pero tú lo mandaste... Pusiste en riesgo la vida de mi hija...

—No hables de riesgo... Tú eres el que más daño le has hecho, la golpeas, permitiste que trataran de violarle... No eres un buen padre, Nicolay... Nunca lo serás.

—Algo que tú jamás serás... ¡Un padre!... —rugió.

—No hables... No hables... —Trató de controlar su furia, sus ojos pardos brillaban con odio, mientras las lágrimas ardían en la comisura de sus ojos y sus manos no dejaban de temblar, aunque Nicolay se esforzaba para quitarse las manos de su enemigo de encima.

—Yo le di todo... Ella es lo que es gracias a mí...

—Pero es infeliz... No tiene amor en su vida... El cariño de padre, la comprensión de un padre... De una verdadera familia... Solo pedazos una falsa historia.

—¿Y que gana uno con comprensión y amor...? Cuando el dinero es el que te da la estabilidad necesaria para vivir, para seguir, el dinero lo compra todo...

—Menos la felicidad... Eso jamás se puede comprar, ya que no tiene precio... Y está demasiado alto para tu bolsillo.

—¡Nolan!... ¡Maldición!... —Nicolay se dio cuenta de que todos los empleados miraban sorprendidos la escena de ese diálogo violento.

—Dejemos esta escena para después... Lo primordial es que me ayudes a recuperarle... No puedo contar con mis hermanos... Nunca conté con ellos.

Nolan hizo un esfuerzo hercúleo al soltarlo; al hacerlo, Nicolay se arregló

el traje tratando de borrar las arrugas.

—No puedes contar con ellos, Xavier Scott está ayudando a Svystoslav y Boris... Todo es una trampa...

—Y tú contribuiste con ello. —De la nada un carraspeo llamó la atención de esos dos titanes en medio de una lucha; Eric estaba apoyado en la puerta entreabierta, asomando la cabeza.

—Señores... Bajen la voz... Medio departamento ya sabe todo...

Nicolay murmuró palabras ininteligibles en ruso, mientras Nolan se volvió a peinar con las manos; ambos estaban preocupados, hasta que un joven entró de inmediato en la oficina pasando por el lado de Eric.

—Nolan, tienes que contestar, esta llamada es para ti.

Sin saber quién era, tomó el auricular entre sus manos, contestando.

—Stromhod...

—¿Nolan?... ¡De años!... —dijo una voz ronca.

—Identifíquese... —ordenó.

—Vamos... ¿No estás de servicio o sí?... Ah, me olvidaba, de seguro estás tratando de encontrar a Naval... Pobre, tan asustada... Mira que Nicolay y tú ya están viejos... Ya serán abuelos... Naval es preciosa, su hijo será bellissimo, lástima... Pero si siguen al paso que van... No creo que Naval dure mucho en mis manos...

—No te atrevas a tocarla, maldito —rugió Nolan apretando el teléfono entre sus manos; en ese momento Eric interceptó el teléfono, ubicándolo a cuatro manzanas de donde ellos estaban.

—Lo tenemos... Dick, Morrison, lleven a su equipo, está a cuatro manzanas de aquí, podrán ubicarlo; es Xavier Scott, de seguro está armado... Muévanse, señores... Muévanse... —Un equipo salió de inmediato a buscarlo.

—Naval es tan hermosa... Su piel tersa, blanca, dulce como la miel... Esperando a ser probada por alguien con experiencia...

—¡Malnacido!... ¡Te encontraré!... ¡Me oíste?... ¡Te encontraré! Dejaré mi placa a un lado y te destriparé... Te mataré —chilló desesperado.

—¿Qué coincidencia! Hace años en la misma situación... Dayanne a la espera de un nuevo descendiente y luego su hija esperando a un bebé... ¿Destino? ¿Coincidencia? ¿O solo un premio de consolación? Digamos que puede ser también un castigo —Soltó un suspiro fingido ante la tristeza y desesperación de Nolan...—. Nos veremos pronto, Nolan.

—¿Xavier!... ¿Xavier!... —gritó, pero era demasiado tarde, ya que había colgado.

—¿Qué te dijo? —preguntó ansioso el padre de Naval—. ¿Qué quiere ahora?

—Solamente quiere jugar con nosotros... —Los músculos de su espalda se tensaron de tan solo imaginar a Xavier tratando de cumplir sus amenazas pasadas; estaba obsesionado, ansiaba tocarla, hacerla suya, pero Reed Fletcher se le había adelantado, esta vez el daño sería colateral; si Naval moría, también lo haría su hijo no nato, además de él mismo—. Me daré un tiro si es que Naval muere. —Su mirada estaba perdida, al igual que sus esperanzas.

Él mismo sabía que esos casos eran imposibles, secuestros que daban la esperanza de volverlos a ver, pero después de semanas, incluso meses, encontraban sus cuerpos desmembrados; había trabajado con la policía, había visto las fotografías, fue parte de esos casos, y sin poder evitarlo, su cuerpo se estremeció al recordar un caso similar: una chica de veinte, secuestrada, que estaba de cuatro meses de embarazo, y los padres no tenían el dinero, aunque no habían pedido un rescate demasiado elevado; un psicópata la había secuestrado para poder jugar con ella, pero la delicadeza de su estado no le permitió sobrevivir a los abusos y golpes constantes del ignoto, muriendo; había sido después desmembrada y tirada en un basurero de la zona, a tres cuadras de su propia casa...

—¿Espero que cumplas esa promesa! —respondió Nicolay al deseo de Nolan, después de unos minutos de silencio.

—Tu silencio es provocador...

—Ni te imaginas cuán provocador.

Los agentes enviados por Eric habían conseguido rastrear la llamada, pero al inspeccionar el lugar, solo era una grabadora en una cabina telefónica; Xavier era demasiado astuto como para caer, tenía todo bajo control, había

preparado hasta el mínimo detalle, siendo para Nicolay la primera vez en su vida que estaba bajo el dominio de alguien y no podía escapar; no había manera de poder salir de esa maraña de enredos; se sintió por un momento cínico al estar reacio ante todo lo que sucedía, pero la verdad era que sentía cómo su alma se desmoronaba en miles de fragmentos y, teniendo en cuenta que su vida y alma tenían un precio demasiado alto, debía tener un segundo plan, traer con vida a su hija o simplemente desatar un baño de sangre.

Eric en esos minutos volvió a entrar a la oficina con un teléfono en mano.

—No... No lo hallaron...

—Xavier es demasiado inteligente para mi bien... Conoce cada paso que hacemos... Sabe que Nolan estará más que comprometido con el caso... No hay opciones. —Nicolay giró sobre sus talones y salió de la oficina, siendo observado por todos y dejando atrás la escena violenta y, sobre todo, los gritos de culpabilidad.

Nicolay no se inhibió, siguió adelante hasta estar enfrente de su auto; abrió la puerta, ocupando su lugar tras el volante; le quedaba regresar a casa, aquella casa vacía y tétrica, dándose cuenta por primera vez en su vida de que nada tenía sentido.

—¡Dayanne!... ¡Perdóname! —rogó en una súplica silenciosa; sus nudillos se volvieron blancos al apretar de manera brusca y fuerte el volante mientras conducía de regreso a casa, una casa que solo sirvió para tener prisionera a la hija de su difunta esposa.

Nolan observó cómo Nicolay giró sobre sus talones abriéndose paso por las oficinas, no era de un genio saber que estaba más que desmoronado por el secuestro de Naval, ya que todo caería, si es que no la recuperaba con vida; volvió la vista hacia su amigo y tuvo que ordenar sus pensamientos, no quería cometer más locuras, debía encontrar a Naval sin que sus sentimientos de culpa lo distrajeran.

—¿Reed Fletcher? —preguntó.

—Está afuera... Lo mandé a casa... Además, no queremos que se comprometa en el caso.

—Sabe del rapto... ¿Y aun así no le preocupa?

—¡Nolan!... No puedes forzarlo a amarla.

—Pero puedo forzarlo a que se haga cargo de su hijo... —Cerró los ojos y se frotó la frente, ya que una jaqueca estaba a punto de comenzar—. Intervengan las llamadas de Nicolay, de Reed, más... incluso de la ex de... —Fue entonces donde recordó: Madeleine, estaba comprometida con Nicolay, él la había visto hacía unas semanas—. Intervengan y sigan a Madeleine Bates... Ella puede saber la localización de Naval... Y que Dios nos ayude a encontrarla.

Uno de los agentes, entró a la oficina.

—Tenemos algo —aseguró, habían revisado minuciosamente las cámaras de seguridad, encontrando algo que nadie vio: el auto estaba a nombre de Darío Zúñiga, un colombiano residente hacía más de diez años.

—Consíganme a ese maldito... Lo quiero en esa habitación en menos de dos horas —Señaló con su dedo la sala de interrogatorios—. Lo quiero para ahora, señores... ¡Muévanse ahora! —Todos estaban vestidos con chalecos antibalas, aparatos auditivos y micrófonos incorporados, estaban en una misión de rescate, todos con sus trajes tácticos, preparados para el desastre que venía en camino.

Bajó la velocidad de su auto, viendo las rejas de su residencia, y Nicolay dio un suspiro profundo que hizo que sus pulmones sintieran dolor al respirar; la grava y el polvo habían aminorado a su entrada, pero al ver a Sansón y a los demás de pie esperándolo, solo era para traer malas noticias; habían mandado un mensajero con instrucciones, algo que no se podía rastrear: un adicto que, como pago, recibió algo de heroína. Bajó de su auto y la brisa hizo volar sus cabellos, mientras las nubes en lo alto daban señal de una buena tormenta.

—Era solo un adicto... No es nadie importante para ellos —dijo Sansón entregándole la hoja, negando con la cabeza. Nicolay tomó el sobre y lo abrió, leyendo y avivando sus más terribles miedos:

«Carretera a las afueras de Portland a las 23 horas; ve solo si quieres verle con vida».

Cerró los ojos, arrugando la hoja entre sus manos, sabía exactamente dónde quería llevarlo Xavier: a un terreno antiguo, la vieja fábrica a las afueras de la ciudad, mucho más lejos que la residencia; ir allí era pisar terreno peligroso, ya que por más de treinta años ese lugar estuvo fuera de su radar y alcance, y sin poder aguantar más, gritó, gritó enfurecido, desesperado;

estaba atrapado en un laberinto, un laberinto que él mismo había creado, todo por dejar que Xavier ocupara un lugar que jamás le perteneció.

—Sansón, prepara todo, estarás a cargo; que los hombres estén preparados y resguarden la casa. Quiere que vaya a las 23 horas a la carretera de las afueras de Portland; allí me darán más instrucciones, así que sabes ya qué hacer, la antigua casona de mi padre.

—Sí, señor...

—Una cosa más... Si yo no salgo, cuida a Naval por mí. —Tenía su cabeza apoyada en sus manos, mientras por primera vez una lágrima recorrió su mejilla

—¿Señor?... —titubeó, era la primera vez que veía a Nicolay Kapot débil —. Usted debe regresar por el bien de todos, de su hija más que nada.

—Esta vez haré lo que debí hacer hace mucho... Protegerla. —Siguió su camino hasta la casa, tenía que estar preparado para lo que venía.

Después de que Eric le quitara su placa y arma, subió a su motocicleta, haciendo rugir el motor al acelerar a cada curva que encontraba, Reed intentó seguir alguna pista, pero debía retroceder, solo lograría empeorar y complicar el caso; maldijo en todos los idiomas posibles, intentó maldecir su suerte, pero solo logró una sola conclusión: si tan solo hubiese sido sincero con ella, nada de eso habría pasado, y sin éxito alguno consiguió regresar a su apartamento aún más furioso de lo que estaba. Estacionó y bajó de su motocicleta, tomó las llaves de su apartamento, abrió la puerta con brusquedad solo para cerrarla detrás de sí, pegándose a ella; en un ataque de furia golpeó la puerta con sus codos, cayendo derrumbado sobre sí mismo. Con los codos sobre sus rodillas y su cabeza entre sus manos, intentó no pensar en lo peor, las palabras de Nolan, su preocupación y su manera tan inexplicable de ser tan posesivo con ella nubló su poco buen juicio; llevándose las manos hacia el rostro, intentó aplacar las ardientes lágrimas que le amenazaban con rebosar.

—No... ¡Dios! —rogó hundiéndose en su miseria, temía que Madeleine y Amanda tuvieran razón—. No... No puede ser... ¿Nolan con Naval?

Volvió el rostro hacia su alfombra, percatándose de una nota, y frunció el ceño; nadie le escribía y, si había correspondencia, todo lo dejaban en el buzón, nada estaba permitido que entrara al área, tomó la hoja se levantó del suelo. Abrió la hoja con cuidado y, al ver las palabras, una imagen muy nítida

y tétrica se formó en su cabeza.

«Te apropiaste de algo que debió ser mío, te lo arrebataré de la misma o peor forma. ¿Qué se siente, Fletcher?».

Al leerlo, cerró los ojos, inclinándose hacia la pared y golpeando con sus puños el hormigón, descascarando la capa de pintura y yeso, hasta que sus nudillos sangraron; gritó, lloró, un miedo cubrió su cuerpo, así como un fino sudor cubrió su frente, temía perderla de la peor manera, la había herido, algo que procuró y prometió no hacer, pero debido a los enredos, mentiras y, sobre todo, una verdad mal dicha, había empeorado la situación.

«Pero ¿Naval estaba en sus planes?», se preguntó. «Ella solo fue daño colateral; ¿qué hubiese pasado si no se hubiese fijado en ella, si no se hubiese enamorado?», se repitió tantas veces para poder convencerse a sí mismo, aunque el miedo de perderla era aún mayor; no podía esperar sentado, necesitaba encontrarla, no importaban las acusaciones de Madeleine y de Amanda, no importaban Nolan o Nicolay, lo único que le importaba era tener a Naval a salvo.

El sonido del reloj, las nubes grises que amenazaban a la ciudad con una gran lluvia ese día, y su desaparición, solo atribuían más nervios y desesperación para esos tres hombres que amaban a Naval. Reed le dio de comer a su gato, lo acarició como si fuese la última vez, tomó sus cosas del ropero y se cambió como era debido; haría su trabajo esta vez más que nunca; atándose las hileras de sus botas de combate, cargó sus armas y las guardó en sus fundas entre sus piernas, su cintura y sobaquera; guardó su arma de apoyo en su pantorrilla, iría más que preparado, su chaleco decía muy claramente «FBI»; cargó su rifle y lo colgó en su hombro, mataría a cualquiera que quisiera dañarla, la recuperaría, aclararía las cosas, y seguiría su camino; ni la lluvia que azotaba por su ventana dificultaría su misión. Volvió la vista a su departamento de soltero, tomó sus llaves y salió de allí cerrando la puerta detrás de sí.

Nicolay llevó una de sus temblorosas manos hacia su boca, haciendo un intento vano por tranquilizarse, necesitaba serenarse si deseaba recuperar a su hija; frente del gran espejo de su habitación se acomodó la chaqueta de su traje de Armani plateado, haciendo juego con sus ojos, así como una camisa blanca de puños dobles estilo francés, corbata gris y unos zapatos de vestir italianos negros que, por suerte, no eran puntiagudos. Llevaba un chaleco

debajo de la americana, que estaba desabrochada para darle mayor accesibilidad a una lucha con los puños, aunque era solo una distracción; la verdadera arma estaba en la cinturilla trasera de sus pantalones: su Desert Gold Eagle era su arma preferida, ya que tenía grabado su nombre en el mango, pero aun así faltaba algo: su SIG SAUER P238 plateada, que la tomó guardándola en su pantorrilla como arma de apoyo. Tenía que estar listo para una batalla campal, aunque una corazonada le decía que el volver no debía estar en sus planes futuros; era una emboscada de parte de sus hermanos, ellos habían conseguido lo que deseaban, la vida de su hija y su vida. Levantó la mirada hacia el espejo, mirándose por última vez, y entonces fijó la mirada en una pequeña estatuilla de su mesa de noche, una decorativa matrioska, en ella su hija encontraría su salvación.

Al salir por el porche, vio a Sansón armado y esperando junto al auto blanco; asintió con la cabeza y bajó por las escaleras de su residencia, de aquella casa, su casa; caminó erguido hasta su auto, pero antes de tomar su lugar tras el volante, tocó el hombro de su fiel servidor, su amigo y protector, Sansón.

—¡Sansón!... Tu prioridad debe ser Naval, sácala de allí en cuanto todo comience; no te preocupes por mí... —Suspiró—. Ve solo, si llevas a más solo los alertarán, y eso sería muy malo para Naval.

—¡Señor!... pero... —Intentó oponerse.

—No quiero perder a más gente —bramó.

—Como amigo, Nicolay, sugiero que más hombres me acompañen.

—Por favor... ¡Obedece!... Creed te cubrirá la espalda, el muchacho estará con ustedes, es un buen tirador y sé que te cubrirá cuando tengas a Naval...

—Señor, no confié en él... Puede traicionarnos al último momento, no confío en él, no desde lo que pasó aquella noche.

—Sansón, deja atrás viejos rencores...

—¿Y si es una trampa?...

—No se arriesgaría a perder a Naval... Él le ama de verdad y lo probará esta noche —Palmeó el hombro de Sansón—. Y una cosa más —Hizo una pausa—. La matrioska, entrégasela cuando todo termine. —Observó su gran

residencia, despidiéndose silenciosamente de su gente. Subió a su auto, encendió el motor y arrancó, dejando detrás solo polvo, grava y lluvia; era tiempo de saldar viejas cuentas.

Nolan estaba demasiado ansioso, se llevó una mano al pecho, intentando sentir su más reciente adquisición, la cicatriz de su operación; había sido demasiado suertudo, pero también demasiado apresurado salir del hospital y regresar al trabajo, pero era la única forma de poder verla y estar pendiente de ella. Negó con la cabeza, necesitaba estar sereno, no involucrar a sus nervios, que no tenían lugar en ese momento, y se abrochó el cinturón de su traje táctico, preparando sus armas. Todo su equipo contaba con trajes de combate, chalecos antibalas tácticos, armas, cascos, escudos y visores nocturnos, además de máscaras de respiración para los gases lacrimógenos, con comunicadores incorporados; todo preparado para poder encontrar a su hija.

Eric y Dylan tenían todo bajo control, los demás agentes en sus posiciones, la casa estaba vigilada y rodeada, el movimiento en ella era normal; Darío Zúñiga era un viejo cómplice de Xavier, además de hacer alguno que otro trabajo para Boris, así que él sabía exactamente dónde estaba Xavier, ya que Nicolay jamás le diría pista alguna del paradero de su hija; era tan egoísta que él intentaría solucionar todo, siendo demasiado estúpido para arriesgar su vida y la de su hija.

Eric dio la señal, hablando por la radio diciéndoles que rodearan la casa y no dejaran que nadie escapara, realizando señas a su equipo para que estuvieran atentos.

—¡Ahora! —Al dar esa orden todos salieron de sus escondites rodeando la casa y entrando a la fuerza a ella; en ese momento, Darío estaba jugando cartas con otros dos sujetos, mientras dos mujeres de aproximadamente treinta años les servían tragos.

Trataron de escapar, pero era imposible, habían llegado en el momento justo. Dylan esposó a Darío, cacheándolo para ver si tenía armas, a la vez que le decía sus derechos.

—Tienes derecho a guardar silencio; si renuncias a este derecho, todo lo que digas puede y será utilizado en tu contra. Tienes derecho a un abogado, el que estará presente en tu interrogatorio; si no tienes uno, el Estado te proporcionará uno sin costo. ¿Entendido?

—Vete a la mierda... —Escupió Darío intentando resistirse.

—Bonito lenguaje... ¿Te lo enseñó tu mamá? —Lo sujetó de la nuca empujándolo hacia la salida—. Camina, imbécil... Nadie podrá rescatarte. — Detuvieron a dos hombres más, con dos mujeres de treinta años aproximadamente, y diez jovencillas de entre los catorce y veinte años; por lo visto habían atrapado un negocio de trata de blancas, encontraron armas, droga, dinero y pasaportes.

Nolan tomó su billetera y sacó una de las fotos que tenía de Dayanne y su hija; su querida mujer estaba sonriente con un pequeño bulto en brazos, se veía tan feliz, que no pudo contener las lágrimas, y no era la única fotografía que tenía de ellas, tenía muchas más, fotos que atesoraba tanto que le dolía. Levantó el rostro y vio a Dylan llevar a Zúñiga a la sala de interrogatorios; tomó la pequeña foto, guardándola nuevamente en su lugar; saliendo de su oficina, caminó detrás de los sospechosos, viendo cómo Dylan lo sentó con la mayor brusquedad posible. Nolan no le iba a ponérselo fácil, su estancia en ese departamento sería memorable, tomó el expediente y entró a la sala, y cerrando la puerta detrás de sí vio a su sospechoso muy cómodo y tranquilo, y tomó la silla haciéndola hacia atrás para sentarse.

—Por lo visto tienes mucha carga, Zúñiga.

—Estás cometiendo un grave error. —Se acercó a la mesa escupiendo.

—Yo creo que tú eres quien está intentando ocultar muchas cosas... — Abrió la carpeta que traía en mano y vio que tenía demasiado historial.

—Estás perdiendo tu tiempo conmigo —espetó el sospechoso.

—Tienes demasiada evidencia, y un juez estará gustoso en darte muchos años en prisión —Hizo una pausa cerrando la carpeta de un solo golpe; entrelazó sus dedos sobre la mesa intentando estar tranquilo, pero su corazón martilleaba tan fuerte que temía que Zúñiga pudiera escuchar sus latidos—. Podemos llegar a un acuerdo... Una sentencia muy corta por tu cooperación... ¿Dónde tienen a Naval Kapot?

Zúñiga curvó sus labios en una sonrisa, no caería.

—¿Qué te hace creer que yo sé dónde está?

—Habla, Zúñiga... Se han olvidado de ti... Además, tienes tanta evidencia que hasta un ciego puede culparte.

—Ni lo creas... Quiero a mi abogado... —Esbozó una sonrisa cínica, pensando que todo saldría bien.

—Eso no te salvará de nada... ¡Habla! Que no tengo toda la maldita noche contigo... —Golpeó con su puño la mesa—. ¿Dónde está Naval Kapot?

Reed estacionó su motocicleta en la entrada del departamento del FBI, entró sin problemas y siguió su ruta encontrándose con Eric; al verlo caminar por los pasillos, lo tomó del brazo deteniéndolo.

—¿Qué haces aquí? —rugió Eric.

—Sabes bien que no me quedaré con los brazos cruzados esperando a que la encuentren... Yo la buscaré, yo la traeré, y ni tú ni nadie podrá impedir que salga por esa puerta, mate al hijo de puta que la tiene y traiga a Naval... Así que no intentes detenerme porque te patearé el trasero tan fuerte que no podrás levantarte.

—¿Por qué? —preguntó Eric iracundo.

—Por la sencilla razón de que amo a Naval a pesar de todo, a pesar de Nolan, Nicolay y quien sea... Ella es mía.

Eric se pasó la lengua por los labios, y dejando caer su mano, soltó el brazo de Reed.

—Nolan está interrogando a Darío Zúñiga en la sala 4. —Reed, sin decir más, caminó hacia la sala de cámaras y entró sin pedir permiso y confirmación, encontrando a Dylan, quien solo volvió el rostro hacia él para luego volver a fijar la vista en las pantallas.

—No tengo nada de qué hablar... No soy tonto, quieres que hable para que luego me maten... Despídete de la chica... Es lo único que te diré. —Le lanzó una risa ronca; Nolan no deseaba perder el poco control férreo que le quedaba.

—Tienes una última oportunidad, Darío... Cooperas y podrás salir en dos años...

—La chica ya está muerta —gritó.

Nolan, en una explosión de movimiento, se levantó con tanta furia que hizo caer la silla; no aceptaría esa respuesta, no lo haría. Estaba a punto de tomarlo del cuello, pero no previó que Reed irrumpiera en la sala hecho una furia. Con

manos temblorosas tomó a Darío del cuello y, tumbándolo de su silla hacia el suelo, puso una rodilla sobre su pecho inmovilizándolo, deslizó su arma y le apuntó directo en la cabeza.

—Habla, maldito desgraciado, porque yo sí que te dispararé en la maldita cabeza... ¡Créeme! —Al escuchar el interrogatorio, perdió los papeles al oír cómo Zúñiga le pedía que se olvidaran de Naval, y sin poder contenerse, decidió intervenir ante la negativa de Dylan de continuar con esa actitud agresiva de responder y actuar.

Nolan, al ver el arrebató violento, retrocedió de un salto a la intromisión de Reed, y levantó las manos pidiéndole que se calmara, pero solo lograba enfurecerlo más.

—Reed... ¿Qué demonios haces? Baja el arma... —le ordenó—. Tú estás fuera del caso.

—Habla... Habla o tendrás un nuevo agujero a tu colección —gritó; su mirada estaba perdida entre la ira y la cólera, y su boca estaba recta, con un gesto hosco y manos temblorosas, presionando la pistola en la frente del sospechoso.

—Fletcher... Lárgate de aquí —decía entre gritos unísonos Nolan con Zúñiga, quien pedía ayuda.

—¡NO!... Dime dónde está Naval... Dime porque estoy a punto de abrirte un agujero nuevo... Habla, maldito hijo de puta —gritó enfurecido.

—Está bien... Está bien... ¡Dios, hablaré!... ¡Hablaré!... Pero quítenme a este loco de encima... Xavier tiene a la chica en una fábrica abandonada a las afueras de Portland, es una maraña de laberintos y oscuridad... Citó a Nicolay Kapot a las 11... ¡LISTO! Por favor, quítenme a este loco de encima. —Un sudor espeso cubrió su frente por el nerviosismo.

Reed, quien también estaba sudando, quitó el arma con un movimiento rápido, guardándola detrás de sus pantalones; estaba furioso, aunque no sabía cómo reaccionar ante ese arrebató de violencia, y Nolan le miró a los ojos dándole una sonrisa pequeña.

—Llévense a este cretino de aquí —ordenó.

Ambos salieron de la sala de interrogatorios, pero Reed no quería seguir enojado con Nolan; así que tomó su hombro, obligándole a detenerse.

—Nolan... Por favor...

—¿Qué quieres, Reed? —preguntó sin volverse hacia él.

—Quiero ir... Quiero entrar, quiero ir con el equipo... Luego... Luego quiero aclarar las cosas, contigo, con Naval... No quiero esto...

—Estás fuera de este caso, después de lo que hiciste... Tus emociones pueden perjudicar el caso aún más.

—Por favor, Nolan... Necesito saber que ella estará bien... Juro que no te arrepentirás de darme esta oportunidad...

—¡Reed! Me arrepiento de haberte dado una oportunidad... —Se llevó una mano cansada al rostro—. Jugaste con ella... —Intentó no elevar la voz.

—¿Nolan?... —le suplicó—. Solo fue un arrebató... No soporté, no pude imaginar por qué tu interés por ella... —Nolan estaba listo para decirle algo mientras se alejaba, pero Reed lo calló y obligó a detenerse—. ¡La amo!...

Nolan abrió los ojos de par en par, no podía creer que el joven Reed Fletcher, el eterno mujeriego, seductor e intrépido jovencillo del FBI estaba enamorado; su asombro se convirtió en una curva en la comisura de sus labios.

—Con una condición. —Se volvió hacia él con la mirada entre perdida y llena de miedo, pero también gustoso de que por fin aceptara que le amaba.

—Dime lo que quieras... Pero, por favor, déjame ir.

—¡Aléjate de Naval! —sentenció.

—¡Nolan! Todo menos eso. —Quiso protestar, pero Nolan sabía perfectamente que él aceptaría el trato, todo para ir y saber de ella.

—¡Prepárate!... Nicolay llevará a su gente y aquí sobrevivirá el más fuerte... —Hizo una pausa significativa—. Muchos no saldrán con vida... Es una guerra que no termina pronto... —Retomó su camino lejos de Reed, sabía que él jamás cumpliría su parte del trato, pero era la manera más adecuada de ayudarlo a darse cuenta de lo que sentía por Naval. Nolan lo conocía perfectamente, había sacado su trasero de tantos líos desde que se hizo cargo de él, le ayudó cuando las drogas querían tomar el control de su vida, cuando el alcohol quería formar parte de todo. Reed Fletcher le había dado problemas, los mismos que él ocasionó cuando era joven. Era la copia exacta de un Nolan joven, hasta que conoció a Dayanne, dándole su vida, dándole su

alma y corazón, partes de su cuerpo que jamás le fue entregado.

Sabía que Reed tenía que buscar en su interior, y Naval era la única que podía salvarlo de su miseria, aunque la venganza estaba en el corazón de ambos, orgullosos, testarudos, pero ambos se amaban y Nolan quería mostrarle a ambos que era mejor amar, pelear y sobrevivir que tener una vida miserable, con la soledad en un lado y la muerte en otro. Él era fiel testigo de esa vida, todo le fue arrebatado cuando Dayanne murió, pero aún tenía la oportunidad de tener lo único que le quedaba de la mujer a la que tanto amó.

CAPÍTULO 27

WRONG

El duro respaldo la tenía adolorida, quiso moverse pero solo pudo encontrarse con las manos maniatadas de manera ruda; quiso mover sus pies, pero de igual manera estaba imposibilitada. También sus ojos y boca estaban cubiertos, así que le era imposible ver y gritar por ayuda; además, el hedor nauseabundo, podrido y humedad estaban por todo el lugar. Entonces recordó, había comprado una prueba de embarazo, había ido al FBI junto a Nolan, encontró a una mujer, a una morena advirtiéndole algo, entonces vio a Cam, o más bien Reed, recordaba bien el nombre: «REED».

Su mente iba y venía a la realidad, parecían fragmentos de una pesadilla y luego, simplemente oscuridad, pero siempre el nombre de Reed volvía a su mente; él la había engañado, todo había sido una treta tan bien elaborada, y ella había sido tan estúpida de creer en cada palabra de ese sujeto que no conocía para nada, se había entregado a él sin miedo e inhibiciones, había creído y amado a un hombre sin nombre, sin rostro, pero lo peor es que estaba embarazada de él; jamás se preocupó de tomar las medidas necesarias, por el simple hecho de que lo amaba; y no le importaba, deseaba tener un pedacito de él, un pedacito de cielo con sus ojos y sus labios, pero todo había sido un engaño, una pantomima de muy mal gusto y, al descubrirlo, solo huyó para caer en las manos de Xavier.

«Xavier», la palabra sonaba ácida en su boca, su boca seca, sus labios agrietados; eso era lo que Xavier provocaba, simplemente miedo y la reacción de su cuerpo al escucharlo; era tan poderoso que ni ella misma tenía control para poder mantener su dominio sobre sus emociones. Era una pesadilla viviente el verlo otra vez, y sobre todo cuando una vida dependía de ella, la vida de su pequeño bebé.

Intentó ver a través de lo que cubría sus ojos, pero todo era oscuridad; con un dolor insoportable de cabeza, cayó en la conclusión de que quizás ese era un final; movió las manos un poco más, pero sintió su piel cortarse lentamente,

la lucha era en vano, necesitaba salir de donde quiera que se encontraba. Una vida dependía de ello, pero a quién quería engañar, jamás saldría viva de allí, nunca lo haría.

Sintió sus miembros acalambrados por la mala posición, además de tiritar por los nervios, y un quejido escapó de sus labios; así que volvió a intentar zafarse, pero era imposible, no podía ver nada y eso la alteró aún más.

—Es inútil que luches... —dijo una voz, los pasos se sintieron en el hormigón, y se acercó arrancándole con la mayor brusquedad la máscara de los ojos y deslizando la cinta de su boca—. La dulce y tierna Naval... Al fin despierta —Una voz ronca y conocida la hizo reaccionar de manera lenta—. Por favor, no trates de querer desatarte, solo te lastimarás más.

—¿Xavier? —Trató de adaptar su visión a la luz, parpadeando antes de fijar su mirada temerosa en Xavier y Madeleine, quien se encontraba entre las sombras.

—Sí... ¿Qué creías, que era el conejo de Pascua? ¿Acaso eres tonta o qué? —dijo con amargura la exprometida de su padre.

Una risa histérica salió de los labios de la joven prisionera.

—Veo que tienes a esa perra mercenaria junto a ti... —ladró Naval—. No hay nada que hacer, detrás de un... —Hizo una pausa, intentando seleccionar sus palabras—...hombre como tú, hay una perra como ella.

Madeleine quiso acercarse, pero Xavier tomó a su mujer del brazo, lanzándole una mirada llena de ira.

—¡Lárgate! —bramó él, arrojándola hacia la salida; Madeleine tragó saliva, sabía muy bien que la obsesión de Xavier iba más allá de los límites posibles, estaba demasiado enfermo para admitirlo; sin más remedio retrocedió, no deseaba perder el poco control que poseía sobre él, aunque en el fondo sabía que él le daría su merecido a la mocosa que tanto odiaba.

Se acomodó la americana, despejando su mente, y se acercó a Naval con paso depredador y una sonrisa sardónica en su moreno rostro.

—Cariño... Veo que te ha sentado bien estar revolcándote con ese Reed Fletcher. —Soltó una carcajada siniestra. Naval tembló al oírlo, pero no necesitaba demostrarle a ese tipo que aún le temía, jamás olvidaría la noche que intentó abusar de ella.

—Y yo veo que sigues siendo el mismo asno de siempre. —Sonrió con sorna, sintiendo de la nada un ardor en la mejilla, no vio venir la gran bofetada que Xavier le propinó, haciéndole volver el rostro ante la fuerza del rostro, pero no se amilanaría ante él, jamás lo haría; levantó nuevamente el rostro enfrentándole, saboreó su propia sangre, lamiendo los hilos de sangre de la comisura de sus labios, solo para escupir a los pies de aquel hombre.

—Veo que esa lengua tuya sigue siendo más afilada. —Se acercó más a ella, acariciando de pronto la mejilla roja; los ojos de Xavier estaban dilatados, estaba fuera de control.

—Y yo veo que, como siempre, tus puños son lo único que tienes —le respondió.

—Nunca aprenderás... —bramó el moreno.

—Xavier... Déjame ir —Forcejeó ante sus ataduras con toda la fuerza posible—. No querrás hacer esto... Así que, suéltame.

Se acercó a ella aún más, mientras sus labios se curvaron para una sonrisa imposible de distinguir, pero la tonalidad de la maldad señalaba que eso no era bueno.

—¿No querer hacerlo? ¿Hacer qué, Naval?

—Él te matará... —sentenció la joven, sin miedo a las represalias—. Te matará... ¿Me oyes?

—¿Quién, Naval? —Tomó la barbilla de la joven, estrujándola entre sus manos—. ¿Tu padre? O... —Hizo una pausa—. ¿Crees acaso que Cameron Bergenson, o más bien Reed Fletcher, vendrá a salvarte...?

Naval se mordió la lengua, intentando apartar las lágrimas que amenazaban con rebosar. Xavier le había dado un golpe muy bajo, incluso para él mismo, era una treta demasiado sucia.

—¡Vete a la mierda! —Ella simplemente bajó la cabeza y se negó a verlo a la cara, pero Xavier se excitaba cuando sus víctimas lo miraban a la cara, disfrutaba de su miedo, de su dolor y sobre todo del supuesto placer que él creía proporcionar.

—Mírame, Naval —Su tono fue aún más dulce que otras veces—. ¡Mírame! Te lo pido con mucha amabilidad, sabes que la cortesía no es parte

de mi naturaleza.

—Xavier por lo visto leíste un diccionario... —Negó con la cabeza de manera desesperada—. ¡NO! ¡NO lo haré! —Sintiendo la mano de Xavier tomar su barbilla de manera brusca, obligándole a mirarlo.

—Mírame, Naval... Sabes que te lo estoy pidiendo con amabilidad.

—¿Tú qué sabes de amabilidad, Xavier?... —respondió ahogada en lágrimas, pero no se amilanó ante Xavier; se prometió no volver a temerle, ya que esta vez debía proteger al ser que llevaba adentro, proponiéndose luchar con uñas y dientes para que ese pequeño sobreviviera, para que sobreviviese el hijo de Reed, el hombre que amaba.

—Te equivocas. —La contradijo, sujetándola de los cabellos, obligándola a inclinar la cabeza hacia atrás, dándole mayor visión a su cuello blanco.

—No... No me equivocaría contigo nunca en mi vida... —respondió cerrando los ojos, mientras sus lágrimas recorrían su mejilla—. Eres un bastardo... Al igual que esa zorra que trató de embaucar a mi padre... Ambos se merecen, aunque no pensé que tenías tan malos gustos, Xavier; por lo visto has decaído o estás inclinándote hacia otros gustos, y tuviste que conformarte con ese pedazo de carne raquíca...

—¡Cierra la boca!... —gritó sin poder mantener la compostura.

—No me callaré... Maldito bastardo... ¡SUÉLTAME! —gritó.

—¡Naval! Creo que tratas de enfurecerme... Y sabes qué significa eso, ¿verdad?

—Maldito hipócrita... —bramó enfurecida.

—Nunca aprenderás... —Se irguió intentando alejarse de ella antes de cometer una locura, pero no podía mantenerse alejado de Naval, la deseaba con frenesí—. ¿POR QUÉ? —gritó desesperado, llevándose ambas manos hacia la nuca.

—Solo estás obsesionado, Xavier, tú no me amas...

Giró bruscamente con la mirada casi perdida, acuclillándose delante de ella.

—Yo... Yo puedo darte lo que tú quieras, joyas... Autos, todo... Todo...

—Él caminó hacia atrás y adelante, gesticulando con sus manos como si estuviese conversando consigo mismo, como si hablara con alguien más, pero en la habitación solo estaban ellos dos.

—Por favor, Xavier. —No pudo más, necesitaba hacer algo para salir de allí con vida.

—Siempre quise hacerte mía... Siempre quise hacerte mía, quería sentirte de cerca, saborearte, amarte... Yo te amaba... Te amaba. —Trataba de convencerla de un amor puro, pero estaba equivocado, Xavier Scott jamás amaba.

—¿Amarme? Tú no sabes cómo amar...

—Simplemente te amo a mi manera, Naval... Podemos irnos, hacer una nueva vida muy lejos de aquí...

—Entonces... Puedes soltarme... Prometo ser buena —urgió ella—. Podemos irnos... Olvidarnos de todos... —Tragó saliva.

—¿Realmente piensas que prometer eso me convencerá? —Le miró con incredulidad, llevando una mano libre hacia sus labios—. Sé que nunca me amarás como yo a ti, nunca estarás a gusto conmigo... ¡Por el simple hecho de que te doy asco! —gritó enfurecido, con los ojos centellantes y rojos de furia.

—¡Eres un maldito retorcido! —bramó, desesperándose, gritando e intentando zafarse, pero todo era en vano—. ¿Qué clase de amor demostrarás por mí? ¿Golpearme hasta que aborte o hasta que muera?... ¡Vete a la mierda, Xavier!... Eres solo un pedazo de mierda barata que intenta parecerse a mi padre... Pero, adivina qué, Xavier... Aunque trates de conseguir tanto dinero del que puedas imaginarte por mi rescate o por mi muerte... Serás el mismo empleadillo sin clase y sin educación, el cual mi padre contrató por lástima. —Sin más que decir, le escupió literalmente al rostro.

Borrándosele esa sonrisa maltrecha, se limpió el rostro con un pañuelo que sacó del bolsillo de su pantalón, cerró los ojos y presionó su mandíbula de muy mala gana; para luego, sin previo aviso, propinarle una bofetada tan fuerte que la hizo trastabillar hacia un lado, cayendo junto a la silla de su lado derecho, y golpeándose el costado de tal manera que ahogó su grito, mordiéndose el labio inferior hasta saborear su propia sangre, aunque el golpe que Xavier le propinó le lastimó el labio, pero no tanto como el temor de perder al único ser que ella amaba.

—¿Por qué? ¿Por qué me obligas a llegar a mis límites? —Intentó calmarse.

—¿Límites? Tú no tienes límites... Solo eres un malnacido —gritó.

—¡Maldita mocosa!... Por tu culpa, Nicolay me despidió —Se acuclilló ante ella levantándole con brusquedad la cabeza al empuñar sus cabellos—. Nada más que tú... Pudimos tener una bonita relación... Quería que fueses mía... ¿Pero cómo me pagaste tantos años de protegerte? Haciendo que nos descubriesen y me despidieran...

—Preferiría morir antes de ser tuya... Me das asco, preferiría morir antes de pertenecerte, me sentiría sucia... Además, Creed me salvó, tú nunca lo hiciste.

—Me rogarás... Eso llegará...

—Jamás te rogaré... —sentenció sorbiendo sus lágrimas.

—Lo harás por tu hijo. —Se puso de nuevo de pie y sin previo aviso le dio unas cuantas patadas en el vientre, haciéndola retorcer y lastimarse las muñecas por tratar de zafarse.

—¡No!... ¡No!... Para... Para... —Trataba de decirle, pero su voz se combinaba con el dolor y las lágrimas que ahogaban su respiración, además de la sangre que comenzó a tragársela, y eso no era bueno para el bebé.

—¡Detente! —Unas manos sujetaron a Xavier, Madeleine sintió los gritos ahogados y tuvo que entrar solo para ver a Xavier golpear una y otra vez a Naval sin piedad; por un minuto sus labios se curvaron en una sonrisa, pero luego se dio cuenta de que si Xavier la mataba antes de que Nicolay la viera, el dinero y la fortuna Kapot jamás sería suya, e intentó con todas sus fuerzas detenerlo—. ¡Basta! ¡Basta, Xavier! Estás matándola... —gritó, logrando detenerlo a tiempo—. ¡BASTA! Por favor... Por favor... —suplicó con vehemencia.

—¿Tanto lo amas?... ¿Tanto amas al padre de tu hijo que tratarás de defender lo máspreciado de los dos? —Propinándole una última patada, fue lo último que Naval vio, ya que cerró los ojos, desmayando de dolor, mientras sus lágrimas rodaban a sus oídos.

—Se te pasó la mano, Xavier... —dijo Madeleine al borde de la histeria.

—¡Ya cállate! —inquirió él—. No creo... Me la debía... Tenía tantas ganas de golpearla hasta dejarla casi muerta... —Notó sus nudillos ensangrentados, limpiándose los con el pañuelo.

—¿Y... si pierde al bebé?

—Le haré un favor... No tendrá que ser un bastardo... —Observó su reloj de oro y vio que ya eran cerca de las once y tenía que ir a su cita con Nicolay; acomodándose el traje, lo estiró para no dejar ninguna arruga, arreglándose las mangas y juntando los gemelos de oro, abotonó la americana con cuidado.

—Cuídala bien, muñeca... No dejes que se te escape. —Sujetó a Madeleine de los cabellos inclinando su cabeza hacia atrás y teniendo mayor acceso a su cuello, lamiéndolo, saboreándolo, dejando su huella.

Madeleine gimió ante aquel ataque violento, arañando su cuello y sujetándose de las solapas de su chaqueta; ambos eran tan enfermos que se merecían uno al otro. Empujándola con brusquedad se apartó de ella, y giró sobre sus talones saliendo de esa habitación.

Naval sintió a lo lejos voces, las lágrimas habían tapado sus oídos, el sabor metálico de su boca era tan amargo que deseaba agua, necesitaba agua.

—Tengo sed. —Por un momento pensó que era otra persona, pero era su propia voz; tragó saliva, pero el sabor amargo corrió por su garganta haciéndola arder.

Madeleine, al sentirla quejarse, se acercó a ella sometiéndola a un escrutinio que para Naval, si hubiese estado consciente hubiese sido enervante, y con una sonrisa malévola en su rostro, supo que era su oportunidad para poder vengarse de ella; se acuclilló ante ella, acarició sus cabellos, haciéndolos hacia atrás; la pobre joven estaba intentando recuperar la conciencia, pero el dolor la empujaba hacia un mundo de silencio y oscuridad.

—Tengo sed —repitió.

—Pobre Naval... Al borde del colapso. —Suspiró.

—Por favor —suplicó Naval; intentando ser positiva, forzaba a su cuerpo a seguir despierto, pero el dolor era insoportable, sus lágrimas corrían haciéndole imposible fijar la vista en un punto, viendo todo borroso, incluso el rostro de Madeleine.

Estaba en un laberinto sin salida, su padre no la amaba como ella siempre imaginó, como ella siempre deseó; vivió oculta entre la sombra de sus amantes. ¿Acaso su padre acudiría a su rescate? ¿Acaso Cam o Reed la salvarían?

Quién diría que a sus 25 años estaba cansada, como si hubiese vivido más de los que tenía, cansada de vivir, de luchar, de subsistir ante la crueldad de su propia familia, la crueldad y la destrucción que el poder propagaba por su vida; solo le quedaba esperar la oportunidad más cercana y poder escapar, necesitaba reponerse y poder salir de allí antes de que la vida de su hijo se perdiera en el proceso.

El camino hacia la vieja fábrica era de muchas horas, observó el reloj de su guantera, llegaría solo unos minutos antes de la hora indicada, y pisó el acelerador, necesitaba tiempo, más tiempo; apretó el volante hasta que sus nudillos se volvieron blancos. El silencio, contrastado con las gotas de lluvia, solo lograba ponerlo nervioso, y tomó su USB colocándolo en la entrada de su equipo de sonido; necesitaba cualquier tipo de música, y no sentirse tan solo como en ese momento; entonces Epic Pop-Breath retumbó en el auto; necesitaba sonido, el que fuese, con tal de no sentirse de esa manera, y confiaba en Sansón, le confiaría su vida misma si era preciso, sabía que él haría todo por sacar a Naval y ponerla a salvo.

Nolan había llegado al lugar dos horas antes de la cita; aprovechando que la lluvia era intensa, lograba ocultar a su equipo con facilidad, así como la distracción de los rayos. Todo podía salir bien, la oscuridad y la neblina estaban de su lado. Todos estaban en sus puestos, Reed estaba a su lado comprobando que sus armas estaban bien cargadas, las armas de apoyo y repuestos listos.

—Sabes bien que debes entrar y sacarla.

—Creo que estás dudando. —Reed volvió el rostro mirándole a los ojos, viendo entonces su preocupación, pero se preguntó: «¿Por quién?».

—Temo por su vida...

Dejó el arma en el suelo intentando calmarse, necesitaba respirar profundo antes de preguntar.

—¿Por qué ella? —Tragó saliva esperando ver en su mirada, en aquella mirada ya envejecida la respuesta que necesitaba.

—Es complicado, Reed... —Le miró a los ojos; por un momento deseó decirle, pero sabía que no estaba listo para saberlo, aún no.

—Tengo que saberlo... —insistió.

—Solo puedo decirte... Que... —Hizo una pausa buscando en sus recuerdos—...sabes bien que tuve una hija —Ante esas palabras, Reed abrió los ojos como platos—. Me recuerda a esa hija que perdí hace tantos años... Tendría su edad, tendría sus ojos, sus cabellos... Es una copia de ella.

Reed cerró los ojos y entendió que Nolan había vivido solo por muchos años, estaba al corriente de aquella historia, pero jamás le preguntó directamente cómo se sentía al respecto o como sucedió; entonces entendió que si su hijo o hija moría, él se sentiría devastado, y culparía a todos, culparía a la vida, al destino y a él mismo por no poder evitar esa pérdida.

—Entiendo —respondió volviendo la vista hacia sus armas y al frente; entonces lo vio, vio al auto de Nicolay acercarse por la autopista—. Allí viene —le dijo a Nolan, quien a su vez comunicó a su equipo por el micrófono incorporado de su traje—. Nicolay Kapot está por llegar... Repito, atención, Nicolay Kapot está por llegar.

—¡Entendido! —respondieron al unísono los demás agentes.

—Reed, tu única misión es encontrarla, sacarla y traerla a la base a salvo... Yo me encargaré de lo demás... Búscala y mata a cualquier imbécil que se interponga en tu camino, mata al desgraciado de Xavier cuando tengas la mínima oportunidad.

—Lo haré, con mucho gusto —respondió volviendo la vista hacia el objetivo con sus binoculares de largo alcance, observando a Xavier salir de la fábrica abandonada.

Según los planos que consiguió Dylan, era una gran bodega con un sótano incorporado, teniendo miles de pasillos que los llevaban a diferentes zonas, como el cuarto de las cañerías, de luz, de las calderas, una habitación que antiguamente la usaban como almacén de armas, habitaciones, cocina, baño; era la antigua casona de seguridad del viejo Alexandr.

Nicolay desaceleró al acercarse a la fábrica, estaba ansioso y nervioso, era la primera vez que se enfrentaba a ese tipo de tratos, y peor, aún sabía que los tratos con Xavier no traían nada bueno, pues era conocido por ser cruel y

no era de fiar; sus negocios eran los más oscuros, siempre se deshacía de la gente que le estorbaba, tanto en el amor como en los negocios, y jamás jugaba limpio, aunque en su mundo, los juegos limpios no existían. Lo conocía perfectamente, tenía la astucia, la mano, además de no tener escrúpulos ni conciencia; eso era lo que temía, temía que su obsesión por Naval lo llevara demasiado lejos, que esa obsesión matara a su joven hija y a su nieto no nato.

Extendió la mano bajando el volumen de la música, entonces volvió la vista al frente, viendo a Xavier a lo lejos de pie apoyado en la puerta de su Aston Martin y, como siempre, imponente y altanero; negó con la cabeza al verse en esa situación, quería reír descontroladamente, pero sus ansias de llorar fueron más fuertes, apretó la mandíbula y apretó el volante tan fuerte intentando ser fuerte. Su ansiedad iba en aumento, la lluvia cubría su parabrisas dejándole ver con opacidad el horizonte, Nicolay no dejaba de tamborilear sus dedos en el volante, bajó la velocidad y condujo por el camino que daba hacia la fábrica, dejando el sonido de la grava mojada atrás; miró por el retrovisor percatándose de que Xavier estaba demasiado resguardado para un simple intercambio, un negocio que llevaba a «Salir mal»; desde el momento en que vio la nota, nada bueno podía salir de él.

Al estar frente a frente, apagó el motor, abrió la puerta del auto bajando con cuidado, dejando ver primero sus caros zapatos de diseñador. Xavier, con una explosión de movimiento, se alejó de su auto y caminó a grandes zancadas hacia Nicolay, enfrentándose a ese titán ruso. La lluvia caía sobre ambos hombres, y el muy descarado extendió la mano, saludando a su antiguo jefe.

—Veo que aún me detestas... —dijo con sorna.

—Solo quiero a mi hija de vuelta... —Lo dejó con la mano extendida, respondiéndole sin expresar nada, aunque el temor de sus ojos decía lo contrario; ya no estaba seguro de sí mismo.

—Deja de llamarla así... Sabes perfectamente que ella sabrá la verdad, tarde o temprano.

—Ella es mi hija... Aunque te cueste más trabajo comprenderlo, es mi hija... ¿Entendido?

—Claro, Nicolay... Ella lleva ahora a tu nieto, toda una generación más asegurada con la fortuna.

—Eres... —Pero se mordió la lengua; no podía permitirle a Xavier que se

regocijase ante su dolor y preocupación—. ¿Dónde está? ¡Exijo verla! —bramó.

—¿Quieres verla...? —Retrocedió solo para que un hombre robusto de repente se acercara a Nicolay, cacheándolo con rudeza, quitándole su Desert Eagle dorada y lanzándosela a Xavier, quien la revisó con detalle.

—¡Señor, tiene esa arma!

—Cuidado, imbécil... Es un traje demasiado costoso... Ni con tu vida podrías pagarlo —ladró Nicolay, enfurecido al ser revisado como un simple hombre, rogando al cielo que no notara su arma de apoyo en su pantorrilla.

—Uhm... Un gusto exquisito, Nicolay —dijo Xavier sosteniendo el arma y notando el detalle del grabado.

—Algo de lo que tú carecerás... Por lo visto —espetó Nicolay al ver que Xavier no se lo pondría fácil, ya que su guardaespaldas asió el brazo del magnate, obligándole a caminar hacia el depósito; era su fin y Nicolay era consciente de ello, aquella noche sería la última.

Sansón vio a lo lejos cómo Xavier ordenaba que cachearan a su jefe; se mordió el labio ya que tenía ganas de ir y dispararle en la cabeza al muy maldito; siempre supo que Xavier mordía la mano del hombre que le daba de comer, nunca le dio buena espina, dudó de él en el instante que lo conoció.

—Debes tener paciencia —dijo la voz de su auricular.

—Creed, ¿por qué no jodes a otro? —bramó Sansón, no estaba de humor para escucharlo.

—Solo acata la orden de Nicolay...

—Sé que te asegurarás de ello, pero por favor, no te equivoques al disparar...

—No por gusto soy el León Negro...

—Negro te pondré la cara de niño bonito, si no cierras la boca...

—Vamos... —Sonrió Creed, cambiando de tema deprisa—. Esperemos que no le note su arma de apoyo; por como lo cacheó es un novato... —inquirió Creed.

—Eso espero... Eso espero —rogó Sansón observando por sus

binoculares.

Nolan a la distancia vio a Nicolay ser cacheado por ese joven rudo, y maldijo por lo alto una serie de retahílas incoherentes, al ver que el muy estúpido había ido al punto y solo; no había notado alguno de sus hombres, a menos que todos estuvieran ocultos, pero sabía que no expondría la vida de Naval.

—Maldito idiota... Eres un estúpido por venir sin escolta.

—¡Señor!... Nicolay Kapot está en el campo de visión... ¿Procedemos?
—le notificaron por el intercomunicador incorporado de su casco.

—¡No!... Debemos esperar... Escuchen bien... Aún no intervengan, debemos pasar desapercibidos; la vida de dos personas inocentes corren peligro.

—No creo... Sansón debe de estar por algún lado —dijo Reed, observando con detenimiento cada paso de Nicolay a través de sus binoculares.

Nolan lo miró de soslayo.

—Por lo visto conoces mejor que yo a esas personas.

—Mucho mejor que todos —respondió sin dejar de mirar a Nicolay—. Sansón aprecia a Naval demasiado para mi propio bien...

—¿En serio dudarás de cada hombre que la abrace...? —bramó Nolan, volviendo el rostro para verle con el ceño fruncido y desconcertado.

En ese momento Nicolay no oponía resistencia a ese agarre inmovilizador, siendo llevado entre empujones hasta el lugar donde tenían cautiva a su hija, desapareciendo de la visión de Reed y Sansón.

—¡Entró! —dijeron ambos equipos al unísono desde sus lugares.

—¡Maldición! —exclamó Nolan, seguido de una retahíla de juramentos—. No podemos esperar mucho...

Nicolay bajó las gradas, mientras Xavier caminaba por delante, mostrando el camino hacia su hija; recorrieron los pasillos y habitaciones amplias, luego hacia un pasillo con una luz roja, bajaron y siguieron un laberinto, la oscuridad era más fuerte que la clara luz eléctrica. Los canales y tuberías se podían ver

en el techo y las paredes, la humedad y las filtraciones de agua eran evidentes. Nicolay maldijo su suerte y su mala manera de manejar las cosas, reprendiéndose mentalmente por su estupidez de actuar solo, sabiendo que Nolan podía tener todo bajo control. Las gradas eran aún más que complicadas, el metal combinado con el óxido, el desgaste y la humedad las hacían más que letales.

No conocía muy bien esa fábrica, era de su padre, donde sus cargamentos eran muy bien escondidos, donde nadie podía entrar y salir con facilidad, donde llevaba a cabo sus negocios de intercambio, donde llevaba a sus enemigos para matarlos; él no era igual a su padre. Llegaron a una habitación al final de todo ese laberinto, y el gorila que le asignaron como escolta esa noche lo empujó con rudeza obligándole a entrar solo para ver a su hija en el suelo con evidentes golpes, sangre y sobre todo inconsciente; al verla de esa manera gritó su nombre.

—NAVAL —Quiso acercarse, pero Xavier se lo impidió con un golpe en las costillas, obligándole a doblarse de dolor, aunque su postura era erguida y se mantuvo quieto, ya que las reacciones de Xavier eran tan explosivas como su mente e ideas, y su iniciativa era entrar y salir vivo, aunque la segunda opción estaba fuera de sus perspectivas cuando incluía a Xavier en el juego, y viendo a su hija en el suelo, todo cambiaba, incluyendo las reglas—. ¡Maldito! ¿Qué le has hecho? —dijo entre dientes, irguiéndose y tratando de acercarse a su hija nuevamente, pero Xavier tomó el arma de su exjefe apuntándole a Naval directamente.

—Quietos, Nicolay, o dispararé... Se lo merecía... —respondió con cinismo—. Allí tienes a tu hija... Está en perfectas condiciones, aunque no sé si tu nieto aún siga vivo.

—¡Te mataré! —exclamó, pero solo ganó un golpe en la nuca con la culata de su propia arma; sin poder soportar el dolor cayó de rodillas, pudiendo ver un poco más de cerca a su hija, y tocó su rostro sintiéndola fría.

Naval trató de abrir los ojos, pero algo escurría por su frente, su propia sangre cubría su vista; además del terrible dolor de cabeza, sentía su mejilla congelada, al igual que todo su cuerpo, y las ataduras eran tan fuertes que al tratar de zafarse habían despellejado su piel brutalmente haciendo cortes sangrantes, había llegado al punto de estar totalmente adolorida y solo un deseo rodeó su mente: «ESCAPAR».

El dolor agudo de su vientre la puso aún más nerviosa, no quería perder a su bebé, no de esa manera cruel, y mucho menos en ese sitio tan asqueroso y frío; entonces, entre su vista borrosa y las voces de su alrededor, reconoció una, la cual le dio un poco de alivio pero también más desesperación, era su padre, su padre había ido por ella.

Tratando de enfocar su vista le vio de rodillas con la mano en el abdomen, sintiendo la cálida mano de su padre sobre su mejilla, sabía muy bien que a Xavier le gustaba golpear en las costillas, ese era su método. Entre un balbuceo, se sorprendió de poder escuchar su propia voz entre el ruido y la conversación estúpida de Xavier con sus hombres.

—¡Papá! ¡Papá! —Tragó saliva, intentando hallar la manera de poder abrazar a su padre y no soltarlo.

—Shh... Querida, shhh —le dijo con suavidad—. Saldremos muy pronto de aquí —prometió con una sonrisa nerviosa.

—Papá... —suplicó Naval ansiosa por salir.

—¡Nicolay!... ¿No te cansas de mentirle siempre? —expresó Xavier apuntándole a la joven confusa.

—¡Cierra la boca, Xavier! —Perdió el poco control férreo que tenía, mientras un sudor frío cubrió su frente, Nicolay tenía miedo.

—¡Madeleine!... ¡Madeleine!... Ella está aquí... Ella. —Naval buscó con la mirada a la mujer que estaba oculta entre las sombras observando la escena, pero no daba la cara a su examante, exjefe y exprometido.

—Cariño, no te preocupes... Saldremos de aquí... Te lo juro... —Cerró los ojos con fuerza, tratando de imaginar que ella saldría de ese callejón sin salida sana y salva, pero era demasiado optimista para esa noche, sabía muy bien que ninguno de los dos saldría vivo.

Mostrando un Nicolay ya cansado, se vio rendido ante esa pesadilla, situación que Xavier no pasó por alto, dando una sonrisa socarrona ante la escena más tierna y repulsiva. Era un triunfo, una batalla ganada, un punto que Xavier encontró a su favor, pero no se amilanaría, obtendría lo que buscaba desde hace tiempo, incluyendo una noche con la moribunda y desafortunada Naval.

—Por favor... Te lo suplico, Xavier, déjala ir... Ya me tienes a mí —rogó

por su hija, sin saber que el resultado de sus súplicas serían solo pretextos para su enemigo.

—¡Nicolay! —Dio una carcajada que por primera vez hizo estremecer a Nicolay—. ¿Quién dijo que yo te quiero a ti? —Nicolay abrió los ojos ante la respuesta y se levantó lentamente volviéndose hacia su enemigo, entendiendo que no era por él su arrebatado plan de secuestro; Xavier había manipulado bien sus cartas, quería el control de sus bienes, quería sacarlo del negocio; jamás hubo la intención de una negociación de rescate, quería obtener algo que Nicolay jamás le dio: a su hija—. Jamás tuve la intención de negociar contigo... Solo quería obtener lo que siempre me negaste, siempre me rechazaste como opción cuando te la pedí hace años, quería a tu hija, siempre la quise y me la negaste sabiendo aún la verdad de su origen... —dijo con poca paciencia—. ¡Me la arrebataste! —Emitió un grito frustrado, llevando el arma hacia su frente morena de manera impulsiva y enloquecida.

—Xavier... No podía, tenía tan solo quince años... Era tan solo una niña —exclamó Nicolay, tratando de tranquilizarlo, mostrándole las manos.

—Pero yo la quiero a ella. —Cargó el arma, lista para disparar, apuntando directo a la cabeza de Naval; al ver el arma en su dirección, ella emitió un grito ronco.

—¡No! ¡No! —gritó Nicolay poniéndose delante de su propia arma, era arriesgado en ese momento sacar su arma de apoyo—. Sé que la quieres... Pero por qué dañar a quien amas... —le dijo con serenidad.

—Debí matarla cuando pude... Debió ser mía... Pero ya es tarde, demasiado tarde —escupió.

—Xavier, por favor... Si en verdad la amaste alguna vez... Demuéstralo ahora, dejándola ir...

—No lo entiendes, ¿verdad? —bramó Xavier al borde de la histeria.

—¿Entender qué? ¡Maldición! —Nicolay estaba totalmente confundido y ansioso por salir de allí.

—Papá... No... papá —chilló Naval al ver a su padre enfrentarse a ese hombre que estaba demente.

—Jamás comprendiste lo que sentía, te la pedí de buena manera... Me ofrecí a cuidarla bien, pero me negaste esa satisfacción...

—Xavier... Era una niña... —gritó enfurecido y rojo de ira—. No podía dejarte a cargo de ella cuando tenías esa afición enfermiza por jovencitas...

—El maldito de Creed te dijo eso. ¿Cierto? —afirmó—. Todo porque él también la quería.

—No, Xavier... Lo sé porque yo saqué tu trasero de varios líos como esos: abusaste de una chiquilla de catorce cuando tenías 23 años, abusaste de una chiquilla de dieciséis dos años después... ¿Cómo querías que te dejara a mi propia hija? ¿Cuando yo mismo tapé tus malditos y enfermizos actos?

—Me hiciste menos... —gritó.

—Jamás te hice menos... Te di todo... Fuiste mi mano derecha por varios años... Y cómo me demostraste tu agradecimiento...

—No... No es así. —Negó con la cabeza.

—¡No, Xavier!... Por favor... Ella es todo lo que tengo en esta vida maldita que escogí para mí... Ella no tiene la culpa... Por favor... —Se volvió hacia su hija, dándole una sonrisa llena de ternura y frustración, aunque su cuerpo no dejaba de temblar—. Amo a mi hija más que nada en el mundo... Del mismo modo, en el que amé a mi esposa.

Naval, al escuchar esas palabras, sonrió ante su padre, mientras sus lágrimas escapaban de la comisura de sus ojos, entrando en sus oídos por la posición en la que se encontraba en el suelo.

—Yo también te amo, papá...

—Una bonita y lacrimógena escena... —Dio una carcajada menos ronca y estridente, sus pupilas se dilataron haciendo su mirada aún más oscura de lo que era—. Pero si no es mía no será de nadie más —sentenció Xavier, sorbiendo su nariz, todo había tomado un giro inexplicable; Xavier tenía claro su objetivo: matarlos, molestándose en hacer esa parodia sin sentido, debía matarles de un solo disparo.

—¡NO! —Padre e hija gritaron al unísono, tratando de evitar lo peor en esa situación, pero fue muy tarde para poder parar; los planes de Xavier estaba ya concretados y no había nada que pudiese detenerlos, nada ni nadie. El sonido de dos disparos retumbó en la habitación, silenciando los gritos y las súplicas, el olor a pólvora invadió el lugar y el humo del arma caliente se notaba en contraste en la tenue oscuridad.

CAPÍTULO 28

NUCLEAR

La lluvia, los truenos y el viento no lograron ocultar los disparos, el eco retumbó a kilómetros en el silencio de la noche; Nolan, Reed y su equipo, al sentir el estruendo, imaginaron lo peor.

Reed tragó saliva, quedándose inmóvil por un momento; escalofríos y sudores fríos cubrieron de manera estrepitosa todo su cuerpo, la sensación fue tan espantosa que era imposible de describir.

Nolan abrió los ojos como platos, tragó saliva e intentó no temblar, intentó no morir, sus ojos se cubrieron de lágrimas; eran dos disparos, dos personas, fue como una explosión en el corazón.

—¡Dios no! ¡NO! ¡NAVAL! —gritó Reed levantándose de su escondite, impulsado a correr sin mirar atrás ni escuchar quejas y pedidos, órdenes y amenazas; se le secó la boca de tan solo pensar que Naval pudo haber muerto, y su cuerpo entero vibró ante la supuesta pérdida.

—¡REED! —gritó Nolan al verlo correr despavorido por el campo. Era inútil, Reed ya había desaparecido del campo de visión; con sus armas en ambas manos disparaba a cualquiera que tratara de detenerlo. Nolan no pudo evitar que saliera de su posición, y sin más remedio dio la orden de avanzar y matar a cualquiera que se interfiriera o disparar—. ¡Avancen! ¡Avancen! ¡Ahora! ¡Ahora!

El camino era totalmente impenetrable en lluvia, pero a Reed no lo detuvo; comenzó a correr despavorido y descontrolado, disparando a cualquiera que se interponía en su camino; saltó vallas, corrió, esquivó, todo para llegar a ella, mojado por la lluvia, mezclándose entre las balas, el barro y lágrimas.

Sansón imaginó lo peor, ese disparo pudo haber acabado con la vida de uno de los dos o con ambos; sin más remedio siguió la última orden de su jefe, mataría a cualquiera que interfiriera en su camino, sacaría a Naval de allí, pero a lo lejos pudo ver a Cameron/Reed correr solo entre la gente de Xavier,

disparando y tratando de entrar, y se maldijo por su corazón noble.

—¡Imbécil! —gritó, cargando su arma y saliendo a matar; estaba en medio de campo, disparando, luchando, cuando en un descuido, uno de sus contrarios se levantó, apuntando directo a su cabeza mientras Sansón luchaba, pero un disparo cerca de su oído llamó su atención, obligándole a volverse, viendo el cuerpo caer y a Creed desde su posición disparando; además de salvarle de una muerte rápida, había olvidado la regla número uno en esos casos: jamás dar la espalda al oponente, hasta que esté bien muerto. Al ver el cuerpo inerte caer al suelo, levantó la vista encontrando a Creed con ella, dándole una sonrisa de agradecimiento; por lo visto el chico trataba de encontrar la redención ayudando a Naval y a su padre a salir de esa situación.

—Gracias, Creed —dijo.

—Cuídate las espaldas allí adentro —insinuó Creed por el auricular; siguiendo con su trabajo, disparando a todo aquel que intentara dañar a su viejo amigo.

Naval abrió los ojos de un momento a otro, viendo a su padre caer a su lado, agonizante, aún vivo, pero sufriendo; la mirilla pasó de Naval hacia el pecho de Nicolay en lapsos de segundos, Xavier había conseguido lo que deseaba, matar al mayor de sus contrincantes.

—¡NO!... ¡Papá!... ¡Papá!... —repetía sin cesar—. Levántate, por favor... Levántate... debemos salir de aquí. ¡Por favor! —suplicó mientras peleaba con sus ataduras, sin importarle el dolor que le ocasionaba el forcejeo—. ¡PAPÁ!

Nicolay observó a su hija por última vez, tratando de tocarla, pero la distancia se lo impedía, la sangre salía por su boca, evitando que pudiera respirar y hablar.

—¡Naval!... mi joven... —Tosió con dificultad, eliminando hilos de sangre por la boca, mientras la mancha en su pulcra camisa de seda comenzaba a expandirse y derramarse en suelo—. Mi pequeña Naval... —Curvó sus labios manchados de sangre en una sonrisa—. Tú eres la clave... —Hizo una pausa intentando llenar de aire sus pulmones pero era imposible—. Te... Te... ammmmo, peque... —Cerró los ojos lentamente, mientras la sangre comenzaba a manchar el suelo y expandirse.

—¡Papá! ¡Otets! —repitió en gritos afónicos en español y ruso, luchando

con sus ataduras, moviéndose de manera violenta sin impórtale su propio dolor, tratando de que regresara, pero era tarde, Nicolay había muerto dejando a su hija desamparada, dejando la tierra, dejando un lugar para que otro pudiera habitar. Los oídos de Naval retumbaban por el estallido de los disparos, y gritó sin contenerse dejando a sus pulmones sin aire, y sus cuerdas vocales hasta el punto de arrancarse y quedar afónica; jamás en su vida pensó que su padre moriría de esa manera tan cruel, sabía que ella era la siguiente en la lista de Xavier, siempre lo había sido—. ¡Maldito!... ¡Maldito!... Lo mataste, lo mataste —gritó con histeria; mientras trataba de tragar sus lágrimas, quería ver bien el rostro del asesino de su padre—. ¡Maldito hijo de puta! —gritó más y más.

—Algo inevitable —respondió sin expresar emoción alguna; le había disparado con su propia arma en el pecho, para luego dejarla caer a un lado; se limpió las palmas de las manos con tenues aplausos, mientras sonreía al ver caer el cuerpo de Nicolay.

Como en episodios de ficción, en cámara lenta, Naval solo escuchaba sus propios latidos. Cerró los ojos tratando de no recordar la mirada de su padre antes de morir, pero era imposible, todo quedó grabado en su mente. Deseando olvidar quería despertar de esa pesadilla a la que tanto temió.

—No saldrás con vida, Xavier... Lo pagarás... Todos pagamos un precio ante la vida y tú no serás la excepción. ¡Morirás! Morirás como el maldito cobarde que eres.

—¡Cállate, zorra!... Al fin acabé con Nicolay Kapot... Y luego, seguirás tú, pero antes me divertiré un poco contigo... —Comenzó a quitarse la chaqueta, desabotonado su camisa y desabrochando sus gemelos de oro y brillantes.

—No te atrevas a tocarme, maldito —Escupió Naval—. ¡Aléjate! —Luchó con sus ataduras, consiguiendo que sus pies se liberaran.

—Grita todo lo que quieras, nadie te escuchará... Madeleine está arriba, como toda cobarde que es, temía que su prometido la viese... La muy estúpida tenía la esperanza de volver a él, pero no lo hará y tú también no volverás a ver a ese amiguito tuyo —Se acercó a ella arrancando sus ataduras. Naval ahogó un grito al sentir el agudo dolor en el cuero cabelludo cuando Xavier se acercó tirándole los cabellos para obligarle a levantarse—. Es momento de

obtener mi premio... —rugió él lanzándola al suelo.

Naval cayó de bruces hacia atrás, y al verlo acercarse a ella con ojos ardientes en furia, instintivamente retrocedió; el pánico se apoderó de ella, tragó saliva, intentó ver una salida, buscó algo con que defenderse, notando el arma de su padre a metros de distancia, y negó con la cabeza. «Es imposible», pensó atemorizada.

—Siempre quise saber cómo era sentir estar dentro de ti. —Sus labios se curvaron en una sonrisa llena de depravación.

—Por favor —suplicó sollozante Naval, no quería perder a su bebé, retrocedió un poco más hasta que su mano sintió algo cortante, y tomándolo entre sus manos supo que era al tacto: un pedazo de vidrio, algo que salvaría su vida.

Entonces los estallidos se hicieron más fuertes, ambos elevaron la vista al techo, viendo como motas de tierra y polvo caían sobre ellos ante la guerra que había arriba de sus cabezas.

—¡Maldición! —rugió Xavier, y corrió hacia la puerta, sacando su arma—. ¡Madeleine! ¡Madeleine! —gritó, y caminó a grandes zancadas hacia Naval, tomándola de los cabellos nuevamente—. ¡Levántate! —ordenó.

—Te matarán —canturreó Naval—. No saldrás con vida de aquí.

—¡Cállate! —rugió él, levantando la vista hacia el techo; las luces parpadeaban sin control, un claro indicio de que estaban tomando el control absoluto de la situación—. Tú vendrás conmigo... Él jamás te hallará... Cuando termine contigo, tu amado amante seguirá... Tenlo por seguro —sentenció.

—¿Eso crees? —Apretó con fuerza el vidrio sacándolo y cortándose la mano ante la fuerza que realizó al empuñar el vidrio, apuñalándole el pie derecho de Xavier; ante la punzada, él aulló de dolor dando un disparo hacia arriba, y Naval logró zafarse de su agarre, gateó y tomó el arma de su padre, dándose un tiempo para buscar su arma de apoyo.

—¡Maldita perra! —bramó Xavier cayendo al suelo ante el dolor y el vidrio aún incrustado en su pie; el arma cayó a un lado logrando darle unos segundos a Naval para poder escapar de sus garras, dándole la seguridad de que tardaría algunos minutos en alcanzarla—. ¡Te mataré, perra! —gritó

quitando el vidrio y tomando el arma; apuntó directo y disparó a Naval, pero ella se había levantado, y corrió hacia alguna salida cercana.

Miró hacia ambos lados, eran distintos pasillos, era una cadena de laberintos y habitaciones; tomó el arma de su padre guardándola en la parte trasera de su pantalón, quedándose con la pequeña arma de apoyo en mano, y volvió el rostro hacia atrás al sentir a Xavier gritar su nombre.

—¡NAVAL! —Entonces corrió, corrió por su libertad.

De repente un golpe la impulsó hacia la pared; trató de enfocar su vista hacia quien la golpeó, viendo a Madeleine intentando quitarle el arma, golpeándose entre puños y empujones, y Naval soltó el arma ante la pelea.

—Veo que ya superaste la muerte de tu padre... —exclamó golpeándola contra la pared—. Lástima, era en algunas ocasiones un buen amante; aunque su dinero era lo que más fuerza tenía, jamás me daba el placer que yo deseaba; en cambio, Xavier nunca se toma su tiempo, él va directo al grano —Dio una carcajada cínica—. Tu padre se llevaba su tiempo, para besarte y amarte, cursilerías —Llevó una de sus manos hacia el cuello de la joven, intentando estrangularla—. No podrás escapar, estás atrapada.

—Veo que sigues siendo una perra con mucho ego —Recordó cómo Creed le enseñó a defenderse, recordó el momento exacto cuando le mostró cómo deshacerse de ese tipo de llaves; dándole un codazo al brazo, logró darle impulso para quitársela de encima—. Esto es por mi padre —Le dio un gran puñetazo en la nariz rompiéndosela—. Y eso por mi bebé. —Al verla caer de bruces hacia atrás, por sus tacones altos, la pateó en la cara sin piedad alguna, dejándola atontada y en el suelo.

Dio unos cuantos pasos hacia atrás, viendo el arma, e intentó tomarla, pero un disparo la detuvo; Xavier estaba cerca, Naval elevó el rostro y le vio a lo lejos. Ella corrió por los pasillos protegiéndose con las manos de los disparos que daba a la distancia.

—¡NAVAL! —gritaba al borde de la histeria—. ¡Maldita, te mataré!

A duras penas tomó la Desert Eagle comprobando que había pocas balas; su padre planeó morir, él siempre cargaba sus armas y traía repuestos, pero esta vez no cumplió con su ritual. Nicolay había ido desprotegido, sin balas, sin escolta, y maldijo el momento, maldijo a Xavier, maldijo a Reed por orillarla a ese episodio de su vida, aquel episodio en que perdió todo.

—¡Maldición! —Se restregó los ojos al tener borrosa la visión—. ¡Ahora no!

Le costaba cierto trabajo poder caminar con rapidez, ya que la golpiza propinada por Xavier la había dejado debilitada, además del leve dolor que sentía en el vientre; supo que no era bueno para ninguno de los dos, con la única oportunidad de huir antes de que Madeleine y Xavier pudieran recuperarse. Ambos enemigos estaban a lados opuestos de los pasillos gritándole y maldiciéndola por haber escapado, dándole la única opción a Naval de subir las escaleras hacia un camino desconocido. El sonido de las balas que perforaban los tubos hacían chispas flotantes en el ambiente; miró el arma de su padre en sus manos, leyendo la inscripción de su nombre, quitó el seguro y levantó el arma, dispuesta a matar a todo aquel que se interpusiera en su camino y se limpió con el dorso de la mano el sudor mezclado con su sangre, preparándose para lo peor.

Subió lentamente escaleras arriba; aunque necesitaba de todas sus fuerzas para escapar, no podía, ya que un repentino dolor en el vientre le obligó a doblarse al subir las escaleras, pero no podía pedir ayuda; nadie la escucharía, tenía que sobrevivir como lo hizo durante años. Los pasillos eran oscuros, los pasos, los gritos, los disparos, era todo una locura y ella saldría con vida, por su hijo, por ella, por su padre, por Reed.

Miró hacia los lados tratando de encontrar una salida en ese laberinto, las luces eran tenues dificultando su visión, los golpes de Xavier habían dado un resultado: hacerla lenta al momento de escapar.

—Naval... Maldita —sintió el grito histérico de Madeleine obligándola a correr hacia la derecha; Madeleine tomó el arma de Nicolay en las manos, buscándola—. No te escaparás... Me las pagarás —gritaba con histeria intentando encontrarla. Las luces parpadeaban, subió las escaleras y vio a Naval a unos cuantos metros, elevó el arma y disparó una y otra vez sin fijar su objetivo.

Naval gritó ante los disparos, cubriéndose con las manos, y sintió algo caliente abrir su piel; de inmediato cubrió su brazo, notado que solo era un raspón doloroso y no tan profundo. Escondiéndose entre los muros, fijó su arma con las manos temblorosas.

—¡Dios! ¡Dios! —No lograba fijar el arma.

—¡Maldita! —gritaba Madeleine disparando hacia el muro.

Naval contaba las balas mentalmente, era una SIG SAUER P238 de seis tiros; rogó al cielo que no atinara ninguna, aparte de las dos que disparó.

—Madeleine, con una cirugía podrás cubrir los daños, yo pago... —Trató de hacer tiempo, ya que no podía disparar por las manos temblorosas y no quería gastar sus balas, pues tenía tan solo seis tiros, de los cuales no podía darse el lujo de fallar.

—¡Perra desgraciada! —bramó la rubia, golpeando el arma al no poder disparar, pues las balas se habían terminado—. ¡Maldición! —bramó un conjunto de retahílas al no poder controlar una simple arma, Naval pudo salir de su escondite y correr escaleras arriba.

Al estar en la segunda tanda de escalones en el descansillo sintió y se protegió de varios disparos, retrocediendo y gastando más balas de lo necesario, matando a dos hombres de Xavier; temblorosa y llena de miedo, logró salir de los pasillos y subir por la tercera tanda de escalones.

Reed ajustó la correa de su rifle y caminó por los pasillos del edificio, las luces parpadeaban, su corazón iba a estallar al no encontrarle y, peor aún, si su vida se había extinguido.

—Vamos, Naval... Dame una señal —suplicó al cielo por una señal divina donde le mostrara su ubicación ante el laberinto de habitaciones y pasillos; la máscara de gas era la única protección que tenía en la cabeza, sintió que el aire se le acababa, sus pulmones parecían pedir a gritos más aire; optando por quitarse la máscara, dejó ver su rostro, Reed estaba cansado, asustado y deseaba encontrarla; el agua cubrió su rostro y sus cabellos, haciéndole más atractivo aún.

Él y los demás agentes obligaban a la gente de Xavier a retroceder, la lluvia de balas era incesante, el ruido era estruendoso; al no tener ningún indicio de que estaba viva, un sudor frío cubrió su frente, aunque la lluvia lo había empapado y el agua chorreaba por todo su cuerpo, sintió miedo por primera vez en años.

—Cubran el área... —gritó a sus colegas para que se movieran por el lugar.

Sansón vio a uno de los hombres de Xavier listo para disparar a Reed,

pero en un movimiento rápido logró neutralizar al enemigo, salvándole la vida. Reed, al sentir el disparo cerca de su oído, levantó la vista y vio a Sansón de pie a unos metros disparando.

—Veo que tienes bolas... Después de lo que le hiciste —dijo Sansón.

—Vengo por mi chica —respondió Reed mientras ambos continuaban disparando y cubriéndose las espaldas

—Entonces ve por ella... Te cubro...

—Sí, viejo... Me estoy quedando sin municiones —dijo cambiando por otros cargadores y lanzando los vacíos—. Además... Patearás mi trasero cuando te enteres de que no soy guardaespaldas... Soy del FBI.

—Lo sabía... Esa manera de disparar y luchar no era de novato...

—Soy Reed... Reed Fletcher...

—Entonces esta es la escena donde nos besamos. —Bromeó Sansón cambiando también de armas.

—No... Ni loco... Me reservo para mi chica...

—Ve por ella, tigre —Siguió disparando.

Xavier, al ver que no había escapatoria, retrocedió y volvió hacia el recorrido anterior, logrando ver una salida directa hacia parte de la bodega de la fábrica, y cojeando logró salir hacia una habitación con una escalera que le proporcionaba la salida. Al verse atrapado, vio a un agente de espaldas, y tomándolo por la espalda le rompió el cuello con un solo movimiento, le quitó el chaleco y la máscara de gas, poniéndoselo para salir ileso y sin que nadie pudiera atraparlo. Caminó hacia la salida más cercana, hasta que el círculo se completó demasiado bien para su pesar, estaba oculto entre la máscara y las balas, entre la oscuridad y la adrenalina, no deseaba irse tan fácil de allí.

—¡No! No me iré sin ti —se dijo a sí mismo, le faltaba una pieza a su colección y no descansaría hasta obtenerla; tomando el arma, decidió regresar por su premio de consolación, por el fiasco de negocios de esa noche.

Naval comprobó su arma, no tenía balas ni un cargador de repuesto, no deseaba deshacerse del arma de su padre, y guardándola en la parte trasera de su pantalón, siguió su camino escaleras arriba; entonces sintió los disparos más fuertes, mas el humo y la tenue luz iluminando parte de su camino, y

sonrió al tener una salida, sonrió al verse lejos de Xavier y Madeleine, pues podría salir con vida de allí.

El dolor la obligaba a parar y doblarse, eso era una mala señal; su bebé, su adorado bebé no estaba bien, pero debía ser fuerte por él.

—¡Dios! Resiste... Resiste, por favor... Te amo, bebé —Apretó su vientre, mientras se sujetaba de la pared para poder caminar—. Falta poco... Falta poco.

Subió el último escalón, la fábrica era amplia, había cajas de madera plegadas en rincones, así como grandes paredes, cilindros vacíos, repisas metálicas llenas de polvo y agua; entonces lo vio a la distancia, de pie en medio de una lluvia de balas, estaba con el ceño fruncido y las gotas de agua cayendo de sus cabellos, escurriéndose por su mandíbula cada vez que se movía, imponente con su rifle en mano, no tenía la máscara, y eso la dejó hipnotizada por unos minutos, era como ver una luz que iluminaba su cabeza, y sintió una tranquilidad que le hizo respirar hondo y sin dolor, sintió lo que muchas veces negó: «Lo amo», se dijo a sí misma, despertando de su ensueño.

Sonrió como una tonta, pero su sonrisa de ensueño se borró de su rostro al ver a Xavier a unos metros detrás de Reed con un arma apuntándole; supo en ese instante que él no se iría sin arrebatarse hasta lo último que le quedaba en la vida, y eso incluía a Reed, pero no le permitiría que le quitase a alguien más... Esta vez ella tenía opción, la opción de salvarlo.

—¡NO!... ¡REED NO!... —sentenció, gritando.

Reed, sin embargo, volvió el rostro hacia una de las puertas, viendo a Naval; estaba viva, pálida, sangrando y con la mano en su vientre, sonrió al verla, sonrió al saber que estaba viva.

—¡Estás viva! —se dijo a sí mismo, sonriendo al verla.

Pero el grito de Sansón le alertó del peligro.

—¡Cuidado! —gritó Sansón a lo lejos, lanzándole un arma completamente cargada; la imagen de Madeleine detrás de ella tratando de apuntarle lo alertó, borrando su sonrisa de inmediato.

Tomó el arma entre sus manos, él aspiró una profunda bocanada de aire y atravesó la sala; sus botas de combate hicieron un ruido sordo contra el suelo, dejó caer su rifle al suelo de un solo movimiento, dio unos pasos hacia

adelante, hasta que no pudo más y gritó, ambos gritaron sus nombres al unísono.

—¡NAVAL!

—¡REED!

Ambos corrieron para reencontrarse, teniendo un objetivo: salvarse mutuamente; las balas seguían su curso, sin herirlos; sus pisadas rebotaban junto al agua; sus cuerpos al encontrarse colisionaron, y con un movimiento rápido él la sujetó con fuerza de la cintura, levantándola en el aire con una sola mano, al mismo tiempo que levantaba el arma, girando el cuerpo de Naval hacia atrás al sentir el disparo de Madeleine.

Naval aprovechó ese movimiento cubriendo con su cuerpo la espalda de Reed, apretándose contra él, sintiendo el latido de su corazón, viendo su rostro de perfil, notando que era un hombre demasiado atractivo, era el padre de su hijo y había ido por ella.

Reed ahogó un gemido al sentir el impacto de la bala en el hombro, pero no le impidió disparar directo a la cabeza de Madeleine, viendo su cuerpo caer hacia atrás, inerte, con los ojos aún abiertos; sin embargo, Naval, al cubrirlo, no tuvo tanta suerte; sintió algo caliente expandirse por su espalda y tragó saliva, obligándose a apretar sus puños en el chaleco, quejándose al recibir el disparo en un grito sordo.

Xavier sonrió al ver que el disparo que dio había tomado un objetivo, pero no el que esperaba; cubriéndose nuevamente con la máscara, salió del campo como si fuese un agente más.

De un momento a otro, los disparos cesaron, había cuerpos cayendo al suelo, armas y balas derramadas por todo el lugar, las patrullas comenzaban a reflejar sus luces en el interior de la casa, pero Naval no respondía a más, su cuerpo estaba sintiendo el adormecimiento, además de un ardor extendiéndose por toda su piel.

CAPÍTULO 29

SLIPPING AWAY

Reed sonrió al ver que todo había terminado, bajó su arma y pudo respirar tranquilo al sentirla en sus brazos, viva, junto a él.

—¡Cariño!... Vine por ti... Y solo por ti... —dijo con una sonrisa en sus labios, ansiaba besarla.

—¡Reed! —dijo en un susurro sin fuerza; él, al escuchar su voz entrecortada, bajó la cabeza, aún la tenía sujeta contra su cuerpo, pero al ver sus ojos cansados, sus brazos a los costados, inertes, supo que eso no era bueno; de pronto su cuerpo dejó de responder, no daba crédito a lo que sus ojos veían en ese momento, no podía ser cierto.

—¡NO! ¡No, no, no...! —repetía sin cesar, y cayendo de rodillas sosteniéndola entre sus brazos con delicadeza, acurrucándola en su regazo, Reed dejó de respirar al ver la sangre que emanaba de su espalda; los hilos de sangre de su mano temblorosa le advirtieron que corría más peligro.

—¡Naval!... ¡Dios!... ¡Naval! —Acarició su rostro, para luego cerrar los ojos y gritar por ayuda—. AYUDA... Alguien que me ayude... —Su visión se volvió borrosa ante las ardientes lágrimas que amenazaban con salir de sus ojos azulados.

Sansón hizo sonar sus botas al acercarse, hizo caer su arma a un lado, reuniéndose con la mujer que tenía delante, malherida, confundida y tratando de decir que aún estaba bien; la vio convertirse en mujer, él la había criado hasta que la alejaron del paraíso que ambos conocían. Cerró los ojos, arrodillándose ante ella, pidiendo clemencia, pidiendo un milagro, y no solo la devastación de esa alma perdida; había llegado al mundo sufriendo y se iba sufriendo entre la pérdida, la soledad y el engaño.

—¡Dios Santo! —Arrodillándose ante ellos—. Presiona la herida... Necesitas hacer presión —dijo, rasgando su camiseta y haciendo presión en la herida, intentando detener la hemorragia y manchando sus manos en el

proceso, al igual que Reed.

—No funciona... No funciona —gritó Reed desesperado—. Naval, cariño... ¡Resiste!

—Yo... Yo. —Intentó hablar.

—Shh... Shhh... Amor mío, no hables... No hables —suplicó—. ¡AYUDA! —gritó desesperado.

Nolan estaba en la zona segura, los disparos comenzaban a parar, pero el sentimiento de vacío y pánico cubrió su cuerpo de manera estrepitosa; con una mala sensación supo de inmediato que algo malo había pasado allí adentro, y levantándose, corrió colina abajo y entró a la casona, deteniéndose en seco al ver a su hija en el suelo junto a Reed, arrullándola entre sus brazos, demostrando ternura y amor.

—Una ambulancia... de inmediato —ordenó desesperado, reuniéndose con Naval y Reed, arrodillándose a su lado, llevando una mano a su corazón, aquel corazón que ya no resistía más dolor al ver el fruto de la mujer que amó.

—Perdóname... Sé que pensé lo peor... —Dejó caer sus lágrimas—. Soy un grandísimo idiota —Sorbió sus lágrimas, intentando ser fuerte, pero no podía—. Lo siento, Naval... Dios, cuánto lo siento... —Miró hacia el cielo, pero las súplicas no eran escuchadas, jamás lo eran—. Naval... Te amo... Dios mismo lo sabe... Eres un pecado para mí, uno de los siete, pero has buscado redención, me has dado mi propia salvación.

—¡Reed!... —Hizo una pausa intentando ser coherente—. Nuestro... Es nuestro —Tragó saliva, no podía articular palabra sin que la boca se le secara—. Yo... Mi...

—No, cariño... No hables. —Vio cómo la sangre fluía de la comisura de esos tiernos labios que había besado sin parar; esa era una muy mala señal.

—Tienes... Tienes que escuchar —suplicó la joven entre balbuceos y palabras incoherentes—. Nuestro bebé —dijo, pero no fue escuchada ya que el dolor la venció, dejándola inconsciente y su corazón no resistió más.

Reed dejó de respirar al verla cerrar los ojos; intentó tragar pero no podía, empezando a entrar en pánico.

—¡Naval!... ¡Naval!... —Las lágrimas llenaron sus ojos, empezando a

temblar y sollozar en silencio—. ¡No, no, no, no! ¡Mi amor! ¡Regresa! ¡Despierta! —Sin poder esperar más, la levantó en brazos, asegurando un brazo detrás de sus rodillas, mientras acomodó su cabeza en el hueco de su hombro, sacándola de allí.

Creed apareció en ese instante, viendo cómo Naval era levantada en brazos por ese hombre que le había arrebatado su amor; quiso acercarse, pero la mano de Sansón le impidió seguir, y volvió la vista hacia él, negando con la cabeza.

—No, Creed... No...

—Pero... Él le engañó... Y yo le amo... —inquirió él.

—Sabes bien que ella te ama... Pero no de la misma forma en cómo le ama a él...

—No... No me rendiré —dijo rojo ante la idea de perderla; quiso acercarse, pero Sansón lo detuvo.

—Ella espera un bebé suyo...

Creed se detuvo, volviendo el rostro hacia él.

—Mientes...

—No... No lo hago; por eso Nicolay quiso hacer el trato personalmente, por el bien de su hija y de su nieto...

—Digas lo que digas, yo la seguiré...

—¿Estás dispuesto a amar al hijo de otro...?

—Daría mi alma por su felicidad... —sentenció Creed.

—Necesitará de nosotros más que nunca...

—No la abandonaré...

—Eso espero, Creed...

Todo el equipo comenzó a entrar a la casona, para luego encontrar el cuerpo de Madeleine y de Nicolay Kapot.

—¡Señor! Tenemos varios cuerpos... Incluyendo el de Nicolay Kapot. —Nolan, al recibir la noticia, cerró los ojos y tragó saliva; no podía quedarse allí, necesitaba estar con ella, necesitaba estar con Naval; si la familia Kapot

se enteraba de que ella no había muerto, la buscarían y tratarían de terminar el trabajo; el caso se había perdido con las pruebas que deseaban encontrar, el caso había fallado, pero eso no le importaba, quería estar junto a su hija. Al fin podía decirlo: Naval era su hija, fruto de la relación ilícita que tuvo con Dayanne.

Reed salió de la casona con Naval en brazos, la ambulancia ya había llegado, los paramédicos corrieron hacia él y se la arrebataron de los brazos recostándola en la camilla, atendiéndola e intentando detener la hemorragia. Él exigió que la ayudasen con desesperación.

—Ayúdenla... Apresúrense —gritaba mientras el equipo trataba de hacer lo necesario.

—Señor, por favor, déjenos hacer nuestro trabajo... —le pidió que retrocediera con la mano—. Debemos llevarla de inmediato al hospital... —dijo uno de los paramédicos—. Está bajando su ritmo cardíaco...

—Iré con ella... Necesito estar con ella —exclamó decidido a no abandonarla.

—Señor, por favor... —Lo retuvo, pero Reed daba lucha, quería estar con ella.

—NO... NO... ¡NAVAL! —Quiso acercarse, pero Nolan lo detuvo con ayuda de Dylan; él no se había percatado de su herida, ni sintió el dolor, su dolor era por Naval.

—Cálmate... Reed, cálmate —le dijo Nolan sujetando a Reed por detrás, inmovilizándolo antes de que cometiera una locura más—. Dylan, ve con la ambulancia; yo llevaré a Reed al hospital.

—No te preocupes... Me aseguraré de que todo salga bien —exclamó Dylan, acatando las órdenes y subiendo en la ambulancia al mostrar su placa, observando cómo Reed hacía su berrinche por ir con ella.

—Por favor —rogó que Nolan lo soltara para ir con ella—. ¡NAVAL! —gritó al borde de la histeria.

—Cálmate, Reed... Cálmate... —le pidió su jefe—. No logras nada desesperándote; ella nos necesita bien, cuerdos, y lo más importante, sanos —le explicó—. Ahora sube al auto, iremos.

Caminó hacia el auto, pero un empujón le hizo volverse viendo a Creed rojo de ira detrás suyo.

—Te mataré si le llega a pasar algo... ¡Maldito policía!

—No soy un policía ignorante...

—Hijo de... —Quiso golpearlo, Reed también iba por él, pero Nolan y Sansón los detuvieron, evitando una masacre de golpes y más sangre.

—Ven... Ven, cobarde... —clamó Reed a regañadientes.

—¿Cobarde? Me llamas cobarde cuando tú la engañaste... La engañaste y embarazaste... —bramó encolerizado—. Hijo de puta...

Reed dejó caer sus brazos hacia los lados, sintió por un leve momento un mareo, su boca se secó; sin poder articular palabra alguna, movió los labios pero no salió nada; volvió su vista hacia Nolan, quien apretó la mandíbula y cerró los ojos.

—¿Tú lo sabías? —exigió una respuesta.

—Sube al auto... —ordenó Nolan, caminando y tomando su lugar tras el volante; Reed retrocedió y corrió, abrió la puerta y tomó asiento junto a su jefe.

—Ve deprisa —urgió el joven agente—. Ve porque puede que te golpee aquí mismo.

—¡Dios! Estás herido, Reed... —dijo al ver la sangre gotear.

Él bajó la vista percatándose de la sangre que manchaba su chaleco, la bala había caído justo en la terminación.

—Yo no sentí nada... —Desabrochó su chaleco, quitandoselo con cuidado, aunque la herida no le dolía para nada.

—Iremos al hospital... Allí podrás verla y curarte.

—Solo quiero estar con ella —dijo, volviendo el rostro hacia la ventanilla y mirando el exterior; necesitaba verla y saber que estaba bien.

—Lo siento, Reed...

—¿Desde cuándo lo sabías?... —le preguntó nuevamente.

—Ella sospechaba ya algo, pero fue hoy... Hoy se hizo la prueba —dijo

volviendo el rostro hacia la autopista—. Iba a decírtelo... Supongo, pero con todo el lío que hiciste... Ella solo retrocedió, creo que sabes la historia...

—No... No, Nolan, no sé nada de lo que pasa, y lo que tú quieres...

—Yo solo quiero protegerla... Protegerte —Hizo una pausa—. Eres como mi hijo, te críe literalmente, eres parte de mi familia, al igual que Dylan; para él no solo eres un amigo, sino también su primo.

—No intentes cambiar el tema...

—No lo hago, Reed... Tú lo haces...

El camino hacia el hospital fue largo y silencioso, Nolan condujo lo más rápido que pudo, pues no quería perder de vista la ambulancia, que estaba a unos cuantos metros adelante. Cuando llegaron al hospital, Reed no permaneció más en el auto; sin dejar que Nolan estacionara, se lanzó del auto y corrió hacia la entrada, buscando a Naval entre gritos y consultas desesperadas.

—Reed... Espera... Espérame —Al ver que no hacía caso, maldijo al muchacho y su impaciencia—. ¡Maldición! ¡Maldito muchacho!

Reed se estremeció al verla, estaba en la camilla inerte, y la cámara de oxígeno le advertía de que algo estaba muy mal; mientras lo conducían a él por un largo pasillo hasta la sala de espera, Dylan estaba sentado en la pequeña sala con la cabeza gacha, y eso significaba lo peor, eran malas noticias en su diagnóstico previo.

—¿Dónde está? —preguntó desesperado, manteniendo su ira bajo control, aunque su rostro estaba tallado en granito, con la boca apretada y el corazón martilleando con fuerza; quería saber la verdad, quería saber por qué no le dijo nada, aunque recordó que él arruinó todo por no decirle la verdad desde el comienzo.

—Están ingresándola a quirófano y, por lo menos, quedan dos horas antes de que sepamos si la operación ha tenido éxito —respondió Dylan.

Nolan corrió tras él mostrando su identificación, estaba agotado y sobre todo le faltaba el aire por correr detrás de Reed.

—¡Reed!... Tienen que curarte la herida, estás sangrando. —Lo obligó a atenderse, la bala no dañó ningún hueso cerca del hombro, solo traspasó. Le

sacaron la bala con un poco de anestesia, dándole tres puntos de sutura; lo asombroso era que Reed no sentía dolor. ¡En ese momento, ni siquiera sabía cómo se sentía! Quería ver a Naval, aunque era imposible, ella aún estaba en quirófano.

La hora siguiente pareció transcurrir con desesperante lentitud. Nolan les llevó café, aunque Reed no estaba de ánimos para poder disfrutar del sabor; para él todo sabía más que amargo, perdiendo la cuenta de cuántas veces había observado el reloj, por la desesperación y frustración de no saber nada; lo estaban matando, así que estar sentado no ayudaba, y comenzó a caminar de un lado a otro como un león enjaulado, sentándose en el suelo y apoyándose en las paredes; tenía ganas de gritar, de romper y golpear, patear como un niño, destrozar cualquier cosa que estuviera en su paso; quería saber si ella y su bebé estaban bien.

—Mi bebé... Nuestro bebé —se repetía una y otra vez, estaba al borde del colapso.

La llegada de Iona, acompañada de Trent, Creed y Sansón, solo hizo que Reed se pusiera aún más nervioso.

—¿Por qué se demoran tanto? —rugió caminando hacia una de las enfermeras, pero Trent lo detuvo.

—Cálmate... Ella recibió un balazo y no es fácil para ella, y menos en su estado.

—¿Crees que no lo sé? —bramó—. ¿Crees que no sé qué ella está allí adentro dependiendo de un hilo, que su vida y la de mi hijo está en riesgo? —Gesticuló con las manos, llevándoselas a la nuca; pegando su espalda hacia la pared, se dejó caer al suelo, entre las lágrimas y el miedo a perderlo todo por un error.

—No pensaste en las consecuencias... Solo la usaste para tener información —le acusó Trent.

—No... Eso no es cierto... Yo la amo.

—¿Qué clase de amor demostraste cuando la engañaste...?

—No podía decirle la verdad... —Levantó el rostro, mostrando sus ojos rojos ante las lágrimas—. Era perderla...

—Pues tendrás que vivir con las consecuencias y el remordimiento; si muere, vivirás con ese remordimiento...

—No lo hará... No lo hará.

—¿Por qué mejor no te largas...? Te llevas a tus amigos policías y te largas de nuestra vista; esta sala de espera es solo para sus familiares —le exigió Creed, con ojos ardientes de furia.

Reed se levantó del suelo, enfrentando a ese rival de amores.

—No me iré... Porque a diferencia tuya, ella es mi mujer... ¿Comprendiste? Es mía...

—Fue mía antes de conocerte... Y te juro que no la tendrás... —sentenció Creed, casi gritándole a la cara al joven agente.

—¡Mientes!... —dijo en tono amargo—. Lo dices porque sabes que ella jamás te escogería. Porque sabes que ese hijo nos unirá más... —No tenía ánimos para una escena, así que se alejó de él, dándole con el hombro al pasar por su lado, pero Creed no quería rendirse, quería hacerle tanto daño por lo que hizo con su joven amor.

—¿Estás seguro de que ese hijo es tuyo? —gritó a sus espaldas.

Reed, sin poder evitarlo, giró sobre sus talones; las pupilas habían absorbido por completo el extraordinario azul de su mirada, tenía las fosas nasales dilatadas, sus ojos ardientes, siniestros y sombríos. Se acercó a él a grandes zancadas, abrió su brazo sano hacia afuera, dejando caer un golpe en la mandíbula de su oponente, para darle un golpe directo en la cara, derribándole de rodillas.

—Vuelve a hablar mierda de ella y juró que te mataré...

—¡Joder! ¡Reed! —gritó Dylan intentando alejarlo de Creed, quien sangraba en el suelo y era ayudado por Trent.

—Tu placa no te salvará... Tu maldita placa no te salvará de nada...

—Amenazar a un oficial es un delito... —espetó Dylan, gesticulando con la mano y señalándole con advertencia que optara por mantener la boca cerrada y retrocediera.

Iona se llevó las manos hacia la boca, pidiéndole a Sansón que

interviniera.

—Ve... Ve y detenlos...

—Naaa... Que se revienten la crisma si quieren... Ambos necesitan escarmentar —Se cruzó de brazos para ver mejor la función llena de drama y golpes que tenía adelante—. Además, es divertido... Mira a Trent... Está pálido y no sabe adónde ir. —Se mofó de su pequeño hermano.

Siguieron pasando las horas, cada vez que sonaba el teléfono de Nolan o de Dylan, o aparecía una enfermera, se ponía aún más ansioso. Hasta que después de cuatro horas las puertas del ascensor se abrieron, dando paso a un doctor alto, vestido con ropas estériles; al verlos, se acercó a los familiares de Naval, se quitó la máscara y negó con la cabeza.

Reed se levantó del suelo y preguntó al doctor Oliver Cook.

—Doctor, por favor, hable... Necesitamos saber.

—La señorita ha perdido demasiada sangre, pero hemos logrado controlar la hemorragia, además de tener tres costillas fracturadas; la bala, lamentablemente perforó un pulmón, la operación ha podido controlar el neumotórax y el sangrado, aunque lo que más nos preocupa ahora es su enfermedad...

—¿Qué enfermedad? —dijo Nolan.

—La señorita sufre de fibrilación atrial, y eso solo complica su recuperación ante la herida de bala; hemos podido estabilizarla, pero solo queda esperar si responde a los medicamentos, ya que no podemos darle la medicación adecuada sin empeorar su enfermedad.

—El bebé... —Tragó saliva Reed—. El bebé...

—Señor —Negó con la cabeza—. No podemos saber con certeza si sobrevivirá; los golpes que ha recibido han sido muy dañinos, han producido hemorragias internas, que las hemos controlado, repito, pero solo debemos esperar a ver cómo responde.

—¿Cómo que cuando responda? Deberían saberlo, deberían saberlo... Son doctores, maldita sea ¿no? —bramó Reed, llevándose ambas manos al rostro—. Quiero verla, necesito verla —urgió.

—No será posible, está sedada y en cuidados intensivos... Solo deben

esperar —respondió el doctor, girando y regresando a la sala.

Para cuando admitieron visitas un día después, Reed fue quien se quedó con ella después de la operación. Pasó dos días viéndola postrada en una cama, mientras su vida dependía de una máquina de oxígeno. Nolan había puesto dos guardias escoltándola las 24 horas del día. Xavier, al haber escapado, volvería por ella terminando el trabajo.

Sentado a su lado, tomó su mano, besándola.

—Te extraño, Naval —dijo en un hilo de voz—. Lo lamento —Su boca se secó, mientras su mano empezó a temblar—. No sabes cómo lamento haberte hecho esto... Si yo te hubiese dicho todo, nada, nada de esto hubiese pasado, pero también me hubieses odiado mucho más —Hizo una pausa, secando sus lágrimas con el dorso de su mano—. Además, ¿por qué no me dijiste lo del bebé? Debías de haberlo sabido, estás de cinco semanas y media... —Intentó sonreír—. Un bebé, cariño... Un bebé... Nuestro bebé... Mi hijito o hijita —dijo entre lágrimas—. Sé que quizás no me creas, pero te imaginé no sé cuántas veces embarazada, tener una familia...

Llevando las manos hacia su rostro, sintió una mano sobre su hombro; volvió la vista y vio a Nolan, fijándose que él había envejecido más en solo dos días.

—Hijo... Debes ir a descansar...

—No puedo... No puedo... No puedo dejarla...

—Reed... Necesitas tiempo, ambos...

—No puedo dejarla con Xavier libre...

—Estamos haciendo lo posible por encontrarlo.

—¿Cuánto más? —dijo dejando su asiento, acercándose a la ventana y viendo la lluvia que mojaba el jardín y la ciudad—. Todo ha dejado de girar... Y solo quiero saber por qué rayos no despierta...

—Necesita estabilizarse... —respondió Nolan sentándose en la silla que Reed dejó.

—Son dos días, Nolan... —Suspiró, golpeando su cabeza contra la ventana—. Mi hijo aún está en estado delicado, y lo único que nos piden es esperar... ¿Esperar qué? —gritó; volviéndose hacia ellos, inclinó la cabeza

hacia un lado, tratando de encontrar una explicación a su estado.

—Solo ve a descansar, Reed... Necesitas descansar.

—Siento como si me estuviese castigando por usarla... Ella cree que la usé y no es así... Nunca fue así... En un comienzo pensé que quizás era solo la sensación, pero luego me di cuenta de que no puedo vivir sin ella...

—Reed, por favor... —Apretó el puente de su nariz, todos estaban preocupados.

—Nolan, quiero estar con ella... —Sintió sus músculos tensos; mientras las lágrimas quemaban sus ojos, la frustración corría por sus venas.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —le preguntó.

—No... No sé...

—Entonces, te lo ordeno como jefe... Ve, descansa, come... Ella te necesitará fuerte para lo que venga... Tu hijo te necesita fuerte y no débil.

—Tienes razón —Reed asintió con la cabeza y miró el rostro de Nolan; moviéndose a grandes zancadas, se acercó a la cama poniendo sus manos sobre ella, depositando un beso en su frente—. Despierta, nena... Te necesito... Te amo —susurró, irguiéndose—. Llámame de inmediato si hay un cambio.

—Lo haré —respondió Nolan, viéndole salir por la puerta y cerrar detrás de sí.

Una vez solo en la habitación, Nolan tomó la mano de su hija, depositando el recuerdo de aquella mujer que amó: la cadena de oro con un Claddagh.

—Fue de tu madre... No sabes cuánto la amé, pero la vida que llevó con Nicolay y el romance que tuvo conmigo solo complicó las cosas, llevándola a una muerte cruel —Hizo una pausa pasando su lengua sobre sus labios—. Murió porque yo no hice lo que debía, murió por no protegerla como debía, la dejé ir y todo por mi culpa... —Sollozó—. Sé que amas a Reed, sé que lo amas, aunque intentes negarlo... Él también te ama —Sonrió al recordar a su amada Dayanne—. Pero debes salir de aquí, Naval... Tienes que recuperarte, sanarte y poder empezar.

Por un momento pensó que ese apretón de mano era una ilusión, creada por la desesperación de verla despierta, pero no, sintió como la mano frágil de su

hija apretaba la suya con una débil fuerza, pero aún podía, podía.

—¡Naval! —susurró levantándose de la silla y, acercándose a ella, la joven abrió los ojos lentamente solo para pedirle algo.

— ¡Ayúdame! —dijo en un susurro tan suave y ronco que no era audible.

—¿Qué, cariño? Llamaré al doctor. —Quiso irse, pero la mano no lo soltó.

—¡Ayúdame!

—¿Cómo, cariño?... ¿Cómo?

—Que... Que Reed... Reed se vaya... Xavier —Tragó saliva—. Xavier lo matará, él lo matará... no —Hizo una pausa intentando hablar—. No puedo... No puedo perderlo así, no a él... No a él...

—No, cariño... Lo hallaremos... Lo hallaremos.

—No... No lo harán, es demasiado listo...

—Haré hasta lo imposible... Lo hallaré —La vio cerrar los ojos lentamente, Nolan solo volvió a sentarse y contemplarla, sabía perfectamente lo que ella quería, la historia jamás terminaría.

Reed salió al pasillo, intentando encontrar equilibrio en su respiración, eran los dos días más largos de su vida, sabía que debía descansar y comer, así que llamó a Dylan, sacó su móvil y marcó su número.

—Dylan...

—Reed... ¿Cómo sigue?

—Igual —respondió—. Por favor, ¿vienes por mí? Necesito ir a mi apartamento, darme un baño y comer algo; no puedo estar débil, necesito proteger a Naval y a mi hijo... Con Xavier en las calles, solo complica la mejoría de Naval.

—Iré por ti, estoy a cinco minutos.

—Gracias, viejo.

—De nada, Reed.

El joven agente vio a su alrededor, no estaba acostumbrado a tanta parafernalia médica, pero verla conectada a tanta máquina le daba un leve alivio, ella seguía viva, pero su hijo aún estaba pendiente de un hilo ante su

reacción a la medicación.

Dylan lo llevó a su casa, Reed tomó un baño, comió y se recostó, pero el sueño no llegó a él por varios minutos, cambiando de posiciones en la cama; no podía dormir, hasta que fijó su vista al techo y sintió el ronroneo de su gata a su lado, y eso lo relajó, cerrando los ojos y quedando profundamente dormido.

Despertó con los rayos del Sol iluminando su rostro, se cubrió con el brazo dando un bostezo, abrió los ojos y llevó su mano libre al hombro dolorido por el disparo; irguiéndose con cuidado, se levantó de la cama, miró el reloj y maldijo en voz fuerte.

—¡Rayos! —Caminó hacia el baño, se cepilló los dientes, se dio una ducha rápida, tomó un café y le dio de comer a su gata; saliendo disparado de su departamento y tomando un taxi para ir al hospital, maldijo a Nolan por no llamarlo, por obligarlo a descansar, por hacer que se apartara de ella—. ¡Estúpido Nolan!

Caminó por los pasillos de ese hospital, su cuerpo vibraba de ira como de miedo, mordió su labio tembloroso con fuerza para contener el flujo de desesperación que sentía ante la mala sensación que le abrumaba en la boca del estómago; entonces escuchó su nombre, y levantando la vista, vio a Nolan. Todo parecía como si el tiempo se detuviera, captó su mirada, y eso era un claro indicio de que algo malo pasaba; Reed nunca pensó moverse tan rápido, corrió hacia él, pero Nolan le detuvo; intentó ver a Naval, pero su jefe se lo impidió.

—¿Qué pasa? ¿¡Qué pasa!?

—Hubo complicaciones... Reed, lo siento...

—¿Qué?... Yo le dejé bien, yo le dejé bien —gritó, tomando las solapas de la chaqueta de Nolan—. ¿Qué pasó? ¿Qué sucedió?

—No lo sé... Simplemente no lo sé... —aseguró el anciano—. Hace una hora que se la llevaron a quirófano.

—No te creo. —Empujó a Nolan, solo para sentir encima del sonido de sus propios latidos y viendo que ella no estaba en su habitación.

Sentados nuevamente como la primera vez en tres días, Nolan y Dylan esperaban pacientes, pero Reed no pudo más con la espera; fue al baño a

mojarse el rostro, no podía estar así, tenía el alma pendiente de un hilo. Se miró al espejo notando su cansancio, jamás en su vida pensó amar tanto a una mujer, y menos morir lentamente al verla tan frágil, y más sin saber si su hijo viviría.

—¡Maldito Xavier! —rugió dándole un puñetazo al espejo, rompiéndole en miles de pedazos—. Mil veces maldito...

Para cuando salió del baño, encontró al doctor hablando con Nolan; por su reacción de agachar la cabeza, aferrándose al hombro del doctor llorando por la noticia, supo que todo estaba perdido. Dylan quedó totalmente paralizado ante la noticia.

Sin embargo, Reed no lo tomó muy bien; se paró en seco al escuchar que había perdido el bebé.

—¿El bebé? —rugió en un tono desdeñoso—. ¡NO! —Se acercó a ellos.

Dylan y Nolan se obligaron a ver a Reed, estaba furioso.

—Reed... El bebé... —Negó con la cabeza.

—¡No! —Se frotó los ojos para no llorar, no quería aceptar su pérdida—. ¡NO! Me niego a creer que esto está pasando...

—Lo lamento, señores... —pidió disculpas el doctor—. Se tuvo que realizar un procedimiento quirúrgico para extraer el feto... El EPCR fue el procedimiento más seguro... Ella estuvo de acuerdo con el procedimiento.

—No... No, no. No le creo... Quiero verla —ladró Reed—. No creo nada...

—Reed, tranquilízate —ladró Dylan, pero solo hizo enfurecerlo más.

—Y tú... ¿Por qué estás aquí? —Se llevó la mano sana hacia la boca—. ¿Por qué tu interés por ella?

—No sabes de qué hablas... —respondió Dylan.

—Responde, Nolan... ¿Por qué tanto interés en ella? —Hizo una pausa intentando desatar su furia con alguien—. Por mi bebé... ¿Cierto? Crees que soy un maldito irresponsable, un drogadicto sin remedio... Un mujeriego empedernido... ¡Admítelo! Siempre pensaste eso de mí... Quieres regocijarte y decirme que soy un irresponsable y no soy un buen padre... No tengo

material de padre.

—Reed, no sabes que dices... Es el calor del momento, es la ira lo que te hace hablar así...

—Entonces, ¿por qué demonios sigues aquí?

—No puedo decírtelo...

—¿No puedes o no quieres...? —rugió en tono desdenoso—. No eres tan inocente como creí...

—Calla y lárgate antes de que te mate aquí mismo, Reed... Lárgate...

—¿Te duele...? La verdad siempre duele...

—Te dolerá a ti aún más si es que no sales de aquí. —Al escuchar la conversación, Dylan se levantó y fue directo hacia ellos, amenazando a Reed.

—¿Qué buscas en ella? ¿A tu hija muerta? —bramó Reed; Nolan, ante aquel arrebato, hizo puños a sus costados, no quería herirlo—. Pues no lo es... No es tu hija... Y mi hijo no es tuyo, es mío...

—Calla, Reed... Calla —le pidió, pero su tono era nada gentil.

—No te has visto al espejo, Nolan; eres un viejo, decrépito y enfermo... ¿Crees que no me di cuenta de que intentas alejarme de ella...? Estás celoso de lo que tengo con ella —le acusó.

—No tienes ni idea de lo que dices, Reed... Nolan es como tu padre... —interfirió Dylan.

—No te metas, Dylan —Gesticuló Reed con la mano libre—. Claro que sé lo que pasa... Yo la amo... Le amo, y ni tú ni nadie podrá separarme de ella.

—Yo la amo incluso más que tú —gritó Nolan afónico.

Por un momento Reed se quedó impávido ante esa confesión, y reaccionado de manera agresiva se acercó a su jefe.

—Eres un bastardo, hijo de puta... —Hizo una pausa, rojo de ira, sus venas sobresalían de su cuello—. No te golpeo porque aún te tengo mínimo respeto; nunca jamás intentes decir que no le amo.

—No mientas, Reed...

—Yo si le amo... Esperaba a mi hijo... ¡A.MI.HIJO! —sentenció — Ella

amaba a mi hijo.

—¡NO!... Ella no quería tener al niño —dijo una voz detrás de ellos; Reed se volvió hacia esa voz y vio a Creed en el vano de la puerta de la habitación asignada a Naval.

Atravesó el pasillo a grandes pasos, podía sentir la furia emanar y crecer desde su interior, y tomando a Creed del cuello no tuvo miedo de matarlo allí mismo.

—¿De qué mierda hablas? Repítelo si eres hombre... —rugió—. Pero juro que te mataré aquí mismo... Dejaré mi placa a un lado y te mataré como el malnacido que eres...

—Tú no eres tan diferente a mí... Hiciste lo mismo, la engañaste...

—Cierra la boca... Cierra la maldita boca —inquirió Reed con manos temblorosas.

—No hay nada ya que te ate a ella... —Hizo una pausa curvando sus labios en una sonrisa; quería hacerle daño, era evidente—. Vete ya de aquí... No te necesita, jamás lo hará... Porque me tiene a mí.

—No... —Lo soltó, empujándolo y entrando a la habitación de Naval, pero ella estaba dormida, seguía conectada a tantas máquinas, y eso solo rasgaba el corazón de Reed. Por un momento intentó retroceder y esperar a que se calmaran las cosas, pero su ego pudo más, supuso que ella intentaba vengarse por lo que él le hizo la última vez que se vieron en el despacho de Nolan; así que dejó atrás su ira y se acercó a ella, intentó tomar su mano, pero Creed no se lo permitió.

—Naval, cariño... Dime que no es cierto... Dime que solo lo haces por vengarte de mí; aprendí la lección... Es por lo que dije ¿cierto? —suplicó—. Podemos... Podemos volver a empezar, podemos tener más niños, podemos irnos lejos...

—Estás haciéndolo más difícil para ella —inquirió Creed a su lado e izó su brazo para sacarlo de la habitación.

—Sé que me escuchas... Te amo, Naval... Sé que siempre esperabas escuchar esa frase mientras hacíamos el amor, pero mi ego, mi orgullo de macho, me impidió decírtelo.

—No te ama... Entiéndelo de una buena vez; había salvación para el niño, pero ella pidió abortar... No quería tener a tu hijo.

Quitándose la mano de Creed, lo empujó.

—Mientes... Mientes... —repitió.

—Pregúntale al doctor... Ella no quería al bebé...

Reed tragó saliva, bajó la vista y preguntó.

—¿Nuestro bebé? ¿No quería a mi bebé?

—No... —gritó Creed; sentía satisfacción en lo que hacía.

—¡No sé qué pretendes con esto! —dijo entre dientes.

—Que te des cuenta de que ella no te ama...

Negó con la cabeza, no era verdad; en su interior, Reed sabía que mentía descaradamente.

—No mientas así... No... ¿Quién le aconsejó? ¿Fuiste tú, Creed, Nolan, Sansón...?

—¿Por qué te niegas a escuchar...?

—No puedo creerte...

—Tienes al doctor aquí... Pregúntale. —Gesticuló, señalando al médico de pie ante ellos; al verlo y fijarse que el asintió con la cabeza, sonrió sin nada de humor.

«Ella no quería a su bebé, a su hijo».

Reed abrió los ojos como platos, alejándose.

—¡Cielos!... Qué idiota fui —dijo cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás. Con la mandíbula tensa y sus manos temblando, aunque su brazo estaba vendado y sujetado en uno de sus costados, no le impedía aún pelear; quería crear una mentira para soportar el dolor, quería ser un cobarde para no sentir la pena ni el remordimiento, que la culpa solo pasara, pero se equivocaba, estaba condenándose—. Es por eso que no pensabas decírmelo... Por eso Nolan se enteró primero —Negó con la cabeza, se levantó y retrocedió; vio a Naval y luego a Creed, lanzando una risa histérica—. Fui un idiota —Retrocedió saliendo de la habitación y se acercó a Nolan solo para

reclamarle—. Lo sabías... ¿Supiste desde el comienzo que ella no quería a mi bebé? —Se frotó los ojos para no llorar, Naval lo había traicionado ¿Acaso era tan inocente como dijo ser?—. Fui tan ciego... Por eso tu interés, tu exigencia a alejarme de ella antes de la misión... Porque sabías qué clase de perra mercenaria era.

Nolan se ofendió al escuchar tal comentario, quiso acercarse a él y decirle la verdad, pero Dylan lo detuvo, negando la cabeza.

—Solo ve a casa, Reed... Lo único que te puedo decir, es que eres un imbécil... Y déjalo así... Todo terminó.

—¿Por qué?... Acaba de matar a mi hijo... ¿Qué clase de madre hace eso? ¡No es tan diferente a su familia!... —exigió.

—Calla y lárgate antes de que te mate aquí mismo, Reed... Lárgate...

—¡Qué! ¿Por decir que es una perra? —bramó, pero en respuesta se llevó un puñetazo de parte de Nolan.

El doctor, al ver la pelea, llamó a seguridad.

—No te permitiré que hables así de Naval... —espetó Nolan, mientras que Dylan lo sujetaba.

—Me lo imagino...

—Hijo de... No vales la pena... Lárgate de aquí... Ella te... —Iba a decirle que Xavier iba a dispararle, y que Naval prefirió su vida antes que la propia y la de su hijo—. No... No mereces saber la verdad... ¡Lárgate!

—Es una mentirosa...

—Calla, Reed; no vayas a morderte la lengua, esa lengua viperina... Te arrepentirás...

—Señores... Si no se calman, tendré que pedirles que se vayan o serán escoltados por seguridad; no necesito que alteren la tranquilidad de mis pacientes.

—No tanto como ahora... —Zafándose del agarre de los guardias—. Suéltense... Me largo. —Siguió su camino hacia la salida, sin mirar atrás, quería enojarse, gritar, pelear, algo que le hiciera sentir vivo y no muerto, tan muerto como lo estaba en esos momentos.

Nolan, al recuperarse de ese arrebato violento, se acomodó la chaqueta y levantó las manos en señal de rendición.

—Estoy bien, Dylan... ¿Puedo verla?...

—Creo que no es un buen momento para verla —inquirió Creed—. Además, ¿por qué sigues aquí? —exigió saber.

—Soy un agente del FBI. ¿Recuerdas?

—¿Y qué con ello?

—Estoy velando por su seguridad, grandísimo imbécil.

—Váyase a la mierda —inquirió Creed furioso.

—¿Quieres un consejo, chico?

—¿Y usted cree que lo necesito? —respondió sarcástico.

—Sal de su camino.

—No te tengo miedo, ni a ese amiguito tuyo...

—Yo menos... Quiero entrar...

—No quiere ver a nadie más; sé que ha sido difícil, pero es mejor alejarla de él... De ustedes.

—Eso solo te deja el campo libre. ¿No es así?

Creed sonrió.

—Un viejo zorro...

—Tú, un oportunista... —Se acercó a su oído y susurró—. ¿No es así, León Negro?

Creed abrió los ojos como platos, pero no se dejó amilanar por ello.

—No hay absolutamente nada que pueda probarlo.

—Acabas de hacerlo... —Giró sobre sus talones, alejándose de él y sentándose junto a Dylan; estaba decidido a no dejarla, no iba a dejarla nunca más.

Reed miró hacia los lados, nunca pensó que estar sin ella, saber que había sido engañado, fuera tan doloroso; era todo asfixiante, cerró los ojos

intentando no hacer una pataleta en plena vía pública y retomó su camino siguiendo calles y calles hasta que se topó con un bar, quería evitarse más dolor, evitar penas, olvidarse del engaño y olvidarse de ella, aunque ahogado en alcohol solo haría que sus recuerdos revivieran una y otra vez; la necesitaba, pero Naval solo era una mercenaria, una como tantas.

Abrió la puerta con una sola mano, no se detuvo a observar el lugar, tan solo caminó hacia la barra y le hizo una seña al barman, haciendo que se acercara a él.

—¿Qué te sirvo, amigo?

—Dame lo más fuerte que tengas...

El barman lanzó un bufido, sacando un vaso y sirviéndole un whisky doble. Reed tomó el vaso y se lo bebió de un solo sorbo; cerró los ojos con fuerza por el ardor que sentía al pasar el líquido ámbar.

—Otro —pidió; el barman tan solo aceptó, sirviéndole una tras otra copa; nunca olvidaría sus vicios y nunca más daría su corazón a una mujer, se prometió copa tras copa.

CAPÍTULO 30

¿QUÉ ESTÁS HACIENDO AQUÍ?

Dylan se llevó las manos hacia el rostro, estaba agotado, agotado de ser el intermediario de las peleas entre Reed y su jefe; volvió el rostro al sentir el peso en su asiento, y al verlo sentado a su lado no dudó en preguntar.

—¿Podemos hablar...?

—Lo estamos haciendo, ¿no?

—No como jefe... Sino como tío-sobrino.

Frunció el ceño ante la rara petición de Dylan.

—Soy todo oídos.

—Nolan... Disculpa si mi pregunta te incomoda, pero... ¿A qué viene tanto interés por la hija de Nicolay Kapot? ¿Acaso Reed?... —Dudó en poder continuar, temiendo que las alegaciones de Reed fuesen ciertas.

Nolan sonrió, apoyó los codos en las rodillas acunando su cabeza entre sus manos y despeinado sus cabellos; sus ojos reflejaron una pena devastadora, dando una sonrisa fingida.

—Dudas, ¿no es así? —Hizo una pausa mirando a su sobrino a los ojos—. No... No me incomoda, pero mereces la verdad, tanto como compañero y también familia; estar aquí preocupado por la vida de una jovencita de veinticinco me pone como un viejo rabo verde que pretende tener una relación con alguien que podría ser mi hija... y eso es lo que es y lo que responde tu pregunta, Dylan...

—No te entiendo, Nolan —Expresó su confusión; por un momento pensó que Nolan estaba admitiendo su obsesión-relación con la joven.

—No puedo ocultarlo más... ¿No así?

—Sigo sin entender...

—Es mi hija —Hizo una pausa, intentando respirar—. Naval Kapot es mi

hija... Fruto de la relación que tuve con Dayanne... Es fruto de una traición, una traición que valió cada segundo, un amor del cual jamás, créeme... Nunca jamás me arrepentí.

Sin poder creerlo, Dylan se levantó de un salto poniéndose frente a Nolan.

—¿Acaso escuché bien, Nolan? —Negó con la cabeza, no podía creer lo que Nolan Stromhod le decía en esos momentos—. Entonces... Los rumores de una hija son ciertos...

—Siempre lo fueron, con la gran diferencia de que ella nunca murió...

—Pero... —No sabía cómo reaccionar—. ¿Cómo fue?

—Nos conocimos cuando estaba encubierto en la residencia, una historia similar a la de Reed con Naval, pero en mi caso yo sí la amaba, aún sigo amándola; buscábamos pruebas contra los Kapot, pero mi misión se vio afectada al verla a ella, tan radiante, tan hermosa, pero al mismo tiempo tan infeliz... No hace falta que cuente detalles, simplemente la amaba. Nicolay era joven, yo ya mayor y maduro... y ella inocente y buena —Hizo una pausa significativa, levantando los hombros—. Nicolay nos descubrió y me obligó a alejarme de ella, además de nunca decirle a Naval que era mi hija y tenía prohibido acercarme a Dayanne; me tenía amenazado, prometió desaparecer con Naval, aunque en ese tiempo no sabía nada sobre la cláusula del anciano de su padre: no podían divorciarse; pero no cumplí mi promesa, la amaba, la amaba con todas mis fuerzas y me acerque a ella, que murió cuando esperaba a mi segundo hijo; me dio la ecografía y era un niño... era un niño, esa era mi familia... Era mía —Sus lágrimas cayeron entre sus manos, no podía soportar el dolor—. Pero me la arrebataron...

Dylan no podía dar crédito a lo que escuchaba, quedándose en silencio, un silencio más que tentador; al ver los ojos de Nolan, entendió todo, no era una broma; obligándose a retroceder, chocó con la pared derrumbándose ante Nolan.

—Dios mío... Nolan... pero... —No sabía qué decirle, no podía articular palabras ante la confesión sorpresa.

—Espero que no le digas a nadie, comprometería mi puesto en el FBI. Utilicé mi autoridad para un caso personal, sabes bien que no debemos involucrarnos en ese tipo de casos, pero no podía permitir que ese hijo de... —Evitó decirle un insulto, ya que había muerto, muerto intentando proteger a

la hija de su adorada Dayanne—. No podía permitir que le hiciera daño a mi hija. —Cerró los ojos evitando ver a su joven amigo.

—Hemos trabajado en este caso por años, Nolan...—Lo acusó—. Quisiste pruebas antes y no las conseguiste; hoy infiltramos a Reed, y solo para que termine cagando todo el caso acostándose con tu hija y dejándola embarazada. ¿Y qué pruebas tenemos? ¡NINGUNA! —Recriminándole, Dylan estaba demasiado afectado por aquella confesión, pero él ¿acaso no haría lo mismo por su hijo? ¿No haría lo mismo por su esposa? Claro que sí, rompería todas las reglas posibles con el único objetivo de tener a su familia cerca de él—. ¡Maldición, Nolan! —bramó levantándose y acercándose a su tío—. Pero te comprendo —dijo finalmente con serenidad.

Nolan levantó la cabeza, mirando fijamente a Dylan; no esperaba tal comprensión, cualquiera que ambicionaba su puesto lo había puesto en evidencia.

—¿Qué?

—Trataste de sacar provecho del caso, pero una cosa llevó a la otra; rescataste a Naval Kapot, hiciste tu trabajo, todos hicimos nuestro trabajo... Nolan, yo hubiese hecho lo mismo por proteger a mi familia... Amo a mi esposa, amo a mi pequeño hijo, esperando con ansias que nazca, y no puedo imaginarme una vida sabiendo que tengo a mi hijo cerca pero no puedo acercarme a él; es como estar muerto en vida... No pretendo... No pretendo arruinar tu vida, Nolan, y mucho menos tu carrera; me ayudaste, me ayudaste a convertirme en lo que soy... Los Kapot han hecho demasiado ya.

—Eres mi sobrino... Hijo de mi hermana, mereces saber la verdad. —No podía evitar llorar, girando la cabeza hacia un lado para que Dylan no lo viera vulnerable.

—Entonces debes decirle la verdad —le pidió Dylan.

—No puedo...

—Ahora te hablo como familia... Tío, ya no existe un Nicolay... Tienes chance de poder empezar, tu retiro está a puertas... Puedes empezar de nuevo, conocerse mutuamente. Ahora que ella perdió al bebé será importante, muy importante para ella recibir el apoyo de su verdadero padre y no llorar por la pérdida de un hombre del que no lleva ni una gota de sangre...

—Piensas en todo, ¿no es así muchacho? —Sonrió Nolan dándole una palmada en la espalda a su joven sobrino—. Así que me ayudarás a poder iniciar...

—Recuerda que no solo eres mi jefe... —Le guiñó un ojo—. Nolan... Llámame por cualquier cosa que necesites... Pero debo irme...

—Lo sé... Gracias por todo... —No vio cuando Dylan salió de su vista, pero se sintió un poco mejor; aunque la soledad no era nada comparado a la pérdida de su nieto, miró hacia la puerta de la habitación de Naval, estaba bien resguardada, y verla solo complicaría las cosas; Naval no podía salir del hospital, ya que el doctor no había firmado su alta y, en su estado, era difícil saber cómo podía evolucionar su enfermedad y su recuperación de la operación.

Una enfermera se acercó a Nolan, entregándole unas cuantas pertenencias de su hija.

—Señor... Aquí están las pertenencias de la señorita —Le alcanzó una bolsa de plástico; Nolan las tomó y le sonrió a la enfermera.

Una vez solo, abrió la bolsa y sacó el arma de Nicolay; cerró los ojos... Nicolay había muerto, y con ello su amenaza.

El funeral de Nicolay iba a ser al día siguiente muy temprano, el cuerpo había seguido el procedimiento de rutina: una autopsia seguida de una investigación, para luego liberar el cuerpo. Sansón e Iona se habían encargado de ello, así que su presencia no iba a ser tan requerida. Se puso de pie, vio a Creed sentado al lado de su hija, giró sobre sus talones y salió del hospital; había dejado a la enfermera todos sus datos por algún inconveniente, quería ser el primero en correr a protegerla, a velar por ella.

Una vez fuera del hospital, sacó su móvil e intentó hablar con la única persona a la que le debía una buena explicación: Reed. Marcó pero solo lo llevó a buzón, negó con la cabeza e intentó una vez más, pero nada; sabía que el joven agente debía estar ahogando las penas como siempre, rogó al cielo que no cayera en viejos vicios, así como hizo él al perder a su mujer y a sus hijos hace tantos años atrás.

Era de noche, el día había pasado volando y estaba tan ebrio que no podía mantenerse en pie; había visto las llamadas de Nolan, pero no quería un sermón y reprimendas por beber hasta caer; detuvo un taxi y le dio la

dirección a duras penas.

Llegó a su departamento, le arrojó unos billetes al conductor e intentó salir, pero su torpeza le impedía tener el control de su cuerpo; abrió la puerta, subió a su apartamento, entrando y cerrando detrás de sí; sorbió su nariz, sacó una cajetilla de cigarros y encendió uno más, hacía años que había dejado de fumar, pero ese día necesitaba mucho más que uno para poder relajarse. En lo profundo de su ser le pedía que regresara a su viejo vicio, quería un poco de cocaína, quizás un poco de heroína.

Dándole una calada larga, caminó torpemente por su casa, pero la vio tan vacía que recordó todo lo que imaginó con ella.

—Que idiota fui —dijo—. Soy un maldito imbécil —bramó arrojando lo que había en su mesilla de entrada, desde retratos, su portallaves, agenda, teléfono y contestador, haciendo chillar a la gata y obligándole a esconderse—. ¡Te odio! —gritó descontrolado y con un ardiente dolor en el pecho—. ¡Bruja mercenaria!

Sin más tomó nuevamente su móvil, necesitaba desfogarse, necesitaba hacerle daño; así que llamó a la única mujer que podía estar disponible para él en ese momento.

La mañana era opaca, las nubes eran grises, los preparativos para su funeral estaban ya finalizando, Iona se había encargado de todo, había ido a visitar a su pequeña Naval, pero la había visto un poco mejorada, pero seguía en situación crítica.

Nolan llegó a tiempo para el entierro de Nicolay, percatándose de que los hermanos del difunto estaban rodeando el ataúd; por lo visto estaban asegurándose de que él hubiese muerto, y solo faltaba una pieza más, Naval.

—¡No tienen escrúpulos! —murmuró a Dylan, que estaba a su lado.

—Solo tranquilízate... Ellos no deben sospechar nada.

—Será imposible controlarme ante ellos, después de cómo por sus acciones y ambición la vida de Naval estuvo en riesgo... Sigue en riesgo.

—Da gracias de que no se llevaron su vida en el proceso. —Guardó silencio, obligándole a seguir.

—¿Reed? —preguntó.

—Está viniendo ya... Aunque está con una cara de pocos amigos... Por lo visto volvió a las andadas...

—Es un grandísimo estúpido... —bramó Nolan.

—Solo hay que darle tiempo...

—Y no es para menos.... Acaba de perder a su hijo y en el proceso a Naval.

Reed había despertado con un dolor monumental de cabeza, estaba desnudo y con Amanda a un lado de su cama, no recordaba ni un poco. Quizás solo había hecho el ridículo y quedó dormido ante la borrachera monumental que tuvo. Llevó ambas manos a su cabeza y cerró los ojos, podía reprocharse todo lo que quisiera, pero ella no tuvo remordimiento al matar a su hijo, a su hijo. Se levantó de la cama dejando a Amanda dormida, se dio un buen baño y se vistió para la ocasión, ya que no deseaba hacerle un feo desplante a Iona, aunque para poder soportar la poca luz que había ese día, optó por ponerse lentes oscuros para que no notaran su mala noche.

Llegó con Dylan y caminó lentamente detrás de él, para luego detenerse a su lado.

—No hablen de mí como si no estuviese aquí —murmuró malhumorado.

El funeral fue ortodoxo. Finalizado el sermón del sacerdote, el ataúd comenzó a descender hacia el profundo agujero; todos se giraron para poder irse y presentar sus respetos a la familia presente, pero ellos prefirieron irse antes de tener una escena llena de drama; al mismo tiempo que el teléfono de Nolan sonó, él vio el número y supo que algo andaba mal.

—Dígame —Dylan y Reed le vieron arrugar el ceño y cambiar de color—. Iré enseguida... —Finalizó la llamada, levantando la mirada hacia sus dos agentes—. Debo irme... —Giró sobre sus talones, pero Reed le asió del brazo pidiéndole una explicación.

—¿Por qué te llaman a ti primero? ¿Es Naval? —dijo entre dientes.

—Sí... Y no te debo explicación alguna. —Se deshizo de un manotazo del agarre de Reed, siguiendo su camino hacia el hospital.

—¡No tienen derecho a estar aquí! —comentó Vladimir al ver a dos agentes activos del FBI.

—Y una mierda lo que pienses —ladró Reed, pero Dylan tomó su hombro para tranquilizarlo—. Pero tienes razón... Nadie tiene derecho a nada después de hoy. —Sus labios se curvaron en una sonrisa despótica y aristocrática; por lo visto Reed aprendió mucho en su estancia en la residencia, obligando a su Vladimir a seguir su camino hacia la salida más próxima.

Nolan caminó a grandes zancadas por el pasillo del hospital, la enfermera le dio acceso, pero quería saber más.

—¿Qué ha sucedido?

La enfermera negó con la cabeza.

—No reaccionó favorablemente al medicamento, pero no podemos subir las dosis por su estado.

—¿Puedo verla...? Quiero verla —exigió

—Pase... Pero está sedada y no podrá escucharlo o responderle... Está en estado crítico.

Nolan asintió con la cabeza, entrando a la habitación con cuidado, se sentó y dio un suspiro que le hizo doler el pecho hasta lo más profundo de su ser; cerró los ojos e intentó calmarse. Naval no estaba respondiendo a los medicamentos favorablemente, y eso ponía en riesgo su salud y empeorando su enfermedad.

Tomó su mano, curvó sus labios en una sonrisa, pero el brillo no llegó a sus ojos; necesitaba hablarle, aunque fuera en leves susurros, era doloroso aceptar que la vida de su hija estaba pendiente de un hilo y en ese estado ella merecía saber la verdad antes de... Cerró los ojos de tan solo mencionarlo o pensarlo.

—Conocí a tu madre semanas después de trabajar para Nicolay, entablé una buena amistad con él, aunque siempre sospeché que yo era un agente del FBI, pero él solo calló y continuó su camino. Yo era mayor que tu madre, mucho mayor, podría decirse que tenía dos años menos a la edad de Reed en ese entonces... —Hizo una pausa significativa, intentando que sus lágrimas no nublaran su visión—. Ella era muy joven para mí, demasiado. En esos años yo no era hombre de una sola mujer, amaba mi libertad, pero todo cambió cuando la conocí. Mi vida era un completo desastre: mujeres, alcohol y algunas veces hasta drogas, estaba equivocado... Esa no era la manera de vivir; pensé que

de ese modo era vivir en pleno mi libertad, pero no. Dayanne no le amaba como a mí, ella fue obligada por su tía abuela Ianthe a casarse con él por mantener una posición social y sobre todo estabilidad económica; su vida era mala, pero al casarse con Nicolay su vida pasó de ser mala a un infierno hecho realidad. Cuando la vi, supe que ella debía ser mía, y lo fue, cambié por ella, por mí, por nuestra hija... —Sus lágrimas surcaron sus mejillas, y apretando un poco más su mano, se la llevó a los labios depositando un casto beso—. Cuando supe que estabas en camino fui el hombre más feliz —Soltó su mano, sacando las viejas pero muy conservadas fotografías que tenía de Dayanne y Naval siendo aún una bebida recién nacida, antes de que Nicolay la arrebatara de las manos de su madre—. Me sentí tan bien, me sentí contento de saber que vendrías a este mundo; así que fui a buscar a Dayanne, fui por ella, pero hubo un inconveniente... Xavier nos había seguido, él siempre ambicionó tener mucho más que Nicolay; y tener algo en contra suya, iba ser algo muy ventajoso —Sonrió negando con la cabeza—. El muy astuto nos siguió. Cuando ella me mostró la ecografía, simplemente lloré y supe... Supe que debía llevármelas, pero todo se arruinó. Nicolay llegó de un viaje y me amenazó, me obligó a no verte, a no conocerte —Nolan simplemente no pudo más, echándose a llorar; dejó caer la cabeza sobre la cama y lloró—. Perdí tu rastro por 14 largos años y, al verte a lado de Nicolay, tuve que conformarme con verte a la distancia. Te he visto crecer y desmoronarte, crecer y sobrevivir, somos tan parecidos. Pero me di cuenta de que fui un cobarde... No luché por ustedes, dejé que me intimidaran, que me manipularan, caí en un vil juego y ahora no puedo ni sé cómo decirte la verdad... —Hizo una pausa, sacando un pañuelo secando sus lágrimas—. No sabes cuánto daría por escuchar de tus labios decirme «papá», que me abracés sin miedo a una segunda intención de mi parte, que me comentés tus temores y alegrías, tus sueños y pesadillas... Poder decir sin miedo que «Tú eres mi hija».

—La amaste tanto que no formaste un nuevo hogar —dijo la voz frágil y cansada de Naval—. La amaste por él, por mí...

—¿Naval? —Secó sus lágrimas, y acercándose más a su hija, acarició su cabeza, viéndola tan pálida y agotada.

—Como es posible... ¿Por qué no me buscaste?

—Al hacerlo.... Él te mataría.

—Nunca lo hubiese hecho, con ello perdería todo... Toda la fortuna

Kapot.

—Solo me importaba tu bienestar... Pero fui un cobarde... Inconscientemente tuve miedo de la responsabilidad que llevaba tener un hijo... No luché, no soy buen padre... Soy un asco, me doy asco. —Se desmoronó.

Sintió la mano de Naval sobre la suya.

—No digas eso... Eres un buen hombre...

—NO... Perdí mi tiempo, perdí toda mi vida viéndote detrás de cámaras y reflectores...

—Hiciste lo que debías hacer...

—Sé que es tarde... Pero podemos comenzar de nuevo, buscar la manera de empezar... Quizás. —Pero ella lo interrumpió.

—¡NO! —espetó Naval ronca, sus lágrimas corrían por sus sienes tapando sus oídos, dejando atónito a Nolan por su tan sorpresiva reacción—. No así...

—Naval... Por favor.

—No... He perdido a dos padres... No quiero perder a uno más... No más.

Levantó el rostro, atónito ante el comentario de su hija; en ese instante pudo respirar y sentirse por fin aliviado.

—Hija...—Hizo una pausa significativa—. Hallaré la forma de poder huir... Salir de su radar...

—Sabes bien que ellos no descansarán... Si desaparecemos sabrán que seguimos vivos y ocultos... Y harán lo posible para hallarnos y no dormirán tranquilos hasta que la fortuna Kapot sea completamente suya; Xavier no parara hasta verme rota... Pero lo importante es que Reed ya está fuera del radar.

—Solo nos queda una opción... Fingir —dijo sin parpadear, sin perder el contacto visual con su hija—. Es la única manera de protegerte, comenzar una nueva vida... Comenzar de nuevo con alegría, con todo lo que no tuviste antes, Naval...

—Lo sé... Y puedo jurar que tú lograrás hacerlo a la perfección... —

Cerró los ojos intentando descansar pero vino a su memoria el momento en cómo murió su padre; todo estaba en juego, incluyendo su propia vida.

CAPÍTULO 31

FIREWALL

Habían pasado siete semanas desde la muerte de Nicolay Kapot. La agencia había visto que la infiltración de Reed Fletcher a esa organización no había dado ninguna pista o prueba para poder llevar a esa familia tras las rejas; el caso había sido cerrado sin mérito a una previa investigación sobre lo sucedido; había habido más descensos de lo que todos hubiesen imaginado, pero todo había cambiado. Nolan estaba más preocupado que de costumbre, Dylan más alejado y callado, mientras Reed solo había comenzado a beber, fumar y drogarse, y las mujeres iban y venían a su cama, incluyendo Amanda.

Era las primeras horas de la mañana, todos nuevamente reunidos alrededor de una sala de conferencias, la pantalla tenía el logo de FBI, las carpetas estaban sobre la mesa, los informes sobre el fracaso de investigación estaban ya finalizados, sin culpables, sin evidencias, sin ninguna prueba que pudiera servir; lo único que había era el número de muertes, incluyendo el nombre de Nicolay Novak Kapot.

—Señores... —señaló Nolan—. Por favor, tienes sobre la mesa los informes finales de la investigación de los Kapot.

—Fue una pérdida de tiempo —espetó uno de los agentes, volviendo la mirada hacia Fletcher, que estaba sentado con la cabeza gacha.

—Apresuramos el homicidio de Nicolay Kapot... Y con ello ¿qué? —espetó uno de tantos—. Ni siquiera tenemos en custodia a Xavier Scott por homicidio, secuestro y la muerte de dos agentes del FBI... En este caso hubo muchas muertes... Muchas que pudimos evitar...

—No tenemos más que decir, señores —bramó Nolan, intentando que los demás no culpasen a Reed por el fiasco de la operación—. Tenemos un nuevo caso en que concentrarnos, trabajaremos junto a ATF. —Iba a continuar pero su móvil sonó en ese preciso momento; Nolan tomó su móvil y contestó.

—Stromhod —La llamada solo hizo que su rostro se volviera pálido, su

expresión cambió, podría decirse que Nolan quedó en shock ante la noticia; sin poder evitarlo dio un golpe a la mesa con el puño cerrado, y dejando caer la cabeza entre los hombros, cerró los ojos intentando no llorar, pero debía ser necesario, unas lágrimas surcaron sus mejillas no podía controlarlo—. Gracias... —dijo en un leve susurro, finalizando la llamada.

Levantó el rostro, mirando a todos allí.

—Tendremos que agregar un nuevo deceso a la lista... Lamento informarles, señores, que...—Carraspeó, intentando aclarar su garganta ante el nudo que tenía en ella—. Acaban de avisarme —Hizo una pausa significativa—. Naval Kapot —Tragó saliva—. Le hallaron muerta hace una hora, en su casa... —Cerró los ojos y cerró la carpeta que tenía encima de la mesa—. Por favor... Disculpeme, necesito aire. —Abrió la puerta y salió de la sala.

Reed, al escuchar esas palabras, no aguantó las ganas de golpear algo; se levantó con tanta furia que la silla cayó hacia atrás ante la brusquedad de su movimiento. No dijo palabra alguna, solo salió de la sala de conferencias, sin darle importancia a que su equipo y jefes estaban allí; caminó a grandes zancadas hacia el baño, cerrando la puerta detrás de sí.

Se apoyó en el lavabo, las ganas de vomitar eran tan fuertes que abrió el grifo y se mojó el rostro; levantó la vista y se miró al espejo. Desatando su furia de un momento a otro, su puño fue a parar en el pedazo de vidrio, haciéndole añicos; comenzó a patear con furia uno de los cubículos, dándole de puñetazos al metal y abollándolo. Sus gritos de furia eran escuchados por toda la agencia, iba golpeando todo a su paso, gritando y maldiciéndola; las pupilas de sus ojos habían absorbido por completo el extraordinario azul de su mirada, sus nudillos estaban lacerados ante los golpes que daba a la pared, descascarando la pintura y yeso.

Reed estaba fuera de control, las venas del cuello se notaban ante su arranque, y la mayoría de agentes escucharon el escándalo proveniente del baño, pero todos decidieron mantenerse alejados de la explosión que había allí. Dylan, al ver la aglomeración que había en medio de los pasillos, llamó su atención, y abriéndose paso ante la multitud sintió los golpes y puños caer a todo sitio; entonces supo que era Reed.

Al entrar al baño, el crujido del vidrio en el suelo, los rollos de papel esparcidos por doquier, los vidrios de las ventanas rotos, Dylan, por un

momento tragó saliva al verlo de esa manera. Hacía años que no le veía así, Reed estaba lanzando golpes por doquier como un completo demente, y tomándole desde atrás, intentó calmarlo, pero no era suficiente.

—¡Cálmate! ¡Cálmate, Reed! —En ese instante, una preocupada Amanda entró al baño, hablándole e intentando calmar al furioso Reed, que intentaba incendiar todo el edificio.

—¡Suéltame! —ladró Reed—. ¡Estoy bien!... ¡Estoy bien!... —dijo rojo de ira y lágrimas rebosantes.

—No lo parece... —bramó su joven amigo.

—Vete a la mierda, Dylan... —Pasó delante de ellos, empujándoles con el hombro, sin importarles el desastre que había dejado atrás.

—Reed —le llamó Amanda, pero Dylan le asió del brazo, deteniendo que fuese detrás de su amigo.

—Sé lo que pretendes —bramó—. Solo le harás infeliz, él no te ama y nunca lo hará... Y de eso me encargaré yo... Lo juro.

—¿Celoso, Dylan? —Enarcó una ceja, mientras sus labios se curvaron en una sonrisa, y esa tristeza fingida desaparecía.

—Sabes bien que lo nuestro terminó hace tiempo...

—Pero las tentaciones son más fuertes...

—Eres... Eres una bruja.

—Eso no dijiste antes... —Se soltó del agarre con brusquedad, corriendo para alcanzar a Reed.

Nolan le vio pasar por su lado cruzando pasillos a grandes zancadas con la mirada roja, los puños apretados y el rostro pálido; sonrió por un momento, y volviéndose vio a Amanda detrás del joven, mientras Dylan salía de igual manera detrás de ellos, pero al verlo Dylan asintió con la cabeza siguiendo su camino. Nolan tomó su móvil y marcó.

—El funeral será hoy a las cinco de la tarde... Tienes diez horas para poder preparar todo. —Finalizó la llamada yendo a su despacho, abrió el último cajón de su mesa, sacando un sobre para guardarlo en su chaqueta, miró la habitación, sonrió y salió de allí.

La brisa de esa tarde era mucho más pesada, el frío hacía no solo que uno se estremeciera, sino que sus dientes castañearan, además de intentar calmar su palpitante corazón; no podía creer lo que veía, no podía dar crédito a lo que tenía delante, había pensado que el funeral de Nicolay fue lento, pero no era así; el ver el ataúd delante de él lo hacía todo tan real, era una de las pesadillas más reales y vívidas que había tenido en su vida, apretó sus manos en puños sobre sus costados hasta el punto de clavarse las uñas en sus palmas, pero no despertaba, quería desertar...

No tenía ni idea de cómo esas personas se habían enterado tan deprisa de su muerte. Había muchas personas que conocía de simple vista, socios del difunto Nicolay, amistades cercanas o, por decir, equipo de seguridad y demás trabajadores de la residencia, sobre todo, y por último, los herederos de la fortuna Kapot... Los legítimos herederos de esa fortuna maldita que le arrancó la vida a su Naval.

Las palabras del sacerdote declarando el Salmo 23 solo lograban ponerlo más ansioso de salir de allí; aquellas palabras de un último adiós, palabras vacías porque nadie las conocía tan bien como él, nadie, absolutamente nadie; la nieve de inicios de invierno ocultaba el verde del pasto y él era el único que podía decir que le encantaba el frío... A Naval le encantaba el frío, la noche...

Llevó sus manos hacia su rostro, tragó saliva, quería ir y verla por última vez, pero no podía, debía mantener un férreo control, debía solo observar. «¿Por qué?», pensó, y cerró los ojos por un momento, temía derramar lágrimas delante de esas personas, temía mancillar más su recuerdo; negándose a admitir que la amaba, supo que odiarla era lo mejor que podía hacer; quizás con el tiempo su recuerdo se vería borrado por los nuevos recuerdos que tendría de la vida, pero solo estaba mintiéndose.

Reed estaba impecablemente vestido con un traje negro, con las manos entrelazadas en lo bajo y su cabeza gacha. «¿Se sentía culpable por no haberla ayudado?». Sí, lo admitía, «se sentía culpable por haberla dejado, culpable por no amarla como debía, culpable de haber dejado que un pretencioso se la quitará». Levantó el rostro viéndole a un lado a Iona, Sansón y Trent... Eran los únicos que sí la amaban de verdad.

Dylan, sin embargo, estaba a un lado de su amigo, mirando el ataúd en medio de la gente, en medio de convertirse en parte de un recuerdo.

—Lo siento... —susurró a su amigo.

—Quizás fue mi culpa... Debí hablar con ella, pedir quizás una explicación por cómo se deshizo de nuestro bebé —dijo con dolor, le dolía de tan solo pensar que ella había matado a su bebé—. Pero me rehusé a verla nuevamente, sé que Nolan intentó convencerla de poder ser un testigo material al caso, pero ella deseó guardar silencio a la memoria de su padre... Él ni siquiera ha venido al funeral.

—Al igual que tú y Amanda...

—¿Ella lo sabía?

—Nolan se lo dijo... —le confirmó Dylan.

Intentó no pensar en ello, pero debía decirlo.

—Solo confirma que Nolan tenía un interés por ella y no algo amical.

—Eso no es asunto tuyo... Sabes bien que él no está nada bien... Es un duro golpe para todos, incluyéndote.

—¿Qué importa eso ya?

—Importa... Porque estás destrozado y lo niegas... Niegas seguir amándola, pese a todo lo sucedido.

—Yo no estoy destrozado, solo he venido correspondiendo a la tarjeta de participación, no quería ser descortés con Iona —Levantó la vista observándola entre hipos, sollozos y lágrimas, mientras sus tíos estaban más que contentos por la pérdida—. ¿Adicción?... Cuando estuve con ella jamás probó esa mierda...

—Al igual que tú —inquirió Dylan—. Quizás no te lo dijo —respondió Dylan mirándolo de soslayo—. Murió de sobredosis, así que... Qué más prueba que ella en la ducha con cocaína, heroína, éxtasis, y qué diablos más.

—Es imposible... —Negó rotundamente.

—Quizás porque te rehusas a creer que ha muerto, no te resignas a que la has perdido para siempre.

—Yo jamás la he perdido... Porque jamás la tuve.

Dylan quiso reír ante la estupidez más grande que había escuchado.

—¿En serio?... ¿Jamás la tuviste?... ¿No es ilógico? Ya que tuviste relaciones con ella... ¿Y dices que jamás la tuviste?

—No hables más... —No tenía ganas de escuchar un sermón de su amigo, del amigo recto y tranquilo, sensato y realista, ese amigo que hasta el último trató de hacerle entender que Naval era inocente.

—Duele, ¿verdad?... La verdad duele... —mencionó el dicho que su amigo siempre decía—. Tú le dijiste eso en sus últimos días.

—No es el mejor momento para hablar de ello... Solo queda el dolor ante la pérdida de un hijo y el suicidio de su madre —espetó Reed sin mirarlo, no quería que viera su rostro demudado y los hombros hundidos; había perdido peso, estaba delgado y el rostro pálido, además de que sus ojos mostraban una pena devastadora, había perdido lo que una vez amó... La amenaza de Xavier se hizo realidad.

—El mejor momento... Bueno, hablando de mejores momentos, me trasladan...

—¿Qué? —preguntó confuso, volviendo la mirada hacia su amigo.

—Me iré a fin de este mes a Michigan... Midland, para ser preciso; ya sabes, lo típico, aunque mi esposa ha encontrado un empleo maravilloso allí, maestra del Kindergarten... su sueño, y ahora que el bebé nacerá... Será mejor, ya que sus padres podrán ayudarla cuando yo no esté...

—Pero no me dijiste nada de esto...

—No te lo dije... Porque ya no nos vemos, no paras de bar en bar, asaltando faldas... Quizás eso mató a Naval... La pena, al ver cómo destruyes tu vida negándote la felicidad.

—¿Destruir mi vida?... ¿Y ella cómo terminó? Mató a mí bebé. Se lió con Creed, quizás hasta con Nolan... ¿Eso no es más destrucción que la mía?

—¿Tienes alguna prueba de ello...?

—Sí...

—Ella sabía lo que deseaba en su vida; en cambio, tú estás al borde del precipicio, a la deriva, no sabes ni lo que quieres; tu corazón lo sabe, pero tú te rehusas a escucharlo... Estás engañándote a ti mismo Reed, no a mí... No a Nolan o a los demás, tú mismo estás engañándote... Y no sé con qué fin —

Suspiró—. ¿Y qué pretendes con Amanda? Sabes perfectamente cómo es esa mujer...

—Lo único que puedo decirte es que con ella sé a lo que me atengo...

—Estás mal, Reed... Muy mal. —Girándose y caminando hacia la salida, faltaba poco para el desenlace final.

Viéndose solo, de pie al borde de la tumba con una rosa roja en la mano, Reed cerró los ojos, intentando olvidar su sonrisa, su manera de huir, sus caricias, sus besos, su incesante malhumor, pero sobre todo, su primera noche juntos.

—Te amaré, Naval... Aunque me cueste trabajo olvidarte... Sé que lo lograré, pero te amé... Te amo... Pero ya eres parte de mi pasado —se dijo a sí mismo, tratando de convencerse de que deseaba olvidarla, que formaba parte de su pasado; ella había muerto, ella ya no existía más.

Recordó entonces el momento más desastroso después de ver a Naval entre sus brazos muriendo. ¿Cómo tomó la noticia? La tomó muy mal, Nolan lo había destituido dejándolo detrás de un escritorio, mientras que el trabajo de campo estaba a cargo de otros más expertos, según él... Sí, efectivamente, Nolan se había vengado, tomándolo demasiado personal para su propio bien.

—¿Sobredosis? —Reed no pudo tragar la saliva acumulada en su garganta, sabía muy bien cómo era ese estado, morir ahogado por su propio vómito. Había tomado, sí, había perdido las ganas de vivir y se sentía solo; la compañía de su gata no podía cubrir el inmenso vacío que sentía en el pecho, ella había muerto de sobredosis, ella había perdido todo, a su padre, a su hijo, perdiéndose ella misma en la oscuridad, arrastrándolo con ella al infierno... Aunque su vano intento por seguir, y teniendo a Amanda a su lado, no mitigaba la desesperación interna que lo carcomía día a día.

Regresó a la realidad, viendo el ataúd una vez más; la nieve y la brisa le daban la esperanza de que eso fuese un mal chiste, que apareciera Naval y se riera al verle triste, pero todo era verdad: ella había muerto, había muerto llevándose su alma consigo.

El ataúd comenzó a descender, la lápida ya estaba puesta, estaba junto a su padre y madre, y ese era el fin de una vida miserable. Los últimos descendientes Kapot curvaron sus labios en sonrisas, fingiendo un dolor que no sentían, Reed mordió su lengua.

—Ahora vengo —espetó Dylan; abriéndose paso hacia la familia en compañía de otros agentes, sacó su placa mostrándoselas a los Kapot—. Señores Kapot... Están arrestados por el homicidio de Nicolay Kapot, tráfico de drogas, contrabando de personas vivas, compra de testigos... Tienen el derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que digan, puede y será usada en su contra en un tribunal de justicia. Tienen el derecho de hablar con un abogado. Si no pueden pagar un abogado, se les asignará uno de oficio.

Reed se quedó petrificado, no sabía, no tenía ni idea de cómo habían conseguido pruebas en contra de esa familia; entonces sonrió, negando con la cabeza. Naval había muerto, pero se había llevado consigo a su familia, a esa familia que llegó a odiar tanto por arrebatarle lo único que tenía, su libertad.

—Muy ingeniosa... Muy ingeniosa... —Elevó la vista hacia el cielo, y supo desde ese momento que olvidarla sería un trabajo muy duro, pero valió la pena; con ella, por un momento, también se sintió libre.

Nolan recordó a Naval después de salir del hospital, regresó a casa mucho más débil de lo que creía, le había acompañado y apoyado, había pasado el mayor tiempo posible con su hija, cuidándola y protegiéndola de una depresión mortal, pero cuando Naval entró a su habitación encontró en su cama la pequeña matrioska que su padre tenía en su mesa; sonrió al verla, caminó lentamente tomándola entre sus manos y la abrió, sacó una pieza tras otra, pero al ver la pequeña muñeca, vio que estaba adherida a un USB; tomó su laptop y abrió cada archivo: eran pruebas, pruebas contra sus tíos, pero también pruebas de los crímenes de su propio padre; no pudo creer lo que tenía allí.

—Tú eres la clave. —Sonrió entre lágrimas, tenía razón, ella era la única que podía darle la redención que Nicolay siempre buscó. Entregándole las pruebas a Nolan, este movió influencias y presentó la documentación, pero debía matar a su único testigo antes de que los Kapot pudieran alcanzarla.

—Te dije que esperaras en el auto —dijo Nolan a una persona cubierta con una capucha negra, pantalones deportivos y zapatillas a juego, además de ocultar su mirada en unos lentes negros; viendo cómo el ataúd de Naval Kapot bajaba hacia el suelo frío del cementerio, dio unos pasos, posando su mano en el hombro del desconocido, dándole aliento, dándole fuerzas; la misma historia se volvía a repetir.

—Quiero verlos por última vez —dijo.

—¿Quieres verlo a él...? Eso es diferente.

—Siempre tienes una respuesta para todo —Sonrió. Nolan la abrazó desde atrás, besando su cabeza—. ¿Eric aún nos esperará? —preguntó.

—Eric... Nos llevará —balbuceó, apoyando su varonil barbilla en la cabeza de su hija.

—Debemos seguir con el plan... Además, quiero ver cómo la entierran. —Volvió su rostro hacia su padre.

—Sabes bien que Xavier aún sigue libre... No podemos estar mucho tiempo aquí... Estas exponiéndote en estos momentos. —Sin poder evitarlo, Nolan comenzó a reír al ver los lentes oscuros y grandes que su hija traía encima.

—¿Qué? —preguntó tratando de encontrar lo gracioso a la situación.

—¿Qué traes puesto, niña?... ¿Son lentes de sol? ¿En este clima?

—Sí... Ya que cierto señor acaba de borrarne del mapa...

—¿Naval? —dejó de reír...

—Es una broma... —Levantó sus hombros como única justificación.

Sus miradas volvieron al funeral de una Naval diferente, pero la jovencilla no podía apartar la vista de Reed, ella lo amaba, pero él jamás correspondería a ese amor; subconscientemente acarició su vientre, recordando al fruto de su amor.

—¿Crees que con esto encontraremos la redención que Nicolay tanto buscó? —preguntó sin dejar de observar a los demás, viendo cómo el ataúd bajaba y, finalmente, los Kapot eran arrestados; los invitados al funeral no se daban cuenta de que eran observados desde lo más alto del cementerio, dando paso a una pequeña llovizna de nieve y a todo un espectáculo.

—Quizás ese sea mi castigo, el castigo por mi pecado... Jamás obtener la redención que esperé por tantos años.

—Si hablamos de pecados... Los Kapot se llevarían un premio por ello, tú sobrepasaste el límite, pero amando, amando con todo tu corazón, sacrificándote por mi madre y por mí, eso es lo que vale hoy, me estás

devolviendo la vida, terminando con una vida que jamás debí tener.

—Gracias... —La estrechó entre sus brazos.

—Te quiero, papá —Se aferró a las solapas de su gabardina marrón, mientras la brisa los hizo estremecer. Ambos se dieron vuelta y caminaron hasta el auto gris que los esperaba en un lado, mientras Eric estaba apoyado en el capó de su auto; sintiéndose satisfecho consigo mismo, le dio una sonrisa a esa pequeña familia que se acabó de formar. Eric fue testigo de la desolación, la tristeza y frustración que Nolan sintió al perder a su amada y a sus hijos, pero al fin Nolan había encontrado la felicidad y con ello la redención de sus siete pecados—. Nos vamos ya... El espectáculo final va empezar y no van a querer perderse eso.

Nolan y su hija subieron al auto, mientras Eric se posicionó detrás del volante sacándolos de allí; encendió el radio, mientras la canción Needtobreathe-Hard Love Feat. Andra Day sonó. Siendo público del gran espectáculo y alboroto que había en las puertas del cementerio.

Pasaron por un lado pudiendo ver a la policía arrestar a los Kapot, la prensa los abrumaba, los flashes cegaban a esa familia desagradable; esta vez los Kapot serían historia antigua, esta vez su imperio se había derrumbado, como suele decir un dicho: «Torres más altas han caído». Era ilógico que el imperio Kapot no encontrara un fin de acuerdo a sus grandes pretensiones.

Sonrió al observar cada escena, la policía le pedía a los autos que fueran despacio, ya que la aglomeración de reporteros impedía el acceso directo de estos, pero eso no era el problema, quería ver cómo se hundían. Nolan y su hija tenían la oportunidad de volver a empezar, los bienes de los Kapot fueron confiscados, reduciendo su gran fortuna a nada; sin embargo, Naval conservó el dinero que su madre guardó para ella, suficiente dinero para comenzar de nuevo en otro lugar lejano de su pasado, quería ser libre de ese pasado que le atormentó por años.

Ante su vago pensamiento, detuvo su mirada al ver a Reed con las manos en los bolsillos, viendo cómo arrestaban a la familia que creyó suya.

—La gente dijo durante años que yo era esquizofrénica, por mi estilo de vida, pero no se dieron cuenta de que ellos eran los desquiciados, que caminan por las calles pensando que son más que otros, sin ver a su alrededor, sin ver la verdadera realidad de nuestro mundo, pero hubo alguien que en su momento

me entendió —Sonrió—. Entre los millonarios no tan jóvenes, el genio que ganó millones, el tierno seductor, simplemente quedó él, aquel agente del FBI que me ayudó a creer en mí —Esa fue la última vez que vio a Reed, la última vez que se permitió llorar por él, aunque quedaba algo más que el recuerdo, quedaba un lazo más fuerte, su amor, y con ello el recuerdo de una vida libre—. Siempre te recordaré —se prometió, dejando atrás a sus tíos y su cruel destino.

EPÍLOGO

Seis meses después

Estaba enfrente de él, dándole una sonrisa todo conocedora, estaba como antes, con su sonrisa, sus labios, sus ojos tiernos; quiso acercarse a ella, pero de pronto se alejó de él más y más, sin darle opción a poder alcanzarla. Comenzó a correr gritando su nombre con desesperación, necesitaba encontrarla, preguntarle por qué, pero jamás podía, era el mismo sueño, la misma pesadilla, no importaba cuanto corriera, no importaba cuanto gritaba, siempre la perdía entre la niebla oscura de su conciencia, y su deseo por tenerla y recordarla, su olvido, era lo que le mataba de la manera más lenta.

Pero de repente se transportaba a un lugar donde los blancos eran lo ideal, con sus gritos de dolor y cómo sus labios se abrían al gritar de manera dolorosa, mientras su cuerpo yacía en una cama; era su rostro, era ella quien gritaba con desesperación, pero no pedía ayuda, jamás la pedía y, cuando estaba a punto de sujetar su mano dispuesto a ir a ella y reconfortarla, todo se desvanecía, ella desaparecía.

Obligándolo a incorporarse bruscamente en la cama, con el corazón latándole muy deprisa y todo el cuerpo en tensión, siempre despertaba aturdido por el sueño; sus pesadillas eran confusas, habían pasado ya seis meses y las mismas pesadillas, siempre era la misma, había veces que trataba de cambiar el final, pero jamás podía; por más que deseaba sostener su mano, besar sus labios o simplemente estrecharla entre sus brazos, nunca podía, nunca.

Miró a su alrededor, pero su dormitorio estaba tan vacío como siempre, aunque la morena que descansaba a su lado era la compañía que alguna vez necesitaba, no era ella, jamás era ella, no era la mujer que él deseaba.

Observó el reloj y se dio cuenta de que eran, como siempre, las tres de la mañana; el mismo sueño, la misma hora, estaba cansado de esa pesadilla agotadora. Habían pasado solo seis meses desde la muerte de Naval y él no

podía dejar de pensar en ella.

Reed se puso de pie y se acercó a la ventana en bóxer; y al sentir el aire fresco de su ventana, la piel se le erizó; cómo olvidarla, cómo pretender arrancarla de su mente, si cada noche que pasaba su recuerdo venía con más fuerza, apropiándose de su vida, apropiándose de su subconsciente.

Sonrió al recordar sus besos, acariciando sus labios al sentir el calor y el sabor intacto en ellos, y cerró los ojos ante las ardientes lágrimas que nublaron su vista. Naval acabó mal, murió antes de tiempo, él la había rechazado después de que ella decidió perder a su bebé... ¿Qué clase de hombre era él? ¿Por qué no luchó por ella?

Recordó ese momento violento en el hospital, arrepintiéndose de ello. Había perdido al amor de su vida, a su mejor amigo y a un hombre que le dio la mano como padre. Nolan falleció de un ataque cardíaco días después de la muerte de Naval, aunque en el velorio jamás se abrió el ataúd, ya que iba a ser incinerado; de igual manera fue un funeral triste.

Iona desapareció, así como todos los que trabajaban en la residencia sin dejar algún rastro; sin embargo, él fue el único que decidió quedarse en el pasado, visitando con su moto cada viernes por la noche «La Residencia», recordando cómo la conoció, viendo que esa inmensa casa estaba cayéndose a pedazos, con vidrios rotos, y el césped tan grande que parecía una jungla, los árboles tan grandes y opacos, dándole a la mansión una figura siniestra y tétrica; estaba maldita, al igual que él.

Su amigo Dylan le llamaba algunas veces desde Michigan pidiéndole que lo visitase; había tenido a un niño, el parto no había sido complicado, su esposa se tomó todo con tranquilidad para el bien del padre como del hijo. Dylan podía perder los papeles y ponerse histérico, aunque cuando nació su hijo, y al verlo salir por donde salió, se desmayó. Extrañaba a su amigo, sonrió ante los recuerdos y cómo le contaba el inicio de una nueva vida, era feliz por él, aunque le envidiaba por tener un hijo tan hermoso.

Reed negó con la cabeza, en su momento quiso hijos, pero esa idea se había ido borrando de su mente; no deseaba nada, no deseaba tenerlos, no desde la muerte de su Naval, sí, era suya, siempre lo fue.

—¡Cariño! —El susurro de la morena lo sacó del trance, obligándole a regresar a la realidad; la mujer lo abrazó desde atrás, mostrando ante los rayos

de la Luna su anillo de compromiso.

—¿Qué pasa, amor? —respondió secamente, sin dejar de ver por la ventana de su apartamento.

—Regresa a la cama... —Acarició su tórax, exponiendo sus uñas bien pintadas de color rojo.

—Ya voy... —Sus manos se separaron con lentitud, mientras la morena caminaba desnuda por la habitación.

—Gracias a Dios que te deshiciese de ese gato... —Sonrió ante la oscuridad de la noche.

—Sí, Amanda... Lo sé... —Suspiró antes de perder los estribos con esa mujer.

—¿Lo mataste?...

—No soy tan cruel... Se lo di a Dylan, el gato estaba siendo descuidado; así que después del entierro de Naval, se lo di...

—Jamás la olvidarás. ¿Verdad? —exclamó con cierto desdén—. Ella estaba con Nolan... Por el amor de Dios... Era una cualquiera —espetó la morena.

Reed se volvió violentamente hacia ella, sus ojos brillaron de ira y su voz se tornó opaca con rasgos de odio.

—No hables de ella de esa manera... No tienes derecho a hablar de ella en esa forma... No la conociste.

—No tan bien como tú...

—Amanda... Será mejor que te calles si quieres pasar la noche en mi apartamento... Sobre todo en mi cama. —Cerró los ojos ante esa ira descontrolada, apretando el puente de su nariz ante la desesperación.

—Soy tu prometida, Reed... No puedes hacerme eso... —chilló ante la queja de Reed.

—Entonces cállate y vuelve a dormir.

Su mirada volvió al punto inicial, la ventana, llegando a preguntar: «¿Qué pasó con Perla? ¿Qué hubiese pasado si Naval viviera? ¿Si a su bebé no le hubiesen arrebatado la vida injustamente? ¿Si Nolan viviera? ¿Si él

mismo viviera? ¿Y si su amor por Naval no existiera?».

PLAYLIST

1. Daughtry: Crashed.
2. Deorro: Cayendo.
3. Whethan: Savage (Feat. Flux Pavilion & MAX).
4. Usher: Euphoria.
5. Banks: Mind Games.
6. Rachel Rabin: Raise The Dead.
7. Banks: Crowded Places.
8. Kanye West: Wolves.
9. Charlie Puth: Attention.
10. Loreen: Paper Light Revisited.
11. The Glitch Mob: I Need My Memory Back.
12. Banks: Trainwreck.
13. Niki & The Dove: DJ, Ease My Mind.
14. Papa Ya: Sunny.
15. Banks: Waitting Game.
16. Chris Brown: Privacy.
17. Blake Mcgrath: Debonair.
18. Wolfgang Gartner: There And Back.
19. Deorro: Cayendo.
20. Lecrae: I'll Find You Ft. Tori Kelly.
21. The Glitch Mob: Carry The Sun.
22. Halsey: Don't Play.
23. Chase Atlantic: Triggered.
24. Epic Pop: Breath.
25. Needtobreathe: Hard Love Feat. Andra Day.

Agradecimientos:

Mi gratitud es para Romantic Ediciones, en especial a la Srta. Bartomeva Oliver quien me dio una de las mejores oportunidades de toda mi vida, que es poder ver una historia impregnada en papel, una historia que llegará a muchos.

No hay forma ni palabras, para poder agradecerles, estoy en deuda con el grupo Editorial, gracias por sus consejos.